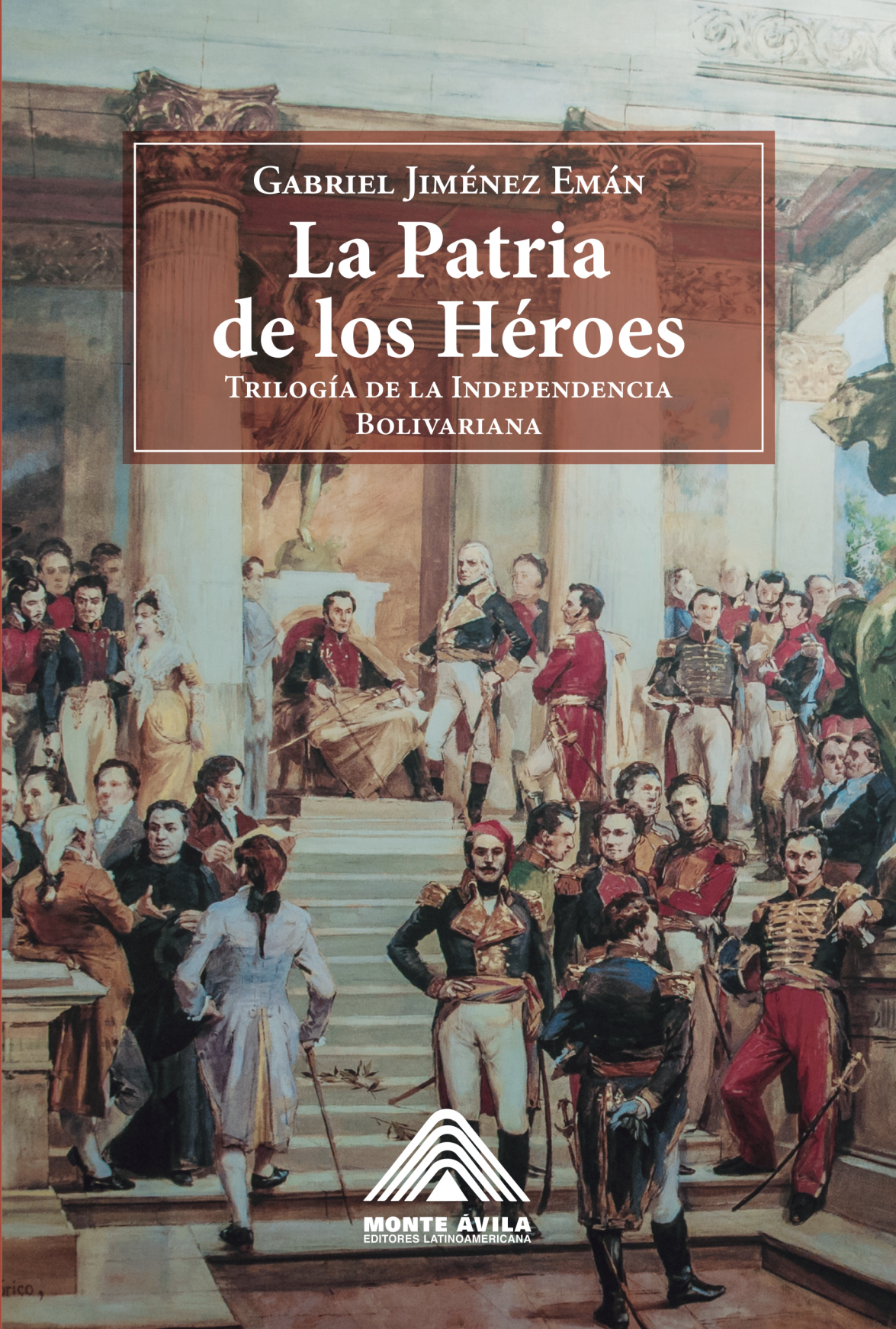


Gabriel Jiménez Emán

La Patria de los Héroes

Trilogía de la Independencia Bolivariana

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

ESTUDIOS
SERIE HISTORIA

La Patria de los Héroes

Trilogía de la Independencia Bolivariana

Gabriel Jiménez Emán

La Patria de los Héroes

Trilogía de la Independencia Bolivariana



1.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

La Patria de los Héroes
© Gabriel Jiménez Emán

Edición y diagramación
Ennio Tucci

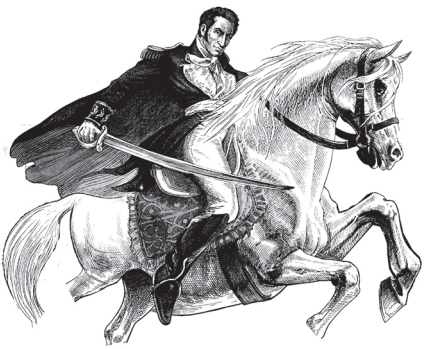
Imagen de portada
Vuelvan Caras (fragmento), 1890
Arturo Michelena (1863-1898)
Óleo sobre tela
300 x 460 cm.

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2026.
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58 212) 485.0444
www.monteavilaeditores.gob.ve

hecho el depósito de ley
depósito legal: dc2026000589
isbn: 978-980-01-2638-7

EL FUEGO PERPETUO

Simón Bolívar, antes y después de Carabobo



A todos los hombres y mujeres, trabajadores, campesinos, obreros, maestros, educadores, científicos, profesionales, líderes sociales y comunitarios, pensadores, artistas y escritores que con sus creaciones han enaltecido el espíritu, y a aquellos que han dedicado sus vidas a las causas de la paz y de la libertad en América y el mundo, dedico este libro, en humilde tributo y memoria al padre de la patria venezolana, Bolívar.

Poema con Bolívar

Enriqueta Arvelo Larriva

No murió desterrado.
Murió en un punto de sus profundas posesiones,
de las vibrantes zonas que hoy comparte con todos su largueza,
propiedades de piedras, palmas, ritmo,
maravillas de altivo sufrido abismo,
impregnadas de cruz y habla por el soñar aventurado.

En el día de su morir
suyas son las arenas y el terminal de olas de la buscada orilla,
la sosegada puerta del mar
para inventar semidormido los tumbos del renuevo,
las rodantes bravías pulsaciones,
fuerte vigor humano, que le siguieron hasta el límite,
y suyas ahí, en su postrer suelo vivido,
cifradas y anhelantes, las frentes sin conjura.

No murió desterrado.
Revolaron burlonas mariposas
sobre quienes dijeron: no entres a lo tuyo
Borremos su peor herida del ocaso.
Santa Marta es suya, lugar de sus potencias y sentidos,
azul y cuerpo de su amor de América.

Los más de los políticos europeos y americanos que han previsto la independencia del Nuevo Mundo han presentido que la mayor dificultad para obtenerla consiste en la diferencia de las castas que componen la población de este inmenso país. Yo me aventuro a examinar esta cuestión, aplicando reglas diferentes, deducidas de los conocimientos positivos y de la experiencia que nos ha suministrado el curso de nuestra revolución.

De quince a veinte millones de habitantes que se hallan esparcidos en este gran continente de naciones indígenas, africanas, españolas y razas cruzadas, la menor parte es ciertamente de blancos; pero también es cierto que ésta posee cualidades intelectuales que la dan una igualdad relativa y una influencia que parecerá supuesta a cuantos no hayan podido juzgar, por si mismos, del carácter moral y de las circunstancias físicas, cuyo compuesto produce una opinión lo más favorable a la unión y armonía entre todos los habitantes; no obstante la desproporción numérica entre un color y otro.

Observamos que, al presentarse los españoles en el Nuevo Mundo, los indios los consideraron como una especie de mortales superiores a los hombres; idea que no ha sido enteramente borrada, habiéndonos mantenido por los prestigios de la superstición, por el temor de la fuerza, la preponderancia de la fortuna, el ejercicio de la autoridad, la cultura del espíritu y cuantos accidentes pueden producir ventajas. Jamás éstos han podido ver a los blancos sino al través de una grande veneración, como seres favorecidos del cielo.

Simón Bolívar
1815

Capítulo I
El ideal

«¿Será este un sueño o alguien nos estará soñando a nosotros? —se preguntó Bolívar en medio de aquellas cavilaciones nocturnas, que no le dejaban un momento para el reposo—. La lucha ha sido dura —se dijo—, es verdad, pero todo esto ha valido la pena, pues la mayor parte de las batallas libradas han sido ganadas y a estas alturas no podemos permitirnos perder; nos encontramos a pocos pasos de la victoria definitiva para liberarnos, para ver una patria libre».

Miraba en perspectiva el camino recorrido y le parecía que todo aquello era parte de un destino que no estaba decidido por él, era una fuerza más poderosa, un designio que iba más allá de la voluntad de una sola persona o de un grupo de hombres arrojados o valientes, que un buen día habían decidido luchar por una causa común.

Simón Bolívar no se sentía héroe ni mártir; sólo era un hombre moviéndose en un mar de dificultades; cada vez que algunas de estas dificultades ya superadas le llegaban a la memoria, hacía un gesto que deseaba atrapar una cierta alegría a través de una sonrisa, un sueño elevado en medio de tanto esfuerzo, de desafíos que se acumulaban uno tras otro como si anduviesen entre los pliegues de su memoria, y parecían batirse ahora con el viento que entraba a través de la ventana, en plena madrugada.

En medio de un vaivén de pensamientos y estrategias que lo condujeron de una situación a otra, de una pugna y de una decisión a otra, Bolívar se pasea por la habitación, cavilando. La brisa entra de golpe mientras decide si llama al secretario para dictarle

algo, o si vuelve a tomar su lugar en la hamaca, a balancearse en ella a recordar el amor de las mujeres, de las féminas que tantos ratos maravillosos le habían brindado, los cálidos besos y caricias, los momentos de pasión que le habían prodigado en medio de aquella refriega, y eran acaso las mejores recompensas que recibía a cambio de tanto esfuerzo.

Pensaba también en el pueblo, en los hombres y mujeres que habían ganado y perdido batallas o esperanzas, pensaba en la cantidad de personas que lo habían acompañado en sus campañas; los aliados y los enemigos, los fieles amigos y los traidores, en las vueltas que daba la vida, en los giros del azar y del destino que a veces parecían convertirse en una misma cosa, en un solo sentimiento.

No había vuelta atrás; las cosas habían llegado a un punto límite, a un camino de no retorno. Se remontó a aquel momento en que había jurado en el Monte Sacro en Roma, junto a su maestro Simón Rodríguez, en no cejar en luchar para hacer a América libre de las garras del yugo español, y en cómo su maestro lo había felicitado por la firmeza con que había pronunciado aquellas palabras, poniéndose al servicio de aquel ideal, y ello lo llevaría a colaborar con él en todo momento, en la educación del pueblo, diseñando el maestro Rodríguez un método propio, desapegado de los conocidos preceptos de Europa, para lograr una educación que ayudara al pueblo a emanciparse no sólo en lo militar y lo político, sino también cultural e históricamente.

De ahí en adelante los acontecimientos se sucederían en tropel, desarrollándose en el tiempo como impulsados por una fuerza gigantesca, indetenible, que rodaba montaña abajo. El Monte Sacro no era nada comparado al Chimborazo, en aquella revelación que le hizo ver en toda su grandeza la libertad de América, sumisa ahora al yugo español. Ya habían ocurrido varios acontecimientos que hablaban de los primeros intentos para rebelarse contra las decisiones de los reyes europeos, que venían enviando sus ejércitos desde el siglo quince a colonizar la Tierra de Gracia, bajo las figuras políticas de virreinatos o capitanías generales. Primero, en el proceso de la conquista, llegaron a exterminar las naciones aborígenes que aquí convivían: Perú,

Chile, Venezuela, Ecuador, todos nuestros países han sufrido los embates agresores que acabaron con buena parte de su población indígena. Sometieron a los negros a la esclavitud, mientras ellos vivían en grandes haciendas, comprando enormes extensiones de tierra en componendas con tiranos y déspotas, con comerciantes, leguleyos y socios de otros países, a cambio de algunos modales y de una supuesta civilización.

Bolívar bien sabía cómo funcionaba todo aquello, pues él mismo provenía de una familia acomodada de mantuanos caraqueños, con privilegios y holgura social. Desde el mismo seno familiar Bolívar había presenciado, desde niño, todos los desmanes perpetrados por los aristócratas hacia los negros y los indios, y cómo se los humillaba. Luego de la muerte de su joven madre María Concepción, Simón fue cobijado por el afecto de su aya la negra Hipólita y por otra, la negra Matea, quienes lo cuidaban en sus correrías infantiles. También presenció Simón desde niño el mal trato dado a los esclavos, y preguntó varias veces a sus mayores por qué aquellas personas recibían ese tratamiento sólo por el color de su tez, sin obtener nunca una respuesta satisfactoria.

A medida que fue creciendo, el niño Simón se percataba de que muchas cosas funcionaban mal o sencillamente no funcionaban; o funcionaban a costa de otros, ejerciendo demasiadas presiones sobre determinados seres humanos. Nadie protestaba; apenas se resignaban a una vida monótona que transcurría de manera dócil pero fatigosa, presa de preocupaciones. El pueblo estaba sumido en una quietud que no era paz, sino una calma crispante, propiciada por los dominadores de una sociedad erigida sobre el vasallaje de tres siglos.

Simón observa todo esto, y aunque no puede explicarlo todavía, van surgiendo ante sus ojos las verdaderas realidades. A medida que lee, investiga y estudia se van revelando en su conciencia las verdaderas realidades; mientras más busca en los libros, investiga y estudia, se van revelando a su conciencia todos los derechos que asisten al pueblo, cerciorándose de que la ignorancia es una de las razones principales de aquella pasividad. La gente comienza a despertar a la verdadera realidad que se cierne sobre toda la sociedad; comienzan a cargarse de nuevas fuerzas

las decisiones que tienen lugar en las casas y en las calles donde se percibe la sacudida de las ideas, las exclamaciones efusivas, el ansia de cambios. Ya no es posible que el imperio español continúe ejerciendo sobre América su poder durante tanto tiempo, con la complicidad de algunos criollos y mestizos, terratenientes, comerciantes o traficantes, ha llegado la hora de despertar; ha llegado el momento de hacer crecer las ideas y de irlas ventilando.

Bolívar recuerda las aspiraciones de Gual y España en 1797, cuando compartieron sus sueños de independencia y de libertad. Identifica perfectamente bien aquellas ideas liberales; en aquel entonces sólo era un niño cuando oyó hablar de Manuel Gual y de José María España en su ciudad natal, y cómo echaban del poder a Emparan, que estaba a la cabeza de la Capitanía General de Venezuela, y de cómo invitan a las demás provincias nuestras a sumarse a estas nuevas ideas. Pero no todas las provincias responden afirmativamente a la aspiración libertaria. Coro y Maracaibo protestan; poco a poco van aislando a los revolucionarios, hasta el punto de verse obligados a solicitar la ayuda del gobierno de Inglaterra, y es entonces cuando piden el apoyo de un hombre: ese hombre viene a ser él mismo, Bolívar, y él casi no puede creer que haya sido la persona señalada por la providencia para cumplir aquella alta misión, para que vaya junto a López Méndez a buscar protección en la Gran Bretaña para aquellos nobles fines, pues ya se ve venir la lucha. Un tal brigadier Ceballos, en Coro, es uno de quienes amenazan detener a los patriotas revolucionarios, para que la guerra estalle en Caracas cuanto antes.

Recuerda Bolívar a su tío, el Marqués del Toro, que es uno de los primeros patriotas en responder, comandante como era de los ejércitos republicanos, y quien intenta una primera campaña.

«Yo estaba jovencito entonces», rumora Bolívar para sí mismo, meciéndose en la hamaca y tratando de organizar sus pensamientos, para luego poder dar la batalla definitiva en el campo de Carabobo. Debe armar urgentemente el plan y llamar a los generales, a los comandantes y a todos aquellos que puedan dar combate en el terreno, para hacer frente a las tropas realistas que vienen a jugarse el todo por el todo, que vienen a enfrentarse a los criollos buscando apoderarse del territorio.

***

Bolívar se dirige a un tinajero cercano; se sirve una buena totuma de agua clara, bebe cuatro largos tragos de la totuma, emitiendo después un suspiro de satisfacción; tiene una barba de días, se pasa el dorso de la mano por la piel de la cara y los labios, apreciando los vellos que sobresalen de sus poros. Va por una navaja de afeitar para rasurarse, se planta frente a un pequeño espejo clavado en la pared del cuarto, y comienza a rasurarse, mientras va depositando los vellos empapados en una pequeña vasija de peltre. Cuando termina de hacer la operación, se quita la ropa y se introduce desnudo en una bañera de barro templado, donde el agua lo refresca; Simón extiende su cuerpo y deja que el agua fluya por su costado, en pequeñas cascadas que se deslizan por su espalda, relajándolo.

Cierra los ojos y da varios suspiros de alivio; se levanta, toma un paño para secarse y coloca sus pies en unas alpargatas de cuero; va secando su piel con lentitud y luego se coloca la ropa interior, una franela de algodón y regresa a la hamaca; toma impulso con el pie derecho desde el piso, y el chinchorro describe su vaivén entre dos pilares. Bolívar se siente como flotando, libre, fresco, va y viene como en un viaje por el cielo, sus recuerdos se mezclan a sus anhelos, sus cavilaciones a sus sueños, como casi siempre ocurre en su mente: sus convicciones se imponen sobre sus dudas, sus estrategias a sus incertidumbres; posee una mente alerta, en prospectiva, sus ideales se suman a las realidades políticas que viven los pueblos.

Nunca pensó de veras en convertirse en estratega militar, pero debió hacerlo por el bien de la patria; la patria para él no es solamente un sueño utópico, sino una realidad política afincada en un conjunto de leyes, un congreso, ciudadanos organizados e íntegros, y no un simple justificativo para proclamarse héroe, o padre de la patria. En el fondo Bolívar estaría dispuesto a renunciar a cualquier cargo para dejarlo todo en manos de un congreso de ciudadanos justos y virtuosos, que puedan dar ejemplo a las

personas. Su mente se fuga hacia otras campañas o batallas que han permitido en Venezuela el avance de la revolución.

Se acuerda, sobre todo, de Francisco de Miranda, que tanto defendió la unión de una patria americana, llevando esta idea a varios países, Francia, Inglaterra, Rusia, donde solicitó apoyo de aquellos gobiernos para evitar que los españoles se apoderaran no sólo del territorio venezolano, sino de toda América, y en este sentido Bolívar piensa que Miranda tiene bien merecido el título de precursor, pues no desmayó nunca en la búsqueda de su ideal, siendo víctima al final de una tramoya militar con Monteverde, quien lo convenció de capitular diciéndole que las fuerzas patriotas no podrían vencer nunca a las españolas, que éstas eran más poderosas; debido a lo cual los generales venezolanos querían fusilarlo; en vez de eso, fue entregado a sus oponentes españoles. Bolívar no puede olvidar la creación, junto a Miranda, de la Sociedad Patriótica y el Congreso, cuya misión sería la declaración urgente de nuestra independencia: tal era el objetivo buscado, hasta lograrlo el 5 de julio de 1811. Ese fue el primer paso para salir del atraso de la Colonia. Ese era el proyecto, pero pronto comienzan a moverse las fuerzas realistas, que insisten en imponer la autoridad de Fernando VII, proclamándose rey de todas nuestras provincias. Recuerda Bolívar que el marqués del Toro y Francisco de Miranda, con un pequeño ejército, avanzan hacia el centro del país, hacia Valencia y Maracay, ganando esa primera pero significativa batalla. Después los españoles lograrán salir de la cárcel donde se los había puesto, ya que habían quedado armados, y obligaron después a retroceder a las tropas republicanas, cometiendo actos sanguinarios a su paso, degollaron a enfermos y heridos. Sin embargo, Miranda reacciona y logra someterlos y los entrega para que sean juzgados.

Después la política absorbe los espacios, pasando de la Colonia al Federalismo de un solo golpe, lo cual no resultó nada bueno. Además de ello, en 1812, un terremoto asola las principales ciudades de Venezuela. En aquellos años el protagonismo de Francisco de Miranda es indudable, piensa Bolívar, sobre todo cuando enfrenta al terrible Monteverde en Valencia. Y es aquí donde aparece el primer elemento que perturba en Bolívar

el recuerdo de Miranda, cuando se insta al generalísimo a que continúe la refriega en los llanos, en Calabozo y en San Juan de los Morros. Acaece una insurrección en el llano y los generales realistas obtienen triunfos en estas ciudades. Un general apellidado Antoñanzas degüella a muchos habitantes de aquel pueblo, mientras Monteverde ataca en La Victoria el avance del general Miranda. Sin embargo, no logran el triunfo y ruegan que se les permita perseguir a Monteverde para atraparlo, cosa a la que Miranda se opone. Y entonces esta indecisión de Miranda es tomada como signo de debilidad y torpeza. Comienzan las intrigas contra su persona, recuerda bien Bolívar aquella situación, cuando el Cuartel General en pleno se opone a la autoridad de Miranda; todos le critican. Le tildan de incapaz y hasta de cobarde. Bolívar recuerda su posición por aquel entonces. Se encontraba en Puerto Cabello y debe abandonar aquella plaza, debido a las inconsistencias militares de Miranda. Entonces Monteverde figura allí como el gran vencedor.

De ahí en adelante, se recrudecen los ensañamientos contra Miranda. Cuando Bolívar piensa en ello, lamenta hasta lo insoportable lo ocurrido al gran hombre, obligándolo a Simón a tomar partido en el momento de juzgarlo por aquella capitulación acaecida el 12 de julio en La Victoria, donde sus propios compañeros de armas lo juzgan, y hasta lo calumnian los tenientes y comandantes que estaban bajo su mando, se sienten traicionados y solicitan un juicio, están ciegos de rencor hacia Miranda y corren hacia él para apresarlo: lo capturan en el puerto de La Guaira, lo juzgan, lo condenan y entregan a su vencedor, enviándolo a una prisión en España. Pasa por muchas cárceles espantosas, hasta que va a dar a La Carraca, en Cádiz, donde fallece.

Todas estas imágenes del generalísimo impresionan a Bolívar en demasía, sus inflamados discursos, su participación en la Revolución Francesa, sus viajes por todo el mundo donde fue a abogar por la unión americana, su fama de amante apasionado, generan en Bolívar una admiración incalculable, y en sus adversarios una envidia desatada; hasta la traición de sus colaboradores más cercanos.

Se yergue entonces la figura de Monteverde, que empieza a sumir al país en una cadena de desgracias. Bolívar rememora con claridad aquellos momentos aciagos, donde tantos oficiales abandonaron el país temiendo ser perseguidos y asesinados. Monteverde no reconoce más autoridad que la suya. Se hace rico. Se va apoderando de regiones y de comarcas y es nombrado por la Corona Capitán General de Venezuela. Manda a prisión a coroneles, abogados y canónigos, sin ninguna contemplación los encierra. Más de un año permanece en el poder oprimiendo a numerosos venezolanos. Bolívar recuerda bien aquellos desmanes; estaba entonces en plena juventud, y se pone a trabajar para sacar a la República del lamentable estado donde se halla metida. Se pone a escribir, a reflexionar y a relacionarse con los mejores hombres y mujeres de la República. Viaja hacia Barcelona, en el oriente del país, y hacia Cumaná, viaja también hacia Colombia, hacia las ciudades de Cúcuta y Pamplona, organizando desde allá un ejército de quinientos soldados. En el oriente venezolano se encuentra con Bermúdez, Piar y Mariño, exploran los terrenos de Maturín, Guiria y Chacachacare. Se enfrentan por allá a Monteverde por primera vez, recuerda Bolívar, cuando también el valeroso Piar defiende la ciudad.

Bolívar recuerda, en ese entonces, sus primeras campañas como militar, que debió cubrir alternativamente las ciudades andinas de Trujillo y Mérida, y de inmediato va a la busca de Monteverde, que huye a esconderse en la fortaleza de Puerto Cabello. «No le di tregua —piensa Bolívar—. Ahí comenzó todo, en verdad, con al asedio a Monteverde, si no lo hacía no daba ningún ejemplo, lo acorralé, como tenía que hacerlo. Creo que también Miranda pudo haberlo hecho, si se lo hubiese propuesto lo hubiese logrado».

«Pero las cosas son como son. Lo hecho, hecho está y hay que seguir adelante. Lo logré después de todo, porque de Monteverde surgieron otros bárbaros como José Tomás Boves. La única opción para eso es dar la batalla y organizarse, llenarse de bríos, pues esta lucha siempre ha sido a muerte, carajo, si ellos vienen por nosotros tenemos que demostrarles que no les tememos, no podemos creer en su superioridad, porque aquí en

Venezuela no vivimos cobardes, sino hombres y mujeres llenos de coraje».

«Me acuerdo con claridad de esos años de 1813 y 1814 —se dijo Bolívar hablando para sus adentros—, fue cuando surgieron esas nuevas oportunidades; no podíamos entonces mostrar debilidades. Ahora vamos a enfrentarlos en Carabobo —se dice, para darse coraje—, pero en aquel año catorce teníamos los retos de La Victoria y de Maturín, que iban a dar inicio a la guerra más formidable que se daría en nuestro país, contra las fuerzas opresoras de España».

Capítulo II
Preludio en San Carlos

En San Carlos, donde está situado el cuartel general, el calor es abrasador. En medio de sus cavilaciones, Bolívar se encuentra descansando en una hamaca. Ya se ha dado un buen baño y está fresco. Algunos pajaritos han volado hacia al patio y se ponen a emitir sonidos musicales; algunos cristofués, turpiales y arrendajos saltan por las ramas en los árboles; se detienen dando pequeños saltos, y algunos pasan hacia los corredores de la casa y se colocan cerca del tinajero; por ahí anda un gato pendiente de saltar sobre algunos de los pájaros, asomando sus bigotes entre las varas de los sillones y las patas del tinajero; una mata de azahar suelta los pétalos que corren con el viento a ras de tierra, y por ahí ya se percibe el aroma del café recién colado, preparado por una mujer gruesa que también ha comenzado a poner yucas en una olla de agua hirviendo. Más allá se oyen los relinchos de algunos potros amarrados en las caballerizas. La mujer hace una reverencia a Bolívar sin decir palabra; Bolívar se la contesta de igual modo. Su edecán se aparece poco después, a ponerse a sus órdenes.

Hay en el aspecto físico de Bolívar una desproporción entre su baja estatura y la vivacidad enérgica de las facciones de su rostro moreno; sus ojos oscuros destacan bajo el arco de las cejas; en su piel se advierte un tono aceitunado producto de las inclemencias del sol y de los vientos tropicales, que han arrojado sobre su cuerpo infinitas emanaciones. Su frente se encuentra surcada por una multitud de arrugas que se apiñan como si hablaran por sí mismas, usando otro lenguaje; por instantes se estampan en su

frente muchas rugosidades, pero pronto desaparecen e impregnan su rostro de un halo dramático, que parece estar a punto de dar el paso a un aire trágico, pero se detiene al aparecer la expresión de sus labios finos, acosados también por pequeñas líneas casi invisibles. Su mentón es considerable, pero se equilibra con una nariz delgada y elegante, como calcada de una pintura romántica, prestando a su rostro un equilibrio que no permite a quien le observa hacer conclusiones definitivas, mientras su interlocutor no lo exprese con palabras más ponderadas que las suyas. Cuando Bolívar se dirige hacia sus interlocutores aparece en él una majestad, más que una autoridad, complementada por el suave movimiento de sus manos, de dedos largos y de uñas completamente pulcras, delicadas, unas manos con un lenguaje propio que parecen emitir mensajes gestuales cuando se dirigen a su propio rostro para acariciar su mentón, lo cual le presta a Bolívar un aire recio, de pensador o de filósofo.

El edecán de Bolívar aparece y se pone a sus órdenes. Bolívar le dice:

—Recuerde que más tarde voy a dictarle unas cartas.

—De acuerdo, Su Excelencia —dice, y luego se retira.

La cocinera sostiene en sus manos una bola de masa de maíz, la cual va moldeando con sus palmas para darle forma y luego colocarla en el budare. Al rato llega un jovencito con una tapara de queso cuajado, para acompañar las arepas. Bolívar se sienta a tomar el desayuno ahí mismo en una mesa de la cocina, sin trasladarse al recibo. La señora Inocencia le sirve las arepas y un huevo frito con un trozo de queso, acompañados de una taza grande de café tinto, y él mira al niño que acaba de llegar sin decir palabra, mientras mastica los alimentos. La cara del niño es hermosa, un niño venezolano con unos ojos despiertos y una sonrisa inocente, de piel sonrosada por el sol. Bolívar lo observa y ve en ese rostro una gran esperanza, como si fuera un símbolo de toda su lucha. Le acaricia la cabeza con su mano derecha y después le da un beso en la frente. Su piel huele a trabajo, a sacrificio, a amor de madre abnegada. El niño sale corriendo a continuar sus juegos. Bolívar termina su desayuno y da las gracias aquella

mujer recia, de manos amplias, como esculpidas en bronce, que podrían alimentar a todo un ejército.

Regresa a la hamaca a leer algunos panfletos y cartas. Ahí se queda por un momento antes de entrar al recibo principal de la casa, donde le esperan un grupo de hombres que conversan, oficiales, civiles. Con ellos va a seguir elaborando la estrategia a seguir en la batalla de Carabobo. Vuelven a acudir a su memoria las escenas de guerra; por ejemplo, aquella de La Victoria. José Tomás Boves era entonces el general más temido entre las filas realistas, él y sus hombres deambulan por los territorios de Venezuela buscando la venganza y la muerte. Boves y sus hombres aparecen y desaparecen de las poblaciones como si fuesen fantasmas perversos, demonios sedientos de botines, la sangre baña los caminos. Las gentes sencillas del pueblo tiemblan ante el estrépito infernal de aquellas hordas. Bolívar se dirigió al general Campo Elías para detener a aquel monstruo, pero en vano, pues Campo Elías es vencido por Boves en La Puerta, y acuchillado junto a sus soldados. En casi todos los lugares donde hay resistencia venezolana, esta es depuesta por la brutal acción de Boves, que pasa por Caracas y por el centro del país, y Bolívar debe ingeniárselas para hacerle frente.

Bolívar llama a Rafael Urdaneta para que lo ayude a alistar jóvenes para el ejército; se ponen en comunicación con José Félix Ribas, y otros como él se unirán a la lucha. Ribas ocupa La Victoria con mil jinetes, muchachos en su mayoría, estudiantes de la Universidad, quienes abandonan sus aulas para tomar el fusil, marchan con sus rostros impregnados de dignidad y se enfrentarán a los hombres de Boves que son crueles, viciosos, buscadores de botines, marchaban algunos casi desnudos sobre los caballos, y así ya habían diezmado varios ejércitos. Pero no esperaban la presencia de José Antonio Páez, que viene con sus lanceros de los llanos, de Villa de Cura, el lugar donde se lanzan las bestias de Boves contra los muchachos de La Victoria. Boves hace huir hacia la plaza a los patriotas Montilla, Rivas Dávila, Soublette, Ayala, Adrián Blanco, Maza, Canelón, todos jóvenes guerreros predestinados a aquel momento que resultó una de las más dolorosas masacres, donde los muertos sirvieron de barricadas a los vivos. Boves fue en su momento comparado con un jaguar; sólo

tiene como contrincante feroz a Morales, equiparado a un chacal por los mismos soldados. Después de la mortandad, el gorro frigio que lleva puesto José Félix Ribas refulge como el símbolo de un paladín, donde se reflejan los sacrificios de la República.

Recuerda Bolívar la batalla de San Mateo en el mismo año catorce, cuando todavía parece estar vigente el recuerdo devastador de Monteverde, y debe entonces el prohombre caraqueño crear nuevas esperanzas para la revolución de independencia que, titubeante, a veces se consumía en la anarquía de muchos, y la ruina amenazaba a todo el territorio venezolano. El país se encontraba sumido en el marasmo de la colonia, y el pueblo se hallaba amenazado por la presencia del antiguo régimen. Bolívar debió entonces tomar una decisión radical: se vio obligado, lo recuerda bien, a emitir un decreto con un nombre atemorizante: *El decreto de guerra a muerte,* allá en la ciudad de Trujillo en 1813, para poder avanzar con perseverancia hacia la libertad de la patria: es el primer gran reto de Bolívar contra los usurpadores españoles, un manifiesto político clarividente.

Monteverde aún tiene a sus generales posicionados en ciudades claves, y ahora Bolívar debe urdir una estrategia para deshacerse de ellos. Para colmo, aparece también Boves, el destructor. Corre la sangre en todo el país, pero debe enfrentarlos también a sangre y fuego, no tiene otra salida, aunque se encuentra en clara desventaja. Aún recuerda el redoble de los tambores que anunciaban la batalla y a sus amigos oficiales de entonces: Florencio Palacio, Lino de Clemente, Campo Elías, Carlos Soublette, Muñoz Tebar y Martin Tovar, que logran la primera victoria. Después de vencer a Boves en una encarnizada lucha, se dirige a Valencia y va consolidando el ejército poco a poco: Matasiete, Maturín, Ocumare: las imágenes de aquellas batallas le llegan nítidas, especialmente las de Casa Fuerte en Barcelona en el año 1817, donde los orientales Mariño y Bermúdez se insubordinan, y desde España siguen llegando los refuerzos para las tropas realistas, viendo que ya se les estaba dando buena resistencia en nuestra tierra. La batalla de San Félix, en el año 1817, aparece estampada en su memoria con la figura del gran Manuel Piar. La mente de Bolívar es como un mar de leva, como un torbellino

donde concurren sacrificios, derrotas, triunfos, soldados valientes que se deslizan por laderas, montañas y llanos, para luchar por un ideal de libertad. De pronto se le aparecen indios lanzando sus flechas y haciendo sonar sus gaitas y tamboriles, rebosan el paisaje con sus alaridos, la noble raza indígena se suma al ardor de la revolución.

Pero nada de ello le impide apreciar la fuerza de las tropas realistas, su manera de organizarse y el modo en que arman en fila sus batallones. En cada batalla hay un olor distinto, son distintos los gritos y las exclamaciones, hasta el olor de la tierra es diferente en cada paisaje, los colores del cielo en cada región, el sudor de las bestias y la sangre, sobre todo la sangre derramada en los campos de batalla y ese largo silencio que sigue a las derrotas o los triunfos, el código ético que rige la lucha cuerpo a cuerpo, todo se mezcla en un inmenso estrépito de imágenes, de ayes y de murmullos quemados, en iridiscencias agónicas que se cierran en cada atardecer o en cada crepúsculo, en una suerte de amarga dulzura, y estos sentimientos encontrados lo conducían a una reflexión profunda de la existencia, a una filosofía de la vida que estaba por crearse desde América.

Las batallas físicas hay que darlas para demostrar coraje al enemigo, pero las batallas físicas son secundarias cuando se piensa en la reconstrucción moral del país, al amparo de leyes y de una organización social, relaciones con otros países, con naciones hermanas de América que también están sintiendo los embates del imperio español. Perú, La Banda Oriental, Uruguay, Chile, Ecuador, Venezuela, países que se hallan penetrados por fuerzas imperiales y que necesitan organizar ejércitos para defenderse. Sobre todo, en Perú la invasión ha sido atroz, lo que ha ejecutado el imperio español en la tierra de los incas ha sido una verdadera carnicería. La acción de Francisco Pizarro allí ha sido la de manipular la buena voluntad de los guerreros incas, la nobleza de ese pueblo arraigado a sus tradiciones ancestrales. Les han engañado con tretas occidentales, con artimañas bajas, para imponerles una religión. Ya Bolívar se había proclamado vencedor en varias batallas, y celebrado otras tantas de sus generales, como la memorable batalla de Las Queseras del Medio, librada por los llaneros

teniendo como líder al bravo José Antonio Páez en el mes de abril del año 1819, en donde derrotaron a más de siete mil soldados de España, usando una fuerza soldadesca cincuenta veces menor. Páez usó la táctica de fingir que huía, y en un momento dado, después de cruzar el río, les dijo a sus soldados: «¡Vuelvan caras!» y clavó contra la selva a seis mil mercenarios comandados por Morillo. Bolívar reconoce el poder guerrero de Páez, y debe proseguir, ese mismo año 1819 hacia Boyacá, cuando en el mes de agosto los hombres se aprestan a dar la batalla, avisados de una invasión por Casanare.

A Barreiro, el contrincante, no se le podía dar tregua ni tiempo para la defensa por los tortuosos caminos de la sierra, había que cruzar el páramo de Pisba. Los generales Anzoátegui, Soublette y Santander acompañan a Bolívar en la estrategia y emprenden una peregrinación, con gran fatiga, durante quince días. Pasan El Tasco y el ejército se va debilitando; son tres mil peones y quinientos caballos: se van acercando al ejército enemigo comandado por Barreiro. Llega primero a un sitio llamado Los Corrales de Bonza, y luego se apodera de los campos y villorios cercanos, cuyos habitantes les ofrecen cuanto poseen. Recuerda Bolívar cuando en cada pueblo ocupado hacía una proclama, o un discurso encendido para estimular a sus moradores. Comienza a crear destacamentos y a fundar un nuevo ejército, toma siempre la ofensiva y adelanta operaciones. Sufre una primera derrota en el campo. El ejército se debilita y toma doce días para rehacerse, le cuesta mucho, pero luego lo supera todo y se va una vez más contra el ejército español. Ocupa Tunja sin disparar un solo tiro y hace prisionera a la primera guarnición, interponiéndose entre los dos ejércitos más fuertes del enemigo, cortando sus comunicaciones y obligándolos a combatir por separado, para más adelante caer sobre las tropas realistas de Barreiro, en la que constituyó seguramente la más dificultosa de las batallas suyas, y fue la perfecta escuela de armas para aquellos soldados liderados por Bolívar, quienes ya habían escrito una de las páginas memorables de nuestra historia militar, donde se dieron cita la táctica y la estrategia más equilibradas de las vistas hasta ahora, hasta lograr que la vanguardia enemiga se retire. Anzoátegui, reforzado

con los bravos de Páez, había entrado en acción para asegurar el triunfo. Al recordar esto, Bolívar se llena de orgullo. Es el primer paso para arribar victorioso a Colombia, el sueño realizado en una primera etapa, el anhelo de una patria unida, la Gran Colombia, pues si el pueblo neogranadino es libre, ello podría influir en toda América.

Capítulo III
Monólogo a voces

Bolívar venía observando desde hacía tiempo lo que había estado sucediendo en América desde los tiempos de la conquista; verdades históricas irrefutables que habían sido refrendadas en cientos de documentos, que reposaban en los archivos y anales de Europa y América. Hechos certificados: atrocidades y genocidios, masacres, matanzas de sociedades indígenas a lo largo de casi todos los países de América. Desde finales del siglo XV y comienzos del XVI se había emprendido una cruzada desde Europa hacia otras tierras desconocidas, con el objeto de apropiárselas; al parecer ya no les bastaban los territorios descubiertos, sino que aspiraban hollar otras partes del planeta con el fin de apoderarse de nuevas riquezas. Hasta ahora, el poderío armamentista de los españoles les permitía dirigirse por mar y por tierra hacia otras regiones ignotas, de las cuales sabían poco, pero inventaban sobre ellas todas las especulaciones posibles e imposibles.

A partir del primer desembarco de Cristóbal Colón, habían tenido lugar una serie de acontecimientos que demostraban la crueldad y la voluntad de exterminar de los españoles hacia los seres humanos que habitaban nuestro continente. Entonces recordó Bolívar aquel año de 1815, cuando Henry Cullen le solicitó una información acerca de la situación de América. Pero esta pregunta era muy difícil de contestar; los datos disponibles no eran exactos ni estaban certificados por nadie en especial, ni siquiera por el mismísimo barón de Humboldt. Cualquier cifra aportada era sólo aproximativa. Pero por algún testimonio tendría que comenzarse, sobre todo por el magnífico libro *Relación de la destrucción de*

las indias que había hecho el Padre de las Casas, del que Bolívar era un admirador; tanto de la obra como de la persona de este digno fraile; también había informes en el archivo de Sevilla y testimonios de tiranos enviados a otros tiranos, los cuales permitían aproximarse a la realidad de cada momento en cuanto a males y penurias sociales se refería y habían sido consultados por Bolívar. En efecto, la monarquía española estaba empecinada en seguir echando sombras sobre nuestras tierras.

Por ejemplo, en Chile más de ochocientas mil personas estaban luchando con enemigos que pretendían humillarlos, y en Perú millón y medio de habitantes fueron desarraigados de sus tierras para servir sumisamente al rey de España, sin poder oponerse al torrente maligno que amenazaba a sus provincias; mientras en la Nueva Granada se obedece a un gobierno general. Quito, en cambio, sí ha sabido resistir, condenando a los enemigos de la patria. Panamá y Santa Marta sufren la tiranía. Casi tres millones de habitantes se distribuyen en aquel territorio, defendiéndose contra el ejército español que comanda el general Pablo Morillo, a quien le va a costar mucho trabajo lograr esa penosa proeza.

Bolívar está convencido: a Venezuela se han empeñado en convertirla en un desierto, a toda costa quieren reducirla a la indigencia, un territorio cuya belleza natural sobrepasa a cualquier otro, desean oprimirlo cueste lo que cueste, a tal punto se halla inmerso en la desolación que por las calles sólo se ven unos pocos ancianos, mujeres y niños. Muchos de los hombres han muerto en Venezuela por negarse a ser esclavos, y los que quedan combaten con furia en los campos y en los pueblos. Casi un millón de habitantes se contaban en Venezuela, y casi una cuarta parte ha muerto en el terremoto de 1812; otros han fallecido de hambre o en la guerra, debido a las pestes y a las peregrinaciones.

Bolívar observa que el barón de Humboldt informó en 1808 que en México y Guatemala vivían casi ocho millones de personas. Desde entonces la insurrección ha agitado casi todas las provincias. La lucha se ha mantenido a fuerza de sacrificios. Los españoles, con tal de lograr sus fines, someten a todos los nativos. Pero los mexicanos han de ser libres porque son patriotas y han resuelto vengar a sus antepasados, pues ya sabemos lo que ocurrió

en México: fue arrasada por Hernán Cortés en la época de la conquista. Primero fue Miguel Hidalgo y luego José María Morelos quienes decidieron poner fin a toda esa barbarie, y comandaron las valientes rebeliones de esos pueblos, los cuales tendrían un sucesor en Centroamérica: Francisco Morazán. Bolívar reconoce que los directores de la independencia de México han proclamado a la virgen de Guadalupe reina de los patriotas, llevando su imagen en las banderas de combate, usándolas como símbolos para movilizar a sus hombres, y a su pueblo.

También reconoce Bolívar a José Gervasio Artigas en el Uruguay, nacido en una de las familias fundadoras de la capital de aquel país. Montevideo, cuyas unidades patriotas lograron victorias importantes frente a los españoles durante la primera mitad del año 1811, siguió organizando durante los años sucesivos una lucha para establecer un sistema federal de gobierno. Artigas devolvió las tierras al pueblo y fundó la llamada Banda Oriental. Lo mismo que San Martin en los países de la Banda Oriental y O'Higgins en Chile, que fueron comandantes natos y revolucionarios naturales, con destrezas para organizar ejércitos. San Martín había luchado contra los franceses en la Guerra de Convención, participó en las trifulcas civiles contra Portugal en 1801, y otras heroicas batallas. Viajó a Londres, y a su regreso a Buenos Aires, fue nombrado Comandante del Escuadrón de Granaderos, y además designado gobernador de Cuyo, hasta que obtuvo una victoria extraordinaria contra los realistas en Chacabuco, lo cual le permitió entrar en Santiago de Chile, nombrando allí a su amigo Bernardo O'Higgins director supremo.

Bolívar hacía memoria de todos aquellos sucesos trascendentales para él, mientras revisaba la deplorable situación de América en aquel momento. Había investigado cuanto podía, hasta averiguar que Puerto Rico y Cuba estaban sumidas en un letargo por hallarse desconectadas debido a su situación geográfica, como islas que eran, de los demás movimientos independentistas. Ello equivalía a decir que en aquel momento dieciséis millones de americanos se encontraban oprimidos por España, un imperio en franca decadencia, y a juicio de Bolívar impotentes para mantenerse ellos mismos en Europa; lejos de ser una región

civilizada, España muestra signos de debilidad moral. Bolívar piensa que el imperio español está realmente demente, pues no posee marina, ni tesoros ni suficientes soldados. «¡Por ello hay que combatirlos!» Europa le haría un bien a España si la convence de no llevar a cabo su obstinada temeridad. Nadie consciente comprende por qué razón habría que continuar alimentando aquella descabellada idea de apropiarse de tierras ajenas por la fuerza, masacrando a una población, en una época donde las Luces de la Razón han creado las condiciones para fundar sociedades libres y civilizadas.

¿Cómo un país sin ciencia, sin política, sin artes, sin manufactura, sin producción, quiere lograr esta loca empresa?

Más bien cree Bolívar que la propia Europa no se piensa civilizada, y debería ella misma haber diseñado y ejecutado el proyecto de la independencia americana, pues el equilibrio del mundo así lo exige, es la única manera de adquirir establecimientos de comercio con ultramar. España fractura la civilidad europea con su codicia y ambición.

Estas son las razones por las que Bolívar espera que todas las naciones cultas puedan ayudarnos a adquirir bienes propios a ambos continentes. Y no sólo los europeos, sino también los hermanos del norte, que en vez de ayudarnos se han convertido en espectadores pasivos de esta contienda. El Libertador siempre se ufana en las estadísticas, en que los datos que proporciona en sus cartas a sus colaboradores sean lo más exactos, para no andar por ahí exagerando sobre los efectos nocivos de los europeos, sólo para llenarse la boca. Por ello siempre buscaba informaciones serias y fidedignas, que recibían con prevención de oficiales y generales por vía directa de los otros países. Siempre crispado por los efectos de las fuerzas opresoras sobre nosotros, Bolívar se ufanaba en recomendar lecturas y a anticiparse a acontecimientos que podían ser nefastos para nosotros, por lo cual veía como necesaria una unión de los americanos, y poder hacer frente a los peligros.

Ahora debía buscar nuevas alianzas, conversaciones y entrevistas con los líderes de aquellos países. Los americanos, para el sistema español, no seríamos más que simples consumidores,

con restricciones y prohibiciones chocantes, con monopolios de productos e impedimentos en las fábricas y hasta de privilegios exclusivos de objetos de primera necesidad, trabas en la provincia: ese era el ejemplo que daban a diario. Antes de embarcarse en su próxima batalla contra los españoles, Bolívar no puede dejar de pensar en los datos provenientes de México durante aquella sangrienta conquista, cuando Hernán Cortés hizo preso al monarca de México, Moctezuma, observando la gran diferencia entre ellos, y al sucesor de Moctezuma, llamado Guatimocín, que Cortés puso allí para llenar una vacante irrisoria. Recuerda también a otros reyes de América como Catzontzin en Michoacán y Zida en Bogotá. En fin, una cantidad considerable de incas, toquis y ulmenes chilenos que sucumbieron al poder español. Así el Rey Ulmen chileno de Coriapó le tocó seguir ese destino de ver usurpado su trono, y luego echado a las llamas por el español Almagro. Y todo esto tiene su origen en las administraciones absolutas de los imperios, que no reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas; entonces el despotismo se convierte en una ley suprema ejecutada por sátrapas que organizan una opresión sistemática: a ellos les está encargada toda la administración civil, militar y política, las rentas y hasta la religión. Llegado un momento, en situaciones de dominio absoluto, la gente no tiene ni siquiera el control de las situaciones domésticas.

Recuerda entonces Bolívar que en el año de 1815 hizo una serie de aclaraciones al señor Henry Cullen en Jamaica, cuando le tocó marchar a ese país a bordo de un bergantín inglés. Ya es su tercer exilio. Y aquella vez ha decidido retirarse de la jefatura de su ejército por saberse víctima de una traición de sus propios paisanos, quienes publican contra él panfletos difamatorios, además de habérsele negado las ayudas que requería para dar inicio a la campaña donde se iba a adelantar sobre Maracaibo y Santa Marta, justo cuando el gobierno español había enviado una gran expedición armada contra los movimientos independentistas que se estaban fraguando en Venezuela. A la cabeza de aquella expedición estaba el general Pablo Morillo, amenazante. Era una verdadera guerra civil. El ejército patriota no recibía ninguna ayuda y ello ocurrió porque el ejército estaba bajo su mando, él mismo era la

causa principal. Entonces no tuvo más salida que separarse de sus compañeros de armas, de todos aquellos que lo habían seguido en sus combates; el gobernador de Cartagena había interceptado toda su correspondencia con el Gobierno General; de modo que, si se dirigía hacia allá, iba a encontrar una muerte segura en Santa Marta. Sus demandas de amistad habían sido desoídas; ya no había armas para combatir, y se dio perfecta cuenta que, de seguir en el territorio, Nueva Granada se dividiría en partidos, lo cual no sería nada positivo para la patria. La guerra sería eterna.

Ha hecho esfuerzos para acercarse a sus adversarios, incluyendo en ellos al brigadier Manuel del Castillo y Rada. Hasta el mismísimo Pedro Gual le propone la posibilidad de una conciliación, y es entonces cuando Bolívar le responde que no puede posponer los intereses de la patria a las pasiones violentas, que él sigue la carrera de las armas para obtener de ellas honor, pues ellas permiten la liberación: no va a arriesgar los triunfos hasta ahora logrados sólo para hacer un pacto. Pero sus intentos fueron inútiles. Bolívar pensó que, si aceptara gobierno, eso sería sólo para romper las cadenas de los esclavos en las provincias de Coro, Maracaibo, Caracas y Santa Marta. Las armas están destinadas a destruir a los tiranos. En ese momento renunciaba temporalmente al honor de conducir el pueblo a la victoria. Pero la lucha continuaba, debía seguir por el bien del ejército y de la salvación de la patria.

América no está preparada para separarse de la metrópoli, pensó Bolívar, debido sobre todo a una guerra inútil que la Regencia había declarado, sin derecho alguno para hacerlo; era injusto, pero sobre todo ilegítimo. Los gobiernos españoles emitían toda clase de decretos hostiles; a la par de ello, los ciudadanos americanos tampoco tenían la preparación necesaria para los negocios públicos, ni para representarnos como legisladores, magistrados o administradores, ni tenían los atributos diplomáticos ni conocían las autoridades que forman la jerarquía de un Estado. Y si no se puede conformar un Estado, tampoco se puede conformar un gobierno, piensa Bolívar. Y esta es la razón por la cual nuestros enemigos pretenden burlarse de nosotros. La

revolución por sí sola no es nada, si no está sostenida por una filosofía adecuada a nuestra situación.

Después de triunfar las armas de la revolución, sería necesario establecer juntas populares para hacer reglamentos y convocar congresos. Mientras Venezuela puede erigir un gobierno democrático y federal, y declarar los derechos humanos, manteniendo un equilibro de poderes y estatuyendo leyes en favor de la libertad civil, luego constituir un gobierno independiente. La Nueva Granada puso como base fundamental de su Constitución un sistema federal exagerado, que tuvo que ser mejorado, pues sobrepasaba al poder ejecutivo, como se había hecho en Chile y Buenos Aires.

Las cosas en América estuvieron sucediendo demasiado rápido, y se fueron complicando sin que se pudiera evitar. Así ocurrió en México. En 1810 tuvo lugar una insurrección, y un año después ya tenían centralizado a su gobierno e instalada una Junta Nacional en Zitácuaro, con los auspicios de Fernando VII. La Junta se trasladó a diferentes lugares, se conservó y luego se creó el cargo de Generalísimo para José María Morelos, y esto fue seguido de cerca por Bolívar. En el caso de la gran nación mexicana, en marzo de 1812 el gobierno residente presentó un plan de paz y de guerra al virrey de México, hecho con gran sabiduría. Al parecer este esquema resultó bueno al principio, pero después fue fallando debido a que no se adecuaba a nuestro carácter, costumbres y conocimientos. Las elecciones y asambleas populares sirvieron para conformar los partidos, y estos a su vez nos llevaron a la esclavitud. Por eso Bolívar siempre se oponía al excesivo poder de los partidos políticos. Además de ello, los gobiernos provinciales concentraron demasiado poder en sí mismos, y entonces el gobierno central se fue debilitando, los enemigos en cada provincia se multiplicaron, se van conformando, cobran vida, y las personas no adquieren talentos y virtudes jurídicas. Para lograrlo deben abocarse al estudio, prepararse como lo hacen en el norte; cree que allá los ciudadanos con responsabilidades en el gobierno son estadistas, juristas, ahogados doctos, y por ello las cosas de ellos salen mejor. Los sistemas enteramente populares tampoco funcionan solos, mientras no estén asesorados por personas

doctas. Bolívar cree, como creía Miranda, que España está dominada por la improvisación y la desbocada ambición: éstas se convierten en vicios, en mera codicia y en vasallaje.

Bolívar también cree en los filósofos iluministas como Rousseau y Montesquieu. Cuando una nación está sometida al yugo, es más difícil sacarla de donde está, que subyugar a una libre, según piensa Montesquieu, lo cual se comparece con el instinto humano de aspirar a una mayor felicidad cada día. Y ello sólo puede alcanzarse si la sociedad tiene sus cimientos en bases de justicia, libertad e igualdad.

«¿Cuál sería el reto, entonces?», se pregunta Bolívar, mientras deja que el flujo de su mente le ofrezca una respuesta concisa. Y entonces se responde: «fundar una República equilibrada». No puede lanzarse de modo desbocado a la esfera de la libertad recién rotas las cadenas de su opresión, sino que debe razonar de manera justa para poder levantar un edificio de ideas libres. De ahí que Bolívar desee ver en América una sola nación. Acaso, como Miranda, esté acariciando una utopía, pero nunca un sueño estático y perfecto, imposible. Primero habría que curar numerosas heridas causadas por el despotismo y la guerra. De modo que ese sueño tiene sus bemoles. Y esos bemoles o detalles pueden ser más importantes que el todo, pues desde que nacieron las utopías en Europa en el siglo dieciséis con la obra *Utopía* de Sir Thomas Moore —que fue una sátira de don Thomas a la sociedad inglesa de su tiempo— surgió esa idea de *tierra en ninguna parte,* esa tierra donde podían convivir los seres humanos en una sociedad justa, plena y armónica, casi edénica y por lo tanto irreal. Lo que ocurre es que después ese mundo de utopías fue retomado por otros escritores en casi todos los países de Europa como Campanella en Italia, Cyrano en Francia y Morris en Inglaterra, para llevar a cabo diseños utópicos más complejos. Pero el término utopía, lo sabe bien Bolívar, continuó usándose para designar un tipo de sociedad ideal donde todo funciona bien, casi perfecto, en todo caso no era propiamente una utopía lo que se proponían Miranda y Bolívar. Don Francisco, si se quiere, era más idealista que yo, piensa Simón, don Francisco era un soñador incorregible que tuvo que hacer frente a una sociedad apática y enfrentar a

muchos envidiosos de su momento; Bolívar soñaba, en todo caso, con una República regida por leyes virtuosas donde los seres humanos pudieran disfrutar de un mayor bienestar, pero tomando en cuenta también las inclinaciones negativas de esos seres, las cuales también forman parte de nuestra naturaleza, como bien lo habían esbozado los empíricos ingleses como Hobbes, Locke o Hume, a quienes Bolívar había leído mucho, y resaltaban en su filosofía la naturaleza destructiva o maléfica de la especie humana, cuando intenta convivir en sociedad; a menudo resaltan en el ser humano sus rasgos de egoísmo, vileza, envidia, odio irracional, todo aquello lo sabía Bolívar y por ello se aferraba con fuerza a las ideas propugnadas en el Siglo de las Luces, Montesquieu, Voltaire, Rousseau y otros, para aplicarlas algunas de ellas al nuevo mundo, al *Orbis Novo* o Tierra de Gracia que era como la habían llamado a este lado del mundo los primeros viajeros de Indias, como Cristóbal Colón.

La mente del Libertador se perdía en medio de aquellas consideraciones, de aquellas elucubraciones posibles. De ellas sacaba fuerzas para continuar en su lucha, sobre todo cuando seguía ponderando todas las falencias de nuestro continente en materia social y política, cuando recordaba que América no podía caer en manos de una monarquía universal, que también podía ser un proyecto imposible. Los abusos que actualmente existen no se reformarían y nuestra regeneración sería infructuosa. Los Estados americanos necesitan de los cuidados de gobiernos que curen las llagas y las heridas del despotismo y de la guerra. Habría que buscar ejemplos en este caso, como el de México, que es la única nación que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli. Pero supongamos que fuese el istmo de Panamá, se decía Bolívar como si estuviese dictando una clase a una audiencia real, pero se lo está diciendo a los interlocutores de su tiempo: Panamá es un punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente ¿no continuarían estos en la languidez y en el desorden actual? Para que un solo gobierno dé vida, anime y ponga en acción los dos resortes de la prosperidad pública; corrija, ilustre y perfeccione el Nuevo Mundo, sería necesario que tuviese las

facultades de un Dios, y cuando menos las luces y virtudes de todos los hombres.

Otra cuestión que preocupa altamente a Bolívar es el asunto de los partidos, no se cansa de repetirlo una y otra vez. Cree que los magnates de las capitales no sufrirán la preponderancia de los metropolitanos, a quienes considerarían también tiranos, hasta el punto de compararlos a causa de los celos con los odiosos españoles. Una monarquía con esa característica crearía una especie de coloso deforme, un monstruo, un leviatán.

¿Monarquías americanas? ¿Crear más naciones? Sí, sería posible quizá, pero inútil. El interés bien entendido de una República se reduce a la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. Una libertad basada en un concepto de imperio es absurda, pues va en detrimento de sus propios medios, y su único objeto sería hacer participar a sus vecinos en una Constitución liberal; por ello ningún derecho adquieren y ninguna ventaja sacan venciéndolos, a menos que los reduzcan a colonias, siguiendo el ejemplo de Roma, creando un impedimento directo con los sistemas de justicia de los republicanos, oponiéndose de manera manifiesta a los intereses de sus ciudadanos. Un Estado muy extenso, al final, cae en la decadencia y convierte su forma libre en otra forma tiránica, debilitando los principios que deben conservarla, ocurriendo luego el fenómeno del despotismo. «El distintivo de las pequeñas repúblicas —piensa Bolívar en su monólogo a voces— es la permanencia, mientras el de las grandes siempre se inclina al imperio».

Capítulo IV
Vislumbres de América

El monólogo se hace diálogo y vislumbre. Bolívar se concentra, en este momento, en el fenómeno de la realeza. Los intereses de los reyes se inclinan al aumento de sus posesiones y riquezas, pues su autoridad crece con estas adquisiciones, tanto en relación a sus vasallos como a sus vecinos, que ven el formidable poder del mismo tamaño de su imperio, el cual se conserva por medio de la guerra y las conquistas. Por esta razón, piensa Bolívar, los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, y también de comercio y agricultura, prefieren las repúblicas a los reinos.

Sin embargo, Bolívar tiene sus reservas hacia el sistema federal, es una idea insistente en él, pues este sistema exige virtudes y talentos políticos muy superiores, casi perfectos, y también rechaza la monarquía mixta de aristocracia y democracia, como la practicada en Inglaterra, pues en lo posible habría que evitar caer en anarquías demagógicas o en tiranías autócratas. Piensa que hay que lograr un estado intermedio, y en el centro de su cavilación cree que habría que optar, entonces, no precisamente por lo más perfecto, sino por lo más posible. No le ha resultado nada sencillo llegar a esta conclusión. Debe luchar con todas sus fuerzas, y conjugar sus potencias físicas a las morales.

Piensa otra vez en México, piensa en Panamá. Piensa en Nueva Granada y Venezuela, en todo el continente, en la situación de países como Chile y Perú. Se ha informado lo mejor que ha podido de cuanto ocurre en estos países, debe sacar sus conclusiones al respecto y de ser posible ponerse en contacto con sus autoridades, para calibrar su plan de acción. Quizá los mexicanos intentarán al

principio establecer una República representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el poder ejecutivo, concentrándolo en un individuo. Y si ese individuo desempeña sus funciones con acierto y justicia, conservará su autoridad vitalicia. Por el contrario, si su incapacidad o administración son indebidas, desembocarán en una conmoción popular, y ese mismo poder ejecutivo terminará en una asamblea. Si en México el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una monarquía, que al principio será limitada e institucional, y después inevitablemente declinará en el absolutismo: nada es más difícil en el orden político que la conservación de una monarquía mixta.

Al poner su pensamiento en Panamá y en Guatemala, Bolívar cree que tal vez se asociarán ambos países y ello pudiera convertirse en el futuro en un emporio, ya que sus dos canales acortarán distancias en el mundo y estrecharán los lazos comerciales entre Europa, América y Asia, atrayendo hacia ellos riquezas. Y esa privilegiada posición tal vez, piensa Bolívar, la convertirá en una de las principales capitales del orbe. Del mismo modo Nueva Granada se unirá a Venezuela, ese es su sueño, y se convertirá en una República central cuya capital será Maracaibo. O tal vez sería posible soñar más allá: fundar una nueva ciudad con el nombre de Las Casas, en honor a este gran filántropo, el Padre de Las Casas. El acceso a esta ciudad es fácil y su situación tan fuerte, que puede hacerse inexpugnable. El territorio posee un clima puro y saludable y es propicio para la agricultura y el ganado, con abundancia de maderas para la construcción. La Goajira se anexará a ella, con sus indígenas, y se llamará Colombia, en tributo de justicia y gratitud al viajero europeo que vio por vez primera, desde una embarcación, nuestro territorio: Cristóbal Colón. El gobierno de Colombia pudiera imitar al de Inglaterra, con la diferencia de que, en lugar de un rey, habrá un poder ejecutivo de libre elección, vitalicio y jamás hereditario, si lo que se busca es una República. O bien pudiera ser un Senado legislativo hereditario, que en momentos de dificultad sepa ponderar. Bolívar y Miranda compartían su admiración por el buen funcionamiento de las cámaras legislativas de Inglaterra, y en tal sentido pudiera imitarlas Colombia.

«Tengo derecho a desearle todo lo que en mi opinión es mejor, porque es mi patria», pensaba Bolívar, y hasta sería posible pensar que no le convenga un gobierno central, adicta como es a la federación, y hasta quizá formar por si sola un Estado que, si el tiempo le confiere su suerte, podría ser muy dichosa, con recursos de todo tipo.

Bolívar no cesa en su costumbre de vislumbrar, de proyectar visiones, no puede evitarlo. Ahora piensa en Buenos Aires, de la cual se sabe poco, y poco puede decirse hasta aquel momento. A primera vista, habrá un gobierno central en ese inmenso país conducido por militares, a causa de sus divisiones internas y guerras externas, eso es lo que observa. Cree Bolívar que la Constitución en Buenos Aires degenerará en una oligarquía o en una monocracia con más o menos restricciones, pero sería muy temerario hacer afirmaciones sólidas sobre ese particular. También muy doloroso sería que algo así ocurriese en Buenos Aires.

En cuanto a Chile, el Libertador piensa que, por la naturaleza de su situación, por las bellas costumbres y virtudes de sus habitantes y la cercanía de sus vecinos los araucanos, está llamado a disfrutar de las bendiciones de las leyes. Bolívar tiene fe en ello, sabe que en Chile nunca se ha extinguido el espíritu de libertad. Los vicios de Europa llegaron allí tarde y no pudieron corromper sus costumbres, pues el territorio de Chile está fuera del contacto de las malas influencias, y no alterará los usos y prácticas de sus leyes, preservando su uniformidad en las opiniones políticas y religiosas. Por lo tanto, puede ser libre.

Lo mismo no puede decirse del Perú, donde hay dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El oro corrompe todo, y la esclavitud ya está corrompida en sí misma. El alma de un esclavo está incapacitada para apreciar la libertad. Aunque Lima las merece más, Bolívar cree que estas ideas pueden ser aplicadas a toda América, pero tal vez Lima las necesita por sobre todas, pues es evidente que allá no tolerarán los ricos a la democracia, ni los esclavos y pardos ya liberados tolerarán a la aristocracia. Los ricos prefieren siempre la tiranía de uno solo. En el fondo, todas las provincias americanas se encuentran lidiando por emanciparse. Unas se constituirán de un modo

regular en repúblicas federales o centrales; en otras se fundarán monarquías casi inevitablemente, mientras otras serán tan infelices que devorarán sus elementos hoy mismo, o en futuras revoluciones. Una gran monarquía no será nada fácil de construir: una República enorme pero imposible.

«Y hablando de imposibles —se dice Bolívar en su extenso vislumbrar a voces—, sé que es imposible también pretender de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo», y ello desea decírselo al mundo, que logre unificar sus partes entre sí, y con el todo. El Nuevo Mundo tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, y por todo eso merece tener un solo gobierno que aglutine los diferentes estados por formarse. Pero al ser más objetivos en la visión, hay que aceptar que eso no es posible, por ahora: situaciones opuestas, intereses diversos, caracteres distintos dividen a América. Pero soñando y yendo más allá: «¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuera para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! —exclama—. ¡Ojalá algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, que discutan sobre los altos intereses de la paz, con las naciones de las otras partes del mundo!» exclama, creyendo en la posibilidad cierta de crear una corporación que pueda lograr nuestra regeneración. Otra esperanza sería infundada, como la concebida por el abate francés Charles Castel, que concibió el delirio de reunir un congreso europeo para decidir la suerte de los intereses en aquellas naciones.

Y remontándose más allá, Bolívar piensa que los americanos meridionales tienen una tradición que dice: cuando Quetzalcóatl abandonó a sus hijos, les prometió que volvería después que los siglos designados hubiesen pasado, él restablecería su gobierno y renovaría su felicidad. Quetzalcóatl en este caso sería para nosotros una especie de Buda o un Mercurio, un nexo con la deidad superior que se ha hecho respetar por las otras naciones. Ello sería magnífico, pues la unión es lo primero que se necesita para hacernos conscientes de que hay que expulsar de aquí a los españoles y sus tropas, y a todos aquellos partidarios de la conocida España, para hacernos capaces de establecer un gobierno libre y leyes benévolas.

Bolívar está exhausto en ese momento. Viene de estar al mando en las batallas de Las Queseras del Medio y de atravesar Tunja, y aún le falta mucho por hacer; pero no puede detener su accionar ni su pensamiento, pues el primero está condicionado por el segundo; su estrategia y su práctica están fogueadas por ideas nobles. Cuando ha pensado en Quetzalcóatl, está pensando en que los grandes historiadores y literatos se han preocupado cuidadosamente de investigar su origen y sus profecías. No se sabe a ciencia cierta si Quetzalcóatl fue un apóstol de Cristo o una entidad pagana. Su nombre quiere decir «culebra emplumada», y otros sostienen que es el profeta de Yucatán o el mismísimo Santo Tomás. En todo caso este dios estableció una religión cuyos ritos, dogmas y misterios tenían una admirable afinidad con la de Jesús, y quizás es la más semejante a ella. Muchos escritores católicos han procurado alejarse de la idea de que este profeta fuese verdadero, sin reconocer a él a Santo Tomás, como lo afirman otros autores. Pero se ha impuesto la opinión de que Quetzalcóatl es un legislador divino entre los pueblos paganos del Anáhuac, del que era Lugarteniente el gran Moctezuma, derivando de él su autoridad.

Bolívar se ha puesto a pensar en este Dios mexicano, preocupado como está por las creencias espirituales profundas de los pueblos de América, pues sabe que en todo caso quienes dirigen la inteligencia de América se han aprovechado del fanatismo de los fieles con el mejor acierto, presentando a la famosa Virgen de Guadalupe como reina de los patriotas, invocándola y llevándola representada en sus banderas. Con esto, el entusiasmo político ha formado una mezcla con la religión, que ha producido un fervor vehemente por la sagrada causa de la libertad. Y en este sentido, cree Bolívar, los mexicanos han superado en devoción a cualquier otro pueblo, inspirados por esta virgen donde confluyen tantas fuerzas. Sólo fuerzas como aquellas, poderosas y profundas, sería lo que necesitamos para procurar la unión. Pero nos empeñamos en dividirnos. Así lo hemos hecho a lo largo de las guerras civiles, formadas entre el partido conservador y el partido reformador. El primer partido, por lo común, es más numeroso, pues la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; mientras que los reformadores son siempre menos

numerosos, aunque más vehementes e ilustrados. Nunca van a llegar a un acuerdo duradero. La contienda entre ambos se prolonga y lo único que puede equilibrarlos es la fuerza moral. Pero Bolívar tiene fe, y piensa que en nuestro caso la masa ha seguido a la inteligencia. Hasta ahora hemos tenido suerte.

Aunque hay otros elementos que ponderar, Bolívar insiste en el de la unión; una unión que no llegará a nosotros por sí sola, sino a través de esfuerzos bien dirigidos. América se encuentra abandonada en ese momento por todas las naciones, aislada, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, atacada por una España que más posee elementos para la guerra que nosotros, pero se halla arruinada ante los ojos de Europa, y sus hombres son menos feroces en la batalla que los nuestros. Bolívar, desde su extensa reflexión, piensa que cuando el Estado es débil y los objetivos trazados son remotos, los hombres vacilan y las opiniones se dividen, las pasiones se agitan y los enemigos las animan para triunfar, lo cual es más sencillo. Debemos ser fuertes con los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, y entonces quizás si podamos cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria.

Bolívar piensa: continuaremos nuestra marcha hacia la prosperidad a la que está destinada la América meridional. Cuando ello ocurre, las ciencias y las artes que nacieron en todas partes del mundo, en el Oriente y en Europa, volarán a América y a Colombia libres, donde serán recibidas con orgullo. Bolívar tiene ese sueño en el pecho y en la cabeza, girando siempre, y entonces ahora debe compartirlo con todos: mujeres, hombres, jóvenes, letrados científicos, legisladores, soldados, oficiales, campesinos, comerciantes, religiosos, políticos, con todos aquellos que aspiren a la libertad como al ideal más sagrado.

Capítulo V
Leyes y periodismo en Angostura

Antes de Boyacá, en ese mismo año de 1819, en el mes de febrero, Bolívar sabe que también el destino le obliga a dar la batalla de las ideas, a dirigir con buen tino la artillería del pensamiento, y tal pensamiento debe ser canalizado a través de un concurso de personas capaces, de pensadores, intelectuales, legisladores, abogados, juristas. Es urgente crear un cuerpo de leyes. Entonces convoca a un congreso en Angostura, al sur de Venezuela, para poner las armas al servicio de las autoridades civiles, de los representantes del pueblo de Venezuela, que deben ser depositarios de la voluntad popular para un mejor destino de la nación. Bolívar está decidido a traspasarles el mando si fuese necesario, pues no puede hacer las dos cosas a la vez: ser presidente de Venezuela y dirigir la guerra. Invitó entonces a las naciones del Congreso a que designaran a un presidente. Se hizo la elección y la mayoría de los votos favoreció a Francisco Antonio Zea. Bolívar en persona lo condujo a la silla presidencial, y luego, dirigiéndose a los asistentes les dijo:

—Nosotros no somos más que unos simples ciudadanos hasta que el Congreso Soberano se digne emplearnos en la clase y grado que a bien tenga. Contando con vuestra sumisión voy a darle, en mi nombre y en el vuestro, las pruebas más claras de nuestra obediencia, entregando el mando del que yo estaba encargado.

Por su parte, Francisco Antonio Zea creía que los momentos de peligro para la causa de la Independencia ya habían pasado, pero Bolívar no pensaba lo mismo. Bolívar quería seguir librando

una guerra que él creía podía aún perderse. Faltaba mucho para liberar por completo a Venezuela, y mucho más para liberar a Nueva Granada, Ecuador y Perú, y Bolívar estaba dispuesto a proseguir, haciendo gala de su proverbial perseverancia. De hecho, Bolívar propuso a los legisladores del Congreso de Angostura la unión de Venezuela y la Nueva Granada, reconociendo el inmenso apoyo de los extranjeros que habían venido a ayudarnos en nuestra independencia. De paso, solicitó la total emancipación de los esclavos.

El presidente Zea se reunió con las demás autoridades del congreso y acordaron, al día siguiente, que era necesario que Bolívar continuara al frente del país, y aunque Bolívar se negó de nuevo diciendo que jamás volvería a aceptar una autoridad, a la que había renunciado de todo corazón, por principios y por sentimientos, sabía bien que grupos y partidos improvisados habían surgido y causarían daños a la causa de Independencia, pues sus ambiciones eran personales y podían perjudicar la unidad del pueblo.

Todos los diputados del Congreso rogaron a Bolívar que aceptara ser de nuevo presidente, y designar a Zea vicepresidente. Volvió a renunciar Bolívar con otra nota dirigida al secretario del congreso, pero fue en vano. Entonces el Congreso facultó al vicepresidente para desempeñar la primera magistratura, en ausencia de Bolívar. Nombraron como tercero en el mando al marabino Rafael Urdaneta, quien a los veintitrés años ya era general.

Durante su estadía en Angostura, Bolívar se empeña en adquirir una imprenta y fundar un periódico, el *Correo del Orinoco,* para contrarrestar las noticias falsas y opiniones exageradas que los realistas publicaban en la *Gaceta de Caracas,* dirigida por José Domingo Díaz, donde se acusaba a los ejércitos de la patria de entrar a saco a las poblaciones a cometer crímenes, y publicaba noticias falsas de las derrotas de los patriotas. La crueldad de los realistas era ocultada, mientras se magnificaba negativamente el desempeño de los venezolanos. Anunció, por ejemplo, la muerte de los oficiales patriotas Torres y Mc Gregor, y hasta la del obispo José Ventura Cabello.

Bolívar se empeñó en darle al periódico difusión internacional, logrando posicionar las ideas libertarias en varios países

de América y Europa. Lo hacía mediante reparticiones del diario en bodegas, usando para ello sacos de alimentos en cuyo fondo venían los impresos; en el exterior, lo lograba mediante los barcos que zarpaban hacia otros países desde Angostura por el río Orinoco, y permitían la difusión de la propaganda en favor de la emancipación.

Para su impresión, Bolívar le encomendó esta tarea a Andrés Roderick en una primera etapa, para sus primeros cien números, hasta 1820. Además, publica en esa imprenta varias leyes importantes. A Roderick siguieron otros editores como Thomas Bredshaw y William Bourrell, quienes continuaron la publicación del periódico hasta 1822. La imprenta estuvo ubicada en varios sitios; primero, en una casa particular; luego en la Calle de la Muralla en Angostura, y finalmente en un edificio de la Plaza de la Catedral, el mismo donde quedó instalado el Congreso de Angostura. La máquina tenía casi dos metros de alto y un metro de ancho; era de fabricación estadounidense y permitía la impresión de un diario cuyo tamaño era de 35 por 20 centímetros aproximados. Bolívar nombró como directores de redacción en varias etapas a Francisco Antonio Zea, José Rafael Revenga y Juan Germán Roscio; publicó trabajos de los más eminentes escritores de la época en los géneros de cartas, discursos, boletines, proclamas, periódicos y folletos; reprodujo también trabajos y proclamas de otros países, especialmente provenientes de Washington, Londres y Paris. Bolívar estaba convencido de que, sin un medio de comunicación para expresar las ideas y el pensamiento, era imposible ganar la batalla.

Bolívar pensaba que, en este caso, lo mejor era fortalecer el territorio de la República y seguir ampliándolo. Necesitaba de tiempo para ello. Tenía razón, pues de inmediato, en el mes de agosto de ese mismo año, tuvo que dar la batalla de Boyacá, ganándola. Entonces el Libertador se convirtió en una amenaza para los aristócratas de España, mas no de Inglaterra, que en ese momento quería adueñarse del monopolio comercial español, lo cual explicaba que a Venezuela comenzaran a llegar armas y municiones de los británicos, y cientos de legionarios de distintos países europeos. Mientras tanto, el presidente James Monroe en Estados Unidos se mantuvo neutral en esta contienda, y envió a

Angostura un agente secreto, a decirle a Bolívar que Washington era favorable a la independencia de Venezuela.

Esto le permitió a Bolívar una mayor amplitud de visión. No se engañaba. Sabía que la situación en Europa estaba más que complicada y debía aprovechar los conflictos internos de esos países para darle un giro a su estrategia militar, comenzando por Nueva Granada y Venezuela y seguir hacia Guayaquil y Quito, y luego entrar al Perú. Mostrando una vez más su sagacidad, Bolívar había pedido a sus oficiales que anunciaran en las poblaciones que ya estaban listos para la lucha, repartiendo cartas y proclamas suyas por todas partes.

El mundo contempla asombrado cómo un puñado de hombres valientes, los venezolanos, resisten y vencen la fuerza de España; han empleado los iberos cuantiosos recursos contra Venezuela, y no han podido dominarla. No hay nada que puedan hacer al respecto: excepto el ridículo, frente a las otras naciones de Europa. Además de eso, Bolívar le dice al mundo de manera patética que ya en España el dominio del rey Fernando está acabado, los corsarios aniquilan su comercio marítimo y sus campos no producen nada; sus tesoros están agotados por tantos años de guerra; la Inquisición, el despotismo y los impuestos auguran la catástrofe para España. Las proclamas de Bolívar han levantado los ánimos de los ciudadanos en casi toda América. Francisco de Paula Santander en Nueva Granada apoya sus proclamas.

***

La situación interna era otra. Bolívar no había hablado con José Antonio Páez claramente sobre estos asuntos, y debía convencerlo, pues era uno de los generales más aguerridos, pero también más renuentes a recibir órdenes. Debía decidir entre Páez y Santander para que lo acompañaran en la decisión, y optó por Santander. Tampoco sabía que esa decisión iba a ser, a la postre, negativa. Surgieron entonces malos entendidos, complots, traiciones; no se sabía a ciencia cierta cuáles eran los verdaderos planes.

El plan, realmente, era llevar a cabo la Campaña de los Andes y cruzar un macizo montañoso inmenso para ir al encuentro

con Santander, que se convirtió en una de las mayores hazañas militares de la historia: el Paso de los Andes. Nunca había sufrido Bolívar tantas penurias en una travesía para llegar a ningún sitio, justo antes de marchar a Boyacá a dar la otra pelea. Al fin de largos días que parecían años, llegaron a Tame, cuartel general de Santander, que los estaba esperando allí para continuar la lucha de liberación. Nadie lo podía creer, cuando al fin de una ruda travesía por selvas y bosques helados, llegaron desfallecidos, hambrientos, enfermos. Se quedaron allí varias horas, bien abrigados y tomando alimentos, para seguir después con más fuerzas; y cuando se dispusieron a continuar al siguiente día, el hambre se había acumulado en sus cuerpos de tal manera, que muchos de ellos murieron al intentar seguir camino.

A sólo dos meses del paso del Páramo de Pisba con sus hombres, Bolívar se enfrentaría —como lo había recordado hace rato bamboleándose en su hamaca— la batalla de Boyacá.

Ambos sucesos eran el preludio al nuevo reto que tenía al frente, ahora mismo: Carabobo. Sin embargo, su memoria no cesa de atrapar otros momentos de su vida militar. Con Boyacá, Bolívar pasaría a formar parte del reino de Santa Fe de Bogotá, nombrando a Santander con idénticas facultades a las que el Congreso había dictado para Venezuela. En una ceremonia, entregó medallas de oro a cada uno de los que había peleado en Boyacá, que llevaban inscritas las leyendas: *Libertadores de la Nueva Granada.* Les comunicó a todos que su deseo era ver a Venezuela y a la Nueva Granada juntas. Al marcharse pasó por Tunja y Pamplona, y en el camino vio a las multitudes aclamándolo, en cada pueblo la gente lo saludaba con emoción y orgullo.

—¡Viva Bolívar, viva Santander! —gritaban.

Estaba muy emocionado con las respuestas del pueblo neogranadino. Antes de irse, suprimió los impuestos a las poblaciones más pobres, dio pensiones de su fortuna privada a viudas y a huérfanos causados por la guerra. Pero también se enteró de varias acciones bochornosas en Venezuela, cuestión que lo llenó de decepción.

La situación en el oriente de Venezuela no marchaba bien. El general Arismendi, en Margarita, comenzó a decir públicamente

que la estrategia de Bolívar estaba condenada al fracaso, y que el vicepresidente era un títere, incapaz de enfrentar a los realistas. Se designó él mismo jefe del gobierno y empezó a reclutar hombres para la guerra, apartándose de las decisiones de Bolívar. Quitó a Bermúdez y puso a Mariño al mando del ejército de oriente, regresando triunfalmente a Angostura a finales del año 1819.

Cuando Bolívar se entera de estos acontecimientos, en vez de molestarse, nombró al general Morillo Jefe Miliar de Margarita, sin aludir nunca a Arismendi, así como tampoco se refirió jamás a las grandes ausencias militares de Páez, a quien se le subían frecuentemente los humos a la cabeza creyéndose superior a Bolívar en el campo de batalla, violando con frecuencia sus órdenes y poniendo en peligro la campaña. Algo parecido a lo que sucedió con Piar por desobedecer sus órdenes en el plano militar, y Bolívar se vio obligado a hacerlo fusilar para dar ejemplo a los soldados. Bolívar se sintió muy afectado después de haber tenido que dar aquella orden, y no quiso referirse nunca más a eso, porque el recuerdo de Piar y el dolor de haberlo perdido de esa manera, eran lamentables pero necesarios para dar el ejemplo de autoridad en ese momento.

Sin embargo, a Bolívar no le tembló el pulso para crear el 17 de diciembre de 1819, la República de la Gran Colombia, con los ánimos que traía por el triunfo en Boyacá. La nación estaría integrada por Venezuela, Cundinamarca, Quito, las provincias unidas de Nueva Granada y Guayaquil, teniendo como capitales a Caracas, Bogotá y Quito. Bolívar fue elegido presidente; Juan Germán Roscio vicepresidente y Francisco de Paula Santander vicepresidente de Cundinamarca, mientras Zea cumpliría funciones de organizador de la Hacienda Nacional. Comenzó a lograr acuerdos, entre ellos el de *Regularización de la guerra*. Este tratado fue una de las mejores estrategias no sólo militares o políticas, sino también psicológicas, pues exhorta a los españoles a cumplirlo, pese a todos los males que nos han causado. Muestra sagacidad y un oportuno manejo del momento histórico y su difícil situación en Europa, debido al descrédito de su ejército frente al nuestro. Bolívar ha observado el torpe manejo de las tropas realistas en Boyacá y espera, con esta treta

del armisticio, que vuelvan a incurrir en los mismos errores para asegurar así su victoria.

***

Todos estos recuerdos han cruzado por la mente de Simón Bolívar como en una proyección de imágenes que le llegan nítidas, como si su mente y su cerebro funcionaran al unísono, atendiendo una orden universal, como si su destino estuviera escrito de antemano por alguna deidad que mueve los hilos invisibles desde allá arriba, alguien o una entidad que puede llamarse Dios, Destino o Tiempo. Bolívar ha sido conducido ahí por los acontecimientos, por los hechos históricos de su país, pero también por el pensamiento de tantos hombres ilustres que le precedieron, por tantas obras literarias, filosóficas y jurídicas que ha leído y ha querido imitar, los prosistas ingleses y franceses, los filósofos y poetas griegos y latinos antiguos, por los empíricos y los ilustrados, por los grandes poetas que le prestaron el desenvolvimiento de su lenguaje, donde debe encajar su pensamiento y su sentimiento, su capacidad analítica y su visión de lo que puede ocurrir en esta parte del mundo.

Capítulo VI
Preparación a la epopeya

Bolívar es un hombre joven, con treinta y ocho años, en plenas facultades intelectivas. Ha escrito cientos de cartas, proclamas, manifiestos, ha disfrutado del cariño y la pasión de bellas mujeres, se ha divertido con sus amigos en su juventud, ha reído y disfrutado de charlas y amoríos, sus recuerdos lo reciben bien, van también sus pensamientos hacia la casa natal de Caracas, a los cuidados que le prodigó su noble familia, a sus correrías por el patio infantil sembrado de naranjos y geranios, granados y azahares, los cariños de su madre María Concepción, tan delicada, que la muerte visitó a tan tierna edad; a los cuidados de la negra Matea y de la negra Hipólita; a los afanes de sus tíos, de sus padrinos, a todos les tiene en un pedestal de ternura, los ve ubicados a veces entre nubes, coronados de una aureola; también ve a su joven esposa que abandonó este mundo siendo tan lozana; su cutis lo comparaba con la suavidad del pétalo de una flor, la misma que palideció hasta caer víctima de una terrible enfermedad, la tisis, lo cual sumió a Simón en una tristeza prolongada, en una melancolía intemporal.

Mientras deja la adolescencia, Simón se percata, poco a poco, de las cosas que ocurren a su alrededor, de los maltratos de los negros esclavos, del desprecio hacia los humildes, las injusticias que se cometen a diario con las personas desprotegidas e inocentes, víctimas de enfermedades funestas. Él, en cambio, tiene una posición privilegiada, viste ropas elegantes, no le falta el alimento, disfruta de una educación fina y de paseos a bosques y ríos, montañas y plazas; en su casa lee libros de versos, filosofía y

epopeyas, casi todo lo tiene al alcance de la mano, pero casi nada de aquello lo podía compartir con el pueblo oprimido, sumido en carestías de todo tipo. Recordaba bien a sus maestros y tutores, Andrés Bello y Simón Rodríguez, que le educaron en primeras letras e historia universal y le fueron guiando en sus primeras destrezas literarias, ideas y pensamientos, ejercidos mediante una libertad de espíritu que, finalmente, cuando ya Simón no es un adolescente sino una mente cultivada, permite que su espíritu se encamine decididamente hacia la acción política y militar. Siempre agradeció esas primeras enseñanzas, tanto del amor familiar como de sus tutores. Andrés Bello se había marchado a Londres y luego a Chile; en cambio Simón Rodríguez siempre estuvo cercano y le acompañó en varios proyectos para educar al pueblo.

***

Bolívar se dirige al fogón donde se calienta el café y se sirve una taza, aprecia el aroma de la infusión y luego sorbe la estimulante bebida; su rostro refleja serenidad, pese a la preocupación que le embarga y las decisiones puntuales que debe tomar para armar la estrategia de la batalla. Lo urgente ahora es hacer coincidir en un punto las fuerzas patriotas, pues el reino de España, humillado por los soldados venezolanos en Boyacá, se prepara a dar otra batalla y esa batalla hay que darla cueste lo que cueste, pues ese triunfo debe sellar la dignidad de nuestros soldados, de nuestros ciudadanos y de nuestro pueblo que ya no tolera más humillaciones. Ya habían transcurrido once años de combates permanentes, ya se había instalado el Congreso de Angostura, entonces no hay tiempo que perder. Hay que aprovechar el declive moral de España y su pérdida de poder en Europa, mientras que los soldados venezolanos son bravíos, gente del pueblo con ideales y la moral en pie, siempre.

Bolívar dispone todo para su fundar su primer cuartel general en San Cristóbal. Reanuda las negociaciones para cumplir el armisticio con las debidas garantías y seguridades para Colombia. Pablo Morillo acepta encontrarse entonces con Bolívar. Se interna

Morillo hacia Carache y Bolívar luego se desplaza hacia Sabana Larga. Eran territorios neutrales. Al fin se encontraron y se saludaron respetuosamente, de acuerdo a los códigos éticos de la guerra, e hicieron el pacto, firmaron el armisticio. Luego se separaron, llevando cada uno un orgullo diferente.

En diciembre de 1820 Morillo abandonó el país, lo cual fue un duro golpe para la Corona Española. Entonces nombraron a otro en el puesto de Morillo: el general Miguel de La Torre, hombre fuerte, de espíritu decidido pero que no podía compararse con Pablo Morillo, ni en veteranía ni en resistencia. Bolívar está convencido que ahora, mucho menos, se podía llegar a un acuerdo con La Torre para lograr que se cumpliese cabalmente el armisticio. De hecho, éste queda roto, lo cual da ventaja al ejército venezolano. Entonces las hostilidades de ambas partes se reactivan justo un día de abril del año 1821.

Las tropas del general Miguel de La Torre superan a las de Bolívar, por lo cual Bolívar se empeña en hacer converger a todas las divisiones de su ejército. Desde su cuartel general en Boconó imparte órdenes para que el ejército de oriente, comandado por Bermúdez, entre en la campaña sobre la capital, invadiendo por Barlovento. Por otra parte, a Monagas y a Zaraza, al frente de las caballerías del alto llano, les pide llevar la guerra a las comarcas de Calabozo y Orituco; mientras que al general Rafael Urdaneta le ordena organizar su división en Maracaibo para acometer Coro, y al coronel Carrillo en Trujillo le informa que debe apoderarse de Barquisimeto y El Tocuyo.

Una vez de dictadas todas estas órdenes, Bolívar se dirige a Barinas.

—Ahora debo marchar a Barinas a inspeccionar las tropas acantonadas —les dice.

Al llegar allí logra el cometido y baja a Achaguas a encontrarse con José Antonio Páez, para movilizar pronto al ejército de Apure.

—Le felicito una vez más por esta iniciativa, general Bolívar —dice Páez—. Sólo así podemos vencer al enemigo, con la unión de todos.

—¿Cómo se encuentran sus soldados, general Páez?

—Al pelo, mi general, esos soldados están deseosos de pelear otra vez, y están conscientes de la responsabilidad enorme que tienen ahora. Mírelos nomás, parecen unas fieras…

—Sí, general Páez, ya veo soldados conscientes. Eso es lo que necesitamos. Ahora hay que avisar a la gente que está en Nueva Granada para que se vayan organizando —confirma Bolívar.

—Por la tarde tenemos aquí una buena carne en vara, y una yuca suavecita como una seda, con ají, que da bríos —invita Páez.

—Estaré con ustedes, Páez nos vemos por la tarde —dice Bolívar.

Bolívar estará ocupado escribiendo las comunicaciones a Carreño, Montilla, Torres y Santander, que están en Nueva Granada. Y también a Antonio José de Sucre, que se encuentra en Guayaquil. Después va a cumplir la cita con Páez, a comer carne con los llaneros. Los hombres del regimiento de Páez, los lanceros, parecen gigantes mitológicos, se sirven los trozos de carne casi cruda, comen de pie, desgarran los jirones de carne suculenta como si fuesen fieras, ríen, hacen chistes gordos que sólo entienden ellos; luego se emborrachan y no toman en cuenta para nada la presencia de los demás. Los soldados ingleses que acompañan a Bolívar los miran y arrugan la cara, no pueden entender de dónde sacan tantas fuerzas, como si hubieran sido paridos directamente de la tierra y estuviesen amamantados por el cielo, que se hartaran de montañas y ríos, son unos hombres que han nacido para dar batalla y hablan en un lenguaje incomprensible, gestos ariscos, sus risas estrepitosas atraviesan las demás conversaciones y ponen un cerco a los otros asistentes al almuerzo. Nadie dice nada de ellos. Los ingleses los miran de reojo y sonríen de soslayo.

Mientras Bolívar está en lo suyo, los generales españoles La Torre y Morales ocupaban Calabozo con cinco mil soldados, mientras otras divisiones suyas iban para San Carlos, Araure y Caracas. La Torre había montado su cuartel general en San Carlos.

En aquel momento, Carlos Soublette había sido nombrado Presidente de Venezuela. Bolívar está en contacto permanente con él, mientras decide regresar a Barinas con algunos batallones,

pendiente siempre de los movimientos del enemigo; tomando él la ofensiva, nunca a la defensiva.

En el mes de mayo, el general La Torre sale para San Carlos encabezando a dos mil combatientes, para luego incorporar a Araure, ordenando a su primer oficial no perder de vista a Páez, para él muy peligroso.

—Al general Páez hay que ponerlo siempre en jaque —recalca La Torre al general Morales—. Este hombre es muy sagaz. Hay que atravesar como sea el río Apure.

En efecto, La Torre marcha hacia Barinas con la idea de combatir a Bolívar primero, y luego a Páez, a las tropas del llanero que se encuentran en la Plaza de Barcelona y se mueven de improviso.

Mientras tanto en las tropas patriotas, Bermúdez sigue las instrucciones del presidente Soublette de invadir Barlovento desde el valle de Caracas, para obligar a las tropas realistas a atrincherarse. En efecto así lo hace: las persigue y les da alcance en un sitio llamado El Guapo, destroza sus refuerzos y se apodera de la capital. Los enemigos españoles huyen hacia Aragua, y ahí mismo cae de nuevo sobre las tropas del brigadier enemigo, Correa. Entonces las tropas realistas se desesperan.

Por esta sola acción, que demandaba tanta estrategia, fortaleza y valor, Bermúdez es considerado un héroe. En La Victoria y San Mateo es aclamado como tal.

Pero los realistas no se quedan quietos. La Torre y Morales responden a la acción patriota, para quitarse de encima la sorpresa de que han sido víctimas: responden contraatacando a Bermúdez que se repliega, pues está agotado después de once horas de lucha y movimientos, retirándose, contrariado. Pero Morales no le da tregua y lo persigue. De pronto recibe una orden del general Soublette que le pide retirarse y dirigirse a Guarenas, donde su coterráneo Arismendi lo está aguardando con refuerzos.

Entonces con esta acción los realistas recuperan Caracas.

A todas éstas, Bolívar se encuentra en Guanare dando tiempo a que el ejército de Páez se incorpore. Pero el general La Torre ya había llegado al pueblo de Araure. Se venían tejiendo las operaciones decisivas en ambos bandos. De inmediato Bolívar ordena al

general Cedeño apoderarse de San Carlos, ciudad que ha quedado sola. Cedeño obedece, ejecuta la orden exitosamente, toma a San Carlos y entonces Bolívar decide establecer en esa ciudad el cuartel general para dar la batalla que decidirá la suerte de Venezuela.

La Torre se desconcierta otra vez. Quiere reunir a todas sus fuerzas para enfrentar a Bolívar y sale directamente de donde se encuentra, El Pao, hacia Valencia para ahí mismo, en las sabanas de Carabobo, establecerse para el enfrentamiento que se avecina. La decisión de los ejércitos enemigos ya estaba tomada: aquel lugar, aquellas arenas soleadas, amplias, serían el lugar para dar la batalla determinante.

Era un lugar sagrado para la gesta revolucionaria venezolana, pues allí había tenido lugar el llamado Sitio de Valencia en los meses de junio y julio del año 1814, donde los venezolanos habían salido victoriosos ¿Querían dar de nuevo la batalla en el mismo paisaje, en la misma tierra? ¿Querían quizá una venganza por un triunfo que los atormentaba? Aquello tenía todos los rasgos de un acto de arrogancia por parte de los españoles. Pues ahí mismo La Torre se puso a esperar divisiones de ayuda provenientes de Araure, dando así a sus contrarios una ventaja ¿Estaban conscientes de ello, o sólo era un ardid? Ahí se quedaron, sin hacer ningún otro movimiento, mientras Bolívar estaba aguardando en San Carlos la incorporación de otros cuerpos a su ejército. Los campamentos de uno y de otro se hallaban distanciados por unas once leguas aproximadamente, y la gente, al pasar cerca de ahí, podía ver con claridad cada uno de estos campamentos, que en cualquier momento iban a entrar en choque.

Capítulo VII
Batalla de Carabobo

1

A comienzos de junio se produce un suceso digno de espectáculo: José Antonio Páez llega con un ejército desde Achaguas hasta San Carlos con un contingente de mil quinientos jinetes, mil infantes, dos mil caballos y cuatro mil novillos como aporte al ejército de la patria. Poco a poco comenzaron a incorporarse las divisiones de Urdaneta y Carrillo. Bolívar entonces estaba sumido en una espera que parecía interminable, y metido en una nube de recuerdos, y al presenciar la llegada de Páez su espíritu militar se aviva, se prestó a recibir a todos aquellos que van donar sus esfuerzos para avanzar sobre el enemigo. El ejército crece, se organiza, y Bolívar contempla con orgullo todo el contingente de hombres, armas y bastimentos. Primero arriba Bermúdez, después José Laurencio Silva, y así, sigue recibiendo la llanura de Taguanes a hombres que suman seis mil soldados, a quienes da ánimos y bríos, pasando revista a todos ellos, con el pecho inflamado de orgullo.

Los oficiales y soldados vistieron sus mejores ropas; a Bolívar se le aguaron los ojos de emoción presenciando todo aquel desfile de dignidad en aquellos hombres, que durante tantos años habían luchado por su emancipación: estaban allí puntuales cumpliendo con su deber. El sol inclemente caía sobre los sables, las banderolas, las divisas, las bayonetas, los botones dorados de los uniformes, los penachos de colores, las banderas, las bandas marciales de los batallones que dejaron oír sus acordes mientras se efectuaba aquella marcha popular, que tantas veces les infundió ánimos para lograr la victoria; los ecos de aquellos arpegios

vibraban en al aire de aquel grito popular, que repitió su eco por todo el ejército:

—¡Viva la libertad! —se elevó el gran coro de voces recias.

Al oír esto Bolívar contuvo como pudo sus lágrimas, orgulloso. Bien había valido la pena aquel esfuerzo para luchar ahora por la victoria de nuestro pueblo, de nuestro país y quizás de nuestro continente, libres todos algún día no muy lejano. Luego, al lado de sus oficiales y generales, se dio a la tarea de componer el ejército en divisiones bien definidas. Estas eran:

Primera División; General de División José Antonio Páez, compuesta por:

Batallón Bravos de Apure, Teniente Coronel Juan José Conde.

Batallón Cazadores Británicos, Coronel Tomás Farriar.

Regimiento de Caballería Honor, Teniente coronel José Cornelio Muñoz.

Regimiento de Caballería Muerte de Guasdualito, Coronel Juan Pablo Burgos.

Regimiento de Caballería Venganza de Mantecal, Coronel Juan Briceño.

Regimiento de Caballería Cazadores Valientes de Apure, Teniente Coronel José María Angulo.

Escuadrón de Caballería Húsares de Apure, Coronel Guillermo Iribarren.

Regimiento de Caballería Guías de Apure, Teniente Coronel Facundo Mirabal.

Los escuadrones llaneros estaban dotados de mil quinientas lanzas llevadas por los mismos héroes de Mucuritas, la Mata de Miel y Las Queseras: ahí estaban otra vez Mellado, Figueredo, Iribarren, Gómez, Muñoz Tebar, Bravo y Pedro Camejo, conocido también como «Negro Primero».

Segunda División; General de División Manuel Cedeño integrada por:

Batallón Tiradores, Teniente Coronel Rafael de Las Heras.

Batallón Boyacá, Teniente Coronel Ludwig Flegel.

Batallón Vargas, Teniente Coronel Antonio Gravete.

Escuadrón de Caballería Sagrado, Coronel Francisco Arismendi.

Tercera División; Coronel Ambrosio Plaza:

Batallón Rifles, Teniente Coronel Arthur Sandes.

Batallón Granaderos de la Guardia, Teniente Coronel Juan Pantaleón.

Batallón Vencedor de Boyacá, Coronel Johannes Uslar.

Batallón Granaderos de Colombia, Coronel Francisco de Paula Vélez Carbonell.

Batallón Anzoátegui, Teniente Coronel José María Arguindegui.

Regimiento de Caballería Guardia de Honor, Coronel José Rondón.

Esta división recién había llegado de combatir en Santa Marta y Cartagena, al mando de Arthur Sandes.

A todas estas divisiones Bolívar las visitó una por una, mirando a los ojos de cada uno de los generales, oficiales y jefes, estrechándoles las manos y transmitiéndoles confianza, uno a uno. Los soldados veían a Bolívar con respeto y admiración y él les correspondía con una mirada penetrante, una palmada en el hombro y un apretón de manos a través de los cuales les comunicaba lo mejor de sus sentimientos.

Bolívar era un hombre delgado y de baja estatura, pero su personalidad moral e intelectual se elevaba por encima de su ser físico, caminaba con reciedumbre y nunca daba traspiés; a veces se quitaba el sombrero para que el viento lo refrescara y para estar más despierto, aunque el sol estaba recio, los rayos caían implacables en aquella llanura pelada por donde se deslizaban lagartos, culebras y bichos de toda especie.

La presencia de los caballos constituía un espectáculo aparte: las bestias bufaban y sus ojos saltaban de sus órbitas enormes, los párpados de los potros, yeguas y mulas se abrían y cerraban con mínimos movimientos, con esa ternura peculiar de los caballos, animales sin cuya presencia los seres humanos eran

casi nada, y le otorgaban a la lucha un sentido completo, como si fuesen presencias enviadas por dioses para ayudar a hombres y mujeres a hacer el mundo más llevadero: símbolos inefables de designios aun no conocidos.

Bolívar se reunió luego con los oficiales para trazar las primeras estrategias, adjudicándole a cada uno de ellos sus responsabilidades. El general Mariño era jefe de las provincias de Oriente; el coronel Briceño Méndez era secretario de guerra y fungía como jefe del Estado Mayor General del ejército: el coronel Andrés Ibarra sería el edecán del Libertador. También estaban ahí el general Juan José Conde; los comandantes Ibáñez y Umaña, mientras que el capitán O`Leary cumplía funciones de ayudante de campo. Bolívar no podía recordar el nombre exacto de cada uno de los soldados, pero a vuelo de pájaro distinguió a Acevedo, Calderón, Briceño, Andrade, Meyer, Flinter Asdown, Minchi, Day Gonell, Alcántara, Sagarzasu, Celis, Zárraga, Rangel, Arráiz, Ramos, Melián y Flores.

En el bando contrario el ejército, comandado por el general Miguel de La Torre, estaba compuesto de la siguiente manera:

Escuadrón del General; Teniente Coronel Jacinto Perera.

División de Vanguardia (Refuerzo del flanco); Brigadier Francisco Tomás Morales.

Batallón expedicionario Burgos, Teniente Coronel Joaquín Dalmau.

Batallón del país Cazadores del Infante Francisco de Paula, Teniente Coronel Simón Sicilia.

Regimiento de Caballería Húsares de Fernando VII, Teniente Coronel Ramón Calderón.

Regimiento de Caballería Lanceros del Rey, Teniente Coronel Tomas de Renovales.

Primera División; Teniente Coronel Tomas García:

Batallón expedicionario 1.º de Valencey, Teniente Coronel Andrés Riesco.

Batallón expedicionario Barbastro, Teniente Coronel Juan Nepomuceno Montero.

Batallón expedicionario Hostalrich (Refuerzo del flanco), Teniente Coronel Josef Isturiz.

Quinta División; Coronel José María Herrera:

Batallón del país Príncipe, Teniente Coronel Diego Fragoso.

Escuadrón de Caballería Cazadores de Guías del General, Teniente Coronel Domingo Loyola.

Regimiento de Caballería Dragones Leales a Fernando VII, Teniente Coronel Antonio Gómez.

6º Escuadrón de Artillería Volante (dos piezas); Capitán Inocencio Mercadillo.

***

El ejército patriota desfiló hasta horas de la noche; horas que transcurren lentas, como si las mordieran las sombras, como si las tinieblas las azuzaran para que fluyeran raudas, y dejaran ver el esperado día de la gran batalla.

El día despuntó en medio de una enorme brisa, que arrasaba a su paso con mogotes de paja y ramas secas, cenizas, virutas formando pequeños remolinos en los patios; las lagartijas corren a ras de tierra y se encaraman en los yabos, cujíes y dividives; por allá un grupo enjuto de cardones parece implorar algo al cielo; las ventiscas baten un polvillo que se mete en todas partes, hasta en los ojos de los soldados, emitiendo soplidos que hacen sonidos agudos, como minúsculos silbidos que vuelan hacia los oídos de los soldados.

El ejército se va poniendo en movimiento. Los soldados dejan en el campamento los equipajes para ir a buscar las armas; van recorriendo las distancias que separan una llanura de la otra, y parecen no experimentar ningún temor, más bien la llanura los incita, los llama a la pelea. Los caballos relinchan, las mulas se encabritan. Los hombres del ejército patrio ya conocen ese terreno; han ganado batallas ahí y se sienten por ello más seguros. Al irse incorporando más y más soldados, empiezan a dar vivas, a proferir gritos de alegría acompañados de muecas grotescas o cómicas, como si estuvieran en medio de una representación concebida de

antemano por la historia, o como si la historia se hiciera o se escribiera por sí misma, con sus propias leyes indescifrables.

Unos entonan coplas cantadas a sus pasados héroes, a los triunfos que habían tenido antes, y con ello se daban ánimo; el pueblo siempre ha sabido ingeniárselas para comunicarse la fuerza y el orgullo, como si estuviesen celebrando un triunfo anticipado con gritos de contento, gastándose bromas entre ellos en un lenguaje cifrado, con modismos y dichos que sólo el pueblo puede comprender.

***

Miguel de la Torre distribuye sus fuerzas de modo que cubran al oeste el camino a San Carlos, y por el sur el del Pao. La primera línea defensiva de los realistas va a ser dirigida por el teniente coronel Tomás García, organizada en tres batallones principales: el primero, Valencey está a cargo del teniente coronel Andrés Riesco, por el sur, mientras a la derecha se sitúa el batallón Hostalrich comandado por Francisco Illas, más dos piezas de artillería colocadas en una altura delante de la línea formada por Valencey y el Barbastro. En la vía El Pao los realistas colocaron a la dirección de vanguardia, comandada por el brigadier Tomas Morales, quien contaba con dos batallones principales y de reserva. El batallón primero del Infante, a cargo del coronel Simón Sicilia, y detrás de ella se situó un batallón llamado el Príncipe, mientras la reserva quedó integrada por cuatro regimientos del batallón Burgos, cerca del Cuartel General realista.

Por su parte, Bolívar reorganizó su ejército en tres divisiones, la primera a cargo de José Antonio Páez formado por los batallones Bravos de Apure comandada por Francisco Torres, y el batallón inglés conformado por Cazadores Británicos comandados por Thomas Farriar, y siete regimientos de caballería, y la segunda División a donde iba a la cabeza Manuel Cedeño, constituida por los batallones Tiradores bajo el mando del polaco Ludwig Flegel, y Vargas, conducida por el coronel Antonio Gravete; una tercera caballería bajo las órdenes de Ambrosio Plaza, está constituida por cuatro batallones. Rifles; Granaderos de Colombia, a donde iba

Francisco de Paula Vélez; uno llamado Vencedor dirigido por el coronel alemán Johann Von Uslar; y el Anzoátegui comandado por el coronel irlandés Arthur Samdes.

El día de la batalla, Bolívar arrojó una mirada de reconocimiento para ver cómo se habían ubicado los realistas y concluyó que su posición por el frente y por el sur era inexpugnable, y que más bien avanzaran sus divisiones por el flanco derecho, que estaba descubierto, con el fin de desbordar el ala izquierda de sus contrincantes, mientras la división de Plaza continuaba por el centro en posición de ataque.

Después de haber estudiado bien la estrategia para la batalla, Bolívar determina con precisión las características del terreno donde se va a librar la lucha. Para llegar a éste terreno, se debía pasar primero por varios obstáculos naturales que se convertían en inconvenientes de primera magnitud: complicadas quebradas situadas en una sierra, llamada la Serranía de las Hermanas, y luego penetrar por un desfiladero llamado Buena Vista, donde desde el punto de vista de Bolívar, se podía contener a todo un ejército, para luego tomar un camino muy tortuoso poblado de bosques de zarza.

El general español La Torre se fijó en aquellos detalles del terreno por donde debía avanzar para acceder al sitio de la batalla, y entonces Bolívar le dejó libre la vía, conformándose con defender la entrada del llano. La Torre, entonces, cayó en la celada. El general español venía de defender un destacamento en Tinaquillo, por lo cual decidió concentrar allí todas sus fuerzas. Se replegaron todos allí y entonces nuestro ejército patriota pudo ver el despliegue completo de sus contrarios. Fue así como de súbito se escuchó un enorme alarido colectivo, surgido de la garganta de nuestros soldados, cuyos ecos llegaron a los oídos del ejército enemigo, un grito al unísono de seis mil combatientes, que signó para siempre aquel trascendental momento.

Mientras tanto, Bolívar estudiaba la situación del enemigo, analizando los detalles de la posición que ocupaba la llanura de Carabobo, la cual se ofrecía como una gran extensión a una distancia de seis leguas de la ciudad de Valencia. Por ahí mismo hay también otro camino que conduce a San Carlos, mucho más

lejos, y más adelante, hacia el oriente, otra ruta conduce hacia al Pao. Ambas despegan de Carabobo, pero primero hay que arrasar la planicie repleta de matorrales intrincados, donde serpentean también pequeñas colinas. El acceso hasta allí es arduo, pero ese trabajo hay que hacerlo, pensó Bolívar, es ineludible, ya La Torre se habrá dado cuenta de eso. De hecho, Bolívar más tarde se apercibió de que los regimientos de La Torre se disponían escalonadamente, para poder apoyar sus artillerías.

Los oficiales venezolanos podían apreciar bien los regimientos del ejército contrario: sus batallones y escuadrones de húsares. Sus carabineros reforzaban las líneas tras de las cuales se hallaban otros regimientos, como el Burgos y el resto de su caballería. Al fondo de la planicie, se divisaban las tiendas de campaña y el parque donde habían puesto sus provisiones. Bolívar y el resto de los generales patriotas consideraban que el enemigo tenía un plan bien trazado, que La Torre y todos los jefes españoles confiaban en la superioridad de su poderosa infantería, que desea salir a combate en el terreno, y así sacáramos la totalidad de nuestras armas, para batirnos de una buena vez, ya que carecíamos de una artillería. Entonces, en ese sentido, nos llevaban ventaja.

Sin embargo, La Torre ya había desmembrado en una ocasión a su ejército para ir en busca de un auxiliar suyo, que estaba varado en San Felipe, el coronel Lorenzo. Pero de cualquier modo nos superaban en número, con más de cien mil combatientes y segmentos bien organizados. El ejército venezolano alcanzaba una cifra similar, pero ellos estaban mejor resguardados por las colinas y podían accionar la artillería primero que nosotros, razón por la cual nos veíamos obligados a llegar al campo de batalla antes que ellos.

El Libertador tenía una duda a este respecto: no sabía si forzar las fuerzas contrarias a colocarse en el frente o retardar la operación, una vez ubicados los diferentes cuerpos de batalla; o si, por el contrario, La Torre esperaba un primer ataque de Bolívar, y ante esta dubitación Bolívar tenía que decidir una de las dos: entonces decidió envolver al enemigo por uno solo de los flancos, asumiendo todas las consecuencias de esta acción, responsabilizándose de los peligros que esto conllevaba. Ahora lo

urgente era acercarse a la posición enemiga, intentando ganar el camino de un bosque situado al oeste de la vía hacia San Carlos, cuya entrada no estaba tan lejos del terreno principal, defendido por el ejército realista. Había entonces que atravesar el pequeño bosque, para poder llegar hasta la cima de una colina donde también estaban aguardándolo las fuerzas enemigas; en fin, no había otra salida que la de seguir por ésta sin ninguna protección, hasta penetrar por el cauce de una quebrada angosta y pedregosa, que dificultaba el acceso al llano.

Entonces la división de José Antonio Páez asume el reto de internarse por esta trocha, mientras el resto del ejército amenaza de frente las posiciones de La Torre. Se produce en este momento el primer fuego de la batalla: la artillería realista dispara sobre la primera división. La batalla está por comenzar.

Páez continúa adentrándose por la trocha, venciendo todos los obstáculos que se oponen a su marcha, mientras que los otros cuerpos de soldados permanecen en el camino principal, cuidándose de los nuevos ataques del enemigo. Los generales Plaza y Cedeño aguardan el momento oportuno, listos, con los sables en sus manos, para precipitarse al frente de sus respectivas divisiones y dar inicio al combate.

Simón Bolívar, desde su caballo Palomo Blanco, sigue atento a los movimientos de Páez a través de aquel dificultoso terreno. En un momento de suma expectación, no obstante, permanece sereno, confiado en sus hombres aguerridos y aguardando el momento justo para moverse con sus tropas. El tiempo pasa, lento, cada segundo se alarga; cada minuto late entre la sístole y la diástole de los soldados; el tiempo mismo se convierte en un campo de batalla: ya no existen segundos o minutos sino una palpitación crispada ante la cual hay que tener nervios de acero. Cuarenta, cincuenta, sesenta minutos han transcurrido, que no se parecen al tiempo medible.

Ahora, por fin, se escuchan a lo lejos los fuegos de la artillería realista, inconfundibles, tronando profundamente. Bolívar debe aguardar aún más. Los soldados están impacientes, muchos de ellos no entienden el porqué de tanta espera. Ya casi es mediodía, y una quietud parecida al desasosiego se apodera de todo. Bolívar

confía en Páez, en su fortaleza para las acometidas de vanguardia. Siguen los rugidos de los cañones, continúa el estrépito de las descargas enemigas, y más allá de estos sonidos graves se percibe un ruido como cortado a trozos, un murmullo de voces creciendo poco a poco que se hace más vivo y crece, crece, se dilata, aumenta hasta mezclarse a una energía electrizante, emotiva, que celebra otra victoria de Páez al frente de la vanguardia. Entonces los soldados vitorean, lanzan exclamaciones de triunfo. Justo en ese momento Bolívar da la orden a las divisiones de Plaza y Cedeño de abalanzarse para que tomen la trocha abierta por Páez y vayan a sumarse a los combatientes triunfadores. Se había logrado proteger la entrada a la llanura. Los habíamos tomado por sorpresa una vez más.

Pero La Torre no se rinde: ahora es cuando hay batalla por librar; entonces el español cambia las posiciones de su ejército, colocándose él mismo a la cabeza del batallón Burgos para ir velozmente a quitar a Páez de la entrada, que es muy angosta. Entonces Páez, delante de su batallón Apure marcha de nuevo a la vanguardia por el cauce de una quebrada, mientras el enemigo hace fuego sobre él buscando reducir su marcha, permanece varado ahí por unos instantes avanzando solo a pasos cortos, y sin poder contestar el fuego por carecer de frente; pero ahí va, usando sus artimañas, junto a su coronel Torres y sus hombres. Tampoco cuenta con la opción de retirarse, pues tiene en frente suyo al ejército español, ve cómo los batallones de ese ejército Barbastro y Burgos vienen al refuerzo mientras el batallón venezolano les hace frente, le responden con fuego cerrado. El batallón Apure se defiende del batallón Burgos cruzando bayonetas y rechazándolo; es atacado por segunda vez por los batallones Hostalrich y Barbastro y así permanece en un vaivén de ganar y de perder altura, no se sabe qué puede pasar, pero insiste en vencer sin saber a ciencia cierta si puede lograrlo. Es una lucha dura, encarnizada, donde las dos líneas de hombres se confrontan en una sola, se anudan con furia, las bayonetas se cruzan, caen soldados de lado y lado; llegado un momento se han acabado las municiones de ambas partes y entonces se caen a culatazos, a puños, a cachetadas, nada puede contener la cólera de los hombres. Páez está desesperado, los hombres se han desalentado por completo y no

se sabe qué puede suceder; los hombres del batallón Apure pierden terreno, reculan, se pierde la estructura de combate; en ese instante justamente hacen aparición, los hombres de la Legión Británica organizados por el coronel Farriar, que de inmediato se interpone entre ambos batallones enemigos que, ya exhaustos, se van disgregando y yéndose a otros sitios.

Poco después el mismo regimiento entraría en lucha, se propone fijar su línea de batalla usando el típico método inglés del orden: reposado, consciente, calculado. Entonando su marcha al ritmo de sus flautas hijas de su antigua Sajonia, la vieja Inglaterra, una melodía envolvente, maravillosa, que habla de antiquísimos triunfos. Ya los españoles han abierto fuego y los ingleses siguen impertérritos llevando el estandarte venezolano, que en este momento se convierte en un símbolo de esta epopeya. La Torre ha ordenado disparar sobre la legión británica toda su furia, como si quisiera vengarse de aquel país, pero el coronel Farriar no parece dispuesto a permitirlo; no les da tregua y entonces se apea del caballo y les dice a sus hombres que arrojen al suelo sus morrales, les ordena que adopten la posición de rodilla en tierra.

—¡Rodilla en tierra! —grita Farriar.

Entonces los soldados ejecutan la orden con admirable precisión: de ahí en adelante la legión inglesa ejecuta su rol de muralla contenedora, de fortaleza inexpugnable. Aunque las balas enemigas caen sobre ellos y los aniquilan, parecen convertirse al mismo tiempo, por una suerte de transfiguración, en una montaña de cimientos humanos. Los nuevos soldados que se acercan a disparar lo hacen con mayor furia, aun sabiendo que la muerte les ha llegado. El coronel Farriar les grita:

—¡Firmes!

Pero al momento, cae muerto.

Varios comandantes toman el cuerpo inerte de Farriar, pero no pueden evitar ser abolidos, una y otra vez. Aquella acción no ha resultado en vano, pues, pues los movimientos de la Legión Británica han servido para que el general Páez pueda organizar a su regimiento Apure y lo conduzca de nuevo a la pelea, a objeto de construir nuevas ventajas para la batalla. Se une Páez entonces a las otras dos compañías Tiradores —encabezada por Heras— y

adelantarse también a la División que ha de tomar parte en el combate, y entonces Apure va a juntarse a los ingleses justo cuando Páez les ha ordenado cargar otra vez las bayonetas.

El joven capitán inglés Milchin recibe directamente la orden de José Antonio Páez. Milchin en ese instante parece haber resucitado de entre sus hermanos ingleses para actuar y acometer con arrojo la orden impartida. Continúa la batalla hasta que sucesivos oficiales británicos yacen en el campo. Pero no todos han caído. Muchos de ellos han sobrevivido y vuelven a incorporarse, prosiguen en el ataque, pero más adelante van siendo abatidos hasta que la mitad de ellos caen al suelo, yertos.

Entonces los tres regimientos que vienen al rescate La legión británica, Apure y Tiradores avanzan al unísono con las bayonetas dispuestas: disparan con furia, hacen fuego, y así continúan los disparos como zumbidos gigantescos, causando estragos en ambas partes. Mientras esto tiene lugar en el seno de la infantería, un grupo de jinetes del regimiento de Páez, a donde corre el coronel Muñoz a la cabeza, llegan directamente a hacer frente a los Húsares de Fernando VII y a otros llamados Los Carabineros de la Unión a quienes el general La Torre ha ordenado que ataquen la línea izquierda de nuestro cuerpo, que se hace efectiva y hace mucho daño y a la cual se suman los demás cuerpos del ejército español. Van con tanta furia, que Páez no puede oponerles demasiada resistencia con las armas de fuego, viéndose obligado a utilizar sus terribles lanceros. Al producirse el patético enfrentamiento, hace salir también a las bestias, los caballos y mulas que corren asustados en estampidas; unos solos, sin jinetes y otros conducidos por todos los jefes y oficiales de su plana mayor. Se precipitan contra el ejército enemigo a rienda suelta, desbocados, como si los caballos también tuvieran voluntad militar y comprendieses todo cuanto ocurría en la llanura sangrienta, bufan y relinchan, abren los ojos desorbitados, allá van, enfrentados a la caballería enemiga en un violento encontronazo que produce un estrépito inmenso y se funde a la atmósfera, al aire trepando por los cielos, la luz del sol espléndida, como si hiriera el espacio. Es un momento decisivo que define el rumbo de cada uno de los dos bandos y se queda estampado en los gestos de los soldados, impregna la expresión de sus caras, pues

la sangre ha manado a borbotones de sus cuerpos y los cadáveres tapizan el terreno de Carabobo y se acrecientan aún más, cuando algunos de los hombres de la infantería se incorporan del suelo para ver lo que sigue ocurriendo ante sus atónitos ojos, cuando toda la atmósfera, turbia de tierra revuelta, huele a pólvora y los bojotes de ramas arrastrados por el viento se unen a la sangre, el sudor de las bestias, y los alaridos de dolor van describiendo un aterrador panorama. De pronto se construye un silencio inquietante, una mudez trágica que emerge del paisaje, cuando el sol cae como un inmenso cuchillo implacable sobre la humanidad de los soldados vivos, y los soldados muertos.

Páez reacciona ante este panorama infernal para hacerse de su caballería, que ha salido a la llanura y quiere estar con sus hombres para darles ánimos. Son momentos de confusión coronados por gigantescas humaredas, nubarrones de polvo desde donde Páez ve salir, detrás de una gran nube de tierra negra, a la figura del teniente Pedro Camejo, el «Negro Primero», uno de sus mejores hombres, que galopa con bríos hacia donde se encuentra Páez, pero el general llanero advierte que el caballo de Camejo va perdiendo velocidad, aprecia que el trote se hace más lento, los pasos de la bestia son cortos y las riendas caen de las manos de su jinete; a medida que se acerca con paso lento, Páez ve que la cabeza de Pedro Camejo está herida y de su nariz fluyen chorros sanguinolentos que manchan la piel del caballo y la cabalgadura, destilando hacia la tierra. Camejo tiene los pies calzados en los estribos; su cuerpo se bambolea sobre la silla, pero no cae; el caballo ahora no corre, apenas trota; entonces el general Páez sale a su encuentro.

—¿Qué ocurrió Negro Primero? ¿No quedan enemigos? —pregunta Páez como si a Camejo no le ocurriera nada, una pregunta puramente militar para levantarle la moral.

El caballo de Camejo se detiene, el cuerpo de Pedro se balancea en la silla, en la mano derecha aun sostiene la lanza de guerrero, abre los ojos por un momento, arroja la lanza a tierra, desgarra su camisa con ambas manos para mostrar su pecho donde las graves heridas están abiertas, y nada de esto le impide articular sus últimas palabras dirigidas a Páez.

—¡Mi general! ¡Vengo a decirle adiós…! ¡Porque estoy muerto!

Caballo y jinete caen sobre el suelo, levantando una nube terrosa que va disipándose poco a poco, hasta dejar ver a los llaneros que se acercan haciendo gestos de triunfo, mientras los escuadrones españoles huyen como si hubiesen visto al mismísimo diablo.

Páez observa el cuerpo inerte de su amigo; su mente atrapa fragmentos de imágenes de lucha, de amistad, de combates, atrapa su semblante recio de hombre de pueblo, de la noble raza negra, de los indestructibles africanos que han sabido resistir los embates de la esclavitud, sojuzgados cientos de años por la supremacía blanca, y vendidos como mercancías para el trabajo duro y ahora se rebelan contra la opresión, cuando la historia escrita por los ganadores da un vuelco inesperado y ellos obtienen una migaja de libertad, y se libran así del oscurantismo occidental y ven esplender la luz de su justicia muy de vez en cuando; en una de esas oportunidades el gran Pedro Camejo llegó a simbolizar todo aquello para sus compañeros, para los criollos, para los indios, para los mestizos y para los blancos de orilla e incluso para los de extracción mantuana como Bolívar, que tomaron conciencia de las atrocidades de la esclavitud, para darles a los negros la oportunidad de expresarse, de vivir, de respirar libres, de tener sus familias y de compartir de igual a igual con sus semejantes.

Páez, furioso, se yergue y mira en derredor como buscando una respuesta inmediata al dolor que le ha embargado por la muerte del gran soldado. Monta de nuevo su caballo y se pone al frente de su regimiento para embestir contra los Dragones y los Húsares del ejército enemigo, el cual huye desconcertado ante tal iracundia; los lanceros del general español Morales se baten en retirada en cuanto ven al centauro de los llanos arremeter contra ellos, como un demonio de otro mundo.

«El general Bolívar es un genio de la estrategia —piensa Páez—, ese señor hasta habría pensado los movimientos que yo estoy haciendo ahora en la batalla, ni yo mismo me imaginaba cuan furioso podía reaccionar ante la muerte de Pedro Camejo, y que los generales españoles iban a huir como unos conejos». La

enorme cantidad de caballos que había llevado Páez obstruyen ahora la entrada de la vereda donde se hallan internados, impidiendo el paso de nuevos escuadrones de patriotas.

***

Había tenido lugar el primer triunfo de la batalla de Carabobo, logrado el primer objetivo. En vista de ello, Bolívar ordena a Plaza y a Cedeño no continuar por el camino que llevan, si no romper las densas malezas y seguir hasta las colinas, para darle a Páez más seguridad de su primera victoria. Ya La Torre no cuenta con su caballería, y los batallones patriotas retroceden de improviso y de manera táctica. La Torre continúa dando órdenes que sus soldados se niegan a cumplir, debido al temor que sienten de dirigirse a una muerte segura. Les suplica les grita, les ordena.

—¡Adelante soldados, a la batalla! —grita La Torre.

Pero los soldados no se deciden, el miedo los paraliza. Pese a sucesivas insistencias del general, no logra infundir ánimos a sus hombres. Se esfuerza el batallón Hostalrich pero rompe sus filas y huye, fuga que tiene consecuencias negativas en el resto de los suyos, pues el batallón Burgos también se niega a cumplir la orden, dudan, dan vueltas desordenadas, los caballos se agitan y relinchan de espanto, hasta que son blanco fácil para el ejército comandado por Bolívar.

Mientras tanto, en el otro bando, el regimiento Infante de los españoles se ve confrontado por el coronel Juan Uslar y por Arturo Sandes, ambos al mando de sus batallones, Granaderos y Rifles respectivamente, los cuales se internan al trote por una ruta diferente a la de la Primera División, las cuales marchan presurosas a rescatar a sus compañeros, llenos de confusión.

Entonces ocurre la primera gran debilidad del ejército español, y ello es aprovechado para que entre en acción decidida la Tercera División venezolana, que desea a toda costa tomar parte de la batalla, aunque ha llegado a destiempo, cuando todo está por terminar, y se lanzan al campo buscando algo de gloria, sobre todo al ver que los batallones españoles Barbastro y Valencey ya están declinando en las luchas, y se ven de inmediato atacados por

un grupo de soldados: Valencey retrocede y Barbastro se rinde. Ambrosio Plaza se halla presente en la refriega junto a Páez, y es él quien cae abatido por una bala postrera que le estaba destinada. Su muerte sella la victoria y los soldados proclaman el triunfo.

—¡Cayó Barbastro, cayó el ejército español! —gritan los soldados nuestros.

Y el ejército extranjero se retira en medio de un rugido inmenso, aun no podían creer que hubiesen sucumbido ante las fuerzas de los hombres guiados por Bolívar, Páez y todos los generales y coroneles de los regimientos que habían conducido tan admirablemente aquel contingente de venezolanos y de aliados de todas las regiones del país, y otros del extranjero, a entregarse por completo a la independencia de Venezuela.

Bolívar y Páez proclaman su triunfo en medio de la aclamación de sus hombres, y van bajando lentamente a la llanura, una vez decidida la batalla. Bolívar y Páez se acercan y abrazan reciamente, y el ejército se empina en un solo clamor por la Independencia:

—¡Venezuela libre! ¡Viva la patria!

—¡Gloria a Bolívar! ¡Gloria a Páez!

—¡Honor al Negro Primero, vivan Farriar y los demás caídos! ¡Viva la revolución!

Seguían dando vivas a Ambrosio Plaza y a muchos otros soldados caídos en el campo de batalla. El sueño de independencia debía continuar. Los venezolanos habían mostrado su coraje y su inteligencia. Ahora tenían que dar la batalla de las ideas, de las leyes y de los valores. Había que crear una ciudadanía civilizada. Todas las regiones del país debían sumarse para configurar un nuevo mapa, una nueva geografía moral y espiritual. Las nuevas ideas bullían en el cerebro de Bolívar como luces en la conquista de nuevos espacios en los países hermanos, donde las oligarquías apoyadas por la corona española tenían sometidas a esas sociedades. De todo ello era consciente Bolívar. Ahora debía organizar nuevas entrevistas con sus hombres de confianza, con Francisco de Paula Santander en Colombia, y sobre todo con el joven mariscal Antonio José de Sucre que estaba en Quito, y amaba como si fuese su hijo.

2

En las filas del ejército hispano los hombres se revuelven en desorden, los regimientos están abatidos por una fuerza que ha surgido de una potencia casi sobrenatural; los generales Morales, Piñango y Manrique deponen sus armas y La Torre es presa de la fatiga: todos escuchan las dianas del ejército vencedor, lleno de júbilo. Pero hay también una dignidad en la derrota, escuela para la reciedumbre, columna para corregir técnicas para el enfrentamiento que vienen siendo heredados de los ejércitos de Europa: ingleses, franceses, alemanes, españoles e italianos que han peleado por mar y tierra. De ellos deben sacarse las conclusiones más exigentes para el arte de la guerra, en medio de aquella derrota, que es también emblemática, surge un hombre, un soldado, un individuo aguerrido que encarna la dignidad de España: se trata del coronel Tomás García, quien había aparecido como un fantasma gritando su nombre, haciéndose escuchar por todos. Sus compañeros le nombraban «El Moro» por el color oscuro de su piel. Tiene un carácter áspero, severo. Era el mismo que hacía poco había ordenado a sus soldados hacer un alto. Estos obedecieron y el regimiento logra pasar una cantidad enorme de fugitivos del ejército de Páez, para después formarse en cuadro con sus hombres, mientras es acosado por los soldados venezolanos que están dispuestos a destrozarlo. Él, entonces, emprende la retirada en plena llanura, sin un ápice de cobardía.

Tomás García se desplaza con los suyos entre una línea de bayonetas que constituyen una barrera humana, dispuesta a hacerle frente a todo en nombre de la bandera española donde hay mucho de dignidad, pues la guerra no se mide sólo por la valentía y el arrojo, sino también por la dignidad de la lucha cuerpo a cuerpo, de la defensa de los ideales humanos sean cuales fueren, y Tomas García sale entonces a representar esa dignidad en el postrer momento de la batalla, surge como una suerte de símbolo de su país y de su pueblo y ello lo han reconocido Bolívar, Páez y los demás generales patriotas, que aun celebrando su victoria contemplan el campo de Carabobo como el depositario de

más muertes y sangre, la llanura queda como una imagen grabada en los anales de la historia patria. Tomás García a la cabeza del batallón Valencey, hizo revivir la batalla superando la fuerza física, y está dispuesto a seguir la lucha enfrentándose a los jinetes de Apure, que le responden con la braveza del caso: detonan las armas y las balas cumplen sus cometidos y la sangre fluye de lado y lado, las pieles se rasgan y dejan ver toda su trágica rojez, su dolor, un inmenso padecimiento que abre la boca como un monstruo atroz; la iracundia de ambos cuadros se desgrana de nuevo en el terreno, y vuelven las lanzas a acometer su destino: el avance de los lanceros consiste en atacar y chocar con firmeza, hasta hacer retroceder, ganando una distancia que permite ir a una nueva embestida con mayor violencia, y ese proceder no lo conocen los españoles, pues es propio de los guerreros criollos que han aprendido en su tierra, estimulados por necesidades concretas donde participan mujeres, jóvenes, niños: en cada lanza hay una esperanza de libertad, en cada punta que se clava hay una resistencia heroica donde se acumula un ímpetu de justicia; cada vez que un lancero se empina sobre un caballo desnudo y emite su grito desgarrador, hay una esperanza de libertad.

Ante esto, el bravío Tomás García se repliega, no puede hacer nada, sus hombres caen y sus jinetes huyen, la tierra queda manchada con su sangre. Los españoles huyen precipitadamente por el llano y arriban al peligroso terreno que los conducirá a Valencia, para poder ir a esconderse en los bosques y salvar sus vidas; intentan reponer fuerzas para armar otra artillería, otros cañones que en Valencia aguardan.

En poco tiempo lo logran, y se preparan a una nueva embestida más terrible: al ponerse en movimiento las líneas de los jinetes llaneros, éstas se cruzan con los grandes cuchillos de las bayonetas españolas y los soldados venezolanos deben soportar el fuego de los experimentados iberos, los inmensos disparos que se ejecutan desde un bosque y obligan a los nuestros a saltar sobre enormes zanjas y charcos y a quebrar y destruir malezas intrincadas, trepando, avanzando, los caballos se hieren en las patas, se confunden y relinchan y de súbito comienza un tronar en los cielos: el estrépito producido en la atmosfera anuncia una lluvia

que cae sin piedad sobre el llano, dificultando aún más la acción de los hombres; entonces el agua hace aún más profundos los charcos y pantanos, se forman pequeños arroyuelos en la tierra que hace que los pantanos impidan el desplazamiento oportuno de las bestias, los animales resbalan, caen, se levantan, vuelven a caer pero la lucha sigue, no puede detenerse, debe continuar a toda costa, hombres y caballos se confunden en un solo movimiento animal que teje su accionar con los truenos y la lluvia, el paisaje, los cielos poco a poco van despejándose como si alguna deidad desconocida dictaminara estos sucesos, impartiendo órdenes supremas desde el más allá, desde un designio cósmico, los venezolanos y españoles dejan ver una lucha como nunca antes se había presenciado, o como nunca antes se había concebido o alguien pudo imaginar, un destino que debía cumplirse porque sí, para que fuese presenciado por un juez universal.

Los soldados criollos se dan perfecta cuenta del papel que están cumpliendo en aquella refriega, y avanzan y deponen a punta de lanzas y embestidas toda la artillería del batallón Valencey y se van sobre ellos asumiendo el todo por el todo, ya no hay vuelta atrás, los destinos que van a cumplirse sean cumplidos. Atizados por un frenesí inédito, se les van encima; siguen los cañones españoles escupiendo fuego y las bayonetas tiros: caen muchos de los nuestros con estos terribles disparos y van rodando por la tierra mojada, pero la bravura venezolana se impone, ahora se han transmutado en unos seres coléricos que se imponen sobre los europeos y les hacen huir a muchos de ellos y abandonar la lucha, y los que se quedan deben correr la suerte de ser atravesados por las potentes lanzas. Tomas García y el general La Torre sienten entonces todo el poder de estos embates capitaneados por Manuel Cedeño, el general oriental, a quien se suman todos los valerosos hombres de la contienda nacionalista: Diego Ibarra, Flores, Carvajal, Silva, Rondón, todos se integran en la destrucción del Valencey.

Tomás García y Manuel Cedeño se encuentran metidos en una lucha descomunal, pues cuando el oriental entra en combate se inflama su cólera. Ya no llueve más, y el sol que se abre paso otra vez entre las nubes parece indicarles que se ha abierto un

nuevo compás para doblegar las fuerzas de Tomás García, que hace un esfuerzo titánico para sacudirse toda aquella tormenta de violencia sobre él y sus hombres. Y es entonces cuando Manuel Cedeño sella la victoria contra el Valencey y su bravura, pero sin saber que en la hora postrera de la batalla un tiro iba a alcanzarlo, una bala traicionera iba a dar contra su humanidad y a quitarle la vida antes de que pudiera ver su obra concluida. Él era el «bravo de los bravos» de Colombia, como lo había nombrado Simón Bolívar. Y al cerciorarse ambos bandos del trágico suceso de Cedeño, la batalla se paraliza por un instante. Ya las fuerzas españolas no dan más de sí, están bañadas en sangre; las nuestras se encuentran exhaustas y han perdido a varios de sus mejores generales y oficiales.

Entonces el poderoso batallón Valencey se retira, para volver a prepararse. Bolívar se percata del inmenso cansancio de sus hombres en la infantería.

—¡Monten sus caballos, nobles soldados! —ordena Bolívar—. ¡Hay que capturar a los asesinos del bravo de los bravos!

—¡Hay que vencer a García! —grita un soldado.

Entonces los soldados de los batallones Granaderos y Rifles vuelven por sus fueros para perseguir a Tomás García, que ha huido. Mientras tanto otros siguen a pie, marchan al trote, todos prestos a alcanzarlo. Pero el batallón Valencey ya había cobrado mucha ventaja, camino a Valencia. Recorren leguas y leguas tras ellos, buscan sus pistas por todas partes, descubren manchas de sangre en el camino, las cuales van marcando su ruta zigzagueante.

Finalmente llegan a posicionarse de unas casas en las afueras de Valencia. Hasta ahí llegan los soldados patrios, que han ido al galope tras ellos siguiéndoles los pasos. Tomás García se percata de la presencia de los soldados venezolanos, y se esconde junto con sus hombres detrás de unos muros carcomidos y empalizadas que se encuentran en aquellos terrenos. Los infantes venezolanos los acometen, no les dan tregua. Disparan contra ellos sin piedad. Al no tolerar el ataque huyen del lugar, abandonando allí a varios de sus heridos. También han dejado allí un buen lote de su artillería, pero ya va lejos, García es muy astuto y se repliega

con destreza. Se dirige a las montañas de la costa tras las huellas de sus compañeros que pretenden llegar a Puerto Cabello.

Bolívar pronto se da cuenta de sus intenciones y ordena a su ejército marchar hacia Puerto Cabello. Ya se encuentra ocupando Valencia con todo su ejército; deja a Mariño responsable del mismo mientras él y Páez se dirigen a Caracas, no sin antes explicar en detalle cuales son las operaciones que deben realizarse en Puerto Cabello. Total, la batalla ya estaba ganada, aunque sus cabecillas españoles habían huido hacia al puerto con miras a abandonar nuestras tierras, corrían a reunirse con otros paisanos suyos que obedecían las órdenes del rey de España.

3

Bolívar y Páez se hacen acompañar para su viaje a Caracas del batallón Guardias. En el camino van conversando.

—Los lanceros del llano dieron otra vez la talla —dijo Bolívar.

—Así es Bolívar, esos hombres no fallan, son de una sola pieza. —respondió Páez

—La lluvia complicó las cosas al final —dijo Bolívar.

—Las muertes de Cedeño y el Negro Primero fueron terribles, general y desmotivaron por momentos a nuestros hombres —repuso Páez.

—Sí, perdimos a grandes hombres nuestros. Pero todos ellos ya tienen un lugar de honor en Carabobo, con todos los caídos. ¡La patria es libre! —exclamó Bolívar.

—¡Libre! —confirmó Páez, con un recio grito.

—Que le pareció, Páez, cómo ese soldado Tomás García, salió de repente de una nube de polvo, ¡como un fantasma!

—Impresionante, Bolívar, un hombre muy valiente…

—Y fíjese, hasta logró huir con el general La Torre.

—Allá en Puerto Cabello están seguros, será muy difícil atraparlos, pues los están esperando. Todo eso lo tenían preparado…

Así siguen ambos, Páez y Bolívar, comentando detalles de la batalla. Acampan un poco más allá. Duermen en unos chinchorros que llevan, y unos pertrechos, traen bastimentos en los morrales, y se echan a dormir, junto a todo el batallón, para continuar camino al amanecer.

Al otro día, bien temprano, salen para Caracas llenos de nuevos ánimos. El día se ofrece ahora radiante, como si la aurora, con sus rayos refulgentes supiera de los acontecimientos ocurridos y saludara ese aire de libertad que se palpa en el aire, limpio, renovado, de la patria que podrá ser. Provoca respirar profundo, tomar grandes bocanadas de aire nuevo, de brisa fresca y respirar otra patria, otra Venezuela libre, justa y pacífica.

Al ingresar a su ciudad natal, el corazón de Bolívar se inflama, una emoción le embarga al divisar las calles de la infancia; por donde transcurrieron sus correrías de adolescente, los cuidados de sus tíos y de amigos de la familia, los maestros y tutores, todo le hace amar aquella ciudad de techos rojos y de jardines aromados con limoneros y azahares, con acacias y jazmines, con naranjos y orquídeas, con las sonrisas de las muchachas, con los cariños de Matea e Hipólita; las recomendaciones de sus maestros Bello y Rodríguez. Levanta la frente hacia el cielo de Caracas y contempla aquel azul índigo, nítido, aquellas nubes arreboladas y felices y más allá el cerro Ávila, el Guaraira Repano se yergue imponente, prestando un frescor al valle donde una brisa benéfica acaricia a sus habitantes.

Apenas ha recorrido algunas calles, la gente le reconoce y saluda; poco a poco el júbilo y la alegría van contagiando a sus habitantes, se hace una cadena de noticias con la buena nueva: Simón Bolívar está de regreso en la ciudad y la gente sale de las casas contando con la posibilidad de verle; las gentes se asoman a las puertas de las casas o a los balcones; por allá se puede ver a unos ancianos blandir unas humildes banderas, y a unos niños brincando de alegría, y poco a poco se va diseminando la buena nueva

del triunfo en la batalla de Carabobo, que acrecienta aún más el reconocimiento popular.

—¡Viva Bolívar! —gritan.

—¡Viva la patria libre!

Bolívar bien sabía que aquel era sólo un paso para otro proceso más complejo… tenía confianza en el pueblo y en muchos de sus colaboradores cercanos, pero no se llamaba a engaños en el momento de trazar nuevos planes y proyectos, a fin de reconstruir la sociedad venezolana. Debía contar con los hombres y mujeres mejor preparados: los más estudiosos y los más honestos.

Le habían llegado noticias a Bolívar para confirmarle que el ejército español, una vez derrotado en Carabobo, había ido a refugiarse en Puerto Cabello, y que la ciudad aún se hallaba tomada por los españoles. El fortín allá estaba sitiado por el enemigo desde hacía tiempo, y aun había mucho trabajo por hacer, tanto militar como civil.

A la mañana siguiente tomó el mismo una pluma y un papel de pergamino y escribió un informe sucinto de la batalla de Carabobo para remitirlo al señor presidente del Congreso, cuyo contenido es:

Valencia, 25 de junio de 1821

Al Soberano Congreso:

Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia.

Reunidas las divisiones del Ejército Libertador en los campos de Tinaquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el Cuartel General enemigo, situado en Carabobo, en el orden siguiente: La primera división compuesta del bravo batallón Británico, del Bravos de Apure y 1500 caballos a las órdenes del Señor General Páez. La segunda compuesta de la 2ª. Brigada de La Guardia con los batallones Tiradores, Boyacá, Vargas y el escuadrón Sagrado que manda el impertérrito coronel Aramendi, a las órdenes del señor General Sedeño. La tercera, compuesta de la 1ª. Brigada de La Guardia con

los batallones Rifles, Ganaderos, Vencedor de Boyacá, Anzoátegui y el Regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, a las órdenes del Señor Coronel Plaza.

Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campo enemigo fue rápida y ordenada. A las 11 de la mañana desfilamos por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo que sólo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que bien colocado en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

El bizarro General Páez, a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente Coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón Británico, mandado por el benemérito Coronel Farriar pudo aún distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales.

La conducta del General Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia lo ha hecho acreedor al último rango en la milicia y yo, en nombre del Congreso le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en Jefe del Ejército.

De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón de Tiradores de la Guardia que manda el Benemérito comandante Heras. Pero su General, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda la división, por los obstáculos del terreno, dio solo contra una masa de infantería y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia. La República ha perdido en el General Sedeño un gran apoyo de paz o guerra, ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al Gobierno. Yo recomiendo las cenizas de este General al Congreso Soberano para que se le tributen los honores de un triunfo solemne. Igual dolor sufre la República por la muerte del intrepidísimo Coronel Plaza, que lleno de un entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo. El Coronel Plaza es acreedor a las lágrimas de Colombia, y que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.

Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fue tal, que tuvimos una alta pérdida en esta alta clase del ejército. El Boletín dará el nombre de estos ilustres.

El ejército español pasaba de seis mil hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo. Cuatrocientos hombres habrán entrado hoy a Puerto Cabello.

El ejército tenía igual fuerza que el enemigo, pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas doscientos muertos y heridos.

El Coronel Rangel, que hizo como siempre prodigioso, ha marchado hoy a establecer la línea contra Puerto Cabello.

Acepte el Congreso Soberano en nombre de los bravos, que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.

Tengo el honor de ser con la más alta consideración de Vuestra Excelencia, atento humilde servidor.

Simón Bolívar

A los pocos días de escribir este informe al Congreso sobre la formidable batalla recién librada, Bolívar piensa que sus palabras, por más elevadas o inspiradas que sean, no logran expresar cabalmente todo lo que ocurrió en el campo de Carabobo aquel día 24 de junio, ni siquiera de manera sumaria, concentrada o poética. Justo está pensando en esto cuando cae en sus manos por casualidad una copia de la comunicación que Pedro Briceño Méndez recién ha dirigido al Vice Presidente Interino de la República, realizando un informe más detallado del importante acontecimiento militar. Ahí advierte que su nombre ha sido sustituido por las iniciales formales de su investidura. Con un gesto de curiosidad, el Libertador se pone a leer el texto del Parte que reza:

Caracas, 30 de junio de 1821.

A Su Excelencia el Vicepresidente Interino de la República

Desde el Tocuyito tuve la satisfacción de participar por una circular la gloriosa batalla de Carabobo, y previene se transmitiera a V.E. tan plausible noticia. Las rápidas marchas que ha hecho S.E. y la multitud de atenciones de que he estado rodeado, me habían impedido hasta ahora cumplir con el agradable deber de dar a V.E. algunos detalles sobe aquella célebre jornada y las operaciones posteriores del ejército.

El enemigo, concentrado en Carabobo desde que fue expulsado de San Carlos, extendía sus partidas de observaciones hasta Tinaquillo, lo que le daba la ventaja de saber muy anticipadamente nuestra aproximación, que deseaba V.E. ocultarle para no darle tiempo de reunir las fuerzas que el señor General Bermúdez había atraído sobre Caracas, y el Señor Coronel Carrillo sobre San Felipe. Con este intento marchó el Teniente Coronel Silva el 19 con su destacamento a sorprender y a apresar la descubierta que diariamente hacía el enemigo hasta Tinaquillo. El Comandante Silva llenó tan completamente su comisión que apenas pudo escapar un soldado de los que formaban la descubierta enemiga. El Comandante de ella y cuatro hombres más, murieron en el acto; los demás quedaron prisioneros. Este suceso aterró de tal modo al enemigo que hizo retirar inmediatamente un fuerte destacamento con que cubría el inaccesible desfiladero de Buenavista.

El 23 se reunió en la marcha todo el ejército que se había movido en divisiones, y al amanecer el 24 nuestra Vanguardia se apoderó de Buenavista, distante una legua de Carabobo. De allí observamos que el enemigo estaba preparado al combate y nos esperaba formado en seis fuertes columnas de infantería y tres de caballería, situadas de manera que enteramente se sostenían para impedir nuestra salida a la llanura. El camino estrecho que llevábamos no permitía otro frente que para desfilar, y el enemigo no solamente defendía la salida al llano, sino que dominaba perfectamente el desfiladero con su artillería, con una columna de infantería que cubriría la salida y dos que la flanqueaban por derecha e izquierda.

Reconocida la posición, S.E. creyó que no era abordable; observando que la colocación del ejército español, que éste no tenía el ataque sino por el camino principal de San Carlos, o por el del Pao, que salía a su izquierda, dispuso que el ejército convirtiese su macha rápidamente sobre nuestra izquierda, flanqueando al enemigo por su derecha que parecía más débil.

El Señor General Páez que mandaba la 1ª. División ejecutó el movimiento con una increíble celeridad, despreciando los fuegos de la artillería enemiga; pero era imposible impedir que el enemigo no corriese a disputarnos la salida a la llanura. Debíamos desfilar por segunda vez, para atravesar un riachuelo que separaba la colina, en que había desplegado el ejército y la que dominaba el enemigo. siendo plana la cumbre de ésta, daba al enemigo la ventaja de moverse fácilmente y de ocurrir a todas partes. Así fue que a pesar de la sorpresa que causó al ejército español nuestro movimiento, pudieran algunos de sus cuerpos, llegar a tiempo que empezaba el batallón de Apure a pasar el desfiladero. Allí se rompió el fuego de infantería sostenido vigorosamente por ambas partes.

El batallón de Apure, que logró al fin pasar, no pudo resistir solo la carga que le dieron; ya plegaba, cuando llegó en su auxilio el batallón Británico que le seguía. El enemigo había empeñado en el combate cuatro de sus mejores batallones contra uno solo del Ejército Libertador, y se lisonjeaba de obtener con todos nuestros cuerpos el mismo suceso que con el primero que había contenido.

La firmeza del batallón Británico, para sufrir los fuegos hasta que se formó, y la intrepidez con que cargó a la bayoneta, sostenido por el batallón de Apure, que se había rehecho, y por dos compañías del de Tiradores que oportunamente condujo al fuego su Comandante el Teniente Coronel Heras, decidieron la batalla. El enemigo cedía el terreno, aunque sin cesar sus fuegos. Nuestros batallones avanzaban y apoyados por el primer Escuadrón del Regimiento de Honor del Señor General Páez y por el Estado Mayor de este General, desalojaron completamente al enemigo de la altura. El ejército pasaba rápidamente el desfiladero por dos estrechas sendas, y el enemigo, aunque desalojado de su primera posición, había podido rehacerse, y procuró aprovechar el momento de hacer una nueva carga con su caballería, mientras que nuestros piquetes de esta

arma, que había pasado, proseguían y despedazaban a sus batallones que huían.

Algunos de nuestros piquetes de caballería del primer escuadrón del Regimiento de Honor y el Estado Mayor del Señor General Páez, se reunieron en número de 80 a 100 hombres, y ellos solos bastaron para rechazar y poner en derrota toda la columna de caballería enemiga. Desde este momento el triunfo quedó completo. El enemigo no pensó sino en huir y salvarse.

Nuestra caballería, que sucesivamente iba recibiendo refuerzos de todos los escuadrones que pasaban el desfiladero, hizo la persecución con un vigor extraordinario. Batallones enteros se tomaron prisioneros, otros, arrojando sus armas, se dispersaron disueltos por los bosques.

Los dos batallones enemigos que habían quedado cubriendo el camino principal de San Carlos flanqueándolo por la derecha, no entraron en combate y pretendieron retirarse del campo en masa. Nuestra caballería procuró entretenerlos mientras salía la infantería; pero no logró sino obligarlos a que precipitasen la retirada y perdiesen algunos hombres que se dispersaban. Hasta a las inmediaciones de Valencia vino el ejército la columna, y fue en esta operación donde el ardor de nuestros Jefes y oficiales de caballería hizo sensible nuestra pérdida.

Como nuestra infantería, estropeada con las largas marchas que había hecho durante la campaña, no podía sostener el paso de trote que llevó el enemigo por seis leguas, nuestra caballería se empeñó en entretenerlo para dar tiempo a que llegasen algunos batallones. A veces las escaramuzas se convertían en cargas que, aunque costaron bastante al enemigo, causaron a la República el grave dolor de perder a uno de sus más esclarecidos Generales y el bravo Teniente Coronel Mellao, que mandaba Los Dragones de la Guardia. La columna enemiga se había defendido valientemente, a pesar de que se había disminuido mucho. S.E. temió que si entraba a Valencia no era imposible impedirle el paso a Puerto Cabello, y a una legua de aquella ciudad hizo que los batallones Rifles y Granaderos de la Guardia montasen a caballo y fuesen al galope en su alcance.

Casi al entrar a las primeras calles de aquella ciudad, tuvieron nuestros Granaderos la fortuna de alcanzarla, pero apenas se vio

cargada por ellos, cuando se dispersó y desapareció del todo. Valencia fue ocupada en el acto, y algunos destacamentos siguieron hasta Naguanagua, persiguiendo a los Jefes españoles que huían hacia Puerto Cabello.

Por los prisioneros tomados, supo S.E. que el día antes de la batalla había marchado el Coronel español Tello con dos batallones, Navarra y Barinas, a reforzar a San Felipe, ignorando el enemigo que la columna del Señor Coronel Carrillo la había ocupado ya. S.E. destacó del Tocuyito al Teniente Coronel Heras con tres batallones a tomar la espalda de Tello y cooperar a batirlo con el Señor Coronel Carrillo. Aun no se sabe el resultado final de esta operación, que tal vez quede sin efecto, porque Tello emprendió su retirada sobre Puerto Cabello antes que nuestras tropas lo avistasen.

Al amanecer del 25 marchó el Señor Coronel Rangel a establecer el bloqueo de Puerto Cabello, y desde el 26 quedó formada la línea de simple bloqueo, porque era preciso aguardar el complemento de nuestras operaciones para estrecharla y formarla de sitio.

Por la tarde del 25, después de haber arreglado el gobierno de Valencia, organizado de nuevo el ejército y destacado algunos cuerpos sobre Calabozo y el Pao a perseguir los dispersos que hubiesen tomado aquellas direcciones, marcho

S.E. sobre esta capital con tres batallones de su Guardia y el Regimiento de Honor del Señor General Páez. Su objeto era tomar la espalda de la división con que el Coronel español Pereira perseguía al Señor General Bermúdez sobre los Valles del Tuy. No me es posible informar aúna V.S de los prodigios que este célebre General ha obrado con una pequeña división, por esta parte, en cumplimiento de las órdenes que tenía. Baste decir a S.E. que los pueblos y el enemigo están asombrados y no alcanzan a expresar toda su admiración, ni decidir si han sido mayores su valor y su audacia, o su prudencia y habilidad. Esperamos por momentos su arribo a esta ciudad. Y entonces, impuesto detenidamente de sus operaciones, tendré la satisfacción de comunicarlas a S.E. el Coronel Pereira, al saber la derrota del ejército español, replegó sobre esta capital, y envió una partida de Húsares sobre los valles de Aragua, al saber nuestra situación. La partida fue sorprendida y apresada por un piquete de lanceros del Regimiento e Honor que se había

adelantado ya de San Pedro. Pereira se retiró, sin esperar más resultados sobre La Guaira, pero sabiendo en ese tránsito que no había en aquel puerto buques en qué marcharse, convirtió su marcha hacia Carayaca, pero instruido en la dirección que lleva, se ha puesto en su persecución. El Coronel Arguindegui quedó en los Valles de Aragua con su batallón, para cortar a Pereira por cualquier vía que tome, bien sea por la costa o por la cordillera, si recibe oportunamente los avisos que se le han dirigido, puede asegurarse la absoluta destrucción de aquella división, que de 1.500 hombres queda reducida ya a 600, por las pérdidas en combates frecuentes con el Señor General Bermúdez, y por las deserciones que ha sufrido en la retirada.

S.E. tuvo la particular satisfacción de entrar solo con su Estado Mayor y del Señor General Páez en esta capital el 29. La ciudad que acababa de ser evacuada el día anterior, había estado desierta hasta la hora en que el edecán Ibarra se presentó en medio de ella a anunciar la aproximación de S.E.

No hubo tiempo de que se hiciesen otros preparativos que los del corazón, y ha sido de este modo con que Caracas ha expresado más vivamente sus sentimientos de gratitud y amor al Libertador de la patria, y su ardiente entusiasmo por la libertad.

Las calles desiertas dos horas antes, se vieron de repente llenas de una concurrencia numerosa e inmensa; las casas cerradas se abrieron y se iluminaron. S.E. entró en medio de las aclamaciones y transportes de un pueblo que enajenado de placer corría en tropel a participar de la felicidad de volver a ver, de estrechar y abrazar mil veces al Padre la Patria. Mujeres y hombres, niños y ancianos, todos iban mezclados, confundiendo sus vivas. Hasta las doce de la noche no cesó de renovarse el concurso en la casa, y fue preciso cerrarla al fin, para poderse ocupar S. E. de algunos negocios importantes. Al amanecer se ha repetido la escena de la noche y ha continuado todo el día.

El edecán Ibarra marchó esta mañana a apoderarse de La Guaira que está evacuada, y ha participado ya su entrada allí sin novedad.

V.E. extrañará que no haya recomendado particularmente a ningún jefe ni oficial en la batalla, porque sería necesario mentar en

esta parte los nombres de todo el ejército, por lo menos los de toda la 1ª. División y de todos los jefes de las otras. Generales, Jefes, oficiales y tropa, todos indistintamente se han manifestado en este memorable día, dignos defensores de la República.

El Libertador respiró hondo. No estaba de acuerdo con algunas de aquellas consideraciones o descripciones, pero no era momento de ponerse a discutir este tipo de diferencias. Un gesto de alivio se ha estampado en su rostro ahora que está de regreso a su terruño, donde tomará un breve descanso para luego continuar trazando sus estrategias, consolidando amistades y hermandades con personas que puedan aportar algo significativo a la causa de Venezuela y América. El sueño de las nuevas repúblicas americanas bulle en su mente, como un fermento inagotable.

Capítulo VIII
Quito, Perú y Manuela Sáenz

La situación en Perú es sumamente tensa y delicada. La información de allá viene dada por noticias de personas afectas a la causa patriótica. El virreinato de Perú se hace cada vez más cerrado y opresor. Algo similar ocurre en Quito y en Buenos Aires, donde los patriotas se han visto obligados a crear una red de espionaje que se dedique a hacer informes, valiéndose de todos los recursos posibles. Deben reunirse en casas, bodegas, en locales bajo fachadas que no despierten sospechas, pues las fuerzas enemigas son crueles, y si se percatan, van a actuar con violencia sobre los nuestros. Varias mujeres osadas han ingresado a trabajar en esa red, para conspirar contra la tiranía en Quito y en Perú.

Una mujer llamada Manuela Sáenz se ha convertido en una de las principales conspiradoras en Lima, organizando reuniones en su casa, tras una fachada donde realiza fiestas, se reúne con amigos de la causa libertadora y aporta información a varios generales y oficiales, especialmente al general José de San Martín en Buenos Aires, y al general Antonio José de Sucre en Quito. Sucre es un hombre joven, uno de los oficiales en quien más confía Bolívar, pues ha mostrado cualidades para la diplomacia y para la negociación, además de sus condiciones para lo militar y para conformar un gabinete. Es un hombre recto, intachable, piensa Bolívar. Sucre no había podido tomar parte de la Batalla de Carabobo precisamente porque Bolívar lo requería en Quito para ser mediador en conversaciones con autoridades de aquellos países e ir conformando al ejército; posee una estupenda preparación académica —proviene de una familia educada de Cumaná— y

tiene dones para la estrategia, además de coraje en el campo de batalla. Reúne una serie de condiciones y cualidades que asombran al Libertador, por lo cual Bolívar lo considera como un hijo suyo, tiene hacia él sentimientos de protección y ha pensado en él para transferirle poder en el futuro próximo, y sea útil para el modelo de estrategia que piensa adoptar para libertar también a aquellos países del yugo español.

Manuela Sáenz es oriunda de Quito, pero en ese año de 1820 se encuentra en Lima como activista. Se halla ahora sentada en la sala de su casa, hojeando un libro y tomando una taza de chocolate. Va a dar una recepción a una amiga suya llamada Carmen, que acaba de culminar estudios de derecho en la Universidad de Lima, a un evento a donde acudirán varias personalidades notables de la ciudad.

—Vaya a casa de Isidoro y por favor recuérdele lo que me ofreció para esta tarde —dice Manuela a un asistente suyo.

—Sí, señora —dice el joven, corriendo diligente a dar el recado.

Manuela continúa bamboleándose en la mecedora mientras, mientras recorre las páginas de una novela de Walter Scott, *Ivanhoe*. Lee unas cuantas páginas, termina de beber el chocolate y luego se levanta para dirigirse a la mesa de la cocina, donde deja la taza vacía y después va a su recámara, a conversar con una de las muchachas que allí trabajan, para que antes de la fiesta pueda concertarse una reunión de varias personas de la causa patriótica. En efecto, dos horas antes de la recepción formal, Manuela Sáenz conversa en su recámara con un grupo de siete patriotas, cuatro hombres y tres mujeres, que han urdido un complot para sabotear los planes de los españoles y lograr que su hermano José María pase del bando del ejército realista al del ejército patriota, además de organizar otro plan para impedir que se cumplan los objetivos contra Bolívar y Sucre. El general Sucre se encuentra en Quito y Manuela está lista a formar parte del ejército, si fuese necesario, para conseguir los objetivos. La reunión secreta tiene lugar en el cuarto de Manuela. Hablan lo más quedo posible, para evitar ser escuchados.

—Hay que hacer llegar los informes al general Sucre y al general San Martín, de todo lo que está ocurriendo aquí. Bolívar, al mando del ejército patriota en Venezuela, acaba de salir victorioso en Carabobo. ¡Se ha conseguido la libertad de Venezuela! —exclama en voz baja.

—La noticia no ha caído muy bien aquí, de modo que debemos ser cuidadosos esta noche, atender a los invitados sin hacer comentarios demasiado efusivos, para no despertar sospechas a raíz de esta victoria. ¿Comprenden? Porque alguien nos puede delatar. Las paredes tienen oídos, y aquí esto está lleno de chismosos.

—De acuerdo —dicen los demás casi al unísono, confirmando las órdenes de Manuela.

—El contacto principal en Buenos Aires sería con Rosa Campuzano —dijo Manuela—. Allá tenemos comunicación directa con ella.

—San Martín ya viene en camino hacia el Perú. Cuando llegue allá, debe estar informado lo más pronto de lo que aquí sucede, para que no vayan a tomarlo por sorpresa.

—Igual al general Sucre en Quito, tiene que protegerse de los traidores de allá.

—Así será —dijo Juan Ignacio, uno de los principales activistas.

—Yo debo viajar a Quito el próximo mes a un asunto familiar —dijo Manuela—. Voy a hacer todo lo posible para terminar ese trabajo.

Manuela debía resolver varios problemas; uno referido a una herencia familiar; otro, a hacer la separación oficial de su esposo, el ciudadano inglés James Thorne, veintiséis años mayor que ella, con quien su padre la había hecho casarse por pura conveniencia social, y para obtener de Thorne una buena dote.

Manuela logra ambos objetivos. Ahora que está ya separada legalmente de Thorne, tiene mayor capacidad de movimiento.

A finales del año 1821, Bolívar parte para Quito, a urdir con sus generales la Campaña del Sur. Los planes de los patriotas y las informaciones han fluido bien, y el general San Martín llega a Quito.

A los pocos días, San Martín concede a Manuela Sáenz el título de Caballeresa de la Orden El Sol del Perú, la más alta distinción que se concede a alguien por servicios prestados a la causa patriótica.

Pero no hay tiempo que perder. Hay más batallas por librar. Bolívar llega por fin a Quito, donde es aclamado, y donde está obligado a reducir las tropas realistas que aún pululan por el territorio. Se hace necesaria una estrategia para vencerlos en otra batalla, en un sitio llamado Bomboná.

Bolívar ordena a Antonio José de Sucre ponerse al mando de la situación militar allí donde las fuerzas realistas aún persisten, y pretenden defender los territorios donde mantienen el control. Ya Bolívar le había encomendado a Sucre, mucho antes, trasladarse al Orinoco, a encargarse de acopiar transportes y víveres para el ejército que marcharía a los llanos, y antes le había confiado también la misión de ir hacia las Antillas neutrales a adquirir armamentos y municiones. Eso fue en 1820. Sucre regresó de Saint Thomas con cuatro mil fusiles, municiones y otros pertrechos que serían decisivos para el triunfo de la Batalla de Carabobo.

Recuerda Bolívar que una vez hubo firmado —con comisionados patriotas y realistas— el tratado que puso fin a la guerra a muerte, terminó dándose un emocionado abrazo con el general Pablo Morillo en Santa Ana, antes de la Batalla de Carabobo. Eran enemigos. Pero ese día bebieron aguardiente de un mismo vaso hasta ponerse eufóricos, bailaron sobre una mesa y se pusieron a comentar cosas personales y a reírse como unos muchachos.

Bolívar planifica luego la Batalla de Boyacá en 1819, tomando primero la ciudad colombiana de Tunja, e interfiriendo las comunicaciones entre las divisiones realistas, comandadas por José María Barreiros. Bolívar ordena la marcha de su ejército desde Boyacá para seguir desde allí a Bogotá e impedir así el desplazamiento de Barreiro.

Se encuentran y chocan por fin ambos ejércitos. La caballería patriota recibe el ataque de los cazadores enemigos, pero nuestros hombres neutralizan el ataque, haciéndolos huir al río y ahí justamente los ataca nuestro batallón Rifles. Mientras la

compañía de voluntarios británicos desactiva los movimientos contrarios. Los bravos de Páez entran por el centro, mientras los movimientos organizados de la Nueva Granada lo hacen por el flanco izquierdo. El plan funcionó. El general José Antonio Anzoátegui asumió frontalmente la fuerza principal del enemigo, poniéndolo fuera de combate, mientras el general colombiano Francisco de Paula Santander los remató por la izquierda, reforzando así la victoria en Boyacá.

Aquellos recuerdos de Boyacá le dan fuerzas a Bolívar, quien confía ahora en la capacidad diplomática de Sucre en Quito y Guayaquil. En efecto, Sucre no le falla, logrando que en Guayaquil se firme un tratado para establecer con el gobierno de Quito cualquier negociación beneficiosa para la libertad del país, que cumpla con la suspensión de las armas y logre la regularización de la guerra entre Colombia y España.

Un mes después de Carabobo, ya se estaba celebrando este suceso tan importante para Colombia. Ya el suelo de Guayaquil era libre y estaría en paz por un buen tiempo. Se constituyó el Congreso General de la República y ahora sí el gobierno provincial decidiría que el pueblo de Guayaquil va a incorporarse a la sociedad colombiana. La unión será el objetivo. Así lo desean Bolívar y Sucre, y así lo aspira el pueblo. Una unión que conformará al fin la libertad. La libertad de Guayaquil es la misma libertad conquistada en Carabobo. Bolívar está orgulloso de Sucre.

El general Antonio Mariño instala el Congreso Constituyente de la Gran Colombia. Si hay, entonces, muchas posibilidades de concretar ese sueño. Bolívar sería entonces el presidente de la Gran Colombia, Santander el Vicepresidente, y existe la posibilidad real de hacer las debidas gestiones diplomáticas con otros países: Uruguay, Chile, México. El ideal de Bolívar se irá construyendo poco a poco, entre todos.

***

Manuela Sáenz ha estado muy cerca del general Sucre, es una de sus colaboradoras permanentes. Siempre está lista a ayudar en lo que sea a la causa de la patria: atendiendo heridos de guerra,

enfermos en hospitales, comunicando información exclusiva, llevando recados, organizando grupos, despejando caminos. Todos la reconocen como una de las mujeres más notables de la revolución patriótica; está siempre lista a ayudar, a viajar y hasta a convertirse en soldado si es posible, para ayudar a la causa. En esos días ha estado muy próxima a Sucre y a Santander, y espera con ansiedad la llegada de Simón Bolívar a Quito. Corre el mes de junio del año 1822. Todo el pueblo aguarda al Libertador para aclamarlo. Ella es una de tantas. Se prepara, como tantos otros habitantes de la ciudad, a saludarlo mientras pasa junto a sus hombres. Allá viene, erguido sobre su caballo blanco y acompañado de otros oficiales y comitivas. Desde las puertas de las casas y desde los balcones lo saludan con vivas, flores, homenajes. Una de tantas mujeres que lo admiran es Manuela Sáenz que, apostada desde un balcón, lanza una corona de rosas y laureles para ofrendar la presencia del héroe, y por accidente cae justo en el pecho de Bolívar, quien, asombrado por el gesto, mira hacia el balcón distinguiendo a quien lo ha arrojado: una mujer elegante, bien trajeada, hermosa. Él la saluda con el sombrero; ella se ruboriza; queda flotando en el ambiente algo similar a un hechizo, uno de esos actos mágicos que sólo el azar hace cumplir y encierran en sí mismos hechos que propiciarán nuevos encuentros.

En efecto, por la noche se ha organizado una fiesta en honor a Bolívar y a todos los triunfadores en las gestas de Carabobo y Boyacá, y el afortunado acuerdo diplomático consumado por Sucre. En la fiesta hay música, bailes, licores, deliciosos platillos. Allí vuelven a verse entonces Manuela y Simón, ya impregnados por el afortunado azar de la corona de rosas y laureles, preludio de un enamoramiento. De hecho, cuando Simón se aproxima a Manuela para invitarla a bailar, ya se han efectuado los hechizos derivados de esta casualidad, las miradas, los roces de piel, los movimientos del baile y las sonrisas los hacen elevarse más allá, augurando las cercanías de la pasión. Durante el baile, Bolívar es presa de un vértigo maravilloso, da vueltas y ejecuta los movimientos de los valses articulando los giros y vueltas de una manera elegante, arrastrando a Manuela a los remolinos del entusiasmo, como si estuvieran danzando en un sitio ubicado en un lugar

indeterminado del espacio, como si flotaran en un cielo inventado por poetas o magos, por hechiceros amables que se hubiesen congregado a recibirlos. Manuela es una mujer libre, acepta la invitación de Bolívar de llevar a cabo un encuentro apasionado.

El encuentro tiene lugar. Por la noche, ambas pasiones se conjugan y las pieles arden de deseos, las ansias crecen a medida que se cumple el rito de la desnudez, a medida que las prendas caen de los cuerpos, el eros organiza el espíritu de cada uno para que propicie los instintos amatorios, los enlaces y encadenamientos gozosos donde los sexos del varón y de la hembra cumplen sus reacciones retráctiles, sus acumulaciones placenteras que luego se tornarán liberaciones líquidas, orgásmicas, cuando Simón la monta y traspasa y la hembra le exige más y él se lo proporciona y ella entonces toma la iniciativa para que él goce tanto como ella, que se despliega con toda su admiración efusiva para reflejarse en su crispación y en sus gestos de goce y él se lo aporta tomando otra iniciativa y él lo hace a través de su potencia natural educada en el amor. Las piernas y muslos y senos de ella se engastan en el tronco de él semejante al de un árbol de roble que la riega adentro con todo su fuego, Simón y Manuela, Manuela y Simón son ahora un solo ente que transpira sudor, emite gemidos divinos por partida doble, se embisten ambos y luego emiten un placentero suspiro que remata toda la jornada erótica donde ha quedado sellada la identidad de los amantes.

Desde esa noche, el destino sensible de ambos cambió por completo. Se habían identificado el uno con el otro. En el amor, en el presente humano, en el ideal y en el devenir los esperaban cosas sorprendentes, estaban comprometidos en lo profundo, habían llenado el uno en el otro una cavidad faltante en cada existencia, como una marea benigna que inunda la playa deseosa del complemento. Se comprometieron sin palabras. Su unión había sido sellada por una especie de destino. De ahí en adelante, continuarían una relación colmada con sus fuerzas contrarias, en sus opuestos generosos, aportado una sustancia suplementaria a la causa de la patria nueva, al sueño de América unida.

***

Simón Bolívar continúa hacia Guayaquil. Hacia allá se dirige para tomar posesión militar de esa plaza. Su idea es incorporarla ahora a Colombia, en lo militar y en lo político. Todos los acuerdos se han respetado hasta ahora, y el proyecto va con buen pie. Bolívar, impactado con la elevada pasión de Manuela, ha concertado con ella una cita en la hacienda de un amigo, llamada El Garzal, a donde va a estar ella aguardando.

En la hacienda El Garzal transcurre el amorío, la próxima escena de su pasión, la dulce locura vuelve a apoderarse de ellos, se desbordan divinamente, transfigurados reaparecen a convivir allí por un mes.

A los pocos días Bolívar debe viajar otra vez a encontrarse con el general argentino José de San Martín, a objeto de continuar con el proyecto de unificar a América. La cita será en Guayaquil. Entran entonces aquí los consejos de Manuela a Bolívar, pues ella es persona de confianza del general San Martín y de su asistenta Rosa Campusano, quien también trabaja para la causa americana. de modo que todo ha venido engranando bien. Manuela le escribe a Bolívar:

El Garzal, a 27 de julio de 1822

A Su Excelencia general Simón Bolívar

Muy señor mío:

Aquí hay de vivaz todo un hechizo de la hermosa naturaleza. Todo invita a cantar, a retozar; en fin, a vivir aquí. Este ambiente, con su aire cálido y delicioso, trae la emoción vibrante del olor del guarapo que llega fresco del trapiche, y me hace experimentar mil sensaciones almibaradas. Yo me digo: este suelo merece recibir las pisadas de S.E. El bosque y la alameda de entrada al Garzal, mojados por el rocío nocturno, acompañarían su llegada de usted, evocando la nostalgia de su amada Caracas. Los prados, la huerta y el jardín que está por todas partes, serviránle de inspiración fulgurante a su amor de usted, por estar S.E. dedicado casi

exclusivamente a la guerra. Las laderas y campos brotando flores y gramíneas silvestres, que son un regalo a la vista y encantamiento del alma. La casa grande invita al reposo, la meditación y la lectura, por lo estático de su estancia. El comedor, que se inunda de luz a través de los ventanales, acoge a todos con alegría; y los dormitorios reverentes al descanso, como que ruegan por saturarse de amor…

Los bajíos a las riberas del Garzal hacen un coloquio para desnudar los cuerpos y mojarlos sumergidos en un baño venusiano; acompañado del susurro de los guaduales próximos y del canto de pericos y loros espantados por su propio nerviosismo. Le digo yo, que ansío de la presencia de usted aquí. Toda esta pintura es de mi invención; así que ruego a usted que perdone mis desvaríos por mi ansiedad de usted y de verlo presente, disfrutando de todo esto que es tan hermoso.

Suya de corazón y de alma.

Bolívar le contesta en otra de sus cartas:

Manuela

A la distinguida dama, Sra. Manuela Sáenz Apreciada Manuelita:

Quiero contestarte, bellísima Manuela, a tus requerimientos de amor que son muy justos. Pero he de ser sincero para quien, como tú, todo me lo ha dado. Antes no hubo ilusión, no porque no te amara Manuela y es tiempo de que sepas que antes amé a otra con singular pasión de juventud, que por respeto nunca nombro.

No esquivo tus llamados, que me son caros a mis deseos y a mi pasión. Solo reflexiono y te doy un tiempo a ti, pues tus palabras me obligan a regresar a ti; porque sé que esta es mi época de amarte y de amarnos mutuamente.

Solo quiero tiempo para acostumbrarme, pues la vida militar no es fácil ni fácil retirarse. Me he burlado de la muerte muchas veces, y esta me acecha delirante a cada paso.

Qué debo brindarte: ¿un encuentro vivo acaso? Permíteme estar seguro de mí, de ti y verás querida amiga quién es Bolívar al que tú admiras. No podría mentirte.

¡Nunca miento! Que es loca mi pasión por ti, lo sabes.

Bolívar

Pero no todas las misivas son de este tenor. En otras de estas cartas entre Simón y Manuela se reflejan las contrariedades experimentadas en el alma de Manuela cuando duda, cuando lo espera con afán y él no llega, cuando le exige que responda pronto a sus afectos, y las palabras del Libertador se retardan. Entonces emerge del alma de ella un malestar, un reclamo que Bolívar siempre trata de mitigar, pero que la distancia agranda más y más y Manuela se impacienta, pues la guerra y sus contingencias y urgencias del deber reclaman a Bolívar, y ella no ve el instante de volverlo a encontrar. Pero ella poco a poco va hallando la manera de apaciguar sus ánimos y de tener paciencia.

Entonces surgen los nuevos encuentros, que se repetirán en Perú cuando ella apoya a su amante en la campaña final de la independencia del sur, comienzan a verse más a menudo a partir de 1823; deben separarse ese año en que él marcha a Guayaquil a enviar una expedición de seis mil hombres al Perú. Mientras tanto, Manuela se encuentra en una hacienda llamada Casahuango.

Pero las situaciones siguen complicándose militarmente, y una comisión del Perú visita a Bolívar para que asuma el mando de la guerra en Perú, mientras Manuela se las arregla para investigar complots del otro bando, hasta el punto de lograr disolver un motín que se había efectuado en Quito. Bolívar la necesita cerca de él y entonces le pide que vaya a su encuentro, para que además se haga cargo de la Secretaría de la Campaña Libertadora. Bolívar entonces solicita el apoyo del coronel Florencio O'Leary para que éste se encargue de hacer el nombramiento de su amada con el

grado de Coronela, para incorporarla al Estado Mayor. A la sazón la orden se cumple, y Manuela viste el uniforme de casaca azul y cuello rojo.

Entonces algo inesperado ocurre. El vicepresidente Francisco de Paula Santander comienza a intrigar en contra de la Independencia en el Perú. Manuela Sáenz se entera de ello y pone a Bolívar en conocimiento de la situación, pues hay que manejar el asunto de modo muy sutil, a fin de que Santander no se entere de que lo han descubierto. Manuela aconseja a su amante que firme los documentos oficiales como si estuviera fuera del Perú, para que Santander crea que aún no ha llegado al país. Lima se encuentra sitiada por los realistas, y las medidas militares deben ser urgentes. A pesar de todos los esfuerzos realizados por Sucre y por Manuela para tener bien informado a Bolívar de la situación, comienzan a circular los rumores negativos sobre ambos, tanto en Quito como en Lima. Sucre ha fundado en Quito escuelas, colegios, casas de educación para atender a la juventud; crea una Junta para mejorar la instrucción pública en la provincia. Se emitieron decretos en el Congreso y en el Ejecutivo para dar cumplimiento a las leyes, pero igual los insidiosos continúan incriminando a Sucre de cometer faltas.

Pocos días atrás, en ese mismo año de 1822 había tenido lugar la batalla decisiva para la liberación de Quito, la batalla de Pichincha, liderada por Sucre, para contener las divisiones realistas, cuando en pleno combate los disparos de los fusiles, las banderas y los caballos se proyectaron en el campo de batalla en un solo estrépito de heridas y sangre. Los bravíos hombres venezolanos estuvieron reforzados por el batallón Trujillo comandado por el coronel Manuel Santa Cruz, a quienes llegaron a unirse Yaguachi y el resto de la infantería para ayudar; entonces Córdoba y Mires, grandes comandantes, entraron en combate con el batallón Magdalena, que se vio obligado a regresar por lo difícil del terreno. Los realistas supieron aprovechar esta retirada, pero las bayonetas del batallón Paya les salieron adelante y los contuvieron. Los realistas quisieron rodear a Sucre por la izquierda, pero los batallones americanos fueron más aguerridos y los derrotaron. Los españoles se disgregaron sobre el terreno, dispersos por

todas partes, no pudieron cohesionarse de nuevo para el ataque. Entonces ahí entró el comandante Córdoba, relevando al batallón Paya, para consumar la victoria en aquellas alturas cercanas al volcán Pichincha, donde el ejército español cayó rendido, tomando los patriotas como a mil prisioneros de tropa, ciento sesenta jefes oficiales, fuerzas de artillería, casi dos mil fusiles, cajas de guerra, cornetas, banderas. Después de acorralarlos se les pidió la capitulación. La aceptaron. El coronel Aymerich la admitió al día siguiente. La fortaleza entregada recibía el nombre de «El panecillo», con todo el territorio español situado tanto al norte como al sur de esta ciudad, y sus respectivos almacenes militares.

Bolívar reconoce en Pichincha la gran destreza de Sucre para las armas, así como su voluntad diplomática y su gran nobleza. Los ecuatorianos estaban contentos y habían ido a recibirlo como se merecía, y Bolívar lo nombró, después de Pichincha, General de División.

—Ahora usted —le había dicho Bolívar a Sucre— tendrá que hacer todo lo posible para lograr un encuentro mío con el general San Martín, mientras usted se dirige al Perú en misión diplomática, porque yo tendré que ir allá después. Yo tendré que ir de todos modos a contener a los españoles. Pero adelántese usted entonces primero, y me manda todos los informes que pueda.

Y recalcó:

—Por cierto, mi querido Toñito —le dijo en tono pícaro y confidente a su pupilo—, debo informarle que ando muy enamorado aquí en Quito, de Manuela Sáenz. Así como usted anda enamorado de Mariana Carcelén, la marquesa. El amor y la guerra siempre andan juntos.

Sucre estaba contento con el amor declarado de Bolívar a Manuela. Y él también esta dichoso de haber vuelto a ver a su mujer. Pero la empresa que le encomendaba Bolívar a Sucre no era nada fácil. Sucre debía concertar aquella entrevista con San Martín. El ahora general de División empezó a trazar varios planes para lograr la esperada entrevista de los dos máximos generales, pero hasta ahora las conversaciones habían sido infructuosas, pues el general argentino estaba empeñado en organizar una expedición llamada la Expedición de Santa Cruz que, a

juicio de Bolívar, podía ser el tercer capítulo de la catástrofe del Perú, y para impedir aquello solicitó también la ayuda de Sucre. Entonces Sucre logra una entrevista con los peruanos Canterac y Torre Tagle, primero, tratando de convencerlos, pero éstos le dicen que los monarcas españoles desean la paz en el país. «Para seguir mandando ellos, claro», piensa para sí Sucre.

Bolívar y Sucre se percatan de que hay que iniciar lo más pronto posible la campaña para liberar al sur. Había que aprovechar la victoria de Carabobo para seguir, y entonces acuerdan que deben continuar camino hacia el territorio de Pasto, atravesando terrenos accidentados, zanjones abismales, pero con todo y eso los pastusos pudieron ser reducidos y vencidos. Quizá San Martín creía aún en los poderes de Fernando VII, aquella era la única autoridad que deseaban reconocer y usaron la imagen del rey para drogar al pueblo, juntando la imagen de Fernando VII con la del patrono de España Santiago Apóstol, organizando grandes procesiones católicas donde se empujaba a los fieles como un rebaño de ovejas, concentrándolos en iglesias que hacían el papel de fortalezas. Contra todo aquello tuvieron que pelear, en aquella horrenda guerra de Pasto.

Mientras tanto en el Perú se enseñoreaba Riva Agüero, Jefe del Ejecutivo, uno de los ganados a la causa patriota, afortunadamente, y deben entonces hacer frente a Sucre y Riva Agüero, hombre inteligente y astuto, y deben pelear ahora a todos ellos, para que no sigan saqueando a la ciudad de Lima.

—Por fin nos llega una ayuda del general Santa Cruz, que viene con cinco mil soldados colombianos a enfrentar a Canterac —dice Sucre.

Santa Cruz no tiene un plan claro de batalla y se bate en retirada. Se fuga cobardemente y entonces el ejército patrio debe llevar a cuestas aquella vergüenza, pues perdió la posibilidad de ganar la batalla. El Congreso, entonces, termina de darle la espalda a Riva Agüero, designando en su lugar a un tal Torre Tagle. Sucre es jefe supremo del ejército, pero Sucre no está de acuerdo con aquello, aceptando el cargo a regañadientes. Cuando se inicia la lucha, Canterac viene por Lima; Sucre se mueve hacia El Callao y a su vez Canterac se regresa a Jauja. Es como un

juego. Sucre emplea aquí las mejores destrezas de su estrategia. Bolívar confía en él. Sucre pretende confundir a Canterac haciéndole creer que le va a dar la batalla en Jauja. Pero no, Sucre pasa por El Callao, que estaba también en poder de los realistas. Todo aquello era un gran enredo. Y aunque Bolívar finalmente entró a Lima, le dice a Sucre que debe vencer a Riva Agüero, y conducir las tropas contra el propio pueblo peruano.

Esta fue una de las decisiones más problemáticas; aquellos días en el Perú eran como un laberinto político, pues los mismos peruanos se desconcertaron de que Riva Agüero recibiera ofertas de los realistas, hasta el día en que los apresaron y los pusieron a las órdenes del ejército patriota, cosa que parecía más obra de la suerte. En verdad, lo que buscaban los americanos era liberar al Perú con hombres que vinieran de todas partes: de la selva, del mar, del llano, pues aquel era el objetivo de esa campaña.

Y así sucedió. Comenzaron a llegar todos los demás patriotas y a Bolívar se le iba llenando el pecho de orgullo, cuando vio que cada día llegaban más y más, de todas partes. El ejército al fin se formó y entonces Bolívar nombró a Sucre Jefe del ejército colombiano. El virrey español del Perú es un hombre con un gran poder, es un emperador que comanda un ejército de más de veinte mil hombres. En la Banda Oriental y en Chile le temen, y está dispuesto a invadir, a la menor señal, a todos los americanos, y por lo tanto a disolver el sueño de la gran Colombia.

El general argentino San Martín empieza de súbito a experimentar cambios muy extraños de comportamiento militar: trata mal a sus colaboradores; estimula la discordia con intrigas entre sus oficiales y comienza a padecer de delirios monárquicos, a llenarse de ínfulas de superioridad y a sentirse por encima de todos; por encima de O'Higgins, de Santander y de Sucre y hasta de Bolívar. Eso lo dicen sus cartas y sus colaboradores cercanos. Los rumores de las ínfulas de San Martín corren entre la gente. Entonces Bolívar, al corroborar estas informaciones, comienza a dar la pelea en el interior mismo del virreinato, combatiendo a los realistas desde sus propias entrañas. San Martín incluso ya ha dicho públicamente que no le gusta la idea de incorporar Guayaquil a Colombia, idea que fue refutada varias veces por

Bolívar. Insistió, en muchas oportunidades, en aquellas ideas monárquicas.

Todas estas diferencias de fondo se discutían, mientras los ejércitos patriotas esperaban los refuerzos de Colombia para ir a la guerra de liberación de Quito y Perú; ya se habían solicitado los respectivos apoyos al gobierno de Chile y al del Río de la Plata, para poder ganar la batalla. Pero San Martín insistía que esta ayuda no era necesaria. Tanto fue así que San Martín, al llegar a Lima, reunió al Congreso, renunció al mando y regresó a Buenos Aires. Y de ahí se fue a Europa, donde se quedó el resto de sus días.

Esta renuncia de San Martín a la causa americana incomodó a todos, aunque nadie deja de reconocer sus méritos y su gloria. Las tentaciones no dejan de funcionar aquí y allá, incluyendo en Colombia a Santander. Pero Bolívar, férreo en sus ideas, está tratando de prepararse y de preparar a todos para estructurar una campaña decisiva con labores de todo tipo, para salvaguardar las comunicaciones, para cuidar de los enfermos y favorecer la educación del pueblo, rehacer las leyes, sacar a estos pueblos de la miseria. Por ahora debe escribir informes, cartas y proclamas a objeto de mantener una imagen sólida de gobierno: la palabra escrita debe ser tan justa como la palabra que dirige a los soldados; la palabra dirigida a los generales y a los presidentes debe ser cuidadosa pero enérgica, y más ahora cuando se prepara a los ciudadanos a dar una de las batallas decisivas para la liberación completa de nuestros pueblos: Ayacucho.

Capítulo IX
Delirio supremo y triunfo en Ayacucho

Los últimos meses se han hecho largos, muy largos. Por lo tortuosos, por lo complicados, por todas las acciones sobrevenidas o sorpresivas, donde el azar o la improvisación han venido cumpliendo un papel nefasto. Las reacciones de Santander y de San Martín han desconcertado mucho a los ciudadanos civiles, a abogados y a militares; gentes de todas las capas sociales y de toda condición se han visto afectadas por los rumbos que ha tomado la guerra, y las contradicciones presentadas en su seno, pues la sociedad todavía no existe, está por formarse. Bolívar siente que algo falla, algo allá adentro, en lo más profundo, algo que no se deja ver, se oculta de un modo obstinado. Bolívar se pone a leer más, a cavilar; es sobrecogido de súbito por un hálito desconocido, un mandato divino, una orden del más allá, de las alturas de la cordillera sagrada que atraviesa los Andes, donde convergen fuerzas extraordinarias. Bien vale la pena aproximarse a la máxima elevación de la cordillera de los Andes, El Chimborazo, para experimentar desde ella un estado supremo que puede conducirlo a las puertas mismas de la revelación. Se aproxima cuanto puede a la gran montaña y queda absorto cuando se halla frente a la inmensa cumbre.

> *Yo venía envuelto con el manto de Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al Dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del Universo. Busqué las huellas de La Condamine y de Humboldt, seguílas audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial, el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la*

corona diamantina que pusieron las manos de la eternidad sobre las sienes excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto de Iris que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos sobre regiones infernales, ha surcado los ríos y los mares, ha subido sobre los hombros gigantescos de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo na ha podido detener la marcha de la libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor de Iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? ¡Sí podré! Y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt, empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento: tenía a mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embarga mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior. Era el Dios de Colombia que me poseía.

De repente se me presenta el Tiempo bajo el semblante venerable de un viejo cargado con los despojos de las edades: ceñudo, inclinado, calvo, rizada la tez, una hoz en la mano.

«Yo soy el padre de los siglos, soy el arcano de la fama y del secreto; mi madre fue la Eternidad; los límites de mis imperios los señala el Infinito; no ha sepulcro para mí, porque soy más poderosos que la Muerte; miro lo pasado; miro lo futuro, y por mis manos pasa lo presente. ¿Por qué te envaneces, niño o viejo, hombre o héroe? ¿Crees que es algo tu universo? ¿Que levantaros sobre un átomo de la creación, es elevaros? ¿Pensáis que los instantes que llamáis siglos pueden servir de medida a mis arcanos? ¿Imagináis que habéis visto la Santa Verdad? ¿Suponéis locamente que vuestras acciones tienen algún precio a mis ojos? Todo es menos que un punto a la presencia del infinito que es mi hermano.»

Sobrecogido de un terror sagrado, «¿cómo ¡Oh tiempo! —respondí— no ha desvanecerse el mísero mortal que ha subido tan alto? He pasado a todos los hombres en fortuna, porque me he elevado sobre la cabeza de todos. Yo domino la Tierra con mis plantas; llego al Eterno con mis manos; siento las prisiones infernales bullir bajo mis pasos; estoy mirando junto a mí rutilantes astros, los soles

infinitos; mido sin asombro el espacio que encierra la materia, y en tu rostro leo la Historia de lo pasado y los pensamientos del Destino.»

«Observa —me dijo—, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico, del Universo moral; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado: di la verdad a los hombres.»

La fantasma desapareció.

Absorto, yerto, por decirlo así, quedé exánime largo tiempo, tendido sobre aquel inmenso diamante que me servía de lecho. En fin, la tremenda voz de Colombia me grita; resucito, me incorporo, abro con mis propias manos los pesados párpados: vuelvo a ser hombre, y escribo mi delirio.

Luego de haberse expresado así, Bolívar ya no es el mismo. Ahora es el visionario, es el pensador que puede cumplir un destino, más allá de la carne mortal. Desea vincularse con el universo americano por todo lo alto, en conversación con los dioses y más allá de las religiones; no importa ya de qué iglesia o a qué credo pertenezca, el Bolívar poeta está sobrecogido de terror sagrado. Ha mantenido un diálogo con el tiempo omnipresente. Al leer junto al tiempo los pensamientos del destino, éste le dice que escriba los pensamientos que el cielo le ha revelado, para que pueda así ser portador de la verdad. El fantasma le hace una revelación y Bolívar, que apenas es un mensajero de los hombres de su tiempo, permanece exánime temblando sobre un inmenso diamante que le sirve de lecho. Una voz le grita. ¿Qué voz es esa?: la voz de Colombia que le permite recuperarse y resucitar abriéndose los parpados con sus propias manos. Mientras estaba en este trance, no era hombre si no un semidiós, un mensajero de las deidades. Pero una vez que el delirio y la visión concluyen, él vuelve a ser hombre. En un rapto sublime, ha obedecido a su musa y cumplido con el cometido que le han impuesto los dioses americanos: ahora está completamente decidido, preparado del todo para dar al año siguiente una batalla determinante, justo en aquellas alturas.

Se sabe movido por un llamado superior, por una potencia ignota: la poesía, ese es el nombre dado a la palabra que expresa algo más allá de la palabra, un verbo mítico o simbólico que viene siguiendo el destino del hombre desde el alba de la historia, y ahora ha anidado en su mente, para salir por su pulso e instalarse en su conciencia, con el empuje de las razas nuestras, poderosas, las mismas que intentan ahora ser humilladas por las fuerzas destructivas de España.

Bolívar convoca al año siguiente, desde Lima, el Congreso de Panamá, reconociendo el lugar estratégico del istmo de Panamá, centro mismo del globo terráqueo, llamando a verlo como punto de confluencia del comercio en América; intenta hacer ver su importancia dentro de ese nuevo mundo americano que se abre ante nuestros ojos, para que nos apresuremos a defenderlo.

En Ayacucho será la cita, en una batalla militar, cuerpo a cuerpo. Pero luego de ésta vendrá el reto mayor de constituir una nación, forjarla, hacerla un cuerpo orgánico con leyes, instituciones, ciencias, artes. En la batalla de Ayacucho deben confluir la batalla de Carabobo, que ha sellado la independencia de Venezuela, con todas las otras luchas libradas en Quito o en Perú, en Bomboná, Junín o Pichincha.

Ahora nos enfrentaremos al virrey La Serna, el más poderoso de España, que nos aventaja en hombres y armas, piensa Bolívar. Allí está la legión peruana, ahí están los llaneros del Apure, de Mucuritas, de las Queseras del Medio, de Boyacá, Carabobo, Junín, que sabrán vencer a los guerreros contrarios. El batallón Bogotá tiene que ir a la cabeza de Colombia, las bayonetas van a la vanguardia de esta epopeya: aquí va la bandera de Bomboná, aquí van los caraqueños que asombraron en Coro y Maracaibo, aquí va Sucre al lado de Bolívar con el batallón Rifles, el mismo que fue a Nueva Granada y a Carabobo cuando Venezuela quedó liberada, pues la epopeya de Carabobo quedará sellada en la memoria de nuestros hombres y será recordada por los siglos.

El batallón Rifles está ahora en Ayacucho para gritar a los cuatro vientos:

—¡Viva el Perú libre!

También va el batallón peruano Voltígeros, que ha luchado contra el despotismo y la esclavitud, y estallará en Ayacucho con todos sus fusiles. Y va también el batallón Pichincha al que Quito debe su libertad, ahí está presente otra vez en Ayacucho, y los bravos de Vargas, que habían luchado en Bomboná, también están ahí prestos a la lucha, dispuestos al triunfo; todos listos a combatir por la justicia con la fuerza de sus derechos y de su indignación, aquí están todos, colombianos, peruanos y venezolanos gritando:

—¡Viva la América redimida!

Los soldados se encuentran embargados por el orgullo patrio y pueden exhibir sus batallones y divisiones: la División Córdoba y la División La Mar a la izquierda y la División Miller al centro; y en la reserva la División Lara esperando con sus batallones.

El ejército opositor es enorme, y el general Jerónimo Valdés se adelanta para sobrepasar la línea izquierda de Sucre, y con el único cañón que tenía el general cumanés hicieron fuego para distraerlos, oyéndose las detonaciones de ambos lados. Sucre simula una retirada, y las tropas de La Serna avanzan primero y atacan por ambos flancos. Valdés y Villalobos eran los generales que atacaban las defensas comandadas por Sucre. Valdés ataca y desciende causando bajas entre los americanos y Córdoba le hace frente, pero los hombres de Sucre comenzaron a doblegarlos: caen muertos, arrastrados por los caballos o heridos por los sables y disparos; Córdoba enfrenta el flanco izquierdo realista de Monet. Sucre entra en acción para ayudarlo a destrozar los batallones. Más adelante vemos que tres escuadrones de La Serna atacan a Sucre y éste los contiene con sables y cuchillos, alcanzando al mismísimo Virrey del Perú, quien cae herido de muerte.

Entonces Córdoba se convierte en la estrella de la batalla, sometiéndolos y apoderándose de la artillería enemiga, y luego clava la bandera de Colombia en una colina. Los hombres del Virrey La Serna ya no pueden más, están desorganizados; las reservas patriotas salen al campo y se juntan a Córdoba, para lograr que los contrincantes pidan la capitulación. Apenas en tres horas, seis mil hombres en Ayacucho han destruido a nueve mil soldados realistas, mientras la pérdida de los patriotas debe ascender a mil, y a muchos heridos.

Sucre logra cerrarles el paso y perseguirlos, ya no pueden más. José Canterac tiene que ceder el campo a las tropas independentistas, y negociar con Sucre las condiciones de la capitulación; las tropas del Perú toman posesión de las armas del ejército español, los almacenes militares, los caballos y las guarniciones. Se le permite a todo individuo del ejército español regresar a su país, y el Estado del Perú le costeará el pasaje y lo protegerá, pero no podrán tomar nuevamente las armas contra América mientras dure la guerra; por otro lado cualquier habitante del Perú, según las condiciones de la capitulación, podrá trasladarse a otro país llevando consigo a su familia y propiedades, y se repartirán las posesiones de los españoles fuera del territorio si éstos individuos no son hostiles a la causa de la libertad y a la independencia de América.

Bolívar y Sucre se han encargado de que los buques salgan del mar pacífico seis meses después de que se provean de víveres; todo ello para que se respire una atmósfera de concordia en el país y no se produzcan nuevas hostilidades, en la mejor buena fe, para que las nuevas generaciones de peruanos recuerden sus nombres con gratitud y orgullo. El Libertador pone en manos de Sucre una guirnalda de oro, para reconocer su extraordinaria labor frente al ejército en esta memorable batalla de Ayacucho.

El Congreso del Perú nombra a Bolívar presidente de Colombia y, encargado del poder, en diciembre de ese año 1824, toma la palabra para dirigirse a los soldados del ejército vencedor en Ayacucho y les dice:

«—¡Soldados!

»—¡Habéis dado la libertad a la América meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de nuestra gloria ¿dónde no habéis vencido? ¡La América del sur está cubierta de los trofeos de nuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos! ¡Soldados! ¡Colombia os debe la gloria que nuevamente le da: el Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores; ¡contemplad,

pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios! ¡Soldados! ¡Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú! Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis antes de volveros a vuestra hermosa patria. Mas no…jamás seréis recompensados dignamente. ¡Vuestros servicios no tienen precio!

»—¡Soldados peruanos, vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú! ¡Soldados colombianos: centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo!»

Así les habló Bolívar a sus solados en el Cuartel General de Lima.

***

A principios de ese año Manuela Sáenz y Bolívar se habían reunido para confirmar sus deseos recíprocos, para ratificar su amor y seguir trabajando por la causa de la América libre. Bolívar ya le había invitado a Manuela a que marchara con él hasta Junín en la campaña. Manuela se ofrece a prestar sus servicios en las armas, actúa en el ejército y está dispuesta a seguir revelando las pruebas que inculpan a Santander como un traidor a la causa, pues el Libertador ha sido privado de sus facultades extraordinarias por parte del Ejecutivo, debido a una ley emanada del Congreso de Colombia, que traspasa dichas facultades a Santander. Bolívar asciende a Manuela a Capitana de Húsares, por su valentía. La gran mujer quiteña había seguido a Simón a lo largo de los Andes y participado en la batalla de Ayacucho, en la cual se encargó de abastecer las tropas y de atender a los soldados heridos, además de hacer uso de las armas como un soldado más. Sucre la ha felicitado por ello, destacando su actuación, y a la vez el gran general cumanés le informa a Bolívar su deseo de ascenderla a Coronela del ejército colombiano.

Santander, envidioso, escribe a Bolívar haciendo difamaciones sobre Manuela, y el Libertador lo refuta. En esos días llega también a Lima Simón Rodríguez, y Manuela lo hospeda en su hacienda varios días, pues Rodríguez acaba de ser nombrado

director de instrucción pública de Arequipa. Desde su cuartel general, donde se encuentra, Bolívar cree necesario dar nombre a aquella región del Alto Perú: Bolivia. Y entonces la asamblea deliberante del Alto Perú acepta la propuesta.

Manuela y Simón continúan con su amor, aún en medio de las tribulaciones de aquellos días. Suceden cosas insólitas, el ajetreo es completo, pareciera no haber sosiego; apenas el Libertador da un paso en positivo para solucionar un asunto, aparece un nuevo obstáculo y una nueva dificultad, no le dan tregua, se halla cansado, prematuramente envejecido; necesita tiempo para reponerse y requiere del amor de Manuela, de su cercanía, para lograr sus objetivos y dejar las cosas en orden antes de entregar el país a los hombres más capaces y esclarecidos.

Los desórdenes no cesan en todas partes, y Bolívar empieza a dirigir comunicaciones a Santander, a Sucre, a Olmedo, a José Lancaster, a fin de que se hagan los correctivos. También emitió un decreto sobre los derechos del indio y otro sobre el sistema educativo de Bolivia, donde resalta en cada uno de ésos la igualdad entre todos los ciudadanos y los deberes del gobierno en dar educación al pueblo, la salud de una República depende de la moral que por la educación adquieren los ciudadanos desde su infancia. Y que el Director General de enseñanza pública, Simón Rodríguez, diera cuenta al gobierno del estado de las escuelas, los colegios y de los fondos que los sostienen, para que a lo largo del país se establezcan escuelas primarias, colegios de ciencias y artes, y se construyan edificios para tales fines. Así, todos los fondos se reunirán en una sola administración en cada departamento, sujeta a una dirección general, con dotación suficiente.

Son muchas las preocupaciones de Bolívar para la educación, y esperas que su maestro Rodríguez las implemente mediante unas nuevas ideas. Cree que el gobierno forma la moral de los pueblos, y que la instrucción pública es fundamental para vivir bajo la influencia de un gobierno ilustrado, y deponer toda idea de ocio; para en vez de eso formar el espíritu y el corazón de la juventud, además de su decoro, aseo y vestimenta. Bolívar no sólo hace énfasis en los aspectos morales y civiles, sino también en aquellos que tienen que ver con modales naturales y finos, el

aseo físico del rostro, la dentadura y las manos, y todo ello redundará en algo favorable en el ánimo de las personas. Asimismo, estos modales e instrucciones prácticas se acompañarán de las respectivas ceremonias, etiquetas y modales. No se le escapan a Bolívar los detalles atinentes a juegos y recreaciones, tan necesarios para los niños como el alimento. Cree que el tratamiento de los niños entre sí debe ser de «tú», y el de «Señor» delante del director, quien debe ser un hombre sabio, y enseñar todo lo que le permita el tiempo. Los estudiantes deben aprender a escribir y los principios de la historia sagrada, la religión y el catecismo; también la aritmética, la geografía nacional y universal; se crearán premios y actos extraordinarios de aplicación en ese proceso de instrucción pública que reconozca los sentimientos nobles de los seres humanos; también debe haber un día para las grandes solemnidades de la Patria, donde se congregará la sociedad y se formará a los ciudadanos del pueblo, que leerán en voz alta los triunfos de la juventud.

Bolívar ha pensado en todo ello, para que nuestros ciudadanos se encaminen por la senda de la rectitud. Hasta los grandes congresos que deben efectuarse para continuar engrandeciendo la patria común. Sigue aportando ideas para que nuestras naciones independientes obtengan nuevas garantías con el reconocimiento de España e Inglaterra, pero manteniendo intacto el orden interno; ninguno de ellos más débil ni más fuerte que el otro.

De los peligros que acechan a América, Bolívar piensa que uno de los más peligrosos es el de los partidos políticos. Por ello se ha animado a redactar la Constitución de Bolivia, la cual envió al general Sucre con un edecán, antes de que sus proyectos naufragasen en el sinnúmero de noticias malas que venían de todas partes. La Hacienda de Colombia está en peligro debido a los partidos, que tienen a la hacienda dividida; los empleados aumentan con la decadencia del tesoro, y entonces han comenzado a clamar en Venezuela por un nuevo imperio. Bolívar teme que lo mismo ocurra en Perú, y ante tal amenaza piensa que la solución puede ser el crear una federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia mandada por un Presidente y un Vicepresidente, regida por la Constitución Boliviana. Lograr la unidad bajo una forma

federal. Cada departamento mandará un diputado al Congreso General y éstos se dividirán en las secciones correspondientes, y él, como Jefe que es, irá cada año a visitar los Departamentos en cada Estado. Después de esto, será más sencillo hacer que Colombia adopte el único partido que le queda de salvación. En esta federación general pone Bolívar toda su esperanza.

Capítulo X
Conjuras y retos

Luego de dar las batallas militares, a Bolívar le queda ahora una tarea aún más difícil: librar una lucha moral por la unidad, estructurar las instituciones y consolidar las leyes. Su sueño, que es el sueño de todos, está en peligro. Se dirige a los congresos, llama a convenciones, desea la unidad y debe buscar apoyos dentro y fuera. Necesita del amor de Manuela Sáenz; necesita del afecto y la confianza de los patriotas; necesita de aliados internacionales, con el concurso de los mejores hombres y mujeres.

Dirige unas palabras al Congreso de Bolivia, eleva un mensaje para realizar una Convención en Ocaña. Exhorta a los legisladores, se dirige a los representantes del pueblo para lograr que se reúna esa convención, de donde podrán salir conclusiones útiles para la forja del nuevo gran país. Sigue en contacto con su amada Manuela, con quien mantiene una intensa correspondencia. Simón sale desde Bogotá hacia Bucaramanga, desde donde piensa seguir los pormenores de la Convención de Ocaña. Han continuado las intrigas políticas, creadas por los partidos.

Bolívar y Manuela han compartido el lecho, se han acariciado con pasión y ternura, se han entregado el uno al otro por completo, intensamente. En este mismo instante desayunan, toman sus alimentos y luego se relajan, reposan en sendos mecedores. Manuelita fuma con elegancia, el humo sale de su boca en pequeñas nubes y piruetas graciosas; su negra cabellera cae sobre sus finos hombros; sus ojos se mueven nerviosos mirando a los lados; luego se fijan en Bolívar, su amado, que tiene un gesto

relajado, terminando de sorber del vaso un jugo de naranja dulce, y se levanta un momento, mientras Manuela lo observa.

—¿Entonces qué piensas, Manuelita mía? ¿Qué Santander tenga buena parte de la responsabilidad en todo este enredo, en esta complicación?

—Sí, estoy segura, Simón. Las conspiraciones de Santander han debilitado mucho el proceso. De mí ha dicho de todo, tú lo sabes, hasta me ha tratado de ramera. Al conocer el ascenso que tú me diste, montó en cólera, celoso como está, cree que mis méritos son los tuyos, nada más.

—Tienes razón, Manuela. Me ha pedido que te degrade, y eso es el colmo. Ya le respondí en una carta, donde le explico su despropósito. Le he dicho claramente que no es más que una difamación vil y despreciable, fuera de toda realidad. Le he dicho que esa decisión de tu nombramiento no es sólo mía, sino de Sucre, de su batallón de los Húsares, y de toda la oficialidad que se reunió para proponer tu nombramiento.

—Me parece que le has dado una lección —dijo Manuela.

—Sí —dijo el Libertador—. Además, le pregunté si él se sentía más justo que yo. Venga entonces, le dije, y salgamos al campo de batalla.

Manuela se acercó a Bolívar y le estampó un beso en los labios. Bolívar la ciñó por la cintura con ambas manos, la atrajo hacia él y le respondió el beso de manera apasionada, apretándola fuerte contra su cuerpo, para que el beso se prolongara, para sacarle más sabor a la boca de ella, sentir su aliento y su presencia toda. Manuela se sintió excitada otra vez, y lo convidó con la mirada para que por la tarde volvieran al lecho a seguir disfrutando de su amor.

***

Sin embargo, Santander no era por entonces la preocupación central de Bolívar. Inglaterra recién ha reconocido la independencia de los nuevos estados hispanoamericanos, con lo cual también se reconocían los esfuerzos por la causa iniciados por Miranda, continuados por Hidalgo y San Martín. Cuando Bolívar marcha al

Alto Perú, Manuela se siente bien por ello, muy feliz, aun sabiendo que pasará mucho tiempo sin ver a su amado Simón. Estaba muy enamorada. Pero a la vez contrariada, pues Bolívar no le dejaba seguridad de continuar aquel amor hasta el fin. Ambos se ven envueltos en un mar de decepciones y paradojas personales. Bolívar recuerda todo aquello con tristeza, pues sabe en el fondo que Manuela tiene razón: él no había sabido responderle del todo, como ella lo merecía, debido a su propia obstinación por llevar a cabo el sueño americano.

Si era necesario, Bolívar estaba dispuesto a perdonar a Santander. Manuelita seguía perseguida por los prejuicios morales de la sociedad pacata, tanto en el plano civil como en el militar. Bolívar sabía que Manuela tenía toda la razón. Finalmente se tejió toda una red de complots contra el Libertador: de Pedro Carujo, de José Padilla, de Florentino González, de Juan Nepomuceno y de otros personajes que comenzaron a ver en Bolívar a un dictador o un traidor, y conformaron una junta llamada «La Junta de los Siete». A ese complot se sumaba Santander. Estaban urdiendo un plan para asesinar a Bolívar. Se fueron reuniendo ciudadanos y oficiales y fueron enviados al cuartel de artillería, a armarse. Llegaban poco a poco. A las doce de la noche de un 25 de septiembre asaltaron el Palacio de Gobierno, rompieron dos puertas y depusieron al vigilante, siguieron después hacia la habitación donde dormía Bolívar, quien se había despertado ya con los ruidos que hicieron los hombres al tumbar la puerta y los gritos que profirieron al entrar.

Al derribar la puerta de la habitación de Bolívar los conjurados vieron, en lugar de la figura del Libertador, a la figura de Manuela Sáenz armada de una espada, observándolos a todos. Le preguntaron a ella por Bolívar y ella les dijo que su amado estaba en otra parte, que Simón ya había saltado por la ventana y estaba fuera del alcance de ellos. Manuela Sáenz les sostuvo la mirada a aquellos cobardes, a aquellos traidores.

Luego les siguieron un juicio, donde los condenados a muerte confesaron, acusando a Santander. Cayeron entonces Pedro Carujo, Florentino González y Luis Vargas Tejada. Más adelante, en Ocaña, se enfrentarían otra vez bolivarianos y santanderistas. También se corrió por ahí la especie de que Manuela Sáenz había construido un

muñeco de trapo de tamaño natural que representaba a Santander, colgando bajo su cuello un letrero que decía «Santander, muere por traidor». A raíz de aquel suceso, Manuelita es calificada de «loca».

Comenzó entonces a circular la idea de construir un nuevo imperio para Colombia, similar a los de Inglaterra o Francia. Bolívar declinaba cada vez más y más invitaciones para ejercer el poder supremo, hasta la soplaban al oído ideas de que hiciera como Napoleón, coronarse emperador de medio mundo. Se dio cuenta de que convertirse en dictador no era de por sí una salida. Una dictadura podía degenerar en un ejercicio de poder absoluto, el cual podía devenir a su vez en tiranía, o en el sometimiento de las masas a una voluntad única perjudicial.

Manuelita Sáenz pudo ver, entonces, que la revolución sin Bolívar estaba perdida, y se sumió en la tristeza. Le escribió numerosas cartas a su amante, pero Bolívar no podía responderlas todas. El atentado contra su vida lo había desmoralizado. Sus detractores ¿acaso pensaban que matándolo a él mataban al sueño de libertar a América? ¿Qué las batallas de Carabobo en Venezuela y de Ayacucho en Perú habían sido en vano?

¿Pretendían Santander y sus adláteres que Colombia era sólo una entelequia personal?, se preguntó el Libertador, mientras su pensamiento se posaba en los afectos recientes de Manuelita, su adorada mujer que le había contagiado tantos ánimos para la lucha. Estuvo separado de ella por dos años, y eso Manuela no se lo perdonó, que él hubiese sacrificado aquel gran amor que sentían. Bolívar les escribe a sus generales amigos para que continúen protegiendo a su amada, que se iba alejando de él, lentamente. No desea ser un dictador, pero sabe que su puesto garantiza la estabilidad de Colombia. Aquel año de 1828 fue realmente un infierno para él.

Se presenta un problema limítrofe en Colombia, y debe por que sí declarar una guerra al Perú. Todo se complica. Después debe partir al sur para impedir que las tropas peruanas lleguen a Bolivia. Comienzan a aparecer enemigos por todos lados. Finalmente, se le ocurre la idea de formar un congreso, al que llama «Congreso Admirable», y a la vez convoca a unas primeras elecciones que pudieran producirse por el año de 1830. Su salud

se va resintiendo, ya no es el mismo de antes, siente fatiga, pero le urge realizar el tratado de paz en el Perú. Le informa de todos estos proyectos y noticias a Manuelita en nuevas cartas. Se anima por momentos. Pero una enfermedad biliar lo sacude. Requiere la ayuda de Antonio José de Sucre para consolidar a Bolivia. En varias cartas, Sucre le dice que hay muchas fricciones entre sus generales, que la gente odia a los argentinos y prefiere agregarse al Perú; en el Río de la Plata tampoco los quieren como vecinos. Sucre acepta todas las posibilidades que le transfiere Bolívar, y con ello también le comunica las envidias y los odios que concita. Bolívar también pide la ayuda de Simón Rodríguez, quien está dispuesto a trabajar por le educación en esos países.

En el Perú los nuevos gobernantes, los generales Gamarra y Santa Cruz han comenzado una campaña de descrédito contra Bolívar, y a crear un clima negativo. América se encuentra acechada por todo tipo de desórdenes, el ideal de la patria grande se va desmembrando poco a poco, el gobierno está mal constituido. A pesar de ello, en Venezuela las cuestiones de gobierno no están tan mal, controladas de momento por José Antonio Páez. Pero la anarquía reinante en Bolivia es una enfermedad, mientras que en Perú se intenta imponer el régimen federal, lo cual facilitará las cosas a los anarquistas, quienes aprovecharán las situaciones de crisis para devastar a estos pueblos. Esto es lo que piensa Sucre y se lo comunica a Bolívar en una carta: es urgente fijar en el Perú un sistema sólido de gobierno.

En el Perú el comandante José Bustamante se alzó e hizo expulsar a Jacinto Lara y a otros oficiales de Colombia, y Sucre tuvo noticias de que allá habían salido tropas para insurreccionar a Bolivia, lo cual es el colmo; noticias que pusieron muy contento a Santander, pues iban en contra de la voluntad de Bolívar, quien ha corrido a Caracas a mitigar nuevas insurrecciones, reconociendo allá el trabajo de Páez. Empiezan los generales traidores a actuar. Un tal general Gamarra espera en Puno; otro coronel llamado Pedro Blanco llega con sus batallones a informar a Gamarra. Todos se habían confabulado ya contra Sucre, sobre todo Gamarra, que estaba ya resentido con Sucre porque éste no lo había nombrado en el parte de guerra de la Batalla de

Ayacucho. Sucre lo encaró y le dijo traidor, y entonces Blanco se alió con Gamarra.

Bolívar estaba muy nervioso con todo esto, porque Sucre estaba rodeado de gente mala, de generales envidiosos, a quienes se había unido un doctor de apellido Olañeta, que acusó públicamente a Sucre y a Bolívar de herejes. Una turba de falsos revolucionarios saqueó al Palacio de Gobierno y estuvieron a punto de matar a Sucre, si un grupo de valerosas e inteligentes mujeres no lo hubieran ayudado. Más tarde enviaron a una turba de indios borrachos a perseguir al mariscal de Ayacucho, que logró salir airoso de aquel complot, de milagro.

Sucre logró después controlar la situación con la ayuda del coronel Francisco López, prefecto del Potosí, que con sólo ochenta hombres pudo manejar la acción destructiva de los saboteadores. Esto hizo huir a Olañeta al Potosí. Gamarra y Olañeta se convirtieron en Perú en los principales enemigos de Sucre y de Bolívar. El general Sucre también estaba muy cansado, exhausto con todo tipo de intrigas y atentados; sabían que era una pieza clave de Bolívar y le tenían el ojo puesto. Sucre había sufrido un accidente y tenía un brazo roto, que le dolía mucho; el brazo derecho lo llevaba tan estropeado que duró más de tres meses para sanarse.

El gobierno peruano comenzó a manejar la idea de que se volviera a refundir Bolivia al gobierno del Perú, ignorando todos los esfuerzos que se habían hecho para fundar la nueva nación. Sucre y Bolívar rechazaron esa idea, y las gentes del pueblo también, como lo mostraron al entrar allí las tropas agresoras, cuando tuvieron la enérgica protesta de los Diputados al Congreso Constitucional presentes en la ciudad, convenciendo a los peruanos de que los bolivianos sí querían su independencia, a pesar de los movimientos emprendidos otra vez por parte del coronel Pedro Blanco para desmembrar al país. Entonces los soldados patriotas salieron a dar batalla y obtuvieron el triunfo.

Pero los sediciosos continuaron en su empeño de agredir a Bolivia. Entraban en los pueblos para saquearlos y amedrentar a sus pobladores. Pero los bolivianos no se dejaron. Pudieron repeler a los invasores. Sucre entonces deseaba librar una nueva

batalla interna contra los traidores, y Bolívar estaba entusiasmado con aquella idea.

—Estoy orgulloso de Sucre —dijo Bolívar a un grupo de oficiales que le acompañaban—. Se ha portado como un valiente y nos ha demostrado a todos que tiene un temple especial para las estrategias. Y para la diplomacia —recalcó a los oficiales. Y continuó:

—Debemos confiar en él, porque también el pueblo boliviano lo apoya. Han salido a defenderlo de los militares traidores, y hasta ahora lo han logrado. La situación está muy delicada —le dijo al edecán—. Lleve estas cartas ahora mismo al mensajero para que las distribuya —ordenó.

—Sí, mi general. ¿Y en quién confía ahora Sucre allá en Bolivia? —preguntó un oficial.

—Creo que en el general llamado Urdinidea. Yo no lo conozco bien, pero Sucre confía en él. Según me dicen, tiene bastantes méritos.

Pero Bolívar y Sucre estaban equivocados. El general Urdinidea había apoyado el uso de la fuerza, e impuso a Bolivia condiciones más fuertes y ofensivas que las de un conquistador. Obligó a abrir las sesiones de deliberación bajo el temor de las bayonetas, y terminó siendo un militar bárbaro y sin educación. Urdinidea quería también que el Perú se adueñara de toda esa región para que volviera la monarquía española a reinar allí. Empezaron a hacer una serie de reformas, apoyados en las amenazas con armas.

Sin embargo, Sucre emprende iniciativas, construye escuelas, se organiza la agricultura; se crea un cuerpo de policía y se organizan los monasterios. También se propone a Cochabamba como capital de la República. Se construyen los edificios para los cuerpos legislativos; quedaba pendiente la Hacienda Pública. Sucre hizo todo esto, pero ya estaba cansado. Quería retirarse a vivir con su esposa Mariana Carcelén. Solicitó todo eso al Congreso Boliviano, que se lo acepta, y entonces Sucre se despide de Bolivia como de una obra ya hecha. Ya había luchado por quince años en medio de tanta agitación, de tantos partidos que se revolvían unos contra otros, de tantas rencillas. Pero confiaba, de

todos modos, en las leyes, como Bolívar. La idea era que aquellos países continuaran conduciéndose con las leyes y con el ejecutivo, y no por la fuerza militar.

Sucre se encuentra exhausto, pero arregla por fin a través de un poder su matrimonio con Mariana Carcelén, y luego va a encontrarla a Quito. Está impaciente. Se halla enfermo, va herido en el camino, con un brazo fracturado, y pasa así por varias ciudades: Chuquisaca, Cobija, El Callao, oyendo en el camino cuentos acerca de la nueva proclama de Bolívar; le llega la noticia de que en Bolivia el general Urdinidea ha traicionado la causa de su país, desmoralizando al ejecutivo y haciendo que su cómplice, el general Gamarra, presione a los Ministros para que dimitan de sus cargos, toda una vergüenza. Entonces el Congreso se disolvió y llegaron los arribistas. En Chuquisaca entraron tropas a dirigir las sesiones del Congreso. Gamarra continúa con sus amenazas, pero le tiene mucho miedo a Bolívar, que lo está esperando para darle batalla. Se encuentra al acecho.

Sucre por fin llega a Quito, a disfrutar de la compañía de una familia de la que ha sido privado durante quince años. El anhelo de estar junto a Mariana se ha cumplido. En el ambiente político advierte un disgusto general por la guerra con el Perú. Se ha enterado también del atentado contra Bolívar, y ello lo ha decepcionado en alto grado. Nunca pudo imaginarse semejante traición a quien considera un padre espiritual. Hasta habían dicho las malas lenguas que Sucre le había escrito a Santander hablándole cosas contra Bolívar, han dicho de todo. Incluso en el propio Quito han tratado a Sucre como a un extraño, y han amenazado a la madre de Mariana Carcelén con llevarla presa porque tiene una deuda de trescientos pesos.

De todo aquello se ha ido informando Bolívar, que se encuentra profundamente molesto por el trato que se le está dando a Sucre. Pareciera que se han puesto de acuerdo para molestarlos a ambos. Saben que la familia de Mariana Carcelén está corriendo con los gastos de Sucre, y entonces quieren humillarlo, pues Sucre los ha contenido antes, por no consentir sus arbitrariedades. Se halla profundamente decepcionado. Apenas, sus ahorros le han servido para cubrir los gastos de su salud y los gastos domésticos; ante el asedio

de los dimes y diretes, de los chismes e infamias, tienen irritados a Sucre y a Bolívar.

Pero el Libertador se ocupa en otras cosas; logra firmar un tratado de paz con el Perú y debe ir a Bogotá a instalar el Congreso Admirable, a fin de evitar la disolución de la Gran Colombia. En una de esas noches en que requiere de un profundo descanso, se acuesta a dormir y tiene, a ratos, sueños raros, se despierta y recuerda, pero después vuelve a soñar y así, en las entretelas de la vigilia, en el territorio del entresueño percibe la imagen de su padre Juan Vicente Bolívar Ponce y a María Concepción Palacios y Sojo, su madre, de cabellos negros, piel muy blanca y ojos grandes, que lo acaricia siendo niño, es el menor de los hermanos, de dos varones y dos hembras. Le dieron a él el nombre de Simón, un nombre común. María Concepción le acaricia el cabello, y él a su vez mira la cabellera de su madre y la acaricia también: en medio de las caricias nota que ella está enferma, sufre de tos y ya no puede acariciarlo más y él le pregunta qué te sucede, madrecita mía, la ve débil y llorosa, mamá qué te pasa, en qué puedo ayudarte, le ruega, pero ella sigue tosiendo y llora, no puede parar de llorar y ella se retira entonces para no contagiarlo, y Simón va a buscar a su mamá que se interna por unos cuartos oscuros, por unas habitaciones laberínticas donde el niño Simón se pierde. «¡Mamá, mamá!» grita Simoncito y la sigue y oye sólo una voz que le dice: «¡Te quiero mucho hijo mío, eres lo que yo más amo en este mundo, y dentro de un rato te encontraré para contarte algo!» En efecto, la mamá sale de la tiniebla con un mejor semblante; ya no está pálida si no sonrosada y no está tosiendo: su voz es diáfana y empieza a cantarle a Simón canciones dulces, poquito a poco ambos se van suspendiendo en medio de nubes felices, de algodones etéreos sobre los que ambos viajan contemplando el azul del cielo, mientras divisan desde arriba el rostro de su padre Juan Vicente que les observa con una gran sonrisa, y esa sonrisa buena llena ahora parte del cielo y se va a unir a la canción de cuna que está oyendo Simoncito, el niño Simón que llora de alegría al comprobar la existencia de un edén.

Bolívar despierta de ese sueño y está contento. Su madre había muerto cuando él contaba apenas nueve años, y quedó

viuda desde que él tenía sólo seis, pues Juan Vicente también se había despedido hacia las ignoras regiones y entonces el muchacho debió vivir bajo la tutela de su abuelo y de sus tíos maternos. El niño Simón no tenía conciencia de la muerte de sus padres. Su madre se había alejado un poco de él por temor a contagiarlo de tuberculosis, la terrible enfermedad de aquellos años. Más tarde Simón clamaría por su madre para que ella le explicara todo, el origen de su familia y de todos ellos, y ante esa imposibilidad acude a un tío hermano de su madre, quien le explica al niño Simón que sus hermanos y sobrinos están sepultados en los campos, pues han entregado su vida a la lucha por conquistar la República, por amor a la justicia y por el deseo tener una patria libre. Y entonces Simoncito, al oír estas palabras, llora y grita, está orgulloso y triste a la vez, no sabe qué pensar ni qué sentir, siente rabia, amor, impotencia, está lleno de un furor que no comprende bien, pero que más tarde se convertirá en reflexión; se volcará sobre lecturas y sobre pensamientos y sueños. Ya ha recorrido lo suficiente patios y jardines en las casonas, ya ha comido de los dulces frutos, de los granados, las guayabas y naranjas; ha inhalado el olor de las flores, de los nardos y los azahares, ha montado en pequeños potros y disfrutado de cabalgatas, y ha jugado con sus amigos. La negra Hipólita y la negra Matea ven que ya está grandecito, fuerte y ágil, pese a su baja estatura y complexión delgada, está lleno de una fuerza que lo impregna de seguridad y le permite calibrar bien los esfuerzos del pueblo, la humillación que sufren los esclavos y la servidumbre, y aprecia las horribles muecas de los déspotas, de los envidiosos y los avaros. Todo esto ha visto Simón en una suerte de caleidoscopio, como si sus recuerdos se proyectaran en una superficie donde él puede verlos sin inconvenientes, en una sucesión de imágenes mezcladas de donde surgen olores y sabores, sensaciones mezcladas a remembranzas, desasosiegos y preguntas sin réplicas, interrogantes cuyas respuestas sólo pueden ser dadas por la lectura y el estudio.

Todo aquello se construye dentro de la conciencia de Simón, para forjar su carácter y personalidad. A veces se ponía a pensar sobre las cosas que decía la negra Hipólita acerca del mundo que la rodeaba, y sus comentarios sobre lo que había leído por ahí acerca

de otros países, le cantaba melodías que le gustaban y él la veía como a una madre. En cambio, la negra Matea era una esclava enjuta, una mujer joven que siempre andaba con un pañuelo de colores en la cabeza, y acompañaba a Simoncito a jugar y lo secundaba en sus tremenduras, le contaba cuentos surgidos de la imaginación del pueblo que nutrieron mucho la fantasía del niño, y su capacidad de soñar. Recordó Simón, esa misma noche de entresueños, a don Miguel José Sanz, un hombre más bien hosco, que pronto sintió rebelde al muchacho; y a los maestros Simón Rodríguez y Andrés Bello, sus tutores, quienes terminaron de formarlo.

Ya es de mañana. Bolívar sale de su modorra de sensaciones. Su sueño se ha bamboleado entre el recuerdo y el delirio, entre imágenes imposibles y símbolos órficos; pero todo aquello le ha hecho bien, y ha podido identificarse otra vez con los retos que le propone la realidad, con los anhelos de un espíritu que debe seguir hacia adelante, luchando siempre.

Capítulo XI
Días en Ocaña y Bucaramanga

Una vez instalado el Congreso en Ocaña, Bolívar marcha a la ciudad de Bucaramanga a descansar por una temporada, mientras espera las decisiones surgidas del congreso. En aquella ciudad se hizo acompañar de algunos amigos, especialmente del francés Luis Perú De Lacroix, quien había luchado bajo las órdenes de Napoleón y había llegado a ser general de la Gran Colombia; era buen amigo y confidente de Bolívar, anfitrión y escritor que le inspira la suficiente confianza como para transmitirle infidencias que no había revelado antes, o tal vez se las hace tomándolo también como pretexto para hacer un examen desprejuiciado y sincero de la dramática situación que se está viviendo, más allá de las cartas y las comunicaciones oficiales. Esto le hace muy bien al Libertador, es para él como una especie de catarsis, de terapéutica, de desahogo para sus decepciones. Piensa dirigirse a Bogotá, pero pasará antes por Cúcuta, aun cuando no espera grandes cosas de la convención en Ocaña; ha visto como sus compañeros de lucha se manejan dentro de una calma crispante, protegiendo sus propios intereses y el de los partidos. Ahora se encuentra conversando con Luis Perú De Lacroix.

—Mis amigos han obrado con poco tino y con menos política —dice Bolívar—. Vieron que había un partido santanderista y por eso han querido oponerle un partido boliviano, al que pensaron engrosar con los del partido neutral, en lugar de entrar ellos en aquel recinto sin hablar de partidos. Ya es tarde, la suerte está echada —dijo Bolívar con gesto contrariado.

—¿Pero señor, por qué usted no comunicó a sus amigos esa sabia idea? —pregunto De Lacroix.

—Pues porque no he querido influir en los negocios de la convención, sino ver lo que está pasando ahí, sin dar consejos particulares a nadie. Que todo el bien o el mal que salga de ella, sea todo suyo.

En ese momento en que hablan, llaman a la puerta. Es un tal señor Molina que desea ver a De Lacroix. Trae noticias de la Convención donde han votado sobre la forma de gobierno y han determinado que éste sea el sistema central, con una mayoría de las dos terceras partes, noticia que causa mucho placer al Libertador. Sin embargo, esto no se ha comunicado oficialmente por escrito.

Se puso Bolívar de buen humor con la noticia, y con otra donde se anuncia que habrá esa noche un baile en una casa cercana; la cara de Bolívar se llena de contento, aun cuando no podrá ir debido a la permanente fatiga que siente. De Lacroix se arregla y marcha entusiasta a la fiesta, la cual se extiende por lo menos durante cuatro horas. Cuando regresa, halla acostado a Bolívar en su hamaca.

—¿Cómo estuvo el baile? —pregunta Bolívar.

—Muy bueno, había muchas señoritas y alegría —contesta De Lacroix.

—Yo fui muy aficionado al baile, pero esa pasión ya se ha apagado en mí—dijo Bolívar. El valse es la pasión musical que siempre he preferido. He bailado por horas enteras, haciendo locuras. En los cuarteles generales y en las villas bailábamos casi todas las noches. Después de ahí íbamos a pronunciar algunas órdenes o a dictar cartas, pero después seguíamos bailando, y entonces las ideas nos surgían más fuertes, y hasta con un estilo más elocuente. Debe usted creerme, mi querido amigo…

—¿De veras, maestro?

—En serio, Delacroix. El baile me inspiraba, y excitaba mi imaginación.

—Increíble lo que me está diciendo, Su Excelencia, que el baile pueda influir en la manera de escribir —dijo De Lacroix.

—Hay hombres que necesitan estar solos o retirados para poder pensar, pero yo no, yo reflexiono y necesito estar en medio de la gente, compartiendo o disintiendo con los demás, o para decirlo de otro modo, de los placeres, del ruido o de las balas… no me importa.

—¡Ja, ja, ja! —rio De Lacroix.

—En serio, De Lacroix, así lo hacía, y también dictaba varias cartas al mismo tiempo, eso también lo he hecho… dígame si esto no es algo original —dijo Bolívar, sonriendo.

El rostro de Bolívar se ilumina de alegría por un momento, pero después vuelve a entrar en meditación grave, cuando se acuerda de las traiciones.

—Vea la conducta de Santander en Bogotá, durante mi ausencia…o la de Páez en Venezuela; o la de Bermúdez en Maturín, que han contrariado mi marcha…

—Casi no lo puedo creer, Su Excelencia —dijo De Lacroix.

—Sí, y la de Arismendi y la de Mariño. Ellos han ocupado los primeros destinos de Colombia y ahora están impidiendo la organización del país. Han sembrado discordia y perdido la moral pública, insubordinando al ejército.

—Dios mío, mi general cuánto lo siento…

—La República está amenazada por la disolución, y con la desastrosa anarquía que se está preparando.

—Caramba, Bolívar, que lástima que todo esto esté ocurriendo…Lo que hace falta aquí es un gobierno fuerte, estable, con tranquilidad interior y confianza.

—Yo ni siquiera me permití nombrar a nadie de mi familia en el gobierno, como lo hizo Napoleón —dijo Bolívar.

—¿No ha puesto a nadie de su familia en el poder? —preguntó De Lacroix.

—No. Ni siquiera a mi edecán Andrés Ibarra que es mi pariente, fiel patriota, noble y honesto. Apenas ha quedado de capitán, pero merecía ser general. Y otro familiar mío, mi sobrino Anacleto Clemente, que ha quedado con el grado de teniente coronel —dijo Bolívar, con el rostro lleno de cansancio—, y a Fernando Bolívar, mi sobrino hijo de mi hermano mayor…

Y diciendo esto, Bolívar, al poco rato, se quedó dormido en la hamaca.

***

Al otro día Bolívar se reunió con Soublette y fue a conversar con él dando un paseo a caballo por las cercanías, hablando de noticias menores de la guerra, ya extinta. Pero siguen llegando las noticias, sobre todo acerca del general Juan José Flores, a quien Bolívar considera una persona generosa y de gran valor, de talento natural, que se ha ido desarrollado por medio del estudio.

—El general Juan José Flores está llamado a hacer un papel considerable en este país, en esa misión que tiene de unir a Guayaquil y Quito en un solo país el Ecuador, yo le tengo confianza a pesar de lo que puedan decir de él los chismosos de oficio. Es mucho mejor que Santander —afirma Bolívar.

De Lacroix no dice nada acerca del general Flores, pues no le conoce, pero si toma la palabra para preguntarle a Bolívar:

—¿Y cómo siente usted la marcha de la convención en Ocaña?

—Creo que ahorita la convención se ha negado a oír los reclamos de los pueblos y del ejército, y exige del jefe del poder ejecutivo medidas de represión contra quienes firman los documentos.

Casi todas las tardes Bolívar salía a pasear por el campo, a refrescar la cabeza, como decía él. En algunos de aquellos paseos le acompañaban de vez en cuando generales y oficiales; Soublette, sobre todo. Un día le llega a Bolívar una carta de O'Leary, edecán y cronista. Se trata de una carta de Pedro Briceño Méndez, donde le dice que un asistente de Santander lo había oído a éste hablar sobre el Libertador, diciendo que trataban de enviar a Bucaramanga a un oficial para asesinarlo. Y al día siguiente lo fue a contar a una señora que había sido amiga del general Bolívar. Se corrió como pólvora esa información, en forma de rumor y chisme. Pero al Libertador no le asombró mucho el hecho, pues ya estaba acostumbrado a tales dimes y diretes.

Lo que sí era cierto es que había días en que amanecía más contento, su humor era muy variable, a veces tenía mejor temple y se ponía a hablar con los emisarios durante los almuerzos, y la gente le traía noticias de varias partes. Un buen día Bolívar se puso a narrar varias anécdotas de sus viajes a Europa, esta vez nada menos que del general Napoleón Bonaparte, cuando estaba en Italia.

—¡Qué Estado Mayor tan numeroso tenía Napoleón! —dijo—. Y también sus uniformes estaban cubiertos de oro y ricos bordados en sus charreteras; llevaba un sombrero sin galón y una casaca sin ornamento. Me gustaría mucho que se hubiera adoptado para mí aquel uso, si no hubieran creído que lo hacía para imitar a Napoleón —afirmó Bolívar, al tiempo que advertía los marcados contrastes entre la opulencia del imperio y la absoluta miseria del pueblo.

Ahí en Bucaramanga Bolívar oscilaba entre los grandes recuerdos de sus viajes y las amargas insidias que se tejían a su alrededor. A veces Perú De Lacroix le insistía en pequeños detalles, que el Libertador no tenía el inconveniente en referir, aunque fuesen insignificantes; como por ejemplo la diferencia que existía entre el edecán Andrés Ibarra, pariente del Libertador y O'Leary, también edecán, a quienes Bolívar se refería indistintamente como primeros edecanes suyos. Curioso era en verdad cómo Bolívar establecía una especie de clasificación entre los generales de la República diciendo que unos poseían el genio militar y los conocimientos de ese arte tanto en la teoría como en la práctica, y a quienes se podía encargar el mando de un ejército, y eran buenos tanto en combate como en gabinete, y éstos eran muy pocos: Sucre, Flores, Montilla y Urdaneta, y después de éstos Bermúdez y Mariño. Después venían los que tenían mucho valor y sólo eran buenos en el campo de batalla como Páez, Valdés, Tadeo Monagas, Córdoba, Lara, Silva y Carreño; por otra parte, estaban los que eran propios para los servicios del Estado Mayor y más hábiles en el gabinete que en el campo de batalla, como Soublette, Salom y Santander; y una cuarta clase que eran aquellos que ni en valor ni en conocimiento funcionaban, ni en la parte activa ni la directiva tenían cualidades, como Arismendi. Todas estas

infidencias las contaba Bolívar a Luis Perú Delacroix, y éste no sabía bien por qué, pero lo cierto es que se soltaba a hablar con él de esto y aquello, y todo lo decía de la manera más natural, como aquel día cuando le confesó cómo era O'Leary, a quien describía como a una persona satírica, culta, memorialista, con facilidad para comunicarse y para escribir, pero confuso, cizañero, y que ahí mismo en Ocaña hacía cosas engañosas y tramposas. Hasta es una persona intrigante, viva y astuta, dijo Bolívar, pero también hipócrita.

El Bolívar real de carne y hueso es el que llega a Bucaramanga en aquella ocasión; un hombre despojado que puede decir todo lo que siente porque está decepcionado y se siente traicionado por los más allegados. Luis Perú Delacroix había sido encomendado por Bolívar a llevar un diario, y por ello quizá se suelta con él, quien se caracteriza por ser un hombre noble que no emite juicios por adelantado, un hombre parco, y a Bolívar le gustaba eso. Con él hablaba de todo, se sentía relajado y en confianza y se dirige a él sin adornar las palabras; le echa cuentos y le narra detalles con la mayor naturalidad; muchos de éstos son muy alegres y él les pone siempre un ingrediente picante cuando se encuentra en confianza. Si no es así, no dice nada. Por ejemplo, le dijo que en los primeros tiempos de la República se buscaban hombres para la causa y para la guerra y que el primer mérito era el de ser bien parecido o guapo, como decían entonces; ser buenosmozos y matar muchos españoles para llegar a tener fama de terribles, todo eso era bueno con tal de que pelearan con valor, pues a nadie se le podía dar dinero porque no había, y sólo se le podían imponer grados, premiar sus hazañas y estimular el valor. Individuos de todas las castas se hallaban entre nuestros generales, jefes y oficiales, y la mayoría de ellos eran brutales: fue un mal necesario. Tan es de suelta la lengua del Libertador, que es bueno ver cómo su verbo fluye cuando dice cosas como:

—Mi genio, mi carácter, mis pasiones me pusieron en el camino; mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación me han hecho seguir y me han mantenido. Oigan esto: huérfano a la edad de 16 años, rico me fui a Europa, después de haber visto a México y a la ciudad de La Habana fui entonces a

Madrid bien enamorado, y me casé con la sobrina del viejo marqués del Toro, Teresa Toro y Alaiza. Volví desde Europa a Caracas en el año de 1801 con mi esposa, y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena con los vapores del más violento amor, y no con ideas políticas, porque éstas todavía no habían tocado mi imaginación; muerta mi mujer y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví para España y de Madrid pasé a Francia y después a Italia. Ya entonces iba tomando algún interés en los negocios públicos, la política me interesaba, me ocupaba, y seguía sus variados movimientos. Vi en Paris, en el último mes del año 1804, el coronamiento de Napoleón: aquel acto o función magnífica me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba al héroe francés; aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular excitado por las glorias, las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de individuos me pareció ser el último grado de aspiración, el último deseo como la última ambición del hombre.

Bolívar tomó un poco de agua de un vaso de peltre y continuó:

—La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica: lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que cabría a quien lo libertare; pero ¡cuán lejos me hallaba en imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde sí empecé a lisonjearme en que un día podría yo cooperar a su libertad, pero no que haría yo el primer papel en aquel gran acontecimiento. Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a Europa, y es de creer que en Caracas o en San Mateo no me habrían nacido las ideas que me vinieron en mis viajes, y en América no hubiera tomado aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me han servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano sobre el camino de la política, me hizo seguir después el carro de Marte, en lugar de seguir el arado de Ceres: vea pues usted si ha influido o no mi suerte.

Así fue como esa noche Bolívar nos hizo una síntesis del nacimiento de su ideal.

Lo cierto es que Bolívar se electriza cada vez que habla sobre sus viajes a Europa. Pero aquella era una confesión muy íntima que estaba haciendo y aquellos días en Bucaramanga transcurrieron así, entre efusivos y reflexivos, nunca vistió Bolívar el traje militar mientras estuvo allí. Se sentía libre. Iba casi todos los días a misa por la mañana, la cual era impartida por un padre que no tenía hora fija para comenzar y Bolívar casi nunca hablaba con él, aparte de estar en la misa; y por la tarde o de noche asistía a veladas donde mostraba su buen humor.

Una noche les habló de la historia de Lope de Aguirre y de ahí pasó en esa misma noche lluviosa a hablar del general Sucre, donde insistió en decir que éste era el primer general de la República y el primer hombre de Estado, un hombre de principios y de moralidad ejemplar, de alma grande y fuerte, que persuade y sabe juzgar a los hombres, pero también saca a relucir sus propios defectos como el de querer mostrarse demasiado sencillo o demasiado popular, cuando en realidad no lo es, pero esos son defectos menores. También afirma que Sucre es muy valiente, leal y partidario del orden, amigo de las leyes y enemigo del despotismo, de la anarquía y un verdadero liberal.

Y en una sola noche pasó de hablar sobre Sucre al tema de la mazonería, que lo apasionaba: en París se había recibido como Mazón, y que aquel grado le había bastado para juzgar lo ridículo de aquella Asociación. Había algunos hombres de mérito ahí, pero también muchos fanáticos y embusteros y tontos burlados, que parecen niños jugando con señas y palabras hebraicas, cintas y galardones, y que la política puede sacar partido de los Mazones; le confesó a De Lacroix que, si se hubiese hecho Mazón de verdad, hubiera atraído el odio y la censura de toda la nación, que estaba en manos del clero y de los frailes, y aquello sólo le hubiera perjudicado.

***

Las cartas llegan de Venezuela y le traen varias noticias que hablan del estado de miseria vivido en el país, del estado de muerte en que se encuentran los negocios mercantiles y la agricultura; casi todas le refieren esto, menos las cartas del general Páez, quien dice que los negocios suyos van muy bien, y halaga de paso a Bolívar con un montón de adjetivos superfluos, de seguro redactados por un escribiente; y pese a ser su amigo, dice Bolívar, Páez es un hombre ambicioso y vanidoso que no quiere obedecer si no mandar, no quiere ver a nadie más arriba que él en la política de Colombia, está ciego por su propia ignorancia, sólo impone su voluntad, y es muy peligroso porque posee medios de ejecución y prestigio entre los llaneros, que son como unos cosacos, y puede influir en la plebe fácilmente.

Le dijo esto tan delicado a De Lacroix haciendo énfasis en que fuese reservado, pues la verdad siempre, tarde o temprano, sale a flote. Ese mismo día se quejó de su secretario particular, que le llevaba las cartas de un tal Santana, un hombre delgado y cínico, un débil nervioso, y después se reunió con el general Soublette a contestar unas correspondencias oficiales que habían llegado de Venezuela.

Bolívar recibía todo tipo de noticias mezcladas, malas y buenas, verdaderas y falsas, chismes e infundios y datos ciertos; no era tan fácil distinguir unos de otros. Un día le decían que en la convención de Ocaña no estaban de acuerdo con Santander, o le decían que hiciera favores personales a amigos de O'Leary y Soublette, que eran cuñados, o que le dieran un pasaporte para Jamaica a un amigo de ellos, el coronel Manuel Muñoz, a lo que el Libertador se opuso; o el conocido desprecio que sentía Bolívar por un tal coronel Hilario López y por el coronel José María Obando, un malvado, un tipo cruel y un bandolero, y su amigo el Obispo de Popayán. Santander había comenzado a implementar en serio todas sus intrigas en el seno del congreso de Ocaña, y a demorar la ejecución de las leyes, a fortalecer su propio partido y, solapado como era, a conspirar contra Bolívar, contando para ello con un buen número de cómplices convencidos.

Bolívar y su grupo de amigos o edecanes se reunían por las noches a jugar la ropilla, el juego de baraja español de cuarenta

cartas que causaba adicción en las personas, sobre todo lo hacían para distraerse de la cantidad tan grande de malas noticias y chismes, y para que la digestión se hiciera mejor. A pesar de su carácter jovial, su anfitrión observaba que las malas ideas alteraban casi siempre el comportamiento de Bolívar; mientras toma los alimentos mantiene el buen humor y gusta de las anécdotas graciosas; a menudo hace el elogio del vino o del baile; se detiene a hablar largo rato sobre el vino o sobre la mantequilla, exquisita la mantequilla, pero biliosa, dice, aunque siempre la defiende porque es muy sabrosa.

El Libertador pasaba de un tema a otro con extrema facilidad, podía pasar de la mantequilla a un problema de Estado o a un problema militar. Justo en una de esas noches fueron a casa del general Soublette, a reunirse todos. Bolívar había tomado posesión de la hamaca cuando llegaron con correspondencia y un impreso de Lima con una proclama del general Sucre, presidente de Bolivia, que todos consideraron muy bien escrita, la cual Bolívar pasó a diseccionar palabra por palabra con muy mal humor, y de ahí pasó a hablar del gobierno de tipo teocrático diciendo que éste era el que más convenía a los pueblos de América del Sur; hablaba de todo, de la antigua República de los Césares comparando a los demagogos de antes con los demagogos colombianos; habló de Grecia y del furor revolucionario de los griegos en varias repúblicas, y hasta cuando estaba jugando a las cartas, a la rodilla o al tresillo, Bolívar hace chanzas y se burla de sus adversarios; y cuando pierde en el juego se irrita, se comporta como cualquier hombre corriente, y eso es bueno porque es humano. Se pone bravo cuando pierde dinero, y entonces reflexiona, pues si él pierde el juicio cuando el juego no lo favorece, entonces como serán los verdaderos viciosos del juego cuando pierden, será un tormento para ellos, observa, y después elogia la calma del general Soublette cuando está jugando.

Siguen las noticias de Ocaña. En una de las cartas particulares, dice que el proyecto de Constitución presentado por la comisión será rechazado, cosa que lo perturbó, pero no dijo mucho más sobre eso. En cambio, por la tarde cuando iban los generales a pasear, Bolívar prefirió quedarse y estuvo hablando con Luis

Perú y tocaron el tema filosófico del alma, diciendo Bolívar que los filósofos habían divagado mucho sobre ese tema y que muchos filósofos modernos lo habían imitado, haciendo luego una especulación que se podría condensar en las siguientes palabras:

—El alma —dijo Bolívar— tiene la facultad de sentir y de recibir las impresiones de nuestros sentidos, pero no tiene la facultad de pensar, pues no admite ideas innatas. El hombre tiene un cuerpo material y una inteligencia representada por el cerebro, una secreción del cerebro y su producto que es el alma, la inteligencia o espíritu son lo mismo. La vida no es sino el resultado de la unión de dos principios: el de la contractilidad o facultad del cuerpo material y el de la sensibilidad, facultad del cerebro o inteligencia, y la vida se acaba cuando cesa esa unión: entonces el cerebro muere con el cuerpo, pues desaparece la secreción de inteligencia.

Ninguna de estas ideas profundas le hacen olvidarse de la vida cotidiana y del juego de la ropilla que tanto lo apasiona, que requiere de una excelente estrategia entre los jugadores y le ha hecho perder mucho dinero, y compara entonces esa adicción suya al juego con los abusos y de los engaños que ha sufrido en política, y que éstos se hallan por debajo del sentimiento de fracaso si se los compara al hecho de perder en una mesa jugando ropilla, que es una acción tan frívola, y eso lo irrita y lo pone indiscreto cuando pierde.

—Y eso que no tengo el vicio —dice—. Cómo será cuando las personas se entregan al juego y empiezan a padecer de esta adicción. Lo que está ahí en juego no es sólo el dinero sino también la parte de amor propio, su saber, yo creo que cuando alguien pierde, se siente herido en su amor propio —concluye.

***

Bolívar en Bucaramanga cumple una rutina que lo hace sentirse un tanto fastidiado, y así se lo comunica a sus amigos; iba todos los días a la iglesia, paseaba por el campo a pie, o cabalgaba, comía y jugaba y conversaba sobre cualquier tema. Nunca se sintió tan libre y acaso él mismo no lo sabía; leía cartas y periódicos

que lo ponían inquieto, escribía o dictaba cartas, atendía proyectos y estaba pendiente de las decisiones que se tomaban en el congreso de Ocaña, que iban muy lentas o no iban, y se percibía un aire pesado en el ambiente. O'Leary, Fergusson, Soublette e Ibarra pasaban diariamente por ahí con noticias o medias noticias, chismes, intrigas o calumnias y Bolívar se mostraba suspicaz, y entonces prefería echar los cuentos de la guerra, detalles de las batallas. Por lo visto el vino le caía bien y le agradaban los buenos platillos, pero igual se aburría y ya el juego de la ropilla con las cartas se había hecho tedioso. Pero siempre al final sacaba buenas conclusiones acerca de todo, imponiendo las virtudes sobre los vicios y los juegos que estimulan los robos, seducciones y traiciones, pasiones bajas y hasta puso como ejemplos de éstos a varios generales de la República. Advertía siempre la complicidad que había entre Soublette y O'Leary, que eran cuñados y se dirigían miradas sospechosas durante los almuerzos, o alguno de los dos bajaba la vista mientras Bolívar hablaba. Ellos eran partidarios de una moción que se había hecho en el congreso para aprobar la Constitución.

A menudo Bolívar se tumbaba en la hamaca a leer de todo: las novelas de Walter Scott o los ensayos de Voltaire y Rousseau, sobre todo a Voltaire en quien ve reflejadas casi todas las virtudes de una obra: pensamientos, filosofía, crítica, estilo, profundidad.

Pero el asunto central de las cartas en aquellos días era la abolición de la esclavitud en Colombia: los esclavos están bajo el yugo de los Alcaldes, de los curas de parroquia y de los tres o cuatro magnates que hay en cada una de ellas, tanto en parroquias como en ciudades, pues en éstas son más numerosos los esclavos y los amos también, y se aumentan asimismo los clérigos, frailes y doctores que acaparan todas las garantías. Dijo Bolívar un día:

—La esclavitud de los negros es peor que la de los mismos indios. En Colombia hay una aristocracia de rangos, de empleos y riquezas equivalente en sus pretensiones a la aristocracia europea, donde hablan de libertad y de garantías, y la quieren en verdad para ellos solos. Pero se debe aspirar a la igualdad. Aunque dicen practicar el liberalismo, a los indios y negros los quieren tratar todo el tiempo como siervos.

En una de aquellas jornadas, Bolívar se refirió al caso de Piar, un caso bastante complicado y sobre el que se le hacían las más duras críticas y hasta le odiaban algunas gentes del pueblo por haber ordenado fusilarlo. Entonces el Libertador una noche, sin que nadie se lo estuviera preguntando, confesó las razones para la ejecución de Manuel Piar de esta manera:

—La ejecución de Piar, aquel 16 de octubre de 1817 fue suficiente para destruir la sedición, un golpe maestro que desconcertó y aterró a todos los rebeldes, desopinó a Mariño y a su Congreso de Cariaco, puso a todos bajo mi obediencia, aseguró mi autoridad, evitó la guerra civil y la esclavitud del país y me permitió pensar y efectuar la expedición de la Nueva Granada, y crear después la República de Colombia. Nunca ha habido una muerte más útil, más política y más merecida.

Capítulo XII
Anécdotas e infidencias

No pareciera que tantas ideas y experiencias vividas cupieran en un cuerpo como en el de aquel hombre, delgado y flaco, de brazos, muslos y piernas descarnados, de cabeza larga y ancha en la parte superior y muy afilada en la parte inferior. En cambio, la frente de Bolívar es grande, descubierta y cilíndrica, surcada de arrugas cuando la cara no está animada o cuando se encuentra en momentos de mal humor. El pelo es crespo, abundante, erizado y mezclado con canas. Sus ojos han perdido el brillo de la juventud, pero conservan la viveza de su genio, son hondos, ni pequeños ni grandes; las cejas son espesas, separadas, un poco arqueadas y canosas, más canosas que el pelo de la cabeza. La nariz es proporcionada, aguileña y los huesos de sus mejillas son agudos y chupados en la parte inferior. El labio inferior de la boca es algo grande y saliente; los dientes son blancos y la risa es agradable; la barba es algo larga y afilada, el color de la cara tostado y se oscurece más con el mal humor; cuando está preocupado las arrugas de la frente y de las sienes se pronuncian, los ojos se le achican y se le encajonan; el labio inferior se le sale considerablemente y la boca se le pone fea: su fisonomía es distinta entonces, su cara se hace ceñuda y se puebla de pesadumbres, de pensamientos tristes e ideas sombrías, pero al estar contento todo esto desaparece: la cara se le anima y la boca es risueña; su espíritu se impone a su fisonomía. En aquellos días en Bucaramanga Bolívar no lleva bigotes ni patilla.

Un día anda caminando solo por toda la casa, donde no hay nadie, se siente un silencio espeso y no se oye ni siquiera el

canto de los pájaros; Bolívar se aburre y entra por casualidad a la habitación que ocupa Perú De Lacroix, donde hay una cama, un escaparate y una mesa atiborrada de libros y cuadernos para escribir. El Libertador se acerca lleno de curiosidad a ver aquellos infolios arrugados donde se está escribiendo una relación sobre su persona y descubre, encima de la mesa, un manojo de papeles donde hay una descripción que directamente Perú toma de una confesión suya sobre Manuela Sáenz. Antes de leer, Bolívar mira hacia los lados para percatarse de que no hay nadie viéndolo. El escrito reza:

«Excelencia se levantó hoy con un poco de ánimo de salir de paseo a caballo. Regresó más alegre y conversador, así que aproveché para que me hiciera algunas confidencias sobre sus sentimientos de él acerca de mi señora Manuela:

»—¿Me pregunta usted por Manuela o por mí? Sepa usted que nunca conocí a Manuela. En verdad, ¡nunca terminé de conocerla! ¡Ella es tan, tan sorprendente!

»¡Carajo, yo…! ¡Carajo! ¡Yo siempre tan pendejo! ¿Vio usted? Ella estuvo muy cerca, y yo la alejaba; pero cuando la necesitaba siempre estaba allí. Cobijó todos mis temores…

»Su Excelencia hizo aquí una pausa y luego pronunció:

»—¡Siempre los he tenido, carajo! (S.E. se interrumpió y me miró suplicante, fijamente, como tratando de averiguar algo. Bajó la cabeza y pensé que se había dormido, pero empezó nuevamente a hablar). Usted, De Lacroix, la conoce: ¡todos, todos la conocen! No, no hay mejor mujer. Ni las catiras de Venezuela, ni las momposinas, ni las… ¡Encuentre usted alguna!

»—Esta me domó. Sí, ¡ella supo cómo! La amo. Sí, todos lo saben también. ¡Mi amable loca! Sus avezadas ideas de gloria… Siempre protegiéndome, intrigando a mi favor y de la causa, algunas veces con ardor, otras con energía. ¡Carajo! ¡Ni las catiras de Venezuela, que tienen fama de jodidas! Mis generales holgaron en perfidia para ayudarme a deshacerme de mi Manuela, apartándola en algunas ocasiones, mientras que yo me complacía con otras. Por eso tengo esta cicatriz en la oreja. Mire usted (enseñándome su grande

oreja de S.E., la izquierda, que tiene la huella de una fila de dientes muy finos, y como si yo no supiera tal asunto), este es un trofeo ganado en mala lid: ¡en la cama! Ella encontró un arete de filigrana debajo de las sábanas, y fue un verdadero infierno. Me atacó como un ocelote, por todos los flancos; me arañó el rostro y el pecho, me mordió fieramente las orejas y el pecho, y casi me mutila. Yo no atinaba cuál era la causa o argumento de su odio en esos momentos, y porfiadamente me laceraba con esos dientes que yo también odiaba en esa ocasión. Pero tenía ella razón: yo había faltado a la fidelidad jurada, y merecía el castigo. Me calmé y relajé mis ánimos y cuando se dio cuenta de que yo no oponía resistencia, se levantó pálida, sudorosa, con la boca ensangrentada y mirándome me dijo: "¡Ninguna, oiga bien esto, señor, que para eso tiene oídos: ninguna perra va a volver a dormir con usted en mi cama! (Enseñándome el arete). No porque usted lo admita, tampoco porque se lo ofrezcan". Se vistió y se fue.

»Yo quedé aturdido y sumamente adolorido, que en llamando a gritos a José, y entrando este, pensó que había sido víctima de otro atentado. (Aquí S.E. sonríe). En la tarde regresó debido a mis ruegos. Le escribí diez cartas. Cuando me vio vendado claudicó, al igual que yo, en la furia de sus instintos.

»Todo en dos semanas fue un deliquio de amor maravilloso bajo los cuidados de la fierecilla. ¿Usted qué cree? ¡Esto es una clara muestra de haber perdido la razón por el amor! El gran poder está en la fuerza del amor. Sucre lo dijo.

»Manuela siempre se quedó. No como las otras. Se importó a sí misma y se impuso con su determinación incontenible, y el pudor quedó atrás y los prejuicios así mismo. Pero, cuanto más trataba de dominarme, más era mi ansiedad por liberarme de ella. Fue, es y sigue siendo amor de fugas. ¿No ve? Ya me voy nuevamente. ¡Vaya usted a saber! Nunca hubo en Manuela nada contrario a mi bienestar. Solo ella, sí, mujer excepcional, pudo proporcionarme todo lo que mis anhelos esperaban en su turno. Mire usted. Arraigó en mi corazón, y para siempre, la pasión que despertó en mí desde el primer encuentro. Mis infidelidades fueron, por el contrario de las experiencias, el acicate para nuestros amores, después de lo violenta que fuera la escena de celos de esta mujer. Nuestras almas siempre

fueron indómitas como para permitirnos la tranquilidad de dos esposos. Nuestras relaciones fueron cada vez más profundas. ¿No ve usted? ¡Carajo! De mujer casada a húsar, secretaria y guardián celoso de los archivos y correspondencia confidencial personal mía. De batalla en batalla, a teniente, capitán y, por último, se lo gana con el arrojo de su valentía, que mis generales atónitos veían: ¡coronel!

»¿Y qué tiene que ver el amor en todo esto? Nada. Lo consiguió ella como mujer (¡era de armas tomar!). ¿Y lo otro? Bueno, es mujer y así ha sido siempre, candorosa, febril, amante. ¿Qué más quiere usted que yo le diga? ¡Coño de madre, carajo! (Presiento que esta será la última vez que S.E. me hable así, tan descarnadamente, sí, de sus sentimientos de él hacia mi señora Manuela). Hubo un silencio largo y S.E., exaltados los ánimos, se fue sin despedirse. Iba acongojado, triste, balbuciendo: "Manuela, mi amable loca…"»

Bolívar sonríe después de leer el manuscrito. Le parece que el trabajo de Luis Perú va saliendo bien, que mucha gente lo leerá en el futuro.

***

La convención de Ocaña sigue. Discuten proyectos de reformas, códigos constitucionales, el sistema de federación disfrazado con la máscara del poder ejecutivo central, las legislaturas a establecerse en los departamentos que deben crearse, quedando suprimidas sus provincias y gobernaciones. Para Bolívar, en aquel instante, la Constitución es un disparate. En esos días Bolívar habló mucho de su viaje a Bogotá; se tomaron decisiones en Ocaña y tenía varias ideas guardadas para la ocasión propicia: más allá de las descripciones morales de Bolívar que serán siempre subjetivas de acuerdo al observador, hay unas que destacan por encima de las otras: viveza, inteligencia, erudición, bondad o integridad, pero descollando siempre en ideas originales, nunca comunes; aunque casi siempre es sencillo y modesto y sobre todo muy despierto. Es ambidextro, se afeita cada dos días, se baña mucho y se cuida los dientes y el pelo. Usa corbata negra y botas

altas y le gusta llevar chaleco blanco de corte militar y pantalones del mismo color, levita azul y sombrero de paja. No fuma y no permite que se fume en su presencia, ni bebe licores fuertes, sino apenas sorbos de vino en el almuerzo, dos o tres copas pequeñas y muchas veces no prueba el café; come bastante en el almuerzo y le pone mucho ají y pimienta a la comida; sobre todo el ají le gusta bastante. Un día echó un cuento en relación al ají.

—Un día —dijo Bolívar— en una gran comida que me dieron, se encontraban muchas señoras. Me di cuenta de que muchas de ellas, sobre todo las que estaban a mi lado, no comían porque todo le parecía sin sabor, y el motivo era que no le habían puesto ají al guisado, como es costumbre, y esta vez no lo hicieron porque a mí no me iba a gustar. Yo pedí entonces el ají, y lo trajeron. Entonces todos comieron con mucha gana.

—Ese cuento sí que está bueno, Su Excelencia —dijo Luis Perú.

—Sí, y hasta yo vi a algunas señoras que comían el ají solo, con pan. Aunque yo prefiero la arepa de maíz.

—También como carne, pero no mucha —dijo Bolívar—. Prefiero comer legumbres y frutas, pero me tengo que cuidar con los dulces, que son muy sabrosos, pero hacen mucho daño. Tengo que decirles a las señoras que algún día deben probar mis ensaladas —había dicho en aquella ocasión—. ¿Qué le pareció, Luis Perú, ¿la ensalada que preparé el otro día? ¿Verdad que fue grandiosa?

Las señoras entonces se dieron banquete con el guiso y el ají y las ensaladas, y Bolívar les dijo a las señoras:

—Las mujeres son las que han dado el toque a las ensaladas en Francia, que es el país donde mejor saben cocinar.

Luis Perú De Lacroix mira a Bolívar y llega a la conclusión de que sus ideas están llenas de fuego, como su imaginación, y animan mucho las conversaciones. De ahí que cuando habla siempre exagera un poco para ponerle un toque especial. Suele hacer citas, pero siempre bien escogidas y propias, sobre todo de Voltaire, a quien admira en demasía y conoce muchos pasajes de su obra de memoria, en prosa y en verso. También gusta mucho de la literatura italiana, inglesa y española. Es muy equilibrado en sus juicios; no

calumnia a nadie, pero tampoco usa el elogio desmesurado, pues ama la verdad y lo heroico, el honor y las consideraciones sociales de la moral pública.

Siguen las malas noticias de Ocaña, en cartas que dicen que se quiere desconocer a la propia convención, declararla sin poder. Están presionando a Bolívar para que abandone su proyecto.

—Mis enemigos y los de Colombia no quieren ver que su exterminio está en mis manos, pero yo los perdono —dijo Bolívar—. A lo mejor quieren asesinarme, y también a mis amigos y a mis partidarios. Los liberales son intolerantes, frenéticos, se llenan la boca con la palabra Libertad, pero no la comprenden, y han derramado sangre humana en nombre de Dios y de la Iglesia.

Una de esas noches Bolívar les hizo ver a muchos de los presentes de la gran necesidad que había de conocer la historia de Colombia, y deben compararse los antiguos sucesos con los que ahora están naciendo. Siempre recalca este hecho a quienes le rodean, con mucha sutileza. Ya habían transcurrido dos meses de la Convención y no se había visto ningún resultado legislativo; se desconoce cuál es el nuevo proyecto. Bolívar recuerda los otros congresos que han sido mejores, como el de Cúcuta en el año veintiuno. Recordó a quienes le habían engañado entonces, como Zea, Restrepo y Hurtado. Ese mismo día hizo cambios de posición entre sus generales: a Lara lo designó en Maracaibo, y a Carreño a Barinas; al obispo de Mérida le reclamó el haberse inmiscuido en negocios políticos en Maracaibo, y se ufanó en describirle a Delacroix las diferencias de carácter entre éstos, que eran muchas.

Desde el mes de junio Bolívar se dio a la tarea de escribir cartas a sus generales de confianza, a Soublette, sobre todo, y a Páez para que congenien, refiriendo varias infidencias delicadas del carácter de Soublette. A la vez de ser un hombre de talla moral, dijo Bolívar, bondadoso y calmado, puede ser también un hombre orgulloso y soberbio y despreciador del mérito ajeno; no tiene valor físico, dice, y sus opiniones y principios políticos los ha plegado a sus intereses personales y de familia. Se mostró liberal con Santander, lo obedeció, después lo abandonó, y así, En fin,

es un hombre avaro, pero aun así es el Secretario General, dijo el Libertador.

Así, entre esta y otras consideraciones, Bolívar esperó al día siguiente para alistarse a marchar el dos de junio a Maracaibo. Mandó llamar a su edecán Andrés Ibarra y al general Soublette: debía adelantar su salida a Bogotá y deseaba salir de madrugada. Entró a su cuarto y se meció en su querida hamaca; luego salió a pasear a pie por el campo, su semblante era serio. Volvió a las dos de la tarde y conversó con el general Soublette mientras esperaban el almuerzo, durante el cual habló sobre varias cuestiones de cuidado, como una donde estaban inmiscuidos Restrepo, Montilla y Castillo, un asunto desagradable que él deseaba olvidar, pues involucraba el odio de los cartageneros a los venezolanos, y los perdonaba. Al final de la tarde ya había concluido de dictar las cartas y no quiso jugar ni a la ropilla ni al tresillo que tanto lo entretenían, para decir:

—Quieren paralizar la convención de Ocaña, impedir que se logre, quieren legitimar los males que se le han hecho a la nación. Pero no tienen consenso. He tenido que engañar a Santander y a otros directores diciéndoles que se le harían unas modificaciones al proyecto de Constitución. Ahí los tengo medio enredados para evitar una riña sangrienta. No quiero esperarlos aquí en Bucaramanga, cuando vengan con el señor Castillo a discutir la Constitución, porque yo no debo aprobarla ni desaprobarla públicamente. No puedo hacer eso ni quedarme aquí.

Entonces Bolívar envió a Ibarra a Maracaibo, para que desde allá saliera otro oficial de confianza para Caracas, con sus cartas particulares.

—Deben saber lo que está a punto de suceder en Ocaña, y se enteren de mi marcha a Bogotá. Ya Ibarra lleva la orden donde se revoca lo que había pasado en estos días —dijo Bolívar.

Por la madrugada entonces salió Andrés Ibarra para Maracaibo.

***

El Libertador estaba ahora más relajado. Anunció que se iría poco a poco a Bogotá. Pasaría unos días en El Socorro. Un día andaban los tres paseando cerca, De Lacroix, Soublette y Bolívar, y llegaron a una casita muy humilde donde una señora los hizo pasar a su estar y les ofreció sillas a De Lacroix y Soublette, que andaban de uniforme, y a Bolívar, a quien no había visto nunca y andaba de civil, sin hacer mucho caso de él, no pudo darle otra silla para sentarse, pues no había más sillas en la casa. Entonces Luis Perú le pasó su silla a Bolívar y la señora le trajo una estera a Luis Perú, un poco apenada. Luis Perú se sentó en la estera, en el suelo. Entonces Bolívar se dirigió a la mujer:

—¿Tiene usted mucha familia?

La mujer fue a buscar a dos chiquillos, sus hijos.

Bolívar se acercó a ellos, les acarició el pelo, y le dio a cada uno un escudito de oro. Y un doblón de oro de 4x4 a la madre, quien mucho se sorprendió al ver que el peor vestido, y a quien no había ofrecido ninguna silla, fuera tan generoso. La mujer se quedó viendo la cara a Simón y de pronto reconoció, entonces, que era Bolívar el Libertador quien estaba en su casa y al frente suyo, y se echó de rodillas en el suelo, llorando, y le pidió perdón por no haberlo reconocido.

—Levántese, mujer —dijo Bolívar—. ¿Dónde está su marido?

—Ha muerto —dijo ella.

—Que dios los bendiga y los cuide a ustedes —dijo Bolívar. La llevó aparte un momento y habló con ella. La mujer lo besó a Bolívar agradecida, con las manos temblando, acompañada de sus dos pequeños hijos, que les dijeron adiós desde lejos a los tres soldados patriotas.

Volvieron a tomar el camino de Bucaramanga, donde tornaron a reunirse con un tal coronel Muñoz, a quien Bolívar no quiso ver. No le dio importancia al asunto y pasó a hablar de cosas más amenas, narrando cuestiones acerca de sus habilidades en la juventud, como aquella de montar y galopar, cosa que debía hacer por estar a la cabeza de un ejército. Esa misma tarde, firmó cincuenta ascensos de jefes y oficiales de varios cuerpos. Asistió a misa, como siempre; era Corpus Christi y había procesión,

estuvieron un rato viendo a los fieles y luego fueron a la casa. El Libertador se puso de nuevo en su hamaca y habló de Bogotá, diciendo que en esta ciudad, más que en ninguna otra, había un espíritu perjudicial a los intereses generales de la República, y a su estabilidad.

—Nuestros demagogos están locos por derribar lo que existe, quieren separarse para establecer sus soberanías parciales, y gobernar a los pueblos como si éstos fueran sus esclavos, con el sistema español.

—Quieren hacer cualquier cosa, menos trabajar por la unión —confirmó Soublette.

—Sí amigos. Los agitadores están en Bogotá, en el Cuartel General. Y el jefe de ese partido no es otro que Santander, el más inmoral y perverso de Colombia —dijo Bolívar.

—Sí —dijo O'Leary—. Santander es el jefe natural de todos los trastornos y desórdenes de Colombia, y excita el odio contra los venezolanos.

—Puras calumnias es lo que dicen ellos allá —dijo De Lacroix.

—Yo he hecho más ascensos en Nueva Granada que en Venezuela —dijo Bolívar, y he conseguido más empleos para la gente.

—Los soldados venezolanos son muy valientes —dijo De Lacroix. Ya se han ganado su lugar en la historia.

—Sí —dijo Bolívar—. Córdoba tiene mucho valor como militar y tiene un carácter duro, es soberbio, pero es grande en el campo de batalla. En cambio, Obando y Mantilla son dos cobardes. La República ha tenido sólo ocho generales en jefe: yo, Mariño, Arismendi, Urdaneta, Páez, Bermúdez, Sucre y Brion, todos venezolanos menos Brion que es extranjero, pero su expediente es intachable. Mariño, Arismendi y Páez hicieron esfuerzos prodigiosos para las batallas, con grandes resultados. Y fueron recompensados.

—¿Y de los granadinos? —preguntó Luis Perú.

—Pudieran ser Morales, Rieux, Gonzáles, Mantilla…ah, y Ricaute, el mártir de San Mateo. Yo mismo lo encontré muerto,

tendido boca abajo, con las espaldas quemadas por el sol. Sacrificó su vida para salvar la de sus compañeros —remató Bolívar.

—Venezuela está en la miseria —dijo el Libertador—. Se deben tomar ahora mismo medidas legislativas y crear después un sistema de hacienda. Voy a tomar cartas en el asunto; haré que se despachen órdenes para que se reúna una junta de los principales interesados en el bien de Venezuela, se investiguen las causas de los males y se les ponga remedio.

Por la tarde hizo pública la noticia de su viaje a Bogotá, diciendo que temprano debían estar prestos a salir, como a las nueve.

—No me gusta Bogotá. Es el último lugar donde quiero ir. Allá soy blanco de las tirrias, me esperan allá mis enemigos. Ahí me excomulgaron en 1814, diciendo que yo iba a saquear las iglesias. Yo tengo mis propias ideas sobre la religión y la iglesia, y las críticas las hago desde mi propia filosofía. Pero como ciudadano yo respeto la religión de cada quien.

Bolívar está muy crispado. Debe partir. El día 9 de junio es el día fijado. Quiere relajarse un poco el día antes, hojeando las páginas de *La Odisea,* de Homero en idioma francés. Un rato lee en la hamaca otra en el mecedor; le gustaba el idioma galo, lo disfrutaba sobre todo en las grandes traducciones de los clásicos griegos, se paseaba con delicia por aquellas páginas.

«Algún día alguien escribirá un libro entero describiendo la batalla de Carabobo… —pensó Bolívar—, un caraqueño, a lo mejor tomará una pluma y escribirá nuestra epopeya, dentro de doscientos años, quizás, y hasta es posible que todo esto que hacemos ahora se convierta en una novela de aventuras. Y hasta estas palabras que yo digo ahora algún escritor desocupado las ponga en un diálogo. Todo es posible en esta vida».

Por la tarde comenzó a despedirse de los amigos. Visitó al cura Valenzuela, haciéndole algunos comentarios sobre la nueva Constitución, y diciéndole que él siente predilección por la Constitución Boliviana más que por la colombiana. Pero seguiría la opinión de la mayoría, aunque no la comparta, pero de todos modos quería convocar a un congreso general.

—Voy a hablar con el general Montilla, una de las mejores personas que conozco en genio y sagacidad.

Debía consultar otras opiniones, pero ya sabía lo que le aguardaba.

—Me encuentro en una posición única en la historia —le dijo a Luis Perú—. Soy Magistrado Superior de una República regida por una Constitución que no quieren los pueblos. En Ocaña la han despedazado. La convención se ha disuelto sin hacer siquiera las reformas. Ya vendrán las conmociones civiles, usted verá. Ya veremos qué dicen en Bogotá.

Perú De Lacroix despidió a Bolívar a las cinco de la mañana, montados ambos en sus respectivos caballos. Bolívar le dio en ese momento varias palmadas a su caballo Palomo Blanco. Era un animal magnífico, como salido de una epopeya griega de Homero. Con él iban en su comitiva José Palacios, su mayordomo; el general José María Carreño; su edecán irlandés Belford Hinton Wilson, hijo del general Robert Wilson, que había peleado en Europa; el coronel José de la Cruz Paredes; su edecán Andrés Ibarra, su sobrino Fernando Bolívar y una cuadra de honor de cien de los mejores húsares y granaderos.

Se dijeron adiós con un fuerte abrazo, con esa amistad recia que sienten los hombres bravíos, y no se puede comparar a ninguna otra cosa. Vio Luis Perú al Libertador perderse en el campo junto a su comitiva, se fueron alejando en horizonte hasta irse disipando como si se fundieran al paisaje, dejando a en su recuerdo tatuado para siempre el sabor maravilloso de haber compartido con aquel grande hombre.

Cuatro días después, Luis Perú De Lacroix recibe la noticia: la Convención de Ocaña ha quedado con un número insuficiente de diputados, y no puede continuar sus trabajos, obliga a suspenderlos y a disolverse, sin haber podido sancionar la nueva Constitución anhelada por la mayoría. El golpe confundirá al partido demagógico, quitándole todo el poder para hacer el mal que estaba preparando a la República, sin poder hacer nada legítimo.

Para sorpresa de ambos, tanto para el coronel Luis Perú De Lacroix como para Bolívar, un gran movimiento popular ocurrido en Bogotá ha desconocido todo lo ocurrido en Ocaña, se produce

un veto por el cual no se toman en cuenta las decisiones del congreso, nombrando como «Dictador» a Bolívar.

«Una más de las locuras de la convención: su disolución. Así que este es el desenlace», piensa Bolívar para sí mismo.

Capítulo XIII
Final en Santa Marta

Bolívar ha decidido designar a Antonio José de Sucre, Jefe del ejército colombiano, para enfrentar la dolorosa paradoja de ir en contra de un país liberado con sus propias fuerzas. El conductor de Ayacucho tuvo que renunciar a la vida tranquila que ya tenía con Mariana Carcelén, para volver a las armas y librar la batalla de Tarqui, que gana, pese a estar en desventaja. Una vez más, Sucre da el ejemplo: ofrece una capitulación al ejército derrotado. Se firman los tratados de paz, pero aun así los invasores se devuelven para el Perú a reiniciar la guerra contra su propia nación. Todo eso fue un verdadero despropósito, porque al llegar a Lima el pueblo se sublevó contra ellos. Sacaron a La Mar de la presidencia. Sus escuadras navales y sus lanchas cañoneras bloquearon las costas, e intentaron tomar a Guayaquil. Entraron a cometer todo tipo de crímenes; algunos de sus barcos se hundieron prendidos en llamas. Era una guerra enloquecida contra el Perú, una total vergüenza que dejó una estela de horribles rencillas, llegando al colmo de entrar de nuevo en el hospital de Tarqui acuchillando a los heridos. Aquella absurda pesadilla tenía que terminar.

Sucre estaba exhausto, como Bolívar, de dar una lucha intestina con los ciudadanos de nuestros propios países en discrepancia. «Los enemigos cayeron en Tarqui, pero no van a cesar —piensa Bolívar—. Sucre se despidió de mí, harto de tantas acciones infames, y tiene razón. Él tiene derecho a decidir su vida y yo la mía, no lo puedo obligar. A mí me han acusado

de mantener las cosas en desorden, qué cosa tan falsa», se dice Bolívar a sí mismo.

El Libertador ha pedido a Sucre que lo acompañe en el venidero año de 1830 al Congreso Admirable, lo cual quizá va a permitir dar a los negocios públicos un buen funcionamiento, a establecer un régimen fijo y estable. Eso pudiera funcionar. Pero la situación sigue indecisa; hay un estado de emergencia, se puede decir. Bolívar vuelve a escribirle a Sucre para que lo acompañe en el Congreso Admirable. Muchos diputados de Caracas no se han puesto de acuerdo: unos pueden venir y otros no, pero hay que intentarlo.

Páez no se ve entusiasmado con esta unión, pero Sucre está dispuesto a concurrir y prepara el viaje. Al fin se logra la concertación para el congreso. Ahí Bolívar se desnuda moralmente, una vez más. Pone los puntos sobre las íes. Les recuerda a todos, el trabajo que ha hecho libertando a tres naciones. Pone su cargo a la orden y les dice que no posee la ambición de tener un reino; que el congreso en sí mismo contiene la esperanza legítima de los pueblos, y el último punto de reunión de los patriotas; la salud de la patria depende de todos nosotros, de nuestra voluntad de unión, no podemos legar a nuestros hijos el crimen, la sangre y la muerte.

Bolívar estimuló siempre al pueblo a opinar. Pero los acuerdos eran muy diversos: unos hablaban de confederación, otros de un gobierno alternativo o de un gobierno vitalicio o central, y también había quienes se inclinaban a tener un rey de otro país, cuando en verdad lo urgente era un gobierno constitucional que diera garantías a los ciudadanos, para que tuviesen el derecho de ir por las calles como seres libres.

Pero otras ideas nuevas imperaban en ese momento, estimuladas por Santander, caudillo de Nueva Granada, quien al parecer había convencido a José Antonio Páez para que compartiera una idea separatista, idea que habían notificado al general Flores en el Ecuador, y estas ideas habían acelerado la disolución de Colombia. Las nuevas calumnias al Libertador no se hicieron esperar. Sucre también lo intenta por su lado, probando convocar

a un nuevo congreso constituyente en Venezuela en la ciudad de Valencia, y la idea prendió.

Se pusieron en camino el mismo año de 1830, y desde allá llegaban también todo tipo de amenazas. Logró Sucre llegar hasta la ciudad de La Grita en los andes venezolanos, pero no los dejaron pasar, reteniéndolos ahí por una semana. Los comisionados de Venezuela les mostraron ahí a Sucre y a sus acompañantes una proclama de José Antonio Páez, donde se expresaba de manera horrible sobre Bolívar. Todos los esfuerzos de Bolívar y Sucre se estaban desmoronando en el último momento. Se burlaban de las palabras y de las ideas de Bolívar. Hasta los presionaron para que firmaran, de una buena vez, un acuerdo para la disolución de Colombia.

Entonces Bolívar tomó una decisión final: se separó del mando. Se quedó en Bogotá unos días, esperando a que llegara Sucre. Así ocurrió: se encontraron ambos. Sucre abrazó al Libertador con emoción, lloró sobre sus hombros y le pidió la bendición, como a un padre. Y Bolívar lloró también con su hijo, el hijo que le hubiera gustado tener como descendiente. Qué buen muchacho este, carajo, se dijo para sí, qué orgullo, se repitió otra vez, mientras lo abrazaba, y se reconfortó, dando gracias a Dios.

Pero todo aquello era imaginario: era lo que en verdad deseaban ambos que ocurriera, pues en la cruda realidad cuando Sucre llegó, era otra: ya Bolívar había partido. Se abrazaron en el sueño, en el respeto, en la admiración, Sucre le había dicho a su padre en la imaginación:

—Que sea usted feliz, mi general, y que, en todas partes, y hasta en la muerte que nos pisa los talones, cuente usted con mi servicio y con mi gratitud.

En Bogotá, Bolívar y Sucre habían encontrado una situación muy distinta: los partidos y sus líderes tenían otros objetivos. Ya no se podía hacer más nada. Aquella ciudad tan amada para ambos, ahora les resultaba extraña.

Sucre se quedó una noche a descansar allí, para seguir al otro día hacia Ecuador por la ruta de Pasto, más complicada. Varios allegados le advirtieron a Sucre que no tomara aquella vía tan peligrosa, pues ocurrían en ella muchos asaltos y latrocinios.

Los edecanes que acompañaban a Sucre se lo dijeron varias veces, pero Antonio José se empeñó en seguir por Popayán. Bolívar no sabía por qué Sucre se había empeñado en seguir aquel camino, desoyendo todas las advertencias que le habían hecho. Sucre talvez pensó que querían aterrorizarlo adrede, infundirle un miedo artificial, que se escondiera y demorara el viaje, pero ya se estaban tramando las coartadas fatales.

***

Ya Bolívar había sufrido el mal de la tuberculosis, el mismo que había matado a su madre, y también cuando intentaron asesinarlo y Manuelita Sáenz lo había salvado. Ahora estaba metido en un dédalo de situaciones complicadas, sobre todo circunstancias de orden económico que era indispensable mitigar: emancipar a los indios, esclavos y patriotas para la protección de los huérfanos, y a las mujeres que habían quedado viudas por efectos de la guerra; impedir la devaluación de la moneda, haciendo todo lo posible para que la gente que vivía en la precariedad pasara a una mejor condición. Quería Bolívar forjar una sociedad de iguales, pero no tenía las herramientas, y mucho menos el respaldo de las personas pudientes.

Pero a pesar de todo, Bolívar sabe que la conquista del saber y la cultura es preponderante en un proceso de superación social, seguido por el tipo de humanismo que él estaba creando, sin saberlo, actualizando las ideas del Iluminismo europeo y de los positivistas para adaptarlas al territorio americano, no sin estar protagonizando también, sin saberlo tampoco, la revolución romántica, e inaugurando en América el concepto de historia. Aprender de las ciencias y cultivarse en la verdad. Tenía la urgencia de crear un Estado Mayor social y político, similar al que había creado en la parte militar, y estaba dispuesto a traspasarle el mando a Sucre.

Pidió la ayuda de Simón Rodríguez para estructurar un sistema educativo, pero ello no fue suficiente. Rodríguez afirmaba que la América no debía imitar servilmente, sino ser original.

Uno de aquellos días, Bolívar dijo que dictaría respuestas a varias cartas, entre ellas una al general Juan José Flores, tomándolo como pretexto para escribir una especie de testamento político, pues necesitaba sacarse de adentro las frustraciones y las contradicciones, las paradojas que habitaban dentro de él, quería despojarse de ellas o reconocerlas de una buena vez, sin dejar lugar a las dudas acerca de su posición ante el mundo y las cosas.

El asunto central de este testamento sería oponerse a cualquier simplificación del problema nacional, donde el factor conciencia resultaba decisivo. Bolívar observa la naturaleza de los pueblos: de la noche a la mañana se comportan extrañamente, como los niños, se dividen y se dejan caer en manos de liderazgos improvisados que les parecen fuertes, algo inaudito; por eso reniega del calificativo de «tirano» que le han dado, y teme ahora que los grandes destinos del sur estén en manos de los jefes del norte.

De ello Bolívar saca todo tipo de conclusiones pesimistas, por ejemplo, que América es ingobernable; de ahí concluye que quien sirve a una revolución, en el fondo, *ara en el mar*; o la única cosa por hacerse en América es emigrar; en fin, su pesimismo se acentúa cuando predice que el país caerá inevitablemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a manos de tiranuelos disfrazados de todos los colores y razas. En aquella misiva a Flores, lleno de decepción, afirma que devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos, para concluir argumentando que de ser posible hasta sería mejor que una parte del mundo volviese al caos primitivo, y éste sería el último período de la América.

Pero esta vez se trata de un pesimismo generador. Se trata de la reacción repentina de una ideología que va a llenarnos de los males que nos faltaban, o más bien los va a completar, eso piensa con extrema ironía, se anticipa a decir, casi rabiosamente, que todo el mundo va a entregarse al torrente de la demagogia. «Desgraciados pueblos, desgraciados gobiernos», piensa amargamente.

Bolívar ya estaba ganado para una visión casi apocalíptica de América, señalando la presencia de centenares de bandoleros, asesinos y facciosos; llegando al extremo de afirmar que, entre

nosotros, las masas no pueden nada, algunos ánimos fuertes lo hacen todo y la multitud sigue a la audacia y ésta a su vez, sin examinar la justicia o el crimen de los caudillos, los abandonan luego. Esta sería, en ese momento, la opinión pública y la fuerza nacional de nuestra América.

Los oligarcas del Perú pretendían humillar a Bolívar neutralizando la influencia revolucionaria de su pensamiento, sobornándole con posibles dádivas, fuera de lugar y de tiempo. Ya la independencia estaba lograda, pero aquellos querían repartirse el país como si fuera un pastel, tomando un trozo para cada uno. La muerte de Colombia ya estaba cercana. En enero de 1830 Bolívar se dirigió al Congreso, presentándole un programa donde rechaza los ofrecimientos personales y las hipócritas ofertas de cargos honorarios. Propone, primero, una protección de la religión santa del país, buscando a través de ello predicar la paz y la moral, esperando evitar la división. Luego, lograr la atención de la Hacienda Pública para combatir el peculado y la deuda pública; reorganizar el ejército totalmente, para despojarlo de elementos que puedan vulnerar el patriotismo de los soldados; la elaboración de códigos de justicia para defender los derechos de los hombres libres y acabar con los abusos; proteger al pueblo creando un fundamento de prosperidad, para lo cual se debe organizar otra vez la política.

La independencia lograda no era un fin en sí misma, sino un medio para poner ahora en práctica todas estas ideas, y así salvar a Colombia de la iniquidad. Hasta el último momento, Bolívar estuvo luchando contra los hipócritas de Colombia y de Perú, con la moral en alto.

Luego de los sucesos de Ocaña siguieron las contradicciones con Páez y los choques con Santander; los sucesos de Bolivia formaron en el espíritu de Bolívar un amasijo de preocupaciones pesimistas. Regresaba de la peregrinación por Bolivia, despojado de todo poder ante el Congreso Colombiano; se encuentra enfermo, delicado de salud, quiere descansar y llega a Barranquilla, donde ya ha pasado unos buenos días de descanso. Después de ahí, el intendente general de la provincia de Turbaco, Mariano Montilla, lo invitó a descansar allí tres días, pensando luego que lo mejor era trasladarlo a Santa Marta, a la residencia del

doctor francés Reverend, viendo el deterioro físico y la mala salud de Bolívar, a lo que éste accedió, pues su debilidad física se acrecentaba.

Ahora debía marcharse, emprender el viaje que lo conduciría a sus reflexiones postreras, al descanso de un cuerpo que ya no toleraba las inclemencias de la enfermedad y las continuas dolencias, produciéndole una fatiga intolerable. Se había trazado un itinerario para dirigirse a Colombia.

Primero, Bolívar había llegado a un lugar conocido como Pie de la Popa, en las estribaciones de un cerro llamado así, en cuya parte alta se encuentra una fortaleza que antes había sido un convento; Bolívar se trasladó a ese lugar desde un pequeño pueblo llamado Turbaco, con la idea de partir de ahí en pocos días. El convento era una amplia casona de gruesos muros y patios empedrados, donde podían verse algunos racimos de flores mustias. Sus habitaciones eran grandísimas y estaban medio vacías, sus paredes estaban desconchadas y húmedas, y con unos pocos muebles llenos de polvo, que unas mujeres limpiaban de vez en cuando. La habitación que ocupaba Bolívar era de techo artesonado y estaba casi vacía, sin adornos ni cuadros en las paredes; de ahí destacaba una mesa de noche repleta de libros, papeles y una silla de respaldo alto, descolorida y despegada por debajo, elementos que prestaban a la habitación un aspecto vetusto, e impregnando el ambiente de un olor de esa vieja lavanda que usaba el Libertador después de afeitarse; las amplias ventanas daban a patios dominados por naranjos, limoneros y geranios receptores de una brisa que, de cuando en cuando, entraba por la ventana a refrescar el ambiente de encierro. El coronel español Joaquín de Mier le ofreció su bergantín a Bolívar sin cobrarle ni un centavo, organizando a la vez la llegada suya a San Pedro Alejandrino, donde podía permanecer el tiempo que fuese necesario. Allá lo estaba esperando el señor Reverend.

Ahí permaneció varias semanas, antes de ir a San Pedro Alejandrino, donde había un clima apropiado para impedir que sus dolencias respiratorias avanzaran, pues sus pulmones estaban sufriendo de tisis. Finalmente, un día emprendieron el viaje, y llegaron sin mayores contratiempos.

—Para mí es un honor poder recibir en esta humilde residencia al general Bolívar —dijo el marqués—. Aquí puede quedarse todo el tiempo que desee.

—Le agradezco mucho, coronel.

—Ni lo diga, don Simón.

La enfermedad de Bolívar había avanzado. Como puede, hace llamar a sus secretarios y ayudantes, entre quienes destacan su fiel edecán Andrés Ibarra y su mayordomo personal José Palacios. Desde ahora en adelante, Palacios será designado a atender de manera directa todo lo relacionado al estado físico del Libertador, que en los últimos días ha estado sufriendo de continuos ataques de tos, náuseas y vómitos que dejan su cuerpo muy débil. De vez en cuando, Bolívar hace bromas con su propia salud, y dice que le provoca hartarse de guayabas, pues siente el aroma de estos frutos desde el patio, cuando los pájaros las picotean se quedan abiertas y desparramadas por el patio, llenas de avispas y hormigas, y la brisa impulsa el dulce aroma de las guayabas podridas hacia las habitaciones. Le ha dicho a José Palacios que le traiga una guayaba para olerla y le da un pequeño mordisco, la saborea, pero no la traga, sólo desea disfrutar del su aroma, uno de los olores que lo trasladan a su infancia, allá en Caracas.

Como pudo se levantó Bolívar de la cama, apoyándose en los brazos de José Palacios y en los del doctor Reverend, para dar unos cuantos pasos por los corredores de la casa y poder apreciar los jardines, las flores, nardos, orquídeas y geranios, las granadas, guayabas y naranjas que penden de las ramas. Levanta por un instante el semblante y divisa, allá lejos, un trozo de cielo hacia al norte, que en su imaginación intenta juntarse con el mar en el horizonte, en ese mismo mar donde desemboca el río Magdalena.

Bolívar había estado en aquella tierra muchas veces; podía recordar algunas de sus luchas militares en aquella tierra sembrada de plátanos, tabaco y algodón, donde las reses se desplazaban lentas por los campos. Se recordó paseando alguna vez por aquellas calles donde estaban la Catedral y la Fortaleza de San Fernando, o las ruinas del Monasterio de Santo Domingo, por cuyas veredas se vio caminando como un hombre más, un ser humano como cualquier otro. Se quedó un rato sumido en una

ensoñación sublime, mirando hacia un cielo donde se dibujaban las siluetas de su madre María Concepción y de su esposa María Teresa del Toro, siluetas que se quedaron flotando por un momento en el firmamento dibujadas por su imaginación, hasta que fueron disipadas por el viento y las nubes, creía él, pues en verdad estaban dentro de sí, como presencias celestes. Mientras se devolvía caminando por uno de los corredores de la casa, apoyado en sus fieles amigos, pensó en las sublimes caricias de Manuelita Sáenz, la adorable mujer, por la cual vertió varias lágrimas de regocijo, agradeciendo al cielo el haberla conocido.

Se sentó luego, por la tarde, frente a una mesita de madera a hojear unos libros sin leerlos, entre los que se hallaba un tomo de su autor preferido, Voltaire, luego dictó su testamento y lo hizo entregar a un notario. En aquel documento declaraba cuál era su origen, quiénes eran sus padres y quién su legítima esposa fallecida. No poseía bienes sino sólo unas minas llamadas Minas de Aroa, situadas en las tierras de Carabobo, allá en donde se produjo la mejor de sus batallas, donde pudo demostrar el alcance de sus sueños e ideales: quizá con ese triunfo de Carabobo él había sembrado la verdadera semilla de libertad en su país y algunos lo recogerían en el futuro, estaba seguro de ello, que los hombres libres de Venezuela, Bolivia, Chile, Ecuador y Perú podían ser hermanos de Buenos Aires, Brasil y Uruguay, Panamá; quizá algún día también en los Estados Unidos comprenderían la naturaleza de ese sueño, de ese ideal, y aquello sería un ejemplo para la vieja Europa; los hombres valientes del porvenir podían compartirlo para que el mundo contemplara, orgulloso, cómo la raza humana había podido superar todos sus males.

Después, el libertador se empina un poco desde la cama, para decir:

—Quiero que devuelvan las condecoraciones y medallas que me han otorgado. Es hora de que haga mi testamento, que se hagan las cosas correctamente.

Eran objetos muy costosos los que poseía, y aunque él no tenía un centavo, pensó que con ese gesto podía hacer meditar al pueblo en cosas más dignas. En aquel testamento exigió que la medalla que le presentó el Congreso de Bolivia se le devolviera

a ese país, en prueba del verdadero afecto que en sus últimos momentos conservaba por aquella República. Quiso también que sus queridas obras *El contrato social* de Rousseau y *Las obras selectas* del barón de Montesquieu se entregaran a la Universidad de Caracas. Y que de sus bienes se donaran a su mayordomo José Palacios la cantidad de ocho mil pesos, en remuneración a sus constantes servicios. A sus albaceas les dejó dicho que la espada que le regaló el Gran Mariscal de Ayacucho se devuelva a su viuda para que la conserve, como una prueba del amor que siempre profesó al gran hombre, al que amó como a un hijo. Y que sus albaceas den las gracias al coronel Robert Wilson por el buen comportamiento de su hijo Bedford Wilson, que tan fielmente lo había acompañado en los últimos momentos de su vida. Y que se pagaran y cumplieran todas las deudas de su testamento, y sus bienes los mandó repartir equitativamente entre sus familiares, hermanos y sobrinos. El testamento fue redactado el 10 de diciembre y el notario fue el señor José Catalino Noguera.

—Hay aquí en América —dijo Bolívar—, en su paisaje y su geografía, elementos extraños y perturbadores; a veces siento que cualquier cosa que intentemos está destinada al fracaso. Hay un desorden…no sé cómo explicarlo, algo vertiginoso en este paisaje, en la vastedad de las selvas, el caos de los elementos y en este fuerte clima del trópico, que afectan nuestra voluntad y nuestras razones para vivir. Uno intenta seguir, pero en el camino nos perdemos, en esta violencia sanguinaria que todo lo arrasa. Queda una conciencia que nos dice que debimos hacer algo y no lo hicimos, nos perdemos en la retórica y entonces nos frustramos y debemos volvernos astutos, inconformes.

—Sí, es cierto, siempre surge algún elemento incomprensible, que uno no sabe cómo explicar —dijo Andrés Ibarra.

—Cuando yo pedí la libertad para los esclavos —dijo Bolívar—, las voces que conspiraron contra el proyecto de salir de la esclavitud fueron las voces de mis compañeros de lucha, los mismos que habían padecido prisión en las cárceles del Callao, Cádiz y Cartagena. Es inexplicable. Hay una gran pobreza de espíritu, que uno no comprende. Ahora me he convertido en un

profeta incómodo para ellos, parezco estar sobrando en toda esta historia…

Bolívar se excitó mucho diciendo esto; le volvió la tos y la náusea.

—Debe usted descansar, Bolívar. No le convienen estos sustos. Yo creo que en todas partes del mundo es más o menos lo mismo. La historia de Europa también está llena de casos así, créame usted —dijo Andrés Ibarra.

—Ya no hay mucho más que hacer, cuando la enfermedad y el cansancio se apoderan del cuerpo… —dijo Bolívar.

—En Europa la crisis está viva todavía —dijo Ibarra—. Hablando de otra cosa: por ahí acaban de llegar otras cartas para usted. Extendió unos pliegos de papel a Bolívar. Con permiso, Su Excelencia —dijo Ibarra, y se retiró.

Bolívar comenzó a leer las cartas, y su semblante cambió. Al parecer eran cartas de Manuela Sáenz, pero no dijo nada. Estuvo mejor durante unos días, hasta aquél en que le trajeron una carta proveniente del gobierno de Bogotá, que venía en manos del capitán Vicente Arrazola.

—¿Cómo están las cosas por allá en Bogotá? —preguntó el Libertador.

—Muy agitadas, Excelencia. Pero la noticia que le traigo ahora no le va a gustar, es una noticia muy mala.

—¿A qué se refiere? —preguntó Bolívar, abriendo más los ojos.

El capitán Arrazola sacó de su maletín una carta y se la entregó a Bolívar. Este rasgó el sobre y comenzó a leer; mientras lo hacía su rostro palidecía más y más, hasta que de su garganta se dejó oír un gemido inmenso que invadió a todos los presentes. Saltó del lecho y tomó de las solapas al capitán.

—¡Miserables! ¡Quién hizo esto! —gritó.

El capitán Arrazola lo miraba espantado. Ibarra y Montilla acudieron a separarlos. Bolívar salió de la cama y se dirigió tambaleando hacia una silla, donde se derrumbó. Todos salieron del cuarto, dejándolo solo. Después comenzó a gemir con llanto profuso y desolado.

Habían asesinado al general Sucre en Berruecos. Bolívar se metió otra vez en la cama, con un acceso de fiebre, y se envolvió en una sábana, empapándose en sudor. Tenía los ojos hundidos y la expresión desencajada. Se levantó animado por una especie de cólera triste, y preguntó:

—¿Cuántos años tenía Sucre? ¿Quién lo sabe?

—Treinta y cinco Excelencia… los cumplió en febrero —respondió Arrazola.

—¿Y dónde está su esposa ahora, Mariana Carcelén?

—En Quito, Excelencia. Iba para allá a reunirse con ella —repuso Arrazola.

Bolívar estaba temblando y casi no podía tenerse en pie, así que retornó a la cama. José Palacios fue a buscar té para bajarle un poco la fiebre, y se lo dio. Bolívar se encontraba apoyado en el lecho de un gran almohadón de plumas.

—Berruecos, Berruecos —murmuró, con los ojos hundidos, ya saliendo de la fiebre—. Berruecos es un bosque sombrío, lleno de búhos y aves agoreras. Por qué tomaría ese camino tan malo. ¡Han matado al Abel de América! Y nosotros aquí esperando para irnos a Europa, esto es absurdo. ¡De aquí no nos movemos, aquí nos quedamos entonces! —exclamó.

Empezó a sentir un gran malestar orgánico que lo hizo inclinarse, una gran náusea que le subió hasta la garganta y le hizo vomitar una flema sanguínea, producto de la enfermedad.

—¿Por qué a Sucre, por qué a él? —se preguntaba, intentando incorporarse otra vez del lecho.

Después le explicaron a Bolívar cómo había sido el complot. Sucre había partido hacia Quito. Primero llegó con sus dos asistentes, Carcedo y Colmenares, a un sitio llamado Salto del Río Mayo, donde descansó en la casa de un tal José Erazo, quien ya estaba avisado del paso de Sucre; Erazo, con otro de apellido Sarría, eran parte del plan para asesinar a Sucre, cosa que lograron más adelante en el bosque de Berruecos, un bosque oscuro donde quedó tumbado el cuerpo de Sucre, sin vida. José Erazo, Apolinar Morillo y José María Obando habían trazado el plan para asesinar a Sucre, contratados a su vez por gente más poderosa que ellos.

Después de conocer y padecer la nefasta noticia del asesinato de su querido general Sucre, Bolívar se sumió en una triste cavilación por unos días. Se golpeaba las sienes con los puños cerrados y comentó que aquel era el crimen más monstruoso del mundo. Dormía poco, y cuando lo hacía tenía sueños delirantes que le gustaba contar, para despojarse de los malos recuerdos.

Además de sus edecanes y secretarios, se reunían en la residencia visitas ocasionales de gente relacionada al capitán Arrazola, para ayudar en cuestiones domésticas, o traían medicinas para aliviar a Bolívar, quien en esos días sigue teniendo sueños delirantes, y también sueños benignos. Se levanta sobresaltado, con la necesidad de contarle el más reciente que ha tenido a alguien, esta vez lo oyen José Palacios, Ibarra y Arrazola.

—Amigos, en estos días soñé que andaba caminando por los jardines de Aranjuez, en España. Allá también me sentía cansado y con los miembros pesados. Pero viendo aquellos jardines tan hermosos, comencé a olvidarme y a tener más energías para caminar e infundirme ánimos para vivir. Los jardines de Aranjuez eran largos, larguísimos, se extendían hasta el horizonte en suaves ondulaciones; me fui dejando llevar por un sendero, atravesando neblinas que se coloreaban de repente de luces anaranjadas y tornasoladas, y llegué hasta una escalera que conducía a un corredor, y seguía más allá hasta una especie de laberinto; me aventuré a bajar los peldaños y hasta me senté en uno de ellos; al sacar mi pañuelo para secarme el sudor, yo iba vestido como un inglés del siglo pasado, noté que llevaba un reloj en el bolsillo atado a una pequeña cadena; al ver la hora sentí en ese momento un dolor punzante que me subía hasta el pecho y me dificultaba la respiración, pero al retirar los dedos del reloj que estaba en mi bolsillo, podía detener el dolor que sentía, hasta que casi desaparecía por completo. Pero al sacar el reloj del bolsillo, el reloj se partió y sus agujas se doblaron, de modo que decidí deshacerme de él. Y cuando iba a botarlo, vi que una presencia me vigilaba desde una altura, una mujer enorme, oculta tras las ramas de un viñedo que dejaba ver parte de sus grandes pechos, firmes y de pezones rosados, sus bellas piernas y su sexo, quien después se echó a reír estruendosamente y me estremeció. Sus pezones crecían

mientras ella reía y me dirigía palabras burlonas. «Eres muy fino, muchacho», me dijo la mujer, «debe ser por el miedo que eres tan fino», repitió, mientras bajaba unos escalones. «A pesar de las prendas inglesas, ya no eres casi nada», dijo, mirándome con sus grandes ojos verdes, e inundándome con su aliento. Era una mujer muy provocativa. Intenté tocarla, pero entonces volvió el dolor y me paralicé. «Ni siquiera lo intentes», me dijo. «No habrá otra ocasión para ti. Pero eres valiente, y lo que debes hacer, hazlo bien». La seguí con la vista hasta que se perdió detrás de unos arbustos: me sentí solo en un laberinto de corredores que no sabía a dónde conducían. De vez en cuando, aparecían nubes de pequeños insectos que me molestaban y podían ser venenosos, creía yo, y revoloteaban por encima de mí y se perdían hacia el fondo de los corredores, sin emitir ningún sonido que pudiera alertarme de su presencia. A medida que avanzaba, la vegetación se hacía más densa, y los insectos continuaban volando. Así continué hasta hallar una pared para recostarme, una especie de muro reluciente desde donde pude observar también a un mendigo ciego rasgueando una guitarra, cuyas cuerdas resonaban en el ambiente a la manera de un clavicordio. Al pasar a su lado, el ciego se dirigió a mí rogando: «Una limosna, una limosna para el monumento al mariscal de Berruecos» y mientras me decía eso, me confundí con él y me di cuenta de que yo tampoco podía ver.

Después de narrar este sueño, Bolívar quedó lleno de ansiedad. Ni Ibarra, ni Arrazola, ni Palacios sabían qué decirle.

—Tal vez es el sueño de la muerte —dijo el propio Bolívar—. Pero de eso no hay que preocuparse, porque eso nos llega a todos. Lo raro es que ese sueño se repite a veces, con pocas variantes. Es impresionante cómo trabaja el cerebro para proteger el alma de todos nosotros, y de cómo a su vez el alma debe retribuirle al cerebro las cosas que por ella pasan.

A los pocos días llamó a José Palacios para dictarle su postrera proclama, pronunciando las siguientes palabras:

> *«Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando*

cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

»Al desaparecer en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión; los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

»¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Pasaron siete días, que se alargaron más en el sufrimiento de su terrible enfermedad. Estaba débil, su tez pálida. No hallaba cómo acomodarse en el lecho. Le dolía todo el cuerpo. Casi no podía moverse. Ahí en la cama ahora apenas se inclina ligeramente hacia arriba, con ayuda de una almohada. Cerca de él están José Palacios y el doctor Reverend. Cerró los ojos por un momento. Vio entonces dentro de su cabeza un desfile de imágenes de sucesos sentimentales y aconteceres de guerra, todos mezclados, imágenes terribles unas, delicadas otras; percibiendo los rasgos del rostro de Manuela Sáenz, sus tiernos besos y sus caricias maravillosas que lo hacían ascender al reino de lo sublime; vio las caras sonrientes de la negra Hipólita y de la negra Matea, y el rostro de su madre que lo aguardaban más allá, en una habitación blanca, poblada de suaves nubes; y el rostro de su padre y el santo rostro de Jesús de Nazaret que lo redimía y lo perdonaba de todas sus faltas; después vio unas escenas de combate donde sus soldados salían victoriosos proclamando para siempre la libertad de su país en la batalla de Carabobo. Con los ojos cerrados, sacó sus últimas fuerzas para preguntarle a José Palacios:

—¡José, José…!

—¡Sí, mi general…?

—¿Te han contado alguna vez cómo fue la batalla de Carabobo?

—Sí, mi general, por supuesto…

—¿Y qué te han dicho?

—¡Pues me han dicho que ha sido la batalla más bella que se ha librado en el todo el mundo!

—Sí, esa es la verdad —contestó Bolívar, con los ojos cerrados y un gesto apacible. Luego de haber dicho estas palabras, transcurrió un minuto.

Después, expiró.

Al cabo de otro minuto, José Palacios vio cómo en los labios de Bolívar se dibujaba una sonrisa.

Coro, abril de 2021

Epílogo

El presente libro fue escrito desde las ideas del propio Simón Bolívar, usando un lenguaje que propicie la cercanía con el lector, mediante una forma dialogal y coloquial. Los personajes están construidos sobre una base documental y sus movimientos se hallan asumidos desde una perspectiva brindada por la historia. Por un lado, está basado en varios documentos, proclamas, cartas y discursos de Bolívar, y en otros testimonios sobre su hacer o relatos de ficción1, redactados en su tiempo con un lenguaje que no es el utilizado en la vida cotidiana de los personajes, sino con un lenguaje fino y adornado al modo romántico y elocuente, bien distinto de una realidad la más de las veces precaria, poblada de innúmeros problemas materiales, económicos, morales y políticos que alcanzaron su cúspide en el siglo XIX. Fue a partir de la tercera década de éste siglo, cuando fallece Bolívar, que estos problemas persisten y se recrudecen en el resto del siglo. Justamente las obras de filosofía, literatura, ciencia, arte, leyes, moral y disciplina militar que se leían en la época, obedecían muchas de ellas a las ideas de la Ilustración europea y a la filosofía moderna liberal, desde los empíricos ingleses a los positivistas y enciclopedistas franceses, mezcladas a las de los clásicos griegos y latinos, cuyas obras, usualmente traducidas al francés, eran frecuentadas por Bolívar, y alimentaron la conciencia intelectual, moral y militar de muchos líderes de América hispana

1 Obras literarias de Perú de Lacroix, Eduardo Blanco, Álvaro Mutis y Gabriel García Márquez.

como Miranda, O'Higgins, Hidalgo, San Martín, Santander, y en el norte al mismo Washington. Todos ellos se verían por un tiempo amenazados por los imperios europeos, especialmente por España, país que por entonces llevó a cabo el peor genocidio de naciones indígenas perpetrado en la historia, reforzado luego por la esclavitud, los terratenientes, los negocios ilícitos y los monopolios financieros.

Después de la gesta de Independencia, tuvieron lugar en Venezuela las llamadas guerras federales, inspiradas también en Bolívar y protagonizadas algunas de ellas por viejos generales como Páez o Soublette, pero donde descuella sobre todo la figura de Ezequiel Zamora como representante del pueblo, inspirado también por Bolívar. A finales del siglo XIX y principios del XX nuestros países son dominados por una tradición de tiranías liberales, déspotas ilustrados o dictaduras militares que, poco a poco, van propiciando y abriendo campo a los parámetros societarios del neoliberalismo, tentados por un orden de progreso y prosperidad inspirado en la razón científica y en un crecimiento económico desbocado, basado en el desarrollismo material, dentro de los cuales las ideas libertarias de Simón Bolívar, Francisco de Miranda y tantos otros líderes pasan a ser sólo símbolos envejecidos de un pasado remoto.

Surge entonces en el siglo XX, con toda su potencia demoledora, el capitalismo neoliberal trasmutado en capitalismo global en el siglo XXI, que arrasa con cualquier tipo de tradiciones raigales, mitos, símbolos, leyendas y enseñanzas antiguas para sustituirlas y reducirlas mediante una ideología de mercado basada en el valor de cambio, que es la base del nuevo esquema de dominación. Y así transcurrimos hasta finales del siglo XX, pese a todos los intentos realizados para crear nuevos modos de cohabitar, sostenidos en modelos socialistas o comunitarios, pero escamoteados siempre a lo largo de lo que va del XXI, por los intereses de un nuevo imperio con características globales, con varios aliados que operan en Europa y en la misma América Latina. No proponen nunca nuevos modos de relacionarse mejor, pero en cuanto divisan en su horizonte una posibilidad distinta, no vacilan en exterminarla.

Justo a principios del siglo XXI el liderazgo de Hugo Chávez Frías se construyó sobre la base de una doctrina bolivariana, cuestión que abrió una nueva posibilidad de interpretar la cultura y la política de América Latina desde una perspectiva liberadora y enriquecedora. Esta visión es justamente la que intenta mostrarse en este libro, al cual no me atrevo a considerar propiamente una novela, pues carece de la invención propia de esta forma literaria, una vez que el discurso histórico la invade y desea posesionarse de su fuerza narrativa, libre y original, por lo cual algunos la han llamado novela histórica, historia novelada, historia fabulada, historia ficcionada y otras denominaciones más o menos ambiguas. En cualquier caso, en mi humilde tentativa narrativa —que yo llamaría relato histórico— he querido mostrar signos resaltantes y positivos del legado de Bolívar que, en el bicentenario de la batalla de Carabobo, tornan a contener algunos de los símbolos más originales y vigentes de la venezolanidad.

Venezuela está ubicada ahora en el ojo del huracán mundial de las ideologías, (cuya presencia benigna es calificada por el imperio como «amenaza inusual y extraordinaria»; si analizamos bien esta frase, nos cercioramos de que ella es cierta, por el ejemplo ético potencial que contiene) y ha convocado a un Congreso Bicentenario de los Pueblos a objeto de hacer frente a los desmanes efectuados por un capitalismo de estado que ha echado mano de todos sus dispositivos para agredir la vida libre y pacífica de los pueblos, mediante una guerra híbrida.

Debemos sentirnos orgullosos, entonces, de que un venezolano como Bolívar haya librado este combate —sintetizado en la batalla de Carabobo— en varios países del continente para liberarlos, y que doscientos años después sus ideas y su fuerza se hallen aun presentes en la conciencia de los venezolanos y de los americanos.

SUEÑOS Y GUERRAS DEL MARISCAL

La gesta de Antonio José de Sucre



NOTA DEL AUTOR

Las fuentes para la organización de esta novela han sido principalmente documentos, hechos de la gesta heroica de la Independencia americana, y las propias cartas de Antonio José de Sucre. El movimiento anímico del personaje, los dobleces de su personalidad, así como su peripecia —individual o colectiva— han sido reelaborados en un lenguaje literario y pertenecen, por tanto, al terreno de la ficción, sin que por ello deba ser considerada una novela histórica, y mucho menos historia fabulada.

Capítulo I
El sueño del fantasma

Antes de abrir los ojos, siento el cuerpo muy liviano, livianísimo, como si estuviera acostado en un lecho de plumas; y apenas los abro me doy cuenta de que no estoy en una cama sino en la tierra, sobre ramas y rodeado de árboles. Oigo también el sonido del agua en un arroyo. Me incorporo poco a poco y escucho, sentado, los cascos de unos caballos que galopan a lo lejos y distingo a mi mula con los ojos asustados; está herida, relincha y caracolea. Me incorporo para tomar sus riendas, pero parece no advertir mi presencia. Mi mano no puede asir las riendas para llevarla a algún sitio y curarla. Luego veo aparecer a mi ayudante Lorenzo Caicedo, quien se dirige muy cerca de mí hacia un cuerpo tendido en la tierra: es mi propio cuerpo ensangrentado; y Caicedo llora sobre él. Esto es algo que no puede ser, me digo, no puede ser cierto a menos que sea uno de esos sueños fantásticos que me han perseguido últimamente, desde que estaba en Bolivia.

Una cosa extraña me sucede con los sueños que tengo desde entonces: son alucinantes, en ellos vuelo como un pájaro y me estrello luego contra el cielo o caigo a un abismo con las alas rotas y quemadas, como un Ícaro, o bien voy volando sobre el mar de Cumaná y planeo por encima de las olas y de las playas como un ave, hasta que veo a mi madre que me llama desde alguna playa. Y entonces desciendo a gran velocidad y me poso junto a ella, para que me acaricie. Ella también posee unas enormes alas, como las de un ángel; yo en cambio tengo la forma entera de un gran pájaro. Y apenas comenzamos a dar unos pasos, ella remonta

el vuelo y yo me quedo solo en la playa, dando aletazos nerviosos y graznando.

Otras veces ocurre con mi padre, sólo que yo le invito a volar y él no se cerciora de que yo soy un pájaro, a pesar de que mis alas son tan grandes. Miro con asombro su uniforme militar y le pido que me permita acompañarle a la guerra, y él no lo quiere así. Pero apenas se distrae, yo aprovecho para escaparme volando a ver las acciones de batalla que él tanto me describe; él no sabe que yo las puedo ver tranquilamente desde arriba, ese es mi gran secreto.

Pero nada de esto me sucede ahora. No puede ser que esto sea un sueño, que esté reflexionando sobre algo que no es verdad.

A lo sumo podría estar viviendo la experiencia conocida —aunque no muy usual— de un sueño dentro de otro sueño, de la que siempre se acaba por despertar o con una caída, con un golpe, con un impacto cualquiera… pero esto de transparentarme conscientemente y el no haber despertado ni siquiera al abrir los ojos en el segundo sueño debe ser otra cosa.

Mi caballo está desorientado; sus ojos están llenos de miedo; corre hacia la quebrada y se interna por el bosque.

Lorenzo Caicedo sigue contemplando mi cuerpo inerte. Por un instante estuve tentado de acercármele; pero ya no es necesario. Ya entendí todo de un solo fogonazo: ese es mi cuerpo sin vida, luego de haber recibido un balazo fulminante en el corazón, y esta es la selva de Berruecos, que hube de atravesar para dirigirme a Quito. Ya no hay remedio: estoy muerto, pero nunca pude imaginar que la existencia se continuaría de este modo, que podía seguir viendo las cosas desde esta forma incorpórea, nunca creí en el más allá ni en lo que me decían durante mi formación religiosa, porque mi espíritu siempre estuvo dispuesto a servir a mi país y a mis pueblos de América aquí en la tierra, en estos países muy reales y concretos a los cuales intentamos dar entidad: Venezuela, Ecuador, Bolivia, Perú, Colombia.

Simón Bolívar lo sabía y luchamos con él para liberarlos del yugo español. Sólo que él también ha muerto, lo cual es muy triste. ¿Pero qué estoy diciendo? Si el Libertador está muerto quizá podríamos vernos en algún lado bajo esta misma forma

incorpórea. Trataré de ubicarlo como pueda, pero debo salir de aquí antes de que anochezca.

La noche cayó lentamente sobre aquellos bosques, y yo caminé tranquilo hacia cualquier parte. Ya no estaba preocupado por la política, por las intrigas del nuevo poder ni por el clientelismo de los nuevos gobernantes. Mi espíritu está tranquilo y puede vagar libremente por éste y otros bosques, oír el canto de los pájaros o el rugir de las fieras. No sentía frío ni calor, ni hambre. Mi cuerpo trémulo se desplaza sin apuros por estos parajes, disfrutando de la visión de un cielo repleto de estrellas, de astros relampagueantes que no conocían de geografías ni de países; sólo están allí emitiendo su brillo eterno desde el espacio, irradiando luz para los ojos de los seres que habitan la tierra, incluyendo a los fantasmas. Es algo grandioso que los muertos puedan mirar las estrellas, a lo mejor este no es el verdadero fin, sino una manera de perpetuarse en otra dimensión.

Al fin comienzo a explicarme, mientras camino por estos parajes umbríos, cuál pudiera ser la función de los muertos con relación a los vivos: decirles cosas a través de los libros, el arte o la historia, que todo esto que legamos es una especie de operación cifrada, un código analizable por la posteridad para asegurar la permanencia de los instantes pasados. El alma no descansa en un sentido de creación; continúa viva desde la obra de los hombres y luego con el tiempo se vuelve humana, elevada a los lugares de trascendencia más allá de la carne mortal.

Con esta convicción marché hasta un punto en el que el bosque ya comenzaba a desaparecer. Ya había dejado atrás los árboles; de súbito tenía delante de mí a una pradera, que se extendía hacia el horizonte; y allá lejos algo brillaba, algo así como un resplandor plateado, un tanto zigzagueante.

Al adelantarme siento que la liviandad de mi cuerpo se va reduciendo; el aire se va haciendo más pesado y casi no puedo respirar, ya no voy tan atónito y asombrado como hasta hace unos momentos y choco literalmente con el aire, doy con la frente en un viento que parece arrastrarme; no, no, no parece, en efecto el aire se ha convertido en un fuerte viento que me lleva en el centro de un torbellino, doy vueltas y me confundo con la enorme fuerza

de su centro, pero no debo temer, pues ya estoy muerto, y sería ya exagerado que tenga que morir dos veces.

Me elevo primero a muchos metros, y no puedo distinguir casi nada de lo que sucede allá abajo. El torbellino ha ido calmándose y ahora comienzo a divisar una gran superficie azul: es el mar, y a él he sido arrojado con una fuerza enorme; tanto, que he llegado a sumergirme varios metros en las profundidades; trago y trago agua salada, pero el agua me sale por los poros y mis pulmones respiran libremente. El cuerpo comienza a ir hacia la superficie y pronto me encuentro flotando. Percibo el sonido de algunos pájaros que planean a pocos metros de mi cabeza y hasta el sonido lejano de las olas que rompen en la playa. Apenas abro los ojos veo intermitentemente la arena y a dos hombres que se acercan nadando y llegan hasta mí, me toman y me llevan hasta una pequeña barca de pescadores, me dan varias palmadas hasta que reacciono. Me dan beber agua de coco.

Conducen la barca hacia la orilla, me ayudan a bajar de ella y luego me sientan un rato en la arena.

—¿Qué le ha pasado a usted, hombre? ¿De dónde viene? —pregunta uno de ellos.

En cuanto me hace la pregunta, mi mente arroja una red hacia el pasado, se disuelve en el recuerdo de varios sucesos. Veo primero a un hombre, a un prisionero, que es conducido ante un pelotón de fusilamiento, y luego a otro asfixiado por unas manos asesinas en la cama de un hospital, estas dos escenas dolorosas llegan hasta su punto más cruel cuando me asaltan las imágenes de una mujer alta, bella, que se lanza desde un balcón. Ahora comienzo a recomponer los peores sucesos de mi infancia: sí, esos eran mis hermanos de sangre, asesinados los primeros cuando el sanguinario José Tomás Boves entró a Cumaná para tomar por las armas la ciudad; mi hermana, ante la posibilidad de ser violada y luego asesinada, prefirió lanzarse desde el balcón de su casa, y ahora mismo no sé de dónde vengo y cómo he llegado aquí, a estas playas donde ahora oigo la voz de un hombre preguntándome qué me ha sucedido.

—Es una historia muy larga de contar —le respondo.

—Podemos llevarlo hasta Cachacacare, señor…

—Sucre… Antonio José de Sucre. Ustedes me han salvado, les debo la vida.

—Estábamos pescando aquí Francisco y yo, cuando de pronto le vimos —dijo el otro, llamado Santiago.

—Les agradezco mucho —dijo tosiendo—. Es buena idea ir hasta allá. Seguro ahí encuentro donde reponerme. Gracias.

Cachacacare, ese nombre me recordaba cosas. Una vez llegamos al pueblo, les agradecí a Santiago Calderón y a Francisco Javier Gómez, y así se llamaban, todo lo que habían hecho por mí. Nunca olvidaré esos nombres. Al fin y al cabo, es por hombres como éstos, sencillos y humildes, por quienes uno pelea, por quienes se libra toda esta guerra, para que ellos puedan vivir en una nación libre del yugo español, para que puedan compartir su pan y su vida sin el peso de la esclavitud y la humillación. Les expliqué quién era, y cuando les dije que venía del exilio en Haití, no me lo creyeron, lo vi en sus ojos. Después se alejaron susurrando por una calle del pueblo. No, no pueden adivinar que cerca de estas playas de Guiria y Cumaná yo vine al mundo en el año de 1795, y que mi familia viene de una larga tradición militar. Comenzando por mi padre, Vicente de Sucre Urbaneja, que fue Coronel de Infantería de Fernando VII. En cambio, mi madre, María Manuela de Alcalá, muere muy pronto, cuando yo apenas tenía siete años. Mi padre vuelve a casarse con Narcisa Márquez Alcalá cuando yo cumplí nueve años. Mi papá Vicente me mandó al cuartel desde los trece años, y en Caracas estuve estudiando en la Academia de Ingeniería Militar. Ahí me puso bajo la orientación de mi padrino Antonio Patricio Alcalá, un hombre muy recto y muy inteligente, que no sólo sabía decir su misa en la Catedral de Caracas, donde era Arcediano. También estuve a la disposición de José Mires, un militar español que me enseñó las primeras cosas para llegar a ser militar, para hacerme un hombre de guerra.

Pero yo en realidad no soy un hombre de guerra para la guerra, yo soy un hombre de guerra para la paz. No sabe nadie la desazón que voy experimentando poco a poco, mientras el militar que hay en mí se va formando, presiento tantas cosas nefastas para mi país. Ya he oído que Don Francisco de Miranda está organizándose para liberar a Venezuela, pero ya ha fracasado en los

dos primeros intentos. Ya estamos en 1810, y debo irme de nuevo a Cumaná, ya soy Cadete de la misma Compañía de Húsares que regentó mi padre Vicente. Otros Vicente, Vicente de Emparan, ha sido reconocido en Caracas como gobernador y capitán general de la Provincia de Venezuela, y apenas hace unos meses terminaba de tomar posesión, cuando unos líderes criollos quisieron destituirlo sin suerte. Lo mismo ocurrió cuando un grupo de notables criollos hacen una petición al gobernador para crear una Junta independiente de la de Sevilla, y son encarcelados. Pero finalmente el Cabildo triunfa y una Junta Suprema ha asumido el poder. Al fin estamos dando pasos decisivos para lograr la Independencia.

Yo he sido nombrado en la Junta de Cumaná Subteniente del cuerpo de milicias del ejército de Oriente, y luego mi responsabilidad ha sido mayor cuando me encargaron del cuerpo de ingenieros militares en la isla de Margarita. Mi padre me ha dado fuerzas desde Cumaná, donde es Presidente del Ejecutivo. Ahora ya estoy listo para enfrentar las responsabilidades que sean necesarias, porque ya el 5 de julio ha sido declarada la Independencia de Venezuela en este año de 1811, y ha sido izada por primera vez con orgullo nuestra bandera, que el general Francisco de Miranda ha diseñado con tanto esmero.

La mente se cansa a ratos de tanto rememorar todo aquello. Me parece mentira que desde tan joven tuviera yo que pensar como un adulto. Casi ni tuve infancia; todo fue estudio, lógica, tácticas, diplomacia. Casi ni me di cuenta cuando ya estaba participando en la Campaña del Centro, comandando a los artilleros, asistiendo a Juntas de guerra en medio de los nuevos peligros que acechaban a la República: apenas el jefe español Domingo de Monteverde avanza hacia Caracas, cuando el Congreso de la República recién ha sido disuelto. Encima de esto llegan las noticias del terremoto que asoló a Caracas, Barquisimeto, Mérida, San Felipe y la Guaira. Simón Bolívar ha dicho bien: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca». Nunca había hablado alguien antes así, con una verba tan convincente, con tanta fuerza. Ha caído la Primera República, pero no hay que desmayar. Monteverde es el Jefe por ahora, pero la campaña libertadora continuará, cueste lo que cueste.

Ahora, incorporado a la Campaña de Oriente, estoy a las órdenes del general Santiago Mariño. Ya hemos tenido noticias de que Francisco de Miranda fue hecho preso en La Guaira y que Bolívar ha debido exiliarse en Curazao y luego en Colombia. Debo honrar mi nombramiento de Teniente Coronel y entrenar estas tropas que irán desde el Oriente hacia el Occidente, para que Simón Bolívar y Santiago Mariño, estos dos hombres a quienes tanto admiro, se encuentren. Bolívar viene desde Cartagena cumpliendo la Campaña Admirable, y Mariño desde Trinidad ha llegado a Maturín. Y es observando el ejemplo de estos dos jóvenes valientes, Bolívar y Mariño, de donde llegué a la conclusión de que se debe aprovechar lo mejor de la juventud para luchar por un ideal, sea éste cual fuere.

No quiero pensar más en aquel monstruo de Boves, que marcó mi vida con la sombra del infortunio, que nubló mi felicidad familiar después de que mi madre se vino a esta dimensión tan temprano, porque yo sé que mi madre estuvo presente en mi habitación allá en Caracas, soplándome caricias al oído para que fuese un hombre noble. Sin esos susurros de mi madre en la noche desde el otro mundo yo no hubiese sacado fuerzas para enfrentarme a la vida, y ahora puedo decirlo con toda propiedad, porque he comprobado que existe este mundo inverosímil, fantástico, desde donde puedo recordar y sopesar con mayor claridad todo lo ocurrido.

Pero no puedo negar mi confusión. A ratos me parece estar vivo de verdad, en mi caparazón de carne y huesos, y confundo ese estado con éste que podría llamase fantasmal. Y ahora me preparo a enfrentar la presencia sombría de aquel ser, si es que se le puede llamar así: José Tomás Boves, responsable de la muerte de mi familia. Este hombre sanguinario ha seguido ganando terreno, mientras ya estaba recuperándome del triste fracaso de la batalla de Maturín, la cual estuvo comandada por el general José Francisco Bermúdez, uno de los mejores de Oriente.

Esta fue mi primera derrota militar y mi triunfo moral. Debo exilarme un tiempo en las Antillas y en Colombia, pues un nuevo caudillo realista aparece en las costas de Margarita: Pablo Morillo. Es por ello que debo marchar a unirme al ejército

oriental del general Santiago Mariño. Todavía oigo con claridad las palabras de Mariño cuando nos encontramos en Cumaná

—Bienvenido, Comandante Sucre. Su llegada es una alegría y una promesa muy grande para nuestro ejército y para nuestra causa. Lo extrañábamos mucho por aquí, y celebramos que haya salido bien de su viaje desde Trinidad.

—Estoy a sus completas órdenes, general. Tengo entendido que el general Bolívar organiza desde Haití una nueva expedición para libertar nuestra patria, con la ayuda del presidente haitiano Pétion.

—Así parece, Sucre. Nuestro ejército de Oriente es ahora mismo el más consistente de Venezuela, y espero que usted acepte ser el Jefe del Estado Mayor de mi ejército.

Recuerdo que hice una ligera reverencia para responderle:

—Será un honor para mí, general Mariño. He oído hablar de Páez en los llanos.

Dicen que es muy aguerrido.

—Sí, así parece —contestó Mariño—. Ahora hay jefes por todos lados. No entendí en ese momento el recelo del general Mariño contra Páez, pero igual me puse a trabajar para organizar un Batallón, el Batallón Colombia, para reforzar la Campaña de Oriente. Luego formé aquel cuerpo de Infantería del Bajo Orinoco. Pero la guerra, o mejor, esta lucha no se ganará sólo con las armas. Habrá que negociar y disolver por todos los medios las discrepancias que pueda haber en el alto mando, entre nuestros generales. Sobre todo, habrá que ser leal a Bolívar, pues él es el General en Jefe, y sus decisiones están fuera de toda duda.

Los actos de recelo de Mariño hacia al general Bolívar han comenzado a producirse. Él no quiere acatar por completo las órdenes de nuestro Libertador. Ha organizado un Congreso en Cariaco donde claramente quiere erigirse él en Jefe Supremo del Ejército. Yo no voy a participar de este Congreso, y ya veré como puedo convencerlo de acatar las órdenes de Bolívar.

Recuerdo bien aquel día. Estábamos en una calle de Cumanacoa. Eran las cuatro de la tarde. El general Mariño iba acompañado de un grupo de soldados y civiles. Yo me dirijo hacia él junto a tres de mis soldados. Nos saludamos con los rigores

del caso y luego nosotros, Mariño y yo, nos alejamos del grupo a pie. Él comienza a hablar. Me dice que ha convocado una Junta de Guerra para ocupar Carioca y dirigir las operaciones de la Costa. Yo le expreso que me parece apresurado tomar esa decisión sin las órdenes expresas de Bolívar. Me habla de su buena fe y de obediencia al gobierno, pero que él tomará las decisiones en Oriente. Fue la primera vez que contradije a un superior mío cuando le contesté:

—Con todo respeto, general. No me parece una buena posición.

Él me tomó del hombro para transmitirme confianza, para calmarme y decirme que todo iba a salir bien.

Pero yo desaprobé desde un primer momento esa decisión. Noté que Mariño se traía algo entre manos, no me transmitía confianza. Tiempo después constaté mis dudas: Mariño y los insubordinados de Cariaco tenían un aliado en el Sur: el general Manuel Piar, que también venía dando muestras de desacato al Libertador. Bolívar entonces me sorprende nombrándome Comandante General del Bajo Orinoco, cuestión que me compromete aún más. Mariño opina que el general Bolívar está muy debilitado y que quiere gobernar desde el exterior, y pondera la capacidad de Piar, quien no cesa de ganar batallas en el Sur. Tenía Mariño la idea de ir a reunirse con Piar en el Orinoco.

Capítulo II
Las primeras victorias

Lo que no sabe Mariño es que Bolívar ha llegado de Haití y desembarcado en Barcelona, y está tratando de conciliar las fuerzas dispersas de Oriente. Ha llegado a un acuerdo con el general Bermúdez, y me ha escrito a mí para trazar un plan con el fin de ir a Guayana a reunirse con Rafael Urdaneta. Yo le he ayudado desde Cumaná para tomar Angostura, sin que Piar ni Mariño lo sospechen.

Fue ésta mi primera victoria estratégica, de la que me sentí orgulloso ante el general Bolívar, pues Bolívar logró tomar Angostura. Lo primero que hizo fue pedir cuentas a Piar. Pero Piar lo desafió, lo ofendió frontalmente desconociendo toda autoridad. No entiendo como Piar pudo salirse de sus casillas hasta un extremo así. Entonces fue juzgado. Y fusilado. Para Bolívar este fue un golpe muy duro, pero así son las cosas de la guerra. Había que sentar precedentes. Si el Libertador permitía una cosa así, entonces cualquier otro general podía hacer lo mismo.

Yo estuve a las órdenes del general Piar, participé bajo su mando en tres batallas consecutivas donde apenas quinientos hombres arrasamos a ocho mil españoles en combates a campo raso en Maturín y Cumaná. Yo me probé en los ejércitos de Piar y reconozco que pocos como él han tenido tanto coraje y tanta valentía. El fusilamiento de Piar ha impresionado mi ánima, su cadáver ensangrentado me produce pesadillas por las noches.

Pero Bolívar debe ir hacia delante. Ha organizado el Congreso de Angostura y ha fundado nuestro primer periódico: el *Correo del Orinoco*. Mi amistad con Bolívar ha sido sellada,

pero debe haber otras formas de dialogar, de negociar, de convencer, para evitar nuevos derramamientos de sangre entre nosotros mismos, para que episodios como los de Piar no sigan ocurriendo. Ahora tenemos al general Mariño. Tiene que haber una manera de que Mariño se someta por vías pacíficas a las órdenes de Bolívar.

He hablado cordialmente con él. Hemos ido razonando con cautela para que no se cometa otro error. Él es un hombre muy orgulloso, muy vertical, muy obstinado. Pero la palabra de los hombres debe estar por encima de todo, y Mariño razona. Aún rememoro aquellas palabras de reconocimiento que me dirigió el general Bolívar: «Usted se ha portado con la delicadeza y el tino que yo esperaba. Celebro infinito que usted haya visto y tratado al general Mariño del modo que lo ha hecho, sin desesperarlo y con la consideración que él se merece. La política es la que debe hacerlo todo.»

La memoria ha comenzado a fallarme. Me siento otra vez como suspendido entre dos mundos, como si estuviese participando otra vez de estos acontecimientos del pasado, pero no es así. Hablo en tiempo pasado, hablo en tiempo presente… no puedo utilizar bien los tiempos verbales. No hay duda de que estoy muerto, y ya he experimentado la memoria de la vida estando vivo, pero ejercitar la memoria desde la muerte es otra cosa. Trato de acordarme de cosas que no estén relacionadas con la guerra, de encontrar momentos que me liguen a la vida familiar, sentimental, a la vida normal, civil, pero no puedo hallarlos. Las fechas se confunden ahora en mi cabeza, porque ese recuerdo de la muerte de mis hermanos fue en realidad en 1814 —un año espantosamente inolvidable— pero he comenzado a recordarlo desde antes que ocurriera. ¿Cómo puede ser esto?

¿Cómo puedo recordar una cosa antes de que ésta suceda? Siendo edecán del general Mariño para lograr su encuentro con Bolívar, justo en ese año estuve en la Batalla de la Puerta en la que fue hecho prisionero mi hermano Pedro, que fue luego fusilado en La Victoria; ese mismo año también es cuando la bestia de Boves entra en Cumaná y mueren mis hermanos Víctor y Magdalena (me he imaginado de mil maneras la muerte buscada de mi hermana Magdalena, su salto último desde el balcón) y la

verdad es que he envidiado a José Félix Ribas por ese triunfo que obtuvo en La Victoria ante Boves, aunque fuera éste un triunfo parcial. Pese a continuar ganando terreno, Boves tuvo que morir en diciembre de ese mismo año. Nunca anhelé tanto ser yo el que quitara la vida a ese animal. Pero ya no hay remedio. Él está muerto y Bolívar destituido en el exilio, en Cartagena.

Ah, sí, ahora recuerdo: para colmo de males llegan refuerzos realistas desde España. Pablo Morillo desembarca en la isla de Margarita con un ejército completo. Justamente yo me encuentro allí con el general Bermúdez, y no me queda más remedio que huir de la isla rumbo a Cartagena y luego a Haití, acompañado de Bermúdez y de Carlos Soublette. No puedo contener la consternación y la pesadumbre al enterarme de la muerte del general José Félix Ribas, ajusticiado por los realistas. De repente las cosas parecen irse abajo… pero hay que seguir luchando para cortar las disensiones que dejó Mariño a causa del frustrado Congreso de Cariaco. El general Bolívar me ha sorprendido con estas palabras: «Si usted no cree que sea útil a la República su comisión, está usted autorizado para suspenderla y no dar curso a la referida orden.» Ha dejado a mi entero criterio el cumplir o no esta orden. Esta es la mayor muestra de confianza que puede darme Bolívar. Por supuesto que voy a darle cumplimiento. Pocas semanas más tarde la situación estaría completamente controlada.

Ahora estoy a las órdenes del general Bermúdez, jefe del Estado Mayor del Ejército. No podemos flaquear ni un momento. Luego Bolívar me encomienda que me traslade al Orinoco para ocuparme de acopiar transportes y víveres para el ejército que va a marchar hacia los Llanos. Pero no pude acompañar a este ejército, pues Bolívar me ha confiado la nueva misión de ir hacia las Antillas neutrales para adquirir armamento y municiones. Recuerdo que partí el 8 de marzo de 1820, y que regresé de Saint Thomas con cuatro mil fusiles, municiones y otros pertrechos, que serán decisivos para el triunfo de Carabobo. Aunque no todo tiene que darse con balas y municiones: es necesario redactar y preparar el Armisticio y el Tratado de Regularización de la Guerra. Los coroneles Pedro Briceño Méndez y José Gabriel Pérez me acompañarán en esta misión. Así pues, firmamos con

comisionados patriotas y realistas este tratado que puso fin a la Guerra a Muerte, y que terminó con el emocionado abrazo que el general Morillo y el general Bolívar se dieron en Santa Ana ese mismo año de 1820. Ese día Bolívar y Morillo, grandes enemigos, bebieron aguardiente de un mismo vaso hasta ponerse eufóricos, y hasta bailaron parados en una mesa, y ya exhaustos se pusieron a comentar cosas como si fuesen amigos de toda la vida. En el mismo cuarto hicieron tender hamacas y hablaron y hablaron hasta la madrugada. Nunca había visto tan animoso al Libertador.

La memoria comienza ahora a funcionarme extrañamente y me lleva a un año antes, en que había ocurrido la batalla de Boyacá.

No puedo olvidar el triunfo de Boyacá por parte de Bolívar, quien tomó la ciudad colombiana de Tunja e interfirió las comunicaciones de las divisiones realistas de José María Barreiro. Este se puso en marcha desde Boyacá para seguir de allí a Bogotá. Bolívar ordena la marcha de su ejército hacia Boyacá para impedir el desplazamiento de Barreiro. Entonces se enfrentan las dos fuerzas, y la caballería patriota recibe el ataque de los cazadores enemigos, pero nuestros hombres neutralizaron este ataque, haciéndolos huir al río. Y ahí fue cuando entró el grueso del batallón nuestro. Ahí entonces se produce el primer movimiento coordinado de conjuntos armados: el batallón Riffes y la compañía de voluntarios británicos desactivan los movimientos por la derecha; entonces los Bravos de Páez y Barcelona entran por el centro, mientras que los organizados en Nueva Granada se reunieron por la izquierda. Todo fue perfecto. Por todo el frente, el general José Antonio Anzoátegui asumió la fuerza principal del enemigo y los puso fuera de combate, mientras que el general Francisco de Paula Santander remató con las operaciones por la izquierda, para reforzar la victoria en Boyacá. Esto me lo contó Bolívar. Fue una lástima que yo no pudiese estar allí, pero lo veo, lo imagino todo con nitidez. Fue ese triunfo de Boyacá el que me estimuló para mis campañas en el Sur.

Ni siquiera pude asistir a las sesiones del Congreso de Cúcuta, para las que el pueblo de Cumaná me había elegido Diputado. La batalla de Boyacá había sido en 1819 y ya en 1821

recibo del Libertador el mando del Ejército de Popayán, para someter a Pasto y Libertar a Quito. Ya Quito estaba aliviada de los españoles, por suerte.

Ahora tendría que probar mi primera derrota en el Ecuador. Aunque vencí en Yaguachi, fui derrotado en Huachi, meses después, en septiembre. Recibí golpes por todo el cuerpo, me dolían los músculos, sufrí con rabia los efectos de esta pequeña derrota militar.

Es como si ahora mismo hubiese recibido un golpe en la cabeza. Estoy aturdido. Miro hacia atrás y veo otra vez la selva de Berruecos. Quisiera de cualquier modo conseguir un caballo, pero estas manos y este cuerpo que atraviesa las cosas me lo impiden. Soy invisible o estoy muerto, qué más da, este cuerpo no me sirve para nada sino sólo para recordar, para moverme por entre las cosas como un halo.

Adelante está el mar. Sólo en esta realidad fantástica de la muerte puedo estar entre el bosque y el océano en esta parte del Ecuador. Este golpe recibido en la cabeza en Huachi debió haberme dado más energías para negociar por vía diplomática la suerte de Guayaquil. Conversando, logré contener las fuerzas realistas por un tiempo.

Después hube de embarcarme en el buque Ana desde la bahía de Buenaventura. Las calmas y el poco conocimiento que tenía de estas costas el comandante de nuestra corbeta, nos detuvieron casi por 30 días en el mar del Sur, después de haber tocado en Tumaco, a dejar allí cinco enfermos, y en Río Verde, donde llegué con el objeto de hacer agua, recoger algunos víveres —que ya empezaban a escasear a bordo— y mandar a tierra diecisiete enfermos, cuyo número aumentaba cada día, tanto por lo ardiente del clima y larga duración del viaje, como por la estrechez e incomodidad con que veníamos en un barco tan poco capaz. Pero aun así logramos desembarcar en Guayaquil y la corbeta continuó su viaje hasta aquí con los pertrechos, vestuario y armamento.

Con política he de lograr lo que las armas no han alcanzado. Con el general José Joaquín Olmedo, Rafael Jimena y Francisco Roca suscribiría después este tratado con Guayaquil, estando bajo la protección de la República e incorporada la mayor parte de su

fuerza a la división del sur de Colombia. A las órdenes del jefe de ella, la junta superior concede, en nombre de la provincia, al mencionado jefe, las facultades necesarias para estipular con el gobierno de Quito cualquiera negociación que lleve por base la libertad del país, para celebrar la suspensión de las armas y hacer que la regularización de la guerra entre Colombia y España comprenda también a la provincia de Guayaquil.

El 29 de julio de 1821 celebramos el suceso más feliz para Colombia. Nadie, ni realistas como Borrero ni como Sarabia podían mancillar la felicidad que sentimos. He recibido el mando de las tropas, y el suelo de Guayaquil no será profanado por tiranos, ni voy a permitir que el pueblo esté amenazado. El Congreso General de la República acaba de constituirse, y el gobierno de la provincia decidirá que el pueblo de Guayaquil va a incorporarse a la sociedad colombiana. He recomendado a sus habitantes, en una proclama, la uniformidad de las opiniones, la unión más estrecha y la resolución más firme de morir o de ser libres. Esa libertad será garantizada por un gobierno paternal y benéfico, formado en la experiencia y en las desgracias; sancionado por hombres capaces de medir la grandeza, el poder, la gloria de un estado; y educado por un jefe, el más celoso defensor de los derechos del pueblo, el más firme apoyo del ciudadano, y el héroe que al fin ha creado, fundado y conservado la República.

Pero no sólo en Guayaquil estamos celebrando la libertad. Bolívar acaba de triunfar en Carabobo, ha liberado Caracas y casi toda Venezuela. Los integrantes del Estado Mayor han acompañado a Bolívar a su regreso a Caracas. José Antonio Páez viene entre ellos. Los ecos de esta gran victoria de Carabobo se hacer oír en Colombia, donde el general Antonio Mariño instala el Congreso Constituyente de la Gran Colombia. No hay nada que pueda superar la alegría de ver constituido este gran país, esta gran nación gran colombina para todos. Con Bolívar como Presidente de la Gran Colombia y el Gran Santander como Vicepresidente ya podemos hacer las gestiones diplomáticas con México, Chile y Argentina. Ahora será cuestión de ir instruyendo y formando al pueblo, será cuestión de ir creando periódicos e imprentas para difundir las ideas nobles de los humanistas de América y Europa.

Nuestro espíritu se ha formado principalmente en la mente clásica, en los autores griegos y latinos, y luego en los franceses e ingleses. Yo lamento no tener más tiempo para formarme mejor en la lectura de estos autores.

Capítulo III
Antepasados

Sé que mis ancestros fueron franceses, que provengo de la rama Sucre (que significa Azúcar) del mediodía de Francia. Ahí, en Flandes, se unieron con España promediando el siglo XV. Cortesanos, nobles, cuyos nombres como el de Andrés de Sucre se ven unidos cumpliendo funciones al lado del tristísimo Rey Felipe el Hermoso. Luego, en el siglo XVII, en el reinado de Carlos II, llegó a América Carlos de Sucre, también de Flandes, Marqués, que actuó como gobernador de Cartagena de Indias.

Carlos de Sucre tuvo un hijo a quien dio su mismo nombre; éste fue militar muy destacado, y llegó a ocupar altos cargos como el de Gobernador y Capitán General de la Provincia de nueva Andalucía. La capital de esa provincia era la tierra firme Cumaná, y aquí echaron raíces los Sucre. De ahí provengo yo. Y ahora, no sé por qué, me pongo a pensar en mis antepasados, en lo que me dijo mi padre que había averiguado. Cuando apenas contaba los seis años; una tarde me sentó en una de sus piernas y me dijo, hijo, ya es hora de que sepas de dónde venimos los Sucre. Me lo dijo todo con tanto orgullo y estuvo su narración tan llena de detalles y descripciones, que yo me imaginaba a aquellos antepasados míos como a unos titanes que habían salido de la mitología, como a unos seres heroicos. Y viendo después la actitud recta de mi padre y su actuación como militar en varios sucesos, sentía por él una gran admiración y un gran amor, porque vi con estos ojos míos cómo y cuánto amaba a mi madre, a María Manuela la dulce, a quién con sólo recordar se me anegan los ojos de lágrimas, mi corazón se sobresalta de ternura y emoción. Lo único que

querría en este momento no es recordar los triunfos militares y los logros humanos, sino estar muy cerca de mi madre. Y ahora que estoy muerto la buscaré aquí en esta tierra por la que vago como un fantasma, la buscaré detrás de las nubes, más allá de las montañas y en el fondo del mar si es preciso, en el fondo del mar de Cumaná y en las playas y en las arenas. Y tú Vicente, padre mío, me ayudarás a encontrarla, porque nosotros los muertos, también necesitamos el calor de los otros muertos queridos, de los otros fantasmas que nos aman para darnos el calor por las noches, el calor que nos hace dormir en sosiego. Hasta que no los encuentren, padre mío, madre mía, no voy a poder dormir tranquilo.

Ella murió cuando yo contaba sólo siete años. Mi padre tuvo con ella nueve hijos, y después de ida ella, él se volvió a casar con otra llamada Narcisa Márquez y tuvo nueve hijos más. De los seis varones y tres hembras que tuvo con mi madre, seis murieron durante estas guerras de la Independencia, pero ya no quiero, no puedo, me niego a recordar las espantosas circunstancias en que desaparecieron.

Toñito o Antoñito me decía amorosamente mis padres, mi padrino y mis demás parientes, y así también me decía Mariño cuando quería descalificarme, cuando no quería darle credibilidad a mis triunfos militares. ¿Toñito Sucre y que anda ganando batallas?, se preguntaba en tono de juerga entre la soldadesca.

Oigo, de pronto, un coro enorme de voces disgregadas y aplausos. Miro hacia los lados, adelante, atrás, y no veo nada. Pero al fijar la vista hacia arriba, descubro con asombro que en la bóveda celeste comienzan a dibujarse, como en un gran fresco, figuras humanas, paradas en un salón, aplaudiendo a otras personas que se encuentran en un alto podio.

Es un edificio extraño. Nunca vi en toda mi vida una arquitectura como ésta, ni unos hombres vestidos así. Llevan trajes oscuros y similares entre sí, del mismo color la parte que cubre el tórax como la parte que cubre las piernas; llevan algo anudado al cuello, una cinta que puede ser negra o de otro color, con figuras o manchas caprichosas. Después de aplaudir se sientan todos al mismo tiempo. Se levanta un señor en el gran podio y comienza a decir unas palabras que ha titulado *Semblanza del*

General Antonio José de Sucre. No escucho muy bien sus palabras, pero un poco más adelante acierto a oír que es con motivo del Bicentenario de mi nacimiento. ¡Dios mío! ¿Cómo puede ser esto? ¿Estoy viendo el tiempo futuro en una progresión? ¿Por qué todas estas cosas se esparcen por el cielo como una pintura? Pero no es pintura, son las figuras mismas fluctuando aquí y allá. Aquel señor continúa hablando sobre mi vida y mis batallas, que al fin son lo mismo, aportando datos, algunos ciertos, otros falsos, sobre mi persona. Después de concluir su discurso, otro hombre se para en el podio y anuncia algo:

—Señoras y señores, ahora el Presidente de la República les invita a la función de gala de la película *Sucre, el periplo de un héroe*, que va a ser exhibida dentro de una hora en el cine Altamira. Dicho esto, la escena se difumina para dar paso a algo que parece estar ocurriendo en la realidad. Primero salen palabras con los nombres de algunas personas, luego palabras como «fotografía», «música», «producción ejecutiva», «dirección» y otras más preceden a una serie de acciones que simulan el tiempo en que he vivido, se ve algo muy similar al espacio donde se han movido los hombres y mujeres que he conocido durante mi vida. Es una reconstrucción, una simulación de todo lo que hemos hecho, y un actor que me encarna aparece en la mayoría de las escenas. Es evidentemente teatro, pero es teatro que sale de una luz y se proyecta sobre una pantalla. Es, seguramente, uno de los inventos del hombre en los siglos venideros, pero mi lógica no puede dar con el secreto de este artefacto.

Si pudiese volar hasta el cielo e involucrarme en esa celebración que hace en mi nombre, lo haría no para refutar o agregar o agradecer todo lo que se hace en homenaje a mi paso por la tierra, sino para averiguar cómo funciona ese aparato que puede proyectar imágenes de gente viva. Es algo que se asemeja a la condición que exhibo ahora; esos seres proyectados son como fantasmas de otro tiempo que quedan atrapados en varias dimensiones a la vez.

Pero no puedo volar. Apenas si floto unos pocos centímetros a veces. Mis pies van ligeramente y no se cansan nunca, pero de ahí a volar hay demasiado trecho. Aunque lo he intentado

varias veces, mientras he venido rememorando mi historia para mí mismo —para ver dónde he fallado o dónde he obrado bien— he batido los brazos a la manera de un pájaro, he tratado de colocarme en posiciones donde mi liviandad represente una ventaja cuando el viento sopla fuerte, e incluso me he lanzado de alturas no muy considerables, sin más resultado que un porrazo y un chichón en la cabeza.

En la pantalla pueden verse voces y movimientos, paisajes, todo, pero lo más impresionante es que pueda salir música de allí. ¿Cómo han podido lograr que la música acompañe las acciones de estos actores? Es sin duda una cosa extraordinaria. La música adquirió esos tintes dramáticos o líricos, y el actor teatral que me representa se aleja por una pradera y luego aparece la palabra «Fin», y luego «Una película de Sandro Rossini». Así se llama este producto: «Película». Las cosas que he visto en ella no me ha desagradado, aunque muchas de ellas no hayan sido totalmente así o aun inciertas. Admiro todo ese intento de reconstrucción que realizan estos compatriotas para agradecernos en algo la lucha que hemos librado para que en los tiempos futuros nuestro país haya podido ser libre. Pero en el discurso de otro líder radical de este congreso he oído mencionar las palabras «crisis», «corrupción», «desfalco», «miseria». Creía yo que en la democracia del futuro estas nociones estarían casi desterradas. No quiero pensar que hemos librado toda esta lucha por la Independencia de América para terminar así. Yo sigo creyendo en el diálogo, en el ejercicio de la política positiva, para lograr los cambios que sean necesarios en pro del trabajo creador y de la justicia.

Poco a poco se han ido desvaneciendo estas imágenes del cielo. Debe haber sido Dios, con todo su poder, quien me envió estas imágenes para que yo pudiera ponderar aún más los tiempos que esperan a mi país. No lo sé. Cada día me sorprende más. Ahora mismo no sé qué rol cumplo con todo este ejercicio memorioso sobre mi vida. Tendré que encontrar a otro de mi misma condición para preguntarle adonde nos lleva todo esto, cuál es el significado de andar recorriendo de nuevo las tierras de América como si fuera un fantasma.

Con alto amor recuerdo otra vez a Guayaquil. Las recomendaciones que he hecho a este pueblo me han llenado de un enorme entusiasmo y me han estimulado a seguir. Mi tarea será ahora la de reorganizar el ejército para ir al Perú. De Guayaquil voy primero a Saraguro para ir después allá, a aumentar el ejército con los refuerzos recibidos de la Gran Colombia, nuestra gran nación para el porvenir. Para ello estoy yo hecho, para las lides militares, no para ocupar cargos públicos como éste de la Intendencia de Quito, que tanto me aburre, estar allí haciendo cuentas de las rentas; tengo que salir de tanto papel, de tanto barullo y de tanta cosa que ni es para mi genio, ni para mi cabeza. Yo no sé cómo saldré de este enredo de cosas en que ustedes me han metido; aseguro que me aburro de asuntos extraños a mi deseo en el modo de pasar la vida, y lo peor es que el trabajo agrava cada día mi afección en el pecho: de modo que un día le dije al general Santander, que antes me conocía por un hombre sano, que ahora me tiene dado a la diabla y hecho una maraca vieja. Tengo ya hasta canas, pero muchas. En fin, cada día me convenzo más que esto no es para mí, y no es por exageración ni por deseos de no servir ya, sino porque esta clase de servicio no es en el que me he criado.

Capítulo IV
En el Ecuador y el Perú

He tenido que andar detrás de los señores del Cabildo de Otavalo para que me informen debidamente de la situación de las escuelas del cantón. Me dicen cosas que yo no he preguntado, como que hay escuelas privadas pagadas por sus discípulos, cuando lo que yo quiero saber es cuántas escuelas hay, en dónde están, quiénes son los maestros, qué enseñan, qué es lo que ganan y ese tipo de cosas. Y le he dicho al general Santander que ya sé que hay gente por ahí con representaciones que dirigen a él o al Libertador para no dejarme ir de aquí, y no sé por qué, pues hasta ahora la decadencia del país me ha impedido hacer ningún bien al departamento; y es una de las razones porque estoy aburrido de tal empleo. Le digo a Santander que, o les dará un carpetazo a tales representaciones si se las mandan, o en caso de dejarme será de comandante militar. Esta mañana le eché una peluca a uno de los que sé, estaban metidos en la tal representación, porque aunque yo agradezca este acto de cariño de los habitantes, no puedo sacrificar por él mi salud que cada día se atrasa. Yo no tengo interés en salir de Quito, antes amo el país; lo que yo quiero es no ser Intendente porque ni tengo genio para ello, ni tengo capacidad, ni ya salud bastante, ni medios para sostener la representación de tal destino. He implorado la amistad de Santander para que no me muelan con la Intendencia. Y no me atrevo a escribir al Libertador con tanta libertad, pero no dejaré de presentarle mis razones.

Por lo demás, han continuado ocurriendo cosas, unas buenas, otras malas. Por ejemplo, se fue el Obispo, y gracias a Dios

que estamos libres de tan mal bicho. Dios quiera llevarlo a España, o al Cielo si fuese mejor.

Se han hecho aquí las elecciones; algunas intrigas han habido, pero he dejado que en las elecciones hayan tenido la más absoluta libertad. En la Asamblea electoral como Presidente del Cabildo he propuesto a Santander como vicepresidente y al Libertador de Presidente, y así se lo he comunicado a Santander.

Aquí en Quito la escasez de agua es notable, y la que llega es de mala calidad; de las acequias de las calles se filtra el agua a la cañería porque está rota en muchas partes. El alumbrado de los cuarteles y de la plaza ha sido en todas partes por cuenta de los propios, pero los fondos de este ramo están tan decaídos que para nada alcanzan.

Pero hay cosas más importantes. La educación es una de ellas, que se halla lastimosamente atrasada en el departamento de Quito. El medio más seguro de promoverla y dar impulso a los talentos que notoriamente distinguen a sus habitantes, es el exacto cumplimiento de las leyes y benéficos decretos con que el soberano congreso y el supremo poder ejecutivo han provisto en toda la República útiles establecimientos como colegios, escuelas, casas de educación para atender a la ilustración de la juventud, progresos y adelantamientos de la ciencia. Para ello se ha creado una junta esencialmente destinada a entender en todos los objetos que tengan relación con la instrucción pública en la provincia. El rector de la Universidad, el gobernador del Obispado y el actual ministro decano de la corte de justicia y los rectores de los colegios se reunirán semanalmente para tratar y discutir este importante objeto de la educación.

Pese a todos mis esfuerzos, no cesan los reclamos en mi contra. Hasta al Libertador han llegado los reclamos. Creo haber podido cometer errores involuntarios; nunca he pensado lisonjearme de que mi administración careciese de faltas, pero puedo asegurar que ésta ha sido recta y sana. Porque amigo de la patria más que de mí mismo, me será complaciente ser conducido a la vía de la justicia, y observar que hay en el departamento ciudadanos vigilantes. Cuando una acusación, bien sea del gobierno o de algún ciudadano, resulte del todo falsa, antes de excitar ningún

resentimiento de mi parte, sólo merecerá mi aplauso en cuanto lo contemple por un celo en bien del país, que es siempre mi primer objeto.

¿Será que ya no se acuerdan del triunfo de Pichincha? El ejército español que oprimía estas provincias fue completamente destruido en un combate encarnizado, que duró tres horas. Tuvimos la generosidad de conceder a los vencidos una capitulación, y nos fue entregada como prisionera la guarnición de Pasto y todas las tropas españolas que existen en el territorio de la República. Esta batalla estuvo marcada con la sangre de quinientos cadáveres enemigos y con trescientos de nuestros ilustres soldados. La recuerdo como si la estuviese viendo ahorita mismo.

El diecisiete de mayo llegué a Chillo, a varias leguas de Quito, que ya estaba ocupada por Aymerich. Nos separaba la escarpada colina de Puengasi y tuve que atravesarla con mis hombres y llegar al llano de Turubamba después de burlar los puestos de Aymerich, quien ya estaba informado de mis movimientos. Ahí dimos batalla a los realistas y salimos victoriosos hasta llegar al pueblo de Chillogallo. Estuvimos quietos en los terrenos del norte, entre Pasto y Quito, hasta que al fin llegamos a las ocho de la mañana del día 24 a las alturas del Pichincha. El batallón Paya se adelantó y se encontró con la división realista; en pleno combate, las espadas y los disparos de fusil, las banderas y los caballos se veían proyectados en un solo tumulto de heridas y sangre, y nuestros bravíos hombres se vieron reforzados por el batallón Trujillo, comandado por el coronel Andrés Santa Cruz, y ahí llegó Yaguachi y el resto de la infantería. Córdoba y Mires, grandes comandantes, entraron en combate con el batallón Magdalena, que se vio obligado a regresar por lo difícil del terreno. Los realistas quisieron aprovechar esta retirada, pero las bayonetas del batallón Paya les salieron adelante y los contuvieron. Los realistas quisieron rodearme por la izquierda, pero mis batallones eran más aguerridos y los derrotaron. Los españoles lucían como hormigas disgregadas sobre el terreno, se desperdigaron y no pudieron cohesionarse más. El comandante Córdoba había relevado admirablemente al batallón Paya, lo que consumó una victoria fulminante. Sobre el campo de batalla quedaron cien

mil prisioneros de tropa, ciento sesenta jefes oficiales, catorce piezas de artillería, mil setecientos fusiles, fornituras, cornetas, cajas de guerra, banderas y cuantos elementos poseía el ejército español. Creo que lo más honesto, después de haberlos acorralado, fue pedirles la capitulación, que fue aceptada por Aymerich al día siguiente. Me entregaron la fortaleza llamada del Panecillo y los almacenes militares existentes, y todo el territorio español situado al norte y al sur de esta ciudad.

Yo a veces dudo de si éstos que elevan reclamos al Libertador contra mi persona habrán perdido la memoria. No lo sé. Pero yo tampoco quiero acordarme ahora de nada. Ya estoy algo cansado de la guerra y de tanta Intendencia. Quiero acordarme más de las mujeres, de los amores, de las conversas sobre mujeres con el general Bolívar.

Un día nos encontrábamos en uno de los salones oficiales de la Intendencia, cerca de un balcón desde donde se veía claramente la plaza de Quito, y soplaba una brisa benéfica. Con el triunfo de Pichincha estaba él muy contento, y sus hermanos ecuatorianos habían venido a recibirlo bien, como se lo merecía. Yo no sé cuánto hay de enigmático en la presencia de Bolívar, en este hombre pequeño y aparentemente cansado, pero que saca fuerzas de una especie de fábrica de ideales que lleva por dentro. Su sola presencia infunde confianza, respeto; sus ojos brillan con una inteligencia que asusta, analiza, sopesa con una ecuanimidad y una claridad de pensamiento que deja mirando para el techo a sus interlocutores.

Por cierto, a mí también me había dejado mirando para el techo, en el instante en que me nombró General de División.

Pero ya casi voy perdiendo el hilo de aquella ocasión en la Intendencia.

Ese día, como lo venía diciendo, se encontraba Bolívar conmigo mirando desde el balcón de la Intendencia hacia la plaza y sin mirarme me dijo:

—Quién iba a decirlo, Sucre, que usted y yo íbamos a encontrar el amor aquí en Quito. Esta Manuela Saénz es una gran mujer. Me he enamorado locamente de ella. Es de muy buena cepa, valiente, hermosa. Y ahora usted también enredado con la

Marquesa de Solanda, Mariana Carcelén. Lo felicito, General. Este asunto del amor y de la guerra es el más difícil de conciliar.

Cuando el general Bolívar me dijo eso, quedé un poco lelo, que me hablara así tan libremente de su intimidad con las mujeres. Pero entonces volvió a entrar en el asunto de la guerra:

—Ahora —dijo Bolívar—, tendrá que hacer todo lo posible para lograr un encuentro mío con el General San Martín. Mientras tanto, usted tendrá que ir en misión diplomática al Perú. La situación en Perú es muy difícil, Sucre, y yo tendré que ir allá después. Los españoles en Perú se vienen para acá si yo no voy a contenerlos allá. Vaya usted primero, que yo esperaré sus informes.

Tenía razón Bolívar. Este asunto del amor y de la guerra era el más difícil de conciliar. De un solo fogonazo recordé la noche en que le dirigía a Mariana una carta desde Bogotá, y mi mano escribió unas palabras que conservo frescas en mi memoria:

«Te escribo para decirte que te pienso cada vez con más ternura, para asegurarte que desespero por ir junto a ti; para pedirte que, por recompensa de mis delirios, de mi adoración por ti, me quieras mucho, me pienses mucho. Como marcharé volando y demoraré poco en Bogotá, estaré contigo en muy breve. Este es todo mi deseo».

A Quito y a Mariana desearía yo luego volver. Ya estaba sellada la emancipación del Ecuador. El pueblo me había dado a mí el título de Libertador, cosa que hizo sonreír a Bolívar. Ya estaba incorporado este país al sueño de la Gran Colombia, que Bolívar piensa llevar a cabo con el general colombiano Santander.

Pero esta victoria en Ecuador era sólo una pausa para dirigirme al Perú. Las conversaciones que Bolívar había tenido con San Martín en Guayaquil habían sido infructuosas. En el Perú hay anarquía. San Martín organiza una expedición, la expedición de Santa Cruz, que es para Bolívar «el tercer acto de la catástrofe del Perú». Allí murieron muchos peruanos.

Entonces Bolívar pide mi ayuda. También recuerdo con claridad los términos en que el Libertador me solicita: «Yo ruego a usted, mi querido General, que me ayude con sus auxilios intelectuales».

Las palabras de Bolívar me comprometen aún más. Se me han entregado entonces los poderes para comandar al ejército colombiano e ir al Perú, donde lo primero que hago es encontrarme con los hipócritas de Canterac y Torre Tagle, quienes desean imponer otra vez la monarquía bajo el disfraz de la paz. Era preciso que me reuniera con Bolívar en Lima, para iniciar la Campaña del Sur. Por suerte, ya Venezuela era un país libre. José Antonio Páez había obtenido triunfos en los Llanos, en Yaguar, Mucuritas y las Queseras del Medio. Con Páez, Bolívar realizó la Campaña del Centro. Ya se había instalado en Angostura el Primer Congreso y la República de Colombia se consolida con Venezuela, Nueva Granada y Quito. El indetenible Bolívar atraviesa los Andes, vence a las tropas realistas y libera a casi todo el territorio venezolano.

Pero mientras por un lado vimos cómo las fuerzas patriotas salen airosas, por el otro nos dimos cuenta cómo triunfa la ingratitud, que es, para mí, el principal de los defectos humanos. El Libertador, con una generosidad sin ejemplo en toda la guerra, permitió capitular a la ciudad de Pasto, con el fin de evitar derramamientos de sangre, pero este pueblo ingrato se sublevó de nuevo. Entonces el general Bolívar me ha dado orden de marchar contra él, y tuve que ponerme de nuevo a la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la Guardia colombiana para recorrer de nuevo los espantosos terrenos de Pasto, escarpados, llenos de precipicios y torrentes, donde siempre se cruzan abismos que me causan vértigo y náusea; todo para enfrentar de nuevo a los pastusos. Los redujimos en un dos por tres. Nos costó más atravesar aquellos zanjones abismales que ganarle la batalla a los rebeldes. Ellos, que adoraban al rey Fernando VII, a quien creían elegido de Dios para llevarlos a la gloria eterna. Esa sola autoridad era la que querían reconocer. Y ese delirio de gloria fue aumentado por los chismosos en el poder de turno y le dieron bríos al pueblo para querer sublevarse de nuevo. El pueblo estaba como envenenado por las imágenes del patrón de España, Santiago Apóstol, y por las procesiones a que eran empujados por el Obispo; una vez salieron todos a la calle, clérigos, pueblo, todos como encegueci-dos por el fanatismo religioso y monárquico. Y yo no tuve que ver

con curas ni con nada de eso. Hasta las iglesias estaban convertidas en fortalezas guerrilleras. Y tuvimos que obrar contra ellos y someterlos. Esta toma de Pasto ha sido la cosa más desagradable que viví en toda la guerra.

Y heme aquí de nuevo, frente a una misión militar que las gentes del Perú me han demandado: que las tropas colombianas auxilien a este pueblo comandando yo el ejército unido. Yo me he negado a esto repetidas veces, por considerar que hay hombres peruanos más capaces que yo para emprender dicha tarea.

Pero en el Perú todo comienza a nublarse con la sola presencia del jefe del Ejecutivo, quien responde al nombre de Riva Agüero. Este hombre estaba enguerrillado contra el ejército realista, que le había ganado en el sitio de Moquegua. Luego se fue a Lima y acabó peleándose con el Congreso. Entonces convoca una Junta de Guerra y me nombra a mí jefe supremo de las tropas. Pero yo desconfío de su personalidad, hay algo en él que no me gusta, que no me acaba de convencer. La situación es difícil: ya el copioso ejército realista de Canterac se acerca, y Riva Agüero me insta para que le haga frente, este hombre no tiene consenso en el Congreso de Lima, un Congreso titubeante que no encuentra qué hacer. Y es en esta situación de duda que el ejército realista de Canterac entra en Lima y la saquea. Mis tropas no se encontraban nada bien, muy pobres, depauperadas, sin un céntimo, aunque muy valientes.

Y de pronto llega la buena nueva: el general Santa cruz viene a ayudarnos con cinco mil colombianos, dispuesto a unirse a mí para enfrentar a Canterac. Aunque esta noticia resulta cierta solamente en un sentido: Santa Cruz viene, pero no a unirse a mi ejército de Canterac, quien tiene comandando a uno de sus batallones al español Valdés, militar muy aguerrido. Pero Santa Cruz no tiene un plan claro de batalla, y empieza a guabinear hasta batirse en retirada. Sí, eso fue lo que hizo, quitarle la seguridad a su tropa e irse en fuga, y esto en la guerra es una vergüenza, aparte de que ya se habían perdido las posibilidades reales de ganarle la pelea a los realistas con un ejército bien conformado.

Con esta derrota, el Congreso termina de darle la espalda a Riva Agüero, y nombra en su lugar a Torre Tagle. A mí me

nombraron jefe Supremo del Ejército, cargo que aceptó a regañadientes, sobre todo consciente de la grave situación que vive el Perú. No sé qué ocurre en mi espíritu cuando se acerca un nuevo reto de estrategia militar: es como si mi alma renaciera de las cenizas, como si las verdades se probaran en el campo de batalla. Esto y la diplomacia. Pero para los cargos de presidir congresos y fijar leyes no me encuentro cómodo, aunque a veces haya tenido que hacerlo por obligación.

Canterac viene derechito a tomar Lima, según me fue informado, entonces yo me muevo hacia El Callao. Pero Canterac se regresa hacia Jauja. Aprovecho este retroceso para embarcar mis tropas desde El Callao hacia Chala, en una nave. Sin embargo, le he dicho a uno de los jefes de mi ejército, al general Manuel Valdés que se dirija a Jauja para que Canterac piense que voy a darle la batalla allá. Mientras tanto, yo me dirigía desde Chala hasta Arequipa, pueblo que liberé para seguir hasta Moquegua, en donde me encontré con el derrotado general Santa Cruz, quien no se atrevía a mirarme a la cara mientras conversaba conmigo.

Lima y El Callao estaban en manos de los realistas, así que me dirigí primero al Callao, a donde también llegó el Libertador en el bergantín *Chimborazo*. Allí lo estaba esperando Torre Tagle para recibirlo, Bolívar entró a Lima triunfante. Los peruanos le estaban esperando para aclamarle. Cuando yo llegué a Lima después, le informé al Libertador de todos mis movimientos

anteriores y me felicitó, pero me encomendó luego algo que no me gustó: que para vencer a Riva Agüero condujera las tropas peruanas contra los mismos peruanos. Riva Agüero estaba en la ciudad de Trujillo, donde se había hecho proclamar jefe del Gobierno.

Yo me negué al principio, pero Bolívar insistió en que yo debía conducir las tropas en Trujillo. El siguió insistiendo y yo no sabía cómo decirle que no, pero el pueblo terminó dándome la razón: los mismos peruanos se dieron cuenta de que Riva Agüero recibía ofertas de los realistas y lo apresaron y lo pusieron a las órdenes de nuestro ejército, con la ayuda del Capitán Ramón Gastilla y del Coronel Gutiérrez de la Fuente. Este triunfo del pueblo nos hizo reflexionar a Bolívar y a mí, pero sobre todo

al Libertador, que se pasaba las noches dando vueltas en torno a las fogatas, y cuando se metía en un chinchorro a descansar no descansaba, daba vueltas y más vueltas. Yo no había visto a un hombre pensar en algo con tanta obstinación.

Con razón: lo que pensaba Bolívar era en preparar la campaña decisiva para liberar al Perú con los hombres de ese país que vendrían de todas partes para ayudarnos: Gamarra, Carrión, Sánchez, Unanue. También llegaron hombres de allende el mar y de las selvas, de todos los lugares de América, y a Bolívar se le iba inflamando el pecho de alegría en cuanto los iba viendo ahí reunidos. A mí me nombró Jefe del Ejército colombiano, y me volvió a dejar viendo para el techo, o mejor dicho para las nubes, porque cuando me lo dijo el cielo estaba bien despejado y yo no sabía qué decirle. Yo no tenía entonces sino apenas veintinueve años y me sentía como un hombre de cuarenta, con tantas responsabilidades encima, que no veía el día de sosegarme y de irme a Quito a descansar en brazos de mi Mariana y de andar unos días tranquilo con ella; pero esto era sólo un sueño, porque mientras no termináramos de libertar al Perú no podíamos estar tranquilos en ninguna parte, aun cuando fuera acompañados de los tibios brazos y los hermosos ojos y los suaves labios de las dulces mujeres. Tanto añoraba yo apretar a Mariana en mis brazos y luego desnudarla y hacerle el amor que ese solo pensamiento de nosotros desnudos en la cama me excitaba y me sosegaba a la vez. También soñaba con visitar Cumaná con Mariana algún día, que ella viera donde yo había nacido y donde había vivido y nadado y jugado, y siempre me acordaba de un niño que había visto un día jugando entre las rocas en el mar, lo veía cómo lanzaba el anzuelo desde la roca y le brillaban los ojos y el pelo amarillo se le revolvía y la sonrisa le iluminaba la cara de pura felicidad, y cuando vi a ese niño a los ojos lo identifiqué conmigo, era yo, que me había metido dentro de aquella alma que revoloteaba de contento con sólo ver el horizonte del mar y las gaviotas volar y a los peces morder el anzuelo. Y esa imagen que yo llamo la del niño —yo mismo— se complementó cuando se acercó esa vez por allí una niña muy bella a saludarlo y le dio un beso en la mejilla para felicitarlo porque había pescado unos peces muy grandes. Cuando se

alejaron, yo los seguí con la mirada un trecho y luego los seguí hacia donde iban sin que ellos se dieran cuenta. Acamparon debajo de un árbol cerca de la playa, ahí prendieron una fogata, asaron los pescados y se dieron chapuzones en el agua y reían y reían. Nunca podré olvidar aquella tarde.

Yo creo que la gente que anda buscando siempre definir la felicidad no la va a encontrar nunca, pues ella no se deja definir porque es huidiza. Cuando somos felices, no nos damos cuenta. La dicha no avisa cuando viene. Yo he sido feliz varias veces en mi vida adulta, y nunca me he dado cuenta, es decir, cuando lo recuerdo ya no es necesario que siga siéndolo porque algún día, inesperadamente, voy a serlo otra vez, y así seguiré recordando indefinidamente imágenes de los grandes momentos y es imposible que se agoten. Fíjense ahora: estoy muerto y continúo recordando.

Hasta la muerte tiene memoria.

Hasta la muerte puede ser feliz.

Y la memoria ahora intensifica la realidad de la muerte, pues ahora estoy instalado otra vez frente a las amenazas que acechan al Perú. Hasta Chile y Argentina le temen al Virrey del Perú. Que es dueño de un imperio y de un ejército de más de veinte mil hombres, y parece dispuesto a invadir a la menor señal y puede poner en peligro el proyecto de la Gran Colombia, nuestro sueño. El general argentino José de San Martín ya se ha posesionado de Lima, a donde llegó con cuatro mil soldados, y algo extraño, algo negativo, fue creciendo en el ánima de San Martín. Comenzó a tratar mal a sus colaboradores, estimulaba la discordia con intrigas, guiado por un orgullo monárquico que cada día se parece más a la petulancia. Yo admiro su inteligencia de estratega y su coraje, pero no puedo compartir esas ínfulas de superioridad. Todo lo contrario, afirmo yo, del General Bolívar.

Es por eso que Bolívar desea llevar la guerra al interior del virreinato, quiere combatir a los realistas desde adentro. A San Martín ni siquiera le gustaba la idea de incorporar Guayaquil a Colombia. Y por ello tuvo diferencias con el Libertador, pues él insistió en sus ideas monárquicas, cosa que disgustó a Bolívar, quien siempre ha defendido las ideas republicanas. Mientras

estas asperezas ocurrían, esperábamos los refuerzos de Colombia. A Chile también pedimos refuerzos, y al gobierno del Río de la Plata, porque no podíamos arriesgarnos a perder esta batalla. Sin embargo, San Martín no consideró necesaria esta ayuda, pero el tiempo le dio la razón a Bolívar, pues fue San Martín quien después le pidió auxilios a Bolívar y éste no vaciló en concedérselos. En pago de esto, San Martín se mostró disgustado (o más bien herido en su orgullo), y al llegar a Lima reunió al Congreso y renunció al mando. Luego se fue a Buenos Aires y de ahí a Europa, donde se quedó el resto de sus días, sin volverse a entretener jamás con las cosas de América. De todos modos, se marchó lleno de gloria, casi como un monarca. La Argentina le adora y le idolatra. Yo también le respetaré siempre, le admiraré aun cuando no convenga con sus ideas.

A todo esto, se agregó la cantidad de hipocresías de Santander, que me insistía en que me retirara de la vida militar, con ese lenguaje almibarado propio de los falsos amigos. Pero nuestra voluntad no debe resquebrajarse por las palabras; al contrario, las palabras tienen que servir para alentarnos, y he aquí que estamos preparados para la gran batalla en Ayacucho.

El ejército realista posee casi diez mil hombres; en cambio los míos no llegan a seis mil, pero mis hombres tienen una moral militar muy férrea; yo les he ido alentando personalmente.

Pero ahora ha sucedido algo que me pone en contradicción con el Libertador, y es una cosa que me niego a creer: el General Bolívar me ha encomendado ahora una labor de retaguardia, de organizar las comunicaciones, los aprovisionamientos y hospitales, a fin de preparar el Ejército Unido para la campaña decisiva. Yo de inmediato me he dispuesto a hacer mi trabajo, pero comienzo a advertir reacciones extrañas entre los oficiales y hasta en los soldados: ellos rumorean, piensan, creen que este papel no me conviene a mí, a un general de mi rango militar, eso oí decir a unos oficiales que se reunían por la noche a charlar; los oí por pura casualidad. Pero todo eso se convirtió en un rumor general que fue hasta los oídos de los Jefes.

Yo he continuado haciendo mi trabajo. He despachado todo lo que había atrás del Ejército hasta el Cerro, y más allá

han marchado oficiales que harán andar cuanto queda. Han ido para el cuartel Libertador las fuerzas y los artilleros militares, que he dado cuenta a través de la Secretaria General. Después que he llenado tal comisión y que he cumplido con el general Bolívar, le he escrito al mismo general pidiéndole me permita pensar un momento en mí mismo. He necesitado de mucho valor y de mucha decisión para tomar la pluma y escribirle a mi general estas palabras: que he sido separado de la cabeza del Ejército para ejecutar una comisión que en cualquiera parte se confía cuando más a un Ayudante general, y enviado a retaguardia al tiempo en que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil. Entonces le escribí. Con las palabras que siguen:

«Pienso, señor, que al usar este lenguaje, no se me acusará de orgulloso. Habiendo rehusado de todo mi corazón el primer rango del Perú, que obtuve una vez por la representación nacional, parece que poseo un derecho a exigir de mis compatriotas que me crean con sólo el deseo de un poco de estimación pública; pero ese desprendimiento de los destinos, ni me aleja de los miramientos que debo a mi actual empleo, ni me autoriza para prostituirle su decoro.

»Es cierto que ha consentido en la aceptación del nombre de General en jefe del Ejército Unido con un ejercicio vago e informal; pero ni he dejado de conocerlo, ni de saber la crítica de los jefes a mi insulsa representación: la continué, sin embargo, por complacerlo a usted y por servir al Ejército y al Perú, sin llevarme nunca de la presunción del título. Pero sucede, de algunas distracciones, que de un mal se va para otro, y yo he visto con dolor que sufriendo pequeños golpes y tal vez varios no tan pequeños se me ha dado el más fuerte que jamás preví: de reducirme, ante el Ejército Unido, al papel de conducir enfermos y atrasados.

»No sé si al conferírseme semejante comisión se ha tratado de abatirme, pero lo dudo infinito, y mi conducta me persuade que no he merecido, pero me consuela que he servido a Usted y al Ejército con un celo especial y que en la campaña he tenido una absoluta

consagración a todos los trabajos. Sea lo que sea, mi general, esta comisión ha servido de burlas y sátiras a los que no son mis amigos, y de sorpresa a los que me estiman. Yo he sufrido el tormento de que algún jefe me dijera que haberla aceptado era una indebida autorización para que pudiesen ser tratados los demás casi como criados (dispense usted que use la misma palabra); si esto se ha dicho a mi frente, es fácil juzgar lo que se hable a mi espalda, e inferir qué respetabilidad y qué concepto he de merecer a mis compañeros. De todo esto deducirá usted que mi situación es un verdadero conflicto: estoy separado del Ejército por la distancia del honor al vilipendio, y mi corazón está unido a usted, al Ejército y a la gloria de Colombia en la libertad de este país. He meditado doce días mi posición y el partido que me deje, y después de un choque constante entre mis deseos y mis deberes, éstos me aconsejan de no presentarme en donde mis compañeros me han visto salir con desaire. Si usted me permitiera, yo abrazara la resolución que me dicta mi conciencia militar y mi justificación; pero aún seré sumiso y elegiré a usted mismo de consultor en este delicado asunto. Usted sabe, mi General, que nadie ha sido más empeñado que yo en esta campaña, y que aun cuando el año pasado quise por razones poderosas irme de este país, luego tomé una muy positiva determinación de quedarme hasta el fin de la guerra, corroborándola sinceramente en los conflictos de febrero y marzo. He llenado con entera contracción mis obligaciones hasta que nuestro Ejército, tomando en todos sentidos una superioridad absolutamente decidida sobre el enemigo, nos presagia o asegura una conclusión feliz y pronta, hasta que el suceso más inesperado y bochornoso me ahuyenta del Ejército. Mis sentidos todos han estado tan ligados a la suerte de usted a su gloria. Contemple usted por tanto cuán amarga es mi resolución, que la encuentro tan precisa como dura. Creo, señor, que usted no consentirá mi humillación ante todo el ejército: usted no querrá que un soldado honrado se conforme con la vergüenza y el desprecio. Condenado por consecuencia a la más cruel despedida, permaneceré unos días de Huancayo a Tarma —con las ocupaciones más posiblemente útiles a las tropas—, mientras usted tiene la bondad de mandarme a sus órdenes, que en mi estado desagradable sabrá usted cuáles convengan. Me atreveré a indicar como las más oportunas aquellas que me ahorren nuevos e injustos vejámenes, porque,

como otras veces he dicho a usted, yo puedo y quiero ser, de simple particular en Colombia, un buen ciudadano, ya que la suerte no me ha protegido lo bastante para ser un buen militar. Desde mucho tiempo me he penetrado de que yo soy para la carrera pública: lo sé, lo confieso sinceramente, y es cuanto hay que exigírseme.

»Dígnese usted, mi General, aceptar los votos constantes de mi corazón por su prosperidad y su dicha: siempre desearé vehementemente que en todas partes la sombra de usted sean la fortuna y la victoria. No sé cómo acabar esta carta: entre la desesperación y el dolor, apenas me permiten pedir a usted que me conserve sus restos de estimación, y que cualquiera que fuere mi condición, quiera usted contarme su fiel amigo, humilde y obediente servidor».

Estas fueron, sintetizadas, las palabras que le escribí en aquella ocasión al Libertador, y el pulso me temblaba y el corazón me tiritaba cuando terminé de redactarlas. La tinta se derramó del tintero y manchó el escritorio. La puse a un lado y la miré; pensé repetidas veces enviársela o no enviársela, pensé destruirla y pensé también que era lo correcto exponerle mis razones. No sabía qué hacer, pero ya estaba escrita. Es extraño el destino de las cartas: sirven para poner todo en ellas en todos los estilos y mareas rigurosas de la vida. En esta guerra ellas son las que comunican todo: lo bueno y lo malo, lo concreto y lo subjetivo, los sentimientos y los rigores de lo vivido. Ha tenido que volverse uno, sin desearlo, un escritor, un respetuoso de las palabras. Y ahora que tenía esta carta delante de mí, dirigida al más admirable de los hombres, debatiéndome entre el dolor y el orgullo decidí dársela a Escalona, el mensajero, para llevarla a su destino, sin saber a dónde me iba a conducir todo esto. Se apoderó de mí una fuerte jaqueca. Entonces tomé un vaso de agua y me fui a la hamaca a descansar. Estaba yo con el Ejército en Jauja, y corría aún el mes de agosto de 1824.

En los primeros días de septiembre llegó Escalona otra vez con la respuesta de Bolívar. Lo que voy a referir ahora pienso que va a ser un ejemplo de cómo dos almas se encuentran templadas al calor de los acontecimientos, y de cómo eso que llaman el destino a veces no se comporta como tal, pues suele ser cambiante, se

metamorfosea como el mismo espíritu, como los fantasmas que lo anidan. Así que no puede haber un testimonio más veraz que la propia respuesta de Bolívar, que en honor a la verdad debo dictar literalmente, con el auxilio de esta memoria mía que es lo único que me salva de todas las agresiones del tiempo y me sirve para contar a los jóvenes que me escuchan ahora, todo el periplo de mi existir. Esta fue la respuesta de Bolívar desde Guamanga:

«Contesto la carta que ha traído Escalona, con una expresión de Rousseau cuando el amante de Julio se quejaba de los ultrajes que le hacía por el dinero que ésta le mandaba: "Esta es la sola cosa que usted ha hecho en su vida sin talento". Creo que a usted le ha faltado completamente el juicio, cuando ha pensado que yo he podido ofenderlo. Estoy lleno de dolor por el dolor de usted; pero no tengo el menor sentimiento por haberle ofendido. La comisión que he dado a usted la querría yo llenar; y pensando que usted lo haría mejor que yo, por su inmensa actividad, se la conferí a usted más bien como una prueba de deferencia que de humillación. Usted sabe que yo no sé mentir, y también sabe usted que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento. Así, debe usted creerme.

»Antes de ayer (sin saber nada, nada de tal sentimiento) dije al General Santa Cruz que nos quedaríamos aquí para dirigir esa misma retaguardia, cuya conducción deshonra a usted, y que usted iría delante con el Ejército hasta las inmediaciones del Cuzco o de Arequipa, según la dirección de los enemigos; y en todo esto no veía ni veo yo más que el servicio, porque la gloria, el honor, el talento, la delicadeza, todo se reúne en el solo punto del triunfo de Colombia, de su Ejército y de la libertad de América. Yo no tenía tan mala opinión de usted que pudiese persuadirme de que se ofendiese de reconocer la jurisdicción del Ejército y de hacer lo que era útil.

»Si usted quiere saber si la presencia de usted por retaguardia era útil, eche usted la vista sobre nuestro tesoro, sobre nuestro parque, nuestras provisiones, nuestros hospitales y la columna del Zulia; todo desbaratado y perdido en un país enemigo, en incapacidad de existir y de moverse.

»¿Y cuál es la vanguardia que yo he traído? El coronel Carreño la ha conducido. El General Santa Cruz me ha precedido de seis

días. Los enemigos no nos podían esperar ni nos esperarán en un mes. El Ejército necesitaba y necesita de todo lo que usted ha ido a buscar y de mucho más. Si salvar el Ejército de Colombia es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas.

»Concluyo, mi querido General, por decir a usted que el dolor de usted debe convertirse en arrepentimiento, por el mal que usted mismo se ha hecho en haberse dado por ofendido de mí, con sus sentimientos.

»Esas delicadezas, esas hablillas de las gentes comunes, son indignas de usted: la gloria está en ser grande y en ser grande y en ser útil. Yo jamás he reparado en miserias, y he creído siempre que lo que no es indigno de mí, tampoco lo era de usted.

»Diré a usted, por último, que estoy tan cierto de la elección que usted mismo hará entre venirse a su destino o irse a Colombia, que no vacilo en dejar a usted la libertad de elegir. Si usted se va no corresponde usted a la idea que yo tengo formada de su corazón.

»Si usted quiere venir a ponerse a la cabeza del Ejército, yo me iré atrás y usted marchará adelante, para que todo el mundo vea que el destino que he dado a usted no lo desprecio para mí.

»Esta es mi respuesta. Soy de corazón.

Bolívar»

Pongo estas cartas ante la memoria del tiempo para que todo sea visto sin falsificaciones. Entre Bolívar y yo median unas cuantas cartas, muchísimas, diría yo, donde se mezclan todo tipo de cosas: la guerra, la lealtad, los sentimientos, el afecto, las estrategias militares, las certezas menos que las vacilaciones, y en todo hemos mantenido la discreción y el respeto.

Y esta vez Bolívar me dio una lección, pues tenía razón: la gloria está en ser útil. Y si él me puso en la libertad de elegir, es porque a él no le importaría ir en la retaguardia, pero entonces yo iré en la retaguardia para serle más útil al Ejército de Colombia, que para nosotros ahora significa: Todo.

Fui discreto. Cumplí con mi deber y se lo comuniqué a mi Ejército, al Ejército peruano, que mi decisión era seguir en la retaguardia con la frente en alto, y ello arrancó lágrimas de emoción y levantó la moral de los ejércitos. Por lo que a mí respecta, no daré más lugar a chismes por esta circunstancia. Yo fui el equivocado, y el errar es humano. La batalla de Ayacucho comprobó después que aquel episodio había sido menor y sin ninguna importancia.

Y es por ello que mi recuerdo ahora no desea sino apresar aquellos instantes de la batalla, de aquel triunfo que consolidó la Independencia de América. Me parece que ahorita mismo la estuviese viendo, y así voy a referirla de seguidas, porque si he expuesto ante la memoria del tiempo episodio tan desagradable con Bolívar como el de la marcha a la retaguardia, entonces el recuerdo debe servir también para reseñar lo noble, y he aquí que mi pecho se inflama de atraer ahora algunas de las acciones de esta batalla, que ha sido descrita con maestría por distintas plumas, entre las cuales debo citar la del benemérito General Manuel Antonio López, que lo hizo describiendo los mínimos detalles. Yo no lo haré tan minuciosamente, pues a pesar de la gloria alcanzada, ya mi espíritu está algo cansado para referirme tanto a través de cartas a la misma circunstancia, pero ahora es menester que lo haga.

Capítulo V
Ayacucho

Por fin ha llegado el día: es 9 de diciembre de este año de 1824.

Por fin vamos a enfrentarnos al Virrey La Serna y al general Canterac y a Valdés. Aquí estoy, frente a mis soldados, con ustedes que me acompañaron en Quito y son los vencedores de Pichincha y los Libertadores de Colombia, ahora ustedes mismos darán la libertad al Perú asegurando para siempre la independencia de América. A la legión peruana, que si fue desgraciada en Toragua y Moquegua, salió con gloria y probó al enemigo su valor y su disciplina. A mis compatriotas los llaneros, de ustedes estoy viendo ahora las lanzas del Diamante de Apure, las de Mucuritas, las Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra y Junín. Desde Junín ya saben ustedes que allí no hay jinetes, que no hay hombres para ustedes. Caigan sobre ellos, sobre esas columnas y desháganlas como centellas del cielo. ¡Vivan los llaneros invencibles! El batallón Bogotá tiene que ir a la cabeza de Colombia, toda la América los contempla. Esas son las bayonetas de los irresistibles cazadores de vanguardia de la epopeya clásica de Bogotá. Esa es la bandera de Bomboná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres para devolverla, asombrado de vuestro heroísmo. La tiranía de ese campo español que nos espera no tiene derecho a estar más alta que vosotros, que estarán muy pronto ocupando su puesto al grito de ¡Viva Bogotá!

Y los caraqueños, que asombraron al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro, hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra

intrepidez y vuestro nombre los manda a todos ser héroes. Es el de la patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América.

Y el batallón Rifle, que acudió a Boyacá y quedó libre la Nueva Granada; que fue a Carabobo y Venezuela quedó liberada también; este batallón fue como un escudo de diamante de todo el ejército libertador, y ahora estáis en Ayacucho para ayudarme a gritar dentro de poco ¡Viva el Perú libre! y al peruano batallón Voltígeros, que aborrece al despotismo y la esclavitud: ahora ha llegado el día de vuestra noble venganza cinco años de ira estallarán hoy contra ellos en vuestros fusiles.

Al ilustre batallón Pichincha le digo que esta tarde podrá llamarse Ayacucho, porque Quito le debe la libertad y vuestro general su gloria. Y el nombre de los bravos del Vargas significa disciplina y heroísmo. No tuve la dicha de admirarlos en Bomboná, pero aquí está el Perú y la América entera dispuestos a aplaudirlos en el mayor de los triunfos.

Al gran Simón Bolívar, que me ha prestado hoy su rayo invencible, y la santa libertad, me asegura desde el cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros, es imposible que nos dejemos arrancar un laurel. El número de los hombres realistas nada importa; somos infinitamente más que ellos porque cada uno de vosotros representa aquí a Dios omnipotente con su justicia y a la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. Aquellos hemos traído peruanos y colombianos a sepultarlos juntos para siempre. Este campo es su sepulcro y sobre él nos abrazaremos hoy mismo anunciándolo al Universo. ¡Viva el Perú libre! ¡Viva toda la América redimida!

Soldados: de los esfuerzos de hoy, pende la suerte de la América del Sur… Otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia.

La división Córdoba, de cuatro batallones, estaba a mi derecha, y la división La Mar a mi izquierda, mientras que los regimientos de caballería de la división Miller estaban al centro. En la reserva, la división Lara esperaba con tres batallones.

El 8 de diciembre llegó el Virrey José de la Serna y tomó posesión del cerro Condorcunca, en todo el frente de mi línea. Él tiene seis divisiones con más batallones que yo y como catorce piezas de artillería. Quienes comandan sus divisiones son Valdés, Monet, Villalobos y Ferraz. Son todos hombres diestros y están muy bien armados.

Es un ejército enorme, como para amedrentar a cualquiera. A la mañana del día siguiente el general Jerónimo Valdés se adelantó con intenciones de sobrepasar el ala izquierda de mi ejército. Con el único cañón que teníamos hicimos fuego para distraer. Se produjeron los primeros tiros de ambos lados, y al principio simulé que mi intención era retirarme, pero yo no pensaba en nada de eso. Las tropas de La Serna avanzaron primero; este, era evidente, había ordenado a su Mariscal, Valdés, atacarme por la derecha, mientras Villalobos lo hacía por la izquierda.

Nuestra artillería esperaba la voz de ataque.

Valdés avanza y ataca rápidamente, y desciende causando bajas entre los nuestros, mientras que otro militar de ellos, Rubén de Celis, ataca la división de Córdoba, pero cuando Córdoba les hace frente, éstos quedan completamente asombrados por las fuerzas de mis hombres. Empiezan a doblegarlos rápido, caen muertos, arrastrados por los caballos, heridos por los sables y los disparos; no contento con esto, le ordeno a Córdoba que enfrente a la izquierda realista, mientras yo me quedo comandando la derecha con los Húsares y los Granaderos.

Pero Córdoba sobrepasa todo lo que yo había pensado, y se lanza contra la división del realista Monet y continúa dándole pelea a Villalobos. Y aquí entro yo en acción para ayudarlo a destrozar los batallones de Monet, quien trata de escurrirse por el centro del campo, que es justamente cuando envío dos escuadrones, con Miller dirigiéndolos, para que los acaben de una sola vez. Yo por mi parte espero con mis batallones Vargas y Vencedor para ir a la ayuda de La Mar, quien estaba en problemas enfrentando al mariscal Valdés.

A mí me gustaría que todo esto ahora mismo lo estuvieran pasando en una pantalla como la que vi en aquel mundo

futurista donde quedé atrapado poco después de mi muerte, en otra dimensión.

Me gustaría que vieran cómo avanza esta memorable batalla. Por ejemplo, cuando los tres escuadrones de La Serna vienen hacia nosotros y nuestra caballería los contiene con sables y cuchillos, donde el mismísimo Virrey del Perú cae herido de muerte, y cómo Córdoba se convierte en la estrella de esta batalla, sometiendo a más batallones e incluso apoderándose de la artillería enemiga. Para coronar su acción, Córdoba se luce clavando la bandera de Colombia en una colina.

La caballería de La Serna ya no puede más; nuestras caballerías los acometen y quedan desorganizados en el campo de batalla; mis reservas salen al terreno y se juntan a las unidades de Córdoba, con lo cual los realistas no pueden ya más, y piden una capitulación.

Todo esto ocurrió en tres horas. Mis seis mil hombres han destruido en Ayacucho a los nueve mil soldados realistas que oprimían esta República, los últimos restos del poder español en América. Calculo nuestra pérdida en ochocientos o mil hombres, pero la mayor parte heridos y entre ellos treinta jefes y oficiales. Espero que algunos más generales enemigos caerán en nuestro poder, pues están cortados por todas partes y perseguidos constantemente. Me he tomado la libertad de conceder varios premios después de la victoria, a los generales, jefes y oficiales que más han brillado en la célebre jornada, que ha afirmado la independencia del Perú y la paz de América.

Don José Canterac, teniente general de los reales ejércitos, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes, y debiendo conciliar a un tiempo el honor de los restos de estas fuerzas, con la disminución de los males del Perú, ha creído conveniente proponer y ajustar conmigo, las condiciones que contiene la capitulación. El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del Ejército unido libertador con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares, los caballos de tropa y las guarniciones. Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole la debida consideración y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga

que corresponda mensualmente a su empleo. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de Independencia, y ningún individuo podrá ir a punto alguno de la América que esté ocupado por las armas españolas. Cualquiera habitante del Perú bien sea europeo o americano podrá trasladarse a otro país, llevando consigo a su familia y propiedades; si elige vivir en el país, será considerado como los demás peruanos. Se respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallen fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años, si la conducta de estos individuos no fuese de ningún modo hostil a la causa de la libertad y de la independencia de América.

Se enviarán jefes de los ejércitos español y unido libertador a las provincias para que los unos reciban, y los entreguen los archivos, almacenes y las tropas de las guarniciones. Los buques tendrán que salir del mar Pacífico seis meses después que se hayan provisto de víveres, pero no podrán tocar ningún puerto de América ocupado por los españoles, con el fin de evitar nuevas hostilidades.

Los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día quedarán en libertad, y se asistirán por cuenta del Perú hasta que completamente restablecidos; podrán conservar el uso de su uniforme y espada y podrán tener consigo a los asistentes correspondientes a su clase, pero sujetos a las leyes del país. Si desean irse con sus familias, se les permitirá ir a cualquier parte.

Todo esto se hizo de buena fe, todo dentro del marco de las dignidades. A mis soldados peruanos les he dicho que son los escogidos de la patria, y que las más remotas generaciones del Perú recordarán sus nombres con gratitud y orgullo. A los colombianos, les digo que del Orinoco al Desagüadero han marchado en triunfo y que dos naciones les deben la existencia.

A mis oficiales he ascendido: a Lara a General de División; a Carvajal Silva y Sandes, Generales de Brigada. Por supuesto a Córdoba, General de División, pues él prácticamente decidió la batalla.

Capítulo VI
Libertad del Perú

Todo esto para asegurar la paz, para completar la libertad del Perú. En medio de tantas batallas mi espíritu ha sufrido mucho, y mi cabeza ha padecido demasiado. Encima de todo, tengo que recibir y contestar cartas desagradables de Santander, donde pone en duda repetidamente de que yo sea su amigo, como si la amistad personal suya fuese para mí algo tan preciado. La verdad, es que aparte de felicitarlo por la victoria de algunos de sus hombres en Ayacucho, no me queda mucho que agradecerle a Santander. Ya he cumplido mi comisión y satisfecho mis compromisos, y mi mayor anhelo es retirarme: ni mis deseos ni mi situación convienen en que yo continúe al mando de ningún ejército. He pedido al Libertador que se me releve, pero sé que va a contestar que estando desprendido él del ejército de Colombia, me entienda con Santander y luego Santander me dirá que me entienda con Bolívar. De tal modo he pedido que se me releve, y no debo servir más sin hacer un sacrificio de tal clase que nadie puede exigirme.

Dentro de seis días marcho para el Cuzco, y en un mes nuestro ejército habrá tomado posesión de todo el territorio de esta República. Ya no hay enemigos en Perú. De toda esta batalla no queda sino una porción de tiras deshechas, pero que tiene el mérito de ser la bandera que trajo Pizarro al Cuzco hace trescientos años: el pendón de Pizarro, que creo será un trofeo apreciable para el Libertador, y se lo voy a enviar en cuanto consiga a un oficial de confianza.

Yo me encuentro bastante cansado, aunque he tenido que aceptar los homenajes que me han ofrecido la iglesia, las municipalidades y los honores militares que me agobian. El Libertador incluso ha mandado a levantar monumentos que recuerden a las futuras generaciones los servicios de los vencedores de Ayacucho; pero en el corazón de estos vencedores está consagrado el monumento que ellos han formado al hijo de la gloria, al guerrero generoso que nos dio una patria, y la victoria. Sobre todos estos corazones, y en cada uno existe la estatua de Bolívar, y de allí la dejaremos a los hijos de nuestros hijos, para que su memoria tenga la duración del sol.

Hasta el Libertador se ha molestado en escribir un *Resumen Sucinto* sobre mi vida que yo podría retribuir con mi propia sangre, pero que no se me exija nunca que entre en cosas de la carrera pública, porque la abomino como puedo aborrecer a los españoles.

Mi alma se debate en la paz que deseo para mí mismo y llevar una vida privada. Anhelo ir a Caracas, deseo vivir allá, pero lo examinaré mucho.

La paz es dura, la paz del Perú está llena de oro, de piedras preciosas, que se pueden ver en el Templo del Sol, el templo de los antiguos incas que fue luego convertido en iglesia cristiana. Los conquistadores saquearon este templo, por supuesto, pero lo que dejaron basta para hacerse una idea de cual era su riqueza. La nave central del Templo del Sol tiene muros de cantería adornados por fuera con frisos de oro, y sus paredes, el suelo y las puertas estaban forradas de planchas doradas. Por el lado occidental del templo está dibujado un sol circundado de rayos brillantes de esmeraldas y turquesas. Adentro estaban las momias de los incas, sentadas al pie del altar en sillas de oro, rodeadas de vajillas de plata con incrustaciones de piedras preciosas. Varios santuarios estaban construidos en honor de los astros del cielo, la luna, el arco iris, los truenos, las estrellas: todo de plata maciza. Aquí en este templo me recibieron los peruanos. Se cree que las Vírgenes del Sol vivían en palacios muy cerca del Templo del Sol. Ahí preparaban el vino y el pan para las fiestas, e hilaban la lana de las vicuñas y la tejían. La fiesta del sol la celebraban en el solsticio

de verano, en junio, que es cuando el sol dura más tiempo sobre la tierra. Esa fiesta se llamaba «Intip-raymi».

Toda esta riqueza me hace delirar. Quisiera estarme aquí siempre, imaginando y viviendo entre los antiguos peruanos, los incas. Imaginándome el orden y la armonía en que vivía este pueblo antes de la llegada de los conquistadores. Para los incas, era la roca de los halcones. El dios Viracocha le dijo a su halcón: hártate, mientras le daba la carne.

Manco Cápac no tuvo padre conocido, y por eso le dijeron Hijo del Sol, y su madre fue Mama Uaco, mujer que fue gran fingidora, hechicera, hablaba con los demonios del infierno y celebraba ceremonias, y hacía hablar a las piedras, palos, cerros y lagunas, y hasta los demonios le respondían. Con ello engañaba a los indios, uno llamado el Cuzco fue uno de ellos, y lo traía engañado y sujeto. Como los indios lo viesen que hablar con los cerros y las piedras era una cosa milagrosa fue obedecida y nombrada Reina del Cuzco, se echaba con los hombres que ella quería y con este engaño andaba muchos años, según cuentan los dichos.

Así como el del Mama Uaco y Manco Cápac hay muchos mitos y leyendas, que se entrecruzan con las historias verdades del pueblo y llegan a formar parte de su espíritu. En el *Ollantay,* ese bello libro, están contenidos los grandes cantos. En la Plegaria del Amanecer, que he leído en alguno de estos tomos que hay por aquí, pueden encontrarse las más hermosas palabras, como aquellas que dicen: «La palabra de Dios es oída por todo lo creado, por la piedra y las yerbas, por las bestias y los árboles; sólo el hombre huye de la voz, de todos los mandatos de Dios». ¿Qué pueblo que no sea sabio es capaz de escribir al así?

A veces me parece que el tiempo no me respeta. Conmigo no tiene miramientos. Apenas voy recuperándome moral y militarmente, cuando me acecha la nostalgia o la tristeza. Mi padre terminaba de morir en aquel año de 1824. Don Vicente Sucre se me ha ido y he comenzado a tener esos sueños fantásticos donde planeo como un pájaro sobre Cumaná, sobre las playas, las arenas, las palmeras y los cocotales, para después ir hacia las calles. Nunca tuve sueños ni sentimientos más agradables que los recuerdos de la tierra de mi nacimiento. Yo no decidiré que objeto me

ha estimulado más en mis trabajos militares, si el patriotismo, la gloria o el anhelo de buscar la paz con la esperanza de que ella me restituya donde mis amigos de la infancia. Puedo asegurar que Cumaná nunca se separó de mi corazón. Y ahora vuelo otra vez hacia la playa y me detengo frente a mi padre para que él me cargue en sus brazos. El me carga y luego me lanza a los brazos de mi madre, y así están jugando como a la pelota conmigo, como si yo fuera un juguete feliz; yo soy feliz, en efecto, inmensamente feliz cuando en el aire siento una gran liviandad, como si estuviese en el paraíso, y mi madre está tan feliz, tan loca de alegría, que me deja caer en la arena y cuando ve mi cara sucia se ríe aún más, ella y mi padre van a verme retozar con la espumita de las olas, a mí parece que esa espumita es tan linda y tan suave que pudiera comerla, y al llevármela a la boca arrugo la cara y mis padres ríen los dos a carcajadas y luego me alzan y me besan. Yo no puedo concebir un momento más feliz que éste en toda mi vida.

Ahora mismo, aquí en el Perú, pienso en aquellos momentos y mi alma se alivia de tanto laborar para la guerra. El Libertador ha querido que yo me permanezca en el Alto Perú por más tiempo, y lo he hecho por complacer al General Bolívar, pero no porque esté en mis intereses o deseos; de un lado temo que se me dé el mando de pueblos, que yo aborrezco; de otro lado está fuera de mis miras alejarme mucho de Quito, donde pienso vivir si el gobierno me lo permite.

El Libertador puso en mis manos una guirnalda de oro que le presentó la ciudad del Cuzco el día que llegó ahí, y que recibió al nombre del ejército, y a nombre de ese mismo ejército la he mandado al congreso de Colombia: ella está guarnecida de brillantes y perlas, pero su valor físico es bien poco, mas su valor moral sí es bien estimable. La ciudad de Cochabamba me presentó una guirnalda de oro cuando estuve allí, y el colegio una pluma de oro, y ambas cosas las he mandado a la municipalidad de Cumaná aquí en el Alto Perú que tantas cosas me ha brindado, y hasta le ha regalado un millón de pesos a nuestro ejército, y que unido al del Bajo Perú ha alcanzado para dar alguna cosa de gratificación a nuestros jefes, oficiales y tropa, igualmente que a los hijos del Perú. Mi parte del Alto Perú la he cedido para las viudas

e hijos de los soldados colombianos muertos en Ayacucho; pues en el Alto Perú me han dado bastante para vivir. Pero en medio de los favores que la fortuna ha querido dispensarme en la guerra al sur de Colombia y en la del Perú, jamás he tenido sentimientos más agradables que los recuerdos de la tierra de mi nacimiento. Con la pluma de Cochabamba y otra del Potosí escriban mis paisanos las páginas brillantes que caben a Cumaná en la historia de la revolución, y los sacrificios heroicos de este pueblo generoso en la guerra de la independencia.

Pero la ambición de los hombres no tiene límites. Los argentinos codician mucho esta región, y también los peruanos. Así que estas fronteras peruanas hay que resguardarlas bien. Ya el pueblo de Arequipa se ha pronunciado por su independencia de España. Y es aquí donde entra de las figuras nefastas para el Perú, el general español Pedro Antonio de Olañeta. Desde un principio le he escrito a este general para procurar ganarlo al partido de la República, pero éste se negó. Él no quería servir completamente al Rey, aunque se mostraba incondicional de Fernando Séptimo. Al mismo tiempo se insubordinó varias veces contra el Virrey la Serna, lo cual redundó en favor del Ejército Libertador, al distraer las fuerzas del Virrey. Tampoco quería quedar al mando de Bolívar, y así, actuaba como la mayoría de estos generales españoles guiados por el orgullo y la autocracia; incluso llegó a desconocer la capitulación de Ayacucho y decía una cosa hoy y otra mañana; se decía hoy patriota y al otro día era un vasallo de su Rey, y ya no sabían qué creerle. Incluso llegó al colmo Olañeta de escribirle a Bolívar diciéndole que daba la espalda al Virrey para «unificar sus sentimientos» con los de Bolívar y «dar un día de regocijo a la América y a la humanidad», pretendiendo acaso que Bolívar, como Libertador de Colombia y dictador del Perú, compartiera su mando con él. A mí también me escribió después en muy buenos términos, incitándome a la conciliación y declarándose a favor de la independencia de los americanos, y me impresionaron en esa ocasión tanto los términos de su carta, que hice público su contenido.

Pero sorpresivamente recibo la mala noticia de que el Coronel Valdez ha cruzado el río Desaguadero por orden de

Olañeta, para ir contra Puno. Entonces me veo obligado a partir del Cuzco, y a mi paso por la población de Quiquijana me entero por varios oficios que ordena a varias de sus autoridades y a departamentos del Perú que se nieguen a la capitulación y a los oficiales que faltasen a sus juramentos. Entonces he debido dar órdenes al general Gamarra en el Cuzco para que cumpla las órdenes necesarias a fin de no tolerar que ningún enemigo abuse de la indulgencia con que los hemos tratado, ni se burle de los magistrados ni de las leyes de la República. Olañeta le ha dicho a Bolívar que no se someterá sino por la fuerza, y que nos incomodará mientras pueda. Me disgusta tener que molestar a las tropas, a quienes yo había ofrecido tres meses de reposo para vestirlas, asearlas y darles lo que necesiten, porque no tienen ya qué ponerse. Todos están desnudos.

A todo aquel español que no se presente el 10 de febrero en Quilca tendrá que costear por sí mismo su pasaje para Europa, y que ya cesa el gobierno de abonar la media paga. Todo español soltero que haya pedido quedarse en el Perú, debe irse por los departamentos de Lima, Huanuco y demás del norte; sólo a los casados y con familia se les permitirá quedarse en los departamentos del Cuzco, Puno y Arequipa. A español que trate de turbar el orden público o de alterar las obligaciones que le imponen las leyes del país, lo hará usted fusilar, le ordené al general Gamarra, después de comprobado su crimen.

Por si fuera poco, Olañeta acaba de mandar a comprar cuatro mil fusiles a Río de Janeiro, por lo cual habrá que bloquear los puertos con las goletas de guerra.

Lo urgente ahora es dirigirse a Puno. En este pueblo sucedió uno de los episodios más pintorescos, cruzando el río Uncachari, que estaba muy anegado y salido de su cauce. No encontramos balsas con qué atravesarlo, y entonces buscamos un vado por dónde entrarle con la caballería. El río seguía creciendo, y entonces se me anunció que era imposible atravesarlo. La mayoría temía ahogarse. Los indios, asaltados por las supersticiones, se abrazaban a mis piernas y me rogaban que no cruzara, pero no podíamos perder más tiempo. Así que cruzamos el río «a la

venezolana», o mejor «a la llanera» como lo hacían los lanceros del llano comandados por Páez.

Los jinetes se quitaron la ropa, luego sacaron las monturas de los caballos, que colocaron en su cabeza y se lanzaron al agua a abrazar los potros, los animales siempre lograban salir a flote, y con todas sus fuerzas se dirigían hacia la otra orilla. Sólo se veían las cabezas de los caballos y las de los hombres, que llegaban airosos al otro lado. Ya al caer la noche se había formado una flota de balsas. Yo me embarqué en una balsa con mis edecanes por el gran río Desagüadero. Este río se ha convertido en una especie de símbolo, de límite para la libertad plena de estos pueblos. A los generales he dado órdenes para que detengan las acciones de Olañeta. Por cierto, al llegar a Bolivia conocí a un sobrino del este vil general Olañeta, Don Casimiro Olañeta, que resultó estar contra él y a favor de nuestra causa, y se aprestó a recibirme en la Paz.

Lo que más me inquieta es la lentitud de las tropas, todo se desenvuelve sin rapidez, y todo porque Olañeta se empeña en confundir a Bolívar con cartas llenas de palabras vacías. Confiado de sus falsa promesas, dejé descubierto al río Desagüadero por órdenes del Libertador, pese a tener a mi mando una fuerza activa de doce mil hombres.

Vi proclamas de Olañeta por todas partes, en Oruro: y así descuidé las fronteras. Para colmo, un Coronel llamado Valdés vino a Puno con un carácter hostil, cometiendo la más pérfida acción que jamás nadie esperó: desde Cochabamba hizo invadir nuestros pueblos y mandó saquearlos.

En cambio, Don Casimiro Olañeta se avergüenza de la actitud de su tío, y ya le anuncié en una carta que he tenido que contestarle en términos fuertes, y no podemos temerle ni aguantar más demoras en nuestra campaña. Mientras más rápido crucemos el Desagüadero más pronto será nuestra victoria.

Mil veces he pedido a Bolívar instrucciones de lo que voy a hacer en Alto Perú y no me ha dado una respuesta clara. A veces no veo muy bien hacia dónde se dirige todo esto, pues lo ideal es convocar una Asamblea de estas provincias y que se exija a Olañeta que deje al pueblo en libertad de constituirse.

Me parece mentira mi destino: haber nacido y haber muerto para narrar estos hechos. Yo, si acaso, soy un fantasma que apenas recuerda. Mi memoria se enturbia y mi corazón sufre. Entonces tengo que seguir reseñando las cosas: apenas atravesamos el Desagüadero en balsa, llegamos a La Paz, donde fuimos recibidos con alegría por las gentes de esa ciudad.

Al general Lara lo dejé en Arequipa con tres mil hombres, para que combatiese cualquier expedición del ejército de Olañeta. Igual cosa hice con el General Córdoba, brillante soldado en Ayacucho, con tres mil quinientos soldados.

Organicé mi ejército con cuatrocientos infantes y más de ochocientos caballos en un principio, luego más de doscientos infantes se me incorporaron en Lagunillas. De Cochabamba y Santa Cruz me llegaron más refuerzos. Olañeta sólo contaba con mil infantes y yo temía que se metiera en las montañas, tenía que apresarlo antes de que llegara el mes de abril. Ya el treinta de marzo, si mal no recuerdo, llegué a Potosí y a principios de abril ya había ordenado a los batallones y a los Húsares de Junín que continuasen la marcha.

Pero las cosas del destino son superiores a veces a las de la voluntad humana. Quizá no quería Dios ni la Historia que yo me encontrara con el traidor de Olañeta. El tres de abril me llegó la noticia de su muerte, acaecida cuando sus tropas se enfrentaron a las del Coronel Medinaceli, que se había insurreccionado tomando partido por la Patria. De este modo, y repentinamente, terminó la guerra en el Alto Perú, después de esto sólo quedaron dando batallas unos cuantos enguerrillados en el sur, quienes quedaron sometidos a nuestro Ejército.

Aparentemente, esto me facilitaba las cosas, pues ahora ya me sentía más desahogado para convocar la Asamblea el 19 de abril. Y yo quería que esta fecha coincidiera con la de 1810 para celebrar una fiesta, pero Bolívar no me dio autorización para ello, pues me dijo en una carta que estas provincias dependían del Congreso de Buenos Aires y de su virreinato vigente por Real Cédula desde el siglo pasado. De todos modos, tendré que confiar en la buena voluntad de los Partidos, a ver si logran independizar el territorio del Alto Perú, que hemos decidido se llame en

adelante Bolivia en honor del Libertador, para ver si confiando en la buena fe de los Partidos, pueda independizarse de los países vecinos que quieren echarle mano, como son Perú y Argentina. Lo único que me interesa es la plena soberanía de este pueblo.

Capítulo VII
Fundación y Consolidación de Bolivia

El General Bolívar está empeñado en que yo tome el mando supremo del país, pero yo no deseo eso, ya se lo dije. Yo no voy a militarizar al Alto Perú. Lo más sensato que puede hacerse es convocar a una Asamblea Nacional, para que ella decida los destinos de este nuevo país. En abril me entrevisté con el General argentino Arenales, quien de manera muy noble nos dejó en libertad para decidir los destinos de Bolivia. Así que triunfó la idea de la Asamblea, que terminó por instalarse en Chuquisaca en julio de ese año de 1825; finalmente, el Acta de Independencia de Bolivia se firmó el 6 de agosto de ese año. Quisimos que coincidiera con el día de la celebración de la Batalla de Junín. Estuvieron presentes cuarenta y ocho diputados. El Libertador hizo gala aquí de su genio, al redactar en poco tiempo una Constitución formada por cuatro poderes: uno legislativo con tres cámaras de representantes, senadores y censores; uno judicial y autónomo; otro electoral para garantizar unas elecciones limpias, y otro ejecutivo y vitalicio presidido por mí. Los diputados se empeñaron en dar mi apellido a la capital, cosa que me enorgullecía pero me ponía en nuevos aprietos, pues uno hace todo esto no para mirarse en el espejo de Narciso, sino para que los países marchen con la fuerza humana de sus gentes. El general Bolívar, para colmo, me ha hecho casi ruborizar al escribir un *Resumen sucinto* de mi vida, en el cual ha descrito brevemente casi toda mi trayectoria de guerra. Ha exagerado Bolívar al decir que la posteridad me representará «con un pie en el Pichincha y otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Cápac, y contemplando las cadenas del

Perú rotas por su espada». La verdad que no me creo merecedor de tales metáforas o alegorías. Siempre hay por ahí algún malintencionado envidioso que tiende a ridiculizar tales exageraciones.

Pero en el fondo yo sé por qué lo hace. Aparte de estas últimas frases grandilocuentes, percibo en su escrito un sentimiento profundo de amor paternal. El habla como si fuese mi padre, siento ahí el afecto del padre hacia el hijo, del padre orgulloso de la actitud del hijo que probablemente hubiese gustado tener.

Recuerdo que en una ocasión Bolívar se molestó con el General ecuatoriano José Joaquín Olmedo porque éste exageró sobre su persona en su famoso *Canto a Junín*. Se molestó de una manera muy decorosa, es cierto, pero le insinuó a Olmedo en una carta que aquello de estar comparándolo con los dioses del Olimpo griego era demasiado, y hasta lo mandó a leer de nuevo a Homero. A mí me dio vergüenza ajena cuando me enteré de aquello, pues el General Olmedo es todo un caballero y estoy seguro de que no lo hizo por adular a Bolívar, sino para enaltecer a la poesía de la Independencia. Pero Bolívar en esos días estaba acompañado en el Perú por Don Simón Rodríguez, su maestro de la infancia y ductor en cosas literarias, y una de las lenguas más viperinas que han pasado por América en todos los tiempos. Se ve la mano de Don Simón en esas cartas de Bolívar a Olmedo, se ve su estilo irónico y sangriento. Yo respeto mucho al doctor del Libertador y creo en sus capacidades creadoras e inventivas, pero hay que admitir que ya está medio loco. El Libertador me lo envió para que me ayudara a construir la educación en Bolivia, y él creyó que se podía tomar conmigo las mismas licencias que tiene con el Libertador para hacer bromas de todo tipo; de bromista pasa de pronto a huraño y de mal humor, escribe cosas y las describe, tiene un estilo dispuesto en la página en forma escalonada o utiliza corchetes y paréntesis y ha inventado ahora métodos educativos que no se pueden aplicar en la práctica. Me ha costado mucho entenderme con él, pues quiere mi absoluta atención para sus ideas, muchas de las cuales están llenas de divagaciones metafísicas.

Por otro lado, está el humor negro y ácido de Don Simón, quien con sus chistes puede ridiculizar al mismo Dios de los

Cielos. A toda hora anda echando punticas a todo el mundo, y hasta del Libertador dice cosas que no siempre se entienden. De mí ha dicho una cantidad de bromas pesadas, y me compara con Bolívar para rebajarme. Como yo lo miro por encima del hombro por esta causa, fue difícil tratar sobre sus proyectos educativos para Bolivia, razón por la cual su carácter se ha vuelto más agrio. Sin embargo, le di plenos poderes en sus cuestiones, y así fue que propiciamos la fundación de la Universidad de La Paz y comenzamos a crear escuelas. Tiene su lado bueno, esa imaginación extraña de Don Simón, pero hay que mantenerlo a raya. Yo sé que no le caigo muy bien, pero mejor así. Es mejor que lo odien a uno un poco, pero que lo respeten. Yo prefiero el odio que esa cosa amorfa que llaman la envidia, la cual sólo puede engendrarse en la mente de los mediocres.

A pesar de que el Congreso me había nombrado Presidente Constitucional de Bolivia y de que tenía que crear una representatividad de ese país en el exterior (envié emisarios bolivianos al Congreso de Panamá en mayo de 1826) ya mi vida parecía encauzarse hacia el sosiego. Las guerras militares ya estaban dadas y ahora la tarea mayor era organizar estos países con buenos proyectos sociales y educativos.

Joven como soy, me siento a veces como un viejo, cansado. En alguna parte habré de encontrar cierto sosiego, pero no para retirarme como un patriarca lleno de laureles, sino para dar rienda suelta a mis pasiones. El General Miranda y el General Bolívar son famosos por sus amores, por ser los dueños de innumerables corazones en todos los países por donde han pasado. Sus triunfos amorosos son tan celebrados como sus triunfos militares o políticos. Yo particularmente los envidio. Aunque también soy arrojado con las mujeres y una vez les pongo el ojo no ceso hasta tenerlas conmigo, sufro de cierto miedo escénico; no me gusta compartir con la opinión pública, y menos con el público de galería, mis conquistas privadas. No hay cosa más deliciosa que disfrutar de la privacidad, de saber que un amor no es vigilado por nada ni por nadie, menos por el poder, esa cosa omnipresente que intenta meterse en los resquicios de tu ser. El olor de las alcobas, el perfume animal de los cuerpos de los amantes; la

entrega sexual suave o desesperada, los infinitos matices de esa entrega y las horas y circunstancias secretas que puedes preparar para que las mujeres sean tuyas constituyen todo un arte. Es como el arte de la guerra; hay que disponer de una estrategia para que el objeto de tu deseo caiga en las dulces redes; hay que poseer todo un arsenal matemático para armar el ataque, y luego que uno está saboreando la victoria, aquello no puede compararse a nada: no es la triste victoria de ver al enemigo muerto y los campos de batalla asolados, sino la victoria misma de la vida frente a la muerte, el efímero rayo del deseo que esplende en la explosión última del orgasmo mutuo, pareciera que nuestro semen se vuelve polvo de estrellas, como si estuviésemos engendrando una célula superior en medio del cosmos, es una sensación superior que comprende una especie de pequeña muerte y al mismo tiempo produce un nacimiento.

A pesar de mi cansancio, no es para reposar que quiero yo mi libertad; a pesar de mi tristeza, no es para dormir que busco la paz, sino para gastar los cartuchos de mi hombría en los arrebatos del deseo y para ver cómo cuido de las hijas mías que han nacido por allí, como producto de estos arrebatos. Con Mariana Carcelén, mi esposa legítima, ha sido imposible formar una familia y tener hijos; ha tenido que ser el azar el responsable de estos hijos que tantos remordimientos de conciencia me han traído, pero me consuelo al pensar que a sus madres les he dicho, y ellas lo han comprendido así, que el destino de estos países dependía en gran parte de mis responsabilidades, y que mi destino estaba escrito, conjurado en alguna parte.

Yo sé que estamos viviendo un tiempo romántico. Yo sé que hasta esta tarea revolucionaria de la Independencia responde a un sentimiento romántico por excelencia. Eso ya lo sé. Y que esta guerra lleva en sí un ingrediente de autodestrucción, que aun en medio de las mejores victorias aflora, no sé, como si desconociéramos el rumbo cierto de nuestra vida, pese a habernos trazado un norte político. Porque la existencia es un misterio en sí misma, y para olvidarme de ese misterio —por momentos horrendo— nos asimos de las ciencias exactas, de la física, de las matemáticas, para poder ofrecer una visión concreta de cuanto hacemos, pues

apenas uno comienza a abstraer y a pensar de dónde venimos y hacia dónde vamos ello sólo es suficiente para lanzarnos al límite mismo de la inconsciencia. Sobre el origen de esta tierra americana no es cosa que sepamos del todo, y apenas comenzaron a poblarla las gentes nacidas aquí y con todo lo que eso les costó para mantenerla, no se la iban a entregar al primero que pusiera los pies en ella. Y la organización de Bolivia era un ejemplo de ello; no fue poco lo que costó centralizar la renta, ordenar la Hacienda Nacional y decretar la contribución directa de los ciudadanos. También tuvimos que separar la administración de justicia de los cargos políticos y de los cargos civiles, crear los tribunales de primera, segunda y tercera instancia y hacer que los jueces se ajustaran a una ley de responsabilidad y otra de procedimiento. Abrimos caminos y carreteras y lo primero que hicimos en este sentido fue abrir una carretera desde el Puerto La Mar hasta el Potosí. A este puerto tuvimos que llevar agua dulce, pues carecía de ella.

Simón Rodríguez me ayudó a crear en cada capital de Departamento un Colegio de Ciencias y Artes, mientras que otros me ayudaron a fundar una Academia Militar para formar oficiales de moral e instrucción. Fue necesario igualmente tener un sistema postal para conseguir comunicaciones con Lima y Buenos Aires. Aunque soy bastante respetuoso de la Iglesia Católica —y así se lo hice saber al Papa León XII— tuve que declarar la exclaustración voluntaria de las monjas y de los frailes y sujetar el clero a la potestad de la voluntad civil. En los Conventos de San Agustín y Santo Domingo me pareció más útil poner a funcionar allí hogares de niños huérfanos. Lo primero que hay son los niños, a ellos hay que protegerlos y contribuir con su salud, por eso fue urgente mejorar los hospitales tanto en Santo Domingo como en Cochabamba; muchas casas pobres fue mejor convertirlas en hogares de trabajo, sobre todo de cultivo de añil, que a la larga fue dando sus frutos, hasta convertirse en una industria. Y hasta el cultivo de la coca dio buenos resultados en Bolivia; ayudó a sacar a flote a numerosas familias, pero eso sí, reduciendo los impuestos a su consumo.

Pero lo que más me ha parecido importante de todo esto, tanto en Bolivia como en cualquier otro país, es la libertad. Que

la gente sea libre de elegir sus cultos y sus religiones. No se le puede pedir a la gente que crea a juro sólo en los catecismos de la Iglesia Católica, porque la religión no se puede oficializar en el espíritu de la gente. El espíritu es libre, pues si no, no sería espíritu, sería otra cosa. Si soy mahometano o budista o testigo de Jehová, o protestante o lo que sea, eso tiene que provenir de una elección natural del alma. Y lo mismo digo de la libertad de expresión; la prensa, los periódicos, tienen que ser libres y decir con sano juicio sus opiniones sobre cualquier tema que aqueje o que sea positivo para las sociedades. No se puede tener al intelecto preso esperando que esté acorde con todo lo que pienso yo o piensa el gobierno. Eso es egoísmo, miopía mental, pero eso no es libertad de pensamiento. Las ideas siempre van a renovarse con los tiempos y con las épocas. No podemos permanecer atados siempre a los mismos parámetros morales o ideológicos Por eso no creo en reyes ni en monarquías ni tiranías. Lo mío es la democracia, lo mío es el gobierno del pueblo. Por eso declaré y decreté amnistía general en Bolivia. Es la única forma de ir entrando al proceso de la civilización; los gobernantes no pueden convertirse en gatos y perros peleándose por un cargo, por una posición. El hecho de estar en el lugar del poder haciendo que se cumplan las leyes no significa que ello nos va a dar derecho para matar y abusar, para continuar toda la vida persiguiendo a la gente para humillarla; las guerras no son fines en sí mismas, son solos instrumentos para sacarnos de la opresión y de las tiranías foráneas. Lo que queremos es vivir civilizadamente, respetando el derecho ajeno, que es la paz. Sólo así las familias podrán vivir armónicamente e ir dejando en su progenie una semilla de dignidad. Sólo así, también, será posible convivir con otras familias para que la comunidad se ayude, se apoye, trabaje no sólo para amasar dinero y riquezas materiales, que tampoco son un fin en sí mismas, son sólo instrumentos de canje que nos facilitan los bienes de consumo. Pero las mentes medianas piensan que amasando sumas van a ser respetadas porque sí, y eso es lo que más se contrapone a un ideal de convivencia justa. Sólo siendo generoso es capaz el ser humano de desarrollar la gran riqueza que trae oculta, y que

a veces ni él mismo sabe que posee. Y es por ello que he hecho tanta insistencia en la educación y en la lectura.

Otra cosa que fue urgente en Bolivia fue su poblamiento. Hubo que facilitar la inmigración, invitar a gentes de otras tierras a que viniesen y se instalaran allí, con todas las garantías que les ofrece la recién fundada República, y más si vienen en plan educativo, si son maestros o van a contribuir con la instrucción pública. Serán considerados ciudadanos y el gobierno les protegerá. Sólo así, creo, iremos entrando poco a poco en el progreso. Y ese progreso se conquistará sólo si se hace democrático. Y nunca retroceder hacia las monarquías o a un imperio, y menos aquí en América, que es un continente joven y que no tiene por qué estar imitando a Europa en todo. Justamente en este año de 1926 ocurrió algo preocupante con relación al Libertador.

Muchos hombres de posición económica y social importante comenzaron a empollar una idea que poco a poco fue creciendo, y se la hicieron conocer a Bolívar: la de fundar un imperio y coronarlo a él como Rey, como si fuese un Dios, imitando quizá a Napoleón, que en sus delirios de grandeza se hizo coronar, pues se sabía (y se creía, y esto es lo más grave) dueño del mundo. El Libertador se negó y luego me refirió el asunto por escrito. Yo le respondí:

«Entro a responder su artículo reservado. Me parece que los de Caracas que han propuesto a Ud. el proyecto Napoleónico, lo hacen de mala fe, y por tentarlo; lo considero así tanto más por las personas comprendidas en él. Nunca debía pensarse que Ud. diera otra contestación que la que ha dado, porque es la que aconseja la prudencia y el amor patrio. Si usted tuviera hijos, acaso yo propondría otras ideas a la tranquilidad pública, pero no teniéndolos usted, creo que el proyecto envuelve en sí la destrucción del país. Enhorabuena que mientras Ud. viviera, se mantuviera el orden; pero a su muerte de usted, cada uno de los proyectistas se creería con derecho a sucederle, y cada uno tomaría un pedazo de terreno para despotizarlo. Yo opino como su hermana de Ud., que debe ser Libertador o muerto; como Libertador va usted con la gloria a la eternidad de los siglos. Yo no soy muy demócrata, por el

convencimiento del estado de nuestro país; pero considero en usted al hombre que yo quiero más sobre la tierra, y considero mi país, y los que quieren subyugarlo a la sombra de un genio respetable, para pensar como pienso. La idea de usted de mandarles su proyecto de Constitución para Bolivia es excelente: ella concilia en lo más posible todas esas ideas. Si esos señores tienen buena fe y un sentimiento noble de amor patrio pueden preparar los ánimos para aceptarle en el año treinta y uno. La concentración del gobierno y a la vez mantener la libertad y la independencia de la nación, debe ser la mira de todo colombiano que trabaje por el bien de su Patria. Pienso que usted, manteniéndose siempre sobre todas las ideas vulgares, se conserve intacto, como que en todos los acontecimientos debe ser el arca de la alianza del pueblo de Colombia, y del pueblo de América, así como la nave que lo salve de un naufragio en algunas tempestades políticas. Me he permitido dar a usted mi opinión tan franca y sincera como lo hubiera hecho con mi padre:

»El estado interior de desorden en que usted me describe a Colombia, me ha causado el dolor que usted puede imaginarse; creo, sin embargo, que como este desorden es sólo en ideas y pretensiones, puede sofocarse, por la aparición de usted allí, o por sus medidas. Es muy singular que los furiosos demócratas hayan venido a parar en la peregrina idea de un imperio para remediar los males. Saliendo de un delirio turbulento vienen al otro extremo, que igualmente debe descontentar al pueblo. No pienso ni que el Ejército mismo convenga en el pensamiento; porque a pesar de los vejámenes que ha sufrido el Cuerpo Legislativo, y aun, según se dice, del Gobierno, creo que prefiera a sus conveniencias la paz y la dicha de Colombia, sería usted; no teniendo usted hijos que aseguraran por la sucesión esta paz, ella no duraría sino mientras usted viviera; y a su muerte, una revolución más espantosa y sangrienta sería el resultado de tal invención. Si el Rey fuese un príncipe europeo, deberíamos llorar el desenlace de nuestra revolución; y no sé quién en Colombia, hijo del país, reúna el voto público para esta dignidad. En cuanto a usted, opino con usted y con su fama, que usted debe morir antes que perder su título de Libertador; el más grande y el más glorioso…

»La federación en los términos que usted ha pensado sería un gran remedio; pero dudo mucho que se consiga en la generalidad en

que se ha meditado. La del Perú con Bolivia podrá conseguirse; y aunque estos señores han mostrado bastante repugnancia, por cuanto la primera impresión que tuvieron era de que se les quería someter al Perú, yo trabajaré cuanto pueda, puesto que usted cree que así se asegurarán más las instituciones, la libertad, y la paz de ambos países. Respecto de la federación de los tres Estados, también se conseguiría, pero no sé si tan estrechamente: veré lo que se hace, porque en eso se necesitará mucha prudencia y una viveza que dudo mucho tener, particularmente cuando yo no estoy acostumbrado a manejar esta clase de negocios.

»En cuanto a que se nombre a mí Presidente Vitalicio, ya he declarado que renuncio a esta idea, y que aceptaré el Poder sólo por dos años, hasta 1828, fecha en que debería reunirse un Congreso Constitucional. Mi nombre tampoco debe aparecer en futuras listas de candidatos a la Presidencia. Sin embargo, a Bolívar siguen persiguiéndolo grandes ideas, como aquella de la Confederación de Colombia, Perú y Bolivia, y vuelve a aparecer mi nombre ligado a estas ideas de unión, y de verdad merezco que me estén asediando par tan altos puestos, pues finalmente en Perú y Bolivia me han nombrado Vicepresidente de esta magna idea, pero ello tampoco es de mi agrado, por lo cual me he dirigido a Bolivia con estas palabras: "Agradezco tanto como no podré expresar, la elección que usted hace de mí para Vicepresidente; si usted me permite, le diré pensara en ella. Tengo tanta más gratitud a usted, cuanto queda formado de mí una idea algo equivocada. Usted cree que yo puedo mandar un gran pueblo, y lo niego con toda franqueza y sin usar de gazmoñería; mi capacidad está limitada a poco, y si hago algo, y si tengo acierto en algo, es porque pienso para todo en complacer las ideas generosas de usted por los pueblos, y por ayudarlo en alguna cosa en sus trabajos y para corresponder siquiera con mis servicios a las distinciones con que usted tan frecuentemente me favorece"».

Así tuve que contestarle a ese gran hombre, en un tiempo difícil, en que su dignidad quería ofrecerse empañada por los demagogos de turno, unos a través de la calumnia, otros a través de la envidia, la ingratitud o el odio. Es increíble cuánto odio pudo engendrar este gran hombre, asaltado en todo momento por

las invitaciones a la anarquía. Con todo lo que había costado sentar las bases de la moral, para construir la ciencia de la ética y para ponerla en práctica, ahora todo ese camino andado con esfuerzos y sangre de los auténticos patriotas, iba a servir de camino abonado para los políticos y los diplomáticos profesionales, que sólo aspiraban a cargos de honor en el exterior. Todavía hay urgentes cosas qué resolver en Chuquisaca: organizar el batallón Potosí para que vaya a Oruro, y el Regimiento de Granaderos de Bolivia también. Y resolver cuestiones sobre propiedades. Comenzando el año de 1826, la guerra de Buenos Aires con el Brasil está abiertamente declarada. Algunos argentinos temen del mal éxito (o ninguna ventaja) de esta guerra, porque dicen que el gobierno no se ha prevenido para ella. Lo cierto es que el ejército del Uruguay sufre grandes deserciones, y que de los contingentes de las provincias, dicen, que no llega ni la mitad, también por las deserciones. Tomando en cuenta este estado de cosas, debí consultar a Bolívar varias cuestiones de índole personal, más como padre y amigo que como jefe. Si no trata Bolívar de tomar parte de esta guerra del Brasil o en las cosas de Buenos Aires, y que yo participe en estas acciones, que yo deba estar libre y expedito para ir con algún ejército contra los del Brasil, mi interés sería por supuesto quedar soltero. Pero si no, tendría que consultarle sobre mis compromisos con una señorita en Quito, la señorita Carcelén, pues creo que esa niña es bien agradable y creo sería una buena mujer. Yo debo cumplir ese compromiso o disolverlo, y para esto quiero los consejos y la opinión personal de Bolívar, como a un hijo suyo. Dependiendo de este consejo cumpliré o no con el compromiso que me liga a la señorita Carcelén en Quito. Mientras tanto, continúo trabajando aquí en Chuquisaca; de modo que he decretado que los principios del gobierno están opuestos a toda especie de desigualdades entre los ciudadanos por su nacimiento, es mejor que la ciudad de Chuquisaca esté dividida en cuatro parroquias, por barrios, y que los habitantes de estos barrios, sean blancos, indios o de cualquiera clase indistintamente, sean feligreses de la parroquia a que pertenece el barrio, y los prefectos de los departamentos cuidarán de que en todos los pueblos se haga esta misma división de parroquias, sin ninguna distinción de clases.

Las comunicaciones son una catástrofe, las cartas tardan demasiado en llegar a destino, con casi tres meses desde que son enviadas desde Lima, y ello ha estado complicando mucho las cosas. Sin embargo, las gestiones aquí van por buen camino: las elecciones se están haciendo normalmente y el Proyecto del Congreso Constituyente de Bolivia va por buen camino y se instalará el 25 de mayo. En lo relativo a unir esta República con la del Perú, me parece que no admitirán aquí ese proyecto. Empezando porque la inmensa deuda civil y militar del Perú espanta a los bolivianos, y luego porque la distancia de Lima es mucha y porque el estado moral de la población peruana es muy deprimente después de la revolución. El Congreso del Perú es otra cosa. Luego que se instale el de Bolivia, espero que Bolívar me permita retirarme de aquí, pues todo parece marchar normalmente y la gente está en camino. Yo me iré al Potosí y permitiré que los Ministros elijan al jefe del Estado. Si el Libertador conviene en que me retire, me voy volando. Cuando pienso esto, recuerdo lo de las proposiciones de Rey, de Monarca absoluto, que se le han hecho a Bolívar, y que no son otra cosa que tentaciones al genio, pues cuando se está tan cerca de la gloria como el general Bolívar, hay un margen escaso para las divagaciones de la locura. Yo no me dejaré nunca tentar por tales ofrecimientos, y en este sentido me permití recomendar a Bolívar, como ya narré antes, que las rechazase.

Por el momento, he considerado deber esencial estimular el aumento de la población aquí en Bolivia, invitando a hombres de todos los pueblos y acciones, a compartir la libertad civil y disfrutar de los derechos de ciudadanos en los términos que dicte la Constitución, con propiedad y seguridad. Los extranjeros que vinieren con fines de instrucción y enseñanza públicas serán más considerados para obtener carta de ciudadanía. Una vez instalado el Congreso Constituyente de Bolivia, reconocí haber gobernado un pueblo dócil y de una moderación ejemplar; esta República entra de última en la representación de los estados de la América, disfrutando de la tranquilidad y el orden; el pueblo confía a los legisladores, ya sofocados los partidos y las pasiones que agitó la revolución. La administración de justicia, la colección oficial de leyes, los decretos y órdenes del gobierno están todos sometidos

a la aprobación popular, o a su reforma. El comercio y la industria han sido favorecidos con la rebaja de derechos; la minería, fuente de riqueza de esta República, ha recibido toda la protección, así como la agricultura, el comercio y la industria. Al pueblo exhorté en ese Congreso para que me desembarazase de continuar al mando de la República, para que la elección del nuevo gobierno sea toda boliviana y nacional. Yo me ausentaré de aquí, y, en el seno de mi patria, haré votos por su prosperidad, y para que la sabiduría descienda sobre sus legisladores y presida los destinos de la nación.

Pese a mi voluntad, tuve que convenir con el Libertador de quedarme un tiempo más en Bolivia, pues él aún no se desocupaba en Colombia. Este país vive un estado de desorden y según Bolívar hasta que las cosas allá no se calmen no puedo yo moverme de aquí, y sólo él sabe cuánto me perjudica esto. Pero mi deber y mi tarea por la causa de estos países es superior a mi voluntad personal, e incluso a mi salud. Así que debo seguir reuniéndome con clérigos, congresantes y militares, gobernadores. Según parece, no tengo un momento de descanso. Sin embargo, siempre veo signos de aprecio en la gente del pueblo hacia mi persona, y me he asombrado al comprobar que las monedas recién acuñadas de plata llevan impresas un busto mío, y en las de oro el busto del Libertador. Ese hecho puede ser tomado como un gesto de que yo he intervenido en tales decisiones, y puede abrir campo para que en otros países piensen que yo estoy detrás de todo esto, y que incluso puedo intervenir en la redacción de las leyes. Prefiero, pues, decirle al Congreso Constituyente que más bien opte por colocar el busto del Libertador en ambas, tanto en las de oro como en las de plata. Pero todas éstas no son sino minucias de la paz que se respira aquí ahora, una paz que yo quisiera compartir con mis hermanos del sur, como son mis hermanos de la nación Argentina.

Nuestra América necesita la paz, y yo soy de opinión de buscarla a toda diligencia. Así se lo he dicho al general Alvear en Buenos Aires, pues veo que él va a tomar el mando del Ejército Oriental, y me prometo que esta medida produzca efecto de una importancia suma a la causa de los argentinos, en su contienda con

el Brasil. Yo hubiera deseado, sin embargo, que esta guerra hubiera tenido un término por negociaciones, pero no habiendo otro partido veo que los argentinos deben hacer operaciones, y con una fuerte masa. Por esto es que celebro el aumento y organización de las fuerzas nacionales argentinas en los términos en que el general argentino Alvear me ha explicado, celebrando por supuesto que en ese país tengan tantos recuerdos disponibles para sostener su contienda. Pero los argentinos creen que aquí ignoramos sus luchas en contra de los brasileños, cuando la realidad es que no hay de dónde tomar partido. Ellos suelen utilizar en sus papeles diplomáticos un lenguaje insolente y petulante. Nosotros apenas terminamos un proceso de Independencia de estos pueblos del Perú, Colombia y Bolivia con mucho esfuerzo, y ya no podremos inmiscuirnos sin condiciones en los proyectos de otros países, aun cuando ya se da por entendido que nuestras tropas no dejarían de presentarse con gusto si sus gobiernos tomaran parte en esta contienda con el Brasil. Yo creo que es tiempo que aprendamos a pensar por nosotros mismos. No me parece tan descabellada la idea de convocar una asamblea de diputados de las cuatro provincias del Alto Perú con el objetivo de crear una nueva República. Yo sé que por ahí las malas lenguas andan diciendo que yo soy separatista y que desafío la autoridad de Bolívar, pero esos chismes me tienen sin cuidado, porque yo si que le hablo bien claro a mi general Bolívar, yo no me voy por las ramas de la retórica cuando deseo expresarle mis sentimientos. Pero la verdad, ya estoy cansado de la guerra, me encuentro cansado de luchar en estos tres mundos: vivir, recordar y morir. He amado también, por supuesto, pero de este amor apasionado hacia las mujeres no lo he comunicado a casi nadie, porque no lo considero algo heroico ni público, el amor es algo azaroso y divino, no algo que pueda interpolarse con los informes de guerra ni con los triunfos en las batallas.

Aun ahora que estoy muerto, la memoria no me falla en el momento de atraer los dulces y sutiles instantes vividos con las mujeres, y si es verdad que no poseo el desenfado ni la retórica de Bolívar ni de Francisco de Miranda, más adelante me divertiré contando algunos detalles que me acompañaron en mi vida galante, cuando aún podía salir por las noches a hacer algunas

incursiones con las mujeres, acompañado de ciertos amigos, principalmente del general Daniel Florencio O'Leary.

Mas, ahora es imperioso que continúe recordando para la posteridad cómo han ocurrido los hechos, aunque debo admitir que los hechos nunca son los hechos como se narran en las cartas ni como a veces quieren recomponerlos los historiadores. En una palabra: los hechos nunca son tan reales como parecen; siempre tienen un revés o varios reveses: uno a momentos está haciendo algo sin querer o ejecutando una cosa fuera de su verdadera voluntad; a veces obramos como si fuésemos marionetas de una fuerza superior, pero no de una fuerza superior que está muy arriba por encima de nosotros, a esa energía que llamamos Dios; no es sólo eso, a veces el destino parece estar escrito por otros hombres que nos precedieron, y que dejaron allí un cúmulo de aciertos y desaciertos para que los probáramos. Eso no sé cómo explicarlo, pero el asunto se complica cuando hace su aparición la naturaleza femenina, cuando las mujeres entran en la vida de los hombres para transformarla, y cuando los hombres también ven alterado casi todo su recorrido por esta vida apenas aparece una mujer en el terreno de su existencia. Esto es lo que he aprendido: es superior lo que sentimos a lo que pensamos. Y esto no es ni siquiera un pensamiento: es una sensación que atraviesa mis poros como un líquido indeleble.

Pues bien, guiado por estas sensaciones, estoy dispuesto a proseguir mi relato, aunque sigo sin ver bien a mis interlocutores.

Ya casi no puedo escribir, debido al dolor de mi brazo. Apenas puedo monologar o dialogar con un auditorio que apenas veo.

Sólo deseaba descansar en aquella aciaga tarde de mil ochocientos treinta. Esa es la verdad.

Ahora apoyo mi cuerpo translúcido en una silla, y no descansa, en una cama, y está incómodo. Sólo la posición en una hamaca, donde no se está completamente sentado ni acostado tampoco, y le permite a uno los vaivenes en el espacio, se adecua a las oscilaciones de mi sensibilidad.

Ahora soy ese fantasma que se balancea en una hamaca, haciendo memoria y averiguando cosas en los tres mundos.

Y ahora he de hacer memoria sobre el mundo de la experiencia con las mujeres, el mundo de la pasión femenina que me ha aliviado el espíritu de las heridas de la guerra, y me hace olvidar por momentos las tribulaciones de esta existencia llena de vaivenes.

Capítulo VIII
Aventuras amorosas

Ha querido el destino que mi alma se remonte, en las alas de Eros, hacia las tribulaciones divinas en Quito, Guayaquil o Chuquisaca. Todo comenzó con mi amistad con Daniel Florencio O'Leary. En cuanto lo conocí fue construyéndose poco a poco una relación sincera; pero ese poco a poco fue en verdad algo muy rápido, una complicidad para las cuestiones festivas de la vida. En cuanto nos poníamos a conversar, surgía una necesidad recíproca de comunicarnos aventuras infantiles y adolescentes, con las que nos deleitábamos. Pero fue al llegar al tema de las mujeres cuando nuestros sentidos comenzaron a despertar: O'Leary tiene un verdadero don para las mujeres, algo que a ellas les encanta, y yo no sabría precisar qué: desenvoltura, arrojo, elegancia. Y un detalle que gusta a todas: las hace reír, les sabe hacer pasar el rato con cuentos y anécdotas graciosos. Eso es lo que aman más las mujeres después de la pasión: la risa, el humor que contagia la alegría del espíritu humano, que es la cosa más preciada. Si la miramos bien, la existencia mortal es algo triste, llena de enfermedades, males, tristezas y decepciones; cuando no de trabajo, de afán, de desgaste. La vida, vista en frío, es sólo un mal rato; pero a ese mal rato, podemos hacerlo motivo de celebración y de las cosas de todos los días una fiesta, porque el sólo hecho de existir es como un milagro; ese no saber de dónde venimos ni hacia dónde vamos; eso de nacer y llevar a la muerte consigo como una piel o una sombra que nos arropa es algo en verdad extraño; ¿Por qué nuestros cuerpos siendo tan similares se diferencian tanto unos de otros? Y eso de tener algo animado, con voz, vista, oídos,

es obvio, ya lo damos por hecho, así como así, pero en verdad es algo bien inquietante. También da qué pensar ese asunto del tiempo, esa predeterminación de nacer en un preciso lapso de esa cosa amorfa que transcurre y que nos produce canas, enfermedades y nos va debilitando hasta humillarnos, llamado el tiempo, al que hemos tenido que dividir en épocas y en eras y a todo eso denominarlo historia, para que todos esos acontecimientos no puedan borrarse de la memoria de los hombres futuros, y esos hombres aprendan de lo bueno y lo malo, de los errores y los aciertos. Ese sería el significado de la historia. Pero ello es solamente aquí, eso no incluye al significado cósmico de este planeta, que no le corresponde sólo al género humano, donde éste convive con elementos, animales y plantas en un sentido no siempre armonioso. Todo esto flotando en una esfera en medio del espacio, una esfera animada por eso que llamamos vida, ¿será eterno? Lo dudo. Venimos de las estrellas y hacia ellas vamos, ineludiblemente. Y el hombre se las arreglará para dejar escrita la memoria terrestre en alguna parte del universo, de eso sí estoy seguro.

Yo lo sabía: apenas comienzo a especular sobre esos pequeños detalles, me pierdo. Yo sólo quería hablar sobre mi amistad con el general O'Leary, y de algunas escapadas que dimos por Quito y Guayaquil. Una noche salimos a pasear por las calles de Guayaquil, por un bulevar cerca del mar donde la brisa era fresca y había mesitas llenas de gente y de muchachas. Daniel Florencio me animó a acercarme con él a una donde era notoria la belleza de las mujeres allí sentadas, que se reían con malicia, mientras se abanicaban.

—¿Nos permiten acompañarlas? —preguntó O'Leary, mientras se hacía lugar en la mesa, sin esperar la aprobación de ellas.

Se puso a hablar O'Leary de cosas banales primero, y luego fue al grano directamente, invitándolas a dos de ellas a culminar por ahí fuera del grupo. Por supuesto, yo le apoyaba, aunque mi timidez era visible. Yo ya me había fijado en una de ellas, de bello cuerpo y grandes ojos. Su mirada me correspondía, y lo que menos deseaba era que ella me identificara con el general Sucre, deseaba que se fijara en mí como hombre. Me le fui acercando y rocé eventualmente sus brazos; ella me dio la confianza suficiente

como para entrar en un contacto más cercano; entonces nos desprendimos del grupo y nos fuimos hacia un farallón de escasa altura que había cerca del bulevar; allí le dije cosas tiernas y ella se sonrojó, pero su rubor era atrevido, me hablaba con un erotismo del que no había estado cerca desde hacía mucho tiempo. Entonces le besé la mano y ella se acercó aún más, y entonces la besé, la besé en los labios y ella abrió la boca y me ofreció su lengua que sabía a fruta. Quedamos como mareados por un rato ella y yo.

—Creo que debemos regresar con el grupo —dijo ella.

—Tenemos que vernos otra vez —afirmé yo.

—Vivo cerca de aquí, en ese barrio —recalcó ella señalando hacia un conjunto de hermosas casas coloniales. Si gusta, nos vemos aquí pasado mañana a la misma hora.

Nos acercamos de nuevo a la mesa, donde el general O'Leary hacía de las suyas, hablando con un grupo de cuatro a la vez, pero teniendo asida por la mano a una de ellas, la más esbelta y hermosa. Al llegar nosotros, todos se levantaron.

—No queremos interrumpir, continúen —dije yo.

—Se nos hace tarde —dijo la que acompañaba a O'Leary—. Ha sido un placer platicar con vosotros. Se despidieron, y nosotros besamos las manos de todas.

—¿Cómo te fue en el paseíto? —me preguntó Daniel Florencio, con picardía.

—A mí muy bien, es una mujer divina, creo que voy a verla de nuevo. ¡Pero por Dios, ni siquiera sé cómo se llama! —respondí.

—Eso no importa. Ya se dieron cita. Guayaquil a veces nos sorprende con sus mujeres. Para mí son más bellas las de aquí que las de Quito —afirmó—. La verdad, me impresionaba mucho con este tipo de juicios de especialista. Después agregó:

—Mira, Antonio José, esa a quien le pusiste el ojo es nada menos que Pepita Gainza, una de las mujeres más hermosas de Guayaquil, y creo que te ha reconocido.

—Eso era precisamente lo que no quería.

—Aquí todo el mundo te conoce ya, eso no lo puedes evitar.

—A veces se cansa uno de ser militar.

—El ayuntamiento prepara un baile en grande para ti. A lo mejor viene Pepita Gainza al baile —dijo O'Leary.

Yo acudí a la cita con ella dos días después, y ella no apareció. Cosa que, lejos de disgustarme, más bien me excitó. En esos días salí con O'Leary y otros oficiales a esparcirnos un poco por ahí, aprovechando que el clima político estaba un poco calmado. Tuve algún descanso.

Después se anunció el asunto del baile en mi honor, cuestión que me fastidiaba. Las mejores familias de Guayaquil fueron invitadas; éstas tenían apellidos como Elizalde, Lavayen, Roldán, Tola, Icaza… Oí de labios de un oficial que auscultaba la fiesta con ojos de fauno y se preguntaba por la hermosura de Pepita Gainza y Rocafuerte, bromeando sobre si era posible que hubiesen olvidado invitar a esta familia española. Me había mentido otra vez Pepita, al decirme que vivía en aquel barrio pobre cerca del bulevar. Vivía en una mansión, casi una fortaleza. Ella escondía, como yo, su verdadero estatus, y eso me gustaba.

—Habrá que hacer un milagro para que venga a la fiesta Pepita Gainza —terminó de decir aquel oficial—. Pero aquí no tenemos al santo.

«Pues sí que lo hay: yo soy ese santo», me dije para mí mismo. Y entonces elegí a mis edecanes más elegantes para que me acompañasen a la mansión de la familia Gainza.

Al llegar allá, salió la madre de la niña disculpándose, diciendo que su marido se hallaba quebrantado de salud y que ellas debían acompañarlo, pero que si su hija quería ir un rato ella no iba a oponerse, y cosas por el estilo. Lo cierto es que la dejó venir con nosotros más por deber social, aunque en el fondo se vio muy honrada de que mi persona se hubiese trasladado allí.

Pepita Gainza tenía sólo dieciséis años. Muy viva y arrojada, encanta con sus ojos moros y con su voz que no pronuncia las eses. No viste con los colores patrióticos ni luce emblemas de nosotros, ni tiene por qué hacerlo, digo. Pero tiene un busto perfecto, unos senos preciosos y un pie pequeño. Es coqueta, maliciosa, sabe mover su abanico y tiende celajes con la mirada. Ya no resisto más y la invito a bailar. A medida que se agita y sus manos están en las mías, siento que mi hombría se acrecienta. Estamos

en medio de una contradanza y el baile debe desarrollarse con el mejor equilibrio; en cada una de esas inclinaciones yo logro vislumbrar las delicias de sus senos, y a medida que puedo tomarla de la mano lo hago con más firmeza, para que ella sienta todo mi ardor, y al compás de la danza continuamos hasta que una de mis medallas queda prendida de su blusa, cerca de su escote. Ella se ruboriza por el percance, y yo me le adelanto:

—Eso quiere decir, Pepita, que mis glorias te pertenecen.

A lo que ella me responde:

—Encantada, general, me haré digna de merecerlas.

Fue esa una noche afortunada. La acompañé a su casa, y en el trayecto nos besamos.

En los días subsiguientes nos amamos apasionadamente. Disfruté de su cuerpo andaluz, de sus ojos y de sus caricias ardientes. Fue una de las mujeres que más satisfacciones me dieron en la cama de todas las que recuerdo. Además, yo fui quien la desfloró, y el haber roto aquel himen es uno de los recuerdos eróticos que mejor me acompañan. Y no sólo por aquellos días hicimos el amor. Ella siempre se las arreglaba para precisarme y ya tenía todo preparado para que nos amáramos en lechos salvajes, en graneros, en las arenas de la playa por las noches. Todo aquello fue delicioso.

Pero después de este amor con Pepita, fueron muchos los corazones que esta bella mujer cautivó. Entre los que me fue dado saber, estaban los del general Bartolomé Salom, y los del general inglés Illingworth —con quien terminó por casarse Pepita—, con Daniel Florencio, y este irlandés, que es como un Don Juan, no cesaba de ponerse a los pies de los encantos de Pepita. Recuerdo sus palabras en aquella carta: «Oh, no sé cómo no me embriagué brindando por los bellos ojos de Pepita. ¡Me hubiera envenenado de placer por ello!»

Lo cierto es que un sinfín de historias falsas se tejieron en torno a este amor mío con la belleza de Guayaquil, pero el incidente que más me dolió fue uno precisamente inventado por O'Leary, pues de seguidas de la frase del envenenamiento, me escribe: «Un amigo de usted me ha informado que usted le había dicho que yo confesé a usted que ella me quería y que por ese motivo olvidó

todo pensamiento que antes podía haber tenido de casarse con ella. Estoy persuadido de que usted no puede haber dicho tal cosa, porque una mentira no puede tener origen en Sucre.» Y yo no vacilé en responderle así: «¿Qué diré a usted para mis queridas amigas? Le daré a usted facultades hasta para ofrecer mi corazón si usted gusta, porque sé que usted lo pondrá en buenas manos o lo cambiará por otro tan sensible como el mío y tan consecuente como yo deseo. Esta comisión para usted es excelente porque podrá usted usar de ella como convenga a sus pretensiones y a mis intenciones, pues estando mezclado usted será más generosas que amorosas, y no estándolo, serán lo contrario. A las amigas les hará usted una visita a mi nombre».

Otros han dicho que yo flaqueé en no casarme con Pepita debido a que la consideraba socialmente inferior a Mariana Carcelén, Marquesa de Solanda. Esto no es cierto; Pepita Gainza y Rocafuerte es hija de Gabino Gainza, Capitán General de Guatemala y Brigadier de los Reales Ejércitos; su madre, María Manuela de Rocafuerte, proviene de una de las familias más acomodadas del Guayas.

Pero la verdad es que el incidente con O'Leary motivó mi distancia miento de ella. No puedo decir si con ella habría sido más feliz que con Mariana Carcelén, con la que no pude disfrutar como hubiese querido. El carácter de la Marquesa de Solanda era menos voluptuoso y más inflexible. A mí me gustó siempre más la ciudad del río Guayas, su cercanía del mar que me retrotraía a los recuerdos de mi infancia en Cumaná. El Guayas me recuerda por alguna razón al Manzanares, y no sé… el carácter de las gentes es distinto en el mar que en las montañas. Sé que el proyecto político andino era el más importante en el momento de completar la gesta de la independencia americana, pero en lo que se refiere a calidad anímica yo me quedo con aquellas geografías que beben directamente de los mares.

Aún mis amores con Mariana Carcelén no terminan de cuajar, esa es la verdad. Y ni siquiera he tenido una respuesta concreta por parte de Bolívar para orientarme en este asunto, para dejar zanjado mi compromiso con esta dama.

Mi espíritu busca nuevamente aquí en Guayaquil la cercanía de una mujer, pero sólo logra toparse con el recuerdo de Tomasa Bravo, una mujer del pueblo, fuerte, brava como su apellido y de un erotismo muy especial, que me habría hecho muy feliz si me hubiese dado un hijo varón. Salió preñada, y yo me hacía ilusiones con ese muchacho, al que pensaba nombrar Simón en honor a mi padre espiritual Simón Bolívar, quien tampoco vio coronados sus deseos de tener un hijo varón. Yo sé que él de alguna manera proyectó en mí esos deseos, viéndome como a un hijo. Pero tampoco yo tuve suerte, y de Tomasa Bravo nació una niña, a quien di el nombre de Simona. Nació en 1822 en Guayaquil, y yo no tuve sino contactos eventuales con su madre después de su nacimiento. Apenas había cumplido la niña cuatro años, cuando recibí la infausta noticia de la muerte de su madre, la noble Tomasa. Después, no sabiendo en manos de quien había quedado la niña, escribí a un amigo mío, el Coronel Aguirre, para que llevara a Simona a Quito y la pusiera en una casa en que la criaran y educaran con mucha delicadeza y decencia, le enseñaran cuanto se pueda a una niña y la hicieran tratar bien. Angelita Elizalde, hermana del padrino de Simoncita, tenía noticias sobre el paradero de la niña, y Angelita, amiga mía fue siempre una dama distinguida y responsable, que seguro hizo cuidar de ella.

Tomasa Bravo no fue ninguna mojigata ni una sufrida. Era una mujer alegre, muy conocida en Guayaquil, incluso hasta coqueta. A menudo hacía chistes y era muy escandalosa cuando yo le estaba haciendo el amor, daba gritos placenteros y esto me ponía muy nervioso. A mí me puso el ojo yo no le costó mucho conquistarme con su carácter jovial y su sentido del humor. Pocas veces estuve con ella. Y quién iba a decirlo: fue ella la única que pudo darme una hija hembra.

Una vez Tomasa se cayó y se hizo una herida en la pierna, y no cuidó bien de que aquella herida sanara. Entonces la herida infectó y le produjo la muerte.

Yo me hice responsable siempre de todos los gastos que pudiese ocasionar la niña, pero la verdad es que nunca más supe de ella. El sólo pensar en la pequeña me atormentaba. Unos decían que se había vuelto loca, otros que se había metido a monja y

estaba en un convento; los demás que se había ido a otro país con un soldado. Yo nunca supe la verdad.

Y vuelven a mí las imágenes de Chuquisaca, como si me encontrara en medio de un gran teatro. Me acuerdo, por ejemplo, del homenaje que me fue ofrecido en esta ciudad por parte de las mujeres bolivianas, tan dadas a la política y tan metidas en la contienda. Aquello fue en el Cabildo de Chuquisaca, donde se había erigido sobre una plataforma un templo de imitación jónica con seis columnas y cúpula. En el fondo de todo se veía un retrato mío en marco de plata, al que hacían cortejo seis niñas vestidas de blanco con bandas rojas. Ahí me presentaron palmas, guirnaldas de laurel y olivos y un corazón trabajado en briscado, y otros emblemas de gloria, triunfo y paz. Todo ello me conducía hacia la catedral, a oír un Tedéum. Pero lo más impresionante fue que, al volver a Palacio se desprendió, del arco que decoraba la puerta, una nube. Del interior de aquella forma algodonosa surgió una niñita, que desde los aires me saludaba, y yo no sabía cómo podía sostenerse allí. Después comenzaron a sonar las campanas, y yo me sentía como representando una obra de teatro. Y por todo esto me sentí mal, pues lo que comenzó por ser un sincero homenaje terminó convirtiéndose en una farsa ridícula. Y yo no tuve más salida que aceptarla, pues se trataba de un homenaje oficial. Pero lo más pintoresco fue la imaginación popular y, sobre todo, las innumerables mujeres que adornaban toda aquella fiesta. Para donde yo miraba, ahí estaba una belleza que me sonreía. Me provocaba a ratos bajarme del caballo, irme con alguna de ellas y perderme como en una aventura caballeresca.

Pero el incidente más curioso de cuantos me ocurrieron en Bolivia está el de aquella monja de Santa Mónica, llamada Sor Martina. La conocí por una graciosa casualidad. Había una acalorada discusión sobre la exclaustración de los frailes que voluntariamente lo quisieran, y el proyecto se ganó. Pero a petición del Gobierno se pasó a una comisión para que lo redactase en términos favorables a la autoridad eclesiástica. Se hizo así; se presentó la nueva redacción. Un diputado pidió sencillamente que se le explicara si la palabra «regulares» comprendía a uno y otro sexo. Se entró en una breve discusión y se decidió por bastante mayoría que

sí. El Ministro dijo que en tal caso la ley redactada era muy distinta, y en consecuencia volvió a la Comisión. El resultado más gracioso es que las monjas están contentísimas de esto. La más agradecida de ellas fue esta Monja llamada Sor Martina, quien se ha dirigido a mí en términos de un agradecimiento que no creo merecer. Un día fue a verme en persona, y yo la recibí abierta y atentamente. Era una mujer joven, y de no haber estado vestida con atuendo de monja, de veras hubiese revelado su gracia y su belleza. Se le notaba sensualidad en la boca y de los ojos le salían como llamaradas apasionadas, que quedaban a ratos atenuadas por su misticismo. Esta mujer llegó a idealizarme de una manera patológica. De una extrema tristeza esa monja pasó, al conocerme, a una súbita alegría. Me enviaba misivas amorosas, me confundía con el propio Cristo. En una de estas misivas me escribió: «Después de mi agradecimiento, paso a suplicarle si será posible que, estando mi corazón lleno de júbilo y con la dulzura en el pecho, llegue a tener el acíbar en los labios, para una exigente despedida, ¿sin verme? Y si así es el caso, llenaré con lágrimas los pavimentos de mis coros.» Dicha sea la verdad, no había leído yo una expresión tan hermosa como ésta, que me recuerda a los grandes instantes místicos de Sor Juana Inés de la Cruz.

Pero es que en Bolivia se desató por esos años de 1826 y 1827 una verdadera fiebre matrimonial. Era una epidemia que estaba causando estragos en las fuerzas auxiliares de Colombia. Aunque por un lado tal epidemia auspiciaba el incremento de la población en Bolivia, por otro lado favorecía la ausencia de oficiales en práctica dentro de las fuerzas armadas. Por tal razón debí dar una licencia tras otra a coroneles, edecanes y hasta a escuadrones completos. Pareciera que las mujeres bolivianas se han puesto de acuerdo para atrapar a todos los militares, y no dejar ni a uno solo soltero. Se fue generando una especie de reacción en cadena, una especie de enfermedad erótica que por otra parte yo justifico, pues yo mismo siento los embates de Cupido sobre mi virilidad, y sólo con el calor de una mujer puede estar uno acompañado; compartir con ella las noches frías es el recurso más amable con el que podamos contar los hombres en las horas de la soledad.

Pero lo cierto es que tuve que solicitar al mismo Bolívar que me enviase oficiales subalternos para los Cuerpos, que ya estaban quedándose solos, y había ya muy pocos sargentos y aspirantes a qué ascender. Llegó un momento que en Bolivia quedaban solamente doce oficiales colombianos, que ya se estaban casando, y están como de baja. Por otro lado, hay tantos oficiales sin destino preciso, que hube de concederles licencias, para ligar las familias de aquí con las de los colombianos. En esos días hasta mi Secretario, Geraldino, se ha casado, así como mi edecán, Molina. Yo me sentía molesto por estas actitudes en masa y lo reclamé en privado a cada uno de ellos, pero las bolivianas no cesaban de organizar bailes, banquetes y recepciones diplomáticas, con tal de atrapar a los hombres y de comprometerles. Nunca vi una estrategia amorosa tan bien armada.

Hay un episodio que por muchos motivos resulta ilustrativo de esta epidemia amorosa, que alcanzó incluso a los conventos. En el ya nombrado convento de Santa Mónica donde estaba Sor Martina, se encontraba otra monja, llamada Isabel. Era hija de uno de los más famosos políticos de los Andes, que, en un momento de venirse a menos económicamente, apeló a los recursos de un comerciante, de un hombre muy rico. Como no tenía qué dejarle en garantía, le prometió la mano de su hija Isabel. Ella, al saber el acuerdo, reaccionó disgustada, y se negó en todo momento a casarse con el viejo ricachón, muy pobre en capacidades intelectuales y espirituales. Entonces el padre reaccionó ante la negativa de su hija recluyéndola en aquel convento, en el Monasterio de Santa Mónica. Pasó el tiempo.

Un día fui invitado a este convento a asistir a una ceremonia religiosa. Fui acompañado de un gran séquito de oficiales colombianos y de civiles. Entre los militares estaba el General Alvear, Ministro Plenipotenciario de las Provincias del Plata, que había trabajado con el General San Martín en la revolución argentina y cumplido misiones de Ministro en Inglaterra y Estados Unidos.

Pues bien, llegamos a la monumental iglesia, donde cantaba un impresionante coro. Entre las integrantes de ese coro estaba doña Isabel, la monja hija del comerciante ricachón. Destacaba ahí por su bella voz. En cuanto el general Alvear oyó aquella

magnífica voz, quedó como suspendido en medio de un encantamiento. Al instante perdió los estribos y saltó como loco hacia donde estaba la monja, y sin hacer caso de las otras personas, se acercó a Isabel y le dijo:

—¡Cantas como un ángel!

Desde ese día se oyó al general Alvear comentar a más de uno acerca de la belleza de Isabel, pues parece que ella le retribuyó aquel cumplido. Alvear, en vez de ocuparse de la Comisión que tenía, sedujo a esta monja… Por la noche escaló el Convento, auxiliado por el hijo de Díaz Vélez, y se introdujo en el aposento de Isabel. Al amanecer lo supo la Superiora, echó la llave a la celda y dio aviso al Gobernador del Arzobispado. Este me dio a mí aviso y yo esperé, por prudencia, que cayera la noche para sacar a Alvear, ayudado por el Gobernador eclesiástico. Impedí así que se armara un alboroto mayor, pues el chisme ya corría por la ciudad, y no hubo títere en Chuquisaca que no estuviese enterado del hecho.

Y todo esto tuvo consecuencias aún más funestas en el temperamento de Isabel, quien, en medio de crispantes sollozos, se fue sumiendo en la melancolía y murió, literalmente, de amor. Ya no se oyeron más su dulce voz ni el tañido de su vihuela.

Y así fueron ocurriendo estas cosas del amor, algunas de las cuales rozaban los terrenos de la fábula. No faltó quien inventara ficciones en torno a mí, como que yo me daba cita en un caserío llamado Nucchu con una mujer misteriosa, que me aguardaba en un bosque. Decían las versiones de la imaginación popular que yo iba a visitarle por las tardes en aquel recóndito lugar, y que allí nos amábamos cerca del río Cachimayo en Bolivia. Pese a no ser esto cierto, es tan bello el invento que yo prefiero que crean que es verdad, pues esos mitos lo hacen vivir a uno en una especie de limbo inmortal, donde mora la poesía. No soy muy dado a divagaciones poéticas, pero estamos en un tiempo romántico, teñido por la subjetividad y vuelo del espíritu.

A mí no me faltaron mujeres que me tentaran; no era yo el único que iba a escapar de esta fiebre amorosa que se desató en Bolivia por estos tiempos. Conocí a una mujer de nombre Rosalía Cortés, con quien sostuve algunas relaciones frugales; de estas

relaciones surgió mi primer hijo varón, un hijo natural, quien fue bautizado por su madre como José María. Nunca estuve completamente seguro de si este niño era mío, por lo cual no lo reconocí legalmente, aunque la madre insistía en que sí lo era. Pero yo nunca llegué a tener claro este asunto.

Capítulo IX
Hostilidades contra Bolívar. Alzamientos en Perú

Mientras estas cosas ocurren en Bolivia, en Venezuela la situación es muy diferente. Allá está mandando José Antonio Páez, y lo está haciendo de modo atrabiliario. Páez llegó a alistar unas tropas por solicitud de Bogotá, por lo cual es llamado ante el Senado y destituido de su cargo. Pero en Caracas y Valencia hay manifestaciones que apoyan su gestión y se alza con el mando civil y militar de la nación, desconociendo el poder central de Bogotá. Se separa legalmente Venezuela de la Gran Colombia al reconocer la jefatura de Páez. La reacción fue entonces convocar un nuevo Congreso Constituyente para enero del año 1827.

El centralismo de Bogotá es una cosa seria, ya para este año de 1827 desde esta ciudad se restringen los poderes militares aquí en Bolivia, pese a que Bolívar ha reconocido plenamente a esta República, y desde el Perú y ha enviado el proyecto de constitución para ella. Santander ha llamado a Bolívar desde Bogotá para clarificar nuevas situaciones que comienzan a aparecer. Precisamente, se acaba de sublevar el regimiento de caballería Granaderos de Colombia, y he tenido que enfrentar este alzamiento, donde por fortuna hemos salido airosos.

Para completar el cuadro, en el Perú, los nuevos gobernantes, generales Santa Cruz y Gamarra, han iniciado sus hostilidades con Bolivia y con el Libertador. Es increíble cómo estos desacuerdos empiezan a condicionar un clima negativo para todo. Las noticias que vienen en el correo no hacen sino constatar que esta pobre América va a ser presa de todos los desórdenes. El Libertador se marchará fuera probablemente, y Colombia,

despedazada al momento, existirá pronto entre miserables secciones, que a su turno serán desmoronadas en muy pequeñas partes. Veo un aciago porvenir a mi desgraciada patria, y para completar la tristeza de mis ideas, observo que el general Santander se ha dejado afectar por un sentimiento local, pernicioso a la República, y descubro que también el Libertador está tocado del mismo mal. Pero he tenido un placer positivo al saber que en medio de los disgustos que le dan a Bolívar los sucesos del Perú y las noticias de Colombia, le sean agradables las que le van de Bolivia, ¡Quisiera Dios darme un poquito del espíritu creador y conservador de esta tierra fueran satisfactorias! Ciertamente que sería de sumo bien para mí corresponder al concepto que Bolívar me favoreció al encargarme el gobierno de Bolivia, y a estos pueblos la inmensa confianza con que me entregan su dirección. Este país se mantiene en la más profunda tranquilidad, y a las investigaciones que secretamente he mandado hacer de la opinión pública en todos los Departamentos, me responden que todo el país está contento y unido al gobierno; en cuanto a Buenos Aires no tengo cuidado, porque aunque el país continúe en desorden, aquí están tan persuadidos que no se arregla, que nada influirá cuanto suceda allí. Además, hay una enemistad radicada y se ha justificado más ahora.

En lo que se refiere a Venezuela, Bolívar cree que las cosas allí no están mal después de todo. El general Páez ha mandado a buscar a Bolívar con Ibarra y Urbaneja, y que no hará mientras Bolívar no llegue. Nuestra causa no se desacreditará con una asonada que no nos haría gran daño. Cualquier ventaja que luego sacare Venezuela de una alteración, no compensaría el mal que harían sus autores a la causa de América. En fin, con el viaje de Bolívar, yo quedaría tranquilo en cuanto a los negocios de Colombia.

¿Pero, el Perú? No veo que él lleve una buena marcha al ausentarse Bolívar: todo, todo, mientras más lo considero, me persuade que habrá trastornos y bullas. Muchos pensadores lo pronostican y yo lo creo. De Arequipa han escrito algunos que iban a poner sus cosas corrientes para venirse a Bolivia a la menor novedad; y estos pobres sufren un engaño, porque Bolivia será arrastrada en el trastorno y los desórdenes, aunque un poco más

tarde. Yo no sé qué pueda precaverla de un lado el Perú si se embrolla, y de otro Buenos Aires embrollada y con designios pérfidos contra este país, enviando agentes, etc., que envolverán a Bolivia en los males. La anarquía es un contagio.

En el Perú se descubren, por otra parte, abiertas pretensiones de separarse Arequipa del sistema central del Gobierno, y proclamarse en una federación de Departamentos. A este sistema de federación no lo creo en ninguna cabeza organizada ni de los más exaltados por un espíritu local. Tal sistema en nuestros países equivale a la sanción de la anarquía, y sería peor la ley que entregar el Perú al despojo y a la rapacidad de los aspiradores. Se sabe hasta la evidencia que, además de los anarquistas que tienen por naturaleza todos los países, poseen además el Alto y el Bajo Perú, unos enemigos jurados fronterizos del Sur, que agarrarán la menor ocasión para devastar estos pueblos, satisfacer su venganza y ponerlos al pillaje. Tal es la moral de dichos enemigos, y todos la conocen hasta la evidencia.

El Perú y Bolivia deben marchar en su sistema de gobierno como están hasta hoy, sin que se haga en nada la más leve alteración hasta esperar la conducta del Congreso Peruano, que ha de reunirse a fines del año que viene. Así se lo he expresado en una carta al General Antonio de la Fuente. Le he dicho que el Perú empieza apenas a tener un sistema, y si se altera al mismo nacer, sucederá lo mismo a otro que se entable sin bases, y la consecuencia es que se envolvería en más espantosas desgracias que la República Argentina. Por lo contrario, debemos fijar un sistema sólido. Si todos los que tenemos interés en salir gloriosamente de la revolución no nos unimos a este objeto, obtendremos execraciones de los pueblos en lugar de las bendiciones de la posteridad. Si yo me redujera a pensar como colombiano, en sólo mi país, me excusaría de inmensos disgustos y opinaría de otro modo; pero en mis procederes debo siempre tener presente que soy americano.

Siempre he sido de temperamento optimista. Pero hay que ser ciego para no advertir que los asuntos han comenzado a embrollarse todos al mismo tiempo. En Perú el Comandante José Bustamante, jefe del Estado Mayor y neogranadino, se alzó e hizo expulsar a los generales Sandes y Jacinto Lara y a otros

oficiales de Colombia, para terminar de una vez por todas con la Constitución que Bolívar había hecho. Esto me ha puesto de un humor de perro y ha terminado por recrudecer mis dolencias físicas, que no son pocas. Se nos ha dicho, incluso, que del Perú han salido tropas para insurreccionar a Bolivia, un país que va bien ahora. Esta noticia ha terminado por alegrar al general Santander en Bogotá, donde dicen que estuvo celebrando la noticia públicamente. Ya no hay dudas de que este Santander está abiertamente en contra de Bolívar. Con su nobleza, Bolívar acababa de estar en Caracas tratando de apagar otras insurrecciones y hasta le entregó simbólicamente su espada a Páez en gesto de unión.

Precisamente a él a Páez, que no había hecho sino desmembrar al país con sus actitudes incoherentes.

Y es que los traidores no cesan: el general Gamarra espera en Puno los resultados de la acción para perjudicar a Bolivia. Y ahora también el coronel Pedro Blanco, boliviano, llegó con sus batallones hasta Nucho —la región donde se fabula de mis amores con una misteriosa dama—. Blanco debía informar a Gamarra de sus acciones contra mí, y yo me pregunté por qué tanto odio de Gamarra y la respuesta es que no le mencioné en el parte de guerra de la Batalla de Ayacucho, pues hubo otros generales que tuvieron una acción muchísimo más destacada que la suya.

Al fin se me presentó Blanco y lo encaré: le dije traidor, y se quedó totalmente mudo y pálido. Le dije que su nombre sería una mancha. Yo no tenía hombres, y él venía acompañado de otros peruanos traidores, que me hicieron preso y me trataron de la manera más brutal, ni siquiera teniendo en cuenta que yo andaba todavía recuperándome de unas heridas en el brazo. Pedro Blanco había sido ascendido por otro sátrapa, el general Gamarra, de coronel a general.

El asunto de la herida en mi brazo es otra historia. Ello sucedió al sublevarse la primera compañía de Granaderos a caballo, movida por el dinero. Ella formaba la guarnición de la ciudad y al comenzar a moverse yo creí poder detenerla yéndomele encima, pero me contuvieron a balazos y me hirieron en el brazo derecho. Se amotinaron y se apoderaron los facciosos de la tropa

y empezaron a dar voces de revolución popular, proponiendo desconocer al Gobierno. Las gentes se opusieron a esto, pero ellos no hicieron caso hasta pusieron preso al Ministro de Interior. A mí me llevaron a una casa cerca del cuartel, mientras se encargaban de comprar licor para emborrachar a los indios y darles dinero, haciéndoles creer que había llegado una revolución o algo parecido. Hasta que el general López vino con cien hombres desde Potosí y puso preparo a la situación. Los falsos revolucionarios hicieron resistencia, pero no pudieron con los hombres de López; entonces se dispersaron por las inmediaciones de Chuquisaca. Así las autoridades pudieron retornar a sus puestos, mientras llegaban de Oruro y Potosí más de trescientos hombres de tropa, los cuales vinieron a rescatarme, poniendo las leyes en resguardo, tomaron las armas y restablecieron el orden. El coronel Blanco había venido en esa ocasión desde la frontera de Potosí hasta aquí, pero al enterarse de que todo estaba en calma, el muy ladino lo que hizo fue enviarme una carta hipócrita, donde expresaba su indignación contra los sublevados, escrita con una fineza extraña, artificial. Ya desde ahí se le veía que estaba en los caminos de la traición. Otra de las grandes sorpresas de todo este mal rato fue el doctor Olañeta: principal motor y consejero de esta caterva de malvados. Cuando yo dirigí mi último mensaje al Congreso de Bolivia, Olañeta, al concluir mi intervención, llegó al colmo de buscar auditorio en un salón del Congreso, y ahí empezó a hablar pestes de los colombianos, acusándome a mí y a Bolívar de herejes, diciendo que renegábamos de la gente devota y llamándonos perseguidores de clérigos. Buscaba, con esto, chantajear a la gente con la fe y ganar adeptos ciegos, apelando a la ignorancia y la humildad de las personas. Ahí mismo fue cuando, seguido de algunos beatos, levantó un acta y nombró comandante de esta ridícula revuelta al fulano coronel Pedro Blanco, quien desde entonces se creyó investido de poder revolucionario. Por suerte, la situación se controló y los batallones marcharon a sus lugares de origen.

De este desafortunado acontecimiento me quedó como espantoso recuerdo un brazo roto, un brazo derecho tan estropeado que requirió de tres meses para sanar. Llevé como señal de ingratitud y memoria de hombres traidores aquel brazo partido,

cuando hasta en la Guerra de la Independencia pude salir ileso de peores heridas.

Pero hay otros recuerdos que compensan este asunto del brazo, y fue cuando las bellas señoras de Chuquisaca me protegieron. La principal de estas señoras fue María Josefa Linares, también conocida como la Condesa de Lizarazu, y una amiga suya, Enriqueta Peña.

Al producirse el saqueo del Palacio de Gobierno por la turba de falsos revolucionarios, las fieles mujeres idearon sacarme de la población para evitar que me hicieran más daño, pues ya estaba herido del brazo. Pero no pudieron; así que me ocultaron en la casa de la familia Arana, una familia amiga. Me condujeron con cuidado por unos pasadizos de Palacio que daban a la Catedral, y desde aquí al Colegio Seminario. Pero por azar de chisme la esposa de Olañeta, María Santisteban, se enteró y se lo dijo a su marido. Entonces enviaron a unos indios borrachos a perseguirme, con la intención de que incluso pudieran matarme. Uno de estos cholos entró haciendo eses donde yo me encontraba, pero no podía ni con su alma; yo le amenacé con lo primero que tuve a la mano —un frasco de medicinas— y él huyó.

Estas señoras y amigos montaron una suerte de guardia familiar alrededor y hasta debajo de la cama donde dormía. Detrás de las cortinas de la habitación esperaban armados la aparición de algún nuevo intruso. Hasta un sacerdote estuvo, bajo órdenes, vigilándome en la cama. Y la condesa Lizarazu siempre venía a ver cómo seguía. En una ocasión en que yo yacía semidormido, ella se me acercó y acarició mi frente; estuvo tan cerca que sentí el aroma saliendo de su piel, de sus pechos y de sus cabellos. Ante este perfume turbador, yo me hice el dormido para seguir disfrutándolo, y en medio de la fiebre estuve a punto de pedirle me acompañara en la cama, pero recordé al cura escondido abajo. Al rato sentí a la condesa metiendo las manos bajo mis almohadas, revolviendo algo, y no podía deducir qué se proponía. Acarició mi frente de nuevo y se retiró, dejándome rodeado de aquel aroma y de aquella caricia, una mezcla de voluptuosidad con maternidad. Comprobé por el rabillo del ojo que ya se había ido y enseguida me dispuse a buscar bajo las almohadas, y

descubrí un escapulario y un revólver. Pero el revólver tenía un detalle especial, un banderín perfumado que decía: «Le dejo dos reliquias cargadas de indulgencias. El detente es milagroso, y él le salvará». Por suerte no llegó nadie a perturbar mi descanso en aquella habitación, y el momento de aquel delicado detalle no podrá nunca borrarse de mi recuerdo.

Decisivas en mi recuperación fueron aquellas damas chuquisaqueñas, y por supuesto la acción de mis amigos, entre ellos la del coronel Francisco López, prefecto de Potosí, quien al saber del atentado atacó a Chuquisaca con sólo ochenta hombres y tomó la población.

Atrapó a casi todos los rebeldes, yo le ascendí a General inmediatamente. Olañeta huyó rápido a Potosí, y lo más seguro es que el nuevo general López lo busque hasta encontrarlo y fusilarlo. Pero a mí aún me dio lástima con Olañeta, y le escribí a un amigo allá para que le avisara. Gamarra, en cambio, sí se merece la muerte, pues ha hecho publicar en los periódicos que yo estoy en contra de los colombianos, haciéndome quedar como un usurpador del poder, cuando es lo contrario.

Ya estaba cansado. Le entregué el poder militar al Ministro de Guerra, el general José María Pérez, mientras que en la Presidencia Interina quedó nombrado el general Urdinacea. Lo único pendiente por hacer ahora era redactar mi discurso postrero, mi mensaje final al Congreso boliviano, haciéndole una relación pormenorizada de todo lo acontecido, y este ejercicio fatigoso era una de las pruebas mayores en el ejercicio de escribir. Mi brazo, mi pobre brazo despedazado, lleno de trozos de hueso que parecen ajenos, me impiden manipular bien la mano, pero en ningún momento pensar.

Capítulo X
La nueva guerra en Bolivia

Una de las cuestiones en que insistí se rechazara fue la absurda idea del Perú en usurpar y refundir Bolivia en aquella República. El asunto comenzó con la visita de una misión diplomática que llegó a esta capital en 1826, la cual, obteniendo una absoluta negativa, fue el origen de las diferencias con aquél Estado. Ya se había firmado un tratado de federación aprobado con algunas restricciones, y nunca recibió la ratificación del Ejecutivo, por considerarlo perjudicial a los intereses de la nación. Creyó el gobierno peruano que la negativa de la fusión era sólo mía, y manteniendo esperanzas de realizarla, puso en ejercicio la seducción, la intriga, y últimamente se aventuró a probar la fuerza. El comportamiento noble, generoso y heroico de La Paz, al entrar allí las tropas agresoras, distinguieron siempre a la República: las firmes repulsas de los pacíficos cochabambinos, en medio de las bayonetas enemigas: la conducta del departamento de Oruro: el desdén y el odio que les han manifestado los potosinos: el triste silencio con que le han recibido los propietarios y personas respetables de Chuquisaca; y la solemne, enérgica y patriótica protesta de los diputados al Congreso constitucional que se hallaban ya en esta ciudad, han convencido a los peruanos de que los hijos de Bolivia aman su independencia y que no caerán en los astutos ni secretos lazos que se les preparan. A pesar de que el coronel Blanco —que será recordado como uno de los máximos traidores de Bolivia— debilitó al ejército de un cuarto de sus fuerzas, el entusiasmo manifestado por nuestros soldados en esta ocasión suplió al número, y los campos de Oruro les ofrecieron el triunfo.

En lugar del combate se iniciaron negociaciones pacíficas en Paria con el general peruano: éste exigió condiciones ignominiosas, siempre rechazadas. No quedaba otro arbitrio sino librar a las armas la decisión; y cuando la República esperaba el resultado, vio con sorpresa destacar casi todo el ejército contra el jefe disidente situado en Chichas (distante más de cien leguas a retaguardia), con fatal y sospechosa medida: por una parte abandonó la mayor porción del territorio al enemigo; y el desaliento y la desmoralización se introdujeron no sólo en el ejército nacional, disminuido diariamente, sino también en los pueblos que, viéndose sin apoyo, desfallecían de su entusiasmo y se plegaban a las bayonetas de los invasores. Entretanto, nuevas negociaciones se estipulaban en Sorasora; y ellas habrían restablecido las cosas manejadas diestramente por el encargado de la administración de la República; pero sin saber por qué, éste repulsó enteramente las condiciones, y por tercera vez ofreció a los bolivianos la victoria. Después de los lamentables acontecimientos de Chuquisaca donde resulté herido, y a causa de estar recuperándome bajo los cuidados de amigos y amigas, no pude estar presente directamente en otras circunstancias, las cuales hube de recoger a través de informes. Y estando todavía encargado de la administración de la República, hube de esclarecer los misterios de aquella campaña envuelta en traición y cobardía y en la que, a pesar de las desgracias, los restos del ejército se han conservado sin mancha. Los pueblos se han pronunciado constantemente por la independencia.

Hasta aquí llega lo que podríamos llamar la parte más esperanzadora del esfuerzo mío y de los bolivianos. Después de todo resultaba reconfortante observar cómo un pueblo había reaccionado a las facciones traidoras y ambiciosas. Apenas deja uno el mando a otras personas aparentemente capaces para conducir el timón, sin ambiciones individuales, oficiales avalados por una carrera militar y cívica limpia, apenas se saben con poder, empiezan a ejercerlo de la manera más codiciosa. Es como si no perdonas en el trabajo creador de los otros, como si el resultado de una obra fuese objeto de envidia y no de reconocimiento.

Esto fue precisamente lo sucedido al pueblo boliviano. En tanto yo, viendo cómo los caminos de la independencia en Bolivia

estaban derechos y el pueblo pacífico y con ganas de trabajar, le confié el mando a un general que creí de confianza: el General Urdinidea.

Las cosas que informaré a continuación son el inicio de una cadena de acontecimientos tristes que comenzaron a producirse a partir de mi decisión de traspasarle el mando a Urdinidea, por saberle el más graduado de quienes estaban dentro de la República. Con algún crédito militar, era el llamado en las circunstancias: no tenía contra sí prevención de los propietarios y de la parte sana; había sido aclamado de los facciosos por su jefe, y a quien el gobierno peruano (por un documento que original existe en mi poder y que comprueba su moral y su política) había invitado a insurreccionarse contra la administración. Creí pues conciliar los partidos y las mismas pretensiones extrañas con esa elección. El consejo de ministros delegó en el presidente sus facultades, creando así un poder inconstitucional.

Por sanos y disculpables que hayan sido los deseos del consejo en su apurada situación, los actos de este poder inconstitucional son ilegales. Este general peruano, quien por primera vez vio en las armas grandes ventajas, apuró el uso de la fuerza, cometió violencia e impuso a Bolivia condiciones más fuertes y ofensivas que las de un conquistador. El mencionado general obligó a la representación nacional abrir sus sesiones y a deliberar bajo sus bayonetas, de esas bayonetas que han hecho esta tártara irrupción del norte de Bolivia, del mismo modo que los bárbaros del norte de Europa la hicieron en aquellos tiempos salvajes, y lo mismo han manifestado que su profesión es la alevosía, y sus derechos los de la fuerza. El otro pretexto de la invasión, el de salvar mi persona, es tan ridículo que no merece mencionarse, y mucho menos cuando su comportamiento conmigo, después de tantas protestas de respeto y de consideración es digno de sus principios, de su educación y su carrera, y menos decente del que podía esperar de un cosaco. El bien lo sabía: nunca estaba mi persona más segura y respetada que entre los pueblos de Bolivia. Sé que mi presencia en Bolivia resultó azarosa al Perú, que deseaba con este pretexto mantener aquí sus tropas. Pero este no es el motivo por el cual yo debí ausentarme de la República. Si las bayonetas

enemigas, continuando el uso del derecho bárbaro de la fuerza, nos obligan a traspasar vuestros deberes, apelo en nombre de la nación a los estados de América por la venganza, porque está en los intereses de todos destruir este derecho de intervención que se arrogó el Perú, y que envolvió a nuestro continente en nuevas guerras y calamidades espantosas. Apelé sobre todo al Libertador, aclamado por la República padre y protector de Bolivia para que, defendiéndola de sus enemigos, la dejara en libertad de reformar sus instituciones, si lo creía necesario.

Del Perú se ha dicho que los bolivianos están descontentos de la constitución; y esta voz, repetida por los agentes de allí entre nosotros, y apoyada por un muy pequeño número de individuos, hizo que algunos tímidos se plegaran a las pretensiones de fuera por deshacerla. Yo no he observado tal descontento de la nación, pero si lo hay, tocaba a ella y a los extranjeros el declararlo. De mi parte confesé que no era partidario de la constitución boliviana: en el papel le da estabilidad al gobierno, mientras en la práctica le quita los medios de hacerse respetar.

Y esto es lo más peligroso: reconocer reformas hechas en medio de bayonetas enemigas, y mucho menos las de un ejército que, poniendo su pie sobre Bolivia, le ofrecía con palabras vagas respetar su independencia, mientras abusaba escandalosamente de la fuerza para imponerle condiciones ominosas, y no pudiendo obtener la dominación, ha cifrado su política en dividir a nuestros ciudadanos y a nuestros militares, en introducirnos los gérmenes de la anarquía, en formar partidos y en mantener la discordia. La buena fe de los bolivianos está acechada con la lisonjera idea de agregar a la República los departamentos del Cuzco, Arequipa y Puno, halagándola con este engrandecimiento, por el mayor territorio y población y la mejora de sus puertos. Pero aquello no era verdad; sólo era una de las pretensiones de la misión diplomática de 1826, un progreso puramente retórico.

Pese a ellos, pese a todos sus esfuerzos por enemistarnos, debo contentarme con la situación educativa de Bolivia: los colegios quedan establecidos y marchan bien en todas las capitales de los departamentos, donde también se abrieron escuelas de enseñanza mutua que adelantan rápidamente. Las escuelas primarias

por el antiguo método se han multiplicados en las provincias y cantones. Para la enseñanza el gobierno dio un plan análogo a la ilustración del siglo. Los establecimientos de beneficencia se han aumentado. Las catedrales de la República se organizaron por tres decretos y las rentas de los monasterios. Se organizó la policía. La agricultura mejoró, luego de diez años de desolación, así como la minería. La explotación de metales excedió en un tercio sobre muchos años anteriores. El comercio recibió mejoras, y para protegerlo, el gobierno atendió con eficacia el tráfico por el puerto de Cobija cuyo establecimiento merece una atención especial del cuerpo legislativo, para que la República no sufra, en las internaciones de efectos de ultramar, las condiciones caprichosas de nuestros vecinos.

Se propuso a Cochabamba como capital de la República, y el gobierno mandó construir allí los edificios para el cuerpo legislativo. La hacienda pública, en cambio, si estaba en pañales, y el sistema de impuestos continuó siendo un desastre, pero a través de decretos se va a ir arreglando todo: las tropas, los almacenes, el ejército, las guarniciones. El ejército, que se formaba sobre las más sólidas bases de la moral y la disciplina, fue contaminado por un fatal ejemplo, pero poco a poco los espíritus de los militares disidentes están en vías de reconciliación con los fieles.

Mi promesa de permanecer en Bolivia fue hasta 1828, así que me dispuse a regresar a mi patria. Renuncié y me consideré exonerado de la presidencia. La constitución me hizo inviolable, de modo que rogué se me destituyera y se examinara escrupulosamente toda mi conducta. Declaro solemnemente que en mi administración yo he gobernado; el bien o el mal, yo lo he hecho; casualidad eleva a la magistratura, y luego, entregados a sus ministros, renuncian hasta a la obligación de pensar en los pueblos que dirigen. Los ministros sólo han tenido aquí la organización de los ramos de su departamento, en los cuales han gozado de toda la amplitud necesaria.

Al despedirme, le pedí al Congreso boliviano no destruir la obra de mi creación, de conservar por entre todos los peligros la independencia de Bolivia, y de preferir todas las desgracias y la muerte misma de sus hijos, antes de perder la soberanía de

la República que proclamaron los pueblos y que obtuvieron en recompensa de sus generosos sacrificios en la revolución. Ahora debía regresar a la patria después de seis años de ausencia, sirviendo con gloria a los amigos de Colombia, y aunque por resultado de instigación extraña llevé roto mí brazo, sé que Ayacucho en guerra de la independencia americana, destrozó las cadenas del Perú y dio ser a Bolivia. Al ser llamado por la asamblea general para encargarme de Bolivia, se me declaró que la independencia y la organización del estado se apoyaban sobre mis trabajos, para alcanzar aquellos bienes en medio de los partidos que se agitaron quince años y de la desolación del país, no he hecho gemir a ningún boliviano, ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa, he levantado del suplicio una porción de infelices condenados por la ley, y he señalado mi gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad. Se me culpará acaso que esta misma condescendencia es el origen de mis heridas, pero estoy contento de ellas, si mis sucesores con igual lenidad acostumbran al pueblo boliviano a conducirse por las leyes, sin que sea necesario que el que el estrépito de las bayonetas esté perennemente amenazando la vida del hombre y acechando la libertad. En el retiro de mi vida veré mis cicatrices, y nunca me arrepentiré de llevarlas, cuando me recuerden que para formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes, a ser el tirano o el verdugo que llevara siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos.

Cuestiones como éstas dije ante el Congreso de Bolivia, aunque ya empezaban a armarse otros acontecimientos negativos.

Era apenas el principio del fin.

Como tenía que solucionar mi situación con la Condesa Solanda, Mariana Carcelén, hube de casarme con ella a través de un poder, antes de salir a encontrarla en Quito. Salí de Chuquisaca el 2 de agosto, y el 25 llegué a Cobija con un viaje bien largo, porque traía mi herida abierta. No encontré allí más que una fragata mercante inglesa que venía a Arica, a El Callao y aquí, no podía, pues, sino sujetarme a estas demoras, celebré tocar en Arica por saber el embargo de las tropas, y me propuse ver El Callao si el gobierno peruano aceptaba mis buenos oficios

para una reconciliación con el de Colombia. El gobierno de Lima aceptó muy vagamente. Se me habló en El Callao de una proclama del Libertador, que equivalía a una declaración de guerra, y de la contestación del general La Mar, pero no pude ver estas proclamas hasta el instante de hacernos a la vela. Yo resolví tocar en El Callao, exponiéndome mucho, para ofrecer trabajar en una reconciliación, por la que Colombia saliese con más aire, si no existen medios activos para la guerra.

Y, en Bolivia, los negocios quedan mal. Urdinidea, que debido a mi herida presidía el Consejo de Ministros, traicionó la causa de su país. Desmoralizó y disolvió casi todo el ejército, mientras Gamarra hizo que los Ministros dimitieran de sus cargos y el Congreso se disolviera y se llenara de todo tipo de arribistas e imbéciles: Santa Cruz, Velasco, Toro. En Chuquisaca, después de salir yo, entraron tropas peruanas para «dirigir» las sesiones del Congreso. Estaban todos acobardados y sin saber qué hacer. Juzgaban que Santa Cruz los defendería. Gamarra les dijo que, si yo hubiera renunciado a la amistad de Bolívar y a mis derechos de ciudadanos de Colombia, él mismo y los peruanos me sostendrían. ¡Miserable!

Las tropas peruanas avanzan a Bolivia por el doble motivo de atender a la guerra con Colombia, y porque Gamarra está convencido de que aquellos pueblos están pronunciados por la independencia, aun cuando él les ha hablado de la incorporación al Perú, y no quería violentarlos. Dijo públicamente en Potosí que, si no hay guerra con Colombia, vino a quitar a La Mar de la Presidencia, pues no permitirá que un extranjero gobierne su país. Ya sabemos que el Perú anda muy mal: el crédito del gobierno está arruinado, pues a la falta del pago en los intereses de la deuda, se añade la mala fe en los contratos.

Pero Gamarra tiene gran miedo de Bolívar y sus tropas. Reconociendo la superioridad de Bolívar no presentará batalla. Aunque tampoco se sabía dónde iba a parar todo, esperando que Gamarra se echara sobre La Mar y Bolivia reaccionara de su aturdimiento. Por otro lado, la situación al sur de Colombia es confusa, y Guayaquil se está bamboleando.

Al fin comenzaba a ver alguna mejoría en mi herida, por aquellos días. Se cerró justo el día en que llegué a El Callao, sin embargo, mis dedos están tiesos, la mano muy débil y el brazo con muy poco ejercicio. Coincide también la aparición de mi cicatriz en los días de mi arribo a Quito, de donde he estado ausente sesenta y seis meses completos: todo me aconseja pertenecer a mi familia, y el mayor premio que puedo recibir por mis servicios es esto y la amistad y el afecto del Libertador de mi patria, quien junto con mi familia es lo que más lisonjeará en el retiro de mi vida.

No cesan las malas noticias. Desde Caracas mis hermanos me escriben para decirme que han sido arruinados por los facciosos de las costas de Cumaná. Y he debido escribirle al Libertador para que les auxilie con el dinero que por la disposición del Gobierno entregué en las cajas de Guayaquil para ser abonado por mis hermanos en Venezuela. Pese a todo ya estoy aquí en Ecuador, disfrutando de la cercanía de mi familia, acostumbrándome a una vida que no he tenido desde hace quince años, lazos que cambian en cierto modo mis deberes y ocupaciones desconocidas para mí, y van a emplear mi tiempo. Mariana también ha cambiado algo. Su carácter es más austero, sigue siendo cariñosa, pero su espíritu se ha endurecido un poco.

Aquí en Quito veo por todas partes un disgusto general por la guerra con el Perú, y apenas me recupero de la mala nueva de mis hermanos, ya tengo la otra acerca del atentado contra Bolívar, cometido en Bogotá por la brigada de artillería en la noche del 25 de septiembre. Jamás pensé que hubiera un colombino que atentase contra la vida de Bolívar, es espantosa la situación en que nos hallamos, que ni el hombre a quien todo lo debemos tenga siquiera su persona a cubierto del desenfreno de los partidos, y de los rencores de los facciosos. Desde que fui herido en Bolivia, dije, en medio de mis dolores, que no me eran tan sensibles mis heridas como el escándalo y el funesto ejemplo de que las tropas pudieran tirar sobre sus Generales. Creía ya rotos desde entonces en la América los únicos restos que quedaban de la disciplina militar, pero nunca pensé que alcanzara hasta intentar sacrificar a quien nos ha dado patria y existencia, sólo por satisfacer pasiones bajas y pretensiones más ruines.

Con estos dos atentados, el primer o a mí y el segundo a Bolívar. Ya cualquiera podía darse cuenta por dónde venían las intenciones de los nuevos gobiernos, del estilo de civiles, y de la nueva generación de militares que se estaba formando para «defender» a la patria. Hasta se ha dicho que le había escrito yo una carta al general Santander hablándole de política e instigación contra Bolívar. Ya no hallan qué inventar. Yo me conformo con los cuidados de mi mujer, en medio de este desencanto. Para colmo de desagrados, en Quito han empezado a cobrarle a la familia de mi mujer, especialmente a mi suegra, deudas e impuestos viejos, de modo muy grosero. Sin pretender excepciones, me han tratado aquí como a un extraño. Han amenazado a mi suegra con hacerla presa, por trescientos pesos. Se han pasado por alto mis servicios a la patria, desde los quince años. Cediendo mis sueldos, como siempre lo hice, concurro más que nadie en el Sur a los gastos públicos, y que ni el más rico propietario, ni la persona más elevada en este país dan tanto como yo para el sostén del ejército. Al general Juan José Flores he debido escribirle para esto, para decirle que, estando mi poca fortuna en Perú, se halla envuelta en trastornos y hasta ahí no me ha producido un solo real. De Bolivia he traído, por resultado de mis economías, mil pesos, De ellos el primer gasto fue cubrir la contribución impuesta a mi mujer en mi ausencia, cuando yo estaba herido y corriendo mil riesgos de la vida, por sostener con los deberes de mi puesto el honor de Colombia, la reputación de sus armas y las glorias del Libertador. Ningún colombiano se ha hallado tan en caso de probar su patriotismo como yo lo he hecho y como lo he probado. Dispuesto estuve de ausentarme del país por tres años si era necesario, porque será éste el único modo de estar libre de chismes y de las asechanzas de algunos para indisponerme hasta con mis mejores amigos, entre los que se cuenta el general Flores, con quien no quería ningún disgusto. Pero así son las cosas. No sé si es el hábito de la arbitrariedad o el deseo de humillarse lo que ha inducido a estos señores a algunos pasos que yo no sé a quién cubrirán de vergüenza. Yo no tengo vergüenza de estar sujeto al pan que me da mi mujer, después de los destinos y sueldos que he obtenido, pruebas que no soy egoísta o amigo del dinero. Si

en aquellos momentos hubiese tenido medios para irme fuera y sostenerme, me alejaría de un país en donde se tiene en tan solo los servicios más distinguidos, donde los magistrados creen que un simple informe destruye al hombre digno de respetos, y donde la delicadeza y los miramientos a las personas más beneméritas son desconocidos. A Bolívar le fueron con informes de que yo estoy aborrecido en el ejército, con otras patrañas y sandeces que sólo me dan bochorno, por cuanto son mezquindades y rastrerías harto despreciables. Tendré enemigos porque cuando mandaba el ejército los he refrenado en sus caprichos y desórdenes, y no les he consentido arbitrariedades en los pueblos; o no les he dado en Bolivia el dinero que ellos querían para jugar; o no les he tolerado la usurpación de los caudales de sus cuerpos, o en fin, porque les he puesto coto a los vicios y a la indisciplina. Me lisonjeo, en recompensa, de que la mayoría estima mi conducta; y en fin, repito: no quiero el mando del ejército ni quiero nada en relación con la vida pública. Con rubor hago esta declaración.

Por esos días comencé a sentir una presencia cercana a mí, algo impalpable pero muy fuerte que no me dejaba pegar los ojos por las noches y atribulada mis pasos por la casa. Yo siempre perseguí un ideal, pero fui hombre práctico, lógico, de pensamiento y acción que corrían casi paralelas; mi oculto gusto por los románticos, de ellos he aprendido la delicadeza y el culto de la belleza; el estilo y el brillo de las palabras previenen d este movimiento, de ese estado de alma llamado el romanticismo, fuente de la cual hemos bebido todos para independizarnos política, social y económicamente, para poder luego soñar. El cuerpo mío y el espíritu estaban tan adoloridos por la falta de comprensión, que comencé a sentir mi estructura ósea completamente liviana, y el alma deseaba irse por allí sola. Temí estar al borde de la locura, pero jamás lo escribí en carta alguna ni lo dije personalmente a nadie, ni siquiera a mi mujer, quien con tanto apremio siempre venía a consolarme. Y entonces la amaba desenfrenadamente. Saltaba sobre su cuerpo para quitarle las ropas y hacerla mía, y este acto desesperado nos volcaba de continuo en el éxtasis de los cuerpos, y entonces el mío parecía abandonar aún más todo aquello que le rodeaba para alcanzar alguna cima, algún cielo. Y hasta pensé

en la palpabilidad de Dios, no en su visibilidad, pues su ausencia presente acecha a todos los hombres en todas partes de la tierra. Y yo estuve cerca de palparlo. Hasta que una noche rara tuve una pesadilla, la cual a su vez era parte de otro sueño, y éste de otra pesadilla. Mi mujer Mariana siempre me despertaba del segundo sueño y el Libertador Bolívar me despertaba de la pesadilla, hasta que yo mismo me percaté de que podía salir por mí mismo de aquellos horribles viajes oníricos. Me dieron medicinas para apaciguarme, pero al menos una vez por semana los sufría, hasta que descubrí la causa de todo: habitaba en mí el fantasma que ahora les habla. Ya estaba viviendo conmigo y compartiendo el pan de mi mesa, mi mujer, mi dolor y los recuerdos de tantas luchas. El a veces se extasiaba por mí, me hablaba con la lengua de la muerte, una muerte benigna, saludable, que no tenía nada de funesta. Era una especie de alivio conversar con aquellos recuerdos, hurgar en las gavetas de mi memoria buscando siempre algún retazo de felicidad. Y lo encontraba, siempre lo hallaba, aunque fuese minúsculo. De nuevo ese querido fantasma ha deseado que yo recupere la voz de mis cartas, que yo hable con ustedes, venezolanos, ecuatorianos, bolivianos, peruanos, colombianos, seres de esta América y de los países de la tierra que deseen oírme, para que mis palabras no se borren del todo y se reproduzcan en el futuro. Al cerciorarme de ello, al reconocer que este fantasma existía, pude estar tranquilo. Ya no sufría pesadillas; ya no me dolía tanto el cuerpo y me olvidé del brazo inútil. Mi ánima había recuperado la paz, aunque siguió viviendo todo aquello que el destino había deparado para mí.

Por lo tanto, es mi obligación continuar con este relato de las cosas amargas que continuaron sucediéndose, más para los otros y para la historia que para mí mismo. Hablo en diferentes tiempos, en presente, pasado, condicional, como si aún me asombrara, y todo lo hago para complacer al otro Sucre, al otro Antonio adolorido, a quien tenía ya el destino escrito. Ahora debo permitir que los dos estemos juntos en una sola voz, como antes, pues el cuerpo ya no tiene sentido; sólo si ese cuerpo está bien atado a los retazos de cartas y recuerdos.

Capítulo XI
La campaña contra el Perú

El Libertador me ha honrado nombrándome Jefe del Ejército Colombiano, para enfrentar la campaña contra el Perú. Quién iba a pensar que yo mismo iba a ir contra un país liberado con mis propias fuerzas. Debo partir pues hacia la campaña de Tarqui, cuando apenas tenía once meses viviendo con mi esposa. Por un lado, fue muy triste para mí dejarla de nuevo, pero por otro me sentía aliviado de los chismes domésticos que se tejían en Quito; volvía entonces a probar mis aptitudes militares por el bien de Colombia. En el mes de enero del año 1829 asistí a las sesiones del Congreso Admirable y luego me fui a Tarqui a dar la pelea. Ellos vienen bajo el mando del General La Mar autorizados por el Congreso del Perú a invadir Colombia; vienen decididos: creen quizá que no es difícil combatirme aquí en Colombia, pero yo los conozco muy bien. De este modo se dirigen hacia Ecuador con ocho mil hombres. Pasaron por Azuay y se detuvieron en Zaraguro, mientras nosotros estábamos en Cuenca. Nos doblaban en cantidad, pero debíamos hacerles frente, y a los soldados les dije que el gobierno me había honrado con la primera magistratura de los departamentos meridionales y rehusé aceptarla porque ningún peligro me estimulaba a salir de la vida privada. El ejército del Sur, mandado por un bizarro Capitán y por los más intrépidos de vuestros jefes, hacía inútiles mis servicios en aquel destino; pero entro a desempeñarlos cuando enemigos extranjeros, ingratos a vuestros beneficios y a la libertad que os deben, han hollado las fronteras de la República. Una paz honrosa o una victoria espléndida es necesaria a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos

del Sur. La paz la hemos ofrecido al enemigo; la victoria está en vuestras lanzas y bayonetas. Un triunfo más aumentará muy poco la celebridad de vuestras hazañas, el lustre de vuestro nombre; ¡pero es preciso obtenerlo para no mancillar el brillo de vuestras armas! Así les hablé a los tres mil ochocientos infantes que tenía frente a mí antes de la batalla en la llanura de Tarqui. El general Juan José Flores me había ayudado a formar estos hombres en tres meses de trabajo militar. Flores, venezolano de Carabobo, fue el Comandante en Jefe del Ejército. También me acompañaron el Coronel Febres Cordero, O'Leary, el general Heres, Sandes, Luis Urdaneta, Brown, León, Guerra y el Comandante Camacaro.

Tarqui es una zona alta con una quebrada al frente, con brechas y escarpadas a los lados y un bosque cercado; yendo por el centro de este bosque se llega a Girón, y allí en Girón está lo que se conoce como el Portete de Tarqui.

Primero, La Mar me tiende una trampa, fingiendo que quiere negociar conmigo a última hora, cuando ya se había negado a varias negociaciones pacíficas que yo le ofrecí; incluso me dijo en una de sus cartas que él tenía todas las posibilidades de la victoria, declinándose una y otra vez las alternativas de paz. Así que ahora quería distraer a mis hombres con falsos recados, a ver si yo me echaba atrás. Envió comisionados a deliberar de mentira, y fue entonces cuando yo ordené al general Flores que se olvidara de aquello y atacara rápido la plaza de Saraguro, donde estaba el ejército enemigo. Hubo una escaramuza y huyeron. La Mar se salvó por un pelo. Entonces fue cuando decidimos marchar hacia el Portete de Traqui atravesando el bosque.

El general Flores va por el lado izquierdo con el Batallón Caracas contra el General Plaza y sus hombres, superiores en número a los nuestros. Vienen tras nosotros, y entonces los hombres de Plaza los reciben y enfrentan en combate, caen hombres de ambos ejércitos; el fuego de las bayonetas no cesa hasta que los nuestros y dos mil de ellos. Los nuestros quedaron embotellados entre el bosque y las quebradas, y tuvieron que batirse en retirada; ellos fueron dispersándose muy desordenadamente por el campo de batalla. El combate fue muy rápido; hubiesen podido pelear

más, pero huyeron. Eran machismos, pero ya nosotros habíamos obtenido la victoria con el puro valor. Casi ni lo podía creer.

Les ofrecí una capitulación, pues, yo no quería humillar al Perú derramando más sangre. Gamarra y La Mar quedaron siempre muy por debajo de mis respetos militares, y sólo por cansancio les pedí que no se cruzaran más en mi camino, pues, mi aversión a ellos nada tenía que ver con la guerra. En verdad, lo único que deseaba era pacificar las tierras colombianas, especialmente Pasto. Dejé a Flores arreglando las cosas pendientes, y lo ascendí a General por su destacada actuación en Tarqui. Creo que se lo merecía con creces. Por suerte, los pastusos capitularon. Mientras tanto, quedaba acantonar las tropas y atender los asuntos de Guayaquil y sacar a los peruanos de aquí, El General Flores va por el lado izquierdo con el batallón Caracas contra el General Plaza y, para que no vayan a Quito, era imprescindible esperar la llegada de Bolívar, para que tomara decisiones al respecto y me orientara en relación a mis asuntos personales, que se iban complicando cada vez.

Aun así, había que continuar.

Se firmaron los tratados de paz, pero los invasores se devolvieron al Perú, a hacer la guerra a su propia nación. Qué vergüenza. Al llegar a Lima, el pueblo se sublevó contra ellos. A la Mar lo depusieron de la Presidencia. En cuanto a la campaña naval, su escuadra, constituida por la fragata *Presidente* y las corbetas *Libertad, Arequipeña*, *Pichincha*, *Peruviana* y otras lanchas cañoneras, bloquearon las costas colombianas e intentaron rendir a Guayaquil. Bolívar llevaba divisiones auxiliares para impedir tal cosa, pero el general Obando lo detuvo en un sitio llamado Juanabu. Entonces entraron a la costa a cometer todo tipo de crímenes, como los del coronel Dávalos y del general Mires, en Samborondón. Ahí mismo, en Samborondón, la fragata del Almirante Guisse, del ejercito contrario, se hundió en llamas. Así terminaba esta absurda guerra con el Perú. Bolívar después entró a Guayaquil y luego vendría a Quito a reunirse conmigo. Mientras, La Mar se iba a morir a Centro América, y continuaron rencillas horrorosas en el ejército nuestro, cuando nos informaron que algunos jefes colombianos seguían vengándose, pasando

a cuchillo a los heridos en el hospital de Tarqui. Una verdadera pesadilla. No creí poder soportar ya más nada. Solo quería encontrar a Bolívar para que me permitiera volver a mi casa, y estar alejado de asuntos públicos.

Yo prefería ver crecer a mi hija Teresita, que acaba de nacer aquel año. A ella le di ese nombre para honrar a la esposa de Bolívar, muerta tan joven, pues yo a Bolívar le debo todo, y quisiera que los nombres de su familia recayeran sobre toda mi progenie. El libertador sigue amenazado por nuevos complots de Gamarra, de quien no debe fiarse. De Bogotá repiten que si Bolívar se va al Perú se pierde Colombia, y yo lo creo también, y aunque he sido opuesto a la guerra opino que, de ir, más valía hacerlo de conquistador, que el no caer en las redes de la perfidia. Gamarra, de quien me vengué con creces, se arrodilló ante mí implorándome perdón, y no lo maté pero sí lo azoté, y esto no ha podido olvidársele. Lo dejé libre, y ahora debe andar de nuevo detrás de la Presidencia del Perú. En cambio, le recomendé a Bolívar el tratar de apartarse de los negocios públicos; él está aquejado como yo de dolencias físicas, entre ellas un ataque de bilis negra**.** Pero el Libertador no puede dejar ahora el poder, me dice, si no todo se vendría abajo, e incluso el solo abandono sería considerada deserción. Su separación del mando traería el choque de los partidos. No hay alternativas para elegir; la marcha de Bolívar está señalada por nuestra situación, y es preciso, o abandonar sus glorias adquiridas con tantos trabajos, con tan generosos sacrificios, o constituir el país de un modo permanente, para que a la muerte de Bolívar conserve la patria que él nos ha fundado, y con ella se permanezcan sus glorias y su nombre. Si para alcanzar este bien fuese preciso ver mil veces la muerte bajo los puñales parricidas, y perezcamos también, porque moriremos con honra, mientras que en la anarquía desapareciéramos con ignominia. Lo mismo me ocurre a mí: por más que quiera abandonar mis mandos, la responsabilidad por el ideal me lo exige, el de constituir a Colombia de una manera estable, si se adoptaba con fijeza un sistema y se reducía al ejército a ser un firme apoyo de las leyes, y a guardar estrictamente su disciplina.

La salud de Bolívar continúa flaqueando, y no creo que sea Guayaquil el mejor clima para ella. En cuanto a mí y a mi familia, nos han tocado junto todos los males. Mi mujer sigue mala del pecho y yo también; acabo de salir de un ataque de disentería que fue para mí tormentoso. Todos estos males, las enfermedades propias, de la familia y de los amigos; las pesadumbres; en fin, todo es un infierno.

A veces se nos dulcifican las penas con ráfagas de alegría. A mí me ha tocado de todo, pero como a todos, mucha mayor suma de pesares y disgustos.

Al Libertador hasta lo han acusado de «mantener las cosas en desorden» para poder conservar el poder adicional, y cosas por el estilo. Es curioso ver cómo a todo lo deforman. Creo que a Bolívar no le ha gustado que yo me niegue a continuar aceptando cargos, y le he dicho que si el resultado de ese Congreso que está planificando para el enero del año 1830 —bautizado con el nombre de Congreso Admirable— tuviese éxito allá en Bogotá, y a través de éste pudiera dársele a los negocios públicos una marcha regular, y el Libertador se compromete a llevar a cabo un régimen fijo y estable, prestaré mis servicios en cualquiera cosa. Yo no me niego a servir. Lo que trato es de servir sabiendo el sistema y objeto, pues, desde hace mucho tiempo no hay objeto ni sistema, y ya estoy un poco cansado y enfermo para trabajar a la aventura. Son diferentes mis situaciones y mis compromisos de los de Bolívar, como son diversos nuestros apoyos, nuestros alcances y nuestro poder.

Por lo demás, la situación sigue indecisa. Los batallones deben seguir la marcha fijada a Colombia. Rifles hacia Popayán, Vargas hacia Pasto, Lanceros a Tulcán. Importante es guarnecer Pasto y reforzar al general Andrade. Aquí retirado en esta casa de campo en las cercanías de Quito, donde he venido a vivir con Mariana, ha venido Bolívar a visitarme, a pedirme le acompañara a Bogotá.

Aquí hemos hablado y él insiste en que estamos en estado de emergencia. A Bolívar ha sido conferido todo el poder de Colombia, para salvar a la patria, y yo soy pieza esencial de esta táctica. El Congreso Admirable tendría que celebrarse al siguiente

año, en 1830. En este Congreso Constituyente los pueblos del Sur me nombraron Diputado, y en diciembre del año 1829 me estaba encaminando ya hacia Bogotá, a ocupar mi lugar en esa Cámara.

¡Cuánto me dolió abandonar mi casa de retiro en Quito, mi campo apacible! Antes de salir redacté mi testamento y vendí una casa, para pagar las deudas contraídas. Ya no debo nada a nadie. Los pocos bienes que dejo son para Teresa, mi hija, y para mis hijos naturales. Mi esposa Mariana tiene muchas propiedades y no necesita de las mías.

Uno de los problemas mayores era la voluntad separatista existente en Venezuela y que, debido a esta separación, los Diputados de Caracas no vienen al Congreso Admirable. Esta es la más triste noticia que puede dárseme. ¿Qué le ocurre a Páez? ¿Por qué no está él trabajando en la unión, cuando lo que deseamos es ver unida a Colombia? Venezuela debería ir a la vanguardia de este movimiento, pues nosotros hemos nacido en esta tierra y desde ahí hemos trabajado en el proyecto de los Andes, el más importante de América del Sur. El único estímulo ahora era ver a Bolívar y saber qué deseaba en verdad él y cuáles iban a ser las labores de los Diputados en Bogotá.

Me puse en camino en diciembre. El día 27 pasé por el poblado de Purificación, esperando llegar a la capital el último día del año. Ya para el 20 de enero debíamos estar juntos en Bogotá para el Congreso.

Y allí estuvimos en Bogotá, logramos llegar en medio de las mayores dificultades. Allí nos encontramos en medio de grandes afectos. Bolívar tomó la palabra en el Congreso, la cual vale la pena recordar íntegramente:

> *«Hoy he dejado de mandaros. Veinte años ha que os sirvo en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos reconquistado la Patria, libertado tres Repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia, reuniendo espontáneamente cuatro Congresos constituyentes. A vuestras virtudes, valor y patriotismo se deben estos servicios; a mí la gloria de haberlos dirigido. El Congreso Constituyente, que en este día se ha instalado, se halla encargado por la Providencia de*

dar a la nación las instituciones que ella desea, siguiendo el curso de las circunstancias y la naturaleza de las cosas.

»Temiendo que se me considere como un obstáculo para asentar la República sobre la verdadera base de su felicidad, yo mismo me he precipitado de la alta magistratura a que vuestra bondad me había elevado.

»¡Colombianos!

»He sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defender la pureza de mis principios. Los mismos que aspiran al mando supremo se han empeñado en arrancarme de vuestros corazones, atribuyéndome sus propios sentimientos; haciéndome parecer autor de proyectos que ellos han concebido; representándome, en fin, con aspiración a una corona que ellos me han ofrecido más de una vez, y que yo he rechazado con la indignación del más fiero republicano. Nunca, nunca, os lo juro, ha manchado mi mente la ambición de un reino, que mis enemigos han forjado artificiosamente para perderme en vuestra opinión. Desengañaos, colombianos, mi único anhelo ha sido el de contribuir a vuestra libertad y a la conservación de vuestra libertad y a la conservación de vuestro reposo; y si por esto he sido culpable, merezco más que otro vuestra indignación. No escuchéis, os ruego, la vil calumnia y la torpe codicia, que por todas partes agitan la discordia. ¿Os dejaréis deslumbrar por las imposturas de mis detractores? ¡Vosotros no sois insensatos!

»¡Colombianos!

»Acercaos en torno del Congreso Constituyente: él es la sabiduría nacional, la esperanza legítima de los pueblos y el último punto de reunión de los patriotas. Penden, de sus decretos soberanos, nuestras vidas, la dicha de la República y la gloria colombiana. Si la fatalidad los arrastrare a abandonarlo, no hay más salud para la patria; y vosotros os ahogaréis en el océano de la anarquía, dejando por herencia a vuestros hijos: el crimen, la sangre y la muerte. ¡Compatriotas! Escuchad mi última voz, al terminar mi carrera política; a nombre de Colombia os pido, os ruego, que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la Patria y vuestros propios verdugos.»

Así habló Bolívar aquella tarde del 20 de enero, y el auditorio quedó como paralizado unos momentos. Muy lentamente fue creciendo un murmullo; Bolívar estimulaba constantemente al pueblo a opinar, a expresar lo que pensaba de modo independiente. Unos hablaban de la confederación; otros de las secciones, de un gobierno alternativo, y de un gobierno vitalicio y central; y había hasta quienes se pronunciaban por un rey de otro país.

Pero lo urgente era un gobierno constitucional que diese garantías visibles a los ciudadanos, para que disfrutaran de cosas reales: de sus casas, de sus tierras, del derecho a ir por las calles como seres libres. Pero desgraciadamente no fue esto lo que ocurrió. La mayor parte del pueblo tenía la mente envenenada con la idea separatista emprendida por Páez en Venezuela; total, él era ahora el caudillo en nuestro país. Nueva Granada tenía a su caudillo, Francisco de Paula Santander, y en el Ecuador el general Flores.

Capítulo XII
Disolución de Colombia. Despedida del fantasma

Comenzaban a achacársele a Bolívar todo tipo de calumnias. Aquello era verdaderamente penoso. El ya venía de un atentado, y estaba enfermo y cansado; yo no podía culparlo, pues me sentía también como él. Y eso fue lo que hizo: apartarse, poco a poco, hasta ceder el paso a cualquier tipo de ideas. Total, los pueblos tienen a los gobernantes que se merecen.

Yo traté de concentrar en el Ejército el fundamento de las leyes, pero a esas leyes ya casi nadie las quería. Como último recurso, propuse que Colombia estuviese formada de tres grandes estados confederados. Pero, esto no sirvió de nada, porque ya en Venezuela se había disuelto el pacto de unión con la Nueva Granada; así mis funciones como Presidente del Congreso recién instalado eran más formales que reales. Insistimos, sin embargo, en convocar a otro Constituyente en Valencia, allá en Venezuela, a ver si era posible arreglar la República, con la ayuda del clero, con la ayuda de Obispos y Monseñores notables que abogaran por la unión, aunque aquello no parecía tener mucha acogida.

Nos pusimos en camino. Llegamos a Táriba en marzo del año treinta. Y allí recibimos desde Valencia una amenaza, una intimación para que no fuésemos allá, firmada por un tal general Piñango. Nos estaban esperando en La Grita, allá en los Andes venezolanos, resueltos a detenernos. Yo iba como comisionado con Esteves, y protestamos por aquella medida, y ellos arguyeron no aceptar ningún tipo de Comisiones, ni nada que no proviniese de las órdenes de Bogotá. Así pues, no pasamos de Cúcuta, y estuvimos en esta ciudad toda una semana.

Me pareció absurdo insistir, pues no tenía esperanzas de nada útil. Comisionados de Venezuela, el general Mariño y los señores Tovar y Navarrete nos enseñaron una proclama de Páez donde se expresaba espantosamente del Libertador. Había todavía algún movimiento de tropas en Mérida y Barquisimeto; y nuevas proclamas de Bermúdez contra Bolívar. En Bogotá continuaban las revueltas y los ánimos caldeados; vi delante de nosotros todos los peligros y todos los males de las pasiones excitadas, y a la ambición y a las venganzas que van a desplegarse con todas sus fuerzas. Hasta en el Sur intuí yo aquellos peligros, y en Bogotá los partidos seguramente se empeñarían en precipitarnos a compromisos rencorosos. Toda nuestra lucha parecía en ese momento una cosa neutra, una circunstancia amorfa donde llegué a perder el norte de mi ser, diciendo palabras a las comisiones que éstas no escuchaban, y hasta se mofaban de ellas; no quise hacer el papel de tonto conversando, y mucho menos llegar a un acuerdo con ellos para firmar la disolución de Colombia. Yo estuve allí para ser tratado como muchacho, ni la pena de observar que en una crisis como aquella no hay ni Gobierno, ni el Congreso tomaba un partido. Ya todo me pesaba: mi Diputación y hasta el ser General.

Todo esto se agravó al enterarme de que Bolívar ya estaba resuelto a separarse del mando. En Caracas y en todas partes me consideraron siempre muy unido a Bolívar, Y así fue. Pero unido por el honor, no por una reacción personal mecánicamente incondicional.

Mis proposiciones, ya conocidas, hicieron enfurecer a Mariño, lo cual no es raro. Me ha llamado insidioso, y no me importa si me trae más enemigos al llegar a Bogotá.

Como en efecto ocurrió. Apenas llegamos a Bogotá en unas mulas cansadas en los primeros días de mayo, aquella ciudad era un embrollo de disgustos, Una de las pocas ilusiones que tenía era ver de nuevo al Libertador y abrazarlo como a un padre. Llorar sobre sus hombros y pedirle la bendición. Pero ni eso pude. Cuando llegué a Bogotá y me puse en camino hacia su casa, él ya se había marchado. Y acaso fue esto un bien, pues me evitó el dolor de un encuentro que era a la vez la más penosa despedida. Sentía comprimido mi corazón, sin saber qué decir.

Pero no son las palabras las que pueden explicar fácilmente los sentimientos de mi alma. El Libertador los conoce. Él sabe más que nadie que no es su poder sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjearé para siempre de que él conservara el aprecio que me ha dispensado.

De todas maneras, le dije adiós. Y en el postrer momento en que le escribía tratando de fijar estas palabras, vertí mis lágrimas y se las ofrecí a su ausencia. Y le dije: que sea usted feliz, mi general, y que, en todas partes, y hasta en la muerte que nos pisa los talones, cuente usted con mis servicios y con mi gratitud.

Con esa alma como la tenía, toda rota por dentro y por fuera, así salí de Bogotá, como llegué. Sólo deseaba regresar a Quito, al calor de Mariana y de Teresita y de los míos, a respirar la brisa limpia de los campos, probando y compartiendo mi pan en el crepúsculo.

En Bogotá ya tenían nuevas autoridades. Los flamantes partidos y los políticos tenían otros derroteros. Yo andaba bastante decepcionado, lo admito, aunque en el fondo me entraba un airecito. Salí de aquella ciudad como un extraño. Logré descansar una noche, y al día siguiente cogí camino hacia Ecuador, por la ruta de Pasto. Me decían muchas cosas: que ese camino era muy largo y peligroso, que había ladrones e incluso que por allí había gentes interesadas en verme muerto. Mis edecanes se acercaban a aconsejarme, buscando alejarme de estos peligros. Pero no. Ese era mi destino, irme por Popayán. Y así nos fuimos.

En Neiva nos detuvieron para decirnos que por allí andaban unos asaltantes y facinerosos. En Popayán también nos lo dijeron y todo aquello lucía como algo ridículo; de hecho querían vernos atemorizados, temblando de miedo. Que tomara el camino de Buenaventura, para irnos en barco hasta Guayaquil, y de allí por tierra a Quito. Nos ofrecían escoltas, demorar el viaje, escondernos y qué se yo. Continuamos camino García Trelles, diputado por Cuenca, y mis dos asistentes, Caicedo y Colmenares. El 2 de junio llegamos a un sitio llamado Salto del río Mayo, donde descansamos en la casa de un hombre llamado José Erazo, de quien luego me enteré que había sido guerrillero realista. El

solo aspecto del tipo inspiraba desconfianza. Después vimos a otro tipo apellidado Sarría, empeñado en darnos conversación. Un hombre bastante feo, cuya sola presencia me hizo doler el brazo otra vez. Seguimos marchando, hasta llegar a una selva. Colmenares, mi fiel acompañante, me dice que estamos en el bosque de Berruecos. Allí no se veía casi nada: sólo como un fugaz resplandor entre las ramas de unos árboles. Cierro los ojos, con gran cansancio.

Al abrirlos otra vez, siento el cuerpo liviano, como si estuviera entre plumas. Me levanto y siento cascos de caballos que se alejan, y los gritos de mis amigos. Sí, yo estaba aún allí, en La Jacoba de Berruecos, pero no entre plumas sino entre ramas. Caicedo se acerca a mí y me toca el pecho, la cabeza, la nariz, y yo no sé por qué me está palpando tanto. Extrañado, le pregunto qué ha sucedido, y él está llorando desconsoladamente. En ese instante miro a mi lado y veo el cuerpo del Mariscal Sucre, tendido en el suelo. No puedo ser, me digo, pero si estoy aquí. Pero no era yo: quien es ese instante observaba todo era este fantasma que ahora les habla, el fantasma de Sucre hablando doscientos años después de aquel suceso. Yo, el más incrédulo de todos, ahora no tenía otra salida sino creer en estas cosas imposibles, pero ciertas. «Lo creo, porque es imposible», había dicho uno de esos filósofos humoristas de la antigüedad. En esta frase había algo más que un juego de palabras; habitaba una suerte de efecto hechizante.

Lo demás ya no tiene importancia. Lo demás pertenece al recuerdo del más feo episodio de traición, comentado largamente por la historia: el General José María Obando fue quien tramó este atentado. Contrató a Apolinar Morillo, un militar venezolano que había tenido una carrera larga en varias batallas, le debía demasiados favores a Obando, comandante colombiano del Cauca, quien ya se había encargado, como otros, de envenenar la conciencia de los militares hablándoles de las ambiciones monárquicas de Bolívar, y por supuesto de las mías. Le debe haber ofrecido Obando al pobre de Morillo altos puestos y grandes honores en el nuevo gobierno de Nueva Granada.

Fue un plan muy bien urdido. Morillo se comunica con José Erazo en Bogotá, quien a su vez le facilita tres hombres, entre

los cuales viene el tal Juan Gregorio Sarría. Y Erazo lo culminó, lo cual no era muy difícil, en verdad, teniendo en cuenta que éstos eran criminales profesionales, sin ningún tipo de escrúpulos. Erazo y Sarría pronunciaron mi nombre casi al unísono, y al yo responder me dispararon, entre los dos, como siete tiros. Uno me entró a la cabeza por detrás de la oreja; otro en el pecho a nivel de la tetilla, que fue el que me hizo exclamar: ¡Balazo! Ese fue el único que sentí. Los otros le dieron a mi mula, que huyó a morir en el bosque. Luego ellos mismos se encargaron de propagar la noticia de mi muerte, fingiendo ante la opinión pública haber enviado a varios hombres a perseguir a los asesinos.

Casi un día entero duró mi cuerpo tirado en el suelo. Y a mí me parecieron sólo unos instantes. Eran como las nueve de la mañana cuando cayó el cuerpo sin vida. Lorenzo Caicedo, al verlo (los demás habían huido temiendo ser asesinados también) fue a pedir ayuda, lejos, y regresó al otro día acompañado de unas gentes sencillas, quienes lo llevaron a una pradera, a un sitio llamado La Capilla, situado en el mismo bosque. Allí aquella gente, unos campesinos o peones, lo cargaron para enterrarlo. Estaba lloviznando. Los hombres lo envolvieron en la misma capa que llevaba y lo cubrieron de tierra y de ramas, y a un extremo pusieron una cruz rústica, hecha con unos troncos y amarrada con mimbres y cabuyas. Estos hombres desconocidos rezaron por la paz de mi alma, y nunca se imaginaron que yo les estaba viendo, que yo lloré otra vez cerca de mi tumba al ver aquellos seres que amaban sin haberme visto nunca, y pensé que era por gente como aquella, humilde y buena, que uno había librado tantas batallas y se había esforzado. Presenciando aquella escena, mi fantasma y mi cuerpo se llenaron de una paz incomparable.

Pero ni en la muerte la paz del cuerpo es respetada. José María Obando había enviado a un grupo de hombres «a investigar el hecho y a perseguir a los agresores», cuando en verdad lo único que deseaban era el mío y no otro; lo desenterraron, le practicaron la autopsia, contaron las perforaciones de bala, lo exhumaron y lo volvieron a sepultar. Años después lo desenterraron de nuevo para llevarlo a Quito, pues mi mujer, Mariana Carcelén, manda desde la hacienda donde vivía, a hombres a buscar de nuevo mi

cuerpo y lo entierra en su propia hacienda, y luego de allí otra vez a un convento de monjas llamado El Carmen. Allí junto a un altar, estuvo por espacio de setenta años, hasta que es trasladado a la Catedral de Quito, donde se halla enterrado hasta hoy: nada ni nadie ha podido arrancar mis pobres huesos de la tierra ecuatoriana. Y por eso les bendigo siempre humildemente, ecuatorianos míos, desde mi pequeña sepultura.

Al otro, a Jesús, el Padre Eterno y Nuestro, lo conocí una vez hube descendido bien abajo hacia el seno de la tierra, y luego del viaje a esas regiones oscuras, ascendí a los cielos vuelto una especie de gas brillante, y antes de perderme en el infinito firmamento miré un momento hacia abajo y vi Cumaná y la cara de mi padre y mi madre, y a Simón Bolívar muriendo en diciembre del mismo año en la Quinta de San Pedro Alejandrino, en Santa Marta de Colombia, muy entristecido por la ausencia de mi persona. «¡Santo Dios!», exclamó. «¡Se ha derramado la sangre de Abel!» Menos mal que al menos pude ver a José Erazo preso en pasto y acusado de conspiración, y a Apolinar Morillo también acusado de darme muerte y juzgado y condenado al patíbulo. Se descubre la autoría intelectual de José María Obando, que llevaba vida de fugitivo en el Perú. Mi mujer Mariana Carcelén se volvió a casar antes de cumplir yo un año de desaparecido; lo hizo con un general bogotano, Isidoro Barriga, quien un día se encontraba jugando con mi hija Teresita en un balcón y la dejó caer: ese ha sido el momento más triste de mi vida de fantasma, pues Teresita apenas contaba tres años, y también vi a un hijo mío que no conocí en vida: César Sucre, quien estaba graduándose de abogado en Chuquisaca y luego casándose sin poder tener hijos, pero yo vivo por él y por este instante en que otros espíritus nobles están celebrando mi nacimiento. Menos mal que es mi nacimiento y no mi muerte, porque la muerte no tendrá dominio mientras haya seres que lo recuerden a uno, aunque sea un instante.

Celebran doscientos años de mi nacimiento y las cosas en Venezuela todavía andan mal, pues los partidos están agotados y ni pueden hacer cumplir bien los postulados democráticos. Pero el país sigue adelante y confía en la gente joven, en hombres formados para la batalla del futuro. A ellos les hablo y les repito

que nunca se amedrenten. Lo digo de todo corazón en el instante mismo en que mucha gente de Ecuador, Colombia, Bolivia, Perú y Venezuela respeta mi vida y me recuerda con amor, y ese amor fue el elemento que logró despertarme de donde me hallaba dormido para que oyeran esta voz, la voz de mi fantasma.

EZEQUIEL Y SUS BATALLAS

La Historia de Zamora



NOTA DEL AUTOR

Este libro es una crónica novelada de la vida militar de Ezequiel Zamora, narrada a la luz de los acontecimientos políticos del período de la post independencia venezolana, un período ciertamente complejo, donde los titubeos ideológicos se apoderaron de la escena social, produciendo una acción devastadora en el terreno militar. La narración, en todo caso, es un homenaje a este personaje, envuelto en los conflictos entre liberales y conservadores de su tiempo, justo a los doscientos años de su nacimiento. No se espere de esta obra, pues, una constatación documental objetiva, ni un apego completo a la realidad histórica, dado su carácter de ejercicio literario.

Ellos pensaban que Ezequiel Zamora

Ellos pensaban que Ezequiel Zamora había concluido para siempre
y nunca más el planteamiento de su cuchillo y desmesurado corazón
regresaría a hurgar la paz de los oligarcas
pero no todos los muertos viajan
tranquilos a algunos molesta estar ahí sin
hacer nada e insisten con terquedad
y regresan a presidir los nuevos combates
a dilucidar el asunto que los vistió de ausencia
Ved al guerrillero mal herido al padre de todos nosotros
crepitando en los últimos carbones federales
cómo rebotaban sus huesos sobre la tierra
cómo dieron fuego al pajonal
cómo hoguearon los límites del hombre
Vedlo en traje verde oliva
por montes y calles más terrible
que los que hoy matan y se lavan las manos
y confiesan los días de guardar para purgar sus penas
Mas es cierto es reconocido
la caída en el sitio de San Carlos
fue una jugada de mala ley
pero olvidaron enterrar el sonido de sus sienes veladas
Zamora cabalga señores
ya los dientes del pueblo
están royendo los muros de vuestro reino

y no es el desarropado ni el sordo ni el ciego de ayer
ahora tiene bandera poetas y metal organizado
Recojan la cosecha de vientos que sembraron
Y la igualdad fraternidad y libertad que dicen la Constitución
se las van a tener que tragar por los ojos
Porque estamos cansados de tanta miseria y circo
y vamos a meterle un balazo en la cabeza al estado de cosas
existentes
Eso que llaman Derecho Natural
tendrá mortaja y tumba bajo el aire de nuestra decisión
porque sabemos dirigir el fusil
y la dinamita nos es familiar hasta la audacia
La democracia representativa apesta ya
como un presagio de azufre quemado
el gavilán de la insurrección revolotea sobre las candelas
y está esperando allí está esperando
y bajará y conocerá vuestros despojos
el día del desagravio ante las armas
congregadas Abrid las compuertas del miedo
oligarcas porque la paz no será con vosotros
Zamora cabalga en el incendio
y somos lo que sucede la posibilidad del porvenir

Victor Valera Mora / *Amanecí de bala*

Capítulo I

La mañana se abre sobre el patio con un sol tímido, cuyos rayos comienzan a caer en los árboles y retoños del arado donde crece la caña, el cacao y los frutos. Los pájaros pían en las ramas y los pollos corretean por la tierra picoteando insectos, mientras el sol se desplaza e intensifica entre las nubes, como un gran bombillo celeste.

Una mujer, Paula, sale de su casa y mira en derredor, da unos pocos bostezos, se estira y luego se dirige a la batea a lavar su cara, a refrescar su rostro con el agua de una totuma, extraída de un cántaro de barro. Mira los pollos picotear piedras y granos y luego a su hijo Ezequiel que ha salido también a recibir la mañana. El muchacho sigue con los ojos una lagartija subiendo por los adobes de la humilde casa, después sigue los pasos de su madre hacia la batea, donde ejecuta el mismo acto de refrescar su rostro y enjuagar su boca, mojar su cabello y mesarlo con un peine. La madre termina de alisar el cabello de su hijo, le da un beso y le recuerda sus deberes del día: ir a recoger los plátanos, las naranjas y las toronjas para hacer los dulces, en la pequeña fábrica donde participan sus dos hermanas Genoveva y Carlota.

—Sí, mamá, dentro de un rato empiezo —confirma Ezequiel.

Paula vuelve a la batea, esta vez para sacar una ropa del remojo, estrujarla y tenderla sobre unas cuerdas, sujetas a unas ramas. Paula tararea notas del himno nacional.

—La, la, la, la, la, la…

Mientras tanto en la cocina de la casa dos muchachas de mayor edad que Ezequiel, Carlota y Genoveva, meten en una olla cortezas de naranja y toronja para preparar los dulces, agregándoles azúcar de panela. Las van removiendo poco a poco con paletas de madera y al final, ya frías, éstas van a convertirse en conservas.

—¡Ezequiel, no te olvides de recoger más naranjas! —grita Paula.

—¡Sí, mamá!

Ezequiel va hasta la cerca de un potrero dentro del cual hay un caballo marrón, un potro joven que ha dejado allí Juan, el prometido de su hermana Carlota. Después de permanecer un rato viéndolo, Ezequiel salta la talanquera y se dispone montar el potro, sin suerte. Ni siquiera lo alcanza. De pronto el caballo se queda quieto cerca de una esquina y Ezequiel se va acercando a él poquito a poco, le acaricia las crines.

—Potro, potrico… déjate montar, chico…

Da un salto de pronto, se desliza por el lomo del animal, por el cual resbalan las piernas de Ezequiel hasta que va a dar al suelo.

—¡Caray! —grita Ezequiel, sacudiéndose el polvo.

Al rato vuelve a intentarlo, sin suerte. Esta vez, Ezequiel se ha dado un golpe en la pierna. Está exhausto. Cuando está a punto de abandonar el caballo, decide que no, que va a intentarlo otra vez. Parece que el animal lo comprende. Ezequiel le vuelve a acariciar el lomo. Da un nuevo salto y se coloca encima del animal, que lleva una brida. Poco a poco, Ezequiel lleva el caballo trotando, o mejor se diría, el caballo lo lleva a él. En su rostro se dibuja una visible alegría. ¡El caballo le obedece!

—¡Soy Simón Bolívar, el Libertador de América! —exclama Ezequiel, al tiempo que ensaya un gesto triunfal—. ¡Soy Simón Bolívar! —repite.

El caballo relincha.

—¡Ezequiel! —grita la madre desde lejos—. ¡Ezequiel!

—¡Mamá Paula! ¡Ya sé montar a caballo!

—¡Ten cuidado, muchacho, que te puedes caer, ese animal es muy grande!

—¡Qué va, mamá, no me caigo, soy un soldado combatiente!

—¡Mira que tu tío Juan se va a poner bravo! —le advierte Paula.

Ezequiel obedece; se apea del potro y va al encuentro de su madre. El niño vuelve sudoroso, alegre de haber cumplido su proeza del día.

—Perdone, mamá, es que me gusta mucho ese caballo, —dice el niño de diez años, que ya da muestras de su vigor. Le brilla el pelo rojizo; de sus ojos azules brota una luz diáfana. Su madre está muy orgullosa de él.

—Mamá, mi papá Alejandro era muy valiente ¿verdad?

—Sí, hijo, era un hombre fuerte y valiente…

—¿Murió peleando por la patria?

—Sí, hijo, tu padre murió en la guerra de Independencia, peleando por la patria.

—¡Yo también quiero montar a caballo y pelear por la patria!

—Ahora anda y recoge las frutas para hacer los dulces, Ezequiel…

Ezequiel va a buscar una cesta y se adentra por un sendero cercano a recoger las frutas. Las desprende de las ramas y las huele; percibe el aroma de la guayaba y toma aire para sus pulmones.

En la casa, Carlota y Genoveva continúan en la cocina haciendo los dulces. Mientras, otras dos mujeres se acercan por un camino, dos mujeres con ropas muy humildes se aproximan con mucha timidez a la casita de Paula, y llaman.

Paula sale a atenderlas. Una de ellas se ve muy abatida. Está llorando. Se llama Elvira. Es la menor de las dos.

—Perdone usted señora… es que venimos a pedir su ayuda por si tiene por aquí algún remedio para mi tía Isabel, que está muy enfermita…

—¿Y qué siente?

—Está prendida en fiebre, y no puede trabajá… los señores salieron para la ciudad y no sabemos qué hacer… los peones están trabajando lejos y mi tía ya empezó a temblá, ni siquiera puede andar… tamos asustás…

Paula las invita a pasar; la señora tirita; de su boca salen sonidos guturales, gemidos de dolor.

—Acuéstela en ese catre —dice Paula—. Voy a ponerle una cataplasma. Va a la cocina y pone unas yerbas en una olla, mientras moja unos trapos con agua, unas compresas que luego pone en la frente de la enferma. Después Genoveva trae una taza con infusión, y le da de beber a la señora.

—Dios mío —dice la señora juntando sus manos contritas—. ¡Haz que mi tía sane! —y empieza a rezar y elevar oraciones a nuestro señor Jesucristo.

Las cuatro se encuentran rezando ahora junto al catre, cuando aparece Ezequiel en la puerta.

—¿Qué ocurre, mamá?

—Ven, Ezequiel, acércate, vamos a orar para que esta señora sane, que se encuentra enferma…

Ezequiel se sienta en el suelo junto al catre en actitud asombrada, aún muy impresionado por la escena que ha encontrado en el interior de su casa, aquella escena de todos orando es una estampa patética. Así están por espacio de una hora. Apenas han probado bocado. Al rato, Genoveva trae para todas algunas arepas y queso, y un poco de café. Cuando la enferma da muestras de mejoría, Paula se levanta a la cocina y trae una nueva taza de infusión para la convaleciente. La mujer ha sudado la fiebre y el té de hierbas ha hecho efecto. Logra sentarse en la orilla del catre y reconocer a cuantos le rodean. Da las gracias a la familia, con voz cansada.

—¿Se siente mejor? —pregunta Paula.

—Sí….

—Ese té que prepara mi mamá es mágico —dice Ezequiel.

—Tome, tenga este preparado de yerbas para que tome por la noche. Siga poniéndose compresas si le repite —le dice Paula a la muchacha—. Y llévense estos dulcitos, son dulces de los que hacemos aquí.

—Que Dios me le pague, señora —dice la muchacha—. Debemos irnos ya, se está haciendo tarde, y es largo el camino de regreso.

—Sí, vayan poco a poco, es como una hora hasta la hacienda, y el camino está bueno, no está lloviendo…

—Los acompañamos hasta medio camino —dice Paula—. ¿Verdad Ezequiel?

—Sí, claro, mamá….

El cortejo camina con las mujeres por el sendero, atraviesan una pequeña quebrada, el camino está despejado y ellas pueden avanzar.

Se despiden. Paula y Ezequiel ven alejarse a las dos mujeres por el camino.

—¿Por qué vinieron hasta acá, mamá? ¿Por qué no las atendieron en la hacienda? —pregunta Ezequiel.

Los amos están en la ciudad y los peones trabajando, lejos de la hacienda hoy…la señora estaba más asustada que enferma. Pobrecitos.

Ezequiel se queda pensativo.

—¿Cómo se llama el dueño de la hacienda, mamá?

—Luis de Céspedes… un hacendado español.

—Háble me más de él, mamá.

—Estoy muy cansada, hijo, vamos a terminar de llegar —dijo Paula, tomando a su hijo de la mano.

—Tendremos que comer algo y luego descansar. Mañana nos espera un largo día de trabajo. Acuérdate que el lunes debes ir a la escuela, que empiezan las clases temprano y tú vas muy bien en tus estudios. Tienes que echar pa'lante hijo, porque tú eres muy inteligente y debes seguir estudiando para que progreses, para que todos progresemos. Por cierto, hijo, qué bueno que pudiste montar ese caballo, te veías muy bien…

—¿Sí, mamá, verdad que sí? Yo quiero montar rápido para tener caballos nosotros y ayudarnos mejor en el negocio de los dulces.

—Claro que sí, Ezequiel, tenemos que seguir adelante, trabajando y estudiando también.

—Mamá ¿la gente pobre nace pobre y la gente rica nace rica? Nosotros no seremos siempre pobres ¿verdad mamá?

—No, hijo, pero llegar a ser ricos no es nuestro sueño. Lo importante es que vivamos en paz y que haya justicia.

Ezequiel se quedó un rato pensativo. Y no preguntó nada más. Apretó fuerte la mano de su madre y luego miró sus ojos, unos ojos grandes y tristes que siempre le habían sugerido los pensamientos y sentimientos más puros.

Capítulo II

Juan Caspers llega a la casa de Paula muy temprano en la mañana. Va a visitar a Carlota, su prometida. Viene de hacer un largo recorrido desde Maracay y Villa de Cura, donde comercia con ganado. Les dice a Paula, Carlota y Ezequiel que la leche, el queso, la carne y el cuero se están distribuyendo en pulperías y haciendas, fincas y establecimientos. Son buenas noticias que la familia celebra. Juan ha venido en burro abriéndose paso entre las trochas; ha llevado al jumento al corral donde está el caballo. Ezequiel lo mira con emoción, pues Juan trae noticias interesantes de la ciudad. Después de comer cachapas de maíz con queso, tomar café y compartir un rato, Ezequiel ya debe marchar a la escuela. El tío Juan se ofrece llevarlo en el caballo. Van en busca del potro marrón a quien el tío llama «Cafecito» para ir ambos en el animal hasta la escuela donde recibe clases Ezequiel. Toman la ruta y pasan frente a la hacienda de José Céspedes. Ya el tío Juan tiene noticias de cuanto ha ocurrido el día anterior con la señora enferma y de la ayuda prestada por Paula. Continúan por el sendero; a lado y lado se observan los sembradíos de la hacienda, vastas extensiones de caña, cacao y café; de vez en cuando se atraviesa un puerco o una gallina; por allá un zamuro desciende y se posa en el cráneo disecado de una vaca; los olores de las flores silvestres, del mastranto y de la bosta construyen un aroma penetrante que invade el ambiente; el sol insiste con sus rayos y saca más verdor de las hojas.

Ezequiel va asido del torso de su tío Juan y así, poco a poco, llegan frente a la escuelita donde Ezequiel va a recibir clases. Su

tío le promete que de regreso lo pasará buscando. Ezequiel se apea del caballo no sin antes acariciar las crines de Cafecito y después entra a la escuela, una casa humilde con sillas rústicas donde dos maestras aguardan a los niños para enseñarles rudimentos de gramática, geografía, lenguaje, historia y matemáticas. A Ezequiel le entusiasma mucho todo aquello, aprender más cosas que luego comentará con su madre, su tío y sus hermanas. Admira mucho a su maestra Sebastiana, una mujer muy dulce, entrada en años, comprensiva con los chicos y las muchachas que atienden a cuanto dicen acerca de la historia de otros países europeos, chinos o asiáticos, imperios perdidos como China, Egipto, India, Arabia, Mesopotamia; o habla de los mayas o los incas, pero siempre lo hace con entusiasmo, como si ella misma participara como personaje de esas historias, y eso le gusta a Ezequiel. Otros días les habla sobre gramática y sobre la lengua española, les habla de los sustantivos, adverbios, adjetivos, conjunciones o conjugaciones, y eso también la gusta a Ezequiel, que lo comparte con los otros amigos de la clase; se sientan en el patio, mordisquean un dulce y toman agua. Ezequiel tiene el pelo colorado y encrespado; en su rostro hay pecas y se pone rojizo fácilmente; incluso se ruboriza cuando alguna niña bonita lo mira. Los ojos azules de Ezequiel brillan cuando lee y luego mira al cielo, intentando comprender. Atiende la clase hasta el mediodía y luego se queda en el patio junto a otros niños echando cuentos de espantos, leyendas de las sabanas. Hay una niña de tez oscura que es muy delgada y tiene un gesto muy triste en la cara: es la hija de una esclava de una de las haciendas cercanas y apenas habla; cuando la maestra Sebastiana le pregunta algo, la niña mira hacia los lados y después responde, muy titubeante, aunque casi siempre sabe la respuesta. Hay otra niña que es blanca como Ezequiel, con el cabello rubio y los ojos claros, que va muy bien vestida y lleva zapatos de los buenos; nadie en el colegio lleva unos zapatos más lindos que esos, y cuando alguien le pregunta dónde ha comprado esos zapatos, ella no sabe responder. Hay otro chico que parece indio, de pelo lacio y mirada huraña, que casi no habla. Es fuerte e inteligente, pero apenas sonríe, aunque siempre hace a la maestra Sebastiana

preguntas muy interesantes. En el salón hay como veinte niños hijos de agricultores, peones, esclavos.

En un salón aparte asisten cuatro niños hijos de hacendados que reciben clases del director de la escuela; entran y salen por una puerta aparte y no tratan con los demás niños. Los vienen a traer y llevar en caballos muy bonitos, de ellos no se saben ni sus nombres, y apenas se les permite acercarse a los otros. Una vez una niña morena de ese salón se acercó a Ezequiel y le regaló un pedazo de torta, lo cual fue para Ezequiel un gran acontecimiento. Pedro, el mejor amigo de Ezequiel en el salón, se dio cuenta y se lo comentó a él y Ezequiel se ruborizó. Le dijo que aquella niña se llamaba Alba, y desde ese día Ezequiel anduvo como ilusionado con aquella niña.

Lo que más le gusta a Ezequiel es cuando la maestra Sebastiana habla de Simón Bolívar. De inmediato Ezequiel recuerda que su papá Alejandro fue soldado del Libertador, y entonces el pecho se le hincha de orgullo. A veces en las noches sueña con Bolívar, se lo imagina en su caballo blanco pasando los Andes, se sumerge en un estado de alegría heroica y adquiere una personalidad distinta, que dura algunos minutos. Ese día justamente Sebastiana habló de historias acerca de las tribus indígenas que poblaban Venezuela, habló del descubrimiento de América, de Cristóbal Colón, de los soldados y sacerdotes españoles que llegaron a tierra venezolana con el mensaje de Cristo y el mensaje de la civilización, y también dijo que había que tener fe, creer en Cristo Dios porque la fe es lo único que puede salvar al hombre de sus pecados.

En Aragua hay algunas iglesias y la gente acude a ellas a orar por la familia, por la salud y por el orden, para que Dios nos prodigue el pan de cada día. Sin embargo, Ezequiel ve que hay niños indios y niños negros con hambre, con más necesidades que él; ve niños tristes que no tienen ni para llevar pan a la escuela para comer, le ha preguntado varias veces a la maestra y Sebastiana le responde que, tarde o temprano, Dios se acordará de ellos y les dará de comer, pero hay que hacer muchos sacrificios y tener fe. Ezequiel respeta y admira mucho a su maestra y sabe que todo lo que ella dice es verdad.

Por ahí viene ya acercándose el tío Juan montado en el potro Cafecito, y Ezequiel los divisa desde lejos. Se despide de su maestra y sus amigos; mira hacia el salón de los niños educados de la hacienda, a ver si por casualidad ve a Alba, la niña bonita que le ha regalado el pedazo de torta, pero no logra distinguirla; quizá ya se ha ido.

Ezequiel va corriendo hacia donde está su tío, da un salto y cae a sus espaldas en el lomo del caballo, por lo cual Juan está sorprendido. El potro da un respingo y se pone en movimiento de regreso.

—¡Te ves contento Ezequiel!

—¡Sí tío, me gusta mucho venir a la escuela!

—¡Qué bien!

Cafecito bufa y luego emprende camino hacia la casa. Cuando al rato pasan frente a la hacienda de los Céspedes, ven a un peón saliendo de la hacienda, corriendo y dirigiéndose a ellos.

—¡Ea! —gritó el peón.

Juan Caspers detiene el paso del caballo.

—¡Señores! —grita de nuevo.

—¡Qué se le ofrece!

—Es la señora de la casa, que quiere hablar con el niño Ezequiel.

—¿La señora…?

—¡Sí, ella dice que si puede hablar un momentico con ustedes, que pasen adelante!

Con gesto incrédulo ambos siguen al peón a través de un camino muy cuidado, de césped bien cortado, todo limpio. A la entrada de la hacienda hay un estar con sillas de cuero repujado, brillante, el piso muy pulido; hay materos, aguamaniles, tinajeros, jaulas con pájaros, escudos y blasones en las paredes, escopetas cruzadas y hasta cabezas de animales disecados, venados, báquiros. Hacia atrás, un patio con caballos finos, reses pastando.

Una señora se levanta de un sillón de cuero y va a recibir a los visitantes. La brisa sopla, fresca.

—Buenas tardes, señores, como están, quisiera hablar un momentico con el niño… ¿cómo es que te llamas?

—Ezequiel.

—Ah, Ezequiel, sí… que les quería agradecer porque el otro día les dieron ayuda a las sirvientas de aquí, y por haberles regalado esos dulces.

—Ah, sí…por nada, señora.

—Te quería preguntar, Ezequiel, ¿esos dulces los hizo tu mamá?

—Sí, los hacemos nosotros en la casa.

—Si quieren les ofrezco un cafecito.

Juan está asombrado. Se baja del caballo con Ezequiel y ambos caminan hacia donde está la señora, y se sientan en unos bancos de madera. Un señor viene con una bandeja trayendo varias tazas de café humeante.

—Ah, bueno —dice la señora—. Les quería decir que esos dulces nos han gustado mucho y que si quieren hacer más, aquí se los compramos por cantidades grandes —dice—. Para que le digan a su mamá a ver si quiere… cómo es que se llama ella…

—Paula.

—Sí, bueno, dígale a Paula entonces que si quiere puede hacernos más dulces y se los pagamos bien ¿oyó?

—Ah bueno, se lo diré —responde Ezequiel—. ¿Y cómo sigue la señora?

—¿La señora?

—Sí, la señora que estaba enferma ayer…

—Ah, sí, ella está bien, es que ellos se quejan mucho por todo, de cualquier cosita y ya dicen que se están muriendo, pero ella ya se curó.

—Ah, qué bueno…

—Mucho gusto.

—Ha sido un placer…

Después de haber bebido el café, Ezequiel y su tío Juan ponen las tazas en la bandeja y el sirviente se retira. Se vuelven a montar en el caballo mientras un peón corre a abrirles de nuevo el portón de la entrada.

—Pues mira, Ezequiel, que los dulces le han gustado a la señora Céspedes. Es una buena noticia.

Siguen andando por el sendero. Ezequiel ha experimentado una sensación muy extraña. Tantos años viviendo ahí cerca y

nunca había estado en una casa de hacienda, tan bonita, ni visto objetos como aquellos. Se lo comenta a su tío.

—Tío, ¿de dónde vienen esos fusiles y esos escudos que estaban en las paredes?

—De España, Ezequiel, esos escudos son españoles. Los hacen ebanistas, gentes de otra parte, gente rica y acomodada.

—Mi mamá me dijo que nunca hay que aspirar a ser rico, que lo mejor a que podemos aspirar es a vivir en paz y que haya justicia.

—Sí, es la verdad, Ezequiel, tu mamá te ha dicho una gran verdad.

Ezequiel se agarró fuerte del tórax de su tío Juan y sintió la piel olorosa del caballo, aquel sudor copioso y el olor fuerte, mezclado con el otro sudor de su tío Juan.

Capítulo III

El General se asomó por una de las ventanas de Palacio, llevando su mano derecha al mentón. Tiene ahora el entrecejo fruncido, el semblante contrariado. Después da unos pasos por el salón con los brazos cruzados hacia atrás, mirando hacia el piso. Estaba esperando a Carlos Soublette para hablar con él, pues la situación se está tornando preocupante.

Se sentó frente a un gran escritorio de caoba donde reposan documentos, cartas, notificaciones, libros, tinteros, plumas. Revisó nervioso los documentos sin poder concentrarse, sorbió un trago de agua de una vasija de barro. Volvió a asomarse por el balcón. Llamó al secretario del despacho para preguntarle por qué Soublette tardaba tanto.

—Está por llegar, mi General, viene en camino. Lo que pasa es que ha llovido mucho. Hacía un calor sofocante, la atmósfera estaba reseca. El tiempo transcurría lento.

Al fin apareció Soublette. Venía acompañado de dos edecanes, a caballo. Subió presuroso las escaleras de Palacio, hasta el despacho del General Páez. Bebió un vaso de agua, luego le llevaron café. Se quitó el sombrero y se sentó frente al escritorio de Páez.

—Ha estado lloviendo mucho, mi General.

—Mejor así, para las cosechas… —respondió Páez.

Después llegó otro oficial y se unió a la reunión. Se le cuadró a Páez con las debidas reverencias. Páez les invita a ambos a sentarse.

—José Tadeo Monagas ya está cansado y enfermo. Y no ha podido controlar la situación. Hay que llamar a unas nuevas elecciones para que el pueblo se vuelque al proceso electoral y se le olviden las protestas —dice Páez con gesto grave, sin mirar a ninguno de ellos en especial—. He convocado a esta reunión de emergencia porque este gobierno necesita afianzarse más. Nuestra fuerza se está dispersando y necesitamos más control de la situación. Se han detectado brotes de insurgencia aquí en Caracas y en otras ciudades del Llano y del Centro, peones y esclavos están abandonando sus trabajos en las haciendas y reuniéndose por ahí a escondidas, están reclamando muchas vainas y esto nos tiene preocupados. La agricultura y la ganadería están decayendo y se ha desatado una fuerte fiebre amarilla por muchas ciudades. He enviado muchas cartas a comandantes en todo el país, y están perdiendo el control de la peonada y de los campesinos. Hay que poner orden, señores, nombrar un nuevo gobierno con gente capaz que pueda controlar la situación, pero todo esto debemos hacerlo llamando a unas elecciones, tenemos que poner aquí un Presidente que se encargue de vainas prácticas, mientras yo controlo las relaciones con otros países y hablo con los hacendados decentes que todavía nos quedan en este país. Los he llamado aquí por eso, para que nos integremos más.

—Estamos de acuerdo, mi general, diga usted lo que tenemos que hacer —repuso Soublette.

—Bueno, para no darle más vueltas a este asunto, yo creo que nombrando al General Carlos Soublette como nuevo candidato a la presidencia de la República podemos equilibrar las cosas. Usted General —Páez esta vez miró a Soublette directo a los ojos—, representa una nueva fuerza política muy clara, creo que la gente puede confiar en usted para que el país no se salga del redil, para que la gente recapacite y no sigan con más reunioncitas y comanditas por ahí, leyendo esos pasquines que los tienen como locos. Yo no quisiera ponerle mano dura a los peones y los esclavos, porque la vaina se nos puede ir para otro lado. No sé qué opina usted, General.

—Yo creo que es una salida muy acertada de su parte, General Páez, acepto la responsabilidad.

—El General Soublette reúne las condiciones para ocupar la primera magistratura en este momento, pues estamos en una coyuntura —dijo el Coronel que le acompañaba.

—Sí, eso mismo, una coyuntura, esa es la palabra —dijo Páez—. Eso es precisamente, la historia se compone de coyunturas que hay que superar. Y esta es una de ellas.

Soublette se levantó de la silla con un aire de parsimonia y dijo:

—No digo más porque ustedes han expuesto los argumentos, señores, aquí lo que está en juego es la tranquilidad del país.

—Yo concuerdo con ustedes —dijo el oficial—. Aquí lo que hay que hacer es movilizarse por todo el país para promover las nuevas elecciones, para que sea postulado cuanto antes al General Soublette, hay que recorrer el país de punta a punta para ir solucionando los problemas.

—Yo siempre he creído en la paz y el orden —afirmó Páez—. En este país hay gente respetable que maneja el comercio y la agricultura, y hacendados que hacen sus negocios en paz, negocios con el ganado que dan de comer también a los peones y esclavos, para que éstos también tengan sus hijos y sigan haciendo su trabajo de agricultura, y su trabajo doméstico en las haciendas sin perturbar a nadie, pues la paz de este país hay que resguardarla a como dé lugar, ¿no creen ustedes?

—Claro, mi General, la paz es lo más importante —dijo Soublette.

—Bueno, entonces no se diga más. Voy a preparar todo para esta misma semana. Primero debemos notificar de esto a todos los presidentes de los estados para que estén preparados, y para que en las guarniciones estén alertas. Coronel, usted encárguese de eso ahora mismo.

—Claro, mi general, con su permiso —dijo, haciendo sonar los tacos de las botas y cuadrándose para retirarse.

—Bueno, General Soublette, entonces usted se queda por aquí para ir afinando unas cuantas cositas para las elecciones.

—Claro, mi General…

—Ya le tengo todo arreglado en la residencia. También me encargaré de dar la noticia a los diplomáticos de otros países, para

que esto se sepa en todas partes, sobre todo en Colombia. Yo ya estoy un poco viejo para enfrentarme solo tantos problemas. La gente cree que soy un dictador, y no es así. Por eso mismo hay que hacer las elecciones.

Soublette es un hombre elegante, culto, serio, que inspira respeto. Nunca hace bromas, ni chistes, ni ironías. Ha disfrutado de la confianza de Bolívar y de Páez; se le han dado los más altos cargos civiles y responsabilidades militares. Páez recuerda su memorable actuación en la batalla de Las Queseras del Medio; pero sobre todo admira en él su cultura, su capacidad diplomática para el diálogo.

—Antes de las elecciones, voy a ir pensando en el equipo de gobierno, para que todo marche sobre ruedas, General —confirma Soublette.

—Sí, hay que llamar a los hombres más talentosos para que integren el Gabinete, porque esas elecciones las ganamos sea como sea —afirma Páez.

—Así se hará, General Páez —dice—. Ahora con su permiso voy a retirarme a la residencia, porque el viaje ha sido largo.

—Adelante, General, entonces nos encontramos en la noche para cenar.

Capítulo IV

El día es radiante en la hacienda de los Céspedes. Paula, Ezequiel y sus hijas se han ido a laborar allí, como domésticas y cocineras, mientras Ezequiel ayuda con la agricultura y el ganado de la hacienda, pero sin dejar de ir a la escuela, que es en verdad lo que más le interesa, el estudio y la lectura, el conocer la historia; quiere escribir, saber más sobre el mundo. Su madre siempre le ha estimulado a ello y Ezequiel le ha respondido muy bien. También le gusta el comercio y hablar con la gente, saber de sus preocupaciones y aspiraciones. No se conforma nunca Ezequiel, hace preguntas acerca de todo, del porqué de esto, del porqué de lo otro. Su mamá disfruta mucho con esa preguntadera de Ezequiel, sabe que le va a ir muy bien si estudia, va a prosperar y va a lograr muchas cosas para la familia cuando crezca y sea un gran militar o un gran abogado, quizá.

A Ezequiel le gusta mucho el comercio también. Sabe vender dulces, frutos y carne. Sabe matar gallinas, maneja bien los cuchillos, sabe nadar en el río y cabalgar. Paula está orgullosa de él por eso, hace el esfuerzo para que él vaya a la escuela a estudiar historia, lo que más le gusta. Cuando esté más grande irán a Caracas y a Villa de Cura a estudiar en un buen colegio.

Doña Elvira de Céspedes es una señora muy organizada. Tiene la hacienda muy bonita y limpia, esclavos atendiendo la tierra y cocinando, limpiando la casa, cuidando los jardines, los cuartos y las camas, lavando las sábanas y la ropa, que luego tienden al sol, planchan y llevan a los escaparates. Es muy arduo el trabajo de la hacienda; la paga es poca y la comida escasa para los

peones y agricultores. A veces se enferman y pasan hambre; también mueren las vacas o las gallinas de enfermedades que vienen de no se sabe dónde.

Los dulces que hacen Paula, Genoveva son el encanto de la doña Elvira. Se relame cada vez que los prueba, dice que son los mejores dulces que ha probado. Paula pasa casi todo el día haciendo los dulces en una cocina amplia, con muchos fogones y ollas de barro, leña y todo muy bien organizado, por lo cual el trabajo rinde más. Ezequiel está medio día en la casa y medio día en la escuela. Doña Elvira les ha dicho que pueden quedarse por las noches en un cuarto de la hacienda, para que estén más cómodos y no deban trasladarse todos los días a la casa, pero a Ezequiel casi no le gusta la hacienda, a pesar de que la escuela queda más cerca de la escuela y a veces viaja con los niños de la hacienda para la escuela y se da cuenta de que los niños que reciben las clases parte son quienes viven ahí, son los nietos de doña Elvira de Céspedes, hijos de su hijo mayor José Ricardo, capataz de la hacienda, un hombre alto y fornido que llega de vez en cuando a impartir órdenes. A veces se acerca a Paula y a Ezequiel a saludarles y a hacerles preguntas que los ponen nerviosos, y no saben cómo contestar. José Ricardo tiene voz recia, es alto y catire, tiene don de mando, dinero, maneja salarios, llega con cargamentos, sacrifica animales, come y bebe, a veces se emborracha con sus socios.

Ezequiel mira a José Ricardo con una mezcla de respeto y miedo.

—¿Cómo va la escuela, hijo? —pregunta Paula a Ezequiel.

—Bien mamá, ya voy a terminar, dentro de poco debo seguir estudiando para licenciarme en leyes, quiero aprender más.

—Sí, hijo, si dios quiere…

Ezequiel ve que José Ricardo se acerca mucho a una cocinera, a una mulata de nombre Flor, que ayuda a Paula en la hechura de los dulces.

—Esos dulces de doña Paula son muy buenos, ¡uuhhmm! —exclama, probando una tajada de toronja que destila el melao hacia su lengua—. Mira a la mulata Flor, que tiene una piel delicada, una carita fina, es joven y sonríe con inocencia.

Un día por fin llegó el hacendado mayor, Luis de Céspedes, el esposo de doña Elvira y padre de José Ricardo. Cuando aquel señor llegó, se organizó una fiesta que duró todo un día. El Don traía buenas noticias de nuevos negocios con el gobierno para el bien de los hacendados. El señor reía y celebraba con entusiasmo, bailó con doña Elvira y bebieron vino importado, asaron un becerro y comieron mucho, compartiendo algo con peones y siervos. Ezequiel vio cómo el señor José Ricardo se le acercaba a la mulata Flor por allá, debajo de un árbol, y ella no sabía qué hacer, estaba nerviosa corriendo de allá para acá.

La fiesta siguió hasta la madrugada. Doña Elvira y los hombres continuaron hablando hasta tarde; hablaron de negocios; discutían, decían groserías, gritaban y decían frases que sólo ellos entendían, hasta que José Ricardo se quedó dormido en un chinchorro en el patio, y Don Luis en una silleta de cuero. Doña Elvira los dejó tranquilos. Ahí amanecieron picados por los zancudos. Se dieron un buen baño, desayunaron y se tomaron unas buenas tazas de café cerrero. Se volvieron a acostar a dormir, y al mediodía estaban como nuevos. Acomodaron las sillas de montar en los caballos y se marcharon.

Después de esta fiesta el ambiente de la casa cambió. Las cosas se aclararon más. Mama Paula enfermó de gripe y mis hermanas estaban muy nerviosas, se iban a dormir a nuestra casa; no les gustaba pasar allí la noche. Ezequiel terminó la escuela, y estaba muy contento. Pero Paula no se sentía nada bien; no estaba tan enferma sino triste, decaída. Le dijo a Ezequiel que no quería seguir trabajando en la hacienda, que debían tratar de superarse por otro lado.

—Como tú prefieras, mamá, creo que vamos bien.

—Sí, vamos bien, hijo mío, pero no hablaba de nosotros nada más, Ezequiel. Tú debes ir a estudiar a la ciudad.

—Sí, claro mama, yo voy y me las arreglo.

—Sí, pero vamos contigo para Caracas, Ezequiel, porque nosotras también queremos superarnos. Tenemos que buscar la manera de hacer esos dulces aquí y llevarlos a Caracas. Yo sé que vamos a tener suerte, pues somos un buen equipo.

—Sí, Mamá, así es. Pero eso no va a ser fácil, tenemos que hacer un esfuerzo grande.

—Pero sí lo vamos a lograr —dijo Paula.

Una vez más, Ezequiel confía en su madre. Ella tiene una gran fuerza en la mirada, y en las palabras.

Capítulo V

Los ojos de Ezequiel apenas creen lo que están viendo. Va acompañado de su madre Paula, de su hermana Carlota y de su padrastro Juan Caspers por plazas y esquinas de Caracas; su vista recorre los espacios de la ciudad con una curiosidad insaciable. El paisaje es completamente distinto al del campo de Cúa, al de los potreros, fincas y ríos de su tierra natal, las costumbres otras, diferentes los modales y las maneras de hablar y de comunicarse.

Una tarde, Juan Caspers acompaña a Ezequiel a inscribirlo en una Escuela de Primeras Letras situada en la esquina de Las Mercedes, mientras Paula y su hija Carlota se dirigen a la que será su nueva casa. El clima de Caracas es más fresco y la brisa peina con suavidad las copas de los árboles en la plaza central de la ciudad. Nunca había visto carruajes y gente tan bien vestida, mujeres con hermosos atuendos y sombreros, caballeros elegantes. Por doquier hay haciendas y fincas con jardines de flores, patios bien limpios y organizados con animales, matas de guayaba o granada, semerucos.

Ezequiel y Juan atraviesan varias plazas antes de llegar a la Escuela de Primeras Letras. Juan conoce al director de la misma, Vicente Méndez, un hombre culto, ilustrado, sabe varios idiomas incluyendo el francés, un idioma sonoro en el que están escritas tantas novelas importantes, obras de filosofía y literatura; el francés es el idioma de Napoleón Bonaparte, el idioma de la Revolución, de Robespierre y de otros revolucionarios. Caspers y el profesor Méndez hablan un rato en francés y Ezequiel está asombrado con el sonido de esa lengua. Ahí en la escuela va a

aprender aritmética, idiomas, gramática, historia y religión; quizás aprenderá francés también, pero ese idioma no le va con su vida, con su realidad personal. Poco a poco Ezequiel va habituándose a la escuela; empezará a tener amigos ahí: José Manuel López, Pedro Medina, Manuel María Echeandía. Sobre todo, Manuel María se convierte en un gran amigo suyo en la escuela; junto con todos ellos, durante los fines de semana practica la natación, monta a caballo o sale de excursión por las montañas cercanas a Caracas, viajando distancias considerables a pie o a caballo; su cuerpo se va preparando lentamente a las pruebas físicas; la agilidad y la fortaleza se vuelven características suyas y pasan a formar parte de su complexión física; sus amigos celebran en él estas cualidades. Se hace hombre. Sus sentidos se aguzan y sus capacidades intelectuales y mentales se afinan para la lectura y la interpretación de los acontecimientos, sociales o políticos.

Ezequiel viaja a menudo al estado Guárico acompañando a un pariente suyo, abogado, a hacer negocios de venta de ganado; también lo hacía con Juan Caspers con frecuencia, a quien también le iba bien en ese rubro; va averiguando todo lo relacionado a la compra y venta, trámites en los tribunales, pero también a las bodegas, a los mataderos y allí se fijaba en todo, en cada detalle, en el lenguaje de los comerciantes, los términos de los leguleyos y los picapleitos. En el matadero observa la manera de sacrificar a las reses, desde que le dan la primera cuchillada hasta la manera de desangrarla, de tasajearlas y despresarlas con grandes cuchillos filosos; la precisión de que hacen gala los carniceros para separar las partes de la carne, separar el cuero que usarán en sillas y taburetes, todo: desde los tasajos enormes hasta los cortes pequeños, y luego la manera de llevar en los hombros la carne hasta ponerla en los garfios de hierro, lavarla, limpiarla, sacarle la piel y todo aquel proceso al cual él se une. Al principio tenía pesadillas con las muecas de las reses, con los ojos fuera de sus órbitas, con las cabezas decapitadas y los chorros de sangre, pero todo aquello le fue forjando el carácter, a la par de otras prácticas de albañilería y carpintería al lado de otros jóvenes y amigos artesanos con quienes compartía todo, desde los almuerzos hasta el dinero; se reunían en diversas casas de obreros y trabajadores a

repasar las clases de gramática, de historia universal, de América y Venezuela; a veces se les unen Caspers y Méndez a grupos de estudiantes, obreros y campesinos, aportando datos significativos en lo económico o lo social, de cómo Venezuela se iba haciendo dependiente de otros países como Francia y los Estados Unidos; Méndez y Caspers iban exponiendo y explicando con detalle cómo se llevaban a cabo las transacciones, cómo operaban los negocios en el exterior a través de los pactos con comerciantes y hacendados, y de cómo los nuevos presidentes de Venezuela se prestaban dócilmente a ello.

Caspers en cambio evitaba hablar de religión, pues tenía opiniones muy particulares y duras sobre el tema, una concepción muy propia e individual sobre Dios y otra muy diferente de la Iglesia, y cuando Ezequiel le inquiría más sobre cuestiones sagradas, Caspers se iba por las ramas o hablaba de filosofía, de autores clásicos griegos, de poetas latinos y románticos de Europa, y eso le gustaba a Ezequiel: la memoria prodigiosa de su tutor para retener versos de Lamartine y de Víctor Hugo y de filósofos como Kierkegaard; en fin, la imaginación de Ezequiel volaba en las palabras de Caspers; le admiraba tanto, le amaba como a un padre, pues Juan siempre estaba ahí en el momento preciso.

Sus amigos también le acompañaban no solamente en las aulas de clase, sino también en algunas aventuras sentimentales con chicas, niñas estudiantes de sus mismas edades que aparecían en las plazas, en los jardines o en los pasillos de la escuela, chicas tímidas unas, otras angelicales que se ruborizaban de nada, con las cuales había que tener obligatoriamente uniones formales, en el caso de sostener con alguna de ellas una relación amorosa.

De esta manera, Ezequiel pasó todos aquellos años de su primera juventud en medio de una relativa tranquilidad; tranquilidad que muchas veces resultaba inquietante, pues estaba llena de latencias, de sospechas internas acerca de cuestiones inconfesables.

El ambiente de Caracas era sobrio y calmo entonces, pero aquella calma, excesiva a veces, era también sospechosa, una calma impuesta, una paz elaborada por otras personas. Para romper aquella rutina apacible salía con su padre adoptivo a otros

estados o poblaciones, a San Francisco, a Apure, al Pao, San Juan o Cura, donde su vocación por los negocios del ganado comenzaba a dar frutos concretos. Juan Caspers estaba orgulloso de Ezequiel porque veía crecer en él varias inquietudes simultáneas: la habilidad para el comercio legal y la capacidad de organización mental; por otro, la inquietud social, la sed de justicia que a diario era recompensada por la lectura de obras revolucionarias de Europa y América, sobre todo de aquellas obras que había leído Don Francisco de Miranda del llamado Siglo de las Luces o Ilustración, y el ejemplo recién dado por Simón Bolívar y los guerreros de la Independencia contra España, los ideales que debían proseguirse de cualquier modo.

A su madre llevaba Ezequiel la mayor parte del dinero que producían sus negocios. Le gustaba verla disfrutando de tranquilidad en la casa. En las fiestas familiares y escolares a él le gustaba mucho bailar y galantear a las chicas, lo hacía con vivacidad y elegancia. Otra de sus pasiones eran los animales, sobre todo los caballos; pronto se compró uno y lo montaba con elegancia, haciendo con él largas carreras. Lo otro era la natación; no perdía la oportunidad de nadar en ríos, lagos o quebradas y de pescar en ellos. En fin, la juventud primera de Ezequiel transcurrió tranquila y segura en sus objetivos, sobre todo al comenzar a enseriarse con sus lecturas.

Otra parte del dinero lo ahorraba Ezequiel para donarlo a gente pobre o de pocos recursos. Iba observando cómo día a día y de la manera más dramática las desigualdades sociales se iban pronunciando, cómo los hacendados y adinerados acumulaban cada día más riqueza, y las gentes humildes vivían en condiciones cada vez peores; en cada ocasión que podía, donaba sumas a cocineras, curanderas o madres pobrísimas, que apenas podían dar alimento a sus niños. Se fue haciendo hombre, animado por la rectitud moral y el obrar justo. Luego prestó servicios en la milicia y comenzó a participar de las reuniones políticas en Caracas y en Villa de Cura, a la par de ir generando fondos en sus negocios, pero siempre identificándose con la lucha de la gente oprimida.

La segunda de su vida transcurrió tan rápido que apenas se dio cuenta. Ya había alcanzado los treinta años y su determinación

de entrar en la lucha política y social ya estaba configurada, pues se identificó de inmediato con las ideas de los liberales. Y comenzó a observar los crecientes fracasos de los conservadores en el gobierno, cómo renunciaban los ministros y los presidentes, como por ejemplo el caso del doctor José María Vargas, que había dimitido del cargo por honor, para traspasarlo otra vez a Páez, cuando las situaciones de corrupción los sobrepasaban; cómo iban saliendo los funcionarios, delegados y del servicio público por incompetencia de los miembros de los gabinetes; por otra parte Ezequiel veía cómo se iban formando grupos políticos independientes en Caracas y en otras ciudades para enfrentar las graves circunstancias que se les presentaban a los ciudadanos en la vida cotidiana.

En 1840 nació el Gran Partido Liberal, producto justamente de estas necesidades, y entonces Ezequiel no dudó en aproximarse a las nuevas ideas, mediante el nombramiento de ciudadanos probos en las Cámaras Legislativas, invitando a patriotas independientes y a personas ilustradas a formar parte de los nuevos gabinetes. Era urgente hacer esas reformas, a fin de frenar todo aquello que fuese contra los intereses de la comunidad, ejerciendo el poder a través de la eficacia de las instituciones.

—Hay que detener la exagerada acción de los Bancos, por la cantidad de intereses y monopolios que manejan —dijo Vicente Méndez, en el seno de una conversación en un grupo de estudiantes y trabajadores.

—Sí —repuso Caspers—. Y también es urgente auxiliar a las industrias nuestras, las industrias pequeñas, porque en muchas de ellas está el futuro de nuestra producción agrícola y de ganadería.

—Sí, y hacer un nuevo cuerpo de leyes —intervino Ezequiel—, donde se expresen con claridad las competencias de los distintos poderes, el de la Iglesia, el judicial, el educativo para las universidades y los colegios, para que la educación pueda llegar a todos, y no a unos cuantos, y el pueblo también entre en las decisiones del gobierno, pues ellos están convencidos de que el pueblo por sí solo no tiene la capacidad para gobernar.

—Sí, aún hay tantas cosas por hacer —dijo Caspers—. Si no nos organizamos nosotros, y nos unimos, aquí no va a ocurrir nada, todo va a continuar en esta falsa calma, desesperante.

—Una paz de embuste —dijo Ezequiel—. Aunque también hay cosas positivas, como la creación del periódico *El Venezolano*, un nuevo medio donde los liberales vamos a exponer nuestras ideas, para luego ir a la práctica. Tenemos que usar argumentos contundentes, encontrar la manera de salir de toda esta opresión caudillista, y de la oligarquía —señaló Ezequiel.

—Sí, me dijeron que Antonio Leocadio Guzmán va a ser el redactor en jefe del periódico *El Venezolano* —dijo Méndez—. Y que van a colaborar una serie de notables como Tomás Lander, José Gabriel Lugo y Saúl Gutiérrez; además del adulante, y vaya que escribe bien el adulante ese, que se llama Juan Vicente González.

—Sí, será un buen comienzo con la libertad de prensa —acotó Caspers—. Ahí vamos a colaborar todos. Antonio Leocadio Guzmán escribe muy bien, tiene una lengua viperina suelta, que le gusta mucho al pueblo.

—A mí me parece un demagogo que escribe bien, pero no creo que sea ningún revolucionario, sólo lo hace para llamar la atención y engordar así su grasosa panza de comelón compulsivo.

—Bueno, por ahora lo importante es que el periódico aparezca cuanto antes —dijo Ezequiel.

—Sí, eso es —repuso Méndez—. Ya el pueblo no cree en Páez, porque traicionó a su clase. Al principio creían en él, cuando recién acabó la guerra, pero ahora se comporta de otro modo, concentrando todo el poder sobre él, y engordando como un cochino —dijo Caspers.

—Sí —dijo Méndez—, controla a la Iglesia, a los diplomáticos, a los empleados, a los hacendados y por supuesto al ejército, que es la base de su poder, y eso nos está llevando al desastre.

—Oye, y te enteraste de la fiesta que le acaba de dar a Páez el Marqués del Toro, el tío de Bolívar, qué vergüenza estos adinerados, cómo se entregan los que siempre han sido oligarcas, y les importa un pepino la gloria de Bolívar.

Al salir los primeros números de *El Venezolano*, las reacciones no se hicieron esperar. Al poco tiempo aparecieron los imitadores: *El Centinela*, *El Relámpago*, *El Agricultor*, *El Elector*, *El Tribuno*. Fue una lluvia de diarios que colmaron la escena periodística, y ejercieron una verdadera influencia sobre todo en el pueblo.

Ya se había encendido la mecha de las protestas en el pueblo, reflejadas ahora en los periódicos. Ahora había que emprender la lucha real, organizada.

También había mucha desinformación, mucha ignorancia, y esto dificultaba más las cosas, debido al precario estado de la educación del pueblo, ignorante de las nuevas ideas y de las nuevas formas de organización, ideas sobre el Estado nuevo, sobre una nueva mentalidad. Recientemente se había decretado un conjunto de leyes por parte del gobierno para sojuzgar aún más a la población.

Ezequiel y Juan Caspers siguieron llevando a cabo reuniones con otros, con profesores, periodistas y amigos en Caracas, donde debatieron todos estos temas durante algún tiempo. Pero la situación económica se agravaba más para todos. Ezequiel no pudo continuar sus estudios en la Universidad, pues el pago de la matrícula era muy oneroso, sólo permitido a los oligarcas; además debía trabajar para mantenerse él y su madre, y ya no le era posible fundar una pulpería en Caracas, por los altos costos de la renta; así que logró ahorrar dinero durante un tiempo para montar el negocio de la venta de víveres en Villa de Cura, donde tenía algunos compañeros conocidos que le permitirían no sólo rentar, sino comprar una pequeña casa para vivir y tener la pulpería, y allá se dirigieron después de varias semanas, junto a su madre Paula, a comenzar otra etapa de su vida.

Capítulo VI

Al amanecer, la cúpula de la iglesia en Villa de Cura aparece dominando un paisaje inflamado de luz; los verdes de los distintos árboles y arbustos se mezclan en plazas y pequeños caminos, en veredas por donde pasan burros y chivos arriados por pastores, por agricultores que los llevan a sus corrales. Hombres a caballo, más allá, conducen su ganado a su rediles y haciendas. Carromatos llenos de verduras y hortalizas son conducidos por agricultores y campesinos; otros llevan frutos, tabaco, queso, conservas y dulces que despiden olores mezclados; abejas y avispas revolotean alrededor de los frutos y los agricultores los ofrecen de casa en casa, o pregonan los productos desde una esquina a viva voz, o los llevan a las bodegas para ser expendidos por pulperos y bodegueros.

En la pequeña plaza del pueblo palomas torcaces, codornices o tordos picotean cerca de los árboles y las matas; algunos niños corretean por ahí, saltan a la cuerda, juegan con piedras o trozos de madera, simulan batallas cuerpo a cuerpo con espadas de palo; los jóvenes ayudan a sus padres y madres en labores de ordeño, o a matar a reses en solares para luego expenderlos en bodegas, guindando las presas en grandes garfios de hierro. Casas de adobe rústico, de barro y caña brava, con techos de paja en solares donde se erigen fogones de leña y tapias, budares para colocar ollas y sartenes donde se cocerán los alimentos; el humo sale de las leñas elevándose en el aire con la brisa, la cual sopla de acuerdo a los distintos grados de calor. En los precarios recibos de las casas vemos muebles de paleta, mecedoras, bancos o silletas,

mesas rudimentarias para colocar los alimentos y recibir a los comensales o visitantes. Siempre se desliza por ahí algún gato relamiéndose o maullando, o algún perro detrás de alguna sobra de comida; los gatos van detrás de las lagartijas en los patios, o tras los ratones o cucarachas que se cuelan entre las hendijas de las paredes de barro.

Las mujeres están casi todo el día en las cocinas, preparando los alimentos en fogones o lavando y tendiendo ropa al sol, o cuidando niños. Allí en Villa de Cura, Ezequiel ha debido abandonar sus estudios para ayudar a su madre, se ha visto en la necesidad de practicar la actividad comercial creando una pulpería para vender víveres y materiales, todo lo que pueda comerciar allí. Ha estado arreglando los adobes de las paredes, frisándolos con cal, emparejando el piso y haciendo estantes con la madera de algunos árboles. Ya lleva varios meses en la faena, junto a varios amigos suyos y otros jóvenes con rudimentos de carpintería y albañilería, peones que ha conseguido por allí a cambio de comida y un pago mínimo, mientras Paula hace esfuerzos para que Ezequiel tenga éxito en su proyecto de la pulpería. Observa cómo Ezequiel coloca ahora con un pincel el rótulo «El Valiente Ciudadano», en homenaje a quienes se atreven a enfrentarse a los oligarcas. En los últimos días han estado ocurriendo cosas en las haciendas. Ha corrido rápido el rumor del caso de Timoteo y Tomasa, él un negro esclavo y ella una india sirvienta en una hacienda que estaban enamorados y se veían a escondidas para comunicarse sus sentimientos. Al parecer la señora de la casa los encontró besándose en la cocina y aquello fue todo un escándalo, como si estos fuesen seres que no tenían el derecho de transmitirse sus afectos; después Timoteo se le rebeló a uno de los capataces alzándole la voz y recibió por ello el castigo de dos días sin comer. En cuanto a la india Tomasa, la despidieron del trabajo sin pagarle su remesa mensual. Timoteo la siguió viendo en el pueblo y Tomasa le dijo que no podía verlo más. Timoteo se dio a la bebida unos días; después se reunió con amigos de su raza, quienes les refirieron los problemas que estaban confrontando en sus trabajos, de la poca paga y el excesivo trabajo que debían hacer, sin derecho casi a tener familias propias.

En cuanto a la india Tomasa, vino a buscar trabajo en el pueblo. Habló con Ezequiel y se ofreció a ayudarlo en la pulpería.

—Yo cocino bien, niño Ezequiel, yo sé hacer de tó, hasta trabajos en albañilería y ordeño vacas, mire usté, coso ropa, dejo tó bonito.

Ezequiel le aseguró que trabajaría con él; mientras tanto podría ayudar a mamá Paula en las labores de la casa.

Al lado de la iglesia de Villa de Cura está situada la escuela donde acuden los niños; hay unos pocos libros y llegan periódicos *El Venezolano* y *El Relámpago* donde están reflejadas las nuevas ideas de los patriotas venezolanos como Antonio Leocadio Guzmán. Ezequiel va a la mesa de la escuela donde están los periódicos, cada semana, con una expectación sólo comparable al proyecto de su pulpería. Lleva los periódicos a su casa y los lee con su madre; discuten un rato sobre las ideas contenidas en éstos.

—El General Guzmán dice que llegó la hora de cambiar a este país, que debemos retomar las ideas de Simón Bolívar, abolir la esclavitud y luchar para tener nosotras nuestras tierras, y ser libres.

—Sí, hijo, yo creo que el General Guzmán tiene razón.

——Mamá, nosotros somos blancos, pero también tenemos que luchar para eliminar la esclavitud, y para que los peones y los campesinos logren su libertad también.

—Sí, hijo, la idea es que todos seamos libres, que vivamos en una sociedad sin clases, una sociedad igualitaria, donde cada quien valga por su trabajo, sin ser esclavo de nadie. Simón Bolívar y tu padre lucharon por eso, y nosotros también lucharemos.

Capítulo VII

El general José Antonio Páez decide tomar su desayuno no en el comedor principal de la casa, sino en una mesa situada cerca del patio de la amplia casona. Una sirvienta negra le lleva un buen trozo de carne, yuca, jugo de naranja y café. Degusta el café apreciando su aroma, haciendo pequeños gestos de aprobación. La mañana está radiante. Respira hondo después de comer, camina un rato por el jardín donde algunos pájaros pían, mira las florecillas, los techos de teja tocados por los rayos del sol, mientras la brisa refresca. Lleva una franela y unas alpargatas de tela fina, hechas a su medida; se desplaza hacia uno de los corredores de la casa, en cuyas paredes cuelgan retratos y pinturas donde aparecen paisajes europeos; muchos de los retratos se los han realizado algunos pintores caraqueños contratados por él para resaltar su figura heroica; otros son paisajes vernáculos, bodegones, alegorías europeas. En el centro de la casona hay variedad de flores, orquídeas, jazmines, cayenas; también jaulas con pájaros, canarios, arrendajos. En otro corredor están el tinajero, el aguamanil, las sillas de paleta con algunos cojines, mesitas con cántaros de barro y jarrones; un gato se desliza entre las patas de las sillas y luego va a posarse en un cojín; mujeres de servicio barren, asean, hacen la cama en el dormitorio del General, preparan la ropa que vestirá ese día para la importante cita. El General le pone el ojo a una mulata joven, muy linda, preferida suya, que le ayuda a tomar su baño, a afeitarse y peinarse. El General la mira con ojos pícaros; ella lustra sus botas, le alcanza el traje, le acomoda el cabello.

El General prefiere tener la reunión en privado. La gente está por llegar. Quiere estar cómodo y sentirse libre de los protocolos, para que haya más confianza entre él y el presidente José Tadeo Monagas y su comitiva, sus hombres cercanos. Debe exponer a ellos la necesidad de una nueva elección para pacificar el país, para que la gente acuda a las urnas electorales a votar por el nuevo candidato, Soublette.

José Tadeo Monagas llega a la hora estipulada, diez de la mañana. Se ve nervioso, sabe de antemano el tema que abordarán, sólo que esta vez se va a hacer oficial. Se sientan en las sillas del recibo. Los siervos toman sus sombreros y los ponen en un perchero.

—Qué bien se ve en esos retratos, mi General —anota Monagas—. Se los merece. Nadie tantas batallas ganadas como usted en la Guerra de Independencia, en todas tiene usted primera figuración, mi general.

Páez levanta un poco la cabeza, ante las frases elogiosas de Monagas, pero no dice nada al respecto. Sin embargo, anota:

—En este país acabaron con la cultura. La cultura ahora hay que ir a buscarla a otra parte, a Colombia, a Europa, a Estados Unidos, que es un país próspero. Aquí no hay escritores ni artistas, solo algunos músicos, y eso porque el padre Sojo fundó la Escuela de Chacao. Por fortuna mi sobrino Carmelo Fernández ha estudiado pintura, es un gran dibujante y acaba de fundar una Academia de Arte aquí en Caracas. Fíjese, por ejemplo, aquel dibujo que está allá es de Carmelo —dice, señalando hacia un paisaje de la selva venezolana que está colgado en la pared.

—Bueno, con la cultura no se come, General, aquí lo importante ahora es el comercio, creo que tenemos que reforzar las relaciones comerciales con el extranjero.

—Nosotros tenemos que exportar productos para que nos llegue plata de afuera, y a la vez para que tengamos una mejor relación con ellos, porque nos conviene.

—El trato con los comerciantes aquí se ha vuelto difícil también, pues se quieren quedar con la tajada mayor. Uno a veces no les encuentra orilla a estos señores comerciantes criollos, y a los prestamistas. Ya he tenido varias diferencias con ellos.

—¿Y por qué mi General?

—Bueno, porque los comerciantes exportan los rubros que producen los hacendados, que están pendientes de lo que ellos llaman el mercado internacional y de cómo varía la moneda ahí, y a eso lo llaman «fluctuación» o algo así…

—Sí, ahora los hacendados andan arrechos porque ellos producen y los comerciantes ganan más que ellos….

—Sí, cuando hay más demanda el hacendado puede producir más, pero cuando vienen las bajas, aunque la cosecha sea buena, las exportaciones bajan también y entonces los hacendados van a buscar a los prestamistas para salir del problema, y lo que hacen es meterse en otro…

—Sí, y entonces hay que seguir buscando dinero para financiar las cosechas, y es aquí donde se tranca el juego.

—Habrá que hacer entonces una ley de libertad de contratos, una Ley de Repartos, o algo así, para que se pueda quitar plata prestada a otros países sin ningún problema.

—Sí, ya yo estoy hablando de eso con la gente que maneja el dinero, para que arreglen ese asunto de una vez por todas…

—Esos prestamistas son unos linces —dijo Páez—. Uno no halla qué hacer para sacar a este país de abajo… figúrese usted que los prestamistas se ponen de acuerdo para ir a los remates de tierras que convoca el tribunal cuando no se pueden pagar los préstamos, y entonces ellos mismos compran las tierras…

—Sí, vamos a tener que apoyarnos en una ley para poder quitar prestado a los extranjeros, para salirle el paso al asunto, y después vemos cómo hacemos… Pero el problemita que tenemos ahora no es ése, mi General, sino el de los agitadores estos…

Finalmente, Monagas entra en materia:

—Antonio Leocadio está metiéndole a la gente cosas raras en la cabeza, diciéndoles a los esclavos que todos deben tener tierras y ser hacendados, imagínese, que ya no van a trabajar más para nadie sino a ser dueños de todo, y que los peones van a ser jefes, a tener plata y a gobernar también, será. Hay que hacer algo…

—Las elecciones, pues, para que la gente se concentre en eso, y se tranquilice —va al grano Páez.

—Exacto, magnífica idea. Soublette es el hombre indicado en este momento, un hombre respetado por todos.

—Mientras organizamos las elecciones, también tenemos que ponernos en movimiento para mitigar las rebeliones de peones y esclavos. A mí me ha costado mucho mantener la tranquilidad en este país después de la guerra de Independencia. He hablado con gente seria, con gente de poder para que este país sea un país decente, un país de orden. Usted recuerda el año veinticinco, cuando aún existían algunas guerrillas realistas y entonces tuvimos problemas con Bogotá, y yo tuve que ir allá a hablar con Santander, que es un hombre astuto y responsable. Me acuerdo que Simón Bolívar estaba entonces en el Perú y vino para acá a hablar conmigo.

—Sí, lo recuerdo, mi General, y lo nombró a usted Jefe Civil y Militar de Venezuela.

—Sí, Bolívar era un hombre generoso, pero le faltó visión política en ese momento, cuando nos convenía una alianza con Colombia. Tuve que alzarme en el año veintinueve y después convocar un Consejo Constituyente al siguiente año, justo cuando falleció Bolívar.

—Sí, general, ya hace unos cuantos años de eso. Pero ahorita estamos en otro momento, y la gentuza se quiere alzar otra vez contra quienes le damos de comer, ¡ah gente desagradecida esa!

—En oriente las cosas están feas —dijo Páez—, están hablando de revoluciones, imagínese.

—Y aquí en Caracas también. Se están rebelando contra los mantuanos y están proponiendo ellos mismos a sus candidatos para la presidencia. Oí decir que habían propuesto al doctor José María Vargas, pero él no aceptó —dijo Monagas.

—Sí, también oí que le habían dicho al coronel Santiago Mariño. Entonces yo tuve que tomar el coroto, porque las cosas se iban a poner peor —dijo Páez.

—Hasta han fundado un partido político, al que llaman Partido Liberal. Antonio Leocadio se ha vuelto loco. Hay que detenerlo como sea. Él y sus amigos Napoleón Sebastián Arteaga, y a otro carajito que no es ningún militar y que vive en Villa de Cura, un tal Zamora.

—Sí, eso me han dicho, un pulpero que tiene alebrestados a los peones y a los esclavos allá, en una pulpería llamada El Valiente Ciudadano. Es un blanco de orilla llamado Ezequiel, yo conocí a su papá, Alejandro Zamora —dijo Páez—. Y ese periódico, *El Venezolano* es una maldición; la gente lo lee todo el tiempo y en todas partes, que vaina tan seria.

—Bueno, tenemos que comenzar las acciones. Usted irá, mi General —acató Monagas.

—Organice a sus hombres —ordenó Páez—. Debemos matar a esa culebra por la cabeza. Nuestro objetivo principal es Guzmán. Manos a la obra entonces, hagamos el plan, la estrategia, para darles batalla a esos revolucionarios de mierda. Mañana los espero en el despacho para que armemos entre todos una estrategia.

—No se diga más —dijo Monagas.

Capítulo VIII

El movimiento en la bodega El Valiente Ciudadano se intensifica. Cada día llegan más víveres y carne. La gente acude ahí a refrescarse con jugos, los niños a comprar dulces de los que hace Paula, los productos más vendidos de la pulpería. La gente va a buscar tabaco, café, aguardiente o kerosén; llevan queso o carne para las casas; los carpinteros compran sus herramientas, martillos, picos, palas, clavos. Ahora llegan ahí los periódicos *El Venezolano* y *El Relámpago* y las gentes comentan las noticias ahí mismo, por lo cual Paula le ha advertido a su hijo que evite hacer comentarios políticos en la bodega, que discutan las ideas en otra parte. La india Tomasa está asustada; le ha dicho a Paula que ha visto merodeando por allí a unos gendarmes del gobierno que pueden ser espías; los soldados han venido varias veces a la pulpería a averiguar de qué se habla ahí. Ezequiel les da la razón. Deben evitar los comentarios políticos en la bodega, deben reunirse en otra parte.

Un buen día parece por ahí un señor que viene de Caracas a dar unas clases a los jóvenes sobre historia, geografía y cultura en general. Entra a la bodega y percibe esa mezcla de olores fuertes y distintos: queso, cambur maduro con abejas rondando, leche fresca, tabaco. Le gusta todo aquello. El señor viene de dar clases en la escuela y está preguntando por p una posada. Ezequiel ve que lleva varios libros consigo. El hombre tiene una manera diferente de hablar, más fina, más cultivada. Viste bien, sus maneras son distintas, su vocabulario es más rico.

—Muy bonita la pulpería, tiene de todo, lo felicito.

—Bienvenido, maestro, qué desea.

—Un vaso de agua y un cafecito.

—Si le apetece un dulce…

—¿Qué dulces tiene?

—De Guayana, toronja, coco, plátano…

—El de toronja puede ser.

El señor mitiga su sed, y luego muerde la lonja de toronja dulce.

—¡Uuhhmm este dulce está exquisito! ¿Quién lo prepara?

—Mi madre, Paula.

—Felicítela, es ambrosía de los dioses.

—Veo que le gusta leer —anota Ezequiel, mirando los volúmenes que el visitante trae.

—Sí, soy profesor y abogado, vine a dar clases aquí, mi nombre es José María García, para servirles.

—Mucho gusto, Ezequiel Zamora —responde, extendiéndole la mano.

El profesor García estrecha la mano de Ezequiel; después bebe su café y saca unas monedas de su bolsillo para pagar.

—¿Puedo ver esos libros? —pregunta Ezequiel.

—Por supuesto.

Son volúmenes bien encuadernados, libros españoles y franceses, que cuesta mucho conseguir, esperar que vengan de Europa.

—Son obras muy interesantes.

—Podemos compartir lecturas, si lo desea —dice el profesor García.

—Sí, claro, me gustaría. Por cierto, profesor García, a una cuadra de aquí hay una posada muy bonita y cómoda, donde alquilan habitaciones, la Posada del Alba se llama, lleva el nombre de pila de su dueña. Seguro le gustará.

—Le agradezco la información. Ahí iré entonces… si quiere mañana nos vemos en el desayuno, antes de ir a dar clases a la escuela.

—Por supuesto.

—Buenos días.

Ezequiel quedó bien impresionado con el personaje. Al siguiente día se vieron y conversaron, como habían convenido.

Ezequiel se unió al grupo de jóvenes que se reunían por las tardes a discutir algunas ideas políticas y filosóficas, ideas revolucionarias de Francia, Inglaterra y América, a estudiar las ideas de Simón Rodríguez, Cecilio Acosta, Fermín Toro, José Martí, Francisco de Miranda y de tantos otros pensadores del llamado Siglo de las Luces en Europa, de los Enciclopedistas franceses, Rousseau, Voltaire, Diderot y de otra buena parte de ideas utopistas y revolucionarias que habían movido a los liberales.

Después de asistir a varias reuniones con José María García y el grupo de jóvenes en Villa de Cura, el profesor le confesó que era amigo personal de Antonio Leocadio Guzmán, y le invitó a seguir reuniéndose, esta vez con campesinos, peones, y gentes del pueblo, comerciantes. Las reuniones se extendieron por varios meses. Ezequiel compartió ideas con el profesor y le confesó su simpatía hacia las ideas liberales de Antonio Leocadio Guzmán, y poco a poco se fueron compenetrando. Organizaron varias reuniones con peones y campesinos, pero al cabo de un tiempo el profesor García no pudo seguir asistiendo debido a su precario estado de salud y a su avanzada edad, y tuvo que marcharse de Villa de Cura a encontrarse con su familia, su mujer e hijos que lo aguardaban en la capital. Dejó varios de sus libros como presentes a Ezequiel, quien le prometió que lo iría a visitar en cuanto pudiera a Caracas.

Ezequiel prosiguió con su labor. Redactó él mismo una especie de guía de las ideas liberales en lecciones sencillas, que distribuyó entre los campesinos que podían leer, y les instruyó para que aprendieran las primeras letras; a otros les enseñó a leer y a defender sus derechos. Estos se sienten identificados de inmediato con esas ideas. Ezequiel los enteró de todas las estafas perpetradas por parte de las grandes empresas nacionales, al tiempo que leía en grupo las notas editoriales y artículos de *El Venezolano* y *El Relámpago*. Les aclaró a todos ellos que había costado mucho esfuerzo librar todas aquellas sangrientas batallas por parte de sus líderes, que con sus ideas de emancipación habían logrado echar de Venezuela a los españoles, ganando a pulso cada una de ellas, con el liderazgo de Bolívar y de tantos otros Generales, coroneles, capitanes, comandantes, oficiales

y soldados. Y ahora las expectativas creadas para las gentes del pueblo no habían sido cumplidas.

A la muerte de Bolívar, les decían todos ellos, Páez se había erigido como el principal caudillo militar, disponiendo a diestra y siniestra del país como si fuera de su propiedad, haciendo negocios con los hacendados y comprando hatos para beneficio personal. Viajó a Colombia a negociar con Santander y traicionó con éste los ideales de la Independencia, explicó.

En un principio, Páez había promovido la Ley de Repartos, según la cual las tierras se distribuirían a los luchadores de la Guerra de la Independencia, pero no fue así: la que se aprobó fue una Ley de Contratos, que generó una cantidad enorme de préstamos impagables. Como era imposible cancelarlas debido a los altos intereses, las tierras iban a remate, y entonces los prestamistas se ponían de acuerdo para que, durante el día del remate, al tribunal no asistiera más nadie sino ellos mismos, y asegurarse el poder sobre las tierras. Entonces unos pocos caudillos terminaron comprando los títulos de propiedad de las tierras a precios irrisorios, con lo cual se hicieron dueños de la mitad del país, con la complicidad de los terratenientes, mientras los prestamistas se enriquecían. Ser terrateniente, entonces, aseguraba el poder político. Páez y los hermanos Monagas fueron unos de los principales beneficiarios. Páez compró varios hatos.

Seguían sucediendo cosas como éstas: a los hacendados terratenientes que habían huido del país durante la guerra de Independencia, les fueron devueltas sus tierras con la promulgación de esta Ley de Repartos, y los campesinos que creyeron en la justicia de las conquistas de Simón Bolívar y sus hombres, les fueron arrebatados sus derechos. Entonces los peones esclavos, agricultores, bodegueros y pequeños comerciantes se fueron a la quiebra, y se volvió a repetir durante aquellos años el esquema del antiguo feudalismo, por lo cual vivían de nuevo en una sociedad feudal.

Entonces todo aquello justificaba las protestas, que ya estaban tomando las características de una explosión social. Las turbas salieron a la calle gritando consignas: «¡Muerte a los blancos!»

«¡Respeto a los campesinos!» con los respectivos llamados a las armas.

Ezequiel hizo lo suyo en Villa de Cura. Organizó a los campesinos, peones y esclavos y los formó; les inyectó ánimos con las nuevas ideas, y todo esto dio lugar a la insurrección. Cuando esto ocurre, cuando la gente organizada tiene conciencia de sus actos y de que su insurrección es justa y de que se están jugando la vida en ello, ocurre sencillamente que se está a las puertas de una revolución. A Ezequiel comienzan a seguirle también hombres levantiscos, rebeldes sin causa, ladrones y asesinos mezclados con peones y esclavos, todos en una sola masa de hombres que gritan consignas y arremeten contra el orden establecido.

José Antonio Páez se dio cuenta de ello. Entonces toma la decisión de mandar a apresar a Antonio Leocadio Guzmán, poseedor de un verbo inflamado que no sólo convence a las clases necesitadas, sino también a los antiguos caudillos, a pillos, a veteranos indomables que había quedado insatisfechos, a anarquistas: todos iban conformando una nueva masa de insatisfechos.

Los gobernantes eran elegidos en procesos electorales amañados, donde los votantes o electores eran preferiblemente los propietarios de las tierras, o bien tenían determinadas rentas; de modo que quienes votaban eran los pudientes, a través de imposiciones, sanciones y exclusiones creadas por ellos mismos. Estas eran las informaciones que ya corrían en boca del pueblo, y que Ezequiel se ufanaba en divulgar y predicar, al tiempo que se procuró una educación basada en el conocimiento directo con las cosas a través de la prédica, el estudio del arte de la estrategia, que poco a poco fue perfeccionando a medida que se inmiscuía con la gente, luego con soldados de tropa; poco a poco fue radicalizando sus ideas hasta un punto en que él mismo se asombró, al descubrir que poseía una fogosidad especial para dirigirse a las personas sencillas del pueblo, y que estas personas respondían con fervor a las ideas que él les transmitía. Se estaba formando en la experiencia y con ayuda de los libros, sin necesidad de ir a ninguna academia, y a eso le llamaban conocimiento empírico.

Cuando Ezequiel llega a Caracas a visitar a su profesor José María García, quien le había prometió presentarle a Antonio

Leocadio Guzmán, es tanta su emoción y lo veía a Guzmán con tanta reverencia, que apenas se atrevió a hablarle. Cuando el profesor García propicia el acercamiento entre ellos, no podía siquiera imaginar el estrecho vínculo que iba a crear entre ellos, iniciado con la siguiente pregunta de Guzmán al joven Ezequiel:

—¿Cómo va el movimiento en Villa de Cura?

La respuesta de Zamora fue un tanto tímida al principio, pero iniciaba la acción de dos hombres que a la postre sería decisiva en el tiempo venidero. La acción de Zamora en Villa de Cura y los Llanos sería de primera importancia para el desenvolvimiento de los liberales en el país, y eso ni siquiera el propio Ezequiel lo sospechaba. Con las permanentes adhesiones a la causa liberal logradas por Ezequiel, se iba a construir una fuerza imparable. En cada rincón del país se oía la voz de los oprimidos, se sentía un clamor popular que ya no era posible detener.

Capítulo IX

José Antonio Páez tenía un plan muy bien urdido para las elecciones: supeditar el proceso de votación a un Colegio de Electores, cuyos miembros debían ser seleccionados en Consejos Parroquiales por ciudadanos que podían ejercer su derecho al voto si cumplían con ciertas condiciones económicas y sociales.

Primero se hizo un reclutamiento forzoso de personas para que votaran, con lo cual se creó temor en el pueblo. Luego se usó a policías del ejército para que custodiaran los lugares de votación y se permitió a los propios soldados votar, algo que iba en contra de la ley. Y todo ello por temor a que ganase el candidato liberal. En el proceso, quedaban anuladas parroquias enteras en Caracas, como las de Macarao, San Diego y La Vega, alegando que sus nombres diferían de los que estaban inscritos en la lista. Se adulteraron los resultados en Calabozo, Orituco Chaguarama y San Juan de los Morros. En muchos lugares el voto se leía en voz alta y luego se firmaba, para amedrentar a los demás. En este proceso salen a relucir las protestas directas de los ciudadanos, como le ocurrió al propio Ezequiel, cuyo nombre aparecía en las listas de los candidatos, y lo detuvieron cuando intentó entrar al recinto para comprobar que todo el proceso estuviese en orden. Trajo a varios de sus seguidores y amigos a votar, y en ese momento le impidieron acercarse al sitio de votación.

—¡Un momento! —exclamó—. ¡A mí nadie me impide ir a depositar mi voto!

—¡Usted se hizo propaganda! —le respondió un gendarme—. ¡Además no puede venir con amigos suyos a votar aquí!

—¡Cómo que no, fuera de mi camino! —respondió Ezequiel.

Entonces uno de los guardias se le vino encima, a apresarlo. Ezequiel no se dejó. Cuando el guardia vino por él, Ezequiel le dio un puñetazo en pleno rostro que le hizo manar la sangre. El guardia intentó responderle, pero Ezequiel le propinó otro que lo llevó al suelo. Entonces vinieron otros y forcejearon con Ezequiel y lo maniataron, lo cual causó que sus acompañantes también intervinieran en el asunto y se armara una trifulca. De ahí todos fueron llevados a la cárcel.

Todo el proceso de les elecciones estuvo amañado para impedir que ganara Guzmán. De paso, se le inhabilitó a Ezequiel para que no se presentara como candidato por el cantón de Villa de Cura.

En esos días empezó a sonar en el ambiente el nombre de Francisco José Rangel, a quien llamaban El Indio Rangel en los llanos, a quien expropiaron de sus tierras y vejaron a su familia. El indio se alzó con otros de su raza y dieron batalla por varias ciudades llaneras. En la región de Magdaleno anularon las elecciones para que no hubiese votos a favor del Indio Rangel, quien tenía inmenso arrastre popular por allá. El Indio Rangel, junto a Santiago Pérez y Pedro Aquino, lideraban a los peones y campesinos de por allá, la mayoría de ellos trabajadores de haciendas que recibían una paga mínima y los tratos más infames.

El Indio Rangel se prepara y le habla a su tropa:

—¡Compañeros campesinos! ¡Ahora vamos a tomar el poder que el pueblo nos entrega en nuestras propias manos! ¡Ya estamos cansados de tantos abusos y de faltas a la ley!

¡Muerte a los oligarcas!

—¡Muerte a los oligarcas! —repite al unísono la tropa de más de trescientos hombres.

—¡Por la cabeza de Ángel Quintero! —grita el Indio.

Quintero es uno de los oligarcas más abusivos, que vivía en Guigue, era un criminal que no sólo se había robado las tierras que les pertenecían a los indígenas por derecho propio, sino porque había mandado matar a centenares de indios. Vivía en una hacienda llamada «Yuma».

A medida que el Indio Rangel avanza, se le va uniendo un mayor número de indios, negros y esclavos. Desde lejos se aprecia el grupo de hombres en medio de una gran tolvanera, como una suerte de aparición fantástica en la llanura, como si volaran en el viento con sus lanzas y escopetas, corriendo a todo galope.

Durante tres días enteros la tropa avanza y añade nuevos seguidores. Se sientan a descansar y comer bajo los árboles; los campesinos les llevan carne, alimentos que les permiten seguir; a su paso, empiezan a liberar esclavos y a ganarlos a su causa; la lucha ha comenzado, la rebelión popular es un hecho. Cuatrocientos hombres armados, comandados por el Indio Rangel, pasan como un huracán por Guigue y entran a Yuma buscando a Ángel Quintero. El hombre no está en su finca en ese momento y la turba procede a ajusticiar a uno de sus empleados. El Indio se ha convertido en un líder temible.

Zamora se ha enterado de todas estas noticias, que le llenan de bríos. Arma él también su tropa y decide ir él a seguir los pasos de Rangel por otras ciudades del Llano y del centro, y por los valles del río Tuy. Zamora está entusiasmado y al fin decide montar un caballo, tomar una lanza, su quepis e iniciar su lucha con los campesinos y por los campesinos.

—¡Tierra y hombres libres! —grita.

La revuelta se extiende. Las dos fuerzas, la del Indio Rangel y la de Zamora, recorren en un poderoso movimiento valles, llanos, montañas.

Ante esta situación, José Antonio Páez está muy incómodo, aunque hayan hecho fraude en las elecciones para imponer a Carlos Soublette. Entonces pide una tregua. Solicita una entrevista con Antonio Leocadio Guzmán en La Victoria. Mientras tanto, Ezequiel ha pensado invitar al Indio Rangel a defender el proyecto liberal, la causa campesina que es la misma suya, y la que sus hombres han forjado con él, desde Villa de Cura. Entonces, al juntarse ambos, queda conformado el Ejército del Pueblo Soberano, que empieza con mil doscientos hombres para conformar la infantería y la caballería, mientras que las mujeres entran a formar parte de los centros de espionaje y de recolección de alimentos y pertrechos.

Mientras tanto se ha fijado una fecha para la entrevista entre Páez y Guzmán, donde Páez quiere llegar a un acuerdo para detener la guerra; pero no se llega a nada, pues las acciones de guerra están decididas; ya la gente está cansada de pactos amaestrados por caudillos, por negociaciones que no llegan a nada.

Una tarde, el Indio Rangel llega acompañado de cincuenta hombres a encontrarse con Ezequiel en el Valle de Guaimbra. Son hombres de figuras y apariencias muy distintas. El Indio es robusto, de pelo negro liso, un hombre vivaz de gran agilidad y voz recia; en cambo Ezequiel es de ojos azules, barba roja y escasa, bajito, de piernas manetas, fuerte, nadador, dado al coleo y al toreo, a la lucha cuerpo a cuerpo.

Los caballos de ambos se acercan caracoleando, levantando polvo al apearse los hombres de ellos; se dan la mano y luego se abrazan.

—¡Zamora, al fin lo conozco!

—¡Indio! ¡Eres una leyenda por aquí, todo el mundo habla de ti!

Van a cobijarse a la sombra de un cují. Amarran sus caballos, acompañados de dos hombres; éstos últimos se retiran y los dejan solos.

—¡Mucho gusto, Rangel! Su labor en favor de los esclavos y los peones ha sido extraordinaria. Todos nosotros reconocemos su valor y su capacidad de lucha. Nosotros tenemos hombres en varias ciudades del llano para unir fuerzas contra la oligarquía que está acabando este país, que nos quita la tierra a quienes la trabajamos —dice Ezequiel.

—Ya sabe usted lo que hicieron conmigo, Zamora, lo sabe bien ¿verdad? Aquí estamos para luchar —dijo Rangel.

—Comandante Rangel, lo quiero invitar para que se una a la causa campesina que hemos emprendido. Creo que podemos organizar un ejército.

—¡Claro que vamos a hacer un ejército! Ya el número de hombres está creciendo, ya llevamos más de mil.

—Ahora el asunto es darles la comida, las vituallas para llevar en el camino, los trechos son muy largos y difíciles, la tierra está muy quemada con este calor…

—Hay que decirle a las mujeres que nos hagan bastante vitualla, carne salá y arepa pelá, cambures y mangos. Y agua, ahí nos arreglamos —dijo el Indio Rangel.

—Sí, Rangel, ahora debemos movernos hacia la zona de Laguna de Piedra.

—Sí, debemos movernos hacia allá, hacia al río Tiznados, para que no nos encuentren. Ahí armaremos la tropa y nos defenderemos.

—¡Suena bien esa estrategia, aunque todavía faltan muchos días para llegar allá…!

—Sí, hay que mandar a hacer una bandera, un símbolo, un estandarte que nos represente y nos dé más fuerza.

—¡Buena idea! —confirmó el Indio—. ¿De qué color será?

—Una bandera amarilla, distinta a la roja de los oligarcas, como la que usa la sociedad electoral de Villa de Cura en las juntas públicas. Me la regalaron una vez después de las elecciones. Me acuerdo de la inscripción que tenía: «Elección Popular–Principio–Alternativa–Orden–Horror a la Oligarquía». Recuerdo que ahí me la entregaron porque yo hice el discurso en esa corporación. A esa bandera la llevamos también a una hacienda, cuando celebrábamos reuniones para alegrarnos. El letrero se lo pondremos en cartulina, con letra bien grande y clara.

—Bueno, tráigala rápido Zamora, mándela a hacer porque la necesitaremos para el camino, para que la gente nos identifique.

—Así será Rangel. Mire, venga acá, quiero decirle que mi casa es su casa, que mi gente es su gente.

Avanzaron hasta el patio de la casa de uno de los soldados de la tropa y ahí se reunieron a hacer un sancocho grande, para todos. Varias mujeres se pusieron a pelar verduras y a matar y despresar gallinas. Los soldados de la tropa ya tenían sus comandantes.

El Indio Rangel vino con la noticia del día: el general Carlos Soublette ganó las elecciones, es el nuevo presidente de la República.

—¡Con toda la trampa que nos hicieron, no vamos a aceptar eso! —gritó el Indio Rangel.

—¡Horror a la oligarquía! —gritaron a coro los soldados de la tropa.

—Oiga bien Zamora —dijo el Indio Rangel—. Usted queda nombrado desde ya Jefe del Pueblo Soberano.

—Y a usted yo lo nombro Coronel —respondió Zamora.

Capítulo X

—Esos carajos no están jugando —dijo el general Julián Castro a dos oficiales suyos, mientras almorzaban en el cuartel—. Hay que derrotarlos como sea. Quitaremos prestado a otros países si es necesario, para reclutar más hombres. Necesitaremos por lo menos cinco mil soldados. La gente de plata nos va a apoyar, el doctor Manuel Felipe Tovar y Nicomedes Zuloaga, gente de verdadero poder, nos van a conseguir más armas para acabar con esos facciosos. Tenemos a varios generales capaces de emprender la operación: a Estanislao Ramos, a José Laurencio Silva y a José Andrade, que son unos excelentes estrategas de guerra. Tenemos que organizarnos en divisiones —continuó Castro— con sus respectivas brigadas con columnas en todo el país, en Aragua, Cumarebo, Maracaibo. También nos enviarán tropas de Mérida y Trujillo como refuerzos, los vamos a reclutar a palos si es necesario. Debemos tener a la gente controlada por nuestros amigos en las haciendas, porque les vamos a mandar soldados por todas partes, para que se vuelvan locos. Lo que no saben es que vamos a contratar a muchos veteranos de la Guerra de Independencia, a los que pelearon con Páez en Las Queseras del Medio o en la Batalla de Carabobo. Ellos no cuentan con eso.

—Porque ya hemos intentado hablar con esos desgraciados —dijo el oficial más joven—. Hasta el propio General Páez se ofreció para hablar con Guzmán en persona y no pudo, porque estos facciosos no lo permitieron. Pero ahora le vamos a dar una guerra sin cuartel.

—Aunque el tal Guzmán ahora y que está haciendo pactos con Juan Crisóstomo Falcón en Coro, me dijeron —dijo el otro oficial, un comandante como de cuarenta años—. Esos carajos son unos traidores, tienen poder y no se conforman. Dígame ese tal Guzmán es un gran leguleyo, un demagogo, cómo le gusta dar discursos y escribir esas vainas por el periódico. Pero ya van a recibir su merecido, se fregaron porque ya salió electo como presidente el general Soublette, y van a tener que acatar los resultados.

—Sí, se jodieron por la parte legal —dijo el otro, adulándole al General Castro—. Y los vamos a vencer en el campo de batalla, aunque ese Zamora y ese Indio Rangel son unos tipos cuatriboleaos, para enfrentarse así contra nosotros, no se les puede negar.

—Pero les va a llegar su hora…

***

El recién formado ejército de Zamora se encuentra en este momento en San Francisco de Tiznados comenzando a organizar la tropa con la intención de ir hacia el río Tiznados a un poblado llamado El Limón, en el sector de Laguna de Piedra. El sitio es casi impenetrable. Ahí Zamora y Rangel piensan atrincherarse para armar la tropa. Ahí esperan. Ya no serán solamente guerrillas o tomar poblaciones por asalto. Va a ser un enfrentamiento serio. Zamora y el Indio Rangel han hecho correr la noticia, han mandado emisarios y le han dicho a mujeres y hombres en los pueblos que difundan la información: ahí están esperándolos, confiados en la victoria.

En septiembre de 1846 las condiciones de la tropa de Zamora y Rangel eran exasperantes. Había un calor pesado, un bochorno aplastante. El tiempo pasaba lento, como si cada minuto durara una hora. La tensión de los hombres se acrecentaba. Las ráfagas de tierra se levantaban y los animales bufaban, relinchaban con cualquier cosa. La sed era abrasadora. El horizonte de árboles se mezclaba al azul del cielo en medio de un silencio inquietante. Cualquier pájaro que cantara, cualquier lagarto que se arrastrara por la tierra era percibido como un ruido enorme. Las aguas del río Tiznados corrían por los lechos de piedra produciendo un

sonido atormentante. El sudor manaba de la frente de Ezequiel como una baba pegajosa. El corazón le latía con ardor, parecía que se le iba a salir por la boca, pero él era un hombre de coraje. Sus ojos azules traspasaban la distancia: cuando vio acercarse al ejército oligarca, tomó la corneta y entonó los clarines.

Son muchos más que los hombres de ellos, y con mejores armas. Los están esperando: se abalanzan sobre ellos en el río, antes de lo esperado. Las tropas del Ejército del Pueblo salen al campo de batalla luciendo la bandera amarilla bajo el grito «¡Horror a los oligarcas!» y «¡Tierra y hombres libres!» Los jinetes de ambos bandos cabalgan para enfrentare con lanzas, machetes, cuchillos y escopetas. Fuertes detonaciones se producen. Guerreros de ambos lados dan gritos salvajes al tiempo que espolean los caballos; los ojos espantados de los animales se abrían más y más, a medida que iban acercándose. La bandera roja y la bandera amarilla ondeaban en las estacas y los estandartes, sostenidas por los soldados. Tiros de ambos lados hirieron e hicieron caer hombres a tierra, mientras otros eran traspasados con lanzas o cuchillos. Peones y esclavos comandados por Ezequiel saltaban como felinos a los cuerpos de los jinetes contrarios para apuñalarlos; mientras, los soldados de la oligarquía descargaban sus pistolas contra los peones insurrectos; los cuchillos y bayonetas entraban en los cuerpos sacando borbotones de sangre; gritos de dolor, lamentos desgarrados se percibían junto a los relinchos y bramidos de las bestias.

Lograron las tropas del gobierno central hacer retroceder a las del ejército del pueblo hasta la ribera del río Tiznados; habían caído más patriotas, y los caballos bufaban solos y huían en todas direcciones; los trabucos del ejército central quemaban los cuerpos de los soldados del pueblo y los obligaron a ir hasta el río a muchos de ellos, donde los atravesaron con lanzas; los que lograron huir se dirigieron al río y murieron ahogados, tratando de nadar inútilmente contra la poderosa corriente del río.

Ezequiel era uno de los pocos sobrevivientes que nadaban contra esa corriente del río Tiznados. Logró bracear a contracorriente y llegar hasta la otra orilla, perseguido por los fuegos de los trabucos. Estaba herido de lanza en un brazo. Se arrastró por

la ribera hasta llegar al pie de un árbol, donde descansó. Rompió parte de su pantalón para hacer una tira y vendar su brazo herido. Había nadado más de tres horas y estaba exhausto. Se acordó de sus felices brazadas en el río de su infancia, cuando su madre Paula lo llevaba y él se sumergía en las aguas a ver los peces y las piedras. Paula lo veía desde lejos mientras lavaba la ropa en el río, o recogía agua en cántaros. Cada vez que se acordaba de su madre el pecho se le inflamaba de orgullo, y le daba fuerzas para seguir.

Era la primera derrota que había sufrido en su vida. Lo habían tomado desprevenido. No podía cometer otros errores como ese; le tenía que servir de escarmiento no para abandonar su causa, sino para volver con más fuerzas a ayudar a su gente; los pobres no tienen nada que perder ni qué temer, pues el objetivo no era dejar de ser pobres para convertirse en ricos, sino que la tierra fuese de todos aquellos que la trabajaran; ya no podían tolerar más abusos de los terratenientes.

Caminó cuatro horas más hasta llegar a la sombra de un árbol de apamate, en un lugar llamado Sabana Larga, donde debía encontrarse con el Indio Rangel, tal como había convenido con éste, cualquiera que fuesen los resultados de la batalla. Más tarde lo vio aparecer, en efecto, entre el polvo del caserío. El Indio viene a caballo, se va acercando, aligera el trote hasta que lo divisa a Ezequiel.

—¡Carajo! —grita el Indio.

—¡Nos han envainado, Rangel, nos han vencido! —grita Ezequiel.

—¡Sube! —dice Rangel tendiendo el brazo a Ezequiel para que monte a su caballo.

Ezequiel monta y se dirigen al caserío, donde les esperan algunos campesinos del lugar identificados con la lucha popular. Ahí tienen comida y pueden pasar la noche.

Se sentaron a comer algo, a compartir los alimentos con otros hombres de la tropa. Las mujeres echaban verduras y carne a una olla, para hacer una sopa, que estuvo lista al poco rato. Todos se sentaron a tomar el alimento. Una mujer vino a ver la herida en el brazo de Ezequiel, y sin pedirle permiso le colocó

un poco de aguardiente y después la vendó con una tira limpia. Ezequiel apenas arrugó la cara.

—Cometí un error, Rangel, y eso no me lo voy a perdonar. Eran demasiados, nos mataron como a unos perros, eran muy expertos, cargaban fusiles y trabucos y cientos de lanzas. Nos descuartizaron. La culpa es mía, los llevé a la muerte.

—La guerra es la guerra, Zamora. En las batallas siempre hay un vencedor y un perdedor. Debemos aprender de esto. Esos soldados eran veteranos, que habían peleado muchos de ellos en la Independencia, bien entrenados. Nosotros apenas estamos comenzando. Debemos organizarnos y entrenarnos mejor —dijo Rangel.

—Sí, tienes razón, Rangel, debemos organizarnos y planear mejor las batallas. ¡De quién es esta casa? —preguntó Ezequiel.

—De unos campesinos amigos míos, que creen en nuestra causa.

—Por ellos luchamos, Rangel, tenemos que seguir.

El Indio Rangel abrazó a Ezequiel y le recomendó descansar un rato. Ezequiel caminó por el pequeño corredor de la casita hasta un chinchorro que estaba ahí, colgado entre dos veras. Se metió ahí a descansar. Tenía el cuerpo adolorido; se balanceó un poco mirando parte del cielo a lo lejos, donde pasaban las nubes como grandes algodones, y se quedó dormido.

Capítulo XI

—Ahora tenemos que llamar a Pedro Aquino y a Santiago Pérez para organizarnos y volver a la carga, Rangel —dijo Ezequiel.

—¡Sí, Zamora, vamos a sacarnos ese clavo, porque esta lucha es larga! —refrendó Rangel—. ¡Hay mucha gente que nos va a apoyar desde afuera, que no son peones ni negros, gente que anda arrecha con el gobierno porque no les respondieron, porque les prometieron vainas que después no cumplieron!

—Sí, y también están los que llaman los Azotes del Llano, una pila de carajos resentidos que se meten en los potreros y se roban las vacas o los burros, se roban las frutas o las gallinas y después se van porái a venderlas —dijo Ezequiel—. A esos hay que tenerles cuidao, porque uno no sabe por dónde va a reventar el hilo después —dijo mesándose el bigote rubio y secándose el sudor con el dorso de la mano—. Tenemos que armar unas brigadas y una estrategia.

—Mañana mismo me voy para Guigue para ir haciendo el trabajo en los Llanos —dijo Rangel.

—Pedro Aquino y Santiago Pérez vienen con armas. Ellos saben dónde conseguirlas, armas que tienen guardadas en un arsenal y que han venido arreglando, armas viejas de la guerra de la Independencia… trabucos, escopetas y pistolas, esas son armas buenas de las que se usaron en la guerra para librarnos de los españoles —dijo el Indio—. Mire, Zamora, yo cargo aquí este trabuco y cargo esta lanza igualita a la que usaron los llaneros

en las Queseras del Medio, en esa famosa batalla jefeada por el general Páez…

—En lo que fue a convertirse Páez, indio, cómo le parece… —dijo Ezequiel.

—Ese señor nos ha traicionado a todos nosotros después que murió Bolívar. Nosotros creímos como unos pendejos que nos iban a repartir las tierritas para trabajarlas, y se las dieron a los hacendados… y Páez tuvo la culpa déso, él es el gran cabrón que negoció la tierra con los oligarcas de Caracas —dijo Rangel.

—¡Digaméso! —dijo Ezequiel—. Tener esclavos negros y peones pasando hambre, sin casa y sin tierras, y ellos haciendo los grandes negocios. Yo le digo una cosa, Rangel, el general Páez ha traicionado al Libertador, él pone y quita a los presidentes de este país como si fueran sus peones, a cuenta de que controla el ejército central. Como no le sirvió para nada el tal Monagas, ahora viene a encasquetarnos a Soublette, que también es otro traidor, y que se la pasa haciendo trampa en las elecciones, y reclutando a los pobres peones y labriegos, para llevarlos a votar a juro, y hasta a los militares los llevaron a votar, en contra de lo que dice la ley. Aquí la ley es para los pendejos, porque ellos allá en el gobierno no respetan nada —dijo Ezequiel.

—Y no solamente eso —dijo el indio Rangel —también llevan a los hombres amarrados para que peleen en su ejército, por eso es que pierden las batallas…Pero bueno, Zamora, ahora vamos a los hechos, cuál es su plan…

—Vamos a invadir, Rangel, vamos a tomar las poblaciones y a los campesinos y esclavos y a animarlos para que sigan en rebelión. Nos vamos a presentar con ellos en las plazas y en las casas de gobierno, nos vamos a plantar frente a los consejos municipales, a ver si les damos un parao a esos vagabundos.

—Vaya usted entonces al sitio de Magdaleno, Zamora, que yo me voy mañana mismo a La Victoria y después a encontrarme con Pérez y con Aquino para después irme con ellos a Guigue.

—Así será —dijo Ezequiel.

Después de comer y beber, los dos hombres se despidieron con un abrazo recio y se fueron a descansar. Durmieron allí esa noche; una noche que cayó completa, redonda, acompañada de

cantos de grandes paraulatas; soplaba una brisa fuerte, que arrastraba mogotes por los terrenos. Los burros y caballos fueron llevados a los corrales; todos se fueron acomodando en sus catres y chinchorros, y entonces la noche se fue durmiendo sobre el canto de las chicharras.

Al siguiente día el Indio Rangel, mientras Ezequiel se dirigía a Caracas, se dispuso congregar hombres en Maracay, Villa de Cura y La Victoria para llegar a Manaure y Guigue. Se iban agregando soldados al ejército patriota con una rapidez que sorprendió al propio Ezequiel. Gritaban vivas:

—¡Tierra y hombres libres!

Primero iban como cien, y a medida que avanzaban los hombres iban saliendo de las pequeñas casas, de los sembradíos, de los corrales. Eran muchos. Llegaron a la Alcaldía de Guigue y allí encontraron al alcalde y a su secretario y los agarraron, pero después los soltaron porque el cura del pueblo, Gaspar Yánez, intercedió por ellos. Después entraron a las pulperías a recoger armas, pertrechos, monturas de caballos. Se llevaban las bestias de los corrales. Pasaron por los poblados de Milagro y Amapola hasta llegar a Yuma, a la hacienda de Ángel Quintero, donde el Indio Rangel iba a arreglar unas cuentas pendientes. Quintero había violado a la familia del Indio Rangel, y entonces Rangel se vengó sacándolo a palos de la hacienda y lo dejó medio muerto en el suelo.

De ahí el Indio siguió para Guigue y después a Magdaleno, donde ajustó otras cuentas con un juez de apellido Revete y con un tal señor Uzcátegui, que lo habían tratado muy mal, que lo habían humillado cuando eran jefes. Al llegar a la ciudad de Villa de Cura ahí estaba al mando el General Piñango, nombrado por Soublette desde Caracas. Entraron a la plaza de la ciudad dando vivas cuatro veces y dejando a su paso varios muertos y heridos, pero Piñango logró rechazarlos.

De ahí siguieron para el pueblo de Magdaleno, pero el General Páez los estaba cazando. Páez se apersonó en la escena, y no dudaron en dispararle: un soldado le mandó un trabucazo, pero falló.

El Indio Rangel se sintió perdido y salió a la carrera por la montaña, donde pensaba esconderse y reponerse, para luego ir a encontrarse con Zamora y reconocerlo como Jefe. Entonces el General Páez dio la orden de que el batallón de infantería regresara a Villa de Cura y que el Capitán Jorge Racamonde fuera a ocupar el poblado de Magdaleno. En efecto, Racamonde llegó a Magdaleno y estableció ahí algunas autoridades mientras él seguía para Yuma. Cuando iba para allá, se le atravesó un hombre para matarlo, pero entonces él y un soldado acompañante lo batieron a balazos. Ahí en Yuma Racamonde cayó en cuenta entonces de que los esclavos estaban ya alzados, que todo aquel territorio era enemigo, que había empezado una guerra.

Entonces se devolvieron para Magdaleno. Allí se enteró también que el Indio Rangel iba encaminado al valle de Manaure en la Sierra de Carabobo, donde acampaban muchas tropas del gobierno central. En ese valle nacen el río Manaure y el río Tiznados. Hay muchos manantiales y quebradas como las de Bejuco y Las Piedras. Ezequiel estaba lejos de ahí, en Guambra.

En una noche de septiembre, capitaneadas por Castellanos y unos cuarenta hombres armados de lanzas, dando vivas a la tierra y a la libertad y mueras a los oligarcas, llegaron a Tejerías en el camino de Caracas hacia La Victoria y llegaron a Guayas, asaltaron la comisaría y se llevaron armas y pertrechos. Gentes y peones del lugar vieron las acciones y siguieron el ejemplo de los soldados del pueblo. Lo mismo ocurría en Chacao y en los valles del Tuy.

Así andaban los guerrilleros también por Charallave y Tácata. Venían de Caracas. Uno de los más fuertes, el guerrillero nombrado el Calvereño fue apresado y puesto a la orden de las autoridades del gobierno, así como otros apellidados Espinoza, Chacón, Aristeguieta, Andrade. A todos los hicieron presos y a algunos los hicieron confesar y dieron los nombres de sus compañeros. Mientras tanto, en Barlovento seguían los alzamientos, que llegaron a pasar de cuatrocientos hombres armados de lanzas, machetes y garrotes que ocuparon Río Chico, y desde ahí se diseminaron con otros por Barcelona, Caucagua y el Tuy. Semanas después se darían brotes de guerrillas en Barinas, Turén y Sabana

Seca… y así se fue expandiendo la guerrilla hasta que el General Páez ya no le alcanzaba la paciencia para detenerla.

Páez, acompañado de los Generales Morales, Piñango y Paredes se reunieron y emitieron un decreto y armaron las milicias para detener la sublevación, una sublevación que se daba sobre todo debido al terror que inspiraban los oligarcas y los métodos que éstos usaban para obligar a la gente a luchar en su milicia, y a votar en las próximas elecciones llevados casi a punta de cañón.

La gente no titubeó cuando vio la posibilidad de irse a las armas. De pronto, la figura de Ezequiel comenzó a crecer entre la gente como una posibilidad de redimirse de su pobreza y su miseria; la gente admiraba la seguridad con que hablaba y la manera de expresar las ideas de libertad, el modo en que brillaban sus ojos claros mientras hablaba con ellos en la tropa y en las reuniones de estudio donde les comentaba acerca de las ideas de Miranda y Bolívar, y acerca de los autores del Iluminismo francés, del Siglo de las Luces, de los enciclopedistas, la Ilustración o el conocimiento universal, y cómo fue convenciendo, con su verbo encendido y sus escritos en *El Venezolano* y en sus panfletos, llegando a tener incuso más seguidores que el mismo Antonio Leocadio Guzmán. Guzmán sabía hablar bien y escribir bien, pero le faltaba el contacto con la gente, el roce con el pueblo. Le faltaba justamente eso que sí tenía Ezequiel Zamora; tanto, que al poco tiempo los guerrilleros lo proclamaron Jefe Máximo, por encima de los demás caudillos y oligarcas. Ezequiel sabía convencer a los hombres para llevarlos a la acción, a la lucha, a la pelea. Era un jinete veloz, que sabía adentrarse en todo terreno: en las montañas y los llanos; podía durar meses metido en los cerros y nadie se atrevía a acercársele, era temido y respetado. Hasta ese momento había hecho gastar al gobierno grandes sumas de dinero en equipos y municiones para enfrentarlo a él y a sus hombres.

Ezequiel salió de La Victoria acompañado de Manuel Ibarra y tomó camino por el Pao de Zárate, y luego avanzó por los campos de la Sierra de Virgen Pura buscando el valle de Tacusuruma con la intención definitiva de armar una guerra. Visitó a sus viejos amigos y los convenció; también así lo hizo con comerciantes y vecinos.

Por fin llegó a Guambra. Y allí en la casa de su amigo Tiburcio Barrios les hizo un discurso para convencerlos de hacer la guerra, y de llegar al poder para fundar una era de felicidad para el pueblo. Los convenció. Ahí en Guambra lo estaría esperando el Indio Rangel, en la llamada montaña de Las Mulas, como habían acordado. Después de largos días de viaje, se encontraron. Ahí estaba el Indio acompañado de algunos hombres.

—¡Viva Zamora, máximo líder del partido liberal! —gritó el indio al verlo.

Entonces Ezequiel se acercó a él y lo abrazó: así como a todos aquellos hombres que se sumaban a la lucha, les saludó uno a uno, les tendió la mano y les sostuvo la mirada, dándoles ánimos y fe.

Entonces comenzaron a armar la estrategia de lucha. Mandó comisionados a Calabozo, Canuto, Los Tiznados, Pío Avilán, Camatagua, Unare. Por allá andaba también Pedro Aquino, temido por sus acciones de robo y asalto. Así se enfrentó a las fuerzas del gobierno en las guaridas de Simborino, en los ríos de Orituco y Morro. Perdió Ezequiel veinte hombres, pero ya era el caudillo de la Sierra y los Llanos. Estuvo a punto de tomar Barbacoas, pero no pudo hacerlo. Tuvo que robar mulas, bodegas, pulperías, golpear hombres. Después conoció las traiciones, cómo le mentían, lo vendían al enemigo. Ya estaba metido hasta el cuello en el duro juego del poder. Conoció pillos, mentirosos, borrachos, manipuladores; conoció gente buena y gente mala, diga e indigna. La naturaleza humana se le estaba revelando en su verdadera dimensión. Empezaron a difamarlo en los periódicos: asaltante de caminos, violador, ególatra, fanático, le decían. Trató a veces de convertir en héroes a hombres ya dañados; en personas buenas a tipos incorregibles. Por momentos, Ezequiel llegaba a dudar de la calidad de buena parte de sus hombres. Había cosas de las que no sabía nada, zonas oscuras de la mente humana. No sabía hasta dónde podía llegar la ambición de los hombres, su maldad, su capacidad para mentir, para decir una cosa hoy y otra mañana. Pero también había conocido hombres nobles, como aquellos peones y campesinos que componían su tropa, quienes asociaba a su madre Paula y a la india Tomasa, al negro allá en la finca,

cómo estarían ellos ahora, ella y Juan Caspers que era como su padre. Todos entendían la naturaleza de su lucha. Paula y Juan le habían sembrado las primeras ideas de libertad y justicia. Por ellos se había convertido en lo que era, en alguien fuerte y decidido. Paula estaba ahora en Caracas, viviendo con los recursos que él le enviaba, producto de la venta de sus pertenencias, de su casa y de su pulpería.

Para poder pagar todos los gastos que exigía aquella organización tuvo que ir gastando su plata, haciendo negocios con tipos que se aprovecharon de él, sabiendo de antemano que lo engañaban; pero eso no le importaba ya porque aprendió las cosas elevadas de los montañeses y los campesinos, que eran aquellos hombres que les mostraban los senderos secretos en los bosques, las montañas y los llanos, los pasos difíciles en las torrenteras, y quienes sabían esconderlo en lo más denso de los bosques y le explicaban cómo tenía que huir a tiempo, acompañado de tres o cuatro de ellos para poner a salvo su vida. Ellos sabían cómo sobrevivir en los montes y las sierras, le daban de comer, le avisaban de cualquier movimiento peligroso.

Se estaba convirtiendo en un héroe sin proponérselo. Las mujeres atravesaban selvas, dejaban a sus hijos o maridos para llevarle pertrechos o avíos a Ezequiel. Los negros esclavos le iban a ver para incorporarse solos a la lucha, ya armados. Peones se le ofrecían como espías en las haciendas, fincas y casas.

Ahora tenía una responsabilidad mayor: responderle al pueblo, que es la más alta responsabilidad que cualquier persona pudiera adquirir. Ezequiel pensó en ello una vez más, y los ojos se le anegaron de lágrimas. Pensó en su madre, en sus hermanos, en Juan Caspers, en su padre Alejandro Zamora y lo imaginó cabalgando al lado de Bolívar, y por un momento los vio dibujados a ambos allá a lo lejos, andando entre las nubes.

Capítulo XII

A pesar de su prestigio como General, Carlos Soublette se había hecho cómplice de todo el desastre llevado a cabo por el gobierno, de todas las arbitrariedades y abusos cometidos. Fue él quien permitió el reclutamiento forzado de ciudadanos para ir a la guerra contra el pueblo y quien ofreció pagos a pillos, asaltadores y asesinos para que se enrolaran en el ejército, quien comerció para traer armas de Colombia y otros países, ganando con ello dinero para su propio peculio; fue él quien persiguió a los periodistas liberales y clausuró las imprentas, violando así el derecho de libertad de expresión; fue él quien consintió que se llevaran gentes a pudrirse en las cárceles y quien sacrificó a muchos en patíbulos y dio las órdenes de quemar los poblados y de negarle pertrechos a los revolucionarios: todo esto bajo la mirada impasible de Páez.

El pueblo se cansó de ver esto. Ezequiel y el indio Rangel lo presenciaron con sus propios ojos. El pueblo entonces fue presa de la sed de venganza que se tradujo en esa fuerza irreprimible del pueblo cuando quiere hacer justicia. El pueblo tenía ahora a un jefe, al guerrillero Zamora, que en ese momento estaba apertrechado en San Francisco de Tiznados, lugar que se le sirve de campamento inexpugnable, el cual toma su nombre de San Francisco de Asís, cuando el poblado fue fundado por los monjes capuchinos andaluces en el siglo dieciocho, junto a Guardatinajas, Parapara de Ortiz y Calabozo.

Ezequiel estaba allí con trescientos soldados, y pasó revista a un grupo de hombres que alcanzaba la suma de mil, a pie y a

caballo, armados con machetes, garrotes, pistolas y lanzas. Formó cinco batallones con sus respectivas tropas, y los arengó.

—¡Nuestro programa es defender la Constitución que hizo Bolívar! —les dijo—. ¡La Constitución de mil ochocientos treinta! ¡Nuestra lucha es por la libertad y la felicidad de los pobres! —gritó. Y se oyó un gran eco como respuesta afirmativa.

—¡Nosotros no somos criminales ni fusilamos prisioneros! ¡Somos soldados patriotas, y que no caiga sobre nosotros esa mancha! —arengó, y sonó la corneta de guerra y alzó la bandera amarilla, haciendo caracolear su caballo.

Luego procedió a condecorar a varios de sus hombres. Otorgó formalmente al indio Francisco José Rangel y a Manuel Ibarra el grado de Coroneles. Como Secretario suyo nombró al joven José Bernardo Masabé, labrador de Guambra, y a Ignacio Llovera para que lo ayudaran a despachar la correspondencia. Las tropas del Gobierno Central lo estaban esperando en el Rastro y en Calabozo. A éstas, ya sabía la táctica que iba a aplicarles: azorarlas y confundirlas sin presentarles batalla al principio. Tenía confianza en esta técnica, dadas sus observaciones en cuanto a las características del terreno, y se las transmitía a sus soldados y al pueblo. Les decía frases duras también, para que las palabras se dotaran de fuerza, y para poder intimidar al enemigo. Pero no se avenía con la crueldad, ni fusilaba a nadie. Sólo se enfrentaba al enemigo en el campo de batalla.

Ezequiel pernoctó con su tropa en el paso del río Tiznados. Después llegó al sitio de El Limón, también conocido como Laguna de Piedras, en la margen izquierda del río Tiznados. Acampó, calculando que por ahí no podían pasar las fuerzas del gobierno oligarca.

Pero aquello no era del todo cierto. El Coronel Francisco Guerrero le estaba pisando los talones al ejército de Ezequiel. Guerrero era un hombre muy diestro, había peleado en la Guerra de Independencia y logró sorprender al ejército de Ezequiel cuando sus hombres estaban preparándose para el combate, limpiando sus armas, cuando fueron seguidos de cerca por el Coronel Guerrero. Entonces Ezequiel avanzó hacia al río Tiznados atravesándolo; sus caños estaban muy hondos. Allí venían por él los hombres

capitaneados por el comandante Palacios; Ezequiel al verlos izó su bandera amarilla y se batió con sus hombres con todo lo que tenía, arremetieron con sus lanzas contra el ejército contrario que, derrotado, se batió en retirada ocultándose entre los matorrales cercanos, y entonces las columnas de infantería de Zamora izan la bandera amarilla otra vez, en señal de triunfo.

Zamora toca la corneta. El ejército guerrillero celebra la victoria de su primera gran batalla, dando exaltadas vivas. Los hombres han dado muestras de su valor.

Las bestias entran chapoteando en el río, y él recuerda su primer fracaso, cuando estuvo a punto de perder la vida en el río Limón, cuando el temor a la muerte le infundió más valor para atacar con sus hombres. Los ejércitos se encuentran y los fogonazos caen sobre los cuerpos de los hombres de lado y lado. Pero no son los arcabuces y las armas de fuego las que deciden la batalla, sino la lucha cuerpo a cuerpo con las lanzas y los machetes sacando tajos en brazos y piernas y cabezas, mientras la sangre mana por todas partes; cada lanzazo es mortal, cada herida hace correr la sangre de los hombres y de los caballos por la tierra; los gritos y los ayes salen de las bocas de los soldados como gemidos patéticos, implorando vida o justicia, cuando no de muerte y venganza. El absurdo de la muerte parece darle un nuevo sentido a la vida cuando los hombres arriesgan sus cuerpos por sus sueños o ideales, por las utopías de una existencia más digna, sin sumisión ni humillaciones, sin necesidad de vivir como animales o hambrientos mendigos. Por ese ideal es justo morir; por eso se vive, ahí están los soldados tendidos en la tierra, ensangrentados, heridos, agonizantes, sin vida.

Pero Ezequiel ha ganado la batalla. Ve al ejército oligarca retirarse, perderse por el monte, con planes de regresar quizá. Guerrero había armado su estrategia para vengarse de las tropas jóvenes e inexpertas de Zamora. Pero el enemigo ha cometido el error de dividir sus fuerzas en dos columnas, y entonces los zamoranos los acosan y destrozan sus defensas, y así fueron ganando fuerza y terreno. Por más de media hora abrieron fuego.

Después, Ezequiel recorre las filas a caballo, dando coraje a los hombres con su palabra encendida, llevando a los escuadrones

a sentirse victoriosos en la nueva arremetida, pues Ezequiel está seguro de que regresarán, son mayores en número y en armas, y están bien guiados por Guerrero.

En efecto, después de media hora vuelven a la carga. Ezequiel y los suyos los están esperando para darles pelea. Pero la cantidad de aquellos es avasallante., casi del triple y caen entonces sobre los guerrilleros y los alancean sin misericordia, matando a más de cien hombres. Los demás huyen. No hay prisioneros. Zamora se dirige al río Tiznados y se lanza a nadar. La corriente es muy fuerte, otros lo siguen, más de ochenta hombres se lanzan al río también, incluyendo a Vicente Ibarra. Ezequiel da brazadas, se hunde, vuelve a salir, asoma la cabeza y las manos, y cuando está a punto de ahogarse en medio de la violencia de las aguas, un soldado llamado Rosario Herrera le lanza unos trapos para que se agarre, y lo trae a la orilla. Salva su vida, pero ahora está en manos de sus adversarios. Su ejército ha sido diezmado y él ha estado a punto de perecer. Sus pertrechos, monturas, animales, caballos, pólvora, todo ha pasado a manos de los contrarios.

El coronel Guerrero tomó la bandera amarilla y se la envía al Estado Mayor General y al Ministerio del Interior. Ezequiel está preso, con las manos atadas sobre un caballo: ahí lo llevan a un Tribunal Inquisidor. El coronel Guerrero continúa su camino llevando a Ezequiel, pasan por numerosos poblados, caseríos, hatos, y en algunos de éstos descansa para seguir camino hacia el Pao y hacia las costas de Chirgua, donde el General José Laurencio Silva y otros Coroneles piensan armar su estrategia para seguir abatiendo a los liberales, pues aún quedan michos de ellos.

En un descuido en el camino, mientras descansaban en un hato, Ezequiel se libró de las amarras por la noche y trepó por las paredes como un felino, huyendo hacia Sabana Larga, donde lo esperaba el indio Rangel. Se fue a pie sin ser visto, sus ojos atravesaban la oscuridad al modo de un enorme gato, cruzando innumerables quebradas y desfiladeros. Descansaba a duras penas, pensando en cómo iría a recuperarse de todo aquello. Pronto salieron a su paso dos labriegos que eran hermanos, llamados José y Manuel Masabé y otro llamado Manuel Herrera, quienes le ayudaron y acompañaron por el Pao y La Victoria. Con ellos iba

ideando nuevas formas de combatir, hasta que por fin llegaron a Guambra sorteando el hambre, los insectos, el fuerte sol, la lluvia. A veces se detenía a mirar los paisajes y apreciaba su belleza: miraba el cielo, el sol, los animales, los pájaros, o disfrutaba de la brisa; todo aquello le parecía sorprendente, aquellos inmensos trozos de verde bajo la bóveda azul y se preguntaba quién había creado todo aquello, quién era Dios y cuál era su destino, qué significaba ser venezolano, sin encontrar respuestas concretas a nada. Aquella era la mayor odisea de su vida hasta ahora, recorrer a pie o a caballo aquella vasta tierra.

Al llegar a la Sierra que pasa por Guárico, Aragua y Carabobo y que se divide en extensos y numerosos ramales y tienen su centro en Yuma y El Palmar, al sur del lago de Valencia, José Antonio Páez le venía siguiendo los pasos, y él lo sabía. Venía Páez con cuatrocientos hombres a tratar de exterminar las fuerzas guerrilleras, destinando un cuerpo completo de ellas para exterminar a Zamora. Se eligió a un capitán de apellido Cisneros para esta persecución, al tiempo que se ordenaba a más hombres para atajarlo por si se le ocurría devolverse, creando así un circuito militar para ir a donde fuera preciso. Por si fuera poco, también Páez ordenó a Guerrero que lo atajara por otro flanco, por el camino real de San Andrés, y también por Barinas.

Se quedó durante varias semanas Ezequiel en distintos ranchos de amigos y labradores que le mostraron solidaridad en aquellos valles; dio órdenes a emisarios del pueblo para organizar una nueva refriega. Poco a poco se le fueron acercando; lo olían a distancia, lo apercibían por las cumbres. Pero los hombres del gobierno no conocían bien el terreno; los vecinos los despistaban dándoles información falsa: todo con tal de proteger a Zamora. Se mandaban oficios entre ellos con baquianos. Pagaban a periodistas para que escribieran cosas contra los liberales y contra Zamora, ofrecían recompensas a pillos para que dieran con su paradero o el de los patriotas, y nada. Los jefes del ejército central estaban desesperados, pues no podían controlar la situación. Ninguna otra persona había sido hasta entonces tan perseguida en el país, se le buscaba por todos los medios, usando de las más sucias triquiñuelas. En esta ocasión le tocaba perseguirlo al General Cisneros.

Un día Ezequiel bajó a un sitio llamado Cerro Pelón; luego se dirigió a San Juan, donde lo aguardaban con noticias de la Revolución. Los oficiales del gobierno comenzaron a tener contradicciones entre ellos; se hallaban desconcertados. Zamora parecía un fantasma. Aparecía y desaparecía de repente. Parecía leer los pensamientos de sus opositores.

Después de muchos días de marcha, Ezequiel se encontró con el indio Rangel en Tacasuruma, donde iban a buscar más soldados y municiones, para dar un golpe a los destacamentos de Páez que lo perseguían. A medida que huía, Zamora pensaba y organizaba. Estaba esperando a Cisneros en la quebrada de Guambra.

Cisneros arribó al lugar. Ya estaba cerca. Primero, Cisneros llegó a un poblado llamado Garabatos y luego se dirigió hacia Cura. Ezequiel faldeó el Cerro de las Cabras y se le fue por varios sitios como Los Colorados, la Lagunita, los Bagres. Le dijo Ezequiel al indio Rangel que se acuartelara, mientras él iba de casa en casa. Fue a la casa de una mujer que le habían referido, una mujer que estaba con la causa, llamada Bibiana, y en cuanto Ezequiel la vio quedó impresionado con su belleza india, con su fuerza de hembra y por un sentimiento que le brotaba de la piel y hacía que Ezequiel se trastornara, una mujer que le turbaba los sentidos hasta un punto en que no podía contener su deseo. Era una fuerte atracción física donde estaba presente la admiración de ella hacia él, un hombre acostumbrado al trato rudo con las gentes, pero en cuanto la tuvo cerca sus maneras se suavizaron con un componente de ternura. La veía hablar y gesticular, sonreír, y aquello era algo difícil de explicar para él, el contento interno de estar cerca de una mujer como aquella, que le prestaba su cobijo. No hicieron falta demasiadas palabras para que entre ambos creciera un gusto inmediato, que se expresó con el roce de sus manos cuando Bibiana le servía una taza de café, y ella quedó penetrada de la profunda mirada de Ezequiel. Una noche Bibiana y Ezequiel se fueron al lecho y se amaron bajo la luna en un lecho de plumas de ave, se hundieron el uno en el cuerpo del otro en medio de una extraordinaria marea de sensaciones, se derramaron el uno en el otro como dos animales cariñosos que se entregaban las

mejores sustancias de sus cuerpos en la maravillosa marea de la carne. Luego de aquel extraordinario éxtasis, el alma de Ezequiel quedó completa, más cumplida. Besó con fervor a Bibiana y se despidió de ella, prometiéndole verla más adelante. Ella lo miró con sus profundos ojos de luna, le entregó unos besos de cuyos labios surgía un olor similar al del jazmín. Era la primera vez que Ezequiel sentía algo así.

Al siguiente día, Ezequiel bajó con el indio Rangel a reunirse con sus hombres, para organizarse y defenderse de los ataques que de seguro le venían. El capitán José del Rosario Villasmil estaba acantonado con sus soldados en la población de Los Bagres, y allí fue a esperarlo Zamora, atrincherado. Villasmil avanzó por los bordes de las lomas, y al divisar al ejército abrió fuego con la mayor rapidez posible. Villasmil contestó el fuego, cruzó la sabana y se alejó a lo alto, sin darse cuenta de que Ezequiel los estaba cazando. Los trescientos hombres de Ezequiel, divididos en dos columnas, una dirigida por él y otra por el indio Rangel: una para disparar a fuego vivo desde lo alto de una mata, y otra subida a una cumbre para acribillarlos por la espalda. Villasmil se desplazaba con sus hombres al descubierto, rodeado por Zamora en las colinas, cuyos hombres corrían a pie por los riscos de las montañas. Cuando Villasmil quería acometer a Rangel, era atacado por Zamora. Sorprendido por esta maniobra, Villasmil se preparó a enfrentarse a Zamora sin vacilaciones, y en cuanto lo hizo, el ejército zamorano abrió fuego. Cayeron hombres de lado y lado, bañados en sangre.

Finalmente, Villasmil cayó al suelo, sin vida, debido a un balazo. Resistió con bravura los fuegos del General Zamora. Unos cayeron prisioneros y otros se salvaron llegando a la villa. Ezequiel recorrió el campo, recogiendo cartucheras y municiones. El indio Rangel se paró en medio del campo de batalla y alzó los brazos al cielo.

—¡Viva la libertad! —gritó.

Los guerrilleros habían triunfado, habían dado su primera batalla importante. Páez no salía de su asombro.

Capítulo XIII

Las guerrillas ya habían comenzado por todo el país, y el gobierno se preparaba a enfrentarlas. Lo primero que hizo el General Páez fue organizar nuevas estrategias internas, y hacer presiones sobre el General José Tadeo Monagas. Ya no se trataba sólo de Zamora y de los insurrectos, sino en mantener el orden que ellos llamaban institucional; en verdad las únicas instituciones válidas eran el ejército, las haciendas y las oficinas mercantiles y administrativas, para repartirse las ganancias de los cultivos, la ganadería, y del dinero que venía de afuera producto de los pactos con Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Colombia.

Páez y Monagas estaban claros en esto, aunque Monagas hablara de una revolución, lo que ansiaba en el fondo era llegar al poder, ocupar la primera magistratura. En base a esto Páez comenzó a hacer presión sobre él de otra manera: proponiéndole pactos a través de terceros. No sería difícil hacerlo si se le ofrecía una buena tajada del pastel que configuraba el poder, un pastel del que todos querían obtener un pedacito.

Las tropas del gobierno siguieron las órdenes de quemar casas, ranchos y conucos donde pudieran esconderse o acampar los guerrilleros. Los comerciantes se unieron a este siniestro plan; bodegueros y pulperos emplearon hombres para este vil objetivo, aceptando sumas gordas de dinero del gobierno.

A Ezequiel le llegaban todas estas noticias. Amigos labradores, cocineras, negras esclavas, domadores de caballos, cabresteros, agricultores: todos tejieron una red de espías para hacerles llegar las noticias al General del Pueblo Soberano, que era como

le decían ahora a Ezequiel. Lo primero que hizo éste cuando pudo establecerse una vez que terminó de huir, fue convocar a un Estado Mayor, pues sabía que el gobierno iba a concentrar en él todas las tropas que venían de Caracas, Carabobo y Oriente. Ezequiel parecía leer en el interior de la cabeza de Páez, que era uno de los pocos que sabía en verdad cosas de guerra en medio de aquella cuerda de burócratas y oficinistas, de leguleyos y adulantes que rodeaban al gobierno y a los hacendados, y a los comerciantes poderosos.

Hombres y escuadrones salían en distintas direcciones, comandantes jefeaban incursiones hacia los llanos y el centro. El General Páez en persona comandó ochocientos hombres hacia la Cuesta de las Mulas para empezar la persecución. Arismendi, Hurtado, Piñango, Manso, Pérez y Jelambi eran los apellidos de estos oficiales. Hurtado, sobre todo, estaba encomendado para andar cerca de los pasos de Zamora, y lo logró. Veía y no veía a Zamora, llegaba a divisar de lejos su bandera amarilla.

Una tarde andaban las tropas de ambos por las montañas de Guigue, frente a Manuare. Las columnas de las tropas de ambos ejércitos se diseminaron por diversos caminos. Continuaron las tropas del gobierno cumpliendo las nefastas órdenes de Páez de hacer sacar de las casas a las familias de los montañeses. Cuando se les estaba interrogando si eran amantes de la libertad y se quedaban callados cuando se les hacían preguntas concretas sobre el gobierno, o no respetaban la autoridad de los hacendados y los grandes comerciantes, esas eran razones suficientes para dudar de ellos. Ese fue el primer error del gobierno. Un error que Ezequiel aprovechó, tomó ventaja con la honestidad elemental del campesino, de su noble proceder. Era una lástima que el autoritarismo de Páez y la ambición de Soublette no comprendieran esto.

Ahí en La Cuesta de las Mulas cometieron los godos toda clase de desafueros, como el de mandar preso a un hijo natural del Indio Rangel, hecho del que se enteró el indio encolerizándose. Por su parte, Hurtado estaba seguro de atrapar a Zamora. Hurtado pasó revista a todos los vecindarios de la zona, hasta las cumbres del valle de Manuare. Se enteró de que Zamora había estado en Cerro Azul. Ordenó a dos compañías que treparan aquella cumbre.

Ambas tropas andaban muy urgidas de comida. Zamora optó por despertar a su gente; se acostaba de día y de noche caminaba en la oscuridad. Con esto lograba hacer creer que él y los suyos estaban hambreados o destruidos. Hasta los dieron por muertos.

A los dos meses Zamora se les apareció por otra parte y cuando menos se lo esperaban. Fue venciendo a los ejércitos oligarcas en diversas batallas, por lo cual se arreciaron al tiempo las fuerzas del gobierno contra él. Se arma entonces de valor junto al indio Rangel para hacerles frente.

Llegan a un sitio llamado La Culebra, donde libran otra batalla contra las fuerzas opresoras. Era un día de febrero del año 1847. Se prepararon bien para la trifulca. En el enfrentamiento, el coronel Rangel los condujo con bravura en la mayor parte de la batalla y resulta vencedor; le dijo a un amigo suyo, Luciano Parra, que fuera y recogiera los cuerpos inertes y consiguiera más hombres en el campo para continuar la lucha. Una orden del General del Pueblo Soberano no se desobedecía así nomás. Ezequiel huyó con sus soldados heridos, faldeando cerros, hasta llegar a un sitio llamado Los Bagres, donde se detuvieron a matar una res para comer con su ejército, seguir toda una noche hacia el camino real a Caracas, hasta llegar a una hacienda en un caserío.

Pero allá los estaban esperando las tropas del gobierno en el sitio de Cataure. En plena noche, donde apenas veían lo que estaban haciendo mientras se batían entre ellos: peleaban y se acuchillaban sin poder verse del todo. Cuando clareó el día, Ezequiel era de nuevo vencedor; flameó la bandera amarilla junto al coronel Rangel y ochocientos hombres, toco la corneta y saludó con sus quepís.

La persecución a Ezequiel no se detenía. Nuevos hombres fueron designados para perseguirlo esta vez: los coroneles de apellido Hernández y Rodríguez. Juan Bautista Rodríguez salió esta vez de Barquisimeto a reunirse con Hernández en un sitio llamado la Loma de Cataure en el valle del mismo nombre, para tender una nueva trampa a Zamora en la conocida montaña de Paguito.

Una vez más, Zamora se desapareció. No podían entender por cómo, hacia dónde se les había ido ahora. Siguieron buscando. Esta vez Rodríguez tenía más posibilidades de enfrentarlo;

ya se estaba cansando. Mandó soldados a buscarlo por las lomas; pero los fuegos de Zamora los repelieron nuevamente.

Nuevos batallones venían ahora para acorralar a Zamora a través de una estrategia bien urdida por los soldados del gobierno. Los comandantes ordenaban a sus compañías volverse completamente contra los de Zamora, pero éste, el coronel Rangel y sus hombres bravíos les dieron una nueva lección de guerra: les cayeron a plomo con furor, se les fueron encima con lanzas que parecían contener en ellas una fuerza sobrenatural, una fuerza que venía de adentro, una potencia nunca vista desde los tiempos de la Independencia, cuando los venezolanos luchaban contra los españoles, contra los soldados enviados por los reyes de España. Esta vez eran venezolanos contra venezolanos; unos criollos armados por un gobierno desacreditado sumiso a los oligarcas y a unos militares corrompidos por el poder y la comodidad, por el dinero fácil, contra otros venezolanos humillados pero llenos de esperanza y coraje.

Zamora y su ejército luchaban con sus armas y pertrechos que quitaban al ejército enemigo una vez que lo vencían. Vivía Ezequiel sin dinero, comiendo él y sus hombres del producto de los conucos y de las reses que encontraba. Ni él ni su gente venían de la milicia ni eran militares profesionales premiados con grados; eran montañeses y agricultores que aprendían todo en el camino con la fuerza que les daba la tierra, que les daba el hambre y la injusticia. Sus apellidos eran Rondón, Sánchez, Masabé, Tovar, Sanabria, Zuloaga, Pereira, Peralta, Figuera, apellidos comunes, apellidos que podían ser también los del otro lado, podían ser para parientes o familiares de aquellos que también eran venezolanos, ahora separados por fuerzas sociales antagónicas.

Bajaron de los cerros de Paguito hechos una furia, gritando vivas y enarbolando la bandera amarilla. Eran indetenibles. Tocaron sus cornetas y sus tambores. El indio Rangel, el único coronel indio de toda aquella guerra que comenzaba, disparó furiosos trabucazos, gritando como un demonio feliz. Los oficiales de ambos bandos ruedan heridos. Al coronel Rodríguez lo sacan medio muerto en hombros. El indio Rangel también chorrea sangre desde una herida profunda, sale a la carrera y se esconde

en un campo de matorrales. Más de doscientos heridos y cien muertos ha sido el saldo de esta batalla. A Zamora se le han acabado las balas. Ahora pelea a lanza y daga de bayoneta, arrasando todo a su paso. Los soldados empiezan a huir a los barrancos.

Ezequiel está rodeado por cien de sus hombres, en un suceso donde han participado casi dos mil seres humanos.

Se retira Ezequiel abriéndose paso con su lanza, sin que nadie se atreva a perseguirlo. Partió de noche para la sierra, por la parte occidental de San Juan de los Morros.

Al indio, al coronel José Francisco Rangel no se le vio más. Se perdió herido en la Sierra, con una herida mortal. Lo encontraron muerto las tropas enemigas en la montaña de Guambra un día del mes de marzo. Llevaron su cadáver en un burro hasta Villa de Cura, donde después de bajarlo de la bestia le cortaron la cabeza.

Capítulo XIV

Después de aquella derrota, Ezequiel tuvo que reorganizarse. Se encontraba desguarnecido y tenía que volver a la lucha. Había facciones de Páez por todos lados, y debía tomar todos los pertrechos que podía, pues las tropas centrales se venían acercando con intenciones de rodearle. Se había designado al Coronel Doroteo Hurtado para que le diese captura, y las operaciones militares continuaron sin tregua contra él. Contaba, como siempre con los labradores y campesinos, con montañeses y lanceros diestros y fuertes, ahora dispuestos a seguirle, por lo cual buscó a un buen número de ellos para que lo acompañasen en sus nuevas batallas: soldados como José de Jesús González, a quien llamaban «El Agachado», como sargento; a Joaquín Rodríguez como teniente; a Tomás Rondón como comandante; nombró como capitanes a Policarpo Sánchez y a Ramón Zuloaga, todos amigos suyos, y a otro grupo de tenientes que se portaron a la altura de las circunstancias en el momento de subir a las serranías, aunque sigue en desventaja con el enemigo.

Carga contra ellos a sangre y fuego y a punta de lanzas y bayonetas, pero vuelve a quedar inutilizado y los batallones enemigos de dos mil quinientos hombres permanecen ocupando el campo una vez más, haciendo retroceder a Zamora, quien perseguido por los hombres de Hurtado debió refugiarse en un lugar llamado La Ollita, dispersando a su gente y huyendo él a otros lugares por donde termina vagando por calles y serranías, donde dormía solo por las noches a la intemperie, acurrucado entre pastizales, sufriendo frío y picadas de bichos; tenía la costumbre de

caminar más de noche que de día; poseía una cualidad gatuna que le permitía ver en las tinieblas, otear presencias invisibles con sólo aguzar el oído; se alimentaba de ramas, hojas, raíces, cambures y otros frutos que encontraba en el camino, hasta que un día enfermó de fiebre tifoidea y tuvo sueños delirantes: caía en pozos infinitos de donde surgían ayes y gritos sordos de mujeres y niños, luego volvía en sí y apenas podía creer que estaba vivo.

Sus fuerzas desmayaban. Un día venía trotando en su caballo y cayó al suelo. No podía más. En un descuido se quedó dormido en el suelo y perdió su caballo. La fiebre había crecido; era de noche y en su delirio febril abrió los ojos y vio el cielo lleno de estrellas titilantes. Los susurros secretos de los bosques llegaron hasta sus oídos y quedaron convertidos en voces espantosas que lo atormentaban, y sentía que iba cayendo en un gran hueco negro de donde salían llamaradas, como si estuviese ardiendo en el infierno. Desde arriba parecía que el cielo negro lo aplastaba, y sólo el brillo de algunas estrellas y de una gran luna podían salvarlo de aquel martirio. Oía cantos de pájaros y rugidos de bestias de tigres, báquiros, rebuznos de burros enfermos y relincho de caballo ciegos, sus sienes ardían; temblaba, tiritaba, comenzó a vomitar un líquido gangoso y amargo. Cayó de bruces hasta rodar por una ladera, y al poco rato vio encenderse una luz en el cielo: estaba amaneciendo.

Se arrastró como pudo apoyándose en arbustos; tomó pedazos de palo como bastones; se caía y se volvía a incorporar tiritando de fiebre. Miró a los lados y pudo divisar a un animal, a un asno acercándose por un camino, y esa sola presencia lo reanimó. Después se percató de la presencia de un hombre que iba con el burro, quien se acercó rápidamente a ayudarlo; le montó en el jumento como si se tratara de un talego de verduras y lo llevó en éste a una casita, como a media hora de camino. Parecía mejorar; luego recaía, y cuando intentaba retomar el camino, volvían los síntomas de fiebre y debilidad.

Llegó como pudo a un sitio llamado Palambra, a la humilde choza de unos campesinos que le ayudaron con brebajes y cataplasmas que le hicieron descender la fiebre, le asearon y le mantuvieron bajo techo durante los días que pudieron. Un día en que se sintió mejor abrió los ojos, después de haber dormido largamente,

y vio una cara conocida: era el rostro de la india Bibiana, la mujer que le había entregado sus caricias en otra ocasión de desamparo, cuando Ezequiel necesitó de calor y comprensión. Allí estaba de nuevo como una aparición fantástica, una especie de musa que venía de otra dimensión, de una raza ligada a los poderes mágicos de la tierra; su sola presencia le era suficiente para reponerse. Al par de ancianos que le habían atenido, Juan Arturo y Eva Felicia, los consideraba Ezequiel unos hechiceros naturales, personas que obraban de buena fe porque esa era su naturaleza, se comportaban como una hoja cayendo de un árbol o el agua fluyendo de un manantial. Así también los ojos de Bibiana, la tersura de su piel y la intensidad de sus besos, la línea de sus piernas y sus pechos, el olor salvaje que manaba de ella. Juan Arturo y Eva Felicia conocían desde hacía tiempo a Bibiana, amiga de guerrilleros y soldados, buena jinete de gran pupila para mirar a distancia, prendada ahora de Ezequiel. Pasó tres días ahí en Palambra brindándole su cariño. Ezequiel se bañó en el río, comió sopas y frutas, se fue reponiendo.

Ezequiel estaba ayudando a Juan Arturo y Eva Felicia a sembrar, pasó por allí en Palambra el Capitán Guillermo Blanco con una brigada del ejército proveniente de La Victoria, le vieron allí a Ezequiel y le preguntaron su nombre.

—Juan Pérez —respondió Ezequiel, tomando el apellido de los campesinos—. Soy pariente de estos labriegos, he venido a ayudarlos con su choza y sus arados.

—De todos modos va a tener que acompañarnos —dijo el oficial Doroteo Hurtado, comandante de la piqueta que llegaba—. Yo nunca le he visto por aquí, así que tome sus cosas y venga con nosotros.

Le amarraron para llevarle en burro a Villa de Cura. Ezequiel se despidió de los ancianos, abrazándoles con afecto. Bibiana despidió a Ezequiel con la mirada desde el interior de la choza, le vio alejarse montado en el jumento, acompañado de aquellos soldados.

Al llegar a la villa se quedaron atónitos, incluyendo a los propios soldados que lo llevaban: ahí estaba al fin Ezequiel Zamora capturado, preso de la manera más fácil, sin disparar ni un solo

tiro. Los vecinos de Villa de Cura lo reconocieron de inmediato, y el coronel Doroteo Hurtado se llevó todos los méritos; pasó Ezequiel allí unos pocos días; después lo llevaron a una cárcel en Barquisimeto, donde le pusieron unos grillos, le incomunicaron y luego le trasladaron a la cárcel de Maracay, donde se encontraba el Cuartel General.

El capitán Blanco puso a Ezequiel a las órdenes de Doroteo Hurtado en San Francisco de Tiznados. Para seguirle un juicio de guerra ante un tribunal. Ezequiel ya estaba un poco más recuperado de la tifus, había comido un poco mejor y le habían conseguido ropas limpias. Ya le había fijado el juicio para el cuatro de abril de 1847.

Ezequiel ya estaba repuesto física y anímicamente. Se había recuperado de las fiebres malignas y poseía claridad de pensamiento. Las gentes del pueblo que le vieron por las calles se sintieron apesadumbradas, y muchos generales del gobierno apenas podían creer la noticia. El mismo Páez se atrevió a llamarlo «azote» en uno de sus informes, y de calificar de «Benemérito Jefe» al coronel Doroteo Hurtado por haberse arrogado el mérito de atraparlo. En el mismo informe de ese año 1847, Páez nos dice que el cabecilla será entregado a los tribunales de justicia para que se le siga el debido juicio. En esos mismos días el coronel Hurtado celebra en otra comunicación la muerte del coronel Francisco José Rangel, con lo cual el gobierno piensa que ha ganado una de las batallas decisivas contra la revolución liberal. Pero las cosas no son exactamente así, como lo mostrarán los acontecimientos que la historia se encargará de escribir en lo sucesivo.

Capítulo XV

—Cayó el pajarito, qué me le parece —dijo Julián Castro—. Cayó mansito el hombre, cuando menos lo esperábamos. El tipo es valiente, no se puede negar, pero ahora con él preso, los demás se van debilitar. Hay que aprovechar para continuar exterminando a los rebeldes. Con el cabecilla preso y condenado a muerte, y con el coronel Rangel muerto creo que van a claudicar.

—Hay que formar un nuevo ejército, General —dijo Monagas—, y darle un nombre que tenga pegada, porque ya a Monagas se le está pasando la mano, se cree Dios, creo yo…

—A mí me parece simplemente un demagogo, un falso, pura verba, quiere estar con Dios y con el Diablo —dijo Castro.

—Vamos a darle un golpe a este Monagas, que ya no nos sirve para nada… —confirmó Monagas.

—Y también a Juan Crisóstomo Falcón allá en Coro, que nos echó la partida para atrás. El General Falcón también tiene contacto con Zamora y con Monagas, y eso no nos conviene —rectificó Julián Castro—. Sí es verdad, anda hablando de Federación, libertad, revolución y vainas de esas, para alebrestar a la gente. También tenemos que ofrecer recompensas para atrapar a los insurrectos, pa' que nos los traigan para acá y meterlos presos como a Zamora, y que se pudran en la cárcel.

—Con el tiempo pensará que Zamora ha muerto, y eso será mejor —dijo Monagas.

—Pero vamos poco a poco, para que no se den cuenta, pero eso sí, seguros, directo al grano… —anotó Castro.

—¿Y a donde trasladamos ahora a Zamora? —inquirió Monagas.

—A Maracay —dijo Castro sin pensarlo dos veces—. Allá estará más aislado.

***

Han ordenado que Ezequiel Zamora sea llevado a un Tribunal de Guerra en Villa de Cura. Se nombraron los jueces, un auditor de guerra y un Secretario. Lo pusieron a las órdenes de los jueces de Primera Instancia, se le nombró un abogado defensor y un Fiscal. Todo quedó listo para el juicio, cumpliéndose todos los requisitos legales a tal efecto.

Llega un día del mes de julio del año 1847. Ezequiel es trasladado a la sede del tribunal. El sol es candente, y el semblante del líder del pueblo luce tranquilo. Lleva ropas limpias, y al salir de la cárcel, afuera están esperándolo grupos que lo aclaman, y otros que más pequeños que lo agreden. Mucha gente del pueblo gritas vivas a la revolución.

—¡Tierra y hombres libres! ¡Viva el General Zamora! —gritan.

—¡Viva el partido liberal! —gritan otros.

Ezequiel sonríe con satisfacción. Desde el fondo de sí, agradece los saludos del pueblo, al cual se debe. Esta es la mayor satisfacción de su vida, observar el gesto noble de los humildes, sus rostros de agradecimiento profundo.

Ahí está el edificio del tribunal. Ezequiel se acerca escoltado por guardias, sube las escaleras, entra en el salón donde los jueces le están aguardando. Se sienta en el sillón que se le ha asignado, junto a un abogado defensor que apenas interviene. El interrogatorio comienza.

—Díganos, por favor, cómo se llama usted, donde nació, cuál es su religión, su estado civil y su profesión.

—Mi nombre es Ezequiel Zamora, nací en Cúa, mi religión es la católica, mi estado civil soltero y me dedico al comercio.

—¿Por qué cree usted hallarse preso?

—El gobierno me persigue porque levanté una facción contra él.

—¿En qué términos cooperó usted con esa facción?

—Porque leí públicamente los escritos que venían de la prensa liberal, y terminé tomando las armas contra el gobierno de mi país, con la seguridad de que le servía. Por eso fui perseguido y apresado en Palambra, allá cerca del río Tiznados.

—¿Cómo cree usted hacerle un servicio a su patria tomando las armas contra su gobierno?

—Creo que este gobierno infringe las leyes, lo cual nos autoriza para levantarnos contra él, y esto lo leía a diario en los periódicos liberales, las ideas de todos los que escriben en esos periódicos.

—¿Sabe usted que existe una ley especial sobre la imprenta y las publicaciones, que impide que se reprima la libertad de prensa, que no se pueden tomar medidas contra los impresores?

—Creo que el Congreso debió haber dictado una ley que detuviera los males que creía se le iban a causar al país debido a la libertad de expresión.

—¿Cuáles eran esos papeles cuya lectura ha dicho usted haberse entregado?

—Son los periódicos *El Venezolano*, *El Patriota*, *Las Avispas*, *La Centella*, *El Sin Camisa*, *El Rayo* y muchos otros que venían de distintas partes.

—¿Estaba usted inscrito en ellos o se los enviaban gratis?

—A unos me suscribía y otros me los regalaban.

—¿Sabía usted quienes eran los autores de aquellos escritos? ¿Llegó usted a darle tanto crédito al extremo de dejarse llevar ciegamente por sus ideas?

—Según creo esas son personas honorables, tanto el doctor Felipe Larrazábal que edita *El Patriota* como Antonio Leocadio Guzmán en *El Venezolano*, así como otros autores muy conocidos y leídos como los señores Requena, Bruzual y el doctor Fidel Rivas, que son personas ilustradas y dignas de todo respeto.

—¿Cuáles son los sucesos que le han conducido al hecho de haber tomado las armas contra el gobierno de su patria?

—Tuve choques con las tropas del Coronel Guerrero en el sitio de El Limón, donde fui derrotado. Allí comandé una fuerza

de mil quinientos hombres de infantería y caballería, y las llamé a éstas fuerzas de la oposición; después en Los Bagres tuve un choque con un tal capitán Villasmil, quien por el asalto que me hizo, resultó muerto. Luego en un sitio llamado La Ollita tuve un encuentro y me retiré a tiempo porque las fuerzas eran superiores a las mías. Después la cosa fue en las montañas de Guigue, allá en Manuare, tuve otro choque con el gobierno de donde tuve que salir después, porque no teníamos bastimentos y ya habían comenzado a dispararnos. De ahí nos fuimos a Guacamaya, donde fuimos rechazados otra vez. En el sitio llamado La Culebra ocurrió otro tanto: allí yo estuve al mando de doscientos cuarenta soldados.

Ezequiel hizo una pausa, sacó un pañuelo de uno de sus bolsillos para secarse el sudor. Tomó un trago de agua de una vasija y luego prosiguió:

—Déjeme ver… como le decía, después estuvimos en el suceso de Cataure, donde nos vimos en dificultades. Disparamos unos tiros cuando nos vimos otra vez cercados por las tropas del gobierno y también tuvimos que retirarnos cuando llegó la noche. Después vino lo de Paguito, donde estuve al mando de trescientos hombres valientes, decididos a luchar.

—¿Qué pasos ha dado en su carrera revolucionaria, como usted le llama, antes del enfrentamiento de El Limón?

—Los necesarios para reunir a la gente que allí llevé, para iniciar después el sitio de Guambra.

—¿Cuántos grupos armados logró usted reunir aparte de los formados por usted mismo?

—Los que organizaron por su propia cuenta el indio Rangel, Rosario Herrera, Segundo Martínez y Evangelista Cabeza.

—¿Y todas estas personas se sometieron a sus órdenes?

—Sí, lo hicieron por su propia voluntad, por su cuenta y riesgo.

—¿Cómo hizo usted para convencerlos, sin darles argumentos de superioridad sobre ellos?

—Yo lo que hice fue escribirles para que se me unieran, diciéndoles que yo ya me había levantado para defender la Constitución del año treinta, la Constitución que nos dejó Bolívar, la cual había sido pisoteada, y que, si aquí no había hombres con

quienes contar, me iba a ir donde hubiese paz y libertad, por lo cual todos ellos fueron a reunirse conmigo en San Francisco de Tiznados, con las fuerzas que tenían a su mando. Rangel fue el primero en unirse, porque ese sí era un hombre guapo, valiente, y ahora está muerto —dijo Zamora pensando en su amigo, con la voz casi quebrada por el sentimiento.

—¿No se sorprende usted de que un simple comerciante de Villa de Cura lograra llevar a hombres bajo su mando de la noche a la mañana?

—No creo que esto haya sido la obra de un milagro. Esto fue debido al efecto de la prensa liberal, que en mí produjo los mismos efectos, para ir en contra de un gobierno que ha quebrantado las leyes.

—¿Quién le dio a Rangel el grado de Coronel?

—Yo se lo di.

—¿Cuáles fueron los pasos que dio usted para desatender sus obligaciones, y para luego ir en contra del gobierno?

—Me entregué por convicción a todas las actividades para lograr el triunfo del partido liberal en las elecciones primarias, en la parroquia de esta ciudad y en la de Magdaleno, en San Francisco y en San José de Tiznados, comisionado por una Sociedad Liberal que existía en esa ciudad, y obré en consecuencia. Allí estuve reunido con mis amigos Manuel María Echeandía y otros que dijeron estar en desventaja total con el gobierno hicieran lo que hicieran, entonces decidí que el único camino era hacer una revolución. Después de eso, llevé a cabo todas las reuniones necesarias para lograr los encuentros y entrevistas con los compañeros que iban a colaborar con nosotros en la revolución campesina. No me moví de Caracas hasta el día en que Antonio Leocadio Guzmán partió de allí para La Victoria a tener una entrevista con el general Páez, según me dijo.

—¿Dónde se alojó usted en Caracas en esos días de agosto?

—En la casa de mi hermana Genoveva.

—¿Tiene usted parientes en Caracas?

—Sí señor —dijo Ezequiel, pensando que al nombrarlos a todos ellos estaba poniendo en peligro sus vidas con los esbirros

de la tiranía—. Los hermanos José Miguel y Manuel García, Arrabales y Esnales se apellidaban otros.

—¿Cuáles de estos individuos merecen más consideraciones suyas?

—Todos por igual.

—¿Formaron parte de la reunión en La Victoria algunos parientes suyos?

Ezequiel pensó bien antes de responder, pues estaba comprometiendo a su familia. Dijo que no, pero efectivamente sus hermanos Gabriel y Antonio José, y su primo Manuel García, habían participado.

—¿Qué relación tuvo usted con Antonio Leocadio Guzmán durante y antes de la reunión de La Victoria?

—Ninguna que no sea la de un conocido, pues no era amigo personal de éste.

—¿Qué ofertas les hizo usted a los vecinos de Tacasuruma para que les siguiesen tan fácilmente?

—Yo no les hacía ninguna oferta. Me seguían porque yo los invitaba a defender la patria, la libertad y la ley que habían quebrantado los oligarcas.

Ezequiel estaba extenuado con tantas preguntas. No deseaba responder más. El rostro y los gestos del inquisidor le resultaban insoportables. Pero el gendarme siguió inquiriendo. Ezequiel tomó un nuevo trago de agua.

—¿Cuándo conoció usted a Rangel por primera vez?

—Cuando me reuní con él en el sitio de Las Mulas, como ya le dije.

—¿Quién le dio a usted recursos para la guerra?

—Nadie me los ha dado. Tomé un barril de pólvora de San José de Tiznados de la casa de Valentín Tovar, y la pólvora que usé en el ataque del Limón.

—¿De dónde salieron la pólvora, el plomo y los otros elementos usados en los choques que dice usted haber tenido con el gobierno?

—Para esos choques conté con las armas y municiones tomados por el indio Rangel en El Pao; para los otros choques, con los elementos tomados en el ataque de Los Bagres, y con las

armas y municiones que aportaban los vecinos identificados con la causa.

—¿De qué más se valía usted para ganar prosélitos?

—Leyendo los escritos que publicaba la prensa liberal, y esos escritos ellos los llevaban ocultos en los sombreros. Y entonces los proclamé en Tiznados aquella vez que querían asesinar al Ministro del Tribunal.

—¿Qué relaciones tenía usted con los guzmancistas?

—Las que tuve con algunos comerciantes de allí, de apellido Rodríguez. Ellos me escribieron para que yo trabajara por la candidatura de Guzmán, y me mandaban todos los papeles del partido liberal.

—¿Qué otras personas conocía usted allá?

—Ninguna otra.

—¿Cuándo se verificó el sitio de La Culebra y para qué?

—Íbamos para La Culebra con el fin de reunir más hombres, y porque estábamos seguros de que nos seguirían.

—¿Por qué usted estaba tan confiando de que los seguirían?

—Era gente del pueblo que actuaba según su propia convicción. No me sé los nombres de todos ellos, apenas los recuerdo.

—¿Qué tiene usted qué decir acerca de un barril que tomaron en su expedición en La Culebra?

—Nada.

Ezequiel ya estaba perdiendo la paciencia. Eran las mismas preguntas con distintas palabras, por lo cual ya estaba contestando con monosílabos. El personaje que le interrogaba tenía un aspecto servil, y al mismo tiempo soberbio, uno de esos personajes que se apoyan en la arrogancia del poder de otros.

—¿Adónde y con quiénes se fue usted después del ataque de El Limón?

—Ya le dije que me fui a Cerro Azul y después a Las Mulas con mis compañeros Manuel Herrera y los hermanos Masabé, Miguel y José.

—¿Dónde estaba usted cuando el indio Rangel ocupó El Pao y dónde se reunió con él?

—Íbamos para Camatagua, confiados en que había una gran votación a favor del partido liberal en las elecciones, y por eso encontramos más gente que nos siguiera.

—Y después de la derrota de Paguito, ¿qué pensó hacer usted?

—Irme por Guardatinajas en busca de un río navegable, para embarcarme a un país extranjero.

—¿Conoce usted a Santiago Sandoval y a José María Meza, de Valencia?

—No los conozco.

—¿Cuántos días estuvo usted en el sitio de La Dormida, mientras iba para Los Bagres?

—Como tres días, me parece.

—¿De quién recibió auxilio allí?

—De unos dependientes de una bodega, de unos isleños de ahí que me dieron un pan de horno, queso y una botella de vino.

—¿Le enviaron pólvora también?

—No señor.

—¿Cómo supieron aquellos individuos que ustedes estaban en La Dormida, y cómo hicieron para enviarle la comida?

—Se los mandé pedir con una negrita de la hacienda de La Lagunita, de cuyo nombre no me acuerdo, y fueron los mismos dependientes quienes me los llevaron, y después se devolvieron para la ciudad.

—Bueno, pues, para terminar, dígame ¿quiénes fueron los que los ayudaron y cuáles fueron los recursos de aquellos jefes?

—Fue mucha gente, no le puedo decir todos los nombres, gentes en Río Chico, Tiznados, Guardatinajas, El Pao, Cura, sitios donde estalló la revolución. Todos estaban seguros de que la revolución estallaría en otros lugares también, en Barinas, Coro, Apure. Yo me propuse imitar a Páez en su juventud, pues él había triunfado ante sus enemigos de la patria, y así exhorté entonces yo a mis compañeros.

Ezequiel Zamora terminó de hablar y se reclinó hacia atrás, en actitud de descanso. Secó el sudor de su frente con un pañuelo color verde oliva, y bebió agua de un vaso de barro.

Los integrantes del Jurado se reunieron. Hubo murmuraciones sordas, informaciones que corrían en los labios de aquellos seres bien trajeados; se paraban unos y se sentaban otros; acordaron entre ellos determinar una sentencia. Por fin el auditor de Guerra, José Santiago Rodríguez se llamaba, se levantó de una silla y dictaminó:

—Ciudadano Ezequiel Zamora. Habida cuenta de su declaración ante este tribunal, sus miembros han decidido por unanimidad sentenciarlo a la pena de muerte.

Capítulo XVI

Ezequiel Zamora fue conducido a la cárcel de Maracay. Nunca había estado preso. No era un militar profesional, no era un político, no era un intelectual. Era un comerciante pleno de conciencia social, que ahora estaba tras las rejas, con unos grillos en los tobillos, por defender sus ideas, al lado de un ejército formado por el mismo pueblo. Se sentía en una situación extraña. Por la cabeza le cruzaban sensaciones en todas direcciones. Cerraba los ojos y dentro de su cabeza aparecían imágenes de todo tipo: veía el rostro del indio Rangel, el rostro de Bibiana, el rostro de su madre, pensaba en sí mismo cuando era niño, montando un caballo para ir al río. Su madre debía estar en aquel momento llena de angustia, pero también dueña de una valentía notable.

En efecto, Paula Correa estaba ahora armándose de valor para ir a hablar con el presidente de la República, José Tadeo Monagas. Iba a abogar por la vida de su hijo. Iba a llevarle una carta donde le exponía las razones para que su hijo se mantuviera con vida, pues Ezequiel no era ningún asesino común, era un hombre movido por la sed de justicia que había decidido tomar las armas.

Ezequiel observa el ambiente de la cárcel. La atmósfera es apestosa, huele a orín y excremento, las paredes están manchadas de sangre, los presos parecen despojos humanos, asesinos, ladrones, borrachos, negros e indios andrajosos que han perdido la dentadura, están enfermos, casi no hablan entre ellos, han perdido la cordura, se mueren de hambre, de sed, ya no tienen fe ni esperanza; sufren la represión de los carceleros. No imaginó

Ezequiel un panorama así, tan sórdido. Se va acercando poco a poco a grupos de seres humillados, arrastrando sus grillos, tratando de darles esperanzas. Aunque lleva grillos que le impiden andar, ya no tiene fiebre, aun cuando siente la cabeza pesada. Los gendarmes de la cárcel lo miran con una mezcla de rabia y admiración y otro con piedad. Otros lo ven como un héroe, un loco o un mártir; no lo tratan ni bien ni mal. En algunos momentos, muy raros, le hacen atenciones especiales; en otras lo desprecian. Se conforma con el pan duro y el agua, y a que le den papel y lápiz. Piensa, escribe, trama nuevas ideas para aplicarlas en cualquier momento, no pierde nunca la fe. Las horas pasan lentas; los días parecen meses y los meses años. Sigue una rutina que puede ser desesperante, pero él la logra dominar. Debe haber alguna manera de salir de allí, tramar algún plan. Sabe que su gente lo está avanzando, que tienen algo bueno para él, que no se rinden; poco a poco va trabando relación con alguien en la cárcel a quien llaman el mojino Ramos. Mientras escribe, Ezequiel da conversación; sabe cómo tratan a los indios y a los negros en esas prisiones, aunque sean del gobierno. Sabe que poco a poco el mojino Ramos ha comenzado a dar muestras de cercanía con la cusa de Zamora. De hecho, cuando dice «Zamora» pone una carga afectiva especial en ese apellido. Le alcanza más hojas de papel para escribir, le lleva plumas y tinta que él consigue no se sabe dónde. Un día se acerca a Ezequiel llamándole «General Zamora».

—¿Y cuánto tiempo lleva usted aquí, Ramos?

—Como cinco años. La cosa aquí es muy fea, General, muy fea…

—Por aquí dicen que se andan fugando esclavos —dice Ezequiel—. Indios y negros que se han ido de las haciendas… Según parece andan buscando a su líder, y en cambio yo aquí preso, sin poder hacer nada por ellos.

—Está sentenciado a muerte, General.

—Sí, ya lo sé, Ramos. Pero una cosa es estar sentenciado y otra es estar muerto. Yo tengo fe que voy a salir de aquí, la gente me necesita, todavía tengo muchas cosas por hacer.

En ese momento entró uno de los carceleros que andaba por fuera, atendiendo a unos animales y tasajeando carne.

—¿Qué pasa aquí, Ramos? Lo estoy necesitando allá afuera y usted aquí charlando con el detenido —dijo.

El hombre se acercó a Zamora y le dijo:

—¿Qué le pasa, General Zamora? Hoy le he visto muy inquieto. ¿Le hace falta algo?

—Estoy bien Sargento, lo único que me hace falta es que me traiga algún periódico, para ver las noticias. Eso sí se lo agradecería.

—Por ahí llegaron varios, de aquí y de allá. Ahora más tarde se los traigo.

El sargento caminó hasta un fogón que estaba cerca. Las brasas ardían y daban fuego al agua que ardería para recibir el aromático olor del café. El sargento le pasó un pocillo de barro a Ezequiel, con la estimulante bebida.

Siguieron días de rutina carcelaria para Ezequiel, donde se iba afianzando más en la cercanía con aquellos hombres, una olla con agua, donde seria disuelto de inmediato un café y algunos terrones de panela de azúcar. Aquellos hombres percibían algo en él; en su reciedumbre había algo de lo que ellos buscaban, una oportunidad distinta de mirar el país.

Los periódicos dicen más o menos lo mismo. Los conservadores quieren hacer pactos con algunos liberales para perpetuar la situación de dominio. Demasiadas ambiciones, cosas inconclusas, cabos sueltos. Los campesinos negros, esclavos y pardos, andan alebrestados y claman por la presencia de Zamora. Ezequiel tampoco sabe que su madre Paula Correa tiene todas las intenciones de hablar con al presidente de la República para que le mitigue la pena, a quien en los siguientes días intentarán envenenar o asesinar en la cárcel. Los hechos se sucederían tal cual los narraría Paula Correa en su misiva dirigida a José Tadeo Monagas. Hechos que, uno a uno, serían descubiertos a tiempo por el mismo Ezequiel y sus nuevos colaboradores dentro de la cárcel, el mojino Ramos y el otro sargento afecto a la causa liberal, quienes serían precisamente los que harían llegar la información a doña Paula para que ésta pudiera hacer sus solicitudes ante el presidente.

***

Mientras tanto, Paula Correa está llegando al despacho del presidente Monagas en Caracas, a esperar que llegue para hablar con él y entregarle una carta. Espera toda la mañana. Al fin llega el presidente; saluda con reverencia a doña Paula, que viste un traje negro y lleva una expresión de amargura en el rostro. Ella le entrega una misiva donde le expone las razones que tiene para temer por la vida de su hijo. Monagas abre el sobre, desdobla el papel donde está el manuscrito y lee:

Excelentísimo señor Presidente de la República.

Paula Correa, viuda, legítima madre del desgraciado joven Ezequiel Zamora, llena de respeto y anegada en lágrimas, que expresan el dolor más fuerte de la naturaleza, elevo hoy mi triste y compasiva súplica al padre general de los venezolanos, el Supremo poder Ejecutivo, cuya clemencia esmalta sus heroicas virtudes. Existe Excmo. Señor, mi desventurado hijo en la cárcel de Maracay, casi privado de comunicación, arrastrando enormes y pesados grillos, que más que la seguridad contra la fuga, trabajan el tormento y el aniquilamiento de su vida. En tan dura y desesperante situación, tres veces se ha atentado contra la existencia, empleándose aleves e insidiosos medios, de cuya prueba siempre sabe salvarse el asesino.

Primero, se fingió que una partida, quería acometer en una noche al pueblo para sacarlo de la cárcel. En efecto se hizo correr la noticia, se alarmó el vecindario, y en confianza, la más criminal, se solicitó del oficial de la guardia de la cárcel, a quien se reveló el plan, que con el pretexto de los confabulados en motín, se le quitase la vida en esa noche a mi hijo. Para persuadirlo, se le decía por el hombre más descarado y cruel, que tiene Venezuela, que era un servicio distinguido que se hacía a la República, matándose a Zamora, para que no se gastase más en custodiarlo, ni en su juicio. La virtud del oficial de la guardia salvó en tan horrible noche, la vida de mi hijo, pues se negó a la criminal maquinación de aquel hombre execrable.

En la vez segunda, un oficial aprovechando el momento, en que el de la guardia 110 se hallaba en la cárcel, entró a ella, y desnudando su espada se dirigió al calabozo donde estaba mi hijo. En el acto, quiso el cielo, que entrase el oficial de guardia, y sorprendido el asesino, no pudo consumar su crimen.

Frustrados estos medios, se echó mano, Señor Excmo., de otro más infame y aleve. A pocos días se logró meter en la comida de mi hijo una hallaca con solimán. La casualidad de haber notado aquel, al dividirla con una cuchara, que esta se había ennegrecido, lo salvó de la muerte. En tan agobiante suplicio ha permanecido mi desgraciado hijo.

El 29 de agosto último se ha aparentado en Maracay grande alarma, suponiéndose, que varios amotinados en Tacasuruma invadiesen el pueblo. Guardias dobles, patrullas, quien vives, y un tren estudiado de temores agitaron la población. Mi hijo, esperaba de un momento a otro la pérdida de su vida, como fruto del aparato. Temo señor, y con sobrada razón, aunque no puedo dar las pruebas de tan abominable y criminal historia, que un asesinato oportunamente perpetrado, me quite la esperanza de la clemencia, y de la misericordia del Gobierno de mi patria, y de la humanidad del piadoso corazón de V. E.

El perverso, que acecha infatigablemente la vida de mi hijo se prepara a burlar la clemencia nacional, dejando a la anciana madre, que suplica en el último desespero, que la arrojará al sepulcro.

Ya por estas razones, y por la que la causa de mi hijo será hoy sentenciada en 2a instancia y se aproxima su término. Y más que todo porque en las escaseces del Erario, no hay con que sostener la guarnición que custodia la cárcel de Maracay; y porque a ser lícito el temor y la alarma en que se halla aquella villa, no está seguro mi hijo, y según se aparenta está expuesto al asalto de los facciosos. Suplico entrañable y humildemente a Y. E. se sirva mandar se traslade inmediatamente a esta cárcel pública, que ofrece más seguridades con la correspondiente custodia, la persona de Ezequiel Zamora; ¡que sea, Excmo. Señor, la ley y la justicia, y no otro crimen más feo, los vengadores de los errores de mi joven hijo!

Paula Correa

Caracas: Setiembre 4 de 1847.

—Gracias, doña Paula —dijo el presidente Monagas—, por haber llegado hasta aquí. Consideraremos el contenido de esta misiva, téngalo por seguro; estudiaremos su propuesta con el resto de los magistrados y autoridades.

—No sabe cuánto le agradezco, señor presidente, Dios me lo bendiga, Dios me lo ilumine a usted y a los jueces para que tengan compasión por mi pobre hijo.

Paula Correa dio la mano a José Tadeo Monagas, despidiéndose con gratitud.

El General Monagas se sentó en su sillón un rato, bebió un café y se quedó pensativo. Había sido sincero con doña Paula, iba a considerar de veras la propuesta.

***

Mientras, en la cárcel, Zamora se está convirtiendo en una especie de símbolo. Los presos le admiran y respetan. Él les ha transmitido esperanza con sus frases y su manera de pensar. También en la cárcel Ezequiel se está volviendo un héroe popular. Pasan las semanas y el ambiente de la cárcel es otro.

Un día por fin llega la noticia: le han conmutado la pena de muerte a Ezequiel, por la de diez años de prisión cerrada en Maracaibo. La celebración es inmediata. Los reos se unen al jolgorio y abrazan a Ezequiel. Este es un nuevo motivo de entusiasmo para él, que ve renovadas sus fuerzas para la lucha. Una vez conocido el dictamen de la Corte, algo se activa en su interior y empieza a correr por el ambiente que el complot armado para asesinarlo había sido urdido e iba a ser puesto en práctica, por lo cual Ezequiel se pone en guardia y se crea un círculo de hombres para protegerlo. Dentro de ese mismo grupo de hombres crearon un plan para algo mejor: para sacarlo de allí antes de que lo transfieran a Maracaibo, cárcel con medidas más severas de seguridad, de donde le sería casi imposible escapar.

Entonces se puso en movimiento la Misión Rescate, comandada por Juan Caspers, Gabriel Zamora el hermano de Ezequiel y la india Bibiana, en combinación con presos y carceleros en Maracay, identificados con la causa liberal. Los elementos

principales de la operación eran varios: soborno, seducción, alcohol, velocidad de acción e inteligencia práctica.

No tardaron en reunir dinero y el plan, que consistió en sobornar y emborrachar a los carceleros ayudados por la india Bibiana, quien se presentaría en la escena para seducir a los carceleros; mientras otros llevaban botellas de aguardiente y un mazo de cartas para incitarlos al juego. Mientras, en el marco de una ventana, en la parte posterior de la cárcel, se colocaban unas fuertes yuntas de hierro para desprender el marco de esa ventana, de lo cual se encargaría un buen grupo de hombres comandado por Gabriel Zamora, su hermano, y Juan Caspers. No debían tardar, pues le quedaban sólo tres días para llevar a cabo el plan.

Se reunieron en Maracay y desde ahí desplegaron el equipo. Llegaron cerca de la cárcel montados en varios burros, con el aguardiente, las barajas, las guitarras y el dinero; se pusieron a apostar por ahí cerca, mientras otros cantaban y se empinaban las botellas de aguardiente, apostaban y reían, mientras la india Bibiana exponía sus encantos. Los guardias aceptaron varios tragos de licor; corrió la bebida, las cuerdas del cuatro sonaron acompañando varias canciones, las risotadas explotaban. Pronto se hizo el grupo de bebedores y jugadores, mientras al otro extremo del edificio Gabriel Zamora y otros hombres forzaban desprendían el marco de la ventana, ayudados por la fuerza de unas mulas. Ezequiel logró trepar la pared, salir por la ventana y caminar por los tejados en la oscuridad, hasta llegar a una zona donde pudo internarse por unos mogotes, protegido por las sombras de la noche. Estaba en su elemento, volvía a sus andadas nocturnas en las que era experto. Anduvo montado en una mula, recorriendo los bosques con mucho sigilo hasta llegar a La Victoria, donde montó luego un nuevo caballo, hasta llegar a Caracas, mientras en la cárcel de Maracay ya habían dispuesto ir tras él, en vano, pues el segundo caballo era muy brioso y le permitió arribar a Caracas a salvo, donde se refugió en la casa de su amigo barinés Napoleón Sebastián Arteaga, para seguir camino con él hasta la casa de la familia Cotarra, en la esquina de Piñango en el centro de la capital.

A la noche siguiente siguieron camino a una hacienda llamada La Guairita en las inmediaciones del Hatillo, donde vivió un tiempo bajo el mote de «Don Manuel» para salvar su verdadera identidad. Allí permaneció durante seis meses viviendo la vida de campesino que tanto le gustaba, sin salir para ninguna otra parte, rodeado de buenos amigos. Su ausencia en la guerra se hizo sentir; las batallas campesinas andaban de capa caída; en el gobierno central todo parecía más calmado. Pasaron los meses y se inició un nuevo año, el de 1848.

José Tadeo Monagas, que había indultado a Ezequiel, lo perdonaba una vez más. A través de los periódicos le mandó llamar, para que le organizara una milicia. Ezequiel aceptó.

—Me alegra mucho verlo con vida, Zamora. Mire, vamos a olvidar todo lo ocurrido. Lo importante es que usted está vivo y que es dueño de sus facultades. Le tengo una propuesta: quiero que me organice un batallón en Villa de Cura, para que se luzca.

—Acepto, presidente —dijo Zamora.

—Bueno, pues, manos a la obra. Una vez que forme el batallón se une a nuestro ejército, para ir a ponerse a las órdenes del general Santiago Mariño.

—Entendido, mi general —repuso Zamora.

—Puede retirarse, Zamora, y buena suerte —dijo Monagas.

Además de los hermanos Monagas y de Julián Castro, varios comandantes aparecían ahora en escena: los generales Santiago Mariño y José Laurencio Silva, todos muy diestros en el arte de la guerra. Ahora Ezequiel debía seguir órdenes de Monagas y de todos ellos. Debía seguir las pautas contra los godos en Valencia y Maracaibo. En Maracaibo comenzó a guerrear otra vez Ezequiel para atacar a Basilio Borges en Cabimas en la ribera del lago, donde debía recoger ganado y víveres para los alzados. Apresó a Basilio Borges, y en Maracaibo hizo algo parecido con Justo Briceño. Todas las misiones encomendadas entonces a Ezequiel tuvieron éxito. Parecía venir con nuevos ímpetus, con fuerzas renovadas. Aquel hombre que había estado en prisión, con grilletes, débil y enfermo, era ahora un centauro vernáculo, sin miedo a nada. En Maracaibo hizo seiscientos prisioneros, de los mil quinientos que atacó otros se habían ahogado en el lago de

Maracaibo. Se puso a la orden del General Laurencio Silva para descubrir los planes de Páez. Tenía esa espina metida, ese sentimiento de contradicción con Páez. Lo admiraba y lo odiaba a la vez, lo respetaba y lo rechazaba. Quería vencerlo. No podía comprender cómo aquel hombre, movido por sentimientos de vanidad y egolatría, había traicionado los ideales del Libertador Simón Bolívar. A este se le enfrentó entonces en Carache, cuando venía en contraofensiva, y aunque perdió muchos hombres en la refriega, obligó a Páez a retroceder, y eso le dio tiempo a José Laurencio Silva a que lo cercara con su ejército por el frente y por la retaguardia, de cuya batalla salieron muertos y heridos varios tenientes y capitanes importantes.

Pero la suerte de Zamora parecía estar ligada para siempre a la de Páez, pues cuando éste cae preso después de la mencionada batalla y lo llevan de Valencia para Caracas, Ezequiel en vez de tomar ventaja de él por todo lo que le hizo sufrir en la cárcel de Villa de Cura, le da protección mientras trasladan al General llanero a Caracas. Estaba frente a un maestro de la guerra. Una vez capturado Páez, se plantó frente a él y le dijo, señalando a dos oficiales:

—Estoy a sus órdenes, excelentísimo. Por medio de estos dos oficiales, Guerrero y Alcántara, se puede servir para que pida lo que necesite para su servicio personal.

En esta humanidad le aventaja con creces Zamora a Páez, y éste nunca se lo perdonó. Por ello era Páez tan impopular. Aun siendo de extracción humilde, ya no tenía popularidad entre éstos, por su soberbia y su falta de compasión, lo cual quedaba demostrado cuando Páez pasaba por entre las turbas y el pueblo le gritaba:

—¡Muera Páez!

Habían empezado los pactos. Las tendencias políticas querrán fusionarse reclamando el progreso del país, pero no encontraban la manera. Intelectuales, políticos, educadores administradores, militares, ricos hacendados y gente ilustre andaban buscando fórmulas para hacer funcionar una fórmula productiva, pues deseaban fundar un nuevo partido con una filosofía de bienestar, paz y tolerancia. Deseaban que todo estuviese armónico,

pero cuando intentaban llevarse a la práctica las ideas, aparecían las fallas de la naturaleza humana: la ambición de poder, el dinero, las apetencias personales, la fama, la gloria, el hambre incontenible de posesión. Las cárceles aún estaban llenas de presos, los caminos llenos de entierros y cadalsos.

Al término de una semana Ezequiel ya tenía conformado el batallón. Marchó, como estaba previsto, a Calabozo, donde Santiago Mariño le encomendó a su vez tomar contacto con el general José Laurencio Silva, a quien tanto admiraba.

El general Silva lo estaba esperando y siguió con él por la costa del río Apure, recorriendo Pedraza y Barinas, ciudad ésta última donde permaneció un tiempo.

A los pocos meses le dieron la orden de dirigirse a Maracaibo, a detener a los insurrectos. Allí cumplió con varias misiones: la defensa de Quisiro con doscientos soldados. Después en Cabimas se enfrentó a Basilio Borges y lo batió. Igual hizo en San Carlos del Zulia, donde impidió el movimiento de los oligarcas. Vuelve a probar Ezequiel Zamora que es un entendido en batallas. Fue memorable la toma que hizo Zamora de del vapor General Jackson en el lago de Maracaibo, con cuatrocientos infantes de marina logró abatir a mil quinientos hombres armados, tomando seiscientos prisioneros, quedando toda la armada en poder de las tropas zamoranas, cuestión que lograron con creces: cuando a las órdenes del general Silva marcha a descubrir los planes de Páez para ver cómo se iban debilitando, cuando llegó la ocasión de hacerles frente, Páez se batió en retirada hacia el Valle de Carache, donde ultimaron a siete hombres de Páez e hirieron a casi veinte, hasta capturar en campo Monagas al mismísimo José Antonio Páez en plena campaña. Esto fue casi increíble. Páez había caído como cayó Zamora, y entonces le fue encomendado a Ezequiel conducir al caudillo desde Valencia hasta Caracas. Los oligarcas, deprimidos, lloraron a su caudillo, pues creyeron que Zamora iba a tomar represalias contra él por haberlo mandado con grillos a la cárcel de Maracay. Lo que hace Ezequiel es protegerlo en el camino, para que la gente no fuese más allá de gritarle frases despreciativas y agresivas como «¡Muera Páez!» le decían,

y Ezequiel lo apartaba para que nadie osara ofender al glorioso General de la Independencia que tanto había admirado.

Con esta Campaña en Maracaibo, Ezequiel cerraba un segundo ciclo de batallas. Su labor de guerrero había sido reconocida. Estaba más tranquilo; se dedicó a leer, a estudiar, a cultivarse interiormente. Comenzó a frecuentar gente cultivada y a modificar sus modales; aprendió a bailar, comía poco, dormía menos. No bebía licor ni jugaba. Caminaba a diario. Comenzó a hacer viajes cortos, con la intención de dedicarse a labores agrícolas. Tenía amigos en todas partes, sobre todo en Barquisimeto, San Felipe y Coro. Antonio Leocadio Guzmán le presentó a su hijo, Antonio Guzmán Blanco, y al General coriano Juan Crisóstomo Falcón en Caracas, hombres refinados que conocían varias ciudades europeas; tenían amigos en París, ciudad a la que consideraban centro cultural del mundo y del buen gusto.

Ezequiel, después de la pausa que le había permitido incorporarse de nuevo a la causa liberal a través de su trabajo militar en varias refriegas importantes, conoció en el año de 1856 a Estéfana Falcón, hermana del General Juan Crisóstomo Falcón y viuda del señor José Benito Diez, comerciante pudiente de Santander, España, de profesión farmaceuta y de tantas destrezas administrativas que pudo ocuparse en una ocasión del gobierno de Coro, la ciudad más antigua del occidente del país y donde Juan Crisóstomo había consolidado fuerzas militares y políticas.

Se trataba de un romance entre dos personas maduras, como aquellos que describían las novelas románticas. Ambos estaban necesitados de afecto, pasión y compañía. Ella, acostumbrada a una rutina de sociedad; él apenas había disfrutado de compañías femeninas durante su vida de guerrero, joven aún, pero fatigado de tanta lucha, podía gozar ahora de la ternura femenina, de la dulzura íntima de una mujer de finos modales, que de inmediato impresionaron a Ezequiel. Acostumbrado a relaciones fugaces, inquietantes, la delicadeza de Estéfana de inmediato le cautivó, además de su belleza física. La manera de tratar a sus hijos y el respeto que se profesaban entre ellos; la relación de Estéfana con su hermano Juan Crisóstomo y sus códigos éticos y familiares, el modo metódico de abordar los asuntos sociales y comerciales,

y todo aquello en medio de la máxima austeridad, sin derroches innecesarios: todo aquello encajaba dentro de la filosofía liberal, del país que deseaba.

Ezequiel y Estéfana empezaron a compartir cafés, pasearon por los jardines: ella impactó la sensibilidad de Ezequiel con sus buenas maneras, con la dulzura de sus gestos. Ella le sonreía y él quedaba bajo sus encantos. La luna iluminaba las matas del jardín, donde podía percibirse el aroma de los azahares. El escenario apropiado para un romance. Todo parecía conspirar para que estos dos seres fuesen cautivos el uno del otro.

Siguieron compartiendo durante una velada en la casa de Guzmán Blanco, después bailaron. Ezequiel era bueno en esto; mientras danzaban un valse se produjo algo mágico entre ellos. Ezequiel nunca había sentido esto antes. A medida que iban aproximándose, la necesidad de estar juntos era mayor entre ambos.

Una tarde Ezequiel se decidió. La proximidad de ella le seducía y enternecía a la vez; e preocupó por mejorar un poco más sus modales con ella; dejó a un lado por varios meses las conversaciones sobre la guerra y las batallas, luchas o estrategias. Cuando besó por primera vez a Estéfana una tarde en el jardín de su casa, cuando probó aquella boca de aliento de fruta y calibró el fulgor de sus ojos y el aroma de su piel, la pasión de Ezequiel se sublimó, voló hacia territorios sensuales hasta entonces desconocidos por él. Ella le correspondió a aquel ardor, a aquel frenesí a través del cual Ezequiel manifestaba su amor, un frenesí casi desesperado. A Estéfana la le atraía ese sentimiento, inédito para ella, de un hombre rudo pero inteligente, fuerte pero tierno, hosco y dulce a un mismo tiempo. Le confesó su amor un día. Ella le correspondió con una honda mirada, con un gesto que implicaba muchas cosas, entre las cuales estaba incluida la responsabilidad y el necesario sosiego que se requería en un compromiso matrimonial. Ella aceptó; ambos aceptaron todo lo que implicaba aquella unión, incluidos los compromisos políticos adquiridos con su hermano Juan Crisóstomo. Entonces decidieron casarse.

Juan Crisóstomo Falcón había seguido de cerca el romance entre su hermana y Ezequiel, y aprobaba la unión. Estéfana era

viuda y madre de tres hijos, y estaba en condiciones de aceptar una nueva unión. Un buen día se casaron.

Bajaron a Macuto, cerca del mar. En presencia de un Juez contrajeron nupcias un día cuatro de julio del año 1846. Vivieron en Caracas un buen tiempo; después viajó Ezequiel con su esposa Estéfana a Coro —ciudad donde había nacido ella— con la intención de encargarse allí de una hacienda, fundar una propiedad agrícola. Comenzó el proyecto junto a su mujer y el General Falcón, quien a la sazón era el Comandante de Armas en Coro. Los planes de convivencia iban bien.

Ezequiel deseaba cultivar otra vez sus dotes de comerciante y agricultor, a la par de ejercer responsabilidades militares y de estar siempre alerta de cuanto ocurría en la política; solía alarmarse con la cantidad de divisiones debidas a apetencias personales de los propios liberales, y con los pactos hipócritas que se estaban cumpliendo con los nuevos oportunistas en el poder; unas veces expresaba descontento y otras prefería callar, tragarse las palabras cuando se enteraba de ciertas cosas por los periódicos. Con un grupo de amigos, labradores, peones y campesinos Ezequiel fundó una sociedad agraria que comenzó pronto a dar nuevos frutos a través de una sólida organización, y se dirigió a la sierra de Falcón, aprovechando la bondad de sus tierras para plantar cítricos y hortalizas, legumbres y frutos de todo tipo. En la ciudad practicaba el tiro de pistola, la equitación, el florete, el toreo y el coleo. La práctica de la agricultura le entusiasmaba cada vez más, así como el comercio de fruta y carnes.

Trabó también Ezequiel una relación con los Generales Tirso Salaverría, Monagas, Mariño y Silva, bajo cuyas órdenes se puso. Se cultivó Ezequiel en aquellos años, dedicándose al estudio de la historia de la Independencia venezolana, y de libros de tácticas; cultivó la conversación y mejoró sus modales y vocabulario, sin descuidar sus ejercicios físicos y los deportes, la natación, la esgrima, el tiro de pistola, la equitación y el coleo de toros. Le gustaba bailar, no bebía ni jugaba nunca, ni se excedía en la comida. Se impuso un régimen para estar sano, fuerte, mental y físicamente. Así pasaba sus días en Coro al lado de su esposa

Estéfana y compartiendo con sus amigos militares y generales, especialmente con Tirso Salaverría y Juan Crisóstomo Falcón.

Pero en el mes de marzo de 1858 aparecen otros acontecimientos: ocurre el levantamiento de Carabobo y José Tadeo Monagas renuncia a la Presidencia de la República. El General Falcón se pone alerta. Encomienda Juan Crisóstomo a Ezequiel organizar tropas en Paraguaná. Entra una vez más en el calor de la guerra. Su sangre se inflama, como si le inyectaran fuego líquido.

A esta serie de acontecimientos les dan los oligarcas el nombre de Revolución de Marzo, que anuncian cambios para el país, al radicalizarse las fuerzas oligarcas y las fuerzas revolucionarias, creando nuevas y nefastas consecuencias, todas inevitables, escritas por la mano del destino.

Ezequiel ha aceptado el nuevo reto que le presenta esta encrucijada de la historia. Ni él mismo puede siquiera sospechar el giro azaroso que los acontecimientos tomarán desde ahora.

Capítulo XVII

Muchos eventos se hacen llamar Revoluciones y no son tales. No implican cambios ni avances de progreso, de superación de viejos esquemas. Son revoluciones de palabras huecas, de falsos cambios que sólo encubren un retroceso, una restauración del viejo orden bajo otros ropajes, una oratoria vacía o una ideología hueca. Es el caso de Venezuela en ese momento. Ezequiel lo puede ver claramente. Sólo parece haber unos cuantos oradores manejados a su antojo por los oligarcas, para que hablen sobre un cambio o una revolución, cuando no son sino argucias, trampas verbales para engañar al pueblo.

En los cuarteles comenzaron a producirse extrañas fusiones de soldados y oficiales que deseaban llegar al poder por cualquier medio. Costara lo que costara debían detentar cualquier tipo de poder, pescando en río revuelto, aprovechando las confusiones que había en los ejércitos de ambos bandos. En vez de ir hacia adelante con ideas de avanzada se echaba para atrás, ignorando las cosas buenas que podía traer la civilización, el conocimiento, y el progreso, como se hacía en Estados Unidos y en algunos países de Europa. Resucitaron los viejos partidos para oprimir al pueblo y llenaron las cárceles de presos, de grilletes, de nuevos esclavos. El General Castro comenzó a perseguir de nuevo a los liberales. En el mes de marzo de 1857 comenzó una revuelta en Barquisimeto que fue el inicio del gran desastre: cayeron presos muchos Generales y Coroneles del ejército liberal, incluyendo al propio Antonio Leocadio Guzmán. Después se les dio la ciudad de Coro por cárcel a los generales Juan Crisóstomo Falcón

y Ezequiel Zamora, quienes viendo que los podían hacer presos, también se exiliaron por unos meses en Curazao. Julián Castro emitió un decreto que decía que debían salir cuanto antes del país y cito en éste con nombres y apellidos a aquellos que debían hacerlo para purgar al país; entre la lista estaban además de Falcón y Zamora, estaban Carmelo Villamartín, Fabricio Conde, José Simón Jimeno, José Gabriel Ochoa, Diego Antonio Alcalá, Pío Ceballos, Ramón Suárez, José Manuel García, Joaquín Herrera, Ramón Anzola Tovar, Amador Armas y Wenceslao Casado, muchos de ellos doctores, coroneles o comandantes. Se trataba de una venganza gestada por los sucesos de aquel año de 1848.

Entonces los guerrilleros revolucionarios comenzaron a reunirse en Caracas clandestinamente. Ezequiel estaba en Curazao y se comunicaba con éstos por cartas. El General Falcón propuso que el programa de la Revolución fuese la Doctrina Federal, y entonces fue nombrado Jefe Supremo del Partido Liberal. Se nombraron vocales en varias provincias. Agustín Rivero salió electo por Barquisimeto y Antonio Salom por Yaracuy. Los principios de la federación comenzaron a publicarse y a distribuirse por todo el país. Surgió entonces de ahí una verdadera oposición al gobierno oligarca de Castro y los suyos; había comenzado una guerra encabezada por Falcón y Zamora, quienes estaban todavía exiliados en Curazao y tendrían que venir pronto a ponerse a la cabeza de los ejércitos de la patria.

Más pronto de lo esperado se reunieron en Caracas numerosos grupos de liberales, a quienes se unió una cantidad enorme de gremios de la sociedad y de la masa popular nutrida de las ideas liberales, quienes gritaron su clamor ante el gobierno opresor, para que regresaran a la patria Ezequiel y Juan Crisóstomo. Fue tal el clamor popular y patriota, que el General José Tadeo Monagas renunció a la Presidencia el 15 de marzo de ese año y por ello fue puesto en prisión con su primer Ministro, el doctor Jacinto Gutiérrez, víctima de atropellos infames. Justo en esos días el Partido Liberal llama a sus próceres estén donde estén, y convoca a la juventud para la causa de la Revolución. La Guerra Federal está en puertas, una guerra con ideal: convertir a las provincias en Estados Soberanos; lo cual implicaba descentralizar la

administración, formar tribunales propios e independientes, proclamar las libertades públicas y alcanzar los derechos individuales. El Partido Liberal entonces alcanzaría la unidad para lograr todo esto, la unidad sería el instrumento más preciado.

El General Julián Castro, encargado de la «organización» de la República, emprende esta vez la más dura persecución contra los liberales. Comienza por hacer amenazar a Juan Crisóstomo Falcón y al General Zamora, que habían llegado a Caracas a presentarse al gobierno, y se les da la ciudad por cárcel. Luego en el mes de julio el General Castro mediante un decreto manda al destierro a los generales Falcón y Zamora, sabiéndolos amigos. «Los gobernadores de las provincias litorales no permitirán la entrada de ninguno de aquellos individuos en el territorio de su mando», decía parte del infame decreto.

Como Falcón y Zamora encabezan la lista, en vez de apaciguarlos, el decreto lo que hace es llamarlos a una nueva obligación. La reacción se hace sentir; entonces Juan Crisóstomo Falcón convoca a una Junta Revolucionaria donde asistieron generales, licenciados, doctores, todos dispuestos a tomar parte de la auténtica Revolución. Falcón propuso que la doctrina del Partido fuera la doctrina federal, y entonces lo nombraron Jefe del Partido Liberal. Se continuaron reuniendo hasta formar centros revolucionarios en varias provincias del país. La prensa liberal se encendió de nuevo. Centros de conspiración se activaron. Falcón era el jefe de la nueva causa, y Ezequiel se puso a sus órdenes.

José Tadeo Monagas estaba preso. Jacinto Gutiérrez, su Secretario, fue humillado públicamente por los oligarcas de nuevo cuño. Falcón y Zamora debían marcharse de inmediato, antes de ser hechos presos. Decidieron irse a Curazao con sus respectivas esposas. Permanecen allá varios meses, en la cercanía del mar que refresca sus cuerpos, sus ideas, libera sus mentes, les da nuevos aires a su imaginación. Descansan, pero también trabajan sin tregua por la liberación de su patria, se mantienen informados a través de cartas, informantes del Partido. Ezequiel suele pasearse de un lado para otro, va de aquí para allá y de allá para acá tejiendo soliloquios sobre la guerra, sobre esta o aquella estrategia, especula sobre el comportamiento de los soldados. Toca música marcial

con su corneta de guerra, lee párrafos de la doctrina federal para reactivar sus relaciones con campesinos y pescadores de la zona, a través de los cuales ha creado una compacta red de espionaje, que le permite conocer en Curazao la mínima noticia de Venezuela. Desde el puerto de La Vela en Coro salen mensajes semanales. Juan Crisóstomo también ha tejido una red de información desde Saint Thomas, que se activa a diario. El rechazo que profesan ambos al General Julián Castro es radical: no pudieron elegir en Venezuela un presidente más nefasto, más cruel.

Ezequiel estaba motivado por una ira interior hacia Julián Castro —quien lo había desterrado— y por los oligarcas que lo habían perseguido, calumniado y vejado. También lo movía la amistad y la fidelidad hacia el General Falcón, alguien que había creído en él pero que nunca había pasado por cosas tan terribles como Ezequiel. Ezequiel sentía que se había endurecido y que se había llenado de una cólera vengativa que había modificado nuevamente su carácter; se había vuelto más receloso y desconfiado que Juan Crisóstomo; su esposa Estéfana lo encontraba a veces dando vueltas por las habitaciones durante las madrugadas, haciendo planes para una nueva campaña contra los oligarcas, hablando consigo mismo como si estuviera desquiciado, y dándole consejos a Juan Crisóstomo ausente, para que no dejara envainar por los godos de nuevo, decía.

Ezequiel andaba en períodos de duda y confusión, y los compartía con Estéfana pensando que quizá lo mejor era irse del país, que aquellas guerras ya no valían la pena por la cantidad de gente ingrata e indigna que había, que quizás lo mejor sería vivir de la agricultura en otro país, afuera, en Nueva Granada, con lo que producían las haciendas en Coro. Juraba por todos los santos que Julián Castro lo iba pagar caro todo lo que le había hecho, y Estéfana lo escuchaba, tolerando y comprendiendo su mal humor.

Los días en Curazao se alargan. Ya es hora de regresar al combate, a la organización y la estrategia. A ese gobierno de canallas hay que hacerle la guerra antes de que la Constitución, las leyes, y hasta la esperanza queden pisoteadas. Por lo pronto, hay que armar las tropas en Paraguaná.

Juan Crisóstomo había ido a buscar a Saint Thomas elementos para la guerra. Ezequiel se enteró de que en Coro los ánimos estaban caldeados y los jóvenes querían entrar en acción cuanto antes, querían levantarse en armas y esperaban órdenes. Ya tenían en Coro un plan bien armado y lo consultaron con Zamora, y a éste le pareció bien. Comandaba el movimiento Tirso Salaverría, un hombre muy eficaz y muy leal a la causa. Era el hombre indicado, pensó Ezequiel. Y autorizó el plan. No creyó necesario consultarlo con Juan Crisóstomo, que estaba en Saint Thomas buscando pertrechos para la guerra.

Una noche de febrero de 1859 estalló en Coro la Revolución Federal. El Gobernador Fermín García estaba en Cumarebo. La Comandancia de Armas en Coro estaba al mando de Francisco Carabaño, y en la Guarnición de Armas el comandante José María Sanda. El gobierno estaba empeñado en realizar unas nuevas elecciones en las provincias, y después en todo el país, pero los rumores de la Revolución naciente no dejaban de correr. El General Falcón viajó de Curazao a Saint Thomas a buscar armas y pertrechos para comenzar la guerra. Desde Coro le escribieron también a Ezequiel algunos jóvenes revolucionarios, preguntándole si podía tomar un parque en eta ciudad, para comenzar la campaña y Ezequiel aprobó el plan, si consultarle a Juan Crisóstomo.

Entonces unos cuarenta jóvenes conspiradores se alzaron en Coro corriendo todos los riesgos, antes de que los hicieran presos a ellos. Se escondieron en casas cercanas al cuartel y pasaron veinte burros cargados de pasto por las puertas del cuartel a determinada hora, ocultas tras los grupos de burros, se precipitaron sobre los centinelas e invadieron el cuartel, tomándolos desprevenidos y venciendo a gran parte de la tropa. Los demás liberales, al enterarse del suceso, acudieron a las armas a caballo y a pie, llenando calles y casas. Atrás venía el pueblo armado. La turba de hombres, mujeres, jóvenes, peones, campesinos daban vivas a la Revolución, entraron a saco en el cuartel e hicieron presas a las autoridades militares y civiles. La Junta Revolucionaria, compuesta por Nicolás Saldarriaga, José Toledo, Pedro Torres y Juan Navarrete, dictó las urgentes medidas para organizar las nuevas victorias, nombrando como Jefe de Plaza de las tropas federales

a Tirso Salaverría, como les había indicado el General Zamora desde Curazao.

Casi todos se rindieron, otros escaparon. Estos jóvenes van a permanecer en la memoria de Coro para siempre.

—¡Federación! —gritaron después del triunfo.

En el cuartel había casi mil fusiles, pólvora a granel, cornetas, tambores, banderas. Los liberales, al saber esto, se reunieron y celebraron. Arrestaron a las autoridades civiles y militares. La guerrilla había empezado con el fragor de la juventud. Tirso Salaverría pronunció un discurso memorable, al mando de aquellos jóvenes. Se paró en el centro de la plaza y leyó:

«¡Corianos! ¡Compatriotas!

»La revolución de marzo ha sido inicuamente falseada. Atraídos por los encantos de su programa fascinador, concurrieron a consumarla todos los venezolanos; y su triunfo ha producido otros gajes que la entronización de una minoría siempre retrograda, siempre impotente en su caída, siempre ávida de satisfacer innobles venganzas. Aceptaron la de buena fe los mismos que, heles a sus compromisos, sostuvieron el poder recientemente derrumbado; y con criminal violación de las protestas de echar al olvido lo pasado, se les persigue sin causa, y sin causa y sin formula de juicio se les condena a una proscripción indefinida; sin que haya bastado a dar treguas a este abuso la voz de la Nación, que de todos los ángulos se alzara reclamando la amnistía. Proclama la Libertad en las elecciones; y nunca las elecciones se han verificado más a expensas de la libertad del pueblo. Invocase como el garante más seguro de la soberanía popular, el voto universal en las mismas elecciones; y lo que hemos visto ha sido el escarnio del voto universal, otorgando ese derecho a la fuerza armada sometida a la voluntad de Jefes establecidos ad–hoc, para llenar los designios proditorios de un club dominador.

»Bajo esa tutela depresiva tuvieron lugar las elecciones para la Convención Nacional. ¡Y cual había de ser el resultado! Otra vez la centralización del poder contra el querer de los pueblos paladinamente manifestado; otra vez el dejar sometida la suerte del país a la

voluntad de un hombre y su partido; otra vez al abrir anchuroso campo para perpetuarse en el poder público, uno con algunos, con ultraje de los principios preconizados en esta misma Carta central.

»Por fin los abusos consecuentes a tan funesto orden de cosas; por fin las escandalosas infidencias del Jefe provisional del Estado, tantas veces falaz y perjuro, cuanto bajo la religión del juramento ha profesado desprendimiento, abnegación y patriotismo; por fin las injusticias y arbitrariedades de sus agentes en las provincias, siempre garantizados con la impunidad, han rebosado la copa de nuestra indignación y roto los diques del sufrimiento, para realizar un pensamiento, ídolo de nuestro corazón, y que la prudencia nos había obligado hasta ahora a mantener en el terreno de la opinión. Este pensamiento mágico, regenerador, ese símbolo de fe política de todos los venezolanos, ese refugio salvador, único que el Cielo nos depara en la desecha tormenta que las pasiones azuzadas por los desmanes de un poder arbitrario han descargado sobre nosotros, es la reorganización de Venezuela en República eminentemente federal.

»Compatriotas:

»¡Mi corazón abunda en sentimientos de júbilo que mi débil voz puede apenas explicar! Sin derramarse ni una sola gota de sangre, sin vejámenes ni tropelías de ningún género, sin que nadie pueda lamentar una injuria que de palabra o de hecho le irrogaseis; sin más armas que vuestro valor y denuedo, y sin más esfuerzos que los de vuestras voces, me acompañasteis anoche en la grave empresa de desarmar la fuerza y apoderarnos de las armas con que un esbirro, remedo de Gobernador del General Castro, nos oprimiera, y con que se prometía realizar el designio de su amo, de perpetuarse en el dominio del país, a despecho de la voluntad general. ¡Hazaña memorable la vuestra, compatriotas! ¡Arranque singular de patriotismo y valentía! Rasgo esplendido de moderación, ¡de orden y moralidad en medio del tumulto de una ciudad conmovida y en los momentos en que se hallaban a vuestra discreción la vida y la libertad de vuestros propios opresores!

»¡Compatriotas!

»Por el concurso unánime de vuestras voluntades me elegisteis Jefe provisional para la empresa de la santa causa de la Federación

en esta Provincia; y heme aquí a la cabeza de este honroso movimiento, resuelto con toda la abnegación del patriotismo, con toda la energía y ardor de un alma libre, con todo el noble orgullo de un militar, ciudadano idolatra de su Patria, dispuesto a arrostrar, alegre y sereno, a vuestro lado, los azares de la campana que hoy se abre a nuestros esfuerzos.

»¡Feliz yo, camaradas, si, como lo espero de la Divina Providencia, triunfaremos de nuestros dominadores! Feliz yo, siquiera exhale a vuestro lado mi último suspiro, en nombre de la Libertad y la Federación de mi Patria.

»¡Corianos! No temáis. La Federación es el Gobierno de todos. La Federación es el Gobierno de los libres. Venezuela será libre, y Venezuela obtendrá el lauro de la Federación. No hay un solo venezolano, con excepción del reducido club que hasta hoy nos ha dominado, cuyo corazón lata de entusiasmo al impulso de esa voz mágica y arrobadora. La República entera esta conmovida. Las localidades más importantes han dado simultáneamente el golpe que nosotros, y las demás se aprestan aceleradamente a secundarnos. La opinión nos favorece, la gente de armas nos sobra, y cuantos elementos pudiéramos necesitar están a nuestra disposición.

»¡Corianos todos! No desconfiéis de nuestras protestas: no son las de aquel que infiel al Gobierno que servía, ha sido más y más infiel a la Nación que en mala hora, le confiara sus destinos. Nuestro programa exclusivo es la Federación de Venezuela: el medio de realizarlo es la. Unión de todos los venezolanos: y en consecuencia, las distintas y odiosas denominaciones de bandos políticos serán para relegadas al olvido.

»¡Viva el movimiento federalista de Coro!

»¡Viva la Federación de todas las Provincias de la República!

»¡Viva el General Juan Crisóstomo Falcón, primer Jefe del movimiento federalista nacional!»

El General Salaverría ahora se encontraba al mando de estas fuerzas en Coro, e hizo imprimir y difundir una importante y extensa proclama en Coro, Maracaibo, Barquisimeto, San Felipe y otros lugares el día 7 de abril de 1859.

De Coro se dirigieron a La Vela, y sin perder tiempo se apoderaron del resguardo de esa ciudad, y de los buques en el puerto, de las goletas *Guaireño* y *El Coriano*, que fueron de inmediato enviadas a Curazao a rescatar a Ezequiel. Arribaron a las costas de Curazao sin inconvenientes, a los pocos días de navegación. Allá estaban aguardándolos Ezequiel y Estéfana con impaciencia. Las noticias eran buenas; el alzamiento en Coro había sido todo un éxito, sin necesidad de aguardar las ordenes de Falcón, Ezequiel había demostrado son proponérselo que era más avezado que su cuñado en materia de guerra, y que tenía más olfato para las situaciones críticas.

Ezequiel estaba entusiasmado hasta el límite con esta proclama de Tirso Salaverría. Estéfana nunca lo había visto así. No veía la hora de regresar; aguardaba impaciente el momento de zarpar hacia su patria. El pueblo ya había nombrado a Ezequiel Jefe de Operaciones del Ejército de Occidente.

Zarparon de inmediato para La Vela, arribando a este puerto en medio de la aclamación general, acompañados de varios amigos. Ezequiel no cabía en su alegría. El pueblo había respondido una vez más. No había tiempo que perder. Ezequiel hizo su proclama.

«¡Militares!

»Nombrado Jefe de Operaciones de Occidente en la campana abierta por los pueblos, rescatando sus derechos y proclamando el sistema federal de las provincias, cumple a mi deber saludaros por haberme cabido esta honra al lado de los valientes corianos, con quienes más de una vez he sido participe de las glorias y de los reveses de las campañas. La moral, el orden, el respeto a la propiedad y el amor ardiente por la libertad de su patria, es el distintivo del carácter coriano, como civil: el denodado valor contra el enemigo

armado, la generosidad y clemencia con el vencido, y la subordinación, es su divisa como militar. Con tan bellas dotes y la santidad de la causa que sostenemos, que no es otra que la verdadera causa de los pueblos, la República genuina, la Federación, vuestro heroísmo debe ser premiado con el triunfo de los principios y el derrocamiento consiguiente de la tiranía.

»¡Viva la Federación!

»¡Viva la verdadera República!

»¡Viva, y para siempre, la memoria de los Patriarcas de nuestra Independencia, de los hombres del 5 de julio de 1811, los que, en el acta gloriosa, dijeron a los pueblos, federación! Que se cumpla pues, después de tantos años.»

Ezequiel estaba emocionado con la respuesta de los corianos, de cómo habían respondido a la causa de la libertad, por la destreza que habían mostrado los jóvenes para tomar el cuartel y la plaza de Coro con tanta inteligencia táctica, y cómo después en La Vela se apoderaron de los buques para salir a buscarlos.

Ese había sido un plan maestro, que sólo podían llevar a cabo unos soldados llenos de valor y entusiasmados por la patria; por aquellas venas jóvenes corría la mejor sangre, la energía más viva para luchar por los ideales de la revolución.

En Coro se procedió a nombrar las autoridades, y se proclamó Provincia Independiente. Desde Coro se esbozan también las atribuciones del Poder Ejecutivo para todo el país, haciendo énfasis en las relaciones exteriores de la Federación Venezolana, el crédito público, las aduanas, los servicios de correos, los patronatos. También la constitución de los gobiernos en todos los Estados, para elegir una Asamblea General que dicte la Constitución General de ella, y que cada Estado, posteriormente, tenga la suya; en fin, una serie de reformas en pro del bienestar del país, como la abolición de la pena de muerte, la libertad de prensa, la libertad de tránsito y de asociación, la prohibición de la esclavitud, la inviolabilidad del domicilio, de la propiedad y la correspondencia, la

libertad de cultos, la inmunidad de la disensión oral, el derecho de residencia e independencia del poder electoral, la elección universal, directa y secreta del Presidente de la República. Había otro conjunto de disposiciones que incluía la creación de la milicia, la administración de justicia gratuita, libertad civil, seguridad individual, prohibición de arresto, a menos que sea por una causa criminal, o donde haya un delito probado. En fin, propuestas para el beneficio de la patria.

Al oír estas propuestas el pueblo, leídas por uno de los voceros de la federación, el entusiasmo fue tal que parecía iban romper las ventanas de Palacio con un estruendo de cientos de voces alzadas para gritar ¡Viva la Federación! ¡Abajo la esclavitud! ¡Muerte a los traidores a la patria! ¡Justicia! Mucha gente lloraba de alegría; otros celebraron con fiestas callejeras hasta el amanecer o se iban a sus casas a bailar y cantar canciones. Era un verdadero regocijo popular.

Los alzamientos en Coro y el regreso de Ezequiel desde Curazao al lado de su esposa Estéfana fueron las mejores noticias y los primeros elementos para que un grupo de hombres se reunieron y decidieran convertir la provincia de Coro en Estado Federal Independiente, y así dar el ejemplo a las demás provincias acerca de cuáles eran los ideales de la Revolución Federal. Se reunieron los señores José Toledo, Nicolás Saldarriaga, Pedro Torres, Francisco Santana, José María Sánchez y José Pereira, entre otros, a redactar los estatutos del Estado Federal al que se aspiraba defender su independencia administrativa, respetar y conservar la integridad y unidad de la nación por la vía federal, asumiendo el Estado de Coro el ejercicio de todas las atribuciones del poder ejecutivo. Entre las atribuciones del gobierno general estaban la de mantener excelentes relaciones exteriores, con un ejército republicano empleado empelado para una posible guerra externa; crear aduanas y el crédito púbico y el servicio de correos; proteger el patrimonio eclesiástico.

Se procedió también a constituir los gobiernos de los veinte Estados, y después e pasaría a elegir una Asamblea General que dictara una Constitución Federal, y ese gobierno estaría formado por ciudadanos elegidos por gobiernos provisionales.

Mientras esto ocurría en la Provincia de Coro —donde se sentaban las bases del nuevo país— se iniciaba contra los liberales desde el gobierno el peor de los ensañamientos. Ezequiel acababa de ser reconocido por el pueblo con el grado de General de División; no sólo a él: también otros Generales les fueron reconocidos sus méritos. Desde el puerto de La Vela se reforzaron las goletas, mientras que en Paraguaná también se pusieron en armas numerosos oficiales. Igualmente en Coro, Cumarebo, Capadare, Churuguara, se organizaron milicias y se formó un ejército de mil hombres al mando de Zamora, con la intención de ir al centro del país. En Caracas se reflejó velozmente la violencia.

En aquellos momentos, a Ezequiel no le interesaba el poder político, sino ir liberando a otras provincias de los oligarcas; provincias como Barquisimeto, Barinas y San Felipe, donde la cosa estaba difícil.

En Coro se reunieron Antonio Leocadio Guzmán, José Gabriel Ochoa, Napoleón Sebastián Arteaga, José Manuel García y por supuesto Juan Crisóstomo Falcón para hablar de estos importantes asuntos. Por cierto, que Juan Crisóstomo era el candidato a la Presidencia del país propuesta por el hijo de Antonio Leocadio Guzmán, llamado Antonio Guzmán Blanco, un General afrancesado con mucha ambición, muy astuto para los negocios no sólo de materias primas y armas, sino también de posiciones de poder político.

Se decía que era un hombre culto y leído, crecido en la abundancia y en la degustación de vinos, obras de arte, audiciones de música clásica europea, un hombre ciertamente ilustrado, pero sin ninguna experiencia militar. Poseía, sí, un gran poder verbal y elocuencia para urdir las historias y tramas más enrevesadas, que desarrollaba a su antojo.

Sabiendo de la situación de Coro, Guzmán Blanco no vaciló en trasladarse allí para negociar el poder con Juan Crisóstomo Falcón, amigo personal suyo. También tenía muchas relaciones en el exterior, y aprovechaba la fama de su padre como escritor para crear su propio prestigio intelectual como hombre liberal, cuando en verdad resultaba mucho más astuto y ambicioso que todos ellos. En Coro aguardó con paciencia el desarrollo de los

acontecimientos, esperando la reacción de Páez a todo aquello. Páez finalmente mandó apresar a Antonio Leocadio, que ahora tramaba atrapar a Ezequiel Zamora, dándole batalla en las provincias de Caracas, Barinas, Barquisimeto, y San Felipe.

Mientras, Ezequiel andaba obsesionado en planificar otra campaña. Sus compañeros políticos estaban tensos por el exagerado poder militar que estaba concentrado en él, pues las masas populares aclamaban a Ezequiel por encima de todos; quemaban muñecos de trapo con la imagen de Páez o gritaban calificando de traidores a muchos otros Generales. En las manifestaciones callejeras los humildes se acercaban a Ezequiel con lágrimas en los ojos, dándole gracias y bendiciones y llevándole objetos, cadenas, sortijas, escapularios; niños y niñas le pedían la bendición, y abuelos se acercaban a él para tocarlo, besarlo o bendecirlo. Ezequiel se había convertido en el héroe del pueblo venezolano, era el hombre reclamado por todos, y su popularidad y fama iban en aumento por todo el territorio. Apenas se pronunciaba el apellido Zamora, los hombres y las mujeres se llenaban de coraje, de valor y de orgullo. Juan Crisóstomo y Antonio Guzmán Blanco presenciaban las escenas donde las gentes se aproximaban a Ezequiel y les ignoraban a ellos.

Una tarde estaban sentados compartiendo una cena al aire libre en la casa de Juan Crisóstomo. Se encontraban allí varios Generales, coroneles, oficiales, mujeres de la alcurnia coriana; deliciosos platillos y vinos iban y venían en viandas, delicados vestidos y ropajes eran exhibidos por todos; por allá sonaba un piano de cola desde un corredor dejaba oír valses románticos; la brisa coriana soplaba en las flores del jardín, los pájaros se posaban en las ramas. Las esclavas llevaban a las mesas pasteles, jugosos trozos de carne, ensaladas y frutas para los comensales, que brindan con vino traído de Francia, gracias a los buenos oficios de Antonio Guzmán Blanco, quien brinda por el nuevo Estado Federal, levanta su copa e invita a los presentes a celebrar con él. Brindan y se sientan. Estéfana mira a Ezequiel; Ezequiel mira a Juan Crisóstomo; Guzmán Blanco a Estéfana y a Ezequiel con un gesto pícaro de estar compartiendo una gran victoria política. Entonces Guzmán Blanco se levanta y dice:

—General Zamora, le tengo una buena noticia. Hemos decidido en *petit comité* designar al General Falcón candidato a la Presidencia de la República y a usted nombrarlo Jefe Supremo del Ejército Federal del Estado de Coro y del Occidente.

—Gracias, General Guzmán Blanco —repuso Zamora—. Pero todavía hay muchas cosas por hacer. La guerra apenas comienza.

—Además —dijo Flacón—, vamos a volver a instalar los Consejos Municipales. Y para incentivar la producción nacional, vamos a rebajar los derechos de importación en las aduanas.

—Creo que es bueno que se forme una escuadrilla con cuatro buques armados con cañones y sus respectivas dotaciones, para que vigilen el puerto de La Vela y nos defiendan de posibles enemigos —dijo Zamora.

—¡Muy buena decisión! —confirmó Falcón—. También organizaremos tropas aquí en Coro, con veteranos oficiales de Caracas, Coro, Colombia, Maracaibo y San Carlos.

Se habían organizado tropas en Cumarebo, Jácuba, Capadare y Churuguara. Se iban formando hasta constituir un ejército de más de mil hombres. Entonces Ezequiel marchó hacia el centro del país y los oligarcas respondieron dando vivas a sus consignas. Ezequiel pensó moverse hacia Barquisimeto y desde ahí coger para los llanos hacia Cojedes, Portuguesa, Barinas y Apure, pensando en el buen ganado y caballos que había allí para la guerra, así como gente armada a favor de la causa federal. Por allá se habían distinguido muchos nobles combatientes conocidos de Ezequiel, que estaban ya en armas y asegurarían el triunfo de la revolución.

Ezequiel comenzó a moverse como sólo él sabía hacerlo. Decidió ir hacia Barquisimeto por Sabaneta; de ahí se dirigió a los Llanos de Cojedes, Portuguesa, Barinas y Apure, pues allí él conocía bien los terrenos, tenía amigos y centros de operación armados a favor de la causa, además de haber allí abundante ganado y caballos, pero también estaba lleno de furia. Comenzó a arrasar poblaciones por los Llanos de occidente, y éste fue un grave error de Ezequiel, pues un asaltante enloquecido y sin escrúpulos llamado Martín Espinoza, imitándole hasta estados radicales y

con una corte de asesinos desatados, entraban a las poblaciones y las quemaban, violaban o mataban mujeres, bebían aguardiente mientras torturaban o fusilaban gente, invocaban fuerzas nefastas, hacían magia negra, fumaban tabacos algunos de ellos y entraban en trances maléficos. Uno de éstos se hacía llamar el indio «Tiburcio El Adivino», un brujo que impresionaba a las personas con su extraño atuendo de chamarras y sombreros enormes; pronunciaba oraciones quejumbrosas que infundían miedo y respeto a la gente.

Ezequiel estaba preocupado por el comportamiento de Espinoza; en dos ocasiones se había encontrado con él y se lo había reclamado de la mejor manera, pero Martín Espinoza siempre se le iba por las ramas y le decía cualquier cosa alocada para justificar su actitud enfermiza, que ya había agarrado vuelo por toda la zona llanera y central. Cuando Ezequiel se acercaba al indio Tiburcio El Adivino, éste comenzaba a articular oraciones en una lengua desconocida y a invocar al Libertador Bolívar, al Negro Primero y al Ánima Sola, al Mariscal Sucre y a bendecirlos por igual a Zamora y a Falcón. Entonces las gentes del pueblo y los soldados se quedaban mirándoles con una mezcla de miedo y respeto. Ezequiel debía ser muy prudente en este caso, pues estaba tratando con las fuerzas irracionales que se concentraban en el interior de aquellas personas, abusadas y violadas antes; eran situaciones muy terribles donde se unían fuerzas mágicas de la tierra con las fuerzas psíquicas, en un tiempo en que los venezolanos estaban sufriendo en carne propia los desmanes de los malos gobiernos, del hambre, de la ilegalidad, del abuso de la esclavitud, de la represión criminal y del autoritarismo caudillista, y todo esto se extendía como una plaga por el territorio de la patria, sin que se supiera qué iba a suceder en adelante en medio de tanta destrucción, de tanta muerte e ignominia.

Ezequiel siguió su camino en medio de sentimientos encontrados de rabia y compasión, de entusiasmo y tristeza. Su carácter estaba curtido, su alma atravesada por diminutos puñales hirientes que le causaban desazón. Sin poder conciliar el sueño, se sumía en pensamientos solitarios y hablaba solo. Pero siempre se

reponía, siempre encontraba en las gentes del pueblo una razón, una señal para seguir.

Mientras, las tropas del gobierno hacían otro tanto saqueando con ventaja las poblaciones humildes, buscando guerrilleros en todas partes, y con esa excusa cometían los abusos más grandes, quemando y saqueando casas y bodegas. También se habían organizado las tropas de la oligarquía para embestir a los federales, comenzando por acometer la provincia recién perdida de Coro, donde encontraron al General José Ramón de Armas con divisiones, goletas y un bergantín para llegar a La Vela, después irían a diseminar material de guerra en las otras provincias: Yaracuy, Carabobo o Barquisimeto y pidiendo columnas a Valencia, Aragua y Puerto Cabello, para desarmar a los ejércitos revolucionarios. Se movieron por todos lados esperando noticias de Zamora, que estaba en Coro todavía, aguardando el momento preciso para movilizarse.

Exhortó primero a los corianos a la lucha a través de encendidas palabras. Armó una flota naval impresionante, con meticulosidad tan enorme como aquella que disponía para armar sus batallas por tierra. Mientras Salaverría estaba en Coro y La Vela, Ezequiel iba por Píritu y Cumarebo; después pasó por Maracara, Jacura, Capadare, San Juan y llegó al río Yaracuy; siguió por Morón, ordenando a sus hombres pasar el río Yaracuy a nado y a otros cruzar con sus caballos. Siguieron sus desplazamientos por mar durante varias semanas. El General Cordero, el adversario, se mueve de manera táctica y muy inteligente, con el fin de dominar a Zamora. Finalmente, Cordero llega a Coro y la ocupa entrando por La Vela, cañoneando fuerte la ciudad hasta tomar la guarnición, ayudado por un comandante de apellido Meneses: ahí cayeron presos Napoleón Sebastián Arteaga, José Toledo y muchos capitanes y oficiales de tropa. Se anotaban los oligarcas otro punto.

Ezequiel espera, gana más seguidores, amigos de la causa. Sabe que Cordero viene cerca; pero éste, en vez de seguir, se devuelve hacia Caracas sin perseguir a Zamora. Según parece se conformó con tomar La Vela e impedir el desembarco de Juan

Crisóstomo Falcón, para quitarle a Ezequiel su base de operaciones. Pero en el fondo le temía; estaba evitando enfrentársele.

¿Por dónde iba Cordero a atrapar a Zamora? ¿Por Puerto Cabello, Aroa, San Felipe o Moroturo? Ya había colocado hombres en todos esos sitios posibles. Y una goleta de guerra ubicada en La Vela. Ezequiel avanzó, rompiendo los cercos a balazos por todo el centro y entró a Yaracuy con sus hombres, llega a Puerto Cabello y Carabobo desconcertando a Páez y a Justo Briceño, que le están esperando, y entonces se les va desde Barquisimeto a San Felipe y de San Felipe a Nirgua con más de dos mil hombres. Entra a Morón y ahí le da descanso a la tropa. Divide el ejército en dos grupos: uno va para el río de El Palito y otro siguió con él, para entrarle por arriba al campamento enemigo. Llegaron al río por la madrugada, y empezaron a abrir fuego. El General enemigo, Cubillán, se sintió vulnerable, atacando por sorpresa su campamento por la noche, sin saber hacia dónde desplazarse confundidos se movieron disparatadamente, ahogados en gritos de terror, donde los disparos salían de las sombras como lenguas de fuego, matándose entre ellos durante hora y media consecutivas, cayendo comandantes y oficiales hasta que los ayes y gemidos de los soldados, moribundos en la oscuridad, se fueron consumiendo en medio de murmullos siniestros.

De súbito sonó la corneta: era Zamora en señal de triunfo, para que el resto del ejército se fuera a la carga con las bayonetas, para terminar con lo que aún quedaba del enemigo. Era la primera gran batalla que daba Ezequiel después de su regreso del destierro, sin dar un paso atrás. Entonces las tropas del gobierno quisieron huir y no pudieron, pues los estaban esperando otras tropas de la revolución verdadera. Zamora les tiró encima toda la caballería, donde venían indios, mujeres, jóvenes, campesinos, desertores, criminales, negros, zambos. Unos se tiraron al río; otros cogieron por el monte y a los que se fueron por la carretera los hicieron presos.

Los liberales zamoranos se apoderaron de los caballos, del ganado, de los equipos y las armas. Los heridos eran numerosos, más de cien en cada bando, incluyendo a tenientes y capitanes. En la historia de Venezuela jamás se había librado por la noche una batalla tan sangrienta. La fama de Zamora se multiplicó. Ahora

era considerado una especie de monstruo, un fantasma demoledor que aplastaba a sus enemigos a cualquier hora del día. A ello se agregaban sus diestros movimientos en el mar. El general Cordero quedó avergonzado con esta derrota, y la fama de Zamora continuó creciendo.

Capítulo XVIII

La acción de El Palito había impactado la opinión pública. La federación vitoreaba a Ezequiel a viva voz. Una vez más sus tácticas habían dado resultado. El entusiasmo del pueblo, el ardor y la fe que depositaban en su ideal eran evidentes. En su ejército ningún soldado se quedaba a la zaga. Hasta las mujeres iban con machetes y cuchillos en mano al momento de enfrentarse a los godos. La ciudad de Puerto Cabello, al enterarse del triunfo de Ezequiel, celebró todo el día y toda la noche a golpes de tambor; los negros salieron a bailar y beber; el frenesí se apoderó de ellos, izaban la bandera amarilla y lloraban de alegría. No se había visto nunca a nadie de ese tiempo pelear así, contra un ejército mejor armado y mayor en número. Los esclavos se sentían redimidos; la tristeza de los indios se convirtió en sonrisa; los labradores lanzaban sus picos y palas al aire. Ahora se les sumarían más y más a Ezequiel.

Ahora los liberales estaban llamando a Ezequiel desde Yaracuy. El General Páez, llamado «El león de Payara», no cabía en su asombro. Se puso entonces a la cabeza de las tropas valencianas y avanzó hacia Bárbula contando con que Zamora seguiría ahora a Valencia. Tenía ahora más de mil hombres armados hasta los dientes, con una artillería de casi doscientos soldados. Zamora ha recogido las armas y las municiones de los vencidos en El Palito, y entonces pasa por Urama y se arma con un batallón de alistados por su comandante amigo, luego sigue hacia Morón y Alpargatón.

El General Febres Cordero le venía pisando los talones. También los coroneles Sagarzazu y Rebolledo se apoyaban para cerrarle el camino a Zamora. En San Felipe y Barquisimeto le querían obstruir el paso en el Valle de las Damas, Vararida. Entonces Ezequiel vuelve a salirles por la noche, como un fantasma, y se les escurre hacia Puerto Cabello. La estrategia de los enemigos era cercar a Ezequiel, quien se decidió por fin marchar a San Felipe, no sin antes pasar por los caseríos de Taría, Agua Negra y Los Cañizos buscando más hombres, y en San Felipe les cayó a plomo parejo durante media hora y se apoderó de la plaza; unos pocos huyeron, otros resultaron heridos o muertos, y metió más soldados en su ejército, permitiendo que otros se fueran si lo querían, sin invadir las propiedades de nadie. Aprovechó que las autoridades centrales se habían escondido, temerosas, para él organizar con los suyos la provincia de Yaracuy y convertirla en Estado Federal, constituyendo ahí un gobierno con los señores Juan Sanoja, Maximino Castillo, Antonio Salom, Agustín Rivero y otros más jóvenes como Federico Páez, Sinforoso Aguirre y Álvarez de Lugo. Descansó ahí varios días, hablando con la gente de San Felipe, que le fueron muy accesibles para conformar la Federación, y después partió de allí con varios barriles de pólvora, escopetas de las buenas y con un dinero cedido por la comunería del ejército. Siguió su camino por la Sabana de Cocorote; descansó allí y al día siguiente se largó hacia Buchivacoa para ver si podía interceptar las comunicaciones del enemigo. Podía impedir que Rebolledo y Sagarzazu se encontraran, y luego caerle a plomo limpio. Estaba enfurecido. Tenía que hacer ahora una proclama para el pueblo de Yaracuy. Y lo hizo un veintinueve de marzo de 1859.

—¡Soldados de la Federación! ═proclamó—. ¡La suerte de las armas nos acompaña! ¡La razón de nuestra causa nos prepara el camino de la gloria y nos ofrece un nombre en la posteridad! ¡Soldados! ¡Acaban de batir y de poner en fuga a los que osaron contestar con el grito de guerra a la voz consoladora de la Federación! ¡En boca de Yaracuy, El Palito y San Felipe en sólo cuatro días tuvimos tres victorias! ¡En Boca de Yaracuy, a los primeros tiros de nuestros valientes, y al ver cómo pasaban el río

sin auxilio de canoas, ellos abandonaron sus posiciones, dejando a sus muertos y sus elementos de guerra! ¡En el Palito se detuvieron nuestros enemigos y se atrincheraron en casa, y cuando ven a nuestras tropas en acción se retiran cobardemente! ¡Nos entregan sus municiones, sus insignias y banderas sus caballos, sus soldados! ¡Ahora ustedes y a nosotros nos toca proclamar el evangelio de nuestros principios políticos basado en la igualdad de los venezolanos, que somos la mayoría, la Federación y la verdadera República! ¡Estamos a la vanguardia de esta cruzada! ¡Triunfará nuestra bandera, o me verán a mí sucumbir bajo las bayonetas de la tiranía! ¡Soldados, pueblos de occidente!»

Así les habló Ezequiel aquel día a los ciudadanos y soldados de Yaracuy, provincia que estaba en situación de anarquía a causa de los hombres del gobierno oligárquico, debilitado por las divisiones en las elecciones tanto en San Felipe como en Yaritagua, sustituyendo entonces Zamora y los suyos a las viejas autoridades con nuevos federales como Agustín Rivero y Antonio Salom. Lo bueno en el caso de Yaracuy es que dio una lección moral para otras provincias, inspirando seguridad en el pueblo.

Todo eso lo sabía Rebolledo, que partió inmediatamente para Nirgua a reunirse con Sagarzazu y de ahí cogieron para Urachiche en el mismo Yaracuy, pero no pudieron contra Zamora, que les jugaba las más sorprendentes estratagemas en el terreno. Cometían muchos errores Rebolledo y Sagarzazu, dudaban, sus técnicas no eran frontales para armar batalla, se escaparon y desocuparon las líneas, se esconden en las montañas y luego no salen. Ezequiel aprovecha todo esto y se hace dueño del terreno, incomunicando a Barquisimeto y Nirgua y a los contrincantes en esas ciudades. Con su técnica de batalla desbarata la línea del gobierno; comienza a probar la eficacia de su guerra de guerrillas, anulando las comunicaciones del contrincante.

Páez continúa contrariado: sus órdenes de caudillo no tienen respuestas claras en el ejército, mientras Ezequiel continúa reuniendo hombres para su causa, y entra victorioso en Yaritagua, donde lo aguardan para darle vivas y vítores. En Yaritagua descansa para salir a los pocos días a Barquisimeto y Cabudare con

más hombres incorporados, y más pertrechos. Su ejército se fue alimentando en esos lugares con más caballería y oficiales.

Mientras tanto, el gobierno hacía lo suyo, llamando a una nueva organización para contener las fuerzas de la revolución federal. Nombraron como a su jefe militar nada menos que al General José Laurencio Silva, aguerrido soldado que había salido victorioso en Junín, donde el mismísimo Simón Bolívar lo nombró coronel, y en Ayacucho y Boyacá Antonio José de Sucre lo nombra General, y acompañó a Páez en la batalla de las Queseras del Medio. Silva había recibido tiros, lanzazos, flechazos, y su cuerpo estaba cundido de cicatrices. Fue un guerrero leal a la causa de la Independencia, que acompañó a Bolívar en su lecho de muerte. Era admirado y respetado, y ahora había sido designado jefe supremo de las tropas. Apure, Barinas, Portuguesa y Cojedes estaban al mando del General Andrade, también con muchos honores en batallas.

Este era uno de los máximos retos para Zamora. Lo que se avecinaba era un verdadero fragor.

A Ezequiel y sus hombres lo estaban aguardando las tropas del gobierno en Barquisimeto. En vez de intimidarse, Zamora les instó a que se rindieran a través de una comunicación que les envió con un emisario. De allá para acá, las tropas del gobierno enviaron a otro emisario de apellido Juárez, quien una vez en presencia de Zamora tuvo el valor de decir:

—Mandan a decir sus Señorías los Coroneles que esperan a Vuestra Eminencia se rinda a discreción, y que garantizan su vida y la de sus compañeros.

Ezequiel vio al emisario de arriba abajo y le dijo.

—Dígales a esos Coroneles que salgan para batirlos, que yo nunca me he rendido a militares como ellos. Vaya, amigo, siga su viaje —dijo Ezequiel con firmeza, dándole con su chaparro al caballo del emisario.

Así estuvieron varios días ambos bandos, esperando para entrar a Barquisimeto. Ezequiel no quería tomar la ciudad por la fuerza o apresuradamente. Así también pensaban los del gobierno, de modo que no se deciden. José Laurencio Silva no cree que Zamora se atreva a atacar Barquisimeto. Sagarzazu y Rebolledo

cuentan con más de mil hombres y poderosas piezas de artillería de campaña. En medio de esta situación Ezequiel logra interceptar una correspondencia de José Laurencio donde se dice que iba a cerrarle el camino hacia Portuguesa por el río Araure. Entonces Zamora enterado de ello, y llevándole dos días de ventaja, se fue a Portuguesa antes de que llegara José Laurencio, quien pensaba detener la marcha de Zamora ahí, y entonces éste se apostó a encender fogatas una noche y tocó la diana a las cuatro de la madrugada. Y ocurrió que un soldado enemigo se había colado en la tropa de Zamora con la intención de asesinarlo. Cuando se decidió cometer el crimen, mató a otro soldado por error e hirió a otros, y cuando estaba a punto de llegar ante la presencia de Zamora fue descubierto, y ultimado a tiros.

Ezequiel siguió empleando todo el tiempo sus tácticas guerrilleras. Se internó por bosques, zanjones y serranías como sólo él sabía hacerlo, como si fuese invisible aparecía y desaparecía. Esta vez las fuerzas del gobierno eran muy superiores y bien adiestradas, más de seiscientos hombres armados.

Empezó el tiroteo. Zamora y sus soldados corianos hicieron fuego con la velocidad que les caracterizaba, sobre las tropas de Herrera, hasta que le hicieron huir. Esta nueva victoria de Ezequiel también contó con pérdidas de oficiales valientes. Las guerrillas de Zamora surtieron efecto; empezaba una nueva etapa en la vida militar de Ezequiel, esta vez con resistencia directa de José Laurencio Silva y Carlos Soublette, Febres Cordero y el propio Páez. Todos estaban preparados para enfrentar a Zamora, esta vez en la ciudad de Barinas. Todos los Generales del gobierno estaban unidos, con más posibilidades de vencer que nunca antes.

Ezequiel estaba en una encrucijada personal y moral. Se acordaba de su madre, de la india Bibiana, de Estéfana, de las caricias femeninas que había recibido. Pasaba de un estado anímico a otro bruscamente, luego pensaba en quienes conducían el país, en el país de políticos y leguleyos que mandaban, en los militares serviles, pensaba en las mentes cómodas, en los militares aburguesados y en los intelectuales liberales que escribían bien, pero que no sabían ni un ápice de batallas. Durante los descansos en los chinchorros o después de las comidas, Ezequiel entraba en

ensimismamientos que parecían letargos, sumiéndose en estados de extenuación cercanos a climas pesadillescos. Por fortuna no bebía ni fumaba, esto se lo se lo había impuesto para evitar caer en vicios, para huirle a estados irracionales que le condujeran a exaltaciones peligrosas o innecesarias; espantaba los fantasmas del ensimismamiento pensando en nuevas estrategias de guerra o en sus proyectos de comerciante al lado de su mujer, a quien solía escribir versos de ternura que luego destruía. Amaba a aquella tierra, aquellos paisajes iluminados del Llano, incandescentes, amaba a aquellas gentes sencillas, a aquella sinceridad y fortaleza primitiva de labradores que ponían todo en su lucha por salir de la opresión. Le parecían a veces sus triunfos hazañas imposibles ganadas por la providencia, que él era una especie de marioneta de Dios, guiado por algún destino secreto u oculto; cuando le interrogaron ante el tribunal se percató de su extraño destino de comerciante ungido por las fuerzas soterradas del pueblo; que toda aquella guerra estaba escrita en alguna parte allá arriba en el cielo por una mano superior, la misma que había guiado las vidas de Miranda, Bolívar, Sucre y otros hombres grandes de su país, conducidos por sus anhelos de libertad; pero también a veces, al pensar en los caídos en batalla, en los campos manchados por la sangre de tantos hombres, se preguntaba el sentido último de todo aquello, entrando en contradicciones con su propia conciencia.

Capítulo XIX

Le gustaba a Ezequiel el paisaje de los llanos. Aquellas lagunas, aquellos morichales y ciénagas pobladas de caimanes y babas, culebras y lagartos que se escurrían por la tierra y los árboles, aquellas garzas y aves que volaban en bandadas al atardecer; báquiros y cabras, mulas, vacas perdidas en la llanura bajo el sol restallante, mientras las nubes al fondo hacen con el cielo una pantalla de azules; las lloviznas y fangales donde los insectos revolotean. Parecía que del paisaje surgían ánimas, espantos o duendes a determinadas horas. Ezequiel se quedaba viendo esa llanura y pensando en las distancias, en los espacios que hay que atravesar para lograr el avance, que la naturaleza y el paisaje eran como unos personajes que también pensaban y hablaban a través de un lenguaje que había que descifrar de otro modo, un lenguaje secreto.

Barinas, como tantas otras ciudades del llano, era ahora casi una ruina. La desolación, el hambre y la miseria reinaban en las ciudades que antes habían tenido una relativa riqueza y prosperidad; ahora la población civil estaba en las últimas, en casas destartaladas. Aquella ciudad era el objetivo militar en esos momentos. Ezequiel contaba con el valor de sus hombres y el entusiasmo del pueblo en tantas otras ciudades. Pasó primero por Sabaneta y Barrancas, para luego entrar a Barinas rompiendo fuego como si fuera un demonio. Mandó comisiones armadas a todas las entradas de la ciudad, recogió mulas y burros y los llevó a la plaza, pensando llevar algunos otros también a Barinitas, en caso de no poder sostenerse allí.

El ataque duró más de veinte horas. La valentía de los soldados de ambas partes fue extraordinaria. Ezequiel se enfrentaba a los más diestros jefes militares. En la primera acción murieron dos de sus más queridos amigos: el coronel Manuel Oviol y su edecán Aureliano González. Siguió creciendo el número de muertos, incluyendo el número de los suyos, entonces Ezequiel dispuso quemar la ciudad. La respuesta de las fuerzas contrarias fue pareja, sufriendo las tropas de Ezequiel grandes pérdidas. Los generales tomaron las casas que servían de pequeños cuarteles y la ciudad siguió ardiendo; el humo negro de la pólvora nubló el aire y asfixió a todos, hediondo a muerte. Las balas atraviesan el espacio, las detonaciones hacen ruidos pavorosos. Ezequiel atraviesa el sórdido paisaje como un mensajero del destino. Pensó que apoderándose de la plaza de Barinas podía retar al extraordinario general José Laurencio Silva, para dar una batalla que podía quedar escrita en la Historia.

Llegó la noche y Zamora aflojó el ataque. Mantuvo el fuego en algunas casas ocupadas por los soldados. Al fin el enemigo se aproximaba. Lo podían vencer. Le dijeron que debía socorrer heridos suyos en Tucupido y se fue para allá de inmediato. Al estar de regreso recibió la noticia de que irían para Barinas; se aguantó un poco en la madrugada y se retiró para engañar a los sitiados. Cargó con municiones y un cañón. Había hombres apostados a la orilla del río Santo Domingo que luego avanzaron hacia San Lorenzo, donde acamparon, como a diez leguas de Barinas. Por ahí mismo venía también José Laurencio pasando, como Ezequiel, por las calles desoladas de Barinas, cuyos habitantes llenos de pavor salían a las terrosas calles con gestos patéticos de hambruna y sed.

Las tropas ya habían comenzado a reunirse por la llanura de San Lorenzo, cerca del río Santo Domingo. Ahí fueron llegando los oficiales afectos a la causa revolucionaria; llegó gente de Coro y también el ejército del cruel Martín Espinoza con un tumulto armado con fusiles, flechas, lanzas, machetes y garrotes, dispuestos a todo. Martín andaba en compañía del Tiburcio el indio Adivino, y una cantidad grande de indios con guayucos que montaban a pelo sus caballos. Venía también el licenciado

Francisco Iriarte a unirse al ejército patriota. En esta ocasión Ezequiel aprovechó la popularidad del indio Tiburcio para hacerle consultas frente a sus hombres, para que el indio se creciera y poder sacarle partido y así darles ánimos a los hombres en la batalla de San Lorenzo. El indio Adivino andaba todo el día cargando con una imagen de la Santísima Trinidad, ataviado con una manta roja y un sombrero, fumando tabaco, bebiendo aguardiente y profiriendo oraciones misteriosas que le daban un aspecto atemorizante, que infundía miedo y respeto, como si fuese un hechicero de otro planeta. En los campamentos formaba un altar y por las noches rezaba el rosario de rodillas acompañado de su tropa, y luego de terminados los rezos acudían a besarle la mano a Tiburcio, incluyendo el propio Martín Espinosa. Esto causaba un efecto embrujador en la tropa, aumentando la mística de los soldados. Ezequiel, consciente de esto, se acercó al indio Adivino para aprovechar este ingrediente religioso indígena y dar más fe y valor a sus hombres.

Ezequiel Zamora estaba esperando a José Laurencio Silva para tejerle una emboscada, pero éste supo evadirla; al poco rato los ejércitos se encontraron. Comenzaron los tiroteos y las escaramuzas, sin que los dos ejércitos terminaran de enfrentarse. Ezequiel se movió inesperadamente hacia el río Santo Domingo y mandó a salir sus guerrillas, pero ya estaba entrando la noche y ambos ejércitos se replegaron un rato, para después en la oscuridad comenzar a hacer fogatas, a lanzar flechas o disparar para desconcertar con escaramuzas. Cuando al fin amaneció los dos ejércitos se balearon con fuerza en repetidos cañoneos: caían los hombres muertos y heridos, bañados en sangre. Primero Ezequiel parecía estar a la defensiva, pero al rato tomaba la ofensiva, valiéndose de sus reservas. Silva, zorro viejo, hizo un movimiento defensivo por el flanco izquierdo, retirándose y pensando hacer luego un contraataque, era lógico pensar esto, pero Silva de repente se retiró del campo de batalla sin más ni más, sin presentar acciones concretas hasta la mañana. Tenía todas las de ganar. ¿Por qué no lo hizo? Ezequiel desconcertado no supo cómo interpretar aquello. Pero después se acordó de aquella tarde en que Silva lo mandó llamar

para confesarle algo, un secreto que sólo él podía saber, y estuvo guardado en la memoria de Ezequiel durante varios días.

Corrió como pólvora la noticia de que Laurencio tuvo miedo, era un cobarde. Silva se devolvió por Guanare y quedó incomunicado, sin víveres ni dinero, y después se vio obligado a evacuar el territorio, como si estuviese desertando de su propio ejército. Era cierto, Silva era un guerrero ya viejo y lleno de heridas y Zamora un joven lleno de bríos, pero ello no justificaba aquel hecho absurdo.

Cuando Silva llegó a Barinas allí lo recibieron en las calles, llamándole cobarde y traidor. Las autoridades del gobierno lo esperaban para que diera explicaciones de su proceder. La verdad del asunto era otra: un secreto personal entre los dos grandes Generales. Silva le había hecho una secreta seña a Zamora, quería verle a solas en una orilla apartada del río Santo Domingo y le dijo esto:

—Ezequiel, quiero que sepas una cosa: yo no lucho contra ejércitos del pueblo. Peleé en la Guerra de Independencia al lado de Bolívar, Páez y Sucre para defender al pueblo de los españoles y de los oligarcas. Y no voy a pelear al lado de la oligarquía para matar los soldados del pueblo.

—Lo van a crucificar por esto, General Silva, los godos no entienden de eso —dijo Ezequiel conmovido por aquel gesto de dignidad patriótica.

—Sí, me imagino —respondió José Laurencio y se retiró.

Ezequiel se le quedó mirando lleno de admiración. Lo vio cruzar el río y perderse en la otra orilla, por un camino donde el Llano se confundía con los árboles del paisaje, las vacas, los caballos y todas las presencias que se iban dibujando en la lejanía, entre las que se encontraba ahora la figura del General Silva, que se iba perdiendo de vista montado en su caballo, hasta convertirse en un punto borroso en medio de aquella inmensidad.

Capítulo XX

«La existencia del ejército de Ezequiel Zamora es un misterio para nosotros. Desde Coro hasta las puertas de Puerto Cabello, y hasta la capital de Yaracuy y las cercanías de Barquisimeto, allegándose partidarios por entre la Portuguesa y Barinas; rechazando con pérdida sin destruirse; derrotado muchas veces sin desbandarse; perdiendo lo mejor de su gente y hasta el Jefe de su Estado Mayor; sin detener su carrera, perseguido de una armada poderosa, sin alcanzarle; dueño de escoger el punto de ataque, sin colocarle entre la muerte o la victoria, nosotros no podemos comprender bien los varios incidentes y filosofía de esa guerra».

Ezequiel leyó estas palabras publicadas en el periódico del gobierno *El Heraldo*. Una síntesis de sus últimas actuaciones no podía estar mejor escrita. Las mismas líneas se estaban leyendo ahora por todas partes, lo cual contribuiría a que su ejército se engrandeciera aún más a través de la fabulación popular, de la aureola que crean las batallas en la imaginación del pueblo.

Ezequiel estaba ahora más lleno de valor. Pero ahora también congregaría más odios y envidias en el gobierno, el cual cargaba las culpas de su último fracaso a José Laurencio Silva y a los otros oficiales de su tropa, calificándoles de cobardes. Y ahora se ensañarían contra él. La prensa del gobierno estaba plagada de insultos, de calificativos infames, de construcciones verbales rebuscadas. En verdad el ejército de José Laurencio también estaba compuesto por una masa heterogénea de hombres provenientes de todas partes, quienes tampoco estaban muy convencidos de

estar luchando por un ideal justo, sino por una elemental necesidad de sobrevivencia, en medio de las crueles calamidades que sufría la patria.

Pero también José Laurencio estaba enfermo y cansado. El gobierno no vaciló en destituirlo de su cargo, y con él también varios jefes se despidieron de sus responsabilidades en la guerra. Regresó entonces Silva a Guanare.

Por su parte, Ezequiel envió a sus comandantes a tomar la ciudad de Guanare, donde la pelea fue ardua y sangrienta, cayeron más y más hombres en la refriega. Hubo incendios enormes, cenizas, destrucción por doquier; tanto, que los federales tuvieron que retirarse, sin municiones, a otros poblados, donde Zamora los estaría esperando para intentar otra vez tomar la ciudad. Ocuparon entonces sus cuarteles con tal furia, que los sitiados no tuvieron ni siquiera tiempo para tomar un bocado en el momento del ataque, pues éste se produjo hasta la medianoche, cuando les hicieron batirse en retirada.

Después de este nuevo triunfo, Ezequiel se fue a descansar a Guerilandia. Al otro día salió para Barinas, pasando por El Cambur y Obispos, y cuando entró a la ciudad encontró que ésta se hallaba desguarnecida: todo allí era desolación y destrucción. Tomó posesión de Barinas sin disparar un solo tiro.

Reunió a sus hombres de nuevo; nombró sus jefes. Algunos desertaron, otros no tenían ánimos ni fuerzas para seguir. Se dirigió entonces a Barinitas, que estaba más cerca y menos desolada, a descansar ahí. Se apertrechó, se organizó otra vez y en el mes de mayo de ese año de mil ochocientos cincuenta y nueve creó entonces Zamora el Estado Barinas, sus Consejos Municipales y su Gobierno Civil, con la organización política, económica y judicial de cada cantón. La Federación estaba progresando: se crearon timbres fiscales y papeles sellados para cada caso. Los jueces tendrían que crear los Códigos de Procedimientos. Ezequiel entonces creó ahí los sueldos para los Inspectores y Legisladores. La Patria Federal tendría que funcionar en algún momento con el fin de poner fin al desastre y el monopolio de la oligarquía, hasta que se instaló una Asamblea.

Los pronunciamientos de esta Asamblea tuvieron lugar, y el Consejo Municipal de Barinas fue creado con éxito. En el mes de junio de ese año el Concejo Municipal otorgó a Ezequiel el título de Valiente Ciudadano. Lo aceptó. No se trataba de hacer la guerra por la guerra misma, pensó Ezequiel, ni la lucha por el prestigio personal. Era una guerra para hacer los cambios necesarios en la organización del Estado, y donde el pueblo pudiera participar.

Ezequiel no se durmió en los laureles. Su responsabilidad era aún mayor. Debía continuar con la organización de Guanare. Se puso de acuerdo con los Federales de aquella ciudad para, a través de cartas y comunicados, invitar a muchos jefes del gobierno de esa ciudad para unirse a la Federación. Intentó, antes, planificar una nueva batalla. Lo primero que hizo en materia de estrategia fue incomunicar al enemigo en todas direcciones, que no pudieran pasar por Trujillo, Barquisimeto ni San Carlos, impidiéndoles optar por el ganado; cortó caminos reales y causó choques con distintas guarniciones, mandó departamentos a enfrentarse a sus oponentes en el más puro método de la guerra de guerrillas, donde nadie le aventajaba.

Desparramó hombres por las vías de Cojedes a Guanare. Los jefes oponentes se quedaban encerrados en circuitos de defensa donde sus guerrilleros los aprovechaban para llegarles a través de bosques y selvas. Semanas, meses se emplearon para lograr esto con la paciencia típica de Ezequiel, quien se sentaba por la noche junto el fuego, a cavilar. Pensaba en su madre, en la casa de su infancia; se veía recogiendo guayabas y naranjas para que su madre y sus hermanas hicieran los dulces, o recolectando el café para venderlo. Se acordaba de aquellas primeras braceadas en el cauce del río donde aprendió a nadar, y en aquel día en que montó su primer caballo y meses después cuando aprendió a colear, a tumbar las reses por la cola para que regresaran al rebaño. Se acordó de sus años en Caracas, estudiando en la escuela junto a sus amigos y profesores Juan Caspers y José María García, de sus años en la pulpería de Villa de Cura… todo se le juntaba en la memoria febril, junto a las caricias de la india Bibiana y las de su esposa Estéfana, que estaría esperándole en Coro. Ezequiel se distraía con el movimiento del fuego, el ondear de las llamas y el crepitar de las brasas,

donde ponía la carne de res atravesada por una vara de madera de naranja que le daban aquel gusto y aquel olor tan especiales. Después se iba a acostar en su chinchorro hasta quedarse dormido, y así restaurar sus fuerzas para el día siguiente.

Habían comenzado también las deserciones en ambos ejércitos y Ezequiel estaba muy atento a los traidores de ambas partes. Ya había tenido la experiencia con algunos de ellos que intentaban filtrar información; tampoco había mucho dinero, y los bastimentos se estaban agotando. El General Andrade era muy diestro para conseguir préstamos de comerciantes que le ayudasen en la causa. Ezequiel estaba concentrado en el nuevo objetivo: Guanare. Seguían en su empeño de tomarla como plaza militar.

Guanare tenía una pequeña quebrada llamada Las Piedras. Ezequiel y el general Andrade habían hecho un plan para esperar allá, junto a otros generales, la llegada de las tropas enemigas. Allá estaban Jelambi, Andrade, Manuel Herrera, Torres, Jiménez, Arteaga, González y otros. Habían acordado con el general Juan Crisóstomo Falcón —quien venía hacia Barquisimeto acompañado de Antonio Guzmán Blanco— pudieran así reunirse con ellos para luego seguir a Araure, destruir la guarnición de Ospino y apoderarse del armamento, que era el punto débil del ejército zamorano, aunque también los alimentos estaban escaseando. Ezequiel pensaba que Juan Crisóstomo se tardaba mucho, se atrasaba demasiado en el camino, no se explicaba por qué su marcha hacia él se hacía tan lerda. Estaba preocupado por la situación en Barquisimeto; en caso de que ésta ciudad fuese atacada y vencida, todas las provincias podían ser invadidas y ocupadas por sus enemigos, si no llegaban los auxilios. Por más de dos meses el ejército había estado incomunicado.

Se vio obligado entonces Zamora a pelear con facciones de Portuguesa y Barinas, las cuales desmoralizaban a sus divisiones, favoreciendo las deserciones. Ezequiel tenía la información no confirmada de que las tropas del gobierno comandadas por el General Brito debían entrar a Guanare por Nutrias y Guanarito, pero no podía asegurarlo. Por primera vez en su vida estaba dudando acerca de si su estrategia era la correcta; no podía prevenir los movimientos del enemigo ni los suyos propios, ni precisar

las órdenes que debía impartir. ¿Debía permanecer en Guanare o retirarse? Llamó entonces a los oficiales a un Consejo, y una vez reunidos opinaron casi todos que la posición del ejército en Guanare era insostenible, que aún no se sabía nada del General Falcón ni de Barquisimeto, que las comunicaciones estaban cortadas y la municiones eran pocas. Entonces decidieron que lo mejor era devolverse a Ospino, recoger la guarnición allí y continuar. Dieron la orden al General Andrade de regresar. Y así lo hizo el General. Se devolvió, llegó a Ospino y después a Guanare luego de un tortuoso camino lleno de barriales y pastos resbalosos, cañadas peligrosas, animales y bestias podridos en los caminos, atascados en medio de lagunas fangosas. Animales que parecían mirarlos desde la muerte, con sus muecas fatales y pavorosas.

Se reunieron en Ospino casi dos mil hombres, tomaron armas y pertrechos, equipajes, caballos, ganado, para poder continuar. Siguieron. Era una marcha pesada, lenta. La operación más indefinible e indecisa de aquella guerra, pensó Ezequiel.

Al fin llegó la noticia: el General Juan Crisóstomo Falcón había tomado Barquisimeto. Entonces Ezequiel, presuroso, se retiró de Ospino y tomó el camino a Araure, donde al fin no se produjo ningún enfrentamiento de importancia. La marcha de Andrade había resultado exitosa, como lo comprobó la aclamación del pueblo cuando hizo entrada en el lugar, lo cual significó un gran alivio para el trabajo de las tropas en todos aquellos días de espera.

Capítulo XXI

A veces parecía casi imposible que las batallas y tomas de ciudades ocurrieran tan rápido. Después de tanta espera y preparación, de tanto pensar cómo iban a ocurrir las cosas, cómo iba a terminar todo. Nadie podía leer el futuro, anteponerse al porvenir. La mente de Ezequiel se ejercitaba con el movimiento de los hombres, tenía sueños utópicos donde veía un país mejor, organizado y libre de la esclavitud y de los abusos, y se daba fuerzas con ello para seguir. Otras veces sufría de pesadillas a causa de las imágenes que presenciaba después de las batallas; veía hombres y mujeres clamando y sufriendo, cubiertos de sangre, recorriendo calles desiertas; soñaba que era perseguido por seres siniestros que querían matarlo, que su madre lo llamaba clamando desde un agujero profundo, y despertaba temblando con un sudor frío en la frente. Entonces se daba un chapuzón en el río más cercano o se bañaba con agua fría de cualquier cántaro que tuviese a la mano, y después comía frutas, bebía leche de vaca o jugos para refrescarse; luego se echaba un rato en la hamaca. Durante la noche se hacía acompañar de cuatro o cinco hombres y se iba a dormir a ranchos aledaños, después de haber esperado a que todos se durmieran y reinara la calma para luego dormir él.

Ahora, después de los sitios de Barinas, San Felipe y Guanare y de dominar las fuerzas centrales de occidente, tenía que pensar bien las cosas. Estaba lleno de fuerzas, pero también de compromisos. Sabía que, como nunca antes, el gobierno estaba debilitado, sin jefes de talento, sin moral. Y esto había que aprovecharlo. El ejemplo del General José Laurencio Silva era

muy claro: un General revolucionario ya cansado, harto de obedecer órdenes absurdas de gente oportunista y cómoda, no quiso dar la batalla como se la ordenaron sus superiores. No demostró debilidad sino fortaleza de espíritu, como patriota y como hombre de convicciones bolivarianas que era. Algo similar ocurría con el General Carlos Soublette, quien ya no tenía ganas ni fuerzas para seguir en aquella ilógica defensa de las ideas de Páez y sus allegados, la más rancia casta de ricos criollos. Soublette, que había acompañado a Bolívar hasta el final, ahora era una pieza más del ajedrez de Páez. Soublette se cansó de pedir refuerzos en Guanare, pero nadie acudió a dárselos a tiempo. Y ahora ya estaban ya formados varios Estados Federales de Barinas, de Portuguesa y de parte de la extensísima provincia de Apure había sido declarada Estado, así como los valles de Aragua, para que ahora los pueblos nombraran a sus gobernantes por propia voluntad, sin necesidad de que a él, ni a nadie más, les recomendaran sus candidatos, o para ser nombrados a dedo.

Durante seis meses duró organizando estos Estados con el más riguroso método, formando gente, vistiendo y aprovisionando tropas, dándole armas y caballos, lanzas que había que fabricar allí en los mismos sitios. Ezequiel comía con los soldados, echaba cuentos con ellos, se reía, hablaba como ellos, la pasaba bien en su compañía. Los soldados sabían que era un militar que se había hecho solo, consultando viejos libros y cotejando sus ideas con la realidad de su país y de otros como Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador, leyendo las ideas de los próceres que habían levantado a un país que estaba en el suelo, humillado, hincado ante los oligarcas y los negocios fáciles con el extranjero. También desde muy joven había estado impresionado por la historia de Espartaco, el gladiador que se había rebelado con los esclavos de Roma para conquistar una vida digna al costo que fuera. Una vez en una de esas reuniones con los soldados, dijo:

—No se debe uno robar nada de nadie, prendas o dinero, sino sólo lo indispensable para la tropa, para comer, vestirse y pelear.

Admiraba a oponentes suyos como el General Silva y el General Brito. Para él ser militar era un destino, una orden divina, y esa orden había que cumplirla a toda costa.

—Los militares debemos morir en el campo de batalla, es nuestro destino —decía—. Fíjense ustedes —les dijo a sus soldados, comiendo con ellos carne en vara—, cuando el Coronel Guerrero murió en la batalla de El Palito, yo vi su cuerpo ensangrentado y vi su rostro: estaba sonreído.

Ezequiel habla de esto con los soldados por la noche, echa chistes y cuentos, habla sobre lo maravillosas que son las mujeres y los niños, que tener una familia es algo incomparable. En el día comparte las noticias y partes de guerra con sus oficiales, está pendiente de los movimientos del General Falcón y está preocupado por las nuevas acciones criminales de Martín Espinoza, que empañan el proceso de la Guerra Federal y el ideal de la federación. Ya le han dio que Martín y el indio Tiburcio andan matando gente y quemando casas, se meten en las haciendas a robar y violar mujeres, y hasta decapitan seres humanos. Esto no lo puede tolerar Ezequiel, quien monta en cólera por ello y después siente tristeza y vergüenza. Ya los periódicos han publicado la noticia, hablan de los vándalos Espinoza y Zamora, los dos en un mismo saco, asesinos de niños y mujeres, que andan devastando aldeas y haciendas de gente respetable. El periodista y escritor Juan Vicente González es uno de ellos, de quienes escriben con más virulencia contra Zamora y contra Antonio Leocadio Guzmán, a quien González ha odiado siempre, enfrentándole en público con los más horrendos insultos.

Caracas está rodeada de facciones. Siguen las batallas en Maracay, La Victoria, Maiquetía y La Guaira. Por todas partes hay guerrilla, muerte, sangre. Ezequiel sabe de los nuevos acontecimientos protagonizados por Martin Espinoza y el indio Adivino. Se decía que Espinoza había intentado asesinar a un cura de apellido Anzola en Santa Inés, y al Jefe Civil de allí si no obedecía sus órdenes. Seguía tratando mal a las mujeres y los niños. A poco de andar con el indio Adivino por los llanos de Barinas, el indio cayó enfermo gravemente y después el mismo Martín enfermó de una pierna.

Ezequiel se reunió con varios oficiales para ir a buscarlo y hablar con él. La idea era armarle un Consejo de Guerra a Espinoza y juzgarlo. Se puso entonces a tomar declaraciones de

personas que habían sido agredidas por Espinoza, víctimas de sus atropellos. Le costó mucho trabajo a Ezequiel hacer esto, pero los testimonios de sus atropellos y vejámenes eran muchos. Varios secretarios y amanuenses se dieron a la tarea de escribirlos y pasarlos en limpio para después llevarlos a los integrantes del Consejo de Guerra, y así dar el ejemplo a los demás integrantes de sus tropas: de no dar ese ejemplo se hubiesen desmoralizado los demás hombres, e imitando a Espinoza llegarían a hacer atropellos semejantes.

Una tarde Zamora se le apareció de improviso a Espinoza en Santa Inés de Barinas; sin darle tiempo a reaccionar lo rodeó y le armó el Consejo de Guerra, donde se le leyeron los cargos en su contra. Lo mandó apresar y después lo llevó hasta un campo despejado donde había un gran árbol de cují y ahí mismo lo mandó a amarrar y fusilar.

—¡Fuego! —gritó Ezequiel.

Cada descarga de fusil que entró en el cuerpo de Espinoza fue algo doloroso para el propio Ezequiel, que cerraba los ojos a cada golpe de las armas haciendo fuego. El cuerpo de Martín Espinoza quedó abaleado y sin vida sobre el campo; la sangre salía a borbotones, una sangre casi morada brotaba de su abdomen y su pecho. De no haber mostrado Ezequiel a Martín su autoridad, éste hubiera perdido su rango como jefe militar.

Ezequiel exploró bien aquellos terrenos de Santa Inés en Barinas, donde ahora yacía el cuerpo de Espinoza y los hombres del indio Tiburcio se fueron diseminando en el paisaje con los semblantes contrariados, emitiendo alaridos de descontento y protesta.

En Santa Inés estaban las grandes estribaciones de la cordillera andina, los altos páramos más allá, los flancos de los torrentes, una quebrada llamada de La Bellaca. A Ezequiel le pareció un sitio ideal para montar allí un cuartel. Era un terreno imposible de cruzar a pie, muy abrupto, lleno de cantos rodados, barriales inmensos, pero lo inspeccionó a caballo enviando adelante al Capitán Colina con un grupo de cincuenta hombres de Coro, a buscar un punto de ataque que no fuera el camino real. Se mantuvo en posición de marcha, pero Colina no regresaba y hasta lo dio

por perdido, hasta pensaba que había caído en manos de tropas enemigas.

Siguió Ezequiel tomando medidas para reforzar su ejército, creando columnas de guerra para Mérida y Trujillo, Boconó y Burbusay. Nombró jefes de operarios en las provincias y organizó las tropas por grupos. Les infundió valor con sus palabras y sus vivas y los preparó para triunfar. Ezequiel iba acrecentando su poderío. Todos eran movimientos preparatorios al desembarco del General Juan Crisóstomo Falcón en el poblado de Morón el veinticuatro de julio, acompañado de Guzmán Blanco y de un grupo de oficiales. De ahí prosigue a Montalbán, Bejuma y Nirgua, hasta entrar en San Felipe con mil quinientos hombres. Tirso Salaverría es nombrado Comandante de Armas del Estado.

En septiembre de ese año de 1859 entró Falcón a Barquisimeto y derrotó a las tropas centrales al cabo de hora y media de batalla, noticia que recibió Ezequiel a través de las páginas del periódico *El Eco del Ejército* y que le alegró sobremanera; ahí estaba narrada la noticia de la Batalla de la Cruz de Tierra Blanca donde es triunfador Falcón, y entonces Ezequiel la hace imprimir en el *Boletín Oficial* del ejército federal.

Fue volando Ezequiel a Barquisimeto y terminó de organizar allí el Estado Federal de Nueva Segovia, nombrando jefes de todos los servicios y deponiendo a los godos. Falcón después pasó por Araure, se devolvió a Barquisimeto y luego tomó para Coro donde estuvo hasta el treinta de octubre moviéndose entre estos territorios, con el objeto de contrariar y de confundir al valiente General Andrade. Esta noticia alebrestó de tal manera a Ezequiel que éste corrió a encontrarse con Falcón a Barquisimeto para preparar una nueva campaña, pues ya se conocía que el gobierno estaba armando un ejército para batirlos, y no había tiempo que perder. Justamente esa era la idea, impedir a toda costa que aquellas fuerzas se unieran, despedazarlas en los caminos con guerrillas, teniendo siempre al enemigo a la vista.

En la casa de un godo de apellido García, Ezequiel había encontrado ochenta barriles de pólvora, que representaban un buen indicio para el comienzo de la campaña. Se apresuró a escribirle a Juan Crisóstomo acerca de ese descubrimiento, y había

empezado también a planificar los lugares donde iba a dar los combates. Empezó a hacer los nombramientos de los jefes, y por otra parte ir recogiendo los ganados y los caballos que andaban regados en las sabanas. Fueron ocupando poco a poco los pueblos del recién fundado Estado de Nueva Segovia: Sanare, Cabudare, Cujicito, Carora. Ezequiel y Juan Crisóstomo se reunieron en Guanare para seguir planificando las batallas que librarían más tarde.

Dejaron allí en Guanare al General Trías bien apertrechado para que comandara las tropas y esperara a los centrales. Empezaron a tener diferencias acerca de cuáles eran o no los sitios buenos para esperar a las fuerzas del gobierno, las tropas centrales que venían decididas a darles la batalla final, la batalla que decidiría por fin el destino de la Federación y el destino de los oligarcas. Pensaron que lo mejor sería replegarse de nuevo a Barinas y desde ahí, desde los valles de San Lorenzo y Santa Inés, sería el sitio más conveniente para llevar a cabo la gran refriega de aquel tiempo, que quizá definiría de modo determinante el destino del país y el rumbo de la patria.

Capítulo XXII

Durante todo el día Ezequiel anduvo intranquilo, maquinando los detalles de la batalla que pensaba dar. Iba de aquí para allá, cavilando, con un mapa en la mano y haciendo dibujos y croquis en un papel, anotando las ideas que podía poner en práctica. Llamó a varios de sus oficiales temprano en la mañana, después de haber comido todos ellos verduras y carne asada, y de beber leche suficiente. Rodeado al menos de diez hombres, se sentó sobre unos troncos en el piso, bajo un dividive, colocó el trozo de papel sobre unas tablas y llamó a los soldados para dirigirles la palabra. Limpió de su rubio bigote unas gotas de leche con el dorso de la mano y dijo:

—¡Compañeros militares! ¡Esta vez les vamos a aplicar todos los elementos que hemos aprendido en esta guerra, y nos han dado resultado! ¡Seguiremos aplicando la táctica de la sorpresa, con atajos, evadiendo los golpes primero con desapariciones rápidas, para luego dar el golpe final! ¡Nos internaremos por los barriales, los desfiladeros y los pantanos, porque esa gente del gobierno no sabe andar porái! —dijo Ezequiel.

—¿Y ya armó la estrategia, mi General? —preguntó un soldado.

—Sí, vamos a seguir con la táctica de guerrillas, y a fabricar once laberintos con trincheras que se comuniquen bien entre ellas, que vamos a colocar en tres lugares estratégicos para lograr un desgaste de las fuerzas contrarias en tres días.

—¿Y cómo lograremos eso, General Zamora? —preguntó otro soldado.

—Con marchas y contramarchas, para conducir al enemigo a un lugar final, y ahí aniquilarlo. Mientras ellos se enseñorean con sus tropas en las ciudades, nosotros estaremos aquí esperándolos en las selvas y en las serranías, aquí llano adentro, estaremos con el pueblo, con los campesinos y hasta con las mujeres… para que no nos puedan identificar desde un primer momento —dijo Zamora.

—¿Y ya ha pensado cuáles son esos lugares, mi General? —preguntó un soldado de tez oscura, que había sido esclavo en una de las haciendas.

—Sí, son varios lugares, pero tengo un sitio estratégico para esperar a los hombres del gobierno —recalcó Ezequiel—. Fíjense —recalcó—, primero nos atrincheramos en el caserío de La Palma, y desde ahí los llevamos con marchas y contramarchas para que se confundan.

—¿Y luego…?

—Después los vamos llevando de esta manera hasta El Trapiche… ya ustedes saben —y señaló con una vara en el papel—. Después nos movemos hacia La Encrucijada, que queda como por aquí —y volvió señalar con la punta de la vara—. Y entonces…

—¡Nos desaparecemos, como si nos batiéramos en retirada…! —exclamó el mismo soldado de tez oscura.

—¡Exacto! —dijo Ezequiel—. Aquí nos replegamos para que el enemigo crea que vamos en retirada… pero nada de eso… los vamos a estar esperando allá en…

—¡En Santa Inés! ¡Lo veo clarito, mi General! —exclamó el mismo soldado.

—¡Sí, aquí pisarán el peine! —exclamó Ezequiel entusiasmado—. Tendremos las trincheras, ahí en las zanjas y en las fosas estaremos escondidos para recibirlos, vamos a empezar con palas y ramas cuanto antes, y a picar palos y maderas para armar estas trincheras. ¡Todos s trabajar duro! ¡Vamos todos, campesinos y labradores, mujeres, soldados, peones, a abrir estas zanjas y a camuflarlas, y allá en Santa Inés los estaremos esperando! ¡Vamos a sacar bastante tierra y a hacer estacas, pero primero tenemos que alimentarnos bien para llevar hacia allá la pólvora y

las municiones, y las armas que hemos recogido en las campañas! ¡No hay tiempo que perder!

—Haremos las trincheras por los cuatro costados, y entonces los soldados dispararán al mismo tiempo, cuando los tengamos ahí encerrados —dijo un soldado alto, catire y de ojos saltones—. ¡Esa es la idea!

—¡Es bueno el plan mi General, allá los esperamos! —concluyó otro soldado que estaba cerca, un hombre de pequeña estatura, pero de complexión muy fuerte, de rasgos aindiados.

A una guerrilla como de mil hombres se le iban agregando negros con carabinas, fusiles y tercerolas, mujeres que salían de las selvas y atravesaban grandes distancias para llevar pertrechos al ejército zamorano, campesinos descalzos, peones de hacienda llenos de un ímpetu imparable, pusieron manos a la obra, e hicieron funcionar una maquinaria de combate que sería recordada como una de las grandes batallas libradas en la patria.

Ezequiel veía cómo sus ideas iban encarnando y venían a dar resultado mediante la voluntad del pueblo. Daba gusto ver a tanta gente trabajando por una causa justa, por un noble ideal de igualdad y libertad, sin desmayo.

***

Ezequiel casi no pudo dormir esa noche, pensando, atribulado, en las órdenes que debía impartir por la mañana al resto de las tropas que venían de otras partes, pues la batalla no se reducía al sitio de Santa Inés y de sus zonas aledañas. Estaba pendiente del control de Puerto Nutrias ahí en Barinas, lugar importante porque significaba la comunicación por mar con Nueva Granada y con las provincias de Apure y Guayana, por donde venían las armas y se transportaban los productos agrícolas que se colocaban en el exterior. Allá en Puerto Nutrias Ezequiel había designado al General Pedro Manuel Rojas para que no dejara entrar a los godos por ese puerto. También sabía muy bien Ezequiel que las armas que venían de afuera se debían a las medidas que el gobierno había tomado para traerlas de los Estados Unidos de América, y que aquellas fuerzas eran comandadas por Manuel Felipe Tovar

y movilizadas por Pedro Estanislao Ramos, las cuales venían con una columna de artillería, la 5 de marzo y el escuadrón Ospino. Todos estos cuerpos formaban a su vez divisiones al mando de jefes como Antonio Jelambi, Benigno Rivas, Martín Davalillo, José María Rubin y sus respectivos Jefes de Estado Mayor, escuadrones y brigadas de caballería que venían de Maracaibo, Cumarebo, Mérida y Trujillo. Eran más de siete mil quinientos hombres que llegaban a enfrentar a Zamora, quien no les permitiría por ningún motivo acceder a los ríos.

Llegó el día crucial. Ezequiel impartió las órdenes de moverse de Barinas a Santa Inés, y de Santa Inés a Barinas, mientras esperaba las noticias que debían llegarle, estudiando bien el terreno e impartiendo órdenes a los oficiales para que se desplazaran hacia todos los frentes. Salieron entonces cinco mil soldados como a las seis de la tarde. Ya desde el tres de diciembre en Santa Inés estaba instalada la artillería, al mando de José Ignacio Charquet, tan bien planificada y construida, que daba la impresión de ser una maquinaria perfecta. A dos leguas de la entrada del caserío de Santa Inés estaba la primera trinchera, defendida por el Coronel Petit y el comandante Cumarez. La trinchera construida por Charquet estaba en El Trapiche con cuatrocientos soldados comandados por Trías y por Mora. Casi todas estas trincheras, en forma de trapecio se extendían desde el sitio llamado El Trapiche y se conectaban de manera que los soldados pudieran hacer fuego hacia adelante y hacia atrás, o como bien les conviniese, coordinadas por Aranguren y Vázquez. También había edificaciones donde los soldados de infantería estaban apostados, y otras trincheras secundarias que se comunicaban entre sí con otras por medio de pasadizos disimulados, y entre los montes y los mogotes había innumerables columnas de infantería, dispuestas a disparar de manera constante y simultánea. Todo este sistema continuaba hasta Santa Inés y constituía un campo de defensa de dos leguas de extensión, y estaban tan bien construidas que quienes las hacían merecían el título de ingenieros o arquitectos de guerra. Mil doscientos soldados en artillería y tres mil quinientos de caballería se reconcentraban ahora, esperando el momento decisivo.

Ezequiel salió con su ejército por el camino conocido con el nombre de Sabana de Punta Gorda. Avanzó todo el día. Pasó la noche con el ejército en las costas del río Santo Domingo. Esperó allí a sus oficiales Desiderio Escobar, Emilio Navarro y Prudencio Vargas, quienes venían de Barinas. Llegaron el día nueve de diciembre y se encontraron con Zamora, diciéndole de inmediato que el ejército godo había quemado el pueblo de Obispos. Ezequiel continuó entonces avanzando con ellos hasta Santa Inés, para aplicar el plan que por tantos meses había acariciado.

Todo venía saliendo bien. El ejército del gobierno, comandado por el General Pedro Estanislao Ramos, pasó la noche en Las Palmas y al otro día siguió hasta Santa Inés, pensando que las tropas federales estaban huyendo por la selva con la intención de internarse en los Llanos de Apure, pero éste era sólo el espejismo que Zamora les había hecho ver: al principio se sintieron seguros de sus movimientos, pero luego comenzaron a incomodarse y a sentirse inseguros en aquel campo.

Las tropas godas penetraban más y más en aquel territorio minado de trincheras, y comenzaron a abrir fuego contra los federales, y éstos apenas respondían y simulaban estar huyendo, con lo cual las tropas godas se sentían seguras y corrían tras los federales, pensando que había debilidad en las trincheras federales, debido al poco fuego que tenían como respuesta. Continuaron avanzando tras ellos hasta divisar los primeros caserones del poblado de El Trapiche, custodiado por Trías y por Mora, quienes tenían órdenes de resistir ahí hasta que los godos estuvieran todos exterminados y vencidos. Esa era la terrible orden de Zamora.

Entonces ocurrió el primer paso fuerte de la batalla. La primera división del ejército oponente, comandada por Jelambi, se lanzó ciegamente contra las casas de El Trapiche, que es justamente cuando los artilleros disparan.

Zamora cierra los ojos. En milésimas de segundo su mente da un vuelco. Ve los sueños realizados de los trabajadores, pero no sabe cómo ni cuándo. Ve a arrieros, pulperos, campesinos, mujeres, estudiantes, niños, abogados, periodistas, escritores, políticos, juristas, estadistas, militares, ancianos, a todos haciendo sus mejores esfuerzos para conformar y practicar las leyes justas en

los Estados de Venezuela; ve los campos florecidos y productivos, ve tierras fértiles labradas, convertidas en fincas, hatos, haciendas produciendo alimentos, ganado para llenar pulperías y bodegas. Ve escuelas, bibliotecas, libros, periódicos, obras de arte y obras musicales como formas de cultivar el espíritu de niños y niñas, de jóvenes, de los hijos que no tuvo, piensa en los hijos de Estéfana, en el rostro hermoso de esa mujer, en su piel suave que es la piel de la mujer venezolana, que es la piel de los mulatos, de las blancas, las negras, las indias, ve a las mujeres amamantando a sus niños, amando y respetando a sus hombres, trabajando, llevando el país hacia adelante, en medio de una felicidad colectiva. Todo esto en una especie de alucinación que dura un solo instante, un sueño feliz que tiene bien guardado en el interior de su cabeza y que le da fuerzas para luchar, para batallar, pero al abrir los ojos se disipa.

Abre los ojos: está ahí otra vez, en el campo de batalla, debe resolver y ordenar las próximas acciones desde El Trapiche. Se siente despejado, fuerte, con la mente clara para empezar la refriega. Desde ahí los soldados podrán hacer fuego sobre el camino, hacia el medio, hacia adelante y hacia atrás. Ahí está el General Pedro Aranguren, por el lado izquierdo está otra cadena de trincheras construidas también en forma de trapecio en comunicación con las otras trincheras defendidas por el General Prudencio Vásquez. Entre ambos hay más de cuatrocientos soldados, mientras la caballería de tres mil quinientos hombres está concentrada en las llanuras.

Ahí se acerca el Jefe del ejército centralista del gobierno, el General Antonio Jelambi. Los artilleros entraron por el centro del camino: los cañones vomitan sus grandes bolas de fuego hacia la montaña, mientras sus infantes toman las trincheras por los lados, barren con el fuego todo el camino y las veredas. Las tropas federales resisten de acuerdo a la orden emanada de Ezequiel, los patriotas comienzan a caer heridos, otros muertos, sobre el campo, entre quejidos y ayes, entre el polvo y el eco sordo de los cañonazos. Después de varias horas de tiroteos los soldados de Zamora empiezan a atacar como fieras a los del bando enemigo hasta destrozarlos. Zamora toca la corneta y grita

¡Viva la Federación! ¡Viva la Patria! y los va diezmando sin dejar de disparar ni un solo instante; los caballos relinchan, el espacio empieza a poblarse del aire trágico, violento, grande, triste, de la guerra. Las descargas de los zamoranos caen certeras por el frente y por los flancos; las compañías fallecen apilándose unas sobre otras, se amontonan heridos y muertos en torres espectrales de cuerpos sangrientos, amputados. Los parapetos de las trincheras, hechos de gruesos rolos, contienen las balas de metralla del ejército central, y la táctica ha dado resultado. Cae sin vida el General Antonio Jelambi y con él todos los comandantes de las columnas del gobierno yacen diezmados: jefes, oficiales, soldados, generales, coroneles, comandantes. Los que pueden huyen despavoridos, o se detienen más adelante a curar sus heridas, más de cuatrocientos incluyendo a sesenta oficiales. Los cirujanos y enfermeros no se dan abasto con tantos malheridos. El olor de la pólvora, el humo y el estruendo se confunden con la sangre, las curas que enfermeros realizan a los heridos, las amputaciones de miembros. El principal objetivo de Ezequiel Zamora ha sido conseguido, pero se trata de un espectáculo que no serviría para estar orgulloso de él. Ahora se dirigirán a San Inés.

Capítulo XXIII

El Estado Mayor de Ezequiel Zamora había tomado la plaza del caserío de Santa Inés como Cuartel General, donde estaba apostado Juan Crisóstomo Falcón. Habían acordado que cuando las campanadas de la iglesia del pueblito sonaran, eso significaba que las fuerzas de la oligarquía habían entrado ya en El Trapiche, aunque sin saber aún el resultado final. Estaban nerviosos ahí en Santa Inés, preguntándose cómo había salido la operación en el Trapiche. Pero al final llegó la buena nueva con el repique de las campanas de la iglesia, que era la señal de que todo había salido como se esperaba.

—Los godos pisaron el peine —dijo Zamora al oír las campanas—. ¡Ahora pasaremos a la ofensiva!

Ezequiel pensaba que, en caso de que el enemigo venciera las líneas, se encontrarían con las reservas al llegar a Santa Inés, y si iban por las sabanas se les esperaría en las bien armadas trincheras. La defensa y el ataque estaban ya planeados por él. El General Falcón también estaba apostado en Santa Inés, atento y paciente, con sus edecanes, esperando nuevas señales de Ezequiel para entrar en acción. Se pondría de nuevo en práctica la técnica defensiva-ofensiva, ataque-contraataque. Pero nunca subestimando al enemigo, contando siempre con la lealtad de su pueblo.

Entró Ezequiel a la humilde iglesia del caserío, oró y ofreció a Dios erigir allí un buen templo a aquella aldea, si conseguía la victoria. Afuera vio unas flores amarillas que salían de una enredadera, y se las colocó en el quepis. Se encaminó entonces hacia su caballo, a esperar a su contrincante.

Las tropas del gobierno venían iracundas, decididas a triunfar y seguras de su poderío en armas y número de hombres. Miraron las trincheras y pensaron que los zamoranos no iban a dar la batalla. Abrieron fuego. Los federales huían por las picas, a reunirse con los suyos más adelante. Jelambi y sus artilleros penetraron por el centro del camino, mientras los federales disparaban ocultos tras los árboles, respondiéndoles y haciéndoles caer en mayor número, pero el poderoso ejército centralista avanzaba indetenible y con más fuerza hasta llegar al fortín, y los federales ceden, sin poder hacer nada más.

Ezequiel entraba y salía por las veredas dando órdenes rápidas, posicionando guerrillas detrás de los palos y de las trincheras. Nota que el enemigo, después de descansar de El Trapiche, se interna por el bosque y luego avanza sobre su segunda línea de trincheras; las barricadas se ocupan y desocupan rápido, para ir llevando al ejército oligarca a una segunda línea de fuego donde deben quedar todos presos. De esta manera, no podían franquear sus posiciones. Al creerse victoriosos, los centralistas se entregan por completo a la batalla, pero van perdiendo más hombres debido a la puntería de los fuegos federalistas, que disparan y marchan hacia adelante al mismo tiempo, hacia al corazón de la montaña. Se internan y entonces la lucha se agiganta y las divisiones de ambos ejércitos se descuartizan. Era espantoso ver cómo venezolanos se mataban entre ellos, como si unos fueran criollos y otros extranjeros, extraños o invasores. Pero eran venezolanos todos perdiendo la vida ahí, por un mandato superior de la patria. Los cuerpos caían sin vida profiriendo ayes y gritos desgarrados. Los rolos de las trincheras hacían de escudos de los federales contra la ofensiva goda. Los muertos de ambos bandos eran casi parejos en número.

Viendo esto, Ezequiel decidió armar su terrible ofensiva de una vez por todas, partiendo en dos su ejército para acribillar al ejército enemigo frente a frente y desde las trincheras al unísono, y entonces las descargas de fuego se quintuplicaron y aquello parecía un fin de mundo con rayos y estruendos, con vómitos de fuego y nubes de pólvora, con cenizas y barro, detonaciones estremecedoras de armas, cuchilladas y lanzazos y hasta las ramas de los árboles se caían en pedazos reuniéndose en el suelo

con trozos de brazos y piernas ensangrentadas, en medio de una gran hecatombe.

Por más de dos horas los centrales trataron de romper las filas federales sin conseguirlo, sin ganar siquiera un palmo de terreno. Los jefes del ejército oligarca se portaron valientes como nunca antes, dieron todo de sí en aquella batalla magnífica y tétrica, maravillosa y triste. Se internaron los centrales por un laberinto de zanjas y fangales, quedando prisioneros de los federales. Soldados y oficiales quedaron con las piernas rotas o los brazos quebrados, arrastrándose por los barriales, se abrazaban a los árboles, a las ruedas de los cañones hasta quedar exangües o sin vida. Uno de los cañones quedó solo en un llano y soldados de ambos bandos lucharon por apoderarse de él, hasta que al fin un soldado del ejército central lo enlazó con una soga y lo arrastró a su campamento. Los zamoranos sacaron fuerzas de sus últimas fibras, salieron de las trincheras gritando como unos diablos y dando toques de avance, para coronar aquella matanza impresionante, como no se había presenciado jamás desde los tiempos de la guerra por la Independencia.

Viendo todo aquello, Ezequiel se echó a llorar. Como las de un niño, las lágrimas de Ezequiel bajaron incontenibles por sus mejillas, sus ojos azules se apoderaron de una infinita tristeza, su frente se colmó de arrugas sombrías y su boca palideció con el dolor. Nunca pensó que el gusto de la victoria fuese tan amargo, que sus ideales de revolución llegaran hasta el punto de ponerlo a presenciar un espectáculo tan lamentable. Cayó de rodillas en la tierra, sollozando. Las cornetas ordenaron el cese del fuego. Un silencio espantoso llenó la selva. Una tiniebla sórdida se tragó la luz del día. Lamentos cortados, gritos rotos, sonidos guturales de bestias se mezclaban a lamentos de voces heridas o moribundas en un instante trágico que devoró todos aquellos latidos y rumores de la naturaleza y del hombre, cuando se enfrentan a las fuerzas del destino.

Las tropas centralistas se rindieron, muertas de fatiga. La guerrilla del enemigo se dispersó y Ezequiel estuvo a punto de interferir a otros contrincantes pero desistió de ello, pues habían emprendido la retirada. Pero las retiradas no son, como podría

creerse, el fin de una batalla. La retirada es la batalla a la inversa, su repliegue dramático. Jefes, oficiales, soldados hambrientos o heridos huyendo para recuperarse. Más de la mitad del ejército del gobierno había muerto, trescientos heridos, otros dispersos por las selvas.

Zamora tocó la corneta anunciando la victoria, e izó la banderea amarilla.

Más delante lo está esperando el General Falcón con el resto del ejército, que acababa de librar una batalla con los Generales Rubin y Casas. En esa retirada hacia Barinas se fraguó la última parte de esa penosa y gloriosa batalla desde los sitios llamados Bostezo, Maporal, Turuna, Caroní y Punta Gorda, donde se perdió buena parte de la tropa que faltaba con sus respectivos equipajes, además de numerosos heridos. Se quedaron más de diez días en Barinas esperando que les vinieran a buscar, pero nadie lo hizo. Así se portan los oligarcas con quienes los defienden. Ya estaban incapacitados para dar una batalla contra el General Falcón, y éste los hizo prisioneros. Mientras tanto, Ezequiel reconocía los méritos de todos los soldados y oficiales que presentaron batalla en Santa Inés, desde cabos hasta Generales, rindiéndoles honores.

Barinas quedó sitiada. Sin pastos, casi sin agua, llena de enfermos que multiplicaban los males, viéndose obligados los jefes a retirarse a Mérida por la vía de Barinitas. Ezequiel se informó de esta acción, y les mandó seguir con las tropas suyas. Que es cuando entra de nuevo en escena el General Falcón.

—¡Síganme lo que quieran ver a un hombre guapo! —exclamó Falcón.

Detrás de él iba Antonio Guzmán Blanco y otro llamado María José «el Indio» García. Falcón les arremete y se traban en una nueva batalla, pero no logra vencerles, pese al entusiasmo que muestra. Las municiones se le acaban y tiene que dar un paso atrás. En el fondo, se encuentra apabullado por la perfecta e incomparable batalla de Zamora en Santa Inés. Pero el destino los ha unido a los dos y deben encontrarse de nuevo para armar un nuevo plan, porque la guerra aún no acaba.

Capítulo XXIV

Pensó en algún momento Ezequiel que Santa Inés era el final. Pero estaba equivocado. Santa Inés era sólo el comienzo del fin. La batalla había traído consigo consecuencias nefastas. Como victoria puramente militar había sido casi perfecta aún dentro de su trágico esplendor, de su patético apocalipsis. Los rezos de Ezequiel y los llantos de rodillas sobre aquella tierra de héroes ensangrentados tenían un significado humano y quizá religioso o filosófico para el futuro de su patria. Los designios humanos son diferentes, impredecibles. Las debilidades de los hombres se meten donde sea, pueden penetrar todo, pueden intervenir incluso el destino. Un mal movimiento, un paso en falso, una equivocación, un recelo, pueden tener consecuencias insospechadas. El rencor, la envidia, el chisme, los celos, el ansia de poder, la lujuria de la posesión, el vicio de la concentración de dinero y caudales pueden acabar con el mayor proyecto humanitario, con el más noble ideal.

Una cosa era lo que Ezequiel deseaba y otra la que iba a suceder. Ya habían conseguido muchos señores cercanos a Juan Crisóstomo Falcón calentarle la oreja con el cuento del excesivo poder militar que concentraba Zamora. Lo tenían como loco con tantos dimes y diretes, con rumores que iban de allá para acá llenos de insidia, proferidos por asesores mediocres de gobierno, políticos adulantes que se allegaban al General para decirle que Zamora no podía aspirar a tanto, que si Zamora comandando su ejército llegaba a entrar a Caracas iban a tener que proclamarlo Presidente de la República y que eso no podía ser, que un

hombre sin modales y sin cultura no podía merecer la Primera Magistratura del país, está opacando su figura, General Falcón, le decían sus adulantes, y así también le aconsejaba su amigo el General Antonio Guzmán Blanco, pues ese hombree, Zamora, por más valiente que sea, tiene fama de ser un violador y un hombre cruel, asaltante de caminos, quemador de aldeas y violador de mujeres, y ahora fíjese usted, mi General, casado nada más y nada menos que con su hermana Estéfana, General Falcón, póngase a pensar lo que pudiera pasar si eso llegara a suceder, que un hombre inculto como ese pudiera llegar a gobernar el país.

Todos tenían mucho por hacer ante la retirada del ejército central; hecho que iba a generar una serie de consecuencias políticas impredecibles. Reacomodos en el poder que Ezequiel apenas podía sospechar, intereses creados se moverían en direcciones imprevistas. Páez, Soublette, Castro en el gobierno y Falcón, Guzmán Blanco de este lado se organizarían ahora en un nuevo ajedrez político movido por intereses de todo tipo.

Falcón y Zamora ahora estaban obligados a trazar un nuevo plan. Después de los repliegues de las tropas en Maporal, Caroní, El Bostezo y Punta Gorda, los conservadores estaban dedicados a barrer la sabana, llenos de odio y de deseos de traición, visiblemente ofendidos con la derrota propinada por Zamora. Tomaban a su paso como prisioneros a gentes inocentes y las torturaban. No tenían ya pertrechos ni comida. Querían mandar todas sus fuerzas negativas contra los liberales, perseguirlos, diezmarlos, pues su ejército había sido ridiculizado por Zamora, quien ahora estaba obligado a contenerlos.

Ezequiel, casi desesperado ante tanto impedimento para ofrecer una nueva lucha, ante tantas negativas de Guzmán Blanco y de Falcón para seguir dando la batalla y consagrar así la Federación, desesperado, se le ocurre meterle candela a la sabana, para interponer un océano de fuego entre los dos ejércitos, y el efecto es devastador.

La sabana quedó hecha cenizas, muerta. Los árboles y los matorrales quemados; los hombres a caballo ardían vivos en medio de un paisaje infernal. Los combatientes huían asfixiados a las quebradas y hombres y caballos se quemaban como si fueran

fantasmas en el fin del mundo, almas condenadas a incinerarse, y después sus cenizas subían con el viento semejando huracanes sombríos que causaban pavor. La gente se moría de hambre y de sed. Los pozos de agua se secaban, el ganado estaba muerto.

Ezequiel aparece de nuevo ese este desolado paisaje como si fuera una presencia sobrenatural. Su nombre comienza a circular como si fuese el de un ángel exterminador, frente a la sed de venganza de los oligarcas. El General Ramos es nombrado de nuevo cabeza del ejército godo, el cual se apresta a la brevedad a perseguir a Zamora. La guerra continúa, esta vez más decidida y con un ejército oligarca desmoralizado y un país hambriento. Se reunió el Consejo de Guerra para decidir cuáles serían las acciones. Estaban evitando de nuevo las acciones en montañas, donde Ezequiel era invencible. Zamora los estaba esperando de nuevo.

No pudieron con él. Como una bestia malherida, como un animal militar hecho para la batalla, Ezequiel se aparecía aquí y allá, hacía fuego y se escondía, tiroteaba, sorprendía, era impredecible, los oficiales le temían y lo volvieron a perder por las montañas de los Andes, entre Mérida y Trujillo.

El diez de diciembre de 1859 Juan Crisóstomo Falcón anuncia como una fecha histórica en los fastos de la revolución, proclamando que en adelante se dedicarán a curar las heridas de una patria de todos, que la fraternidad y la libertad deben ser las divisas.

Mientras los restos del ejército centralista se disuelven en Mérida, Ezequiel no se conforma con esto y se reorganiza con armas del enemigo, nombrando nuevos jefes: marcha victorioso a Barinas y los Llanos, habiendo nombrado ya a los jefes de los ejércitos en Barquisimeto, Yaracuy, Barinitas y Portuguesa. No puede rendirse ahora, justo cuando puede ofrecer sus triunfos militares como garantía para la seguridad del país. Ha ganado tantas batallas y perdido algunas, pero ha logrado constituir tres provincias en Estados Federales, ha enseñado estrategias y tácticas nuevas a la milicia, ha deshecho al ejército de la oligarquía, y no le pueden acusar de abusos de poder. Sus triunfos han sido incólumes. No posee bienes de fortuna. Sólo quiere regresar con

su mujer Estéfana a tener paz, a ser libre y vivir en armonía con los suyos.

En enero del año 1860 Ezequiel llega a San Carlos. El comandante Benito Figueredo se prepara a recibirlo en la plaza fortificada de esa ciudad, con el objetivo de convertir también a esa provincia en un Estado Federal. Antonio Guzmán Blanco es designado Secretario de Zamora, tal y como se tenía pensado antes de librar las batallas: nombrar al General Juan Crisóstomo Falcón Presidente Provisional de Venezuela, para que éste organizara los ejércitos de la República. Cuestiones en las que Ezequiel estuvo de acuerdo en todo en un principio.

En San Carlos las autoridades celebraron esa noche cerca del río comiendo carne y bebiendo vino y aguardiente, y al otro día tomaron esa plaza para anunciar la Presidencia Nacional del General Falcón, para luego emprender la marcha hacia la capital de la República. Mientras comen jugosa carne en vara y tortas de casabe y brindan con pencas de aguardiente de cocuy, hablan de las infidencias del gobierno, comentan batallas, celebran, ríen, echan cuentos y sacan a relucir detalles que los emocionan en lo profundo. Para ese día, no había transcurrido todavía un mes completo de la batalla de Santa Inés.

Al día siguiente, todo estaba preparado para el acto público con el pueblo, en la plaza de San Carlos. Ezequiel se muestra orgulloso de su obra y le parecen hasta hora correctas las opiniones de Guzmán Blanco y de Falcón respecto a la organización del nuevo gobierno federal. Sólo va a hacer acto de presencia ahí, y luego a sugerir algunas recomendaciones para controlar al nuevo Gobierno Federal en San Carlos. Le gusta estar ahí compartido con la gente, con el pueblo que tanto ha hecho por él y por la causa. Poco después monta su caballo, pasa el río, galopa hasta llegar hasta la calle principal de San Carlos, llevando consigo la bandera amarilla, y dando vivas al ejército y al General Falcón.

—¡Viva la Federación! —vuelve a gritar—. ¡Viva la patria libre!

—¡Viva! —responden a coro las gentes del pueblo reunidas en el lugar.

En ese momento, Ezequiel parecía un símbolo, una encarnación de la libertad que el pueblo deseaba. Sigue trotando más allá, hasta llegar a una pequeña plaza donde se encuentra una vieja fortificación. Sube a la torre del fortín y mira en derredor con el objeto de atisbar qué pudiera hacerse en un tiempo próximo, para defender la ciudad de ataques enemigos.

Baja luego, saluda a los presentes y luego se marcha a visitar a un amigo que le ofrece un almuerzo. Come, disfruta del afecto de varios compañeros sentado en una butaca, atento a la conversación de las otras personas conocidas. Bebe una buena taza de café, para espabilarse. Al poco rato se despide.

—Nos vemos más tarde, compañeros —dice.

Monta de nuevo en su caballo, que se ha puesto un poco nervioso, percibiendo algo raro alrededor. Anda unas cuantas cuadras. De pronto siente un mareo extraño, no puede ver bien, la visión se le nubla, una especie de remolino de colores se apodera de su cabeza; sus manos se aferran por instinto a las riendas del potro, pero el mareo lo domina. En una especie de vista fantástica aparecen los rostros de su madre Paula, de su mujer Estéfana, de la india Bibiana y de los hijos que crio con Estéfana, ve la figura paterna de Juan Caspers que le está advirtiendo algo, se observa alternativamente nadando en el río de su infancia en Cúa y hablando en la bodega de Villa de Cura. Se mira las manos y descubre que están llenas de sangre, que el líquido espeso carmesí empieza a bajar y manchar la silla de montar y el lomo del caballo. No comprende qué sucede… no siente dolor, no siente nada… pero no puede seguir cabalgando… el mareo es mayor… cae desfallecido de la bestia.

El General Guzmán Blanco se acerca a socorrerlo; del ojo derecho de Ezequiel mana un chorro de sangre, producto de una bala que ha sido disparada desde una de las fortificaciones. Ya no está ahí dentro de su cuerpo el Ezequiel que respira y habla y lucha… Un soldado que venía detrás de él en ese instante vio que una presencia translúcida de color amarillo salía del cuerpo de Zamora antes de caer del caballo, una especie de espíritu salió volando como un velo finísimo, como un tenue espíritu amarillo se fue disolviendo en el aire hasta posesionarse de las ramas de

un árbol muy verde, donde estaban piando en ese momento unos pajaritos. Ezequiel se ha ido de viaje hacia otras regiones impalpables y ya no regresará otra vez a este mundo, con su presencia física.

Juan Crisóstomo Falcón se dirigía en ese momento a una operación militar en La Yaguara. Guzmán Blanco ha enviado una notificación a Falcón, acerca de lo ocurrido a Ezequiel. Todo se ha hecho de acuerdo a lo planeado. Poco después Juan Crisóstomo es nombrado Jefe Miliar y Político de los Federales durante tres años, hasta que al cabo de esos años llega a un acuerdo con los oligarcas para pacificar el país a través de un convenio llamado el Tratado de Coche, con el que se puso fin a la Federación y le permitió a Falcón ser Presidente de la República cuatro años más, hasta 1864, cuando es ratificado otra vez. Renuncia finalmente al cargo en 1868, obligado por el triunfo de la llamada Revolución Azul, para ir a morir en Francia en 1870. Casualidad: Antonio Guzmán Blanco muere millonario en la misma ciudad. Por su parte José Antonio Páez, el gran caudillo que movía los hilos de todos ellos, se exilió en Nueva York rodeado de lujos, como los anteriores, allí intenta aprender a tocar el piano y a cantar ópera, sin suerte; usa guantes blancos para esconder los callos de sus toscas manos, que empuñaron tantas lanzas en defensa de la patria. Hacia aquellos países se fueron, lejos, a ciudades que ellos pensaban sí eran los verdaderos centros civilizados, muy distantes del país bárbaro que pensaban era Venezuela. El General Páez, un día de invierno, va de paseo por un parque en la ciudad de Nueva York montado en un caballo, contraviniendo las recomendaciones de no salir con tanto frío, y cae muerto en medio del parque, víctima de un infarto.

La historia, como el tiempo, siempre nos sorprende: tiene su lado malo, sus cosas buenas y sus caprichos que a veces no se entienden. Pero al final de todo, siempre ajusta cuentas.

AMÉRICA, UNIDA POR LA LIBERTAD

Diálogo atemporal con el Libertador Simón Bolívar



A los jóvenes venezolanos, americanos y de todos los países, en cuya conciencia y voluntad residen la libertad y la unidad de un nuevo mundo.

NOTA DEL AUTOR

El texto que en esta oportunidad ofrezco a los lectores es, en verdad, un ejercicio periodístico donde intento acercar a un público joven y de lectores no especializados, la vida y obra de Simón Bolívar. Dada la inmensa complejidad histórica de la gesta de la Independencia en América emprendida desde Venezuela, y la poderosa circunstancia de las fuerzas militares, económicas, legislativas y finalmente estratégicas o territoriales de esa lucha, la he presentado a los lectores poco familiarizados con ésta, mediante una entrevista posible con Simón Bolívar que me llevó a imaginarme cómo se hubiese expresado el Libertador en la actualidad mediante respuestas directas, más allá del estilo romántico o neoclásico que el mismo Bolívar usaba cuando escribía. Ello constituyó un reto para mí; me llevó a desacralizar la figura del Libertador, y también un poco a ubicarme en otra perspectiva de quienes realizan lo que ha dado por llamarse un *culto* a Bolívar en el sentido ortodoxo de esta palabra. Son significativas las variables de este culto, y en esta ocasión yo no desearía participar en ninguna de ellas, pues lo inquietante —y lo significativo— para mí en este caso fue obtener una imagen ágil de esta gran figura histórica, aunque tampoco llegando a extremos de simplificarlo o de restarle dignidad lingüística a sus respuestas o a su recia personalidad. En este caso, acudí a las fuentes bibliográficas e informaciones más conocidas sobre la vida y obra del Libertador, y por supuesto a sus principales cartas, proclamas, decretos y discursos en congresos, ligeramente matizados con la entonación del lenguaje oral.

No sé si logré el empeño; solicito la benevolencia de los lectores y la venia de historiadores serios o profesionales. Las obras noveladas que he asumido escribir hasta ahora sobre la historia de Venezuela han sido fraguadas sobre las figuras de Antonio José de Sucre, Ezequiel Zamora y Simón Bolívar han sido asumidas desde el difícil tratamiento de la historia re–creada, donde he intentado humanizar a los personajes mediante los procedimientos narrativos de la ficción literaria. Como en aquellos, en este caso he acudido aquí a un método distinto: el de la entrevista imaginaria, del diálogo directo con un personaje construido palmo a palmo por una historia real y un interlocutor que soy yo mismo, con el único objeto de informar acerca del espíritu y la filosofía que movían al Libertador, y sobre acontecimientos de relevancia que tuvieron lugar en la guerra de Independencia y alrededor del núcleo temático de una América libre y unida.

«Dicen que Napoleón no ha creído en la fatalidad porque tenía fe a su fortuna que llamaba su buena estrella; él se ha disculpado de aquella ridícula acusación probando que no era fatalista y que haber mostrado su estrella no era creer ciegamente en una cadena de destinos prósperos que le eran reservados. No hacía caso de las predicciones en el año 12 al momento de pasar el río Niemen, para abrir su campaña de Rusia; su caballo cayó a la orilla del río y él sobre la arena: una voz dijo: esto es un mal presagio; un Romano retrocedería. Napoleón no volvió atrás; siguió su empresa y esta fue fatal para su ejercicio, para la Francia, y lo ha hecho caer del primer trono del Mundo Mas ¿qué prueba esto? la caída fue una casualidad y sólo un loco, un fanático o un imbécil podían mirarla como un aviso de la Divinidad, sobre el malogro de aquella campaña y sus fatales resultados. César al desembarcar cayó igualmente por accidente sobre la arena en la orilla del mar en presencia de todo su ejército, pero pudo dar el cambio, y hacer creer que voluntariamente se había echado en el suelo para saludar la tierra, pues dijo: ¡Oh tierra te saludo! Su empresa fue feliz a pesar de su caída, que todos habían tomado por un funesto presagio. Los verdaderos filósofos no hacen caso de los presentimientos y no creen en los presagios, pero el que manda debe tratar de destruir sus efectos sobre los hombres crédulos, como lo hizo Julio César. En el año 17 después de mi segunda expedición sobre Venezuela y antes de emprender la de Guayana, los españoles me derrotaron en Clarín, de dos o trescientos reclutas a cuya cabeza me hallaba, y la voz corrió que yo era desgraciado y que todo me salía mal. Poco después estando ya en Guayana los españoles se presentaron y vi que me convenía dar la batalla que me presentaban: llamé entonces al general Piar encargándolo de mandarla en persona, porque no se había borrado todavía la impresión de mi última derrota, no cedí en esto. Piar ganó la batalla; se borraron las ideas que habían nacido sobre

mi mala suerte; volví a mandar batallas, a ganarlas y a perder algunas, pero no renacieron en el ejército otras ideas sobre mi mala suerte, sino que al contrario todos confiaban en mi buena fortuna. Sócrates llamaba a sus presentimientos su demonio y yo no tengo tal demonio porque poco me ocupan; estoy convencido que los sucesos venideros son cubiertos con un velo impenetrable, y que tiene que ser un imbécil o un loco el que lleva sus inquietudes más lejos y debe y teme por su existencia porque ha tenido tal o cual sueño [...] Tal es el espíritu humano, amigo y entusiasta de lo sobrenatural y de la mentira; indiferente sobre las cosas naturales y la verdad.

»Ya eran las doce de la noche que tocaron en el reloj del Libertador, y entonces Su Eminencia dijo: "Bastante hemos filosofado, ahora vamos a dormir"».

Simón Bolívar
Palabras de Luis Perú De Lacroix,
Diario de Bucaramanga (1835)

«Ya estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la dimensión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal, que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre las dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado y que en nuestra patria corre con prolongados y anchurosos canales. Ya la veo servir de lazo y de centro, de emporio a la familia humana: ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo, ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuan superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad empuñando el cetro de la justicia, coronado por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.»

Bolívar

Diálogo primero

Me acerco a don Simón con la venia de las autoridades que le rodean en la Quinta donde se encuentra, en Turbaco, unos días antes de embarcarse para Santa Marta, donde en apenas cuatro días logro entrevistarlo. Luce muy fatigado, pero extrae fuerzas de sus últimas fibras para concederme esta serie de diálogos donde me resume su trayecto vital con la mayor nitidez, haciendo uso de su extraordinaria memoria y de un raciocinio admirable. Ya viene agitado y agotado por tantos acontecimientos extremos, pero saca energías de lo más recóndito de su ser para entretener estos recuerdos, estas memorias que de seguro formarán parte del futuro de varias naciones. Por tal razón me empeño en hacerlo, a sabiendas de que serán útiles para nuevas generaciones de venezolanos y americanos o usadas para algo constructivo, dadas las bases morales desde donde han sido erigidas, mediante una conciencia única, tanto para lo más subjetivo como para lo más palpable y cotidiano.

Emprendo mi diálogo tratando de seguir alguna secuencia en el tiempo.

P —Buenos días, don Simón, ¿nos puede decir cómo fueron su mundo infantil, su familia y su ciudad, su momento histórico?

BOLÍVAR —Caracas, la ciudad donde nací era una ciudad pequeña, muy modesta, por entonces unida a la provincia de Venezuela, de la cual formaban parte Cumaná, Margarita, Mérida, Maracaibo, Guayana y Barinas, las cuales se habían consolidado diez años antes, cuando apenas concluía el proceso de formación

de la nacionalidad. La economía agraria era próspera y la sociedad estaba dividida en sectores muy diferenciados. Yo creo que Venezuela se entrenó bien por entonces en el cultivo de la tierra.

Cuando yo nací se hablaba en Caracas de España todo el tiempo, se hablaba de Carlos III y de los Borbones llegados a España, bajo la sombra del llamado «Rey Sol», Luis IV, en el siglo dieciocho. Fíjese usted que el mismo año que yo nací fue el año en que se promulgó la Independencia de los Estados Unidos de América, y de este modo se había establecido la primera Constitución republicana moderna. Estallaba también la Revolución Francesa, mire usted qué casualidad, y se promulgó la Declaración de los Derechos del Hombre. Cuando yo nací Napoleón Bonaparte era un adolescente. Todo esto lo digo para ubicarlo un poco en el tiempo.

Cuando me bautizó el padre Jerez de Aristeguieta, éste me dio el nombre de Simón para indicar que yo sería una especie de «Simón Macabeo de la América» y después mi tutor el licenciado Miguel José Sanz se encargó de mi educación, porque mis padres murieron siendo yo niño. Ellos eran Juan Vicente Bolívar y Ponte y Concepción Palacios y Sojo. Yo era el menor de cinco hermanos. Dos hermanas, María Antonia y Juana, y otro varón, Juan Vicente, que falleció en 1810. Después llamaron a un maestro con el mismo nombre mío, Simón, para que me diera clases, y él me hizo mucho bien porque era un hombre libre y de pensamiento muy adelantado, un genio natural. De mi crianza física de niño se encargaron la negra Matea, quien me amamantó y me dio su cariño, y también otra negra, la negra Hipólita, quien me cuidó en mis correrías de chiquillo tremendo. Yo veía que ellas eran tímidas y generosas, decentes y buenas, repletas de nobleza de espíritu, de una bondad real.

También por aquellos años conocí a Andrés Bello, que era dos años mayor que yo, un hombre muy culto, un letrado, sobre todo, muy distinto a Simón Rodríguez, Don Simón firmaba muchos de sus escritos con el seudónimo de Samuel Robinson. Ellos me enseñaron letras, geografía, gramática. Y el padre Andújar creó una academia de matemáticas donde yo estudié; después ellos mismos le recomendaron a mis familiares que me

enviaran a Europa a seguir las matemáticas y a aprender idiomas extranjeros en Madrid, en la Academia de San Fernando; me acuerdo que allá había un sabio llamado el marqués de Ustáriz; yo vivía en la casa del marqués, ahí me dieron lecciones de baile y esgrima.

Formábamos parte de una colonia europea dependiente de España, de un selecto grupo llamado los mantuanos, españoles europeos o americanos que mantienen intercambios para que se les distingan por su origen, que cómo usted sabe proviene de una prenda de vestir llamada el manto, prenda que usaban exclusivamente las mujeres de las clases altas, llamadas también aristocráticas, quienes tratan en lo posible de no mezclarse con los indios o con los pardos y mucho menos con los negros. En Caracas había pocos Condes y Marqueses pero sí muchos mantuanos. A esa clase pertenecían los Bolívar y eran simpáticos e inteligentes. No había muchos buenos colegios oficiales ni muy buena instrucción pública; la mayor parte de la instrucción emanaba del monarquismo y del catolicismo.

Entonces la familia Blanco y la familia Palacios se cruzan, vienen de Francia o de Flandes, del Ebro en Castilla vienen muchos apellidos como Blanco, que figuran en los Cabildos de Caracas. En mi casa abundan los muebles de cacha tapizados, grandes espejos y cortinajes de damasco, y por esas salas llegan de vez en cuando marqueses, condes, obispos y coroneles, mientras los esclavos negros les sirven refrescos en bandejas. Por allí anda mi padre, Juan Vicente Bolívar, recibiendo a veces a los invitados, y doña Concepción, mi madre, respira a veces entre los cortinajes de su recámara, o sobresale entre los encajes del lecho. Me imagino yo recién nacido durmiendo, y mis padres imaginándose qué nombre ponerme. No les fue muy difícil ponerme Simón, pues era muy usado entre los de mi familia. Al principio mi madre doña Concepción me amamantó, y también lo hizo una joven dama española llamada doña Luisa Mancebo de Miyares. Mi madre dijo que estaban esperando que diera a luz la negra Hipólita, la esclava de la familia, para que ella me amamantara definitivamente. Mi madre prefería la leche de la negra a la suya porque ella gustaba mucho de andar en fiestas, o ir a bailar al

compás de la música y a disfrutar de las bebidas. Mi madre murió joven, de repente, debido a que se contagió de la peste, y yo me sentí muy solo.

Cuando mi padre también muere yo me convierto en un huérfano completo, pero sigo teniendo contacto con la negra Hipólita, a quien siempre consideré otra mamá. Recuerdo que mi madre me envió en varias oportunidades a la casa del licenciado Miguel José Sanz, a quien también le decían «el tuerto Sanz» por su parche en el ojo, el tuerto Sanz me nombra nada menos que a Simón Rodríguez de tutor. Seguro que para él también fue una gran responsabilidad, un dolor de cabeza casar a esas muchachas tan jóvenes, mis hermanas Juana y María Antonia. Entonces no hallaban qué hacer conmigo. Me enviaron a España a casa de mi tío Carlos Palacios, hermano de mi madre. De modo que fui un muchacho bastante incómodo para mi familia. Los tíos míos también se beneficiaban con la administración de mis bienes, y yo comencé a darme cuenta de eso… era la frivolidad de la vida mantuana, basada sobre todo en bienes administrables y placeres vacuos, entretenimientos sociales que no conducían a nada…

A mí me tocó vivir de niño y de joven una realidad extrema, donde los verdaderos afectos del hogar casi no existían y eran cambiados por conveniencias. Yo fui dándome cuenta de las frivolidades de los aristócratas, me fui dando cuenta del egoísmo de las personas pudientes.

P —Y eso fue algo que también vio claramente Simón Rodríguez.

BOLÍVAR —Sí, él me hace ver el mundo de otro modo. Yo apenas tengo nueve años cuando lo conozco. El despertó mi interés por las lecturas clásicas. Yo fui autodidacta como Simón Rodríguez.

P —¿Qué leía por entonces?

BOLÍVAR —Yo era muy muchacho aún para leer. Solo leía lo que me indicaban mis maestros; hojeaba periódicos. Pero fue mucho más tarde cuando comencé a leer de manera voluntaria y consciente. Ya usted sabe, los filósofos que leíamos todos, Locke, Hume, Hobbes, Rousseau, Voltaire, Condillac, para lo cual me apresuré a aprender los idiomas inglés y francés. Me gustaban

mucho Voltaire y Rousseau, quienes me cambiaron la manera de pensar, le dieron un giro completo a las ideas que yo tenía en la cabeza. Las novelas de Rousseau como el *Emilio* eran la viva demostración de lo que pensaba su autor, y sus fascinados lectores también de obras suyas como *El Contrato Social* y *Las divagaciones de un paseante solitario*. El derecho político presente en Montesquieu y Rousseau y también a Spinoza que renovó la ética. Todas estas lecturas se fueron incubando en mí y produjeron cambios cualitativos en mi espíritu. Las ideas de los franceses eran distintas a las de Locke y Hume, y yo pensé que se podían aplicar aquí en América, pues lo que estaban proponiendo estos grandes pensadores eran más posibles de realizar aquí en América que en la misma Europa. Y así continúo creyendo que el nuevo ser humano tiene más posibilidad de surgir aquí en América que en Europa, dónde ya estaba casi todo agotado por la ambición desmedida de los imperios. Yo también leía por supuesto a los poetas griegos y latinos como Homero, Virgilio, Tibulo, Catulo, Safo y a dramaturgos como Aristófanes, Eurípides, Sófocles. Creo que las buenas lecturas de filosofía tienen que ir acompañadas siempre de poesía, teatro y novela, los creadores les dan vida a las ideas, que uno vive esas ideas y se introduce en los personajes y sus entornos.

No olvide usted que yo fui educado en medio de una relativa destrucción, en un tiempo en que América estaba bajo el dominio de España. Y así, poco a poco, fui teniendo conciencia de cuánto pasaba aquí en Venezuela y allá en Europa fui adquiriendo lo que llamamos una conciencia histórica. Empezaron a llegar noticias de afuera como la de la Independencia de los Estados Unidos, y lo que había logrado George Washington en ese país. Empezaron a incubarse las nuevas ideas en el mundo, y nosotros debíamos ser parte de ellas. Eso lo hablé mucho con Simón Rodríguez, pensando que nos había llegado a nosotros el momento de ser los protagonistas, de dar el salto cualitativo. Era el momento de América del Sur. Debíamos prepararnos, leer, descubrir, organizarnos. ¿A quién le íbamos a dejar esto? La clase aristocrática, muy cansada, se perdía en tratos acomodaticios. Venezuela no andaba bien, y el resto de América tampoco.

P —¿Y en la parte militar cómo empezó su formación?

BOLÍVAR —No había cumplido yo los catorce años cuando ingresé en el Batallón de Milicias de los valles de Aragua. Poco después viajé a España y México; voy abriendo los ojos sobre todo después de la llamada Conspiración de Gual y España, revolucionarios que habían sido defenestrados de un modo muy violento. Duré años en ese primer viaje a Europa, que me sirvió de mucho. También seguí perfeccionando mis conocimientos de esgrima, el arte de la espada, tan importante, usted sabe. También el montar a caballo, la equitación que es todo un arte, ambos muy útiles para el combate y la batalla. No olvidemos tampoco el arte del baile, que forma parte también de las artes de la seducción y el amor.

P —¿Me pudiera hablar más de eso?

BOLÍVAR —El amor y la guerra siempre van juntos. Si no hay amor no hay guerra que funcione. En las pausas de la guerra y en los salones de baile también se fraguan las batallas del galanteo y de la intimidad. Yo tuve muchos amores. En Madrid caí bajo el hechizo de María Teresa del Toro y Alaiza, mi prima, de ascendencia canaria, por la rama paterna vasca Entonces me voy con ella a Bilbao de dónde son originarios los «Bolibar»; y decidimos casarnos en Madrid en 1802, en la iglesia de San José de Alcalá. De otros amores le hablaré después.

P —¿Qué otras cosas le llamaban la atención en aquellos viajes?

BOLÍVAR —Pues mire, me llamaba la atención la gente de la encumbrada corte española. Hay mucho fasto allí. La decadencia de la monarquía borbónica, por ejemplo. También en París vi cosas interesantes; además de ser gran centro cultural. Ah, olvidé mencionarle, cuando hablamos de mi primera educación, a la Academia que estableció el padre Francisco Andújar en mi propia casa natal en Caracas. Como le dije, viajé a Cuba después de ir a España y después a México. Especialmente me gustó mucho Veracruz, desde donde escribí varias cartas. Eso fue en 1799. Al año siguiente me dirigí a Madrid y allá conocí a alguien que me marcó, el marqués de Uztariz, cuyo desempeño intelectual era

impresionante; las recomendaciones del Marqués fueron para mí de primera importancia en mi formación.

P —Y después de ahí fue a Bilbao…

BOLÍVAR —Sí, exacto, una ciudad muy bella, la ciudad de dónde son originarios los Bolívar, como le dije. Allí comenzaron mis estudios de francés, y de ahí por supuesto me dirigí a Francia, específicamente a París, ciudad con la que quedé completamente hechizado. Por allá en Amiens tuve la oportunidad de conocer personalmente a Napoleón Bonaparte, personaje que me impresionó. Aquel ser humano de baja estatura, como yo, que inspiraba tanto respeto, hombre ducho en las artes de la guerra y el amor. Le vi rodeado de sus hombres, haciendo gestos y hablando. El héroe militar más grande del mundo. Impresionante. Contemplé la coronación de Napoleón por parte de un Papa de la Iglesia, declarándolo algo así como «Dueño del mundo», y se me congeló la sangre.

Como le dije quedé enamorado de París, pero más aún de mi prima María Teresa y entonces así, recién casado en Madrid, me regreso con mi esposa a Venezuela presto a atender mis haciendas y a llevar una vida tranquila. Pero el dolor que siento con la muerte de ella, en enero de 1803, fue devastador. Yo no sabía qué hacer ni que pensar. Estuve inundado por el dolor durante casi todo el año. Sentí como si miles de cuchillos diminutos atravesaran mi pecho, Sufrí de pesadillas y de insomnio, me dediqué a beber copiosas cantidades de vino, lo cual me ocasionaba fuertes dolores de cabeza que me hundieron en depresiones melancólicas y casi me llevaron a la locura. Hablé con mis amigos cercanos, con mis maestros y con mi familia, y yo no encontraba consuelo.

Entonces decidí encauzar mi tristeza y mi dolor hacía algo útil, productivo, y me puse a pensar en cómo se podría organizar un movimiento político o social para salir de un estado de cosas muy perjudicial. Primero, me dediqué a observar lo que había sucedido con el general Francisco de Miranda, y pensé que las luchas del general Miranda no podían quedar inconclusas, que su esfuerzo no podía ser en vano. Entonces me propuse conocerle. En él podía estar la clave. De hecho, a medida que me adentré en sus escritos, cartas y declaraciones, percibí que sus ideas acerca

de la Independencia y de una América unida, están claramente definidas y que él no es solamente el verdadero precursor, sino también un hombre de acción, un hombre activo que va por varios países americanos, planteando una verdadera posibilidad de crear estatutos jurídicos y sociales para constituir una gran nación, que hiciera frente a los poderosos e injustos embates de las fuerzas destructivas de España, principalmente, presentando sus ideas a gobernantes en Gran Bretaña y Rusia y Estados Unidos, para que lo apoyaran en su empresa.

Los gobiernos españoles lo rechazaban por eso, y los ingleses lo usaron por un buen tiempo, creo yo, pensando en que su carácter soñador e idealista les convenía para sus fines particulares. Miranda ganó muchas batallas en Francia y los Estados Unidos, y se entrevistó con Catalina de Rusia. Fue un amante famoso. El general Miranda representa para nosotros muchas cosas: es un referente cultural, un luchador que apostó por la unidad no como una utopía, sino como una verdadera posibilidad.

P —¿Y usted se siente heredero de él?

BOLÍVAR —Por supuesto que sí, me siento como un discípulo suyo. Le conocí muy joven, dejó una profunda huella en mí. Nos entrevistamos varias veces en España, Caracas, Londres, y yo lo traté con mucha admiración y respeto.

P —Todavía hay muchos que sostienen que la entrega de Miranda a los españoles para que se lo llevaran arrestado a la Carraca allá en Huelva fue una traición, se ha especulado que usted no se opuso a esta detención, que no hizo nada para impedirla

BOLÍVAR —Yo era entonces muy joven y muy inexperto. Pero ese es el primer dilema político que se le presenta a nuestra Revolución, también un dilema moral. El hecho es que el general Miranda capituló frente a Domingo Monteverde, aceptó las condiciones de éste para que depusiera las armas y no siguiera en la lucha, lo convenció de la superioridad de sus fuerzas militares, cuando en verdad Miranda pudo haber dado batalla. Que ganara o no, esa es ya otra cuestión. Eso no lo podemos asegurar; sin embargo el general Miranda aceptó las condiciones de Monteverde y se rindió, y al rendirse fue considerado traidor a la patria, cuando en verdad fue todo lo contrario: fueron los traidores a la Revolución patriota

quienes hicieron un pacto con los españoles, un pacto donde corrió mucho dinero y recursos, y entonces los traidores se vendieron a las autoridades españolas y permitieron el encarcelamiento del general Miranda, a través de una vil negociación, y nosotros quedamos de manos atadas. Yo por entonces era muy joven y no tenía ningún poder de decisión es ese caso. Cada vez que sale a colación este episodio, lo que sentimos todos en una profunda impotencia, porque esa fue una operación de espionaje llevada a cabo por traidores venezolanos, en conexión con los españoles.

Bolívar lucía en verdad bastante agotado y contrariado, y yo sentí vergüenza por haberle hecho aquella incómoda pregunta. Se levantó, tomó una fruta de un plato y la mordió lentamente. Después bebió varios sorbos de agua. Tendió la mirada a lo lejos, absorto en una breve contemplación. Yo también bebí un poco de agua y luego continuamos con el diálogo.

P —Me decía antes que luego de la muerte de su esposa, se marchó usted a Francia a encontrarse con su maestro Simón Rodríguez.

BOLÍVAR —Sí, fui a París y luego a Italia, y viajé con mi maestro Simón Rodríguez. Por allá percibimos la marcha imparable de los ejércitos napoleónicos por toda Europa, imponiendo su fuerza al ritmo de los compases y los acordes de La Marsellesa y otros himnos. Y en Roma el maestro Rodríguez y yo experimentamos la fuerza aplastante de aquellos ejércitos, los mismos que amenazan también arrollar las tierras americanas. Simón Rodríguez y yo vagamos por las ruinas de Roma, tierras del mayor imperio en la historia de Occidente, el Imperio Romano, allí estábamos sentados sobre aquellas ruinas que conservan aún rescoldos de grandeza, una grandeza bárbara y cruel, pero que también produjo la mejor literatura y el mejor arte del mundo.

P —Por allá usted hace su célebre juramento…

BOLÍVAR —Fui presa de una fuerza superior, de un impulso sagrado, un espíritu se apoderó de mí, y entonces frente a mi maestro y frente a aquel escenario pronuncié algunas palabras teniendo como fondo al imponente Monte Sacro. Yo dije: «Juro

delante de usted, juro por el dios de mis padres, juro por ellos, juro por mi honor y por mi patria que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español».

P —¿Cuando usted hizo este juramento estaba convencido, de alguna manera, de cómo podía lograrlo? ¿Estaba consciente de todo cuanto requería para lograr tan titánica empresa?

BOLÍVAR —Si, en efecto, me di cuenta del esfuerzo gigantesco que hacía falta para lograr esa meta. Y también me di cuenta de que con hombres como Miranda, como Simón Rodríguez, como Antonio José de Sucre, Rafael Urdaneta y Antonio Mariño, y sobre todo como el propio pueblo de Venezuela luchando por una causa justa, se podía lograr, y sustentados en una filosofía lúcida, bien explicada y argumentada, podíamos salir airosos, como en efecto ocurrió. También, tomando en cuenta el conjunto de injusticias que se venían perpetrando en América. Tuvimos que constituir un ejército patriota muy fuerte. Y todo eso lo logramos.

P —Usted en sus cartas utiliza un lenguaje muy elaborado y elegante, pero al mismo tiempo muy preciso, y eso no es nada fácil de lograr…

BOLÍVAR —Sí, quizá tenga razón. Es un lenguaje literario que expresa ideas filosóficas, sociales y culturales precisas, y este estilo literario me ha costado mucho porque es un estilo con giros franceses e hispánicos, idiomas muy ricos y elegantes, pero con una elegancia convincente. Yo me pasé toda mi vida escribiendo cartas, fue mi oficio literario y filosófico, fue mi herramienta de pensamiento, mi vehículo expresivo. Y eso me costó mucho, la verdad, porque además de los mensajes intelectuales, debí dictar informes, partes de guerra, cartas personales, aclaratorias, proclamas, sentencias, exhortos, en fin, me di la oportunidad de ejercitarme bien en la escritura a través de giros, metáforas, construcciones verbales complejas, no tuve otra opción. Me puse a diseñar estrategias de guerra, tácticas que me permitieran ganar esta guerra a los enemigos de la patria. Porque además uno debe entender también al enemigo, eso es muy importante.

P —¿Y el lenguaje militar y cotidiano, cómo era?

BOLÍVAR —Era un lenguaje directo y seco, un lenguaje objetivo. Cuando se da una orden militar, ahí no hay ninguna ambivalencia. Se da la orden y esta debe obedecerse sin refutarla, ya no hay vuelta atrás, no puedes arrepentirte de una decisión en una guerra sin cuartel, como la que nosotros estábamos librando.

P —¿Sintió usted la tentación alguna vez de escribir versos? Sabemos que usted también fue un gran lector de poesía durante su juventud…

BOLÍVAR —Sí, siempre estuve cerca de la poesía desde mi juventud, sobre todo cuando compartí lecturas con Fanny Du Villars, mi gran amiga de París. Leíamos de todo. Recuerdo que leíamos mucho a un poeta muy atrevido llamado Evariste Parny, un poeta provocador, autor de un libro titulado *La guerra de los dioses antiguos y modernos* publicado a fines del siglo dieciocho. Parny era un renegado francés de la época de la Revolución, protagonista de grandes escándalos. Aquel era un poema larguísimo de diez cantos, donde arremetía contra la religión pero de manera muy graciosa, empleando diálogos poéticos. Fanny me leía sus versos por allá en el año 1805 y nos divertíamos mucho, reíamos a más no poder. Pero yo también leía por mi parte a los poetas griegos y latinos que eran los que más me gustaban, por su pureza. Si no leemos poesía el oído no se educa, y si no se educa entonces la prosa tampoco tiene ritmo, porque la prosa debe poseer un ritmo interno, una música interior que atrape al lector, eso creo.

P—Si gusta, seguimos con el relato de su juventud, de su tiempo histórico.

BOLÍVAR —Si me lo permite voy a seguir hablando de mi siglo, de mi tiempo.

Cuando yo iba a recibir las clases del Licenciado Sanz ya era otra cosa, no había compañeros, no había nada, sino puro silencio y para colmo Miguel José Sanz era tuerto, como le dije, y con un ojo cubierto, la verdad es que desde niño yo tenía un carácter indómito, irascible. Y un día el Licenciado me dijo que yo era un niño de pólvora, y en más de una ocasión le desobedecí, y él no hallaba como tratarme. Era un dolor de cabeza para mi mamá y hasta dudaron si podía servir para algo. Yo era muy flaquito y de nariz grande.

Los Palacios y Sojo eran unos músicos de renombre en mi familia, sobre todo el padre Sojo, que divulgó en Venezuela las partituras de Mozart y Haydn y fundó una famosa Escuela de Música en Chacao, una de las más adelantadas de nuestro país. Esteban Palacios era también músico y dirigió el Palacio de la Ópera en Barcelona, España.

Bueno, también le decía que mi madre terminó muriendo de tuberculosis Pero ella supo administrar sus bienes hasta el fin; mi padre murió ya mayor, de sesenta años. De modo que quedamos huérfanos, y no es fácil criar niños así. Nombraron como le dije a Miguel José Sanz tutor de la familia; era administrador de mis bienes y muy buen abogado, un hombre de consejo e influencia y yo era bastante tremendo, cómo le dije, bastante díscolo, de modo que me fue bien el criarme entre negros y esclavos. Yo veía a mis hermanas pasear por ahí, por esos patios y por los caserones solariegos, oyendo cuentos de los negros esclavos, y los rezos del catecismo.

Diálogo segundo

P —Libertador, ¿me podría hablar un poco más de su viaje a México?

BOLÍVAR —Sí, claro, yo me embarqué para México a principios del año 1799. Salimos desde La Guaira para el puerto de Veracruz en el navío *San Ildefonso*. El navío surca el mar dirigiendo a otros buques que llevan cargamentos. Voy con la expectativa de conocer esa gran ciudad, que yo pensé era la única que podía sustituir a Madrid como centro de la política del Nuevo Mundo. La verdad, quedé muy impresionado con ella, quedé impactado. Yo fui allá llevando una misiva de salutación de un Obispo para un sobrino suyo en la Gran Audiencia de México. Allá me alojaron unos días en casa de una gran señora, la Marquesa de Uluapa, y me presentan allí en la corte de un virrey, en presencia de otras marquesas y oidores.

P —¿Y de qué hablaron?

BOLÍVAR —Hablamos de todo. De la Revolución Francesa, de la situación política mundial. Eran temas muy delicados, muy difíciles de abordar; hacía falta mucho tacto para tratarlos, puntos muy álgidos y casi nadie se atrevía a abordarlos, por el temor de ofender a Dios o a las instituciones. Esa fue la primera vez que yo toqué esos temas con gente importante, gente de poder. Ahí defendí la Revolución Francesa, y también el derecho que tenía América de gobernarse a sí misma. Yo creo que mis palabras llegaron esa vez a muchos oídos, y causaron escándalo. Había una frase muy conocida en esa época, atribuida a Carlos IV, que nosotros rechazábamos. Decía: «No conviene que se haga general la

Ilustración en América». Es decir, que estaba prohibido pensar, que el pensamiento y la instrucción no conducían a nada bueno, según los reyes, y hasta divulgaron que el mucho pensar lleva a la gente a la locura, así como le ocurrió a Juana la loca.

Así como defendí a la Revolución Francesa, defendí también el derecho que tiene América de gobernarse por sí misma, cosa que no gustó a la Inquisición ni a los clérigos; de ello siempre estuve consciente. En esa época también surgieron otros movimientos revolucionarios, aunque muy dispersos, como el de Gual y España.

Cuando yo estaba hablando frente al Virrey en México, este de repente cortó la conversación, y no me recibió más.

Después me fui a Veracruz. Yo era muy joven entonces y ni siquiera tenía buena ortografía, pero lo importante entonces era empaparme de buenas y nuevas ideas, y esas no las iba a aprender en los viejos caserones aristocráticos.

P —¿Dónde los encontró, finalmente?

BOLÍVAR —En Simón Rodríguez. Fíjese usted que don Simón era muy lector de Juan Jacobo Rousseau, quien además de ser un gran pensador, jurista y novelista, como lo muestra en su *Emilio*, un personaje de ideas nuevas, un joven que es educado para buscar la armonía humana, natural y social, y eso fue justamente lo que quiso hacer conmigo don Simón Rodríguez, educarme para que yo tuviera una visión completa del mundo que se abría ante mis ojos y mi mente, porque también Rousseau nos enseña a leer la naturaleza, convivir con ella buscando también sus lados buenos, contemplarla, caminar por los bosques, ir a caballo, nadar en los ríos y en el mar, en las lagunas de los campos.

Otro libro que leí de muy joven fue *Vidas paralelas* de Plutarco, dónde el gran escritor clásico griego habla de los grandes hombres de la antigüedad, ese libro me inspiró mucho.

Don Simón, como buen discípulo de Rousseau, fue un hombre de pensamientos puros, desnudos, un hombre reservado, muy crítico y muy agudo y distinto en los criterios. un espíritu errante, vagabundo, que incluso pasaba como extravagante, y se salía de todos los moldes y hasta en el mismo modo de escribir era

diferente, su estilo no se parecía al de nadie, un ser desinteresado, un idealista.

P —En cierto modo él le impulsa a su lucha.

BOLÍVAR —Cuando yo decido emprender mi lucha y lanzarme a la arena de la Guerra, siempre lo sentí cercano con sus ideas educativas, creando escuelas nuevas, reinventándose siempre y proponiendo modos distintos de enseñar y transmitir conocimientos, tanto en Nueva Granada como en Perú y Ecuador, y así se lo recomendé años después al general Sucre. Era de una inteligencia que se podía tildar de pura. Una vez dijo que no quería ser como los árboles que echan raíces, si no como las nubes que viajan. Cambiaba de nombre, de domicilio, de amigos, se peleó con su familia; yo lo mandaba llamar y el venía, pero al poco tiempo desaparecía; daba clases de anatomía mostrando su propio cuerpo. Riqueza ideológica y estilo osado caracterizaron su escritura, adaptada a su propia personalidad cambiante. Cómo usted sabe, Simón Rodríguez fue un niño expósito, fue dejado por sus padres a la puerta de la casa de otra familia que lo crío, y ello marcó su existencia. Hacía reír a la gente con sus ocurrencias y mantuvo sus ideas hasta el fin.

P —Recuerdo su memorable frase «Educar es crear voluntades». Alguna vez llegó a decir que usted era el único que le comprendía…

BOLÍVAR —Ambos nos parecíamos no solo por el nombre de pila, sino también quizá porque ambos fuimos obsesivos, con ideales de regeneración social y de libertad de los pueblos oprimidos…

P —Pasemos a otro asunto. Después de ir joven a México también fue a España…

BOLÍVAR —Sí. Cómo le dije antes, allá en Madrid vivía un tío mío, Esteban Palacios. Era un hombre muy culto y de amplia simpatía y conversación. También iba de cuando en cuando a Bilbao y a Francia. Por allá duré como tres años. Estudié inglés y francés con maestros en Madrid, que eran muy buenos profesores. Mi tío Esteban era todo un hombre de mundo, diplomático, quiso introducirme como caballero de embajadas, pero no lo logró. En esa época yo disfrutaba de la dote de mi familia,

una fortuna, pero yo no estaba pendiente de eso… rentas, fincas, tierras, un mundo de negocios que en esa época era muy complicado, con el concurso de las potencias marítimas, un mundo muy alejado de mi sensibilidad juvenil.

Yo me concentré en mis estudios de literatura y filosofía, idiomas, esgrima, equitación, mientras le picaba el ojo a las muchachas bonitas que pasaban, y mi tío Esteban gastaba el dinero y se divertía…

P —¿Y el marqués de Uztariz también tuvo mucha influencia en su juventud?

BOLÍVAR —Sí, en efecto, Uztáriz era caraqueño pero su origen era vasco. También era partidario de la emancipación del continente colombiano. Su carácter apacible y moderado me hizo muy bien, siempre lo llevo en mi memoria, me ha acompañado su recuerdo todos estos años. Yo creo que él también me quiso como a un hijo. Yo apenas tenía diecisiete años. El me llevó a conocer los grandes autores clásicos, los filósofos, oradores, historiadores, poetas y los clásicos de quienes hemos hablado ya… yo creo que él fue el complemento perfecto en mi educación, con Simón Rodríguez. Después de zambullirme en estos autores mi vida cambió por completo, adquirió sentido. Pero no solo fue eso; también me zambullí en los libros de táctica militar.

P —¿Y también aprendió a hablar aquellos idiomas?

BOLÍVAR —Sí, sobre todo el francés lo aprendí a hablar y escribir; el inglés y el italiano, menos. Yo era devorador de las obras de Cervantes y Walter Scott, Alexander Pope, y los novelistas franceses románticos, todos maravillosos… siempre me atrajo hacer resúmenes mentales de todos ellos; y eso se volvió para mí una pasión.

P —Allá en Madrid conoció usted a su futura esposa María Teresa Rodríguez del Toro…

BOLÍVAR —Nuestro noviazgo se desarrolló entre Bilbao, el cantábrico y Madrid. María Teresa vivía cerca de la casa del marqués de Uztáriz, donde yo vivía. En esa época estaban de moda los carruajes, grandes vestíbulos, encajes y sedas, las tertulias y los modales aprendidos, las caminatas por el paseo del Prado… ese era el ambiente de María Teresa, y me enamoré de

ella de inmediato. Comencé a galantearla. Solicité su mano a la familia. Ella también se enamoró de mí. La familia de ella aceptó lo unión. Nos casamos, nos fuimos a administrar nuestros bienes.

Recuerdo que por aquella época estalló un escándalo con mi tío Esteban Palacios, que se decía estaba involucrado con un tal Manuel Mallo, con intrigas cortesanas y negocios turbios. A Mallo lo obligan a irse al destierro y a Esteban lo hacen preso en Montserrat, Cataluña. El asunto se me enreda, me costó mucho que me dieran los permisos para viajar a casarme.

P —Usted contaba solo con diecinueve años…

BOLÍVAR —Usted ya sabe lo que ocurrió. No deseo hablar ahora de eso. Yo estaba dispuesto a llevar la vida del hombre tranquilo. Pero fue lo contrario. La intranquilidad y las dificultades se apoderaron de mi existencia. Juré no casarme nunca más. Después de ahí me dirijo a París dónde también me aburro. Pero inesperadamente conozco a otra «Teresa» en París, una mujer maravillosa llamada Fanny, quien me hechiza con sus encantos y su manera de conducirse en sociedad, esposa de un viejo militar, cortejada por un príncipe: Fanny Du Villars, Baronesa de Trobriand se convierte en mi confidente. Yo aún sumido en el dolor de la muerte de María Teresa. Me hace bien la cercanía de Fanny pero en el fondo me siento disgustado, hipersensible, temperamental, yo mismo no sé cómo soy, pero sí de que soy un romántico incurable.

P —Un completo romántico…

BOLÍVAR —Los románticos tenemos esa tendencia a mezclar esa hipersensibilidad, esa intuición que es como un poderoso radar, a todo lo que sea belleza extrema, con un lenguaje elevado, sensaciones de placer y gloria, éxtasis sensoriales o divinos, y con todo ello construimos una sensación heroica o magnífica que le viene bien a los movimientos sociales modernos, a las quimeras de la época.

P —¿América es una quimera?

BOLÍVAR —Es una utopía construida con los sueños de algo que, de imposible, pasa a ser posible, pasa a ser algo acariciado, palpable.

P —Sigamos evocando la época juvenil en París…

BOLÍVAR —Allá estaba mi amigo Fernando del Toro, oficial de la Guardia Real. Con él y otros amigos viajo acompañado de bellas mujeres, exquisitos licores, voy a teatro Palais Royal. Asisto a conciertos, lecturas, salas de juego, vuelvo a tomar contacto con Fanny du Villars, mujer cultivada, mayor que yo, cercana, nada común, cuya amistad me tonifica, me levanta el ánimo… Esa estadía en París me hizo muy bien porque aprendí a defenderme de ataques personales, de imprecaciones fútiles, además de corregir mi incipiente francés. En el fondo creo que Fanny y yo estuvimos enamorados, pero ninguno de los dos se atrevió a dar el siguiente paso. Cuando Fanny tomó la iniciativa ya era tarde, pues me yo dirigía a Holanda y Alemania, me movía una fuerza recóndita que yo ni siquiera comprendía bien. Por aquellos días yo fui muy dado al juego, y perdí una cuantiosa suma de dinero. Después volví a jugar, pero sólo por diversión, usted sabe que el juego es adictivo y se puede convertir en un vicio.

P —También conoció al barón de Humboldt.

BOLÍVAR. —Le agradezco que me recuerde eso. En efecto este inmenso personaje gustaba mucho de ir a París. Imagínese usted que Humboldt estaba recién llegado de América, después de haber hecho un recorrido por lo que él llamaba las regiones equinocciales del nuevo continente, y ello constituyó un aporte a las ciencias de todo el mundo, revelaciones objetivas sobre botánica, biología, zoología, arqueología. historia natural y hasta historia política. Humboldt fue el gran viajero de la época, un sabio. Humboldt se estableció en Caracas un buen tiempo y viajó por toda Venezuela recogiendo datos. En Caracas también yo lo había visto y oído narrar maravillas del nuevo mundo, y hasta le pregunté una vez si era posible que en América pudiésemos nosotros ejercer un gobierno propio. Y justamente Humboldt me respondió que faltaban hombres y elementos para llevar a cabo una guerra de independencia, y eso me hizo reflexionar mucho.

P —El ambiente de París se prestaba mucho para ello, para los diálogos revolucionarios, los viajes y las artes, las nuevas obras literarias y filosóficas.

BOLÍVAR —Sí, en efecto se estaba formando una conciencia universal y en América estábamos alertas. Y me atrevo a

decir más; América formaba parte importante de esta conciencia. Primero está el caso de Estados Unidos con su independencia. y luego en Venezuela y Bolivia y Ecuador ya eran visibles los signos de rebelión entre los años de 1806 y 1809. Había una voluntad de diferenciarse de Europa, de defender nuestras riquezas naturales y de construir desde aquí una conciencia nueva. Además, también Europa y sobre todo España estaban dando ejemplos muy tristes de decadencia, como en los personajes Carlos IV, Godoy, Felipe II y otros del Estado español. El pueblo español reaccionó contra los desmanes de Napoleón. De modo que sí se estaba creando un ambiente para las nuevas ideas, y yo capté eso de inmediato. Y me puse manos a la obra.

P —¿Qué fue lo primero que hizo?

BOLÍVAR —Me puse a estudiar táctica y estrategia militar, y profundizar ahí. El París sensual de mi querida Fanny y las fiestas con mis amigos terminaron. Pero Fanny comprendía mis ideas y la naturaleza de mis sueños; pero como le dije, yo quedé acicateado por las palabras de Alejandro de Humboldt. «Faltaban hombres para acometer estas guerras de independencia», y más precisamente cuando enfatizó: «No conozco el hombre capaz de acometer semejante empresa». Yo entendí entonces que debía dirigir mis energías hacia este proyecto. Yo me sentía inflamado interiormente, como lleno de un fuego perpetuo. Aunque debo admitir también que la figura de Napoleón Bonaparte me deslumbró; aunque como usted sabe me desilusioné de él cuando se hizo coronar emperador, por eso lo baje del sitial dónde lo tenía colocado. También debo confesar que quedé muy impresionado con George Washington.

Después vendría un nuevo encuentro en Italia con el maestro Simón Rodríguez, cuyas palabras y enseñanzas se mezclaban en mi mente con las de Sebastián Francisco de Miranda.

P —Aquellos hombres y sus pensamientos se mezclaron en usted.

BOLÍVAR —Sí. Al encontrarme de nuevo con don Simón Rodríguez, lo invité a que hiciéramos un viaje por Lyon, los Alpes suizos, Chambery, Lombarda, Roma, Castiglione, el Monte Chiaro, Turín, Milan, Florencia. Venecia, Nápoles. Allá

en Nápoles, por cierto, vuelvo a encontrarme con el barón de Humboldt y él me presenta varios amigos suyos como Bonpland, Gay Lussac, Vauquelin… también fuimos a la isla de Capri en las cercanías del Vesubio. Estos viajes no los hice para entretenerme, sino para buscar en las huellas de Europa nuevos alicientes para mí empresa libertadora. Yo creo que está fue la época más importante para mí formación, pues conocí muchas ciudades y mantuve conversaciones en todos estos países con gente notable, artistas y filósofos. Conocí a los escultores Rauch y Thornwaldsen, y a una gran dama como lo es Madame de Stael, a quien conocí en París y la volví a encontrar en Roma, una mujer extraordinaria, una pensadora y artista, la mujer más culta de Europa.

También allá tuve la ocasión de ir al Palacio del Vaticano invitado por el embajador de España, y ahí empieza a embargarme ese sentimiento que te mencioné, y estando cerca del llamado Monte Sacro, en las colinas de Roma, estando allí sentado, en el fuste de una columna quebrada, hice mi juramento. En ese mismo sitio habían estado antes grandes escritores como Goethe y Chateaubriand, donde yo creo que cualquier espíritu cultivado experimentaría una emoción moral, un ímpetu indescriptible de poder realizar los sueños de libertad de cualquier nación.

A esta altura de diálogo, el Libertador luce un tanto sofocado. Siguió narrándome varios episodios fragmentariamente; su salida de Roma el año 1805, pasando por Nápoles de regreso a París en 1806, dónde se encontró de nuevo con Fanny Du Villars, y siguiendo su trayecto por Holanda. Alemania y Estados Unidos. Pero nunca dejó de comunicarse con Fanny. Siguió viajando por el norte de Francia, Bélgica y Alemania para después en septiembre de ese año embarcarse para Boston, Nueva York, Filadelfia y Washington. Allí se dirige a la tumba del gran héroe norteamericano George Washington, a quien siempre admiró tanto, al punto de llevar consigo una medalla con un retrato del héroe a quien siempre profesó devoción.

Al siguiente año —1807— ya Bolívar se preparaba a regresar a Caracas. Una vez en su país, Bolívar inicia otro proceso, al tomar conciencia de la cruda realidad del tiempo donde se

desplaza, en un ambiente precedido por varias revueltas dónde destaca la de Gual y España, y la gesta emprendida por Francisco de Miranda.

Diálogo tercero

El diálogo con el Libertador continúa.

P —Libertador, después de aquel viaje a Roma y Francia cuando usted conoce a Napoleón y luego va y hace el juramento en Italia, ¿cuál fue su próximo destino?

BOLÍVAR —Me dirigí a los Estados Unidos. Y al poco tiempo de estar en el país del norte, obtuve una visión más completa del llamado mundo moderno. Esta visión fue, lamentablemente, muy negativa. En aquella nación había un clima político demasiado tenso, a pesar de haber conseguido una democracia equilibrada, sus estadistas y presidentes practicaban el racismo, la esclavitud y distintas formas de opresión contra los ciudadanos; el Congreso funcionaba a medias y comenzaron a aflorar distintos modos de ejercer presiones sobre los ciudadanos e individuos. Ahí se cumplían los temores que mostraban los filósofos empíricos ingleses y escoceses como Locke y Hume dónde el Estado aparece como un monstruo de mil cabezas, con el añadido de la religión calvinista.

P —¿A qué se refiere?

BOLÍVAR —Me refiero al asunto religioso, que en Estados Unidos tiene muchas cabezas, templos e iglesias distintas, la mayoría de ellas basadas en las doctrinas reformistas de Jean Calvin, que el mismo Calvino, quien nos dice que el Estado se sostiene gracias a la fuerza de Dios, entonces Dios le da la razón al Estado y por lo tanto hay que confiar en él, ya que los individuos no se manejan solos y carecen de voluntad propia, y por ello

deben acatar la voluntad del Estado, dominada por la Iglesia. Y esta idea es sencillamente espeluznante.

P —¿Y es una idea original de Calvino?

BOLÍVAR —Sí, aunque la extrajo de Martin Lutero, gran reformista de la Iglesia, la tomó de él y la exageró para adular a los gobernantes de turno en Europa que luego propiciaron la Contrarreforma y la Inquisición, y luego se la vendió a Estados Unidos, que literalmente la compró como se compra cualquier otra mercancía, pero le sirvió para algo mucho mejor para ellos: el domino total de los ciudadanos, manipulando sus miedos e inseguridades.

P —También se ha hablado mucho de su relación con la Masonería y de su alejamiento de la Iglesia.

BOLÍVAR —La verdad es que yo siempre he sido muy respetuoso de las creencias religiosas y de las creencias en general, aunque debo admitir que no soy muy dado a la religión, por Cristo tengo una admiración permanente porque fue un revolucionario; se enfrentó al poder imperial de Roma predicando lo que pensaba sin miedo, además de su tener y ejercer su propia filosofía sobre el amor y sobre la piedad, que es muy hermosa. Pero yo no he sido muy religioso. La iglesia católica tiene sus fortalezas y debilidades, pero yo creo que su poder espiritual debería diferenciarse del poder del Estado, de los regímenes de tantos reyes perniciosos y crueles; más bien creo que los Jesuitas, Capuchinos y Carmelitas han hecho mucho por los indígenas y africanos en América. He sido tildado de anticlerical y talvez sea cierto. En cuanto a lo de masón, esa fue más bien como una fiebre juvenil, algo por lo que sentí curiosidad, pero en verdad nunca fui masón. Fui parte del rito escocés masón en París, y en 1806 ascendí al grado de Maestro, pero después creo que los defraudé porque no fui consecuente con los masones, pues yo debía atender otros asuntos como la Independencia de Venezuela y de América.

P —¿Y qué hizo después en los años siguientes?

BOLÍVAR —Después fui a Estados Unidos, como le venía diciendo, recorrí varias ciudades en ese país. Charleston y otras donde pude observar fenómenos muy interesantes, además del uso de la religión en el poder; vi por ejemplo que existía un

genocidio de tribus indígenas por parte de la raza blanca; apaches, siux, comanches, manhattans que fueron despojados de tierras o perseguidos o asesinados, y eso me llenó de estupor porque eso lo hicieron los mismos blancos norteamericanos, los caucasianos y otros que se creían bendecidos por la mano de Dios. En Estados Unidos también se produjo ese curioso fenómeno del supremacismo blanco, y armaron ejércitos completos para abolir a los indígenas y para esclavizar a los negros, a los afroamericanos. Usted sabe que el fenómeno de la esclavitud de los africanos allí fue el más pronunciado de toda América en ese tiempo.

—Yo observé estas cosas, si mal no recuerdo, en el año de 1807. Permanecí allá seis meses, y en junio de ese año regresé a Caracas, con la idea obsesiva de la Independencia. Era necesario abolir ese dominio extranjero, había que construir un nuevo orden jurídico y político, teníamos la urgencia de conquistar un basamento de realidad y justicia con elementos nuevos, nuestros, si pudiéramos imitar las ideas de George Washington, por ejemplo, que pertenecían más al temperamento del norte, esa nación fundada por los ingleses, mucho menos feroces que los españoles, que nos tocaron a nosotros en el sur, y mucho más crueles.

P —¿Qué hizo luego, como pensó organizarse?

BOLÍVAR —Comenzamos a reunirnos un grupo de jóvenes en las afueras de Caracas, hicimos fiestas para despistar las verdaderas intenciones de esas reuniones, que eran en verdad para hablar de cosas más importantes, las personas que invitábamos no le prestaban atención a la convocatoria, y todo se fue diluyendo. Al poco tiempo empezaron a llegar noticias de que las fuerzas de Napoleón estaban ocupando España, pero eso no era lo central para nosotros, que ya habíamos experimentado un genocidio por parte de España en el siglo dieciséis, en el proceso de la llamada conquista, y después en el proceso llamado colonial, basado en el latifundio, la esclavitud y el predominio de los ricos de casta, los mantuanos, en fin.

P —Entonces ya se acercaba el año de 1811, que fue importante en la Declaración de la Independencia en abril.

BOLÍVAR —Yo no me encontraba en Caracas por entonces, el 19 de abril, pero sí me incorporé a la lucha ese mismo año.

Recuerdo que la Junta de Gobierno de Caracas decidió enviar misiones diplomáticas con el objeto de lograr una independencia por la vía pacífica, y nos avisaron a nosotros, a mi hermano Vicente Bolívar y a mí, para que fuéramos él a los Estados Unidos, y yo a Inglaterra.

P —¿Quiénes lo acompañaron?

BOLÍVAR —Yo fui con Luis López Méndez, y Andrés Bello a visitar nada menos que a don Francisco de Miranda, quien tenía una casa en Londres facilitada por el gobierno de ese país. Las conversaciones fueron extraordinarias durante el viaje. Las ideas bullían en las mentes de nosotros. López Méndez y Bello se sintieron como poseídos, y yo también, cuando Miranda nos recibió y nos contagió de su maravilloso espíritu, creímos que todo podía lograrse por una vía más civilizada.

P —¿Qué ocurrió entonces?

BOLÍVAR —Imagínese usted que Juan Vicente, mi hermano mayor, naufragó en el barco que venía de regreso. Esa fue una tragedia para nosotros, fue como un gran augurio, porque después las cosas en vez de mejorar, comenzaron a complicarse más. No se lograron los objetivos de la misión, pues España e Inglaterra se unieron contra Napoleón. Me quedé por poco tiempo en este viaje a Europa, de donde destacó mi paso por Inglaterra, donde observé bien el funcionamiento de las instituciones inglesas, sobre todo el Parlamento y el sesudo orden que llevan para dirimir sobre asuntos de leyes, eso no lo tiene ningún otro país de Europa.

También me sentí muy estimulado por las conversaciones que tuve con Miranda, quien me dijo querer acompañarme la próxima vez a Venezuela, con las ideas bien frescas, para ponernos manos a la obra y así echar a andar el nuevo proyecto de la Independencia de América. Ya al menos se había logrado la primera Declaración de Independencia nuestra, y eso era un buen comienzo.

P —¿Y qué fue lo primero que hicieron en tal sentido?

BOLÍVAR —Lo primero que hicimos fue conformar una especie de club, de agrupación a la cual dimos el nombre de Sociedad Patriótica, desde donde hicimos pronunciamientos sobre diversos sucesos y circunstancias políticas o sociales, económicas

o éticas. De cualquier manera, fue un buen inicio, porque fíjese usted, tuvimos un papel de importancia el año siguiente, en 1811, cuando firmamos la Declaración de Independencia en la capilla de Santa Rosa en Caracas donde solíamos reunirnos, logrando ahí una sala para sesionar y la convertimos poco a poco en una barra de representación nacional. Es decir, que ya teníamos voces propias y nuestras propuestas eran escuchadas. Ya no podíamos dar marcha atrás. Vacilar es perdernos.

P —Sí, esa frase «vacilar es perdernos» pasó a la posteridad como una frase clásica.

BOLÍVAR —No podíamos vacilar de ahí en adelante, porque comenzaron a aparecer nuevos obstáculos, incluyendo obstáculos naturales, como el célebre terremoto de 1812, que asoló a toda Venezuela.

P —Que usted sancionó también con otra frase célebre «Si la naturaleza se opone lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca». ¿No le parece algo exagerada esa frase?

BOLÍVAR —Sí, parece una frase exagerada y hasta puede parecer pedante, pero yo creo que tuvo un efecto más positivo que negativo, a pesar del tono pedantesco que posee, indica más bien o quiere indicar que los esfuerzos que debíamos hacer eran casi sobrehumanos, esfuerzos que sobrepasaban nuestras fuerzas físicas y hasta nuestra voluntad.

Ese terremoto derrumbó varias ciudades venezolanas y dejó muchas muertes y desolación, y eso podía ser fatal para emprender la causa que nos aguardaba, si nos deteníamos en solo lamentarnos y quejarnos, podíamos sumirnos en un ambiente de derrota, no podíamos permitirnos aquello, pues nos esperaba un proyecto muy complejo, muy duro.

P —El terremoto ocurrió en un mes de marzo, un jueves santo, y ello dio pie a las autoridades eclesiásticas, para decir que se trataba de un castigo de Dios para Venezuela, y que había castigado las acciones de los ediles de Caracas el 18 de abril de 1810, que era un jueves santo también.

BOLÍVAR —Sí, como le digo, la Iglesia una vez ha manipulado al pueblo a través de los miedos y temores causados por los fenómenos naturales, apelan a este tipo de correspondencias

automáticas, e identifican esto con un castigo divino, y vuelven a usar el dios calvinista que forma parte del Estado, para amedrentar a la población a través de estás metáforas completamente arbitrarias e irracionales. Por supuesto, no era la Naturaleza la que se oponía al movimiento de la Revolución, sino las fuerzas realistas de la corona española, quienes se aprestan a nombrar a un militar ducho, a un marino como General para que entre a Venezuela por la costa de Puerto Cabello con toda su ferocidad: Domingo Monteverde.

Monteverde avanza hacia Venezuela con todo el apoyo de las castas atávicas de la colonia, todavía con mucho poder. Se piensa entonces que el más idóneo para enfrentarlo es Francisco de Miranda. El ambiente, como le dije antes, está repleto de traidores y espías de lado y lado, de oficiales comprados unos por la corona española y otros por los criollos terratenientes para que participen del fracaso de Miranda frente a Monteverde. Recuerde usted que Miranda ya estaba negociado por los españoles; ellos debían tenerlo para hacerle pagar todas las diatribas y supuestas ofensas que él les había hecho, y les seguía haciendo.

A mí también me hicieron otro tanto: me bloquearon en Puerto Cabello y no me pude activar, porque los espías traidores nos aconsejaron de modo negativo, y todos caímos en el engaño: nos dicen y recalcan que la situación es imposible de sortear y cuando reaccionamos para evitar la entrada de Monteverde, el ejército español ya ha entrado en el Puerto con unas fuerzas navales muy superiores a las nuestras, y el general Miranda se siente muy inferior en fuerzas y es presionado para que capitule; en vez de dar la batalla el general Miranda convence a sus hombres de deponer sus armas y rendirse. Miranda firma la capitulación en La Victoria. Monteverde le promete que no le arrestara, pero Miranda duda de la palabra de Monteverde y busca fugarse por La Guaira como una salida al exterior, pensando que puede ser bueno librar otra batalla. Sin percibir esto, Miranda está desobedeciendo un trámite puramente militar de no abandonar la plaza, y de permanecer en su lugar garantizando los términos acordados de la capitulación, y entonces es detenido para impedirle que salga, que se marche. Y es aquí donde Monteverde aparece con

toda su crueldad: no solo lo detiene o lo retiene, sino que lo envía como prisionero a España.

Nosotros no pudimos hacer mucho. Monteverde insistió en que Miranda era un prisionero y va a enviarlo a Cádiz, como usted sabe, fue encerrado en una carraca. Se hicieron muchos intentos para sacarlo de allí, tanto desde Inglaterra como desde Venezuela, y los españoles no cesaron de negarse y de poner todo tipo de trabas para evitarlo. Ese suceso marcó mi vida; ese pensamiento del General Miranda preso en una sórdida carraca de Cádiz me martirizaba. Allá era atendido por un escribano y un sirviente ocasionales, eso era algo insoportable para mí. El drama de Miranda era el drama de todos los venezolanos que hemos sufrido por nuestra América, pero seguimos dando la batalla. El falleció físicamente el 14 de julio de 1816, pero su espíritu indomable sigue entre nosotros.

Al decir esto, Bolívar queda sumido, absorto en su mundo, y yo prefiero dejarle y despedirme hasta el otro día.

Diálogo cuarto

Después de tomar el desayuno, Bolívar acude al mismo lugar; va de su chinchorro a la mecedora o se dirige a una pequeña mesa donde tiene un cuaderno y una pluma; va vestido con camisa y pantalón de lino crudo; aunque está muy enfermo no da muestras de dolor, presto a reiniciar el diálogo, mientras saborea un café.

P —Después de aquel triste suceso con Miranda, ¿qué se propuso hacer?

BOLÍVAR —Yo quedé muy inquieto en Venezuela; no tenía mucho que hacer allí. Después de desintegrada la Sociedad Patriótica, encontré la forma de salir de Venezuela hacia Nueva Granada con la ayuda de un amigo, Francisco Iturbe, un español. Allá me encontré con actividades revolucionarias que me estimularon. Pero allá los problemas eran similares, hay actitudes más férreas para convertirlas en realidades sociales justas. Me reúno allá con una serie de personalidades y escucho las necesidades del pueblo, lo que dicen las comunidades, y a medida que avanzo por Nueva Granada encuentro nuevas razones para luchar, muy similares a las que hay en Venezuela, también hay allí personas valiosas, militares y estadistas, pensadores y poetas, humanistas de talla. Voy hablando con ellos.

Se me ocurre en tierra granadina que pudiera crearse una gran patria llamada Colombia, una patria que conjugue el anhelo de todas las patrias, comenzando con la unión de Venezuela con Nueva Granada y se llamaría Colombia por Cristóbal Colón, por

quien siempre profesé una gran admiración, pues él fue un gran visionario y veía mucho más allá que los reyes o los gobiernos.

Motivado por la pérdida de la Primera República, me pongo a escribir un Manifiesto que llame el Manifiesto de Cartagena y dedico buena parte de él a meditar por qué perdimos. Venezuela se hallaba de nuevo bajo el dominio español y había que hacer una campaña militar para volverla otra vez independiente. Me pongo en contacto con Camilo Torres para organizar un ejército fuerte, con el que podamos invadir Venezuela en manos de los españoles.

P —Le dieron el nombre de Campaña Admirable…

BOLÍVAR —Sí, correcto… Y las ideas que yo sostuve para fundamentar esa campaña estaban contenidas en el Manifiesto… fue una declaración de principios, en verdad.

P —Muchos piensan que se trata del primero de sus documentos políticos de importancia.

¿Puede enumerarme algunas de sus ideas?

BOLÍVAR —En principio yo propuse en Cartagena en 1812 que el objetivo era liberar a la Nueva Granada de la suerte de Venezuela, y persuadir a América de mejorar su conducta, corrigiendo sus vicios, llegando a conseguir su unidad y energía en sus gobiernos. Se habían imaginado repúblicas aéreas, alcanzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad del lenguaje humano, llegué al extremo de decir que teníamos a filósofos por jefes, a filántropos por legisladores y a sofistas por soldados, y así nos fuimos disolviendo.

De ahí nació la impunidad ante los delitos de Estado, cometidos descaradamente, y permitiendo a los implacables enemigos, los españoles que se habían quedado en nuestro país, para tenerlo siempre inquieto. A cada conspiración sucedía un perdón, y a cada perdón sucedía otra conspiración que se volvía a perdonar, porque los gobiernos liberales deben distinguirse por practicar la clemencia. Pero esa clemencia contribuyó a derribar la maquinaria que todavía no habíamos concluido.

Y entonces la oposición levantó tropas y ellos se pudieron presentar con disciplina en el campo de batalla, ya instruidos,

mientras nosotros presentamos a las nuestras indisciplinadas, agotamos el erario nacional y destruimos la agricultura.

Les dije también que nosotros no necesitábamos pagar a soldados mercenarios para defendernos del despotismo. Que primero teníamos que apoderarnos de las virtudes políticas para poder vencer.

Nuestros milicianos ignoraban incluso el manejo de las armas, no tenían disciplina ni obediencia y fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los esfuerzos que hicieron sus jefes militares para llevarlos a la victoria. También la provincia de Caracas se fragmentó, las rentas públicas se perdieron en sueldos de infinitos oficinistas.

Pero lo que más debilitó a Venezuela fue la forma federal que adoptó, siguiendo máximas exageradas de los derechos del hombre, que rompieron los pactos sociales y nos llevaron a la anarquía. Cada provincia se gobernaba independientemente, y cada ciudad pretendía iguales facultades, diciendo que cada gobierno selecciona a su antojo la forma de gobernar, pero en realidad el sistema federal es el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes estados.

Nuestros ciudadanos no se hallaban con aptitudes de ejercer por si mismos sus derechos, por carecer de las virtudes políticas que caracterizan a los republicanos, virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se destruyen los deberes y derechos del ciudadano.

Yo les dije que había que centralizar el gobierno en esa primera etapa. Las ideas centrales eran ésas; además Caracas se debilitó por la competencia entre el poder federal y el poder provincial, como también el hecho de realizar unas elecciones populares improvisadas: en fin, el gobierno ya estaba en manos de personas inmorales e incapaces, Y todo ello, coronado por el fatal terremoto. Todo ello contribuyó a la caída de la Primera República.

Pero también al final les di ánimos y le hice otras propuestas, aprovechando la deserción de muchos hombres del gobierno español, para vencerlos, y les dije que teníamos que estructurar una nueva campaña para escarmentar a los invasores.

P —Un año después, en 1813 fue el año en que le confirieron a usted en Mérida el título de «Libertador».

BOLÍVAR —Sí, el pueblo mismo me confirió ese título, y por ello quedé muy conmovido y agradecido. En ese año sucedieron muchas cosas. Después de la Campaña Admirable, que nos permitió reconquistar Venezuela, tuvimos que trabajar muy duro porque la reacción de los españoles fue muy fuerte. Ellos estaban decididos a derrotarnos y a posesionarse de Venezuela otra vez, y también de Nueva Granada. Por ello tuvimos que redactar un decreto, que llamamos *El Decreto de Guerra a Muerte* para que no se atrevieran más con nosotros y para lograr un efecto psicológico con el enemigo, pues la sangre seguía corriendo y tuvimos que ensalzar el concepto de Patria y ponerlo en mayúsculas, para que supieran que detrás de la guerra había una filosofía. Esa proclama la firmé en Trujillo.

Pero los problemas siguieron, porque después de salir de Domingo Monteverde, caímos en manos de José Tomás Boves, que era aún peor, pues era sanguinario. En el año 1814 tuvimos que emigrar al oriente de Venezuela para poder escaparnos de las intenciones que tenía Boves de exterminarnos. Allá en Carúpano también me puse a escribir un Manifiesto donde se desarrollaban las ideas de esas luchas y de esos combates, pues soy de la opinión de que la guerra hay que razonarla. Y así surgió el *Manifiesto de Carúpano*.

P.—¿Qué se sostiene allí?

BOLÍVAR —Esencialmente dije en Carúpano que yo había servido de instrumento para las aflicciones de nuestro pueblo, a objeto de conseguir la paz y la libertad, pero que siempre habían estado allí para ser sagradas, no para vivir por siempre, que siempre estaríamos allí combatiendo a los enemigos de Venezuela, para hacer brillar los soldados caraqueños, que habían librado luchas contra los fieros españoles que intentaban subyugarnos, pues nuestro ejército exterminó las bandas enemigas pero no pudo exterminar a unos pueblos por cuya dicha he luchado en innumerables combates.

P —Muchos de sus biógrafos coinciden en que usted ante una nueva dificultad en vez de amilanarse se crece, lo cual llevo a algunos a llamarle «el hombre de las dificultades».

BOLÍVAR —Para los hombres capaces, creo yo, las dificultades son los mayores retos que podemos tener, son alicientes, estímulos. Las dificultades nos hacen crecer como seres humanos, como entes pensantes y como entes productivos también; yo creo que de las cosas muy fáciles de obtener aprendemos poco, pero eso no quiere decir que todas las cosas tengan porque si ser difíciles para poder ser, sino más bien que todo aquello que vale la pena implica una dificultad, grande o pequeña…

En el caso mío, si yo bajaba la guardia en cualquiera de mis dificultades militares y en los dilemas políticos y sociales que me tocó enfrentar, no me pude permitir un momento de flaqueza, porque ello hubiese significado una derrota segura…

P —Una vez el general oriental Morillo dijo: «Bolívar derrotado es más temible que vencedor».

BOLÍVAR —Sí, eso es posible…

P —Estábamos hablando de la Segunda República, de cuando Boves entra en territorios venezolanos y hace huir los ejércitos patriotas hacia el oriente, hacia Barcelona, Carúpano y Cumaná…

BOLÍVAR —Sí, claro. el territorio venezolano fue ocupado otra vez, se había perdido la segunda República y entonces hube de refugiarme en la ciudad de Kingston, Jamaica, dónde me pongo a meditar sobre las realidades históricas y sociales del continente americano.

P —¿Puede hacernos una breve sinopsis sobre las ideas de la *Carta de Jamaica*?

BOLÍVAR —Es difícil hacer un resumen de esas ideas, pues éstas se encuentran en el texto de esa carta que yo le dirigí a Henry Cullen, planteando un conjunto de situaciones críticas vividas por distintos pueblos de nuestra América, donde yo cito cifras concretas de la defenestración terrible en que se encuentran estos países desde hace tiempo. Por ejemplo, en Chile más de ochocientas mil personas estaban luchando con los enemigos que pretendían humillarlos; en Perú millón y medio de habitantes

fueron desarraigados de sus tierras para servir sumisamente al rey de España, sin poder oponerse al torrente maligno que amenazaba a sus provincias, mientras en la Nueva Granada se obedece a un gobierno general muy malo.

Quito, en cambio, sí supo resistir condenando a los enemigos de la Patria. Panamá y Santa Marta sufrían una tiranía casi tres millones de habitantes, y deben defenderse contra el ejército español que comandaba el general Pablo Morillo. Se habían empeñado en convertir a Venezuela en un desierto; querían reducirla a la indigencia, un territorio cuya belleza natural sobrepasa a cualquier otro. En Venezuela los hombres mueren por negarse a ser esclavos, y a todos los que puedan combatir con furia en los campos y en los pueblos. Casi un millón de habitantes se contaban en Venezuela y casi una cuarta parte ha muerto en el terremoto de 1812; otros han fallecido de hambre o en la guerra o debido a las pestes y a las peregrinaciones.

Entonces la situación de América era deplorable. El imperio español era un imperio en franca decadencia, y sus habitantes impotentes para mantenerse ellos mismos. No son realmente civilizados; muestran graves signos de debilidad moral. Nadie realmente civilizado comprende por qué razón habrá que seguir alimentando la idea de apropiarse por la fuerza de territorios ajenos, masacrando poblaciones. Realmente estas naciones no pueden llamarse civilizadas.

Cosas como estás le narré a Henry Cullen en aquella carta cuando me tuve que marchar a ese país en un bergantín inglés. Fue una carta muy extensa que he tenido mucho impacto en las personas.

P —También estuvo usted un tiempo en Nueva Granada…

BOLÍVAR —Si, en Nueva Granada estaban encendidas las luces de la libertad, era un terreno abonado ya a la causa. Pero me gustaría abundar sobre mi estadía en Kingston, dónde sufrí un atentado y de milagro no me matan allá; después me moví para Haití, dónde fui recibido por el Presidente Pétion, quien me ayudó a organizar la expedición de Los Cayos para intentar acceder otra vez a suelo venezolano. Por fortuna, Boves ya había muerto en combate nada menos que con Pedro Zaraza. Entonces intentamos

a través de la Expedición de Los Cayos entrar a Venezuela, pero tampoco corrimos con suerte. Y entonces tuve que volverme a Haití por un tiempo. Permanecí varios meses allí intentando ver dónde podía establecer un centro táctico para la actividad militar, y ese lugar fue Angostura. Allí en las márgenes del río Orinoco establecimos nuestro primer cuartel general. Pero había muchas diferencias y discrepancias sobre quién o quienes debían llevar la conducción de la lucha. Los disidentes se movieron hacia Cariaco, pero a mí se me ocurrió que podía convocar un congreso para tal fin, y así lo hicimos.

Comoquiera que sea, nosotros en Nueva Granada iniciamos la campaña del río Magdalena, con la que dimos la pelea a todos los españoles que ocupaban la región y los sacamos de allí, peleamos mucho en Cúcuta y en San Antonio del Táchira y después de allí fuimos a Mérida y Trujillo, dónde proclamamos la Guerra a Muerte. Creo que ahí empezó todo.

Después de ser proclamado allá Capitán General de los Ejércitos y Libertador, ya estábamos dando batalla en Araure, y en 1815 la guerra fue sin cuartel en La Victoria, San Mateo y La Guaira. Había empezado la guerra en serio, pero también las traiciones y los enredos. Además de dar una primera batalla en el campo de Carabobo y de planificar la emigración a oriente con veinte mil caraqueños, tuvimos que reprender también a Ribas y a Piar, que deseaban hacer las cosas a su modo y desconocer la autoridad que el pueblo nos había conferido, e incluso habían ordenado que nos arrestaran a mí y a Santiago Mariño. Y entonces nosotros nos fuimos otra vez a Nueva Granada, Cundinamarca y Bogotá, y ese fue el primer gobierno serio que establecimos y nos costó bastante trabajo, por cierto.

Pero volviendo al tema de Jamaica y Haití, yo conseguí allá mucho apoyo con mi amigo Luis Brion y con el presidente Pétion. En el oriente de Venezuela la situación se volvía más problemática. Allá Piar y Bermúdez venían teniendo una destacada figuración. Piar gana la Batalla de San Félix de una manera extraordinaria y yo decreto la libertad de los esclavos en Carúpano y después sigo trabajando con mis soldados hasta lograr la liberación de

Angostura y el dominio completo del río Orinoco, con lo cual logramos la estabilidad de la República.

P —¿Y las retaliaciones en oriente continuaron?

BOLÍVAR —Sí, a pesar de los logros. Yo nombré a Piar General en Jefe de oriente y también me reconcilié con Bermúdez allá en el río Neverí, en Barcelona nos dimos un abrazo. Pero eso no fue suficiente, porque Piar continuó aumentando sus diferencias conmigo sobre la manera de hacer gobierno; le escribí varias veces en tono conciliatorio, pero Piar no quería oírme, descreyendo de mí en casi todo. Yo invoqué siempre la unidad de nuestros ejércitos por una sola causa; pese a todo, las cosas nos venían saliendo bien, pero él no quiso escucharme. Y usted ya sabe en qué vino a parar todo esto.

P —La situación con Manuel Piar fue una de las más delicadas de toda la guerra de Independencia… ¿no es así general Bolívar?

BOLÍVAR —Piar fue una de las grandes figuras de nuestra gesta heroica, indudablemente. Imagínese usted que Piar se inició como militar al mando de Francisco de Miranda. Defendió a Barcelona cuando esta ciudad estaba en peligro de caer bajo los realistas, justo cuatro días antes de la batalla de San Félix. Piar fue el gran jefe de la campaña de Guayana. Venció a Domingo Monteverde en Maturín y a Miguel de la Torre en San Félix. Pero él no me obedeció cuando yo le dije que regresara a Barcelona y no se diera la batalla de San Félix por razones tácticas. Yo recién había firmado un *Reglamento sobre el modo de reconocer y determinar las causas militares*, con el objeto de fijar un orden general en todos los ejércitos y gobernaciones de la República, y también ordené el establecimiento de un Consejo de Guerra permanente. Yo había designado a Piar para comandar el sitio a Guayana y le ofrecí la conducción de las Misiones del Caroní**.**

P —¿Y qué hizo Piar?

BOLÍVAR —Él se negó a ello, pues él en verdad deseaba ser el segundo comandante de todo ejercito patriota, pero yo no lo complací en eso. En el año 1814 Piar era comandante en el puerto de Pampatar. El general Santiago Mariño y yo íbamos en unas goletas persiguiendo al genovés José Bianchi, quien había huido

de Cumaná con el dinero que había sido depositado en uno de sus barcos, con el fin de pagar sus deudas. Se corría el rumor en aquellos años que nosotros habíamos abandonado la lucha; entonces ellos se proclamaron los comandantes principales del ejercito patriota. Piar ordenó un cañoneo a las embarcaciones desde el puerto, y las embarcaciones tuvieron que retirarse a negociar en alta mar.

Llamé entonces al general Manuel Cedeño para que se presentara en el Cuartel General de Casacoima. Yo di una orden de apresar a Manuel Piar, que se había insubordinado y no quería obedecer órdenes de ningún tipo. Piar huye hacia Maturín por el río Orinoco. Entonces Manuel Cedeño inició la persecución de Piar por el río, hasta que logran apresarlo en Aragua de Maturín.

P —¿Y dónde lo entregan?

BOLÍVAR —Lo entregan en el mes de octubre en Angostura. Entonces el jefe del Estado Mayor, el general Carlos Soublette, acusa al detenido de insubordinación, conspiración, deserción y sedición. el Consejo de Guerra estaba presidido por Luis Brion y autorizado y firmado por mí. El Consejo de Guerra determinó que fuese fusilado en la plaza de Angostura el 16 de octubre de 1817. A mi modo de ver, su principal falta fue insubordinación completa. Él no me obedeció cuando yo le ordené que regresara a Barcelona. Fue realmente uno de los sucesos más tristes en la historia de nuestro ejército. Pero las leyes tienen que cumplirse, las decisiones de los tribunales superiores.

P —¿Tuvo esto consecuencias posteriores? ¿Negativas o positivas?

BOLÍVAR —Yo creo que positivas. Este asunto, fue una de las cosas que más me han golpeado en todo el proceso de la guerra. Imagínese usted, pasar por las armas a un general de la talla de Piar porque desobedece una orden militar directa. Qué tristeza, usted se imagina que cada militar tome decisiones políticas y militares aparte, por su cuenta, desconociendo los acuerdos tomados y refrendados por el pueblo.

Yo he intentado, a lo largo de mi carrera, estructurar un pensamiento y una filosofía a través de mis proclamas y cartas, he propuesto leyes, tratados, armisticios, decretos y también he

hecho las relaciones con otros países en momentos en que se habían perdido la primera y la segunda repúblicas.

P —En ese tiempo convocaron el llamado Congreso de Cariaco, si no me equivoco, por el canónigo José Cortés Madariaga.

BOLÍVAR —Sí, exacto, ese Congreso terminó en un fracaso. Eso fue en 1817. Después nosotros nos reunimos en Angostura en 1819 para hacer nuestra proclama.

P —Recuerdo que usted dijo: «El mejor sistema de gobierno es aquel que produce la mayor suma de felicidad posible, mayor suma de felicidad social y mayor suma de felicidad política.» El presidente del congreso era Francisco Antonio Zea, que después hizo una descripción muy bonita del escenario natural.

BOLÍVAR —Déjeme ver si recuerdo bien las palabras de Zea, las cuales quedaron entonces tatuadas en mi memoria: «No es por el aparato ni la magnificencia de nuestra instalación sino por los inmensos medios que la naturaleza nos ha proporcionado y por los inmensos planes que vosotros concibierais para aprovecharos que deberá calcularse la grandeza y el poder futuro de nuestra República». Esa es una frase memorable, sin duda.

P —Gracias, Libertador, por refrescar nuestra memoria. Por cierto, allá también usted fundó el *Correo del Orinoco*.

BOLÍVAR —Si, ese fue un esfuerzo que cumplimos entre varios amigos y trabajadores. Francisco Antonio Zea pensaba que los peligros para la causa republicana ya habían pasado, pero no era así. Faltaba mucho trabajo por hacer. Lo primero que propuse en el Congreso fue la unión de Venezuela y de la Nueva Granada, y después unir a Ecuador y Perú reconociendo la ayuda que otros países habían pedido a nuestra independencia. También solicité ahí la liberación de todos los esclavos. Ya habían comenzado a aparecer nuevos partidos, y entonces yo no quería seguir solo concentrando el mando. Se reunió el Congreso y quedó Zea como vicepresidente en ausencia mía. También nombraron como tercero en el mando a Rafael Urdaneta, que ya era General a los veintitrés años.

El *Correo del Orinoco* nació para desmentir las falsas noticias publicadas en la *Gaceta de Caracas*, dirigida por José

Domingo Díaz, las cuales decían que nuestros ejércitos patriotas entraban a las poblaciones cometiendo crímenes, y además hablaban de las «derrotas» nuestras, mientras la crueldad de los españoles era ocultada y se hablaba negativamente de todo lo venezolano y de los venezolanos. Quisimos darle difusión al periódico en América y Europa, enviándolo en los barcos que salían por el Orinoco, procurando la difusión de la propaganda en favor de la emancipación. Dentro del país lo hacíamos poniendo el periódico dentro de los sacos de alimentos que se repartían en las bodegas, para que todos lo leyeran.

La impresión del *Correo del Orinoco* era tarea de Andres Roderick, quien lo hizo hasta 1820. Después de Roderick vinieron Thomas Bredshow y William Bourrell, quienes lo continuaron hasta 1822. Primero la imprenta estuvo en una casa particular y después en la calle La Muralla en Angostura, y finalmente en el edificio de la plaza de la Catedral, el mismo edificio donde fue instalado el Congreso de Angostura. Era una imprenta muy buena, con una máquina impresora de dos metros de alto por uno de ancho, de fabricación estadounidense. Recuerdo que ahí estábamos Francisco Antonio Zea, Rafael Revenga y Juan Germán Roscio, quienes escribieron artículos brillantes. También publicamos ahí trabajos de escritores y periodistas norteamericanos, ingleses y franceses. Yo creo que ese periódico nos ayudó a ganar la batalla de las ideas, y a eso le llamamos «la artillería del pensamiento».

P —¿Y cómo fue recibido el periódico?

BOLÍVAR —Muy bien recibido. La situación de Europa era complicada y teníamos que aprovechar esos conflictos internos entre los gobiernos europeos, para darle un giro a nuestra estrategia militar. Después de Venezuela y Nueva Granada debíamos seguir hacia Guayaquil y Quito, y luego entrar en el Perú. Les solicité a mis oficiales que anunciaran en las poblaciones por dónde iban pasando que ya todo estaba listo para dar la gran batalla, les dije que repartieran cartas y proclamas suyas por todas partes. Los españoles habían empleado cuantiosos recursos contra Venezuela y no habían podido dominarla; el rey Fernando estaba acabado y los corsarios ingleses habían aniquilado su comercio

marítimo; sus campos no producían nada, sus tesoros estaban agotados por tantos años de guerra. Además de eso, estaban los factores ideológicos y económicos, la Inquisición, el despotismo y los impuestos los agobiaban. Entonces yo llamé a los demás países a apoyarme en esta lucha, en esta causa.

Y así lo hicieron. El primero que dio una respuesta positiva fue el General Francisco de Paula Santander, en Nueva Granada.

P —¿Y cuáles eran los próximos pasos a dar en Venezuela?

BOLÍVAR —Esa es una pregunta muy importante. En Venezuela el reto ahora era seguir, integrar un ejército fuerte con generales recios en cada región del territorio. Empecé con la región llanera donde estaba el general José Antonio Páez, a quien le gustó la idea y me prometió su apoyo. Usted sabe que él es un tipo muy recio, y también muy renuente a recibir órdenes. Me dijo que contará con los centauros del llano, que eran unos guerreros descomunales. Yo en ese instante creí que era también conveniente contar con el general Santander en Nueva Granada y me propuse mi primera hazaña física: cruzar los Andes. Aquello parecía imposible. Fueron largos días que parecían meses, donde pasamos mucha hambre y frío y tuvimos muchas bajas y enfermos. Nosotros mismos no podíamos creerlo— habíamos cumplido una verdadera hazaña, «El Paso de los Andes», algo nunca visto antes. Pero lo logramos.

Llegamos a Tame donde nos estaba esperando el general Santander para ir a dar la gran Batalla de Boyacá, de dónde salimos airosos. De ahí surgieron los libertadores de la Nueva Granada. Les digo a los soldados que mi deseo es ver a Venezuela y Nueva Granada juntas. Ellos se emocionaron y dieron vivas. Yo pasé a formar parte del gobierno de Santa Fe de Bogotá y Santander pasó a tener idénticas facultades de las que el Congreso había dictado para Venezuela. Antes de irme de tierra granadina suprimí los impuestos a las poblaciones pobres, di pensiones a huérfanos y viudas. Me sentí muy orgulloso del pueblo neogranadino y del general Santander. Boyacá era un nuevo triunfo de la revolución americana, así que nos esperaban nuevas batallas.

Se había logrado lo esencial: demoler el poder realista establecido por Pablo Morillo. Creo que llevamos a cabo la mayor

operación estratégica de la Guerra de Independencia: conseguimos llevar tropas llaneras a la sabana bogotana y dar la batalla de Boyacá. Entonces yo regresé a Angostura e hice aprobar la Ley Fundamental de la Unión de los Pueblos de Colombia, base de la República de Colombia, piedra de toque de cuanto se nos avecinaba.

P —¿En los tiempos modernos qué modelos de gobernanza le parecen los mejores?

BOLÍVAR —Inglaterra y Francia dan lecciones en materia de gobierno, son faros luminosos. Ellos revelan a la vez cuál es el valor intrínseco de las teorías especulativas de los filósofos y legisladores modernos. A la vez, les dan una lección a los apáticos españoles que se lanzan en el torbellino político, realizan sus fallidas pruebas de libertad y son incapaces de vivir bajo el dominio de las leyes, sino a sepultarse en sus prisiones y hogueras.

Entonces son Roma y Gran Bretaña las que más han sobresalido. La Constitución Británica parece destinada a operar el mayor bien posible a los pueblos, pero no se puede imitar servilmente; sus elementos republicanos son lo más notable de ésta; un poder legislativo similar a ese sería un bien para nuestra patria.

P —¿Qué otras observaciones tiene al respecto?

BOLÍVAR —Primero, mientras se gobierna, pensar siempre en los derechos y deberes del pueblo. No podemos ser adictos al gobierno. A veces los hombres desconocemos nuestros verdaderos intereses y procuramos asaltarlos en las manos de sus depositarios: el individuo pugna sobre la masa y la masa a su vez contra la autoridad. Es preciso que en todos los gobiernos exista siempre un cuerpo neutral que se ponga siempre de parte del ofendido, y desarme al ofensor. No se debe presumir que un Senado hereditario se desprenda de los intereses populares, ni olvide sus deberes legislativos.

P —Las ideas que usted desarrolló durante el Congreso de Angostura pudieran ser reflexiones permanentes sobre lo que debe ser un Congreso, una legislatura venezolana o suramericana con relieve universal. Lo digo por el alcance futuro que puedan tener.

BOLÍVAR —Sí, yo creo que estamos obligados los políticos a hacer estos ejercicios intelectuales en el proceso de formación de una Patria, una vez conseguidas unas victorias militares significativas. Son numerosos los elementos e imposibles de abarcarlos todos. Primero está el asunto de las elecciones, el pueblo se engaña mucho más fácilmente aún que la naturaleza intenta ser perfeccionada por el arte. Por otra parte, los libertadores de Venezuela son acreedores a ocupar siempre un alto rango en la República. Es del honor venezolano conservar con gloria la posteridad, una raza de hombres virtuosos, prudentes y esforzados que han superado todos los obstáculos y han fundado la República. Si los venezolanos no aplauden la elevación de sus héroes, son indignos de ser libres. El gobierno no tiene otro objeto que el de reprimir todo principio de mal y de propagar todo principio de bien. La idea sería forjar una sociedad en la cual participa de los efectos funestos o favorables. El Senado de Venezuela no solo sería baluarte de la libertad, sino un apoyo para eternizar la República.

Venezuela disfrutaba ya de los derechos que legitima y puede disfrutar. Entonces hay que moderar el ímpetu de las pretensiones excesivas. Mi deseo es que todas las partes del gobierno y administración tengan vigor y equilibrio no solo entre los miembros que componen el gobierno, sino entre las diferentes fracciones que componen nuestra sociedad. Tampoco aspiremos a lo imposible, no vaya a ser que, por elevarnos tanto sobre la región de la libertad, descendamos a la región de la tiranía. Hagamos que la fuerza pública se contenga en los límites de la razón, y el interés por la voluntad nacional se contenga en los límites que un justo poder le señala.

Para formar un gobierno estable se requiere de la base de un espíritu nacional, que tenga por objeto moderar la voluntad general y limitar la autoridad pública; los términos que fijan teóricamente estos dos puntos son difíciles, pero se pueden concebir a través de una regla que debe dirigirlos a la restricción y a la concentración recíprocas.

P —También en algún momento usted habló allí en el Congreso de Angostura sobre el sentimiento del amor.

BOLÍVAR —Sí, gracias por recordármelo. Yo me referí durante mi alocución al amor a la patria, al amor a las leyes, al amor a los magistrados: pasiones que deben absorber exclusivamente el alma de un republicano. Deberíamos amar a las leyes como amamos a la Patria. Si no hay un respeto por la Patria, por las leyes y las autoridades, la sociedad sería una confusión, un abismo, un conflicto cuerpo a cuerpo.

P —Era el nacimiento de nuestra República…

BOLÍVAR —Sí. La República estaba naciendo, y para sacarla del caos que vivía había que fundir la masa del pueblo en un todo, y el espíritu nacional también en un todo, así como nuestras facultades morales y la legislación. Y les dije: unidad, unidad y más unidad debe ser nuestra divisa. Mezclemos nuestras sangres en una sola.

Nuestra Constitución había dividido nuestros poderes, y nosotros debíamos y debemos unirlos. Nuestras leyes parecían reliquias de despotismos antiguos y modernos, creando un monstruoso edificio que debemos derribar, y colocar en su lugar a la Justicia, y así pudiéramos dictar un código de leyes venezolanas. Ya teníamos ahí los modelos legislativos de Francia, Inglaterra y América septentrional.

P —Justamente aquí, eminencia, usted hizo énfasis en la educación popular y la educación moral.

BOLÍVAR —Sí, exacto, yo dije que la educación popular debía ser algo así como el «cuidado primogénito del amor paternal del Congreso, y que Moral y Luces son los polos de una República, moral y luces son nuestras primeras necesidades» y les puse varios ejemplos de Roma con sus censores y sus tribunales domésticos, y que haciendo una santa alianza de estas instituciones morales renovamos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que también quiere ser virtuoso. A la manera de la Antigua ciudad de Esparta, por otro lado, además de estos tres manantiales virtuosos, le agreguemos a nuestra República una cuarta potestad, cuyo dominio es la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público; las buenas costumbres y la moral republicana.

También contemplé la idea de un Areópago, como lo había en la antigua Grecia, para que vele sobre la educación de los niños y la instrucción nacional, y para que purifique lo que se haya corrompido en la República, que acuse a la ingratitud, al egoísmo, a la frialdad del amor hacia la patria, al ocio, a la negligencia de los ciudadanos, a la corrupción, en fin, lo que viola la Constitución y lo que viola el respeto público. Se trata de un tribunal conformado por los mejores ciudadanos, con jurisdicción sobre la educación, la instrucción y la opinión sobre penas y castigos. Sus actas deben registrar las deliberaciones, los principios morales y acciones de los ciudadanos, libros de virtud y vicio que podrán ser consultados por el pueblo. Una institución perfectamente realizable.

P —Es una idea novedosa, don Simón, algo que se puede llevar a cabo y sería un gran logro para construir una moral republicana, para que el país prospere también como país virtuoso. Así se crearía también un nuevo concepto de ciudadanía basado en el trabajo.

BOLÍVAR —Exacto. Las dos más grandes falencias de la industria son el trabajo y el saber. Estimulando estos dos poderosos resortes de la sociedad, se alcanza lo más difícil entre los hombres: hacerlos honrados y felices.

Poniendo restricciones justas y prudentes en las Asambleas primarias y electorales, ponemos límites al desenfreno popular, evitando la concurrencia ciega que conduce al desacierto en las elecciones, y a los magistrados en el gobierno. Insisto: poniendo límites a la jurisdicción ejecutiva y a la legislatura no es para dividir, sino para enlazarlos con los vínculos de la armonía que nace de la independencia, potestades supremas cuyo choque no ha dejado de aterrar a cualquiera de sus contendientes. Atribuir al Ejecutivo una suma de facultades superior a la que antes gozaba, no significa autorizar a un déspota para que tiranice la República, sino impedir que el despotismo deliberante sea la causa de un círculo de vicisitudes despóticas. Al solicitar la estabilidad de los jueces, la creación de jurados y un nuevo código, pedí al congreso la garantía de la libertad civil, la más preciosa libertad, pues sin

ella las demás libertades son nulas. Pedí la corrección de los abusos que sufre la judicatura.

P —Aboga en el fondo por la creación de un Poder Moral.

BOLÍVAR —Sí, la idea es regenerar el carácter y las costumbres que la tiranía y la guerra nos han dado; tuve esa audacia de proponer un poder moral extraído del mundo de la antigüedad griega, como le expliqué antes, que algunos podrían considerar un delirio, pero no considero imposible de lograr.

P —Al final de su discurso usted insistió en el asunto de la Abolición de la esclavitud.

BOLÍVAR —Sí, por fortuna en Venezuela rompimos los grillos de la esclavitud. Nuestro país se llenó de hijos agradecidos que han convertido sus cautiverios en libertad; los que antes eran esclavos ya son libres; los que antes eran enemigos ahora son defensores de una patria. Al mismo tiempo, la historia militar de Venezuela es la historia de un heroísmo republicano con honores sublimes. No combatimos por el poder o por la fortuna, ni siquiera por la gloria, sino tan solo por la libertad. Ser libertadores de la República es el máximo galardón. Por ello mandé recompensar a nuestros soldados con los bienes de la nación. Al fin nos hemos liberado de ese yugo exterminador, y de las llamas de la Inquisición. La Declaración de la República de Venezuela es el acto más glorioso, más heroico y más digno de un pueblo libre.

P —Muchas mentes preclaras han dicho que usted en ese discurso alcanzó una de sus más altas alocuciones. Por cierto, tengo conmigo una copia de una parte del discurso, donde usted dijo: «Ya estos pueblos hermanos ya os han confiado sus intereses, sus derechos, sus destinos. Al contemplar la dimensión de esta inmensa comarca, mi alma se remonta a la eminencia que exige la perspectiva colosal, que ofrece un cuadro tan asombroso. Volando por entre las próximas edades mi imaginación se fija en los siglos futuros, y observando desde allá, con admiración y pasmo, la prosperidad, el esplendor, la vida que ha recibido esta vasta región, me siento arrebatado y me parece que la veo en el corazón del universo, extendiéndose sobre las dilatadas costas, entre esos océanos que la naturaleza había separado y que en nuestra patria corre con prolongados y anchurosos canales. Ya la

veo servir de lazo y de centro, de emporio a la familia humana: ya la veo enviando a todos los recintos de la tierra los tesoros que abrigan sus montañas de plata y oro; ya la veo distribuyendo por sus divinas plantas la salud y la vida a los hombres dolientes del antiguo universo, ya la veo comunicando sus preciosos secretos a los sabios que ignoran cuan superior es la suma de las luces a la suma de las riquezas que le ha prodigado la naturaleza. Ya la veo sentada sobre el trono de la libertad empuñando el cetro de la justicia, coronado por la gloria, mostrar al mundo antiguo la majestad del mundo moderno.»

Diálogo quinto

El general Bolívar se ha mostrado un tanto cabizbajo en los últimos días; sin embargo, con nuestro diálogo se ha logrado reanimar. Se levanta temprano a dar un paseo por los alrededores, lee algo y se recuesta en su hamaca. Me anuncio a las personas cercanas a él y me da autorización para ingresar a la Quinta.

P —Buenos días, general Bolívar.
BOLÍVAR —Buenos días.

Hace señas a una señora de la casa para que nos traiga el café. Hace observaciones sobre la calidad de la aromosa bebida, que viene acompañada de un trozo de pastel, y luego abraza a unos niños que se acercan a retozar con él, y él besa a algunos de ellos en la frente; luego les despide con un gesto de ternura en el rostro; también se fija un rato en el azul del cielo y luego desciende sobre la realidad que le rodea, me tiende la mano y me responde el saludo de buenos días. Él sigue en su hamaca y yo me ubico en una mecedora.

P —Después de la batalla de Boyacá en Nueva Granada, usted regresa a Venezuela. ¿Cuál es la situación de nuestro país por entonces?

BOLÍVAR —Era una situación realmente complicada. Había que trazar una estrategia urgente para unificar fuerzas en el territorio. La situación en el sur del país era estable y en los llanos contaba con las fuerzas y el apoyo del general José Antonio

Páez; en cambio en el oriente del país la situación es otra, como ya le he mencionado: el general Arismendi mostraba una actitud bastante extraña: decía públicamente que mi estrategia militar iba a fracasar y que el vice presidente de la República era un títere mío. Arismendi se designó él mismo jefe del gobierno y empezó a reclutar hombres para la guerra. Depuso a Bermúdez y ubicó en su lugar a Santiago Mariño, al mando del ejército de Oriente. Yo a Mariño lo confirmé en el cargo y me olvidé para siempre de Arismendi. La situación estaba muy complicada; así que preferí insistir en el proyecto de fundar La Gran Colombia, aprovechando los ánimos que tenía por haber vencido en Boyacá. Lo hice en un mes de diciembre de 1819, la nación estaría integrada por Venezuela, Nueva Granada, Cundinamarca y Quito. Ese era el principio de mi gran sueño. Caracas, Bogotá y Quito eran las tres capitales simultáneas. Designé a Juan Germán Roscio Vicepresidente y a Santander Vicepresidente de Cundinamarca, y a Juan Francisco Zea organizador de la Hacienda Nacional. También nos pusimos manos a la obra para lograr el acuerdo de la *Regularización de la Guerra* que resultó una buena estrategia militar y política, y exhorta a los españoles a cumplirlos, a pesar de todos los males que nos han causado. Yo observé el torpe manejo de las tropas realistas en Boyacá, esperando que con esta treta del armisticio volvieran a incurrir en los mismos errores, y así asegurar nuestra victoria.

En aquellos días dirigí varias comunicaciones al general Antonio José de Sucre para que organizara el batallón de Bogotá. Ya usted sabe cuántas cosas le confié yo a Sucre, uno de los jefes militares más brillantes de cuántos hemos tenido y fundador de nuestra diplomacia, además de las virtudes que tiene como ser humano, las virtudes morales: posee celo, valor, juicio, talento y actividad. También me comuniqué con el general Francisco de Paula Santander para decirle que se dirigiera a las ciudades de Pasto y Pascua con el objeto de ensayar nuevas estrategias con los batallones, y también para lograr salidas pacificadoras, pues por allá andaban los temibles generales realistas Morales y Canterac, que nos podían hacer mucho daño.

Yo le dije a Santander que en nuestra América se podía crear una nueva patria, tomando en cuenta también algunas ideas de la vieja Europa, de sus fuerzas marítimas, pero también usando nuestras propias potencias y fortalezas, y que podíamos tomar ejemplos de México, Haití, Brasil y Perú, y que nosotros teníamos posibilidades de diseñar una patria tomando ejemplos para superar las supersticiones y el despotismo de la esclavitud, que no podíamos dejar que nos dividieran.

P —¿Y qué le contestó Santander?

BOLÍVAR —En un principio él estaba de acuerdo conmigo en estas ideas de unión, y tenía fe en él. Teníamos relaciones y contactos con Chile y Argentina y teníamos en el Perú relaciones con San Martín. Estábamos planificando la Campaña del Sur bajo el mando del general Sucre, como le dije, pues ya teníamos creada la República de Colombia. Ahora íbamos por algo más elevado y más ambicioso: la unión de América. Ya teníamos más de diez años luchando. Habíamos firmado el armisticio, el Tratado de regularización de la guerra. Después fui a hablar con Pablo Morillo en Santa Ana de Trujillo. Y en el año1821 Rafael Urdaneta gana la Batalla del lago de Maracaibo, que es la batalla naval más importante que se ha librado en toda nuestra historia, una verdadera epopeya. Y todo ello hay que reconocérselo a los marabinos, al General Rafael Urdaneta y en el empeño que ellos pusieron en fraguar esa obra maestra de las estrategias navales que le hicieron un gran bien a la Patria.

P —¿Se había firmado el armisticio y aún siguieron con la batalla de Maracaibo?

BOLÍVAR —Sí, España inmediatamente reaccionó y proclamó la ruptura del armisticio, y entonces comenzó lo que se ha dado en llamar una «Guerra Santa», es decir, una lucha para desarmar al adversario, no para destruirlo. Pero igual dio pie para que las hostilidades se iniciaran otra vez. Entonces nos vimos en la necesidad de enfrentar al general La Torre en los campos de Carabobo.

P —¿Puede hablarnos de esa batalla?

BOLÍVAR —Me es fácil y difícil a la vez hablarle de esa batalla, pues en este caso las palabras no son suficientes

para describirla. Nosotros ya habíamos enfrentado los ejércitos españoles en Carabobo, y teníamos un mayor conocimiento del terreno que ellos. Igual, la Batalla de Carabobo fue una batalla dificultosa, la más ardua y compleja que libramos. Yo envié un informe objetivo de la realización de esta batalla, pero las condiciones estratégicas y tácticas, tanto como las subjetivas, fueron muy superiores a las que pudiéramos llamar objetivas, porque la batalla de Carabobo tuvo para nosotros una dimensión simbólica, una dimensión que nos colocó a todos en un umbral de dignidad y defensa de nuestra soberanía, y de nuestra definitiva independencia.

P —¿Puede intentar una sinopsis de la misma, Libertador?

BOLÍVAR —No creo lograrlo. Pero puedo destacar algunos momentos, por ejemplo, la manera en que se fue armando la estrategia. Las tropas del general Miguel de La Torre nos superaban y entonces yo me empeñé en hacer converger las nuestras en Boconó, y desde allí me puse en contacto con Bermúdez en oriente para que viniera, y también les dije a Monagas y a Zaraza y a Páez para que vinieran desde los llanos, e igual cosa le dije a Urdaneta para organizar la división en Maracaibo, y al coronel Carrillo le dije que se apresurara a empoderarse de Barquisimeto y de El Tocuyo. Después me fui a Barinas a inspeccionar las tropas acantonadas y me entrevisté con José Antonio Páez, para movilizar el ejército de Apure, y entonces éste me informa que todos los soldados están listos y hasta me fui con ellos a organizar una fiesta con carne asada, y después de ahí me fui a escribir más comunicaciones para otros generales, a fin de que se prepararan para la batalla.

Bolívar hace una pausa, se levanta de la hamaca y se dirige a una mesa donde hay una jarra de agua y sirve dos vasos. Hace mucho calor, un fuerte bochorno. Bolívar respira hondo antes de beber el agua y después de hacerlo continúa hacia un pequeño patio, se detiene entre dos pequeños árboles de naranjas, mira al cielo un instante y luego se devuelve hacia donde yo me encuentro.

BOLÍVAR —El calor en nuestra tierra es abrasador. Yo creo que este clima también modela nuestro carácter y la naturaleza de nuestros sueños… En qué íbamos, amigo mío, estábamos hablando de la batalla de Carabobo, como le decía… las fuerzas realistas de Miguel de La Torre estaban en Carabobo con cinco mil soldados, y otras divisiones se movían para San Carlos, Araure y Caracas. De la Torre había salido para San Carlos a montar su Cuartel General. Él sabe que le espera combatir contra Páez, a quien temía, especialmente. Mientras tanto Bermúdez y Soublette se ponen de acuerdo. Bermúdez fue brillante en esta ocasión: invade Barlovento y obliga a las tropas realistas a atrincherarse; se apodera de la capital, obligando al enemigo a huir hacia Aragua. Por esta acción estratégica de altura, Bermúdez es considerado un héroe; así lo reconoció el pueblo.

Bolívar se queda pensativo un rato, suspenso en una atmósfera contemplativa.

BOLÍVAR —La preparación que hice de esta batalla fue muy minuciosa. De la Torre había salido a enfrentarnos desde el Pao hasta Valencia, en las sabanas de Carabobo, donde había tenido lugar el sitio de Valencia en los meses de junio y julio del año 1814, y del cual habíamos salido victoriosos. Es posible que La Torre haya querido vengarse de un triunfo que le atormentaba. La Torre se puso entonces a esperarnos allá y nos dio una ventaja, no sé si era una trampa, pero allí se quedaron sin hacer ningún ruido, mientras nosotros en San Carlos estábamos esperando la incorporación de otros cuerpos para nuestro ejército. Y entonces los campamentos de uno y otro lado de veían desde lejos, separados por once leguas de distancia, que de un momento a otro iban a entrar en choque. En efecto José Antonio Páez llegó con un ejército desde Achaguas, de mil quinientos jinetes, mil infantes, dos mil caballos y cuatro mil novillos. Después se nos unieron las divisiones de Urdaneta y Carrillo, José Laurencio Silva, Bermúdez, todos engalanados con sus mejores ropas, cumpliendo con su deber. El sol caía sobre los sables y las banderolas, refulgía sobre los botones de

los uniformes y sacaba brillos a las bayonetas; las banderas se movían como arrebatadas, los penachos, el sonido de las bandas marciales, cuyos arpegios hacían brillar el aire.

—¡¡¡Viva la libertad!!! —exclamamos todos al unísono. Aquello era un espectáculo para estar orgullosos.

P—¿Y cómo estaban compuestas las divisiones?

BOLÍVAR —La primera división llevaba el nombre de José Antonio Páez y estaba compuesta por los batallones Bravos de Apure y de los Cazadores Británicos Tomas Farriar, y cinco regimientos de caballería. Estos escuadrones llaneros portaban mil quinientas lanzas y venían de Las Queseras y Mucuritas. La Segunda División se llamaba Manuel Cedeño y estaba integrada por los Batallones Tiradores, Boyacá, Vargas, Sagrado, así como los Batallones Rifles, Anzoátegui, Guardia de Honor. Este último batallón venia de combatir en Santa Marta y Cartagena al mando de Arthur Sandes. A todas estas divisiones yo las visité una por una, sostuve las miradas sobre los ojos de los generales uno a uno, de los oficiales y jefes, estreché sus manos y les transmití confianza.

Las bestias y los caballos formaban un espectáculo aparte. Las bestias bufaban y sus ojos parecían saltar de sus cabezas, y le donaban un elemento maravilloso a la lucha y al paisaje, parecían comprender todo lo que ocurría, los hombres confiaban en ellos como si fueran animales sagrados, venidos de otra dimensión.

P —Usted se reunió antes de la batalla con los oficiales …

BOLÍVAR —Si por supuesto, yo me reuní con ellos para trazar las primeras estrategias y les asigné a cada uno de ellos sus responsabilidades a Mariño, a José Conde, a Briceño Méndez, a los comandantes. A Andrés Ibarra lo nombré mi Edecán y a O'Leary lo nombré ayudante de campo; entre los soldados había muchos ingleses, franceses y vascos.

De la tierra y el paisaje surge una fuerza que nos impele a luchar, como si la tierra nos hablara; las fuerzas de ambos ejércitos se empiezan a mover para la batalla. No puedo describir esta emoción, pero es como una emoción trágica, como si la muerte y la vida se fundieran en un solo movimiento. Uno siempre tiene que salir de día a estudiar en el campo la estrategia de guerra,

dar una mirada de reconocimiento, estudiar con precisión las características del terreno, los obstáculos naturales, el estado del tiempo, la situación del enemigo, las ventajas y desventajas de cada una de las partes. Pero la acción misma de la batalla no se la puedo explicar porque entran las situaciones del azar que son indescriptibles.

P —¿Cómo fue el avance de Páez?

BOLÍVAR —Páez se interna por una trocha y el resto del ejército amenaza de frente y las artillerías de ambos ejércitos se enfrentan; Páez continúa por la trocha venciendo todos los obstáculos hasta que los fuegos comienzan a sonar y nosotros en la retaguardia seguimos esperando. Continúan los cañones, los estrépitos de las descargas; protegemos entonces la entrada a la llanura y avanzamos con todas las Divisiones hasta tomarlos por sorpresa, y ahí vamos con todo, ya sabe, a culatazos, a cachetadas, nada ni nadie puede detener la cólera de los soldados. El ejército español también peleó muy dignamente.

Los ejemplos son muchos, no puedo citarlos todos; ahí está la actuación del coronel inglés Farriar, ya sabe usted, cuando ordena a su grupo de hombres poner rodilla en tierra y al momento cae muerto; la muerte de Ambrosio Plaza; la muerte de Pedro Camejo el Negro Primero. Ganamos una primera etapa y en un segundo momento yo ordeno no continuar por el camino que llevan y romper las demás malezas hasta lograr arrinconar a La Torre, quien no declina en ánimos pese a que los soldados no le obedecen porque el miedo los paraliza.

Finalmente proclamamos nuestro triunfo en medio del júbilo de nuestros soldados. Páez y yo vimos con mucha admiración la actuación de Tomas García, un coronel español que tuvo una actuación extraordinaria y muy valiente en el ejército español. Recuerdo muchas otras cosas de esa batalla, pero como le digo están en una parte subjetiva de mi sensibilidad. De todas maneras, puede usted consultar el informe que hice al día siguiente, el 25 de junio de ese año.

Después de esta narración, el Libertador se advierte visiblemente cansado y se excusa para retirarse. Al poco rato dos

jóvenes aparecen para escoltarlo a sus habitaciones, donde Bolívar seguramente descansará o tomará sus alimentos. De cualquier modo ofrezco a los lectores el mencionado informe de Bolívar sobre la gran batalla.

Valencia, 25 de junio de 1821

Al Soberano Congreso:

Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia.

Reunidas las divisiones del Ejército Libertador en los campos de Tinaquillo el 23, marchamos ayer por la mañana sobre el Cuartel General enemigo, situado en Carabobo, en el orden siguiente: La primera división compuesta del bravo batallón Británico, del Bravos de Apure y 1500 caballos a las órdenes del Señor General Páez. La segunda compuesta de la 2ª. Brigada de La Guardia con los batallones Tiradores, Boyacá y Vargas y el Escuadrón Sagrado que manda el impertérrito coronel Aramendi, a las órdenes del señor General Sedeño. La tercera, compuesta de la 1ª. Brigada de La Guardia con los batallones Rifles, Ganaderos, Vencedor de Boyacá, Anzoátegui y el Regimiento de caballería del intrépido coronel Rondón, a las órdenes del Señor Coronel Plaza.

Nuestra marcha por los montes y desfiladeros que nos separaban del campo enemigo fue rápida y ordenada. A las 11 de la mañana desfilamos por nuestra izquierda al frente del ejército enemigo bajo sus fuegos; atravesamos un riachuelo que sólo daba frente para un hombre, a presencia de un ejército que bien colocado en una altura inaccesible y plana, nos dominaba y nos cruzaba con todos sus fuegos.

El bizarro General Páez, a la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente Coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás bastante honor al valor de estas tropas. El batallón Británico, mandado

por el benemérito Coronel Farriar pudo aún distinguirse entre tantos valientes y tuvo una gran pérdida de oficiales.

La conducta del General Páez en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia lo ha hecho acreedor al último rango en la milicia y yo, en nombre del Congreso le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en Jefe del Ejército.

De la segunda división no entró en acción más que una parte del batallón de Tiradores de la Guardia que manda el Benemérito comandante Heras. Pero su General, desesperado de no poder entrar en la batalla con toda la división, por los obstáculos del terreno, dio solo contra una masa de infantería y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia. La República ha perdido en el General Sedeño un gran apoyo de paz o guerra, ninguno más valiente que él, ninguno más obediente al Gobierno. Yo recomiendo las cenizas de este General al Congreso Soberano para que se le tributen los honores de un triunfo solemne. Igual dolor sufre la República por la muerte del intrepidísimo Coronel Plaza, que lleno de un entusiasmo sin ejemplo, se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo. El Coronel Plaza es acreedor a las lágrimas de Colombia, y que el Congreso le conceda los honores de un heroísmo eminente.

Disperso el ejército enemigo, el ardor de nuestros jefes y oficiales en perseguirlo fue tal, que tuvimos una alta pérdida en esta alta clase del ejército. El Boletín dará el nombre de estos ilustres.

El ejército español pasaba de seis mil hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo. Cuatrocientos hombres habrán entrado hoy a Puerto Cabello.

El ejército tenía igual fuerza que el enemigo, pero no más que una quinta parte de él ha decidido la batalla. Nuestra pérdida no es sino dolorosa: apenas doscientos muertos y heridos.

El Coronel Rangel, que hizo como siempre prodigioso, ha marchado hoy a establecer la línea contra Puerto Cabello.

Acepte el Congreso Soberano en nombre de los bravos, que tengo la honra de mandar, el homenaje de un ejército rendido, el más

grande y más hermoso que ha hecho armas en Colombia en un campo de batalla.

Tengo el honor de ser con la más alta consideración de Vuestra Excelencia, atento humilde servidor.

Simón Bolívar

Diálogo sexto

BOLÍVAR —Me gusta mucho el paisaje de Santa Marta. ¿A usted no, Jiménez?

P —Sí señor, me agrada mucho también…

BOLÍVAR —Le voy a decir algo Jiménez, yo muchas veces preferí el título de ciudadano el rimbombante de Su Eminencia o el honorable de Libertador… pero bueno, qué se le va a hacer, ese título me lo confirmó el pueblo y debo respetarlo… lo acepto con humildad.

P —Y mucho más luego de las victorias de Boyacá y Carabobo, usted recibió el otro título de Padre de la Patria.

BOLÍVAR —Sí, ese título también es muy digno y muy hermoso. Más por lo de Patria que por lo de Padre…la Patria es el ideal de una tierra libre, poblada de hombres y mujeres libres…

P —Los pueblos están muy animados y entusiasmados con estos triunfos… Libertador…

BOLÍVAR —Sí, es cierto, los pueblos recuperaron la fe en ellos mismos. Y ellos mismos también la forjaron. Por esta razón no había tiempo que perder. Teníamos que hacer el trabajo de aprobar las leyes y de continuar reuniéndonos… por esta razón instalamos en la ciudad de Cúcuta el Congreso Constituyente de Colombia, que ratificó la Ley Fundamental de Unión de los Pueblos de Colombia, y sancionó a la Constitución de la Nueva República, que había unido el Virreinato de la Nueva Granada a la Capitanía General de Venezuela. En verdad, estuve poco tiempo en Venezuela organizando el gobierno; después me dirigí a Nueva Granada para aceptar presidir Colombia. Tomé posesión

ese mismo año de 1821, dejando el mando al Vicepresidente Santander, para marcharme luego a dirigir la Campaña del Sur en el Perú. Fueron días muy arduos. Allá en Perú me quedé hasta el final del año veintiuno recorriendo cuánto podía de aquel inmenso territorio, hasta llegar otra vez a Quito, donde tuvimos que librar nuevas batallas en la región de Popayán. Primero nos organizamos para dar la Batalla de Bomboná en el mes de abril —el día siete si mal no recuerdo— y después en el mes de junio proyectamos dar la Batalla de Pichincha, que fue ganada por el general Antonio José de Sucre.

P —Esas dos batallas sellarían el fin del poder español en América. ¿Cierto?

BOLÍVAR —Si, en efecto. Quisiera poner de relieve que el general Sucre es el gran estratega del sur, el general más brillante. Esa Batalla de Pichincha fue la contienda más hermosa ganada en los Andes. Yo no la podría nunca narrar como lo haría el propio Sucre, pero si debo decirle que en el Perú la situación estaba muy complicada con el jefe del Ejecutivo, quien recibía el nombre de Riva Agüero; él estaba enguerrillado contra el ejército realista, y después se fue a Lima y terminó peleándose con el Congreso, que convocó a una Junta de Guerra para nombrar a Sucre jefe supremo de las tropas.

Por otra parte, el famoso Canterac viene acercándose y le pide a Sucre que le haga frente. Es una situación ambigua, muy incierta. Lima y El Callao estaban en manos realistas. Yo llegue allí en el bergantín Chimborazo, y al reunirme con ellos tuve ahí varias sorpresas, pues me presentaban a Sucre como si fuese un general dubitativo; cosa que era falsa, y.me costó mucho tiempo diferenciar la verdad de la mentira, sobre todo por mi amistad con Sucre. Llamé entonces a muchos amigos para que acudieran a ayudarnos, llamé a Gamarra, a Carrión y a Sánchez que llegaron de muchas regiones, del mar, de la selva, y me quedé muy impresionado con esa convocatoria que hice, porque superó mis expectativas. Fue algo grandioso ver miles de hombres y mujeres unirse a la Campaña del Sur.

Y así entramos triunfantes a Lima, donde nos estaba esperando el general Torre Tagle. Ahí estaban los peruanos celebrando

nuestra llegada después de la victoria. Luego llegó a los pocos días Sucre, que había sido el verdadero triunfador de toda aquella estrategia. Riva Aguero estaba en la ciudad de Trujillo. Los peruanos se dieron cuenta de que Riva Aguero recibía ofertas de los realistas, y lo apresaron. Lo pusieron a las órdenes del ejército. Este triunfo nos hizo reflexionar mucho a Sucre y a mí.

P —Entiendo que el general San Martin estaba también con ustedes allá…

BOLÍVAR —Sí, claro, San Martin ya estaba en Lima, a donde llegó con cuatro mil soldados, y de inmediato comenzó a generar discordias entre sus colaboradores, creando intrigas y diciendo las cosas con gran pedantería. San Martin es un estratega lleno de coraje, pero con grandes ínfulas. En mi caso, yo quería llevar la guerra al interior del Virreinato del Perú, quise combatir a los realistas desde adentro. Yo sentía que a San Martin no le cautivaba incorporar a Guayaquil a Colombia, tenía esa certeza, También pedimos refuerzos a San Martin y no nos los dio y no sé por qué, pues yo siempre lo ayudé a él. Y él en cambio reunió al Congreso y abandonó el mando, se fue a Buenos Aires y de ahí a Europa, donde se quedó pensando en sus glorias pasadas.

Entonces nosotros teníamos que reaccionar contra ese estado de cosas, teníamos que continuar la lucha. Sucre y yo hablamos largamente de esto, pues también el general Santander le salió a Sucre con una cantidad de insinuaciones para que se retirara de la vida militar, y yo me imaginaba al general Francisco de Paula Santander usando su lenguaje tan refinado al hablar para convencer a cualquiera, y tuvimos que comenzar a dar otra batalla, la Batalla de Ayacucho, donde yo transferí a Sucre la responsabilidad de asumir las labores de retaguardia y de organizar las comunicaciones, hospitales y provisionamientos, y eso no le gustó en un principio a Sucre, pero yo le escribí una carta y el entendió todo. Fue un asunto delicado, pero las cosas quedaron claras entre él y yo.

P —Sí, ese asunto trascendió a la opinión de los patriotas. Pero la gran batalla de Ayacucho se produjo…

BOLÍVAR —Amigo Jiménez, yo quisiera poner énfasis en algo; el asunto de la Campaña del Perú era para nosotros un

asunto más socio—político que militar, era un asunto de visión, no de poder. El Virreinato del Perú era un foco importante del poder español en América, una sociedad fuertemente estructurada, privilegiada, resistente a los valores que nosotros deseábamos hacer ver, pues en el Perú el asunto era sustancialmente histórico, diríamos, una lucha para destruir las bases de la sociedad colonial peruana. Ese ese era un reto gigantesco, créame.

P —Le creo…

BOLÍVAR —Yo planifiqué la Batalla de Junín, pero tuve que dedicarme más intensamente a la dirección del Estado, y entonces dejé el ejército al mando de Sucre, quien hizo el brillante triunfo de Ayacucho, esa fue obra suya, una obra maestra, en 1824. Entonces yo convoqué un Congreso en 1825 para que ellos gobernaran; ellos insistían en que yo debía seguir al mando, rechazaban mi renuncia al mando, pues yo deseaba seguir recorriendo el Perú para continuar teniendo más elementos a objeto de tomar medidas útiles al gobierno, hasta que por fin pudimos constituir las provincias del alto Perú para crear un estado independiente. Y hasta redacté un borrador de Constitución de Bolivia en 1826. Pero yo debía seguir trabajando en Colombia, usted me entiende. Jiménez, yo debía atender los asuntos colombianos, pero no imaginé que aquellos proyectos sobrepasarían mis fuerzas, pues eran los proyectos de una nación nueva, la primera de todas, y para ello necesitaba de la unidad y de la ayuda de todos. Ahí empezó, creo yo, mi verdadero drama personal, que acabó también con mi salud.

P —¿Cuáles eran los asuntos más urgentes?

BOLÍVAR —Pues imagínese, la grave situación del tesoro nacional, la administración pública, los desajustes sociales causados por la guerra, los choques constantes entre caudillos y grupúsculos, aparte de eso revisar la Constitución, generar una estrategia política, estudiar el crédito exterior… en fin, todo ello me abrumaba. Para 1826 esa era la situación de Colombia.

P —Sí, ciertamente muy compleja.

BOLÍVAR —Ah, y otra cosa… la circunstancia política interna de Colombia en el momento en que era gobernada por José Antonio Páez: esas eran diferencias notables entre el poder civil y

el poder militar, que tuvo como consecuencia que el poder militar entrara en contradicción con el poder ejercido por Santander en Bogotá, y todo ello estaba generando una crisis de enfrentamientos de clase.

P —¿Y cómo reaccionó Páez a sus consejos?

BOLÍVAR —En un principio, bien. Me dirigí a Puerto Cabello donde me quedé unos meses redactando una serie de documentos y decretos que yo consideraba útiles a la Patria, para establecer el orden sin acudir a las retaliaciones y venganzas debidas a acontecimientos pasados. Con odios y venganzas no se puede construir un país, pienso yo.

P —Libertador, disculpe usted que dé un giro tan brusco a nuestra conversación. Me gustaría que me hablara un poco de Manuela Saenz, de sus días con ella en Quito, uno de los amores de su vida.

BOLÍVAR —Manuela fue otro de los grandes obsequios que me dio la vida, una relación repleta de pasión y de amor a la revolución, ella ha sido defensora como nadie de nuestros ideales de libertad, una persona entregada enteramente a la causa.

P —Es muy conocido el episodio de su entrada triunfal a Quito, Libertador…y de cómo ella lo ve a usted por primera vez y se le acerca… estaban en una fiesta.

BOLÍVAR —Ella organizaba reuniones y fiestas en su casa, pero eran sobre todo fachadas para reunirse con amigos de la causa libertadora, y ella aportaba información valiosa a oficiales y generales, a Antonio José de Sucre en Quito, a José de San Martin en Buenos Aires; ella era una activista y yo me quedé impresionado con las capacidades y cualidades de esa mujer, con su inteligencia; con la capacidad de amar con la pasión más pura, y eso fue para mí un aliciente, un regalo, que una mujer de esa talla me brindara su amor, imagínese usted, esa mujer descubrió varios complots de asesinatos contra mí y contra el general Sucre, y eso lo hizo Manuela creando una red de espionaje; también ella formó parte del ejército regular cuando se acababa de conseguir la libertad de Venezuela en Carabobo, y ahora había que proteger al máximo la Campaña del Sur. Manuelita había hecho un contacto en Buenos Aires con Rosa Campuzano, y San Martin

estaba a punto de llegar al Perú. Lo mismo ocurría con el general Sucre, quien tenía que protegerse de una cantidad enorme de traidores que estaban surgiendo entonces. Manuela también se estaba divorciando legalmente se su marido el señor James Thorne, un doctor inglés con quién su padre la había hecho casar por pura conveniencia siendo aún muy joven, y entonces ella logró ese objetivo de divorciarse y quedar libre.

En aquel año de 1821 el general San Martin concede a Manuela Saenz el título de Caballeresa de la Orden El Sol del Perú, una alta distinción. Yo me enamore de Manuela y ella de mí, ese fue un rapto, una cosa apasionada, estábamos identificados en todo, en el amor y en la guerra. Las tropas realistas habían comenzado a llegar a Quito y había que dar otras contiendas. Así que comenzamos a organizarnos para enfrentarlos en un sitio llamado Bomboná. Empezamos a acopiar víveres y a transportar armamentos y municiones para el ejército, y en eso tuvo el general Sucre una responsabilidad muy alta, pues él había venido moviéndose desde las Antillas con armamentos y municiones para enviarlos a la Batalla de Carabobo.

Disculpe usted Jiménez, que no le abundo en detalles en relación a mi amor hacia Manuela Saenz, porque las cosas del amor privado no pueden ventilarse en entrevistas, pienso yo, pero ella me llenó de una energía extraordinaria, yo le decía «mi adorable loca», pues ella todo lo hacía con pasión.

P —Si lo desea, Libertador, puede usted seguir hablándome de las batallas de Boyacá y Bomboná…

BOLÍVAR —Sí, claro. La Batalla de Boyacá la habíamos librado un año antes, en 1819, tomando previamente a la localidad de Tunja en Nueva Granada, acabamos con las comunicaciones de las divisiones realistas comandadas por José María Barreiros. El ejército partió desde Boyacá y siguió desde ahí a Bogotá. Y allí se produce la batalla, que se inicia con la activación de nuestro batallón Rifles, bien lo recuerdo, para luego dar paso a los voluntarios ingleses y a los bravos de Páez. La batalla quedó sellada con la acción de Santander, quien remató a los españoles por la izquierda. Fue una estrategia efectiva, una batalla muy limpia y bien realizada, inspirada en la de Carabobo.

Después Sucre se encargó con sus dotes diplomáticas de que se firmara un tratado para establecer negociaciones con el gobierno de Quito que fuesen beneficiosas para la libertad del país, para regular la guerra entre Colombia y España, y así nos dieran tiempo para constituir el Congreso General de la República a fin de lograr la unión, que era nuestro sueño. La mayor parte de estas negociaciones se había logrado gracias a la destreza diplomática del general Sucre y a los buenos oficios de las operaciones de espionaje de Manuela Saenz. Y después, por supuesto, a Antonio Mariño, quien instaló el Congreso Constitucional de la Gran Colombia.

P —Es decir, Manuela conoció primero a Santander y a Sucre que usted…

BOLÍVAR —Sí, claro, yo la veo por primera vez en 1822 en mi entrada a Quito. Ella lanza una corona de laureles desde un balcón, y la corona cae justo en mi pecho cuando yo vengo a caballo… Entonces yo la saludo con mi sombrero y ese mismo día por la noche se organiza la fiesta de la que ya hemos hablado, donde ella me es presentada, y yo la invito a bailar…y así nació el encantamiento…

P —Usted tiene fama de buen bailarín…

BOLÍVAR —Si, siempre me gustó bailar. Danzar con las mujeres es un ejercicio que libera, es la celebración gozosa del cuerpo en el espacio, la música se apodera de todo nuestro ser. Después de aquella danza con Manuela nuestro amor quedó sellado. Nos seguimos frecuentando en los meses sucesivos. Recuerdo que nos veíamos mucho en una hacienda llamada El Garzal. Lamentablemente a partir de ahí las cosas comenzaron a complicarse. Siguieron nuevos complots en el Perú, y los encuentros míos con Manuela de hicieron intermitentes. Yo tenía que ir a Guayaquil y desde ahí enviar una expedición de cien mil hombres al Perú.

P —Se intensifican las operaciones de espionaje…

BOLÍVAR —Una alta comisión viene a verme para que asuma el mando de la guerra. Siguen los motines descubiertos por Manuela en Quito, y yo la nombro a ella Secretaria de la Campaña Libertadora y ella asciende al grado de Coronela. Se veía muy bonita vistiendo el uniforme de casaca azul y cuello

rojo, la recuerdo bien a Manuela, se veía como una libertadora también.

P —¿Y cómo se desarrollaron luego los acontecimientos?

BOLÍVAR —Mal, lamentablemente, porque el presidente Santander comenzó a intrigar en contra de la Independencia del Perú. Precisamente una de quienes aportan más información al respecto es Manuela. Ella me recomienda que yo firme los documentos oficiales como si yo estuviese fuera del Perú, para que Santander no sepa que yo estoy allá. En ese momento Lima se encontraba sitiada por los realistas, y la situación estaba al límite. Comienzan las infamias contra Sucre, quien no ha hecho otra cosa que construir colegios y escuelas en Quito. Era una verdadera epidemia de infamias y blasfemias contra nosotros, instigadas por Santander y su séquito de adulantes. Imagínese usted, Sucre había ganado La Batalla de Pichincha, una de las más nobles batallas contra el enemigo, lanzó sus aguerridos batallones y el ejército español cayó vencido, tomando como a mil prisioneros de tropa y más de cien jefes oficiales, artillería y fusiles. El coronel Aymerich entregó los almacenes militares de una fortaleza llamada El panecillo. Además de ello, yo le encomendé a Sucre que me concertara una Entrevista con el general argentino José de San Martin, la cual finalmente se produjo.

P —Se ha especulado mucho con esta entrevista tan breve, y casi nadie sabe lo que hablaron, realmente.

BOLÍVAR —Fue un diálogo muy breve. Nos saludamos e intercambiamos frases de mutua admiración y luego se hicieron pausas muy grandes entre un saludo y otro y el general San Martin de mostró un tanto cansado o desencantado, no lo sé, yo le invité a qué prosiguiéramos la lucha por la libertad y la unidad de América y él no dijo nada sustantivo, me contestó con evasivas y en este sentido no lo comprendí; él fue muy gentil y efusivo pero ese era un momento muy importante para unir fuerzas y realizar la Campaña del Sur con más bríos, pero a él lo percibí bastante fatigado.

P —Pero sí continuó viéndose con Manuela.

BOLÍVAR —Sí, por supuesto, pero no con la frecuencia que yo hubiera deseado. Manuela reclamaba más mi presencia,

pero mis obligaciones políticas me reclamaban en el Ecuador, esa tierra llena de paisajes sublimes, cielos despejados, montañas, lagos, cielos llenos de misterio. Más allá del trabajo eminentemente humano o político, hay algo en la naturaleza que sorprende y hechiza, se pudiera decir que tenemos una naturaleza que nos habla a los sentidos o al intelecto, yo no sabría decirle bien qué es, justamente fui presa de un arrobo metafísico en este lugar, y encaminé mis pasos hacia Loja donde está la elevación llamada El Chimborazo, que siempre me había fascinado; cuando pude verla de cerca surgió en mi espíritu la necesidad de expresarme con el lenguaje poético, no en verso sino en prosa, para elevar al rango de símbolo una montaña como El Chimborazo, que a mi modo de ver concentra buena parte de la belleza y de imponencia de esta región.

P —Usted prefirió usar la prosa que el verso en ese poema, *Mi delirio sobre El Chimborazo*.

BOLÍVAR —Yo siempre he tenido mucho cuidado con la poesía; como no me siento poeta tampoco me atrevo a pergeñar versos, no vaya a ser que me equivoque. Lo que intenté hacer fue canalizar un delirio de belleza, un rapto que sufrí mientras contemplaba El Chimborazo. Le voy a contar una anécdota, Jiménez, me ocurrió una vez con un poeta ecuatoriano llamado José Joaquín Olmedo, quien escribió *El canto a Junín* en versos rimados, obra que se podría calificar de epopeya lírica, donde me ubicó a mí en una especie de parnaso al lado de los héroes y los dioses de la Historia. Para mí eso es algo exagerado… Yo le escribí una carta al poeta Olmedo haciéndole notar sus exageraciones.

P —Aun así, general, considero que el delirio suyo es algo sublime, usted allí en *Mi delirio sobre El Chimborazo* conversa con el tiempo y con la eternidad, y el tiempo le responde de una manera extraordinaria…yo creo que ese poema va a figurar en el futuro en varias antologías literarias del mundo.

BOLÍVAR —Yo no lo hice con una intención literaria o poética deliberada, yo lo hice más bien como un gran ejercicio filosófico…

P —Pero usted en cierto modo es un poeta cuando escribe esas reflexiones tan elevadas.

BOLÍVAR —En todo caso soy una persona que tiene mucho cuidado con el lenguaje, que cuida mucho el estilo y la forma, porque si esto no se hace, entonces cómo vas a convencer a tus compañeros de lucha, ¿cómo vas a construir las ideas si no es con un lenguaje elaborado, bien armado? Yo creo que la elocuencia es muy importante en esta batalla que estamos dando… los acontecimientos que se avecinaban en aquellos años nos llamaban a la reflexión, pues en efecto fueron los años más cruciales para la conformación de las repúblicas.

Diálogo séptimo

A esta altura del diálogo, el Libertador luce bastante cansado. Padece de varios males que se acentúan con el cansancio físico. Concederme este diálogo ha sido para él algo cuesta arriba; pero creo que también ha sido beneficioso porque le otorga un valor testimonial de primera mano; que probablemente sea considerado en la posteridad.

P —Libertador, cuando el presidente del Perú, La Riva Agüero, le pide a usted auxilio desde Colombia para lograr su independencia, ¿usted le envía un contingente de tres mil hombres, no es cierto?

BOLÍVAR —Si, en efecto, así fue, pues como le dije antes, allá en el Perú había una guerra civil. Pero después se descubre que La Riva Agüero era un traidor de los peores, al servicio de los españoles. Después de ahí el trabajo nuestro fue de los más arduos, porque estaban saqueando el tesoro público en el Perú y tuvimos que decretar la pena de muerte para los saqueadores y ladrones del tesoro, y además después dimos la Batalla de Junín para conseguir la libertad de Lima, e inmediatamente después en 1824 la Batalla de Ayacucho con Sucre a la cabeza. Estábamos exhaustos. Pero así y todo continuamos, y a finales de ese año convocamos el Congreso de Panamá e hicimos lo posible por seguir libertando el Alto Perú para fundar ahí la República de Bolivia.

P —Inglaterra reconoció entonces la Independencia de América…

BOLÍVAR —Sí, así fue. Todo ese año de 1825 se lograron muchas cosas buenas en el Perú, y nuestros grandes soldados fueron reconocidos.

P —Y a usted también lo reconocieron simbólicamente, con una medalla de oro y un millón de pesos.

BOLÍVAR —Ahí toda la gloria es para los soldados; yo apenas soy un instrumento, un mediador. Me quisieron dar una presidencia con poderes ilimitados, que yo no acepté. Ahí en el Perú, en Chuquisaca, decretamos la siembra de un millón de árboles. Los peruanos me honraron colocando el nombre de Bolivia a aquellas tierras, y entonces yo me adelanté a redactarles un borrador de Constitución para Bolivia.

P —¿Cuál era la esencia del discurso que le dirigió al Congreso de Bolivia?

BOLÍVAR —En verdad, yo nunca me he considerado un buen legislador. Apenas esbocé ahí unas ideas que pudieran funcionar bajo el criterio de los nuevos legisladores peruanos y bolivianos. Imagínese usted, fundar una nueva República en el Alto Perú, tierra sagrada de los incas. Les invité a ellos a surcar un océano en una frágil barca, con un piloto inexperto como yo. Pero me atreví a hacer una división en cuatro poderes políticos y añadí uno más, el poder electoral. Me pareció útil conceder a los representantes inmediatos del pueblo los privilegios que más pueden desear los representantes de cada departamento, provincia o cantón. Ningún objeto es más importante a un ciudadano que la elección de sus legisladores, magistrados, jueces y pastores. Los colegios electorales de cada provincia representan las necesidades e intereses de ellas, y sirven para quejarse de las infracciones de las leyes y de los abusos de los magistrados. Me atrevería a decir, con alguna exactitud, que esta representación participa de los derechos de que gozan los gobiernos particulares de los estados federados. De este modo, se ha puesto un nuevo peso a la balanza contra el Ejecutivo, y el gobierno ha adquirido más garantías, más popularidad y nuevos títulos para que sobresalga entre los más democráticos.

Cada diez ciudadanos nombran a un elector, y así se encuentra la nación representada por el décimo de sus ciudadanos. No sé

exigen sino capacidades, ni se necesita poseer bienes para representar la augusta función del soberano, más debe saber escribir sus votaciones, firmar su nombre y leer las leyes. El cuerpo legislativo tiene una composición que lo hace necesariamente armonioso entre sus partes, habiendo aquí tres: discordia entre dos queda resuelta por la tercera: de este modo ninguna ley útil queda sin efecto, o por lo menos ha sido vista dos y tres veces.

P —¿Y las Cámaras como estarían compuestas?

BOLÍVAR —La primera Cámara es de tribunos y goza de la atribución de iniciar las leyes relativas a hacienda, paz y guerra. Los senadores forman los códigos y reglamentos eclesiásticos, y velan sobre los tribunales y el culto. Toca al Senado escoger los prefectos, jueces de distrito, gobernadores, corregidores y todos los subalternos del Departamento de Justicia. Propone a la cámara de censores los miembros del Tribunal Supremo, los Obispos, Dignidades y Canónigos.

Por otro lado, estarían los Censores, que ejercen una potestad política y moral que tiene alguna semejanza con la del Aereópago de Atenas que la mencioné uno de estos días, y de los Censores de Roma. Ellos serán fiscales para celar si la Constitución y los tratados públicos se observan. He puesto bajo su égida al Juicio Nacional, que debe decidir de la buena o la mala administración del Ejecutivo.

P —¿Y en cuanto al Presidente?

BOLÍVAR —El presidente de la República viene a ser como un sol que, firme en su centro, da vida al universo. Esta suprema autoridad debe ser consistente porque en los sistemas sin jerarquías se necesita más que en otros, un punto alrededor del cual giran magistrados o ciudadanos, hombres o cosas. Para Bolivia, este punto es el presidente vitalicio. El presidente de Bolivia participa de las facultades del Ejecutivo Americano, pero con restricciones favorables al pueblo. En fin, los límites institucionales del Presidente en Bolivia son estrechos: apenas nombra empleados de hacienda, paz y guerra y manda al ejército, esas son sus funciones. Y el vice presidente es el magistrado más encadenado que ha servido al mando: obedece al legislativo y al ejecutivo de un

gobierno republicano. Si no se elige bien, puede ser un enemigo encarnizado.

P —¿Y la administración?

BOLÍVAR —La administración pertenece toda al Ministerio, a los Censores y está sujeta a la vigilancia celosa de todos los legisladores, magistrados, jueces y ciudadanos. Y el poder judicial goza de una independencia absoluta. El pueblo presenta sus candidatos y el legislativo escoge los individuos que han de componer los tribunales. En fin, son numerosos los aspectos; aquí solo he esbozado algunos. Pero debo decirle que el desarrollo moral del hombre es la primera intención del legislador, y tampoco los padres de familia deben defender el deber religioso hacia sus hijos. Todo ello, pero sobre todo un amor desenfrenado de libertad, que ya había estado coronado en nuestro caso por los laureles de Ayacucho.

P —Que ideal tan hermoso, Libertador, la verdad estoy muy conmovido por sus palabras, todos nos sentimos estimulados a seguir en esta lucha… Por cierto, en ese mismo año, en el mes de junio, se realizaría el Congreso de Panamá, que reuniría a todos los representantes de la América y a un agente diplomático del gobierno de Inglaterra para formar la liga más vasta y extraordinaria hasta esa fecha, superando incluso a la Santa Alianza. Tanto América como la Gran Bretaña recibirían entonces un Código de Derecho Público por una regla de Conducto Universal.

BOLÍVAR —Exactamente, aquello era como la realización de una utopía, pues el Nuevo Mundo de constituiría en naciones independientes ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas, y les ofreciera el poder en un congreso permanente, y estos nuevos estados obtendrían nuevas garantías. Además, España haría la paz por respeto a Inglaterra. Asimismo, el orden interno se conservaría intacto entre los distintos Estados; ninguno sería débil con respecto al otro ni tampoco más fuerte; es decir, habría un equilibrio en este nuevo orden de cosas; la fuerza de todos ellos concurriría en auxilio del que sufriese debido a un enemigo externo, o víctima de las fuerzas anárquicas.

P —¡Qué idea magnífica, Libertador!

BOLÍVAR —Sí, allí las diferencias de origen y de color de piel perderían su influencia y poder, y entonces América no temería más a ese monstruo, a ese Leviatán devorador que puede acabar con pueblos. De este modo sería posible la reforma social, y contaríamos también con los auspicios de la paz y la libertad; todo ello si Inglaterra se comprometía. Francisco de Miranda y yo siempre creímos en ello, en el apoyo de Inglaterra para lograr nuestros retos civilizatorios; por ello también los españoles nos odiaban. La influencia de la Gran Bretaña aumentaría progresivamente en Europa con su gran capacidad para llevar su comercio; por la posición estratégica con el Canal de Panamá el cual conformaría para América el centro de sus relaciones entre Asia y Europa. Los ingleses, a su vez, se sentirían americanos, supuse yo, las relaciones mutuas entre países y obreros llegarían con el tiempo a ser las mismas; era en cierto modo el sueño, la utopía del federalismo.

P —Si ello llegara a realizarse sería como un premio, un galardón para los pueblos trabajadores y pacíficos.

BOLÍVAR —Aquella fue la propuesta, la utopía como dice usted, la esperanza concreta y práctica, con bastantes posibilidades de ser realizada. Los objetivos militares ya estaban logrados. Luego viene la educación, la moral y las luces, y después la hermandad de los pueblos a través de un hecho concreto, un hecho práctico para lograr una alianza económica sería. Y después de ello hacer una gran convención en Colombia, en Ocaña dos años después, para lograrlo, el Congreso de Ocaña.

Pero lamentablemente las cosas no eran de ese tenor ni de ese color; las cosas se habían puesto muy sombrías, muy oscuras. El general Páez me envió una carta muy triste, informándome de la situación en Venezuela y entonces yo inmediatamente salí para allá a buscarlo para hablar con él, pues las cosas estaban muy graves. Así que me embarqué para Puerto Cabello a finales de 1826, y hablamos de cosas muy importantes.

Lo cierto es que se habían comenzado a desplegar las fuerzas del mal otra vez. Se logró realizar la convocatoria del Congreso, pero cuando se hallaban reunidos allá comenzaron a aparecer las ingratitudes para destruir a los libertadores, comenzaron a

publicarse noticias sobre nosotros en los periódicos con calumnias espantosamente falsas. En cada individuo se había introyectado algo nefasto para destruir la confianza de todos; el espíritu militar sufría y se podía acabar con todo lo que habíamos alcanzado con orgullo, se nos podía amansar a todos otra vez para que nos convirtiéramos en mansos corderos, en presencia de leones sanguinarios. Las provincias se empezaron a disolver en medio del caos. Cada una tiraba para su lado, a la autoridad y al poder de los demócratas y los fanáticos. Nada de esto nos convenía. Creía yo que se podían hacer unos cambios en favor de algunos principios conservadores, sin violar ninguna de las reglas republicanas.

Les dije claramente que, si nuestro proyecto apenas naciente comenzaba a presentar fisuras, lo mejor era sostener los decretos de la soberanía nacional.

P —¡Qué lamentable, Libertador!

BOLÍVAR —Es que ya había comenzado una conspiración hacia nuestro proyecto, se había iniciado una conjura contra mi persona. Me llamaron «el usurpador del poder» y yo no pude soportar esa horrorosa idea. Fue tan horrible lo que me pasó que no pude tolerar ese epíteto y preferí la ruina de Colombia. Hasta me mandaron entregar la plaza de Guayaquil por medio de un armisticio. Imagínese usted, Jiménez.

Les recalqué que si querían adoptar estas medidas de establecer un gobierno particular para cada región ellos asegurarían una suerte muy mala, irrevocable. Se querían poner a la cabeza de la opinión pública. En verdad, ya habían comenzado a concretarse las traiciones de Santander. Los amigos míos eran muchos y los de ellos muy pocos. Los generales míos estaban listos a dar la batalla. Santander ya no podía formar parte de aquel gobierno, sus enemigos son muchos en todas partes. Les dije que, si adoptaban mi partido y se oponían a Santander, contaran con el Sur, pues ya el general Sucre y el general Flores, el ejército y todas las personas pudientes del país preferían estar ligadas a nosotros que dividirse, pues conocen muy bien que solos estarían expulsados del Perú. Le dije esto a Páez y se lo dije a todos los soldados, al ejército y al pueblo, se los dije muy claro, que había que tomar partido en estos acontecimientos.

P —¿Pero de todos modos usted ratificó a Páez, no?

BOLÍVAR —Sí, lo ratifiqué para que tuviera una conciencia mayor de todo aquello, y decreté también una amnistía para los responsables de un tratado que luego llamaron La Cosiata en 1827. Yo no podía dividir la República. Me encontré con Páez en Naguanagua, cerca de Valencia, y le dije que tenía el derecho para resistir la injusticia con la justicia, y al abuso de la fuerza con la desobediencia. Llegué con Páez a Caracas el 5 de enero de ese año 1827 a la presidencia del Congreso de Bogotá; les recalqué que una, mil y millones de veces, renunciaría a la presidencia de la República. Santander se puso furioso conmigo y yo le dije: «No me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo». Pero el Congreso de Colombia seguía insistiendo en no aceptar mi renuncia y así me vi en la obligación de salir para Bogotá a juramentarme. Llegué allá en septiembre y acepté al fin la presidencia, pero tuve que enfrentar una feroz oposición política.

P —El año entrante se celebraría la Convención de Ocaña.

BOLÍVAR —Sí, por supuesto, en el mes de abril de 1828, quien puede olvidarlo. Esa Convención fue muy importante porque ahí se definen claramente los partidos santanderista y el partido bolivarista. Yo protesté ante esa Convención de Ocaña porque un tal general Padilla había atentado contra mí en Cartagena. Pero ese año ocurrió también algo muy positivo, pues fue el año en que yo me quedé unos días en la ciudad de Bucaramanga descansando de tantas luchas y de tantas infamias y traiciones. Me acompañó en aquellos días de descanso en Bucaramanga el gran patriota francés Louis Perú De Lacroix, que me hizo pasar ratos formidables. Él también me fue haciendo una serie de preguntas similares a las que usted me está haciendo ahora, sobre mi vida y mi accionar militar y político, y yo le respondí de la manera más espontánea, le hablé de todo, de cosas personales, de noviazgos, anécdotas, organizamos paseos, comidas, jugamos a las cartas, en fin… Perú De Lacroix me dijo que iba a publicar algún día el volumen con el título de *Diario de Bucaramanga*, el general francés, un hombre muy culto, domina el arte de la narración y del periodismo. Mientras esperábamos las conclusiones del

Congreso de Ocaña, nosotros nos dedicamos a nuestras charlas históricas. Yo le sugerí a De Lacroix esa idea del libro, y ojalá él pueda cumplirla cabalmente algún día.

P.—¿Puede mencionamos algunos de los temas tratados?

BOLÍVAR —Hablamos sobre muchos temas generales, sobre figuras y acontecimientos de nuestra gesta histórica, pero también jugamos la ropilla con las barajas españolas de cuarenta cartas, yo me estaba haciendo adicto a ese juego. Allá también cumplía yo la rutina de ir a la iglesia todos los días, paseaba por el campo a pie o cabalgaba o conversaba con la gente que me encontraba por la calle, me sentía libre. Hablé con el sobre generales y oficiales de nuestra patria de la manera más espontánea. Y también dimos paseos por los alrededores. Recuerdo una comida que ofrecimos a un grupo de damas, y ellas no se decidían a comer y nosotros ignorábamos la razón, y era porque no habían comido ají antes y entonces aquellas señoras después de consumir el ají se dedicaron a comer en serio. Fue un episodio muy jocoso. Siempre agradeceré a Perú De Lacroix aquellos momentos, le confesé a él cosas que no le había dicho a nadie y por ello creo que el *Diario de Bucaramanga* cuando se edite algún día, será muy leído por los lectores finos y curiosos.

P —Libertador usted dirigió un mensaje a la Convención de Ocaña en aquel momento. ¿No es así?

BOLÍVAR —Sí, claro, yo les hice llegar un mensaje donde les exponía varias cuestiones, entre ellas la de que nuestro gobierno estaba esencialmente mal construido, nos dejamos deslumbrar por aspiraciones incompatibles con la naturaleza humana; nuestros poderes no estaban distribuidos como lo requieren la forma social y el bien de los ciudadanos; hicimos del poder legislativo un cuerpo soberano, en lugar de ser un miembro más de este soberano; lo sometimos al Ejecutivo y le hemos dado mucha más parte en la administración general que la que el interés legítimo permite. El derecho de presentar proyectos de ley se ha dejado exclusivamente al Legislativo, el cual por su naturaleza está lejos de conocer la realidad del gobierno, y es puramente teórica. Nuestras leyes carecen de conjunto, de método, de clasificación y de idioma legal. El Ejecutivo de Colombia no es igual al Legislativo, ni

el Jefe del Judicial viene a ser un brazo difícil del poder supremo. Todos presencian con asombro el contraste que presenta el Ejecutivo, llevando en si una superabundancia de fuerza al lado de una extrema flaqueza, y se corre el peligro de que no pueda repeler la invasión exterior o contener los conatos sediciosos, sino disfrazados de la dictadura.

El gobierno de Colombia es una fuente mezquina de salud, un torrente devastador. A los tribunales civiles se les dio una absoluta supremacía en los juicios militares, destructora de la disciplina, que es el fundamento de una milicia. El Ejecutivo ha visto a la Hacienda Pública ser víctima de la ignorancia y de la malicia de los tribunales, y no ha podido hallar una solución a eso.

Pero fueron muchas cosas más. Por ejemplo, las municipalidades que podían ser útiles como consejo de los gobernadores de provincia, no cumplieron sus verdaderas funciones, y hasta han osado atribuirse la soberanía que pertenece a la nación y hacer onerosos gastos en cosas superfluas, han llegado a hacerse odiosas por lo costoso que cobran y las molestias que causan. Las municipalidades deberían eliminarse, les dije. También les dije que era necesaria una ley sobre la Policía General. Los subalternos del Ejecutivo se hallan requiriendo de una Policía diligente, que coloque a cada ciudadano en conexión con los agentes del gobierno, y así los Intendentes pudieran cumplir las leyes y los reglamentos en todos los ramos de su dependencia.

También se requería poner atención urgente a la agricultura, pues ella tiene influencias en otras partes de la industria; desmoralizando el espacio rural y mermando los medios de adquirir. Lo mismo el comercio exterior, que iba muy mal; numerosas quiebras lo han mermado y han alejado la confianza en el crédito y la buena fe. Y todo ello incidió sobre la formación de las buenas familias. Eran demasiadas cosas, amigo Jiménez, no las puedo enumerar todas aquí.

Ah, empezó a surgir entonces la anarquía entre los soldados y las rivalidades. Les dije que los libertadores de la patria se estaban convirtiendo en verdugos de la libertad. Todo atentaba contra la unidad. Imagínese que se promovió el odio entre los militares de diferentes provincias. El sistema de hacienda estaba por

el suelo. El congreso no terminaba de equilibrar las cuantiosas deudas; la distribución y consumación de los bienes nacionales se convirtieron en deudas y más deudas; el erario de Colombia hizo crisis; el ejército no recibe la mitad de sus sueldos sino solo los empleados de hacienda; las rentas nacionales quebraron y la República está asediada por un concurso de acreedores.

P —¿Y las relaciones con los demás países cómo iban, Libertador?

BOLÍVAR —El progreso de las relaciones exteriores ha dependido siempre de la sabiduría del gobierno y de la concordia del pueblo. Y Colombia menospreció sus leyes y arruinó su crédito. ¿Qué garantía había entonces de avanzar? Les insistí a los legisladores en el Congreso de Ocaña que sus deliberaciones iban a estar comprometidas de ahí en adelante en salvar a Colombia del desorden y el caos, que con un gobierno firme en todos estos aspectos que le he referido la patria podría salvarse, que con las nuevas leyes por ellos aprobadas y respetadas en estos aspectos ya mencionados, podíamos tener un gobierno fuerte, que no permitiera la corrupción. Había que crear esas grandes esperanzas para la sociedad; esas leyes inexorables eran la piedra angular de Colombia. ¡Y no eran solo palabras! ¡Eran mis deseos más fervientes!

P —¿Y cuál fue la reacción de los legisladores, general Bolívar?

BOLÍVAR —En su conjunto fue muy positiva. Y también el general Páez me dedicó unas palabras muy elogiosas. Y entonces yo acepté la presidencia; pero las rivalidades surgidas en el seno del congreso eran inevitables. Yo me vi obligado a eliminar la vicepresidencia, y entonces quedó Santander fuera del gobierno. Pero igual le ofrecí a él la Embajada de Colombia en los Estados Unidos. Él la aceptó, pero se tardó mucho en ir. Yo creo que a partir de allí nuestras diferencias se agigantaron aún más. Pero ya la decisión estaba tomada.

P —Mucho se ha dicho que a partir de allí Santander quedó resentido, y que eso de alguna manera lo motivó al atentado hacia su persona…

BOLÍVAR —Sí, en septiembre de ese año de 1828 intentaron asesinarme. Manuela Saenz es quien descubre todo el complot, y queda claro que había sido Santander. Y no solamente lo dice: lo demuestra. Entonces se designa a un tribunal para que dictamine sobre el caso, y con las pruebas presentadas por Manuela se llega a la conclusión de que fue un complot muy bien armado y donde participan muchos hombres, dirigidos por Santander. Ese tribunal, encabezado por el general Rafael Urdaneta, condena a muerte a Santander. Pero yo no estuve de acuerdo con la pena de muerte, y propuse que con el destierro de su patria era suficiente el castigo.

P —Las tensiones continuaron…

BOLÍVAR —Sí, tensiones es poco decir, los conflictos se agigantaron porque no había unidad. Empezaron las conspiraciones, discordias, envidias, complots. Lo que pasaba en Perú resonaba en Ecuador y en Venezuela… todo aquello comenzó a fragmentarse en vez de unificarse.

P —En Guayaquil lo aguardaba Sucre.

BOLÍVAR —Sí, Guayaquil estaba ocupada y allí se encontraba el general Sucre, presto de nuevo a enfrentar las fuerzas invasoras peruanas al mando de La Mar. Otra vez allí estaba el admirable estratega cumanés, quien derrota en el Portete de Tarqui a las fuerzas de La Mar, y entonces ya Colombia recuperaba definitivamente a Guayaquil. Esa batalla se la debíamos completa al pueblo, que nos aclamó. Las cuestiones militares iban bien, pero eso no era suficiente. Ya le he enumerado todos los asuntos legislativos, ejecutivos y políticos que había que emprender, además de defendernos de los traidores y de los nuevos complots que se estaban fraguando, como una muy famoso en esos años, el de Pedro Carujo. Manuelita en persona me salvó en Guayaquil de una de esas conjuras, arriesgando su vida.

Por supuesto, la Convención de Ocaña había fracasado. Los representantes del pueblo debían cumplir con sus deseos, constituyendo la República conforme a nuestras creencias, a nuestras inclinaciones y a nuestras necesidades. Nada quería el pueblo que fuera ajeno a su propia esencia. Las esperanzas de todos se vieron burladas en la Convención, que al fin tuvo que disolverse

porque dóciles unos a las peticiones de la mayoría, se empeñaban otros en dar las leyes que su conciencia o sus opiniones le dictaban. La Constitución de la República ya no tenía fuerza de ley para la mayoría. El pueblo soberano quiso honrarme con el título de su Ministro y me autorizó además para que ejecutara sus mandamientos. No pude negarme en un momento tan solemne al cumplimiento de la confianza nacional; confianza que me oprimió con una gloria inmensa, y al mismo tiempo me anonadó. Les juré proteger la sagrada religión como la fe de todos los colombianos. Les dije que la economía de las rentas nacionales sería el cuidado preferente, que nos esmeraríamos en desengranar las obligaciones de Colombia con el extranjero generoso, y que conocería al año siguiente la representación nacional. Pero que nunca sería bajo mi dictadura: un pueblo que obedeciera y un hombre que mande solo, eso jamás.

P —Pero usted continuó adelante, dando la batalla política esta vez.

BOLÍVAR —Como se dice en criollo, me empezaron a «calentar la oreja» diciéndome que me coronara monarca, como lo había hecho Napoleón y cosas por el estilo, y mi mente vacilaba debido al espíritu de anarquía que parecía perseguirme, y además mi salud en estos últimos años ya empezó a deteriorarse, va de mal en peor, pero yo sigo soñando con la Gran República de Colombia unida en una sola patria, pero la dura realidad se me imponía.

P —General, yo fui uno de aquellos soldados que le siguieron a usted, que compartían sus ideales…

BOLÍVAR —¿Qué me está diciendo, Jiménez?

P —Sí, Libertador, he venido siguiendo su figura desde que tengo uso de razón, anotando en mis libretas datos sobre su persona, soy un soldado y periodista aficionado por la historia, admirador de la Patria Grande, esa que usted nos inspiró…

BOLÍVAR —Me alegro tanto, Jiménez, de que usted comparta todos estos ideales nuestros, y de este reportaje que viene haciendo con tanto cariño pueda ser algún día útil para los jóvenes.

El Libertador se levanta de la silla donde está y estrecha mi mano. Luego se retira y va a recibir una bebida que le traen, toma los sorbos del jarabe con una cucharilla y se despereza. Luce una camisa de lino crudo y un sombrero de pajilla que usa para protegerse del sol y para darse aire en el rostro eventualmente.

P —La República de Colombia es nuestro mejor sueño, Libertador, algún día lo conseguiremos: ver a nuestra América libre y unida.

BOLÍVAR —Yo alenté al pueblo el pasado año a que se manifestara libremente a buscar medios y procedimientos sobre la forma de gobernar, sobre la Constitución y Jefe de Estado, que ellos expresaran lo que pensaran al respecto sobre cualquiera de los temas que se habían abordado todo este tiempo, para que superáramos todas estas pugnas.

P —Sí, mi general, ahora pululan las pugnas entre centralistas y federalistas.

BOLÍVAR —Sí, yo no he podido volver a mi patria. Desde aquí desde Quito voy a salir a Bogotá dentro de unos días, y después quizá me dirigiré a Popayán. Siento mi espíritu deprimido y cansado, pero sobre todo muy decepcionado viendo todo este caos, Jiménez, lamento mucho interrumpir nuestro diálogo, pero ahora debo partir. Por cierto, Jiménez, usted nunca me dijo su nombre de pila.

P —No, mi general, no se lo he dicho porque no existe. No me gusta mi nombre y por eso nunca se lo he dicho a nadie, todo el mundo me dice Jiménez a secas, me llaman «Jiménez el escribiente» pero yo solo soy un aficionado, mi general, un simple aprendiz de la revolución que usted ha comandado todos estos años. Dios me lo lleve, maestro, usted ha sido una luz en mi vida, usted ha sido el faro de mi espíritu.

BOLÍVAR —No llore, Jiménez, le doy las gracias por hacerme rememorar todas estas situaciones; estoy seguro de que muchos las leerán en un futuro —dijo Bolívar, poniendo su mano sobre mi cabeza, como si me bendijera.

BOLÍVAR —Ahora debo partir Jiménez, me espera un largo viaje.

P —Adiós, mi general, lo llevaré a usted en mi memoria y en mi corazón por siempre

Bolívar no sabía que yo le seguiría los pasos como un simple soldado, como un cronista, el reseñador de una epopeya incomparable. Me quedé allí lagrimeando con un nudo en la garganta, pero en el fondo me sentía feliz porque el Libertador ya había sembrado su semilla en la memoria de todos nosotros.

Narración final

Me despedí de Bolívar en octubre de 1829. En diciembre de ese año, el Libertador ya estaba en Popayán, y de aquí en adelante yo me las arreglé para averiguar el contenido de una serie de cartas donde se reflejan los sentimientos y pensamientos de Bolívar, entre ellas una que le dirige al general Juan José Flores donde le dice: «Probablemente será el general Sucre mi sucesor, y también es probable que lo sostengamos entre todos; por mi parte ofrezco hacerlo con alma y corazón». Por aquellos días también refiere que no aceptará nuevamente la presidencia de la República y que, si el Congreso elige a Páez Presidente de Colombia, le jura por su honor que servirá con el mayor gusto a sus órdenes.

Al Libertador le habían ofrecido también convertirse en Rey, y que, si él lo rechazaba, pues entonces pudieran designar a otro que sí lo aceptara.

El 20 de enero se estaba instalando el Congreso de Colombia, y Bolívar presenta su renuncia a la presidencia, y una semana después solicita el permiso del Congreso para dirigirse a Venezuela, y el Congreso se lo niega. Al mes siguiente entrega el poder a Domingo Caicedo, quien sí lo acepta. En abril, le dirige un mensaje al Congreso Admirable de Colombia, donde confirma su decisión. A continuación, resumo parte de las ideas que el Libertador expuso en aquel momento, como si las estuviera oyendo ahora.

«Invoco la razón ilustrada de los hombres sensatos, cuyos votos respetables son precioso auxilio para resolver las cuestiones de la alta política».

Es obligación del gobierno instruir de los conocimientos que poseen los respectivos ministerios de la situación presente del Estado.

El presidente de los Consejos de Estado manifestará sus trabajos durante los últimos dieciocho meses.

Se instaló este cuerpo en medio de la exaltación de los partidos y por ello mismo se disolvió, sin que los miembros que lo componían hubieran podido llegar a un acuerdo sobre las reformas que meditaban.

Las leyes, que habían sido violadas con el estrépito de las armas y con las disensiones de los pueblos, carecían de fuerza.

Ya el Cuerpo Legislativo había decretado que se reuniese a la Asamblea que podía reformar la Constitución, y ya la Convención había declarado unánimemente que la reforma era urgente.

«La situación de la patria era horrible, y más horrible la mía», declaró el Libertador.

El Libertador declaró que descargarse del peso de una autoridad sin límites era para que la República volviera a constituirse por medio de sus representantes.

«Se atentó contra mi vida», dijo el Libertador, «se encendió la guerra civil y se animó al gobierno del Perú para que invadiese nuestro Departamento del Sur, con miras de conquista y usurpación».

La guerra se hizo inevitable; el ejército del general La Mar es derrotado en Tarqui del modo más espléndido.

El 22 de febrero se celebró el tratado de paz que puso término a una guerra en la que Colombia defendió sus derechos y su dignidad.

Ningún gobierno ha satisfecho a otro como el del Perú al nuestro.

«Siempre estuve atento a representar los derechos del pueblo, y en ese sentido creo que todo el pueblo tiene la máxima opción de solicitarlos», afirmó.

El Libertador expresó que se hallarían las personas indicadas para desempeñar la presidencia del Estado con gloria y ventajas, y que él no era el más indicado para aspirar a la tiranía.

«Los Estados americanos pueden traer algún día a Colombia males semejantes a los de la guerra del Perú. En Europa misma no faltan quienes temen que yo desacredite con mi conducta la hermosa causa de la Libertad», expresó Bolívar.

También afirmó que la República será feliz si al admitir la renuncia suya puedan nombrar a un ciudadano querido de la nación. «Salven la República, salven mi gloria que es la de Colombia», dijo.

«La hacienda nacional llama urgente atención sobre la deuda pública, cáncer de Colombia, que reclama vuestros derechos, y el ejército también debe reorganizarse radicalmente. La justicia reclama defender los derechos de los hombres libres, en pro de una verdadera organización política», son frases textuales de Bolívar.

***

Tales fueron algunas de las ideas esgrimidas por Bolívar ante el Congreso de Colombia, celebrado en Bogotá en enero de 1830. Luego, el Libertador pidió permiso al Congreso para regresar a Venezuela, pero el Congreso se lo negó, como hemos referido ya repetidas veces.

Finalmente, Bolívar entregó el poder a Domingo Caicedo, presidente del Consejo de Gobierno. En ese mismo año Joaquín Mosquera es elegido Presidente de Colombia.

Ya Bolívar está cansado de permanecer en Bogotá, justo cuando las cosas comienzan a ponerse peores en el ejercicio del poder. Entonces se marcha a Cartagena en agosto, a aguardar los recursos que le permitan realizar sus proyectos. Aun cuando es evidente el deterioro de su salud física, Bolívar sigue haciendo planes para reivindicarse ante Colombia.

En junio de ese año se entera del asesinato de Sucre en Berruecos, una zona selvática del Ecuador, suceso que lo sume en la más aguda depresión. La noticia llega a más de un mes de

acaecido el siniestro hecho. Le había pedido Bolívar a Sucre que lo acompañara en el Congreso Admirable ese año, que ironía.

En los meses siguientes, el general zuliano Rafael Urdaneta se hace cargo del gobierno de Colombia, ante una falta de autoridad pública suficiente. En varias ciudades de Nueva Granada se realizan manifestaciones para apoyar al Libertador, rogándole que regrese al poder. Urdaneta le está rogando para que cumpla con la voluntad popular. Y entonces Bolívar anuncia que marchará hacia Bogotá con un ejército de dos mil hombres para sostener al gobierno presidido por Urdaneta, aunque rechazando siempre la oferta que le hacen de asumir de nuevo el poder, pues pensaba que sería considerado un usurpador, y suplicando a sus compatriotas que se reúnan en favor del gobierno de Rafael Urdaneta. Corre el mes de septiembre y su salud se torna más delicada, sus fuerzas físicas le abandonan.

Entonces comienza la peregrinación final de Bolívar por varias ciudades colombianas: Turbaco, Soledad, Barranquilla, Santa Marta. El periplo fue bastante ajetreado y se desenvolvió con innumerables dificultades.

Santander, caudillo de Nueva Granada, había convencido a José Antonio Páez a compartir una idea separatista, idea que habían notificado al general Juan José Flores en el Ecuador, y estás ideas aceleraron la disolución de Colombia. Las calumnias sobre el Libertador no se hicieron esperar.

Sucre intentó ayudar a Bolívar, pero no lo consiguió. Los comisionados de Venezuela le mostraron a Sucre y a sus acompañantes una proclama de José Antonio Páez dónde se expresó espantosamente sobre Bolívar. Se burlaban de él. Los presionaron a ambos a firmar un acuerdo para disolver a Colombia, conocido como La Cosiata. Ya Sucre estaba muerto físicamente, pero el Libertador llevaría su recuerdo con el hasta el final, como su hermano más querido. Simón Bolívar siguió su camino. Salió de Bogotá para no regresar jamás.

Ya empezaba a presentar los síntomas de la tuberculosis. En medio de sus males físicos comienza a pensar que América es ingobernable, que ha «arado en el mar», como escribió una vez con una magnífica metáfora pesimista. Le escribe entonces al general

Juan José Flores comunicándole su decepción: «Desgraciados pueblos, desgraciados gobiernos», piensa y escribe.

Los oligarcas en Perú deseaban humillar a Bolívar neutralizando su influencia revolucionaria. La muerte de Colombia ya estaba cercana. En enero de 1830 Bolívar se dirige al Congreso y presenta un programa donde rechaza los ofrecimientos personales.

Primero, Bolívar arribó a un lugar llamado Pie de la Popa, en cuya parte alta se encontraba una Fortaleza; desde ahí se preparó a ir a Turbaco en unos cuantos días.

El Intendente General de la provincia de Turbaco, Mariano Montilla, lo invitó a descansar en Turbaco durante tres días, pensando que lo mejor sería trasladarlo luego a Santa Marta a la residencia del doctor francés Alejandro Próspero Reverend, observando el deterioro físico y la mala salud de Bolívar. El general español Joaquín de Mier le ofreció un bergantín a Bolívar sin cobrarle ni un centavo y organizando a la vez la llegada suya a San Pedro Alejandrino, donde podría quedarse el tiempo que quisiera. Allá lo estaría esperando Próspero Reverend y el clima le permitiría descansar de sus dolencias respiratorias.

El viaje se cumplió, palmo a palmo.

Allá llegó con un pequeño séquito: su fiel edecán Andrés Ibarra y su mayordomo personal José Palacios. Ellos lo asistían y cuidaban de sus ataques de tos, de sus pulmones sufriendo de tisis. José Palacios lo atendía de manera directa en todo lo que tuviera que ver con su estado físico. Ambos, Andrés Ibarra y José Palacios eran testigos de que don Simón hacia bromas permanentes con su estado de salud, un día hasta les dijo que le provocaba hartarse de guayabas; veía desde su sillón de enfermo cómo los pájaros picoteaban las guayabas, y Palacios le ponía en sus manos de vez en cuando un fruto maduro, porque a él le encantaba aspirar el aroma de las guayabas.

El doctor Reverend lo iba a ver con frecuencia e iban ambos a dar paseos cortos por los corredores de la quinta, o se asomaba Bolívar a los jardines y se recreaba viendo las flores, los frutos y los árboles, las matas de naranja, los geranios, orquídeas y nardos, o se quedaba arrobado en la contemplación de un atardecer lleno de crepúsculos o ensimismado dentro de su propia memoria.

La quinta de San Pedro Alejandrino es ciertamente muy grata. Cuando se sentía algo mejor hojeaba un libro de filosofía o dictaba algún texto a José Palacios. En uno de esos días dictó su Testamento y su última proclama. Ya el año anterior había dictado varias cartas importantes al coronel Patricio Campbell y al general Juan José Flores y al general Daniel O' Leary, donde les ofrecía muestras de enorme confianza.

Vale la pena poner de relieve el texto completo de su llamada «Última Proclama» que reza de la siguiente manera:

«Colombianos:

«Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés abandonando mi fortuna y aún mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos gozaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han consumido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

»Al desaparecer en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra cosa que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos, obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía, los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

»¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Esta carta la dictó una semana antes de fallecer. Ya había dictado antes su Testamento, donde deja a sus amigos y colaboradores más próximos lo poco que le queda. No poseía bienes de fortuna, sino solamente unas minas de hierro llamadas Minas de Aroa en el departamento de Carabobo.

Quiso devolver sus condecoraciones y medallas, que eran muy costosas, aunque él no tenía ni un centavo.

Exigió que la medalla que le había otorgado el Congreso de Bolivia fuera devuelta a ese país en prueba del afecto verdadero que le había profesado aquel país, y que las obras literarias de Rousseau, Montesquieu y muchas otras se les entregaran a la Universidad de Caracas, y sus bienes se donaran a su mayordomo José Palacios con la cantidad de ocho mil pesos.

Que la espada que le regaló el Gran Mariscal de Ayacucho se le devuelva a su viuda Mariana Carcelén como prueba del cariño que le profesó a ese gran hombre e inmenso soldado.

También dejó dinero a aquellos que lo habían acompañado en los últimos momentos de su vida, al coronel Robert Wilson y a su hijo Bedford Wilson.

Ordenó que se cumplieran todas las deudas de su testamento y a repartir equitativamente sus bienes entre sus familiares, hermanos y sobrinos. Se despojó de cuanto pudo.

Un día dijo que se había convertido en un profeta incómodo.

Otro día dijo que cuando había pedido la libertad para los esclavos, quienes conspiraron contra él fueron las voces de sus propios compañeros de lucha.

En otra ocasión dijo que estaba viviendo en medio de una gran pobreza de espíritu de sus amigos colaboradores.

Después le empezó a narrar a las personas que le rodeaban los sueños que tenía por las noches, y aquello le divertía y le hacía olvidar los dolores.

El sueño lo estaba tratando mejor que la vigilia. Narró un sueño que había tenido en los jardines de Aranjuez en España, y sonreía de felicidad mientras lo contaba.

Soñó un día con una bellísima mujer que lo llamaba desde un ambiente de música de clavicordio; otro, con un mendigo ciego que le rogaba una limosna para donarla a los fondos que estaban haciendo en pro de un monumento para el general Antonio José de Sucre, y que también él, Bolívar se iba quedando ciego hasta que un buen día dijo que estaba seguro de estar soñando el sueño de la muerte.

Soñó con los grandes momentos de su de su vida en un fugaz carrusel de imágenes que le hicieron sonreír de felicidad, entre los momentos de exaltación amorosa o familiar, momentos de alegría por el triunfo, los momentos de delirio en las grandes cimas montañosas o surcando los mares en los barcos desde donde había visionado e intuido la libertad de los pueblos de América.

Mientras su cuerpo se consumía, su espíritu se iba ensanchando hacia todos los horizontes y hacia los cuatro puntos cardinales; su alma se abrió como una flor en el firmamento oculto, y al fin Bolívar respiró con holgura, pues había entrado al cuarto cielo a estar junto a sus amigos y maestros a hablar sobre la posibilidad de liberar a América y de lograr la unión de las naciones de la América meridional.

Había entrado a aquel espacio donde se congregan los héroes y los santos, los dioses y los mitos en un solo orbe donde habitan los destinados a derramar su luz sobre las cabezas de los seres humanos, de este lado del mundo.

Índice

EL FUEGO PERPETUO
Simón Bolívar, antes y después de Carabobo 7

Capítulo I. El ideal 15
Capítulo II. Preludio en San Carlos 25
Capítulo III. Monólogo a voces 33
Capítulo IV. Vislumbres de América 43
Capítulo V. Leyes y periodismo en Angostura 49
Capítulo VI. Preparación a la epopeya 57
Capítulo VII. Batalla de Carabobo 63
Capítulo VIII. Quito, Perú y Manuela Sáenz 95
Capítulo IX. Delirio supremo y triunfo en Ayacucho 111
Capítulo X. Conjuras y retos 121
Capítulo XI. Días en Ocaña y Bucaramanga 133
Capítulo XII. Anécdotas e infidencias 147
Capítulo XIII. Final en Santa Marta 159

SUEÑOS Y GUERRAS DEL MARISCAL
La gesta de Antonio José de Sucre 179

Capítulo I. El sueño del fantasma 183
Capítulo II. Las primeras victorias 193
Capítulo III. Antepasados 201
Capítulo IV. En el Ecuador y el Perú 207
Capítulo V. Ayacucho 225
Capítulo VI. Libertad del Perú 231
Capítulo VII. Fundación y Consolidación de Bolivia 241
Capítulo VIII. Aventuras amorosas 257
Capítulo IX. Hostilidades contra Bolívar.
Alzamientos en Perú 269

Capítulo X. La nueva guerra en Bolivia 277
Capítulo XI. La campaña contra el Perú 289
Capítulo XII. Disolución de Colombia.
Despedida del fantasma 297

EZEQUIEL Y SUS BATALLAS
La Historia de Zamora 305
Capítulo I 311
Capítulo II 317
Capítulo III 323
Capítulo IV 327
Capítulo V 331
Capítulo VI 339
Capítulo VII 343
Capítulo VIII 349
Capítulo IX 355
Capítulo X 361
Capítulo XI 367
Capítulo XII 375
Capítulo XIII 383
Capítulo XIV 389
Capítulo XV 393
Capítulo XVI 403
Capítulo XVII 417
Capítulo XVIII 435
Capítulo XIX 441
Capítulo XX 445
Capítulo XXI 451
Capítulo XXII 457
Capítulo XXIII 465
Capítulo XXIV 469

AMÉRICA, UNIDA POR LA LIBERTAD

Diálogo atemporal con el Libertador Simón Bolívar 475

Diálogo primero 485
Diálogo segundo 497
Diálogo tercero 507
Diálogo cuarto 515
Diálogo quinto 533
Diálogo sexto 543
Diálogo séptimo 553
Narración final 567

La Patria de los Héroes
Trilogía de la independencia Bolivariana
se imprimió en el mes de noviembre de 2026
en Caracas, Venezuela

ESTUDIOS SERIE HISTORIA

En ***La Patria de los Héroes*** el escritor venezolano Gabriel Jiménez Emán ofrece a los lectores tres novelas: ***Sueños y guerras del mariscal*** (Editorial Pomaire, Caracas, 1995), ***Ezequiel y sus batallas*** (Centro Nacional de Historia, Caracas, 2017), y ***El fuego perpetuo*** (Centro de Estudios Simón Bolívar, Caracas, 2021) donde se desarrolla la Historia de Venezuela desde el período de Independencia, abordando en su gesta a las figuras emblemáticas de Simón Bolívar y Antonio José de Sucre, para pasar luego al período de la Guerra Federal encarnado en la figura de Ezequiel Zamora, dando así una idea muy completa de esta importante lucha que marcó para siempre la historia de los pueblos latinoamericanos. Como complemento, en ***América, unida por la libertad. Diálogo atemporal con el Libertador Simón Bolívar*** (Centro de Estudios Simón Bolívar, Caracas, 2023), el autor realiza una entrevista imaginaria al Libertador mediante un lenguaje fluido y dinámico que pone en contacto inmediato al lector con los personajes y los sucesos que fraguaron la historia de varias naciones suramericanas.

Gabriel Jiménez Emán (1950)

Narrador, ensayista y poeta. En 2019 recibió el Premio Nacional de Literatura de Venezuela, por el conjunto de su obra. Entre otros reconocimientos cuentan el Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal, el Premio Romero García del Consejo Nacional de la Cultura, el Premio Nacional de Narrativa Orlando Araujo, el Premio de Poesía Francisco Lazo Martí y el Premio Solar de Ensayo en Mérida. Ha realizado antologías del ensayo, el cuento y el microrrelato venezolanos. En el campo del microrrelato ha publicado obras consideradas referentes del género en Hispanoamérica, como *Los dientes de Raquel* (1973), *Saltos sobre la soga* (1975), *Los 1001 cuentos de 1 línea* (1982), *La gran jaqueca y otros cuentos crueles* (2002) y *Consuelo para moribundos* (2012); y entre sus libros de cuentos más conocidos están *Relatos de otro mundo* (1988), *Tramas imaginarias* (1990) y *La taberna de Vermeer y otras ficciones* (2005), entre otros. En el campo de la ciencia ficción son conocidas sus novelas *Averno* (2006) y *Limbo* (2016); y novelas cortas de ficción como *Una fiesta memorable* (1991), *Paisaje con ángel caído* (2002), *El último solo de Buddy Bolden* (2016) y *Wald* (2021). Ha publicado numerosos ensayos, algunos de los cuales se hallan en sus libros *Provincias de la palabra* (1995), *El espejo de tinta* (2007), *Mundo tórrido y caribe. Cultura y literatura en Venezuela* (2017), y en sendos estudios sobre César Vallejo, Elías David Curiel, Franz Kafka, Armando Reverón, Rómulo Gallegos, y un ensayo sobre filosofía moderna, *La utopía del logos* (2021) y *Del logos moderno a la razón global* (2022). Su obra poética se encuentra reunida en *Balada del bohemio místico* (2010).

9 789800 126387

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA
Ministerio del Poder Popular para la CULTURA

www.mincultura.gob.ve | @mincultura_ve